De los creadores de «THE BRIDGE», llega la serie que acelerará tu pulso

CRÍMENES DUPLICADOS

HJORTH & ROSENFELDT

SERIE BERGMAN

Planeta

Índice

Portada
Cuando el taxi giró por Tolléns Väg,...
El vagón del metro se sacudió...
Una mujer muerta en su domicilio...
El sonido del móvil de Torkel...
El hombre alto había dormido...
Billy estaba de rodillas junto a la puerta,...
El hombre alto dio la instrucción de imprimir...
Billy recorrió la casa y encontró a Vanja...
El dormitorio...
Pasaban unos minutos de las doce...
Sebastian se despertó al sentir una caricia...
Vanja vivía en un edificio de apartamentos,...
Tercer día en el trabajo...
¿Todavía no has dejado de seguirla?
¿A que no adiviináis quién es el nuevo director de Lövhaga?
Polhemsgatan...
Billy estaba sentado en el sofá...
Suficiente por ese día...
Edward Hinde se sorprendió...
Al principio, Trolle no le quiso abrir...
Annette Willén adoraba esas noches...
Stefan sabía dónde buscar a Sebastian...
La semana pasada...
Ursula estaba leyendo...
Torkel reflexionó un momento...
Sabine volvió a visitarlo en sueños...
Torkel giró para entrar en su plaza...
«Deberían limpiar el cristal»,...
El hombre alto estaba casi eufórico...
El ascensor llevaba toda la semana averiado...
Cuando Torkel pulsó el botón...

Iban sentados en silencio,...
De vuelta en la sala,...
El coche de Vanja fue el primero...
Sebastian no recordaba demasiado...
Ursula había terminado...
Sebastian sintió que se vaciaba...
La reacción de Ursula había sorprendido...
Torkel, Billy y Vanja regresaron...
Fue preciso esperar un poco...
A la mañana siguiente,...
Poco más de una hora después,...
Edward Hinde estaba otra vez en la sala de visitas...
Annika Norling intentó que Sebastian...
Después del almuerzo,...
No te entiendo...
Vanja contempló la plaza...
Ursula estaba en el comedor...
Sonaron dos golpes en la puerta...
Vanja conducía demasiado rápido,...
Ursula se sentó delante de su escritorio...
Storskärsgatan, 12.
En la calle, a una treintena de metros...
Los pensamientos bullían en la cabeza...
El hombre alto estaba a punto...
Sebastian subió por la escalera...
Ursula se sumergió en el agua caliente,...
Como era verano,...
El último punto de su lista...
Torkel estaba en la cocina,...
Edward trabajó como siempre...
Caía la noche, pero el interior...
Trolle había dormido sólo...
Anna Eriksson estaba haciendo la maleta...
Ralph había pasado los últimos...
Trolle reaccionó la segunda vez...
Ralph vio la plaza libre ya desde Värtavägen...
Vanja ya estaba de malhumor...
Edward estaba en la biblioteca...
Jennifer Holmgren bostezó...
Después de ducharse...
Billy torció para entrar...

Haraldsson iba a llegar terriblemente...
Billy y Vanja estaban en el comedor...
Sebastian no sabía muy bien...
Había quebrantado su propia norma...
Planificación. Paciencia. Determinación...
Ellinor Bergkvist había tenido...
Sebastian Bergman había pasado...
Edward Hinde quiere hablar contigo...
Sebastian se despertó hacia las cinco...
Decidió dar un paseo...
La mañana había cumplido...
Edward Hinde estaba leyendo,...
Haraldsson regresó irritado a su despacho...
La estaban esperando...
Mientras se dirigía hacia la casa...
Ralph acababa de sentarse delante...
Vanja llegó en el momento exacto...
Sebastian llegó al edificio de la policía...
El fiscal Hallén estaba tan nervioso...
Ralph contempló la pequeña celda...
La conferencia de prensa había comenzado...
La mañana había colmado todas sus expectativas...
Sebastian consiguió la dirección...
Ralph Svensson...
Edward Hinde estaba sentado...
Haraldsson había hecho el camino...
Antes de dar por terminada la jornada,...
La ambulancia de Uppsala...
Haraldsson estaba junto a la ventana...
Todas las ventanas del apartamento estaban abiertas...
No era así como se había imaginado...
Había vuelto a casa antes de lo previsto...
Le encantaba correr...
Sebastian empujó la puerta...
Recordaba las mariposas limoneras...
La sala era pequeña...
¿Qué ha dicho?
La madre de Edward, Sofie Hinde,...
Hinde estaba en la habitación,...
Avanzaban agazapados por el bosque...
Vanja esperó a que Hinde...

Las comunicaciones por radio...
Se dirigieron hacia los coches...
Ralph estaba tumbado en la litera...
Nada. Nada. Nada...
Al principio no había entendido...
Sebastian no recordaba nada...
Billy llegó pronto al trabajo...
Ellinor se despertó antes de las seis...
Agradecimientos
Nota
¿Todavía no conoces a Sebastian Bergman?
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Cuando el taxi giró por Tolléns Väg, poco antes de las siete y media de la tarde, Richard Granlund no creía que la jornada pudiera empeorar mucho más. Había pasado cuatro días en Múnich y sus alrededores en viaje de negocios, con clientes alemanes que en pleno mes de julio trabajaban más o menos como siempre. Reuniones de la mañana a la noche. Fábricas, salas de conferencias y una sucesión interminable de tazas de café. Estaba cansado pero satisfecho. Las cintas transportadoras e industriales no eran quizá lo más seductor del mundo; su trabajo casi nunca despertaba curiosidad, ni solía ser tema de conversación en las sobremesas y en los encuentros informales, pero se vendían bien. Las cintas. Se vendían muy bien.

La salida de Múnich estaba prevista a las nueve y cinco. Tenía pensado llegar a Estocolmo a las once y veinte. Iría un momento a la oficina para organizar un par de cosas y estaría en casa sobre la una. Comería tarde con Katharina y pasaría el resto del día con ella, en el jardín. Ése era su plan.

Hasta que se enteró de que el vuelo de las nueve y cinco se había cancelado. Se puso a la cola del mostrador de Lufthansa y consiguió una plaza para el vuelo de la una y cinco. Cuatro horas en el aeropuerto Franz Josef Strauss. Para morirse de risa. Con un suspiro de resignación, sacó el teléfono y le envió un SMS a Katharina. Que no lo esperara para comer. Con suerte, aún podrían pasar unas horas juntos en el jardín. Le preguntó cómo estaba el tiempo y si le apetecía tomar una copa en la terraza por la noche. Se ofreció para comprar alguna bebida en el aeropuerto, ya que no tenía nada más que hacer.

Katharina le contestó enseguida. Una pena lo del retraso. Lo echaba de menos. En Estocolmo hacía un tiempo ideal, así que la copa en la terraza era una idea fantástica. Que comprara algo, sí, pero que fuera una sorpresa. Besos.

Richard entró en una de las tiendas que aún se promocionaban como «libres de impuestos», aunque sabía perfectamente que esa ventaja ya no era un reclamo para la mayoría de los viajeros. Buscó la estantería de los combinados y eligió una botella que había visto en un anuncio de televisión. Mojito Classic.

De camino hacia el quiosco de prensa, comprobó el estado de su vuelo en el panel de salidas. Puerta 26. Calculó que necesitaba diez minutos para llegar.

Pidió un café y un sándwich, y se sentó a leer el último número de la revista *Gardens Illustrated*, que acababa de comprar. El tiempo pasaba con una lentitud exasperante. Estuvo un rato mirando los escaparates de las tiendas del aeropuerto, compró otra revista, esta vez de electrónica y ordenadores, se sentó a la mesa de otro bar y bebió una botella pequeña de agua

mineral. Tras una visita a los lavabos, llegó por fin la hora de dirigirse a la puerta de embarque, donde lo esperaba otra sorpresa. El vuelo de la una y cinco se retrasaba. La nueva hora de embarque era las dos menos veinte, con salida prevista a las dos. Volvió a coger el teléfono para informar a Katharina de la nueva demora y dar rienda suelta a su indignación contra la aviación en general y contra Lufthansa en particular. Buscó un asiento libre y se sentó. No recibió ningún mensaje de respuesta.

Llamó.

No se lo cogió.

Era posible que Katharina hubiera quedado para comer con alguien en el centro. Se guardó el móvil en el bolsillo y cerró los ojos. Era mejor no dejarse llevar por la irritación, porque de todos modos no podía hacer nada.

A las dos menos cuarto, la joven del mostrador le dio la bienvenida y se disculpó por el retraso. Cuando todos ocuparon sus asientos y el personal acabó de repasar de modo rutinario las instrucciones de seguridad, se oyó la voz del capitán. Una de las luces indicadoras no se encendía. Probablemente era un fallo sin importancia de la propia bombilla, pero no podían arriesgarse. Habían llamado a un técnico para que hiciera las comprobaciones necesarias. El capitán se disculpó y agradeció a los viajeros su comprensión. El calor en el interior del avión no tardó en volverse insoportable. Richard notó que cuanto más se le empapaba la camisa en la espalda y las axilas, más rápidamente se esfumaban su ecuanimidad y su relativo buen humor. Volvió a hablarles el capitán. Una buena noticia: habían reparado el fallo. Una noticia menos buena: habían perdido el turno asignado para el despegue y tendrían que esperar a que salieran otros nueve aviones. Pero, en cuanto fuera posible, despegarían con rumbo a Estocolmo.

El capitán volvió a pedirles disculpas.

A las cinco y veinte aterrizaron en el aeropuerto de Arlanda.

Con dos horas y diez minutos de retraso.

O seis horas, según se mirara.

De camino hacia la zona de recogida de equipajes, Richard volvió a llamar a su casa. No obtuvo respuesta. Llamó al móvil de Katharina. Después de cinco tonos, saltó el buzón de voz. Debía de estar en el jardín y no oiría el teléfono. Richard llegó al espacio diáfano donde se alineaban las cintas para la recogida de los equipajes. Según el monitor de la cinta número tres, faltaban ocho minutos para que empezaran a salir las maletas del vuelo LH2416.

Pasaron doce minutos.

Y otros quince más, hasta que Richard se convenció de que su maleta no iba a aparecer.

Una nueva espera y otra cola delante del mostrador de Lufthansa, para denunciar la pérdida. Tras entregar el resguardo del equipaje, indicar su dirección y describir lo mejor que pudo el aspecto de su maleta, Richard salió al vestíbulo de las llegadas y se dispuso a coger un taxi. El calor lo abrumó nada más salir de la puerta giratoria. Realmente era verano. Les esperaba una noche muy agradable. Notó que la sola idea de beber ron en la terraza, disfrutando de un interminable crepúsculo veraniego, le hacía recuperar el buen humor. Se puso a la cola para coger un taxi. Mientras pasaban junto al pueblo de Arlanda, el conductor lo informó de que el tráfico en Estocolmo había sido endiablado durante todo el día. Un auténtico infierno. Cuando se

lo contaba, redujo la velocidad a unos cincuenta kilómetros por hora al mismo tiempo que se sumaba a la larga fila de vehículos que bajaban hacia el sur por la E-4.

Por eso, cuando el taxi giró por Tolléns Väg, Richard Granlund no creía que la jornada pudiera empeorar.

Pagó con tarjeta, atravesó el cuidado jardín florido, y apoyó el maletín y la bolsa de papel delante de la puerta de su casa.

—¡Hola!

No hubo respuesta. Se quitó los zapatos y fue a la cocina. Echó una mirada por la ventana para ver si Katharina se encontraba fuera, pero el jardín estaba desierto, lo mismo que la cocina. Tampoco vio ninguna nota en el lugar donde ella normalmente la habría dejado. Sacó el teléfono del bolsillo y lo miró. No tenía mensajes ni llamadas perdidas. Hacía un calor sofocante en la casa. El sol brillaba cerca del horizonte, pero Katharina no había bajado el toldo. Richard abrió la puerta de la terraza y la aseguró contra la fachada, para que no se cerrara. Después subió la escalera, para darse una ducha y cambiarse de ropa. Se sentía sucio y sudoroso hasta en los calzoncillos. Se quitó la corbata y empezó a desabotonarse la camisa mientras subía los peldaños, pero se le congeló el movimiento al llegar al dormitorio. Katharina estaba tendida en la cama. Fue lo primero que notó. A esa primera impresión la siguieron rápidamente otras tres.

Estaba tumbada boca abajo.

Estaba atada.

Estaba muerta.

El vagón del metro se sacudió por culpa de un frenazo. Una madre con un cochecito de bebé, justo delante de Sebastian Bergman, se agarró más fuerte a la barra y miró con nerviosismo a su alrededor. Estaba tensa desde que había subido en Sankt Eriksplan y, a pesar de que el niño había dejado de llorar y se había quedado dormido al cabo de un par de estaciones, no parecía más serena. Era evidente que no le gustaba viajar apretujada entre tantos desconocidos. Sebastian lo notaba en varios detalles: el movimiento constante de los pies, en un claro intento por mantener un mínimo espacio privado; el sudor que le perlaba el labio superior; y la mirada alerta, que no se detenía en ningún sitio y no dejaba de recorrer la escena, atenta e inquieta. Sebastian también miró a su alrededor en el tren atestado que acababa de frenar con un chirrido metálico y que se había quedado parado una vez más en medio de un túnel, poco después de salir de Hötorget. Tras un paréntesis de varios minutos en la oscuridad, el tren volvió a rodar lentamente en dirección a T-Centralen. Normalmente, Sebastian no cogía el metro y menos aún en hora punta o en temporada turística. Lo encontraba demasiado incómodo y embarullado. No habría sido capaz de acostumbrarse a la proximidad de la masa humana con sus olores y sus ruidos. Cuando no podía ir andando a algún sitio, iba en taxi. Prefería mantenerse apartado de la gente, quedarse fuera. Al menos así había sido antes. Pero ya nada era como antes.

Nada.

Sebastian se inclinó hacia la puerta del final del vagón y echó un vistazo al vagón vecino. A través del ventanuco la vio a ella: el pelo rubio y la cabeza gacha, leyendo un periódico. Sintió que al verla esbozaba una sonrisa.

Ella se bajó como siempre en T-Centralen para cambiar de tren, y descendió a paso rápido la escalera de piedra hacia los andenes de la línea roja. Era sencillo seguirla. Bastaba mantener la distancia para confundirse con la marea de usuarios habituales y de turistas armados con planos desplegables.

Por eso mantenía la distancia.

No quería perderla de vista.

Pero tampoco quería dejarse ver.

Era un equilibrio delicado que empezaba a dominar.

Cuando doce minutos después el metro de la línea roja entró en tromba en la estación de Gärdet, Sebastian esperó un momento antes de salir del vagón azul. En ese punto tenía que ser más precavido. Había menos movimiento en el andén, porque la mayoría de los pasajeros se habían bajado en la estación anterior. Sebastian viajaba un vagón por delante de donde estaba

ella, para quedar a su espalda al salir. Cuando volvió a verla, observó que había acelerado considerablemente el paso y que ya iba por la mitad de la escalera mecánica. La mujer del cochecito también se había bajado en Gärdet, por lo que Sebastian se situó tras ella con la intención de camuflarse si la chica que estaba siguiendo se volvía por alguna razón. La mujer empujaba sin prisa el cochecito, quizá para distanciarse lo más posible de la gente que se dirigía hacia la escalera mecánica y no tener que sufrir más empujones. Mientras seguía a la madre con el bebé, Sebastian se dio cuenta de lo mucho que se parecía a esa mujer.

Dos personas empeñadas en mantener siempre las distancias.

Una mujer muerta en su domicilio.

Habitualmente, no era motivo suficiente para llamar a la Unidad de Homicidios, el equipo especial de Torkel Höglund.

Por lo general, era el trágico final de una discusión familiar, un conflicto por la custodia de los niños, una explosión de celos o una noche de juerga con una compañía poco recomendable.

En la policía todos sabían que, cuando encontraban una mujer asesinada en su casa, el culpable solía ser uno de sus allegados más próximos. Por eso no era raro que a Stina Kaupin le pasara por la mente la idea de estar hablando con el asesino cuando recibió la denuncia en el 112, poco después de las ocho.

—Urgencias 112. Dígame...

—Mi mujer está muerta.

No fue fácil entender el resto de la declaración. El horror y la desolación empañaban la voz del hombre. Hacía unas pausas tan largas que Stina llegó a pensar varias veces que había colgado, aunque enseguida notaba que sólo estaba intentando controlar la respiración, que se le había desbocado. Tuvo que insistirle mucho para que le diera una dirección. El hombre al teléfono no hacía más que repetir que su mujer estaba muerta y que había mucha sangre. Sangre por todas partes. ¿Podía acudir alguien? Por favor... Stina compuso mentalmente la imagen de un hombre de mediana edad con las manos ensangrentadas, que poco a poco empezaba a asimilar la gravedad de lo que acababa de hacer. Tras mucha insistencia, consiguió una dirección en la zona de Tumba y le pidió al denunciante (y posible homicida) que se quedara donde estaba y que no tocara nada en la casa. De inmediato le enviaría un coche patrulla y una ambulancia. Colgó y le pasó el caso a la policía de Södertörn, en Huddinge, que a su vez se ocupó de enviar un par de agentes al lugar de los hechos.

Erik Lindman y Fabian Holst se estaban terminando el sándwich de la tarde, sentados en el coche de policía, cuando recibieron la orden de dirigirse de inmediato al número 19 de Tolléns Väg.

Diez minutos después estaban allí. Se apearon del vehículo y observaron la casa. Ninguno de los dos sentía especial interés por el arte de la jardinería, pero enseguida notaron que alguien debía de haber dedicado cantidades ingentes de dinero y de tiempo para conseguir el verdor florido cercano a la perfección que rodeaba la casa de madera amarilla.

Cuando iban por la mitad del sendero del jardín, se abrió la puerta. Por acto reflejo, los dos se llevaron una mano a la funda que tenían colgada de la cadera izquierda. En la puerta apareció un

hombre con la camisa desabrochada, que, con una expresión enajenada y los ojos desorbitados, les dijo a los agentes uniformados:

—No hace falta ninguna ambulancia.

Los dos policías intercambiaron una mirada rápida. Era evidente que el hombre de la puerta se encontraba en estado de *shock*, por lo que existía la posibilidad de que su comportamiento fuera imprevisible y ajeno a toda lógica. Parecía abrumado e incapaz de actuar, pero los agentes no pensaban correr ningún riesgo. Lindman siguió avanzando mientras Holst se quedaba rezagado, sin apartar la mano del arma reglamentaria.

—¿Richard Granlund? —preguntó Lindman, dando los últimos pasos hacia el hombre, que continuaba con la mirada fija en algún punto lejano detrás del policía.

—No hace falta ninguna ambulancia —repitió el hombre en tono monocorde—. La mujer del teléfono me ha dicho que iba a enviar una ambulancia. Pero no hace falta. Se me ha olvidado decírselo...

Lindman ya estaba delante de él. Le apoyó suavemente una mano sobre el brazo, y el contacto físico hizo que el hombre se sobresaltara y se volviera hacia el agente. Se lo quedó mirando embobado, como si viera al policía por primera vez y se asombrara de que hubiera podido acercarse tanto.

No tenía sangre en las manos ni en la ropa, observó Lindman.

—¿Richard Granlund?

El hombre asintió.

—He llegado a casa y me la he encontrado...

—¿De dónde venía?

—¿Qué?

—¿De dónde venía? ¿Dónde había estado?

Quizá no fuera el mejor momento para interrogar a un hombre en tal estado de conmoción, pero podía ser útil comparar la información conseguida en un primer contacto con la que se recabara en posteriores interrogatorios.

—De Alemania. Por trabajo. Mi vuelo se ha retrasado. O, mejor dicho, primero lo han cancelado y después se han retrasado. Y yo he tardado todavía más por culpa de la maleta...

El hombre se calló. Parecía como si de repente se le hubiera ocurrido una idea o hubiera visto algo que hasta ese momento no le había llamado la atención. Miró a Lindman con una lucidez que antes estaba ausente de su rostro.

—¿Podría haberla salvado? ¿Estaría viva si hubiera llegado a mi hora?

Cuando moría alguien era natural pensar en lo que habría podido ocurrir si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera. Lindman había oído muchas veces ese tipo de especulaciones. En varios de los casos en los que había participado, habían muerto personas sólo por encontrarse en un mal lugar en un mal momento. Quizá habían salido a la calle en el momento exacto para cruzarse con un borracho al volante, o habían dormido en la caravana precisamente el día en que la bombona de butano había empezado a perder gas, o habían atravesado las vías justo cuando llegaba el tren. Tuberías que se desprendían, hombres violentos que actuaban bajo el efecto de las drogas, coches que circulaban en dirección contraria...

Casualidades, coincidencias... Unas llaves olvidadas en casa podrían haber retrasado a la víctima el tiempo necesario para hacerla llegar al paso a nivel unos minutos más tarde que el tren. Un vuelo cancelado podía ser la causa de que una mujer se quedara sola en casa el tiempo suficiente para que un asesino acabara con su vida. ¿Cómo no pensar en lo que habría podido pasar si todo hubiera transcurrido de otra manera?

Era habitual hacerse ese tipo de preguntas cuando alguien había muerto.

Pero era imposible responderlas.

—¿Dónde está su mujer, Richard? —preguntó Lindman con voz serena, en lugar de contestar.

El hombre aturdido pareció reflexionar. La pregunta lo obligaba a apartar de la mente los incidentes del viaje de regreso y la eventual culpabilidad que de repente parecía atormentarlo, para concentrarse en lo que sucedía en ese instante en su casa. En lo peor.

En la tragedia que no había podido impedir.

Al final, consiguió responder.

—Arriba.

Hizo un gesto sesgado hacia atrás y rompió a llorar. Lindman le indicó a su colega que subiera a la planta superior mientras él entraba en la casa con el hombre, que había empezado a llorar. Nunca es posible estar seguro del todo, pero Lindman tuvo la sensación de que el hombre al que había pasado un brazo por los hombros, para acompañarlo a la cocina, no era ningún asesino.

Al pie de la escalera, Holst desenfundó el arma sin apartarla del muslo. Si el hombre destrozado del que se estaba ocupando su colega no era el criminal, entonces existía una pequeña probabilidad de que el asesino —o la asesina, aunque era poco habitual que fuera una mujer— se encontrara todavía en la casa. En el piso de arriba había un pequeño cuarto de estar, con tragaluces en el techo, un sofá de dos plazas, un televisor y un reproductor de Blu-ray. Estanterías en las paredes repletas de libros y películas. Cuatro puertas, dos abiertas y dos cerradas. Desde la escalera, Holst vio las piernas de la mujer muerta en el dormitorio. Estaba en la cama. Por lo tanto, había que informar a la Unidad de Homicidios. Lo pensó mientras entraba en la otra habitación que tenía la puerta abierta. Era un estudio y estaba vacío. Las dos puertas cerradas correspondían a un cuarto de baño y un vestidor. Los examinó desde fuera.

Hacía unas semanas había circulado un aviso de la Unidad de Homicidios que instaba a todos los efectivos a informar de los casos con víctimas mortales que cumplieran determinados criterios:

Víctima hallada en su dormitorio.

Atada.

Degollada.

El sonido del móvil de Torkel interrumpió la última estrofa del *Cumpleaños feliz*, y tuvo que irse a la cocina para atender la llamada. Mientras se alejaba de la algarabía, aún tuvo tiempo de oír cuatro hurras por su hija.

Vilma cumplía años.

Trece.

Ya era una adolescente.

En realidad, los había cumplido el viernes, pero lo había celebrado en el cine con sus amigas. Los parientes mayores y más aburridos, como su padre, podían felicitarla cualquier otro día. Tras consultarlo con Yvonne, Torkel le había comprado un teléfono móvil. Uno completamente nuevo para ella sola. Hasta ese momento, Vilma se había contentado con los que descartaba su hermana mayor o los que dejaban de usar Yvonne o él mismo cuando les daban uno nuevo en el trabajo. Pero ahora tenía uno flamante y equipado con Android, tal como le había aconsejado Billy cuando Torkel le había pedido ayuda para elegir modelo y marca. Según Yvonne, desde el viernes Vilma no se separaba del móvil ni siquiera para dormir.

La mesa de la cocina se había convertido para la ocasión en un expositor de regalos. El de la hermana mayor había sido un kit de maquillaje con rímel, sombra de ojos, pintalabios y base.

Se lo había dado el viernes, pero Vilma había decidido poner todos los regalos sobre la mesa, para que los vieran los invitados. Torkel cogió el envase de rímel, que prometía pestañas hasta diez veces más espesas, y se puso a darle vueltas mientras prestaba atención a lo que escuchaba por el teléfono.

Un asesinato. En Tumba. Una mujer atada y degollada en la cama de su dormitorio.

Torkel pensaba que Vilma era demasiado pequeña para empezar a maquillarse, pero le habían dicho que su hija era la única de la clase que no se maquillaba y que resultaba imposible que las chicas del curso superior se presentaran en el colegio con la cara lavada. Por eso no se opuso. Los tiempos cambiaban y, en todo caso, se alegraba de no haber tenido esa misma discusión cuando Vilma estaba en sexto de primaria, porque sabía que otros padres de la misma escuela la habían tenido. Se opusieron y, por lo visto, fracasaron.

Todo parecía indicar que la mujer de Tumba era la tercera víctima.

Torkel colgó el teléfono, dejó el envase de rímel sobre la mesa y volvió al cuarto de estar.

Llamó a Vilma, que estaba hablando con sus abuelos y no pareció demasiado contrariada por tener que interrumpir la conversación. La niña se dirigió hacia Torkel con cierta expectación en la mirada, como si creyera que su padre había ido a la cocina para prepararle una sorpresa.

—Tengo que irme, cielito.

—¿Por Kristoffer?

Torkel tardó unos segundos en entender la pregunta. Kristoffer era la nueva pareja de Yvonne. Salía con su mujer desde hacía unos meses, pero hasta esa noche no los habían presentado. Era un profesor de instituto, con poco más de cincuenta años, divorciado y con hijos. Parecía agradable. Ni por un momento había considerado Torkel que su encuentro fuera una situación delicada o incómoda, por lo que tardó unos segundos en comprender la pregunta de su hija. Pero al notar ese instante de vacilación, Vilma sacó la conclusión contraria.

—Ya le había dicho a mamá que no lo invitara —añadió, con expresión enfurruñada.

Torkel la miró enternecido. Su hija quería protegerlo. Tenía trece años y quería resguardarlo de las penas del corazón. En su mundo, una situación como la suya debía de ser tremendamente incómoda. Quizá para su hija no había nada peor que encontrarse con su exnovio acompañado de otra chica. Si es que alguna vez había tenido novio... Torkel no lo sabía con certeza. Le acarició con dulzura la mejilla.

—Tengo que trabajar. Que me vaya no tiene nada que ver con Kristoffer.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Me habría tenido que ir de todos modos, aunque estuviéramos tú y yo solos. Ya sabes cómo son estas cosas.

Vilma asintió. Había convivido lo suficiente con él para saber que se marchaba siempre que era preciso y pasaba mucho tiempo fuera de casa.

—¿Ha muerto alguien?

—Sí.

Torkel no pensaba contarle nada más. Desde el principio, había decidido no ser uno de esos policías que se aseguran la atención de sus hijos al ofrecerles detalles fascinantes y truculentos de su trabajo. Vilma lo sabía. Por eso no le preguntó nada más y se limitó a asentir. Torkel la miró con expresión seria.

—Me alegro de que mamá esté saliendo con alguien.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Que no estemos juntos no significa que tenga que estar sola.

—¿Y tú? ¿Tú también sales con alguien?

Torkel dudó un momento. ¿Qué podía decirle? Desde hacía mucho tiempo mantenía una especie de relación con Ursula, una compañera de trabajo que estaba casada, pero nunca habían definido exactamente lo que había entre los dos. Solían pasar la noche juntos cuando salían de la ciudad para ocuparse de alguna misión. Nunca en Estocolmo. Nunca cenaban juntos, ni hablaban de asuntos personales o privados. Sólo sexo y temas de trabajo. Y desde hacía unos meses ni siquiera eso. Desde que Torkel había incluido en una investigación a su antiguo colega, Sebastian Bergman, Ursula y él se habían limitado a trabajar juntos y nada más. Eso a Torkel le dolía más de lo que estaba dispuesto a reconocer. No le molestaba tanto que su relación —o lo que fuera que tuvieran— se rigiera por las condiciones que ella imponía. Eso podía aceptarlo. Pero la echaba de menos más de lo que habría esperado, y le dolía que fuera así. Para colmo, parecía que en los últimos tiempos la relación entre Ursula y Micke, su marido, había mejorado.

Incluso se habían ido un fin de semana juntos a París, un par de meses atrás.

Entonces ¿qué decir? ¿Estaba saliendo con alguien?

Probablemente, no, y no tenía ninguna intención de explicarle a una niña que acababa de cumplir trece años la complejidad de las relaciones entre adultos.

—No —respondió—, no estoy saliendo con nadie. Pero ahora me tengo que ir. —La abrazó con fuerza—. Feliz cumpleaños —le susurró—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —replicó ella—. A ti y al móvil.

Con los labios recién pintados le dio un beso en la mejilla.

Torkel aún estaba sonriendo cuando se sentó en el coche para dirigirse a Tumba.

Llamó a Ursula.

Ella ya estaba en camino.

Torkel, mientras conducía, iba pensando que ojalá fuera un caso completamente distinto. Que se tratara de otras personas. Que no hubiera ninguna relación con las otras dos mujeres muertas. Que fueran casos separados. Pero no fue así. Lo comprendió nada más entrar en el dormitorio.

Las medias de nailon, el camisón, la disposición de todos los elementos...

Era la tercera.

La expresión «de oreja a oreja» no bastaba para describir la herida abierta en el cuello de la víctima, que iba de un lado a otro de las cervicales, como cuando abrimos una lata de conservas y dejamos un pequeño trozo sin cortar para poder doblar la tapa hacia atrás. Prácticamente le habían seccionado el cuello. El culpable tenía que haber hecho una fuerza considerable para causar un daño tan enorme. Había sangre por todas partes, desde las paredes hasta el suelo.

Ursula ya estaba tomando fotos. Se movía con cautela por la habitación, con cuidado para no pisar la sangre. Cuando era posible, siempre era la primera en llegar a la escena del crimen. Levantó la vista, saludó con una leve inclinación de la cabeza y siguió haciendo fotos. Torkel le hizo una pregunta, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Lo mismo?

—Sí.

—He vuelto a llamar a Lövhaga cuando venía para aquí. El tipo sigue ahí.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no?

Torkel asintió. Mientras contemplaba desde la puerta del dormitorio a la mujer muerta, pensó que no le gustaba ese caso. Ya había mirado otros dormitorios desde otras puertas y había visto otras mujeres en camisón, atadas de pies y manos con medias de nailon, violadas y degolladas. La primera la hallaron en 1995. Habían aparecido otras tres hasta finales de la primavera de 1996, cuando consiguieron atrapar al asesino.

A Hinde lo habían condenado a cadena perpetua.

Ni siquiera había recurrido la sentencia.

Aún cumplía la condena en la prisión de Lövhaga.

Pero las nuevas víctimas parecían copias idénticas de las suyas. Las manos y los pies atados de la misma manera. La desmesurada herida en el cuello. Incluso los dibujos azules de los

camisones blancos eran iguales. Eso significaba que el culpable no era únicamente un asesino en serie, sino también un imitador, alguien que por alguna razón se empeñaba en reproducir asesinatos que se habían cometido quince años atrás. Torkel consultó su libreta de notas y se volvió una vez más hacia Ursula, que había formado parte de aquel equipo en los años noventa. Estaban ella, Sebastian y Trolle Hermansson, que después había tenido que pasar al retiro forzoso.

—El marido dice que esta mañana, en torno a las nueve, le ha enviado un SMS y que ha recibido una respuesta enseguida; pero después le ha enviado otro, hacia la una, y ya no le ha contestado.

—Coincide con las observaciones. La víctima lleva más de cinco horas muerta, pero menos de quince.

Torkel se limitó a asentir. Sabía que Ursula tenía razón. Si se lo hubiera preguntado, le habría hablado del rígor mortis, que aún no había llegado a las piernas, de la falta de autolisis, de la incipiente mancha esclerótica y de otros términos de la jerga forense que a pesar de todos sus años en el cuerpo de policía aún no se había molestado en aprender. También sabía que, si insistía en preguntarle, se lo explicaría todo en lenguaje corriente.

Ursula se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano. La temperatura en el piso de arriba era un par de grados más alta que en la planta baja. El sol de julio llevaba todo el día caldeando el ambiente. Varias moscas zumbaban en la habitación, atraídas por el olor de la sangre y por los primeros signos de una putrefacción que aún era indistinguible.

—Mira el camisón —dijo Torkel, después de echar un último vistazo a la cama.

—¿Qué pasa con el camisón?

Ursula bajó la cámara para examinar directamente la anticuada prenda de algodón.

—Está estirado.

—Puede haber sido el marido. Para cubrirla.

—Voy a preguntarle si ha tocado el cadáver.

Torkel se retiró de la puerta y volvió a la cocina a interrogar al hombre inconsolable. Verdaderamente, el caso no le gustaba nada.

El hombre alto había dormido varias horas. Se había desplomado en la cama nada más llegar a su casa. Lo hacía siempre. Rituales. La adrenalina le había inundado el cuerpo. No sabía muy bien qué pasaba, pero después se sentía como si hubiera agotado las reservas de energía de toda una semana durante un breve momento de actividad. Pero ya estaba despierto. Había sonado el despertador. Tenía que entrar en acción una vez más. Se levantó de la cama. Le quedaba mucho por hacer. Y tenía que hacerlo correctamente. En el momento adecuado y en el orden conveniente.

Rituales.

Sin ellos, el mundo sería un caos. Un lugar confuso y terrorífico. Los rituales eran una manera de controlarlo. Hacían que el mal fuera menos terrible y conseguían que el dolor hiciera menos daño. Los rituales mantenían a raya la oscuridad.

El hombre conectó la cámara Nikon al ordenador y descargó con rapidez las treinta y seis fotos, como había hecho tantas veces.

En la primera, la mujer estaba de pie, llorando, con los brazos cruzados delante del pecho, a la espera de que él le diera el camisón. De una de las fosas nasales le brotaba un hilo de sangre, que le caía sobre el labio inferior. Dos gotas le habían rozado el pecho derecho en su descenso y le habían dibujado dos regueros rojos en la piel, como la lluvia en el cristal de una ventana. Al principio, la mujer se había negado a desnudarse, como si su ropa pudiera protegerla. Como si pudiera salvarla.

En la trigésima sexta foto miraba a la cámara con una expresión de vacío en sus ojos. El hombre alto se había agachado sobre la cama y se había inclinado para acercarse lo máximo posible, hasta sentir el calor de la sangre que apenas rezumaba de la herida abierta en el cuello, ya que para entonces la mayor parte se había derramado sobre la ropa de cama y el colchón.

Repasó rápidamente las fotos, de la primera a la última. Con el camisón puesto. Las medias de nailon. Los nudos. Sin las bragas. Antes del acto. Después. El cuchillo y su obra.

El terror.

La comprensión de lo que iba a suceder.

El resultado.

Le pareció bien. Podría utilizar las treinta y seis fotografías. Eso era lo mejor. A pesar de la capacidad casi ilimitada de las cámaras digitales, no quería superar las restricciones de los antiguos carretes. Treinta y seis fotos. Ni una más ni una menos.

Era el ritual.

Billy estaba de rodillas junto a la puerta, examinando la cerradura, cuando Torkel bajó la escalera. Al oírlo, se volvió hacia su jefe.

—Ningún desperfecto en la puerta, hasta donde yo puedo ver. Todo hace pensar que lo dejaron entrar.

—La puerta de la terraza estaba abierta cuando hemos llegado —dijo Torkel.

—La ha abierto el marido cuando ha llegado —explicó Billy—. Ha dicho que entonces estaba cerrada con llave.

—¿Seguro? ¿No estaba un poco confuso por la conmoción?

—Parecía convencido...

—Se lo preguntaré de nuevo. ¿Dónde está Vanja?

—Fuera. Acaba de llegar.

—Hay un ordenador allí arriba, en el estudio —dijo Torkel, señalando con la cabeza la escalera por la que acababa de bajar—. Llévatelo e intenta encontrar algo, preferiblemente algún dato que la relacione con las otras mujeres.

—Entonces ¿es la tercera?

—Todo hace pensar que sí.

—¿Te parece que llamemos a...?

Billy dejó la pregunta en el aire, pero Torkel entendió enseguida a quién se refería. Sebastian Bergman. Torkel también lo había pensado al principio, pero había desechado la idea de inmediato. Los inconvenientes eran obvios y superaban con creces las ventajas, pero eso había sido antes de esa noche.

Antes de la tercera víctima.

—Ya veremos.

—Más que nada porque parece una imitación de...

—Te he dicho que ya veremos.

Por el tono de voz, Billy se dio cuenta de que no convenía seguir insistiendo. Hizo un gesto de asentimiento y se levantó. Entendía la frustración de Torkel. No tenían pistas o, mejor dicho, tenían pistas de sobra —pisadas, huellas dactilares, pelos y muestras de semen—, pero no estaban ni un milímetro más cerca de resolver el caso que veintinueve días antes, cuando habían encontrado a la primera mujer atada y asesinada. La despreocupación con que el asesino dejaba a su paso pruebas incriminatorias indicaba que no constaba en los registros de la policía. Su manera de actuar era demasiado organizada para suponerle negligencia o descuido. Por lo tanto,

no tenía antecedentes o, como mínimo, no lo habían sancionado nunca por una infracción grave. Pero estaba dispuesto a correr riesgos. O quizá se viera obligado a aceptarlos. Las dos posibilidades eran inquietantes, porque hacían pensar que probablemente volvería a actuar.

—Llévate a Vanja y vuelve a repasar con ella todo lo que tenemos.

Si al menos hubieran podido encontrar un vínculo entre las víctimas, habrían adelantado mucho, porque entonces habrían averiguado algo acerca del culpable y habrían comenzado a estrechar el círculo para descubrirlo. Lo peor que podía suceder era que el asesino eligiera a sus víctimas al azar, que escogiera a una mujer cualquiera por la calle, la siguiera, anotara sus movimientos, planeara el ataque y esperara la ocasión más favorable. Si era así, si elegía de ese modo a sus víctimas, entonces sólo lo atraparían si cometía un error. Y hasta ese momento, no había cometido ninguno.

Billy subió la escalera a grandes zancadas, echó una mirada rápida al dormitorio donde Ursula seguía trabajando y entró en el estudio. Bastante pequeño, de unos seis metros cuadrados, quizá. Una mesa de escritorio en una esquina, con una silla de oficina delante y, debajo de ésta, una placa de plexiglás, para que las ruedas no rayaran el parquet. Al lado, un mueble bajo con una impresora, un módem, un router, un paquete de hojas, varias carpetas y material de oficina. En la pared, detrás de la mesa, un marco grande con ocho fotos. En una de ellas, la víctima —Katharina se llamaba, con *th*, si Billy no recordaba mal— aparecía sola, sonriendo a la cámara, delante de un manzano, vestida de blanco y con un sombrero de paja sobre la cabellera oscura. Parecía la foto de un anuncio para promocionar el verano sueco. El lugar podía ser Österlen, por ejemplo. El marido —Richard— también aparecía a solas en una de las fotos. En la popa de un velero, con gafas de sol, piel bronceada y expresión seria, concentrado. En las otras seis estaban los dos juntos, abrazados y sonrientes. Viajaban mucho, por lo que se veía. Una de las fotos la habían hecho en una playa de arena blanca, con palmeras al fondo, y en otras dos Billy consiguió identificar Nueva York y Kuala Lumpur. No tenían hijos, evidentemente.

Al menos esa vez ninguna criatura se había quedado sin su madre.

Se demoró un momento delante de las imágenes, observando las expresiones amorosas y sonrientes de la pareja. En todas las fotos salían abrazados. Quizá fuera su manera de posar ante las cámaras, o tal vez fuera una simulación para hacer creer al mundo que eran muy felices. Pero no lo parecía. Los dos estaban realmente enamorados. Juntos y abrazados. Billy no podía dejar de mirarlos. Había algo en su felicidad que le resultaba fascinante. Se los veía tan despreocupados, tan enamorados, tan vivos... Billy no solía implicarse tanto. Por lo general, mantenía sin dificultad una distancia con las víctimas. Sus tragedias lo afectaban, desde luego, y los allegados le daban pena, pero el dolor nunca era muy profundo. Pero esa vez era diferente y él sabía por qué. Acababa de conocer a una chica con un brillo especial en la mirada y una sonrisa contagiosa que le recordaba a la mujer de las fotos. Por su culpa, el drama se volvía más auténtico y multidimensional. Volvió a pensar en My, en su manera de taparse con las mantas, antes de volver a abrazarlo medio dormida, en su insistencia para que se quedara un rato más, sólo un rato más, sólo un ratito más, y así hasta que pasaba toda la mañana con ella. La sonrisa

de My habría podido figurar entre las imágenes románticas que tenía delante, pero no tenía nada que ver con la mujer grotescamente retorcida, atada y violada de la habitación contigua. Y, sin embargo, esa mujer era la misma que sonreía en las fotos. Por un segundo, le pareció ver a My tendida boca abajo, sobre el gran charco de sangre. Volvió la cara y cerró los ojos. Nunca había experimentado un terror comparable.

Nunca.

Y no debía permitir que volviera a invadirlo. Lo sabía bien. No podía abrir la puerta al terror y la violencia, ni dejar que lo envenenaran por dentro, porque arruinarían su amor. Lo convertirían en miedo y en alarma constante. Comprendió más que nunca la necesidad de mantener una clara separación entre el trabajo y la vida privada. Sin esa separación, todo podía estropearse. Podía abrazar a My y estrecharla con fuerza, pero nunca debía compartir con ella esos sentimientos. Eran demasiado oscuros y profundos para dejar que contaminaran su relación. Cuando volviera a casa, pensaba abrazarla durante mucho rato, un tiempo larguísimo, tan largo que ella le preguntaría la razón. Y él le mentiría. Por desgracia tendría que mentirle. No quería que supiera la verdad. Billy se volvió, recogió el ordenador de la mesa y bajó a buscar a Vanja.

El hombre alto dio la instrucción de imprimir todas las fotos y la impresora empezó enseguida, haciendo un zumbido eficiente. Mientras salían las fotografías de la impresora, en papel con brillo y formato 10 × 15, el hombre creó una carpeta nueva para guardar los archivos, la duplicó, entró en la web protegida con contraseña, se identificó como administrador y subió la carpeta. La dirección era poco llamativa: <fygorh.se>. En realidad, se trataba de una combinación de letras escogidas al azar, con el único fin de que la web no apareciera nunca entre los primeros resultados de ningún buscador. Si contra todo pronóstico algún curioso daba por casualidad con la página web, se encontraría tan sólo con un texto mal maquetado y casi ilegible sobre un fondo de colores chillones y motivos móviles. Los textos, que de vez en cuando cambiaban de tipografía y de color, procedían de diferentes libros, boletines oficiales, memorias y otras páginas web, y se sucedían sin puntuación ni separaciones, interrumpidos únicamente por extrañas imágenes y fotografías distribuidas en diferentes puntos y sin ningún tipo de relación entre sí. La web parecía una versión digital de los absurdos carteles que a veces se ven en los tablones de anuncios o en las paradas de los autobuses, que ha creado alguien que no ha sabido elegir entre las diferentes posibilidades de diseño y las ha utilizado todas a la vez. Nadie se quedaba mucho tiempo. El hombre lo sabía, porque había solicitado las estadísticas de la web. De las setenta y tres personas que por alguna inexplicable razón habían entrado, ninguna se había quedado más de un minuto y veintiséis segundos. Era justo lo que él quería. Nadie había llegado a la quinta página, ni había reparado en el pequeño botón rojo perdido en el interior de un artículo sobre edificios históricos en el municipio de Katrineholm. Ese botón daba acceso a otra página con un cuadro de diálogo que pedía usuario y contraseña. Superado ese obstáculo, aparecía la carpeta con las fotos que acababa de subir. El nombre de la carpeta tampoco era muy llamativo: «3».

La impresora había terminado. El hombre recogió las fotos, las repasó rápidamente y las contó. Estaban las treinta y seis. Cogió una pinza muy grande y con ella unió la pila de fotos por el borde superior. Se dirigió entonces hacia un tablero de aglomerado que estaba colgado de la pared, al otro lado de la habitación, y fijó la pinza con un clavo en la esquina superior derecha. Sobre el clavo destacaba el número tres dentro de un círculo trazado con rotulador negro. El hombre echó un vistazo rápido a las primeras fotos que colgaban de los clavos «1» y «2». Eran mujeres. En sus dormitorios. Medio desnudas. Llorando, muertas de miedo. La pinza de la izquierda sujetaba solamente treinta y cuatro fotografías. Dos habían salido borrosas. Antes del acto. Estaba tan ansioso que se había desviado del ritual. Después se había maldecido a sí mismo y se había jurado que nunca volvería a pasarle. La segunda pila de fotos estaba completa, como

la tercera. Cogió la cámara e hizo una fotografía del tablero de madera con su macabro contenido. Primera fase superada. Dejó la cámara sobre la mesa y recogió del suelo la bolsa de deporte, que estaba justo delante de la puerta.

Se fue a la cocina.

Apoyó la bolsa sobre la mesa vacía, abrió la cremallera y sacó los restos del envase de plástico y cartón de las medias de nailon que había utilizado: Philippe Matignon Noblesse 50 Cammello de color beige.

Como de costumbre.

Como siempre.

Abrió el armario de debajo del fregadero, tiró el envoltorio a la basura y cerró la puerta. Se acercó otra vez a la maleta, sacó la bolsa de plástico donde había guardado el cuchillo, lo extrajo y lo dejó en el fregadero mientras volvía a abrir la puerta del armario, para deshacerse de la bolsa ensangrentada. Cerró la puerta y abrió el grifo. El agua templada se derramó sobre la ancha hoja metálica. La sangre endurecida empezó a desprenderse y a escurrirse por el desagüe en un ligero remolino. El hombre cogió el cuchillo por el mango y le dio la vuelta. Cuando vio que la fuerza del agua no era suficiente para limpiar la sangre, cogió el cepillo de fregar los platos, le echó un poco de detergente y se puso a frotar para eliminar los restos incrustados. Después, secó el arma con cuidado y la guardó otra vez en la bolsa de deporte. Abrió el tercer cajón del mueble situado junto a los fuegos de la cocina y sacó un rollo de bolsas de tres litros para congelados. Separó una, volvió a guardar el rollo, cerró el cajón y colocó la bolsa en la maleta, al lado del cuchillo. Después, salió de la cocina.

Billy recorrió la casa y encontró a Vanja en el jardín, de espaldas a la terraza y al gran ventanal. Delante de ella se extendía un césped bien cortado que terminaba en dos parterres floridos. Billy no sabía el nombre de ninguna de las plantas y supuso que tampoco serían las flores lo que captaba la atención de Vanja.

—¿Cómo va todo?

Vanja se sobresaltó. No lo había oído llegar.

—Aquí tampoco ha dejado su tarjeta de visita, si a eso te refieres.

—No, claro...

Billy retrocedió un poco y Vanja se dio cuenta de que le había respondido con desusada brusquedad. Quizá la pregunta no guardaba relación con el trabajo. Billy la conocía. La conocía bien. Sabía lo mucho que aborrecía ese tipo de crímenes. No era por la sangre, ni por la violencia sexual. Había visto cosas peores. Pero era una mujer.

Asesinada.

En su casa.

¿Cómo era posible que violaran y mataran a una mujer en su propia casa? Las mujeres estaban desprotegidas y expuestas todo el tiempo y en todas partes. Les recomendaban que se cambiaran de ropa antes de volver a casa de una fiesta, que evitaran los pasos subterráneos, los parques y los callejones solitarios, y que no fueran por la calle con los oídos tapados por auriculares. Tenían oprimida la libertad de movimientos y reducida la capacidad de acción. ¿Por qué no las dejaban tranquilas al menos en su propia casa?

En paz.

Seguras.

—He encontrado una cosa —dijo Vanja mientras se volvía para regresar a la terraza.

Billy la siguió. Subieron a la plataforma de madera, impregnada con una sustancia especial para resistir a la intemperie. Pasaron por delante de cuatro sillones de mimbre y de una mesa con una sombrilla cerrada en el centro, que a Billy le pareció más propia de la terraza de un bar que de un jardín particular, y se acercaron a dos tumbonas blancas de madera, donde probablemente los propietarios de la casa habrían disfrutado de las luminosas noches del verano nórdico, con una copa en la mano.

—Ahí.

Vanja señaló la ventana de la izquierda. Billy miró. A través del cristal se veía la mayor parte de la planta baja. Vio a Torkel, que estaba sentado hablando con Richard Granlund, y a los

técnicos de la policía científica, que buscaban pruebas en el resto de la casa. Pero no advirtió lo que Vanja quería enseñarle.

—¿Dónde? —preguntó.

—Ahí —repitió ella.

Esta vez señaló con más precisión, y entonces Billy lo vio. De hecho, lo tenía justo delante. Había huellas en el cristal: una casi rectangular, de pocos centímetros cuadrados; otra más pequeña debajo, reducida a un punto; y otras dos a los lados, en forma de media luna, una inclinada a la derecha y otra a la izquierda, como dos paréntesis que enmarcaran las otras dos. Billy comprendió enseguida lo que estaba viendo. Alguien —posiblemente el asesino— había mirado por la ventana, con la frente y la nariz apoyadas contra el cristal y las manos haciendo pantalla a los lados de la cara, para bloquear la luz exterior. La piel grasa había dejado una marca en el vidrio.

—El tipo es alto —observó Billy mientras se inclinaba sobre la ventana—. Más alto que yo.

—Si ha sido él —dijo Vanja, indicando las huellas en el cristal—, entonces pudieron verlo desde allí. —Señaló la casa vecina, detrás de los arbustos floridos—. Quizá alguien se haya fijado.

Billy pareció dudar. En pleno mes de julio, cuando todo el país se iba de vacaciones, la mayoría de las casas de los alrededores estarían desiertas. A la llegada de la policía, había visto muy pocos curiosos en la calle o en los jardines vecinos. La casa estaba en una de las zonas que prácticamente se vaciaban cuando llegaba el verano. Sus habitantes tenían tiempo y dinero para desplazarse a sus segundas residencias, salir a navegar o viajar al extranjero. ¿Lo sabía el asesino? ¿Había aprovechado esa circunstancia?

Probablemente.

Irían a preguntar a la casa de enfrente, por supuesto. Llamarían a muchas puertas. Pero si al asesino lo habían dejado pasar, como pensaba Billy, lo más probable era que se hubiera acercado por la parte delantera de la casa. Llamar a la puerta de la terraza habría sido más extraño e inquietante, y habría reducido las probabilidades de que le abrieran la puerta. Por lo tanto, debía de haber llegado por el sendero del jardín, que quedaba del todo a la vista. También había actuado sin ningún disimulo en las otras dos escenas del crimen, hasta donde ellos sabían, pero eso tampoco les había servido de ayuda. Nadie lo había visto ni había notado nada sospechoso. Ningún coche, ningún tipo raro, nadie que preguntara por una dirección, o pareciera curiosear, o pasara en bicicleta, o intentara vender alguna cosa.

Nadie había visto nada.

No había ocurrido nada fuera de lo corriente en el vecindario, excepto el pequeño detalle de que una mujer había sido brutalmente asesinada.

—Torkel quiere que regresemos —dijo Billy—. Con suerte, puede que esta vez encontremos un denominador común.

—Con suerte, tú lo has dicho. Parece que vamos a necesitarla. El tipo actúa cada vez más rápido.

Billy asintió. Entre los dos primeros asesinatos habían transcurrido tres semanas. Entre el segundo y el tercero, apenas ocho días. Los dos se pusieron en marcha. Pisaron con cuidado ese

césped casi tan verde como un campo de golf, que a pesar de la persistente sequía y el calor no presentaba ni una sola mancha amarilla. Vanja miró a su colega, que caminaba pesadamente a su lado, enfundado en su sudadera con capucha, con el ordenador bajo el brazo.

—Perdona si antes te he respondido mal.

—Tranquila. Tienes motivos para estar cabreada.

Vanja sonrió para sus adentros.

Era muy fácil trabajar con Billy.

El dormitorio.

Con la bolsa de deporte en una mano, el hombre alto se encaminó directamente hacia la cómoda junto al ventanal. Apoyó la bolsa sobre el mueble y abrió el primer cajón. Del lado izquierdo, cogió un camisón pulcramente doblado y lo guardó en la bolsa. Del lado derecho, sacó un paquete de medias Philippe Matignon Noblesse 50 Cammello de color beige y lo metió también en la bolsa negra de deporte. Después cerró la cremallera y depositó la bolsa en el espacio libre que quedaba en medio, entre las dos pilas de prendas. Encajado.

Como no podía ser de otra manera.

Cerró el cajón.

Volvió a la cocina.

Sacó una bolsa de papel del armario de las escobas y se puso a desplegarla mientras se dirigía hacia el frigorífico. En el interior de la puerta de la nevera había una botella pequeña de refresco de frutas y también un paquete cilíndrico de galletas maría. Sobre el estante transparente, un poco más abajo, encontró unos cuantos plátanos. Cogió dos y entonces los metió en la bolsa de papel, junto con el refresco, las galletas y la barra de chocolate con cereales que sacó del estante más alto de la nevera. Abrió por tercera vez la puerta del armario de debajo del fregadero y extrajo un envase vacío de plástico que había contenido lejía. Todavía pudo percibir el tenue olor a desinfectante en el momento en que introdujo el envase en la bolsa de papel, antes de dirigirse al vestíbulo y dejar la bolsa en el suelo, a la derecha de la puerta de entrada.

El hombre alto se volvió y a continuación contempló el apartamento. Estaba tranquilo y en silencio por primera vez en varias horas. El ritual había finalizado. Ya había hecho su trabajo. Y además estaba listo.

Para la próxima.

La número cuatro.

Sólo tenía que esperar.

Pasaban unos minutos de las doce de la noche cuando Vanja entró en la habitación que todos conocían simplemente con el nombre de «la sala». Seis sillas distribuidas en torno a una mesa de reuniones ovalada, en medio de una moqueta de color gris verdoso. Un panel de mando para las videoconferencias y para el proyector colgado del techo, sobre el centro de la mesa, que estaba vacía, a excepción de unas botellas de agua mineral y cuatro vasos. No había paredes de cristal que permitieran ver el resto del edificio. Nada quedaba a la vista. Sobre una de las paredes del costado había una pizarra blanca, donde Billy solía colocar todo lo relacionado con los casos en curso. De hecho, estaba pegando una foto de Katharina Granlund cuando entró Vanja y se sentó en una de las sillas. Dejó tres carpetas encima de la mesa.

—¿Tenías algún plan para esta noche?

A Billy le sorprendió un poco la pregunta. Esperaba algo relacionado con el caso: si había descubierto una relación entre las tres víctimas, si había llegado a alguna conclusión... No era que Vanja no se preocupara por la vida privada de sus colegas, pero Billy no conocía a ningún policía tan centrado como ella en el trabajo y no estaba acostumbrado a que hablara de temas personales mientras trabajaban.

—Estaba en el teatro del parque —respondió Billy mientras se sentaba—. He tenido que irme en el entreacto.

Vanja lo miró con una mezcla de asombro e incredulidad.

—Pero si tú nunca vas al teatro...

Era cierto. En una de las raras ocasiones en que no estaban hablando de asuntos de trabajo, Billy se había referido al teatro como «una forma artística muerta», y había añadido que del mismo modo que habíamos abandonado los carruajes tirados por caballos con el advenimiento del automóvil, deberíamos haber enterrado el teatro después del nacimiento del cine.

—La chica con la que estoy saliendo se empeñó en ir.

Vanja sonrió. Ya se imaginaba que tenía que haber una chica.

—¿Cómo ha reaccionado cuando te has marchado?

—No sé si me ha creído. Ya había tenido que despertarme una vez en el segundo acto... ¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo?

—Nada. Estaba en casa, leyendo sobre Hinde.

Eso los condujo una vez más al motivo por el que se encontraban en el edificio prácticamente desierto de Kungsholmen cuando el nuevo día tenía apenas unos minutos de existencia.

Tres cuartos de hora después, se vieron obligados a reconocer que no habían adelantado

nada. No había ningún denominador común entre las tres víctimas. Tenían diferentes edades. Dos de ellas estaban casadas y una divorciada. Sólo una tenía hijos. Habían pasado la infancia en diferentes localidades y habían asistido a diferentes escuelas, trabajaban en diferentes sectores, no eran miembros de las mismas organizaciones, no tenían aficiones comunes, sus maridos o exmaridos no tenían ninguna relación entre sí y no eran amigas en Facebook ni en ninguna otra red social.

No se conocían.

No tenían nada en común.

Al menos nada que Billy y Vanja pudieran ver. Decepcionado, Billy cerró el ordenador y se recostó en la silla, cansado. Vanja se levantó, se acercó a la pizarra y se puso a contemplar las imágenes de las tres mujeres, que aparecían vivas en una foto cada una y muertas en muchas más. A la derecha, había otra serie de fotografías dispuestas en una fila vertical. Las hicieron en los años noventa y eran tan horripilantes como las más recientes.

—La copia es exacta.

—Sí, yo también lo he pensado. ¿Cómo lo hace? —Billy se levantó y se acercó a Vanja—. ¿Tú qué crees? ¿Se conocerán?

—No necesariamente. Las fotos antiguas se han publicado.

—¿Dónde? —preguntó Billy sorprendido. Le costaba creer que un periódico hubiera podido imprimir unas imágenes tan macabras, y en 1996 internet todavía no era la fuente inagotable de información en que se había convertido en los últimos años.

—En los dos libros de Sebastian, por ejemplo —replicó Vanja, volviéndose hacia él—. ¿No los has leído?

—No.

—Deberías. Son muy buenos.

Billy no respondió y se limitó a hacer un gesto afirmativo. Considerando la opinión que Vanja tenía de Sebastian, con toda probabilidad era lo único positivo que podía decir de él. Billy dudó un momento antes de preguntar. Era muy tarde y Vanja ya había dado muestras de irritación, pero aun así se atrevió:

—¿Crees que vendrá a trabajar con nosotros?

—¿Quién? ¿Sebastian?

—Sí.

—Sinceramente, espero que no.

Vanja volvió a su puesto, recogió las carpetas que había llevado consigo y se dirigió a la puerta.

—Por otra parte, deberíamos visitar a Hinde en Lövhaga. He pensado que podríamos ir tú y yo. —Abrió la puerta y se detuvo—. Nos vemos mañana. ¿Llamarás tú a Torkel para contarle lo poco que hemos descubierto?

Se marchó sin esperar que le respondiera, por lo que Billy se quedó solo y con la obligación de llamar para dar la mala noticia. Como de costumbre. Echó una mirada al reloj de la pared. Faltaba poco para la una. Con un suspiro, sacó el teléfono móvil.

Sebastian se despertó al sentir una caricia en la cara. Abrió los ojos, se ubicó rápidamente en el dormitorio desconocido, se volvió del lado derecho y se puso a repasar mentalmente los pasos que lo habían llevado hasta allí aquella noche. Había seguido a Vanja hasta su casa y la había visto entrar. Cuando se disponía a apostarse en su punto habitual de vigilancia, la vio salir con precipitación. Unos segundos después, la recogió un coche de la policía y se la llevó. Había pasado algo.

La necesitaban en algún sitio.

En cambio, a él no lo necesitaba nadie en ninguna parte.

Con paso cansado, puso rumbo a su casa, a un apartamento que le resultaba grande en exceso. Cuando apenas había dado unos pasos, sintió un molesto desasosiego. Sabía que sólo había una manera de acabar con esa inquietud. Echó un vistazo a los anuncios del periódico de la mañana y se decidió por una conferencia que llevaba por título «Jussi Björling, un genio de la ópera» y que tenía lugar en la sede de una organización de cultura popular. El tema no revestía el menor interés para él, pero el público estaría compuesto en su mayor parte por mujeres, como sucedía en todos los eventos culturales. Tras estudiar brevemente el panorama, se sentó en la tercera fila, al lado de una mujer sola, de unos cuarenta años, que no llevaba anillo de casada. Durante la pausa, inició una conversación con ella. Al final de la conferencia, la invitó a un refresco y siguieron hablando. Cenaron juntos y, después de un corto paseo a pie, llegaron a la casa de la mujer, en Vasastan, y se fueron a la cama. Y ahora ella acababa de despertarlo. Se llamaba Ellinor Bergkvist y era dependienta en los grandes almacenes Åhléns. En el Departamento de Menaje. ¿Qué hora sería? Era de día, pero eso no significaba nada. Estaban en pleno verano y en Estocolmo casi no se ponía el sol. La mujer estaba acostada de lado, vuelta hacia él, con el codo sobre la almohada y la cabeza apoyada en una mano mientras recorría la cara de Sebastian con el índice de la otra mano. Era una pose que probablemente habría copiado de alguna comedia romántica. Encantadora en el celuloide, pero muy irritante en la vida real. Con un mechón de pelo rubio rojizo caído sobre un ojo, le sonrió de una manera que tal vez pretendía ser traviesa mientras le apretaba la punta de la nariz con la yema del dedo índice.

—Buenos días, dormilón.

Sebastian suspiró. No sabía qué era peor, si la manera de dirigirse a él como si fuera un bebé que acababa de despertarse de la siesta, o la sensación de complicidad y romanticismo que irradiaba la mujer. Suponía que lo segundo. En el breve camino hasta su casa, ya había notado que ella iba a comportarse de esa manera.

Lo había cogido de la mano.

Y no se la había soltado en todo el camino.

Como si quisiera reproducir la imagen más tópica de una pareja de enamorados recorriendo las calles de una ciudad en una noche de verano. ¡Cinco horas después de haberse dirigido la palabra por primera vez! Había sido espantoso. Sebastian había considerado la posibilidad de poner fin al encuentro, agradecerle la velada y despedirse, pero al final había pensado que llevaba demasiado tiempo y esfuerzo invertidos para que todo acabara sin conseguir lo que buscaba. Lo que realmente necesitaba.

El sexo había sido aburrido y carente de entusiasmo por su parte, pero al menos le había permitido dormir unas horas y eso siempre era de agradecer. Volvió la cabeza para que ella le quitara el dedo de la punta de la nariz y se aclaró la garganta.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media. ¿Qué te apetece hacer hoy?

Sebastian volvió a suspirar.

—Lo siento, pero tengo que trabajar.

Era mentira. No tenía trabajo. Hacía años que no trabajaba, con la única excepción de la pequeña colaboración con la Unidad de Homicidios que tuvo lugar unos meses atrás en Västerås. En ese momento, no hacía nada. Y pensaba seguir así. No había nada que tuviera ganas de hacer y menos aún en compañía de Ellinor Bergkvist.

—Si no te hubiera despertado, ¿cuánto tiempo más habrías dormido?

¿Qué idiotez de pregunta era ésa? ¿Cómo iba a saberlo? Probablemente, lo habría despertado la pesadilla, ya que muy pocas noches lo dejaba en paz, pero era imposible decirlo con seguridad. Tampoco pensaba contárselo a ella. Quería marcharse. Salir de esa casa y dejar atrás Vasastan lo antes posible.

—No sé. Hasta las nueve quizá. ¿Por qué?

—Dos horas y media.

Ahora le arrastraba el dedo índice por la frente, lo bajaba por la nariz y le recorría los labios. Era un contacto mucho más íntimo que cualquiera de los que habían tenido en las últimas horas. Sebastian decidió ponerle fin y se levantó de la cama.

—Si no quieres dormir un poco más —prosiguió Ellinor—, tenemos dos horas para hacer otras cosas antes de que te reclame ese trabajo tuyo tan importante.

Ellinor siguió su recorrido con el dedo por la barbilla, el cuello y el pecho, hasta perderse debajo de la funda nórdica que no contenía ningún edredón. Sebastian la miró a los ojos. Los tenía verdes. Observó que el izquierdo tenía una mancha marrón en el iris que antes no había visto. Era como si la pupila tuviera una fuga y se hubiera derramado parte de su contenido en el iris. Ella siguió bajando la mano.

Al final resultó que Sebastian sí podía hacer otra cosa con Ellinor Bergkvist: tomar el desayuno.

¿Qué hizo Ellinor para convencerlo?

¿Era el resultado de una irreflexiva promesa poscoital?

Aunque la ventana de la cocina estaba abierta al jardín interior, hacía mucho calor en el

apartamento. Por la calle pasó una motocicleta y causó un gran estruendo; pero, aparte de eso, el ambiente era tranquilo. El silencio de una mañana de verano. Sebastian se preguntó qué día de la semana sería mientras repasaba con la mirada la mesa recién puesta: yogur, dos clases de cereales, muesli, zumo de naranja, queso, jamón, salami, rodajas de pepino en conserva, tomates, pimientos y melón cortado. ¿Sería miércoles? ¿Jueves? El aroma del pan impregnó la cocina cuando Ellinor sacó la bandeja del horno y puso sobre un paño las dos barritas de pan blanco recién horneadas. Después las colocó dentro de una cesta de mimbre y llevó la cesta a la mesa. Sonrió y volvió hacia la isla de la espaciosa cocina. Sebastian no tenía hambre. La tetera eléctrica soltó un pitido y Ellinor echó el agua caliente en la taza que le había puesto delante. Sebastian bajó la vista y vio que el agua se teñía de inmediato de un color marrón oscuro al entrar en contacto con el polvo liofilizado del fondo. Ellinor notó una nota de desaprobación en esa mirada.

—Lo siento, pero el café que tengo es instantáneo —le dijo—. Yo solamente bebo té.

—No te preocupes. Está bien así —replicó él.

Ellinor se sirvió agua caliente en su taza y se llevó la tetera. Cuando iba de vuelta para sentarse, se detuvo.

—¿Quieres leche?

—No.

—Te puedo calentar un poco, si quieres. Como un capuchino.

—No, está bien así.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien.

Sonrió, se sentó frente a él, cogió una bolsita de té —con limón y jengibre—, la sumergió en el agua caliente y la movió varias veces arriba y abajo. Buscó una vez más la mirada de Sebastian y le sonrió de nuevo. Él se esforzó por componer una expresión que con un poco de buena voluntad pudiera interpretarse como una sonrisa y enseguida desvió la mirada. No quería estar en ese sitio. Normalmente, eludía ese tipo de situaciones y ahora empezaba a recordar por qué. No soportaba la ilusoria sensación de intimidad, la falsa apariencia de tener algo en común con otra persona cuando en realidad —si estaba en su mano decidir— no volverían a verse nunca más. Fijó la mirada en uno de los armarios de la cocina y dejó vagar sus pensamientos. Ellinor echaba una cucharadita de miel en el té, en silencio. Después, cogió una de las barritas de pan de la cesta, la cortó, untó con mantequilla una de las mitades y le añadió queso, jamón y dos aros de pimiento amarillo. Tomó un bocado y se puso a mirar a Sebastian mientras masticaba. Él todavía tenía la mirada perdida en algún punto de la habitación, detrás de ella.

—Sebastian...

Sobresaltado, Sebastian la miró.

—¿En qué piensas?

En realidad estaba muy lejos. Otra vez. Había vuelto al lugar adonde siempre lo conducían sus elucubraciones. Al pensamiento que últimamente parecía ocupar todas sus horas de vigilia. Era una sensación casi desconocida para él. La obsesión. Ni siquiera en sus épocas de mayor

éxito profesional y dedicación al trabajo le había resultado difícil apartar los pensamientos indeseados. Si un caso comenzaba a invadir su vida privada más de lo aconsejable, sencillamente dejaba de pensar al respecto durante un par de días.

Hacía otra cosa.

Recuperaba la iniciativa.

Sebastian Bergman era un hombre que no perdía el control. Por nada, ni por nadie. O al menos así había sido.

En los últimos tiempos, las cosas habían cambiado.

La vida lo había sacudido. Lo había herido.

Y no una vez.

Sino dos.

Tres meses atrás, cuando aún no había logrado recuperarse de la tragedia que vivió en Tailandia en la Navidad de 2004, había tenido que viajar a Västerås para vender la casa de sus padres. Allí, mientras ordenaba unas estanterías, había encontrado unas cartas de 1979 que iban dirigidas a su madre. Las firmaba una mujer que decía estar esperando un hijo de Sebastian. Su madre no se las había enseñado nunca, pero él se propuso hacer todo lo posible para localizar a la remitente. En ese momento, sus antiguos colegas de la Unidad de Homicidios se encontraban casualmente en Västerås, investigando el brutal asesinato de un adolescente, y él se había ofrecido para participar en el caso, con el propósito de utilizar los archivos de la policía para buscar a esa mujer.

Buscar su dirección.

Averiguar la verdad.

Lo había conseguido. Se había presentado en el número 12 de Storskärsgatan y una mujer le había abierto la puerta. Era Anna Eriksson. Y había descubierto la verdad. Tenía una hija, sí, pero su hija no debía saber nunca que él era su padre. Porque ella ya tenía un padre: Valdemar Lithner, y Valdemar ya sabía que Vanja no era hija suya.

No debían encontrarse nunca. Sebastian y su hija no debían conocerse, porque la verdad podía estropearlo todo. Todos saldrían perjudicados. Sebastian había tenido que prometer que no intentaría ponerse en contacto con ella.

Lo malo era que ya se conocían.

Y no sólo eso.

Habían trabajado juntos.

En Västerås. Sebastian había trabajado con Vanja Lithner, investigadora de la Unidad de Homicidios. Inteligente, hábil, fuerte, eficaz...

Su hija.

Volvía a tener una hija.

Desde entonces, no había hecho más que seguirla. ¿Por qué razón? No habría podido explicárselo ni siquiera a sí mismo. La miraba, pero nada más. Nunca la abordaba. ¿Para qué? ¿Qué habría podido decirle?

Miró a Ellinor, que acababa de preguntarle con amabilidad en qué estaba pensando, y le respondió de la manera que requería menos explicaciones.

—En nada.

Ellinor asintió, aparentemente satisfecha con la respuesta, o al menos con el hecho de disfrutar otra vez de su atención. Sebastian tendió la mano y cogió un trozo de melón. Se veía capaz de comer un poco de fruta.

—¿Qué tipo de trabajo tienes que hacer?

—¿Por qué?

Su reacción había sido arisca e incluso antipática, pero era conveniente poner límites cuanto antes. Sebastian no quería que el desayuno ya de por sí molesto acabara convirtiéndose en una charla para conocerse mejor. Ya se conocían lo suficiente, aunque él sabía más de ella que ella de él. Le había dicho a Ellinor que se llamaba Sebastian Bergman y que era psicólogo, pero había eludido el resto de las preguntas personales, reconduciéndolas con falso interés hacia la vida de ella.

—Has dicho que tenías que trabajar —prosiguió Ellinor—. En pleno mes de julio y con la mayor parte de la gente de vacaciones, me ha parecido curioso.

—Tengo que hacer una especie de... informe.

—¿Sobre qué?

—Sobre un... seguimiento de un caso. Para la academia de policía.

—¿No me habías dicho que eras psicólogo?

—Y lo soy, pero a veces trabajo para la policía.

Ellinor hizo un gesto afirmativo, bebió un sorbo de té y cogió otro trozo de pan.

—¿Cuándo tiene que estar listo?

Era evidente que no podía cerrar la puta boca y dejar de hacer preguntas.

—Dentro de tres semanas, más o menos.

Lo miró con sus verdes ojos. Sabía que le estaba mintiendo. En el fondo, a Sebastian le daba exactamente igual. Le importaba muy poco lo que Ellinor pudiera pensar de él, pero le resultaba muy incómoda la situación de desayunar con ella, como lo más normal del mundo, cuando ambos sabían que todo era un fraude. Una quimera. Era preciso cortar por lo sano. Se levantó de la silla.

—Tengo que irme.

—Te llamaré.

—Sí, claro.

Sebastian cerró la puerta detrás de sí. Ellinor se quedó sentada a la mesa, escuchando sus pasos mientras bajaba la escalera. Esbozó una sonrisa. Ya sabía que iba a marcharse. Permaneció sentada hasta que dejó de oírlo y entonces se levantó, volvió al dormitorio y se acercó a la ventana. Si cruzaba la calle y giraba a la izquierda, entonces lo vería. Pero no, no lo hizo.

Se dejó caer en la cama deshecha y rodó hacia el lado donde había estado él. Se tapó con la sábana, hundió la nariz contra la almohada y aspiró profundamente. Contuvo un momento el aliento para conservar dentro su olor.

Para conservarlo a él.

Vanja vivía en un edificio de apartamentos, en una colina que dominaba la zona portuaria de Frihamnen. Sebastian estaba bastante seguro de que disponía de un salón y dos dormitorios, o al menos todo lo seguro que se podía estar observando su casa desde un pequeño promontorio a cien metros de distancia. La finca era un edificio amarillo de siete plantas, de la época funcionalista. Vanja vivía en el cuarto piso. No se veía ningún movimiento. Puede que estuviera durmiendo aún o quizá ya habría ido a trabajar. A Sebastian no le preocupaba demasiado no poder verla. Se había acercado únicamente porque no sabía adónde ir.

Unas semanas antes, su actitud había sido muy diferente.

Estaba convencido de que tenía que seguirla, de que necesitaba verla y averiguar lo que hacía. Había pensado que el pequeño montículo no era lo bastante bueno como punto de observación y, para ver mejor, había trepado a uno de los frondosos árboles que crecían en la hondonada al pie del promontorio. Los primeros metros del ascenso le parecieron más fáciles de lo previsto. Entonces se agarró con firmeza a una de las ramas y siguió subiendo. Poco después vio la posibilidad de escalar todavía más y, al cabo de varios torpes intentos, consiguió un buen apoyo y logró subir unos cuantos metros. El sol se colaba entre las hojas, que desprendían un olor fresco y agradable. De repente, se sintió como un chiquillo en plena aventura. ¿Cuánto hacía que no trepaba a un árbol? Mucho. Muchísimos años. Y, sin embargo, la escalada había sido una de sus grandes habilidades.

Porque era ágil y flexible.

Su padre nunca lo había animado. Prefería que tuviera aficiones más intelectuales y que desarrollara su musicalidad y su talento artístico y creativo. Su madre sufría sobre todo por la ropa. Como a ninguno de los dos les gustaba que trepara, lo hacía muy a menudo. Tanto como podía. En lo alto del árbol, después de tantos años, volvió a disfrutar de la sensación de hacer algo emocionante y prohibido.

Entonces miró hacia abajo y comprendió que no le iba a ser fácil bajar, al menos sin romperse algo. Hacía mucho tiempo que la agilidad y la flexibilidad habían dejado de ser sus principales características. Justo cuando estaba teniendo esa revelación aterradora y vertiginosa, se le enganchó la chaqueta a una rama puntiaguda que sobresalía a su espalda y perdió el equilibrio. En un santiamén, el niño ansioso por aventuras se transformó en el hombre de mediana edad desentrenado y bajo en forma, que con los músculos de los brazos cada vez más saturados de ácido láctico colgaba de un árbol a varios metros del suelo. Se vio obligado a sacrificar a la vez la ilusión de aventura juvenil y la chaqueta, y con gran esfuerzo logró

acercarse a un tronco, por el que se deslizó o más bien se escurrió sin el menor control, hasta llegar a las ramas más bajas, que detuvieron su caída de manera bastante dolorosa. Después, se descolgó hasta el suelo, con las piernas temblorosas, la chaqueta desgarrada y una serie de largos arañazos en la cara interior de los muslos.

Desde aquel incidente, se conformaba con apostarse en lo alto del montículo, que ya le resultaba familiar, para observar desde allí el apartamento de Vanja.

Había sido suficiente.

Suficiente locura.

Prefería no pensar en lo que habría podido ocurrir si Vanja se hubiera asomado a la ventana y se lo hubiera encontrado a él colgando de un árbol delante de su casa.

Desde fuera, el apartamento de Vanja tenía un aspecto muy acogedor: cortinas modernas, flores rojas y blancas en los alféizares, lámparas con luz regulable delante de las ventanas y un pequeño balcón orientado al nordeste, donde ella solía desayunar entre las siete y veinte y las ocho menos cuarto cuando hacía buen tiempo. En esas ocasiones, Sebastian tenía que esconderse detrás de unos arbustos de enebro que nunca pensó que fuera a conocer tan íntimamente. Su hija era una mujer de costumbres. Se levantaba a las siete los días laborables y a las nueve los festivos. Los martes y los jueves salía a correr antes de ir al trabajo. Seis kilómetros. Los domingos duplicaba la distancia. Con frecuencia se quedaba a trabajar después de su hora y casi nunca volvía a casa antes de las ocho. No salía a menudo, pero una o dos veces al mes iba a tomar una copa con su grupo de amigas. No tenía novio, o al menos ninguno que Sebastian hubiera visto. Los jueves cenaba con sus padres en Storskärsgatan. Iba andando sola, pero a la vuelta casi siempre la acompañaba Valdemar Lithner.

Su padre.

Estaban muy unidos y eso se notaba cuando caminaban juntos. Muy unidos. Se reían mucho y el paseo siempre acababa con un abrazo cariñoso y un beso que Valdemar le daba en la frente. Era como la rúbrica de su relación. La escena habría podido ser muy bonita de no haber sido por un detalle: el verdadero padre estaba oculto unos pasos más allá, mirándolos. Esos momentos le dolían particularmente a Sebastian. Era un sufrimiento extraño.

Peor que la envidia.

Más intenso que los celos.

Más complejo que otros sufrimientos.

Era el dolor de una vida que no había vivido.

Catorce días antes, mientras observaba a Vanja y a Valdemar, que comían juntos en un restaurante italiano cerca de la central de policía, había tenido una idea. No era la más virtuosa que se le habría podido ocurrir, sino más bien al contrario. Pero le gustó. Al menos en ese momento.

Con el tiempo, los celos que le inspiraba Valdemar se habían ido transformando en rabia, que a su vez había evolucionado en algo que sólo podía describirse como odio. Odio hacia el hombre alto, delgado y elegante que podía pasear al lado de su hija. ¡De esa hija que le pertenecía! Todos esos abrazos tendrían que haber sido para él. Todo ese amor tendría que haber sido suyo.

Suyo y de nadie más.

En varias ocasiones, Sebastian había jugado con la idea de dar un paso al frente y contarlo todo, pero en el último minuto se había echado atrás. Pensaba una y otra vez en encontrar la manera de acercarse a Vanja para decírselo más adelante, cuando hubieran construido algún tipo de relación entre ellos. Al menos mientras tanto estaría junto a ella y podría conocerla mejor. Era posible que se sintiera defraudada y traicionada cuando se enterara de la verdad, pero no era eso lo que detenía a Sebastian. El principal problema era que la verdad, independientemente de cómo la contara o en qué circunstancias, destruiría la relación de su hija con Valdemar. Y, a raíz de eso, Vanja odiaría a Sebastian. Ya contaba con una opinión lo bastante mala de él.

Todo lo referente a Vanja era complicado.

Pero ¿qué pasaría si ella misma empezaba a dudar de su falso padre? Para Sebastian habría sido un avance importante que la propia Vanja bajara a Valdemar del pedestal que ese embaucador ocupaba. No podía ser imposible. ¿Y si de pronto su hija empezaba a descubrir verdades ocultas acerca de Valdemar, historias sucias, secretos que mancharan su reputación y apagaran el brillo de su aureola de héroe? No había nada más eficaz para cambiar de opinión que las experiencias y los descubrimientos vividos en primera persona. Sebastian lo sabía bien. Por lo general, las vivencias de cada uno determinaban más que ninguna otra cosa la manera de ver la realidad. Los hechos siempre pesaban más que las palabras, y los hechos experimentados por uno mismo eran los más valiosos de todos.

Una experiencia podía hacer que Vanja empezara a dudar de Valdemar.

¿Y si no era el padre perfecto?

¿Y si era distinto?

Mucho peor de lo que ella creía.

Si Sebastian lograba guiar a Vanja hacia esa revelación, la duda y la inquietud surgirían de forma natural en ella. En esas circunstancias, se sentiría sola y traicionada, y se volvería receptiva a su influencia, se abriría a la verdad e incluso se alegraría en el fondo de haberla averiguado. Aceptaría la figura paterna que tenía a su lado y que la había estado esperando en secreto. Necesitaría su compañía y lo recibiría con los brazos abiertos, porque se sentiría herida y habría perdido el suelo bajo los pies. En pocas palabras, estaría lista para reconocerlo.

Parecía un buen plan. Requería un esfuerzo de investigación y no sería fácil de llevar a cabo; pero, si salía bien, podía ser decisivo.

La investigación era el aspecto más importante. No hay nadie perfecto. Todos tienen algo que ocultar. Sólo era preciso averiguar qué ocultaba Valdemar y ponerlo al descubierto de la mejor manera posible.

El plan era tan malévolo que hasta el propio Sebastian había tenido un momento de vacilación.

Si de alguna manera se descubría que estaba involucrado en un plan para manchar el buen nombre de Valdemar, entonces podía despedirse para siempre de cualquier esperanza de acercarse a Vanja. Pero si todo salía bien, llegaría por fin el punto de inflexión que desde hacía tiempo estaba buscando. Oculto en un portal frente al restaurante italiano, Sebastian decidió que merecía la pena. Que quería luchar por su hija.

De todos modos, era lo único que tenía en la vida.

Tras descartar las dudas, se había encaminado directamente hacia su casa para buscar un número de teléfono. Un número que no utilizaba desde hacía mucho tiempo. El teléfono de un antiguo comisario que era el polo opuesto de Torkel.

Impetuoso, falto de escrúpulos y dispuesto a pasar por encima de muchos cadáveres si era preciso.

Lo habían expulsado de la Unidad de Homicidios por utilizar su posición para investigar a su exmujer y poner pruebas falsas en su casa, con el fin de que acusaran de narcotráfico a la nueva pareja de ella y poder así obtener la custodia exclusiva de sus hijos. Era justo la persona que Sebastian necesitaba en ese momento.

Trolle Hermansson.

Su antiguo colega respondió al teléfono después de nueve tonos de llamada. Parecía dispuesto a rememorar viejos tiempos, pero Sebastian no demostró el menor interés en ello y se limitó a explicarle lo que necesitaba. Para terminar, le ofreció unos miles de coronas a cambio de su trabajo, pero Trolle rechazó el pago. Se alegraba sinceramente de tener algo que hacer. Le dijo que necesitaría tan sólo unos días.

Desde entonces habían pasado dos semanas.

Trolle lo había llamado varias veces, pero Sebastian no había querido coger sus llamadas. Sentado en su apartamento desierto, había oído sonar y sonar el teléfono decenas de veces. Nadie más que Trolle era capaz de insistir tanto. Sebastian ya no estaba tan seguro de querer saber nada. Si seguía adelante con su plan, ¿le quedaría todavía alguna frontera que atravesar?

Pero entonces sintió que la resignación se estaba adueñando de él. Las horas pasadas en el promontorio frente a la casa de Vanja... El sexo, que esa noche había sido con Ellinor, y la noche anterior y la siguiente con cualquier otra... El apartamento vacío, la vida sin sentido... Tenía que hacer algo. Lo que fuera. Un cambio. Sacó del bolsillo el teléfono móvil y marcó el número.

Trolle contestó después de tres tonos.

—Ya me estaba preguntando cuándo pensabas llamar —respondió con voz bronca, como si acabara de despertarse.

—He tenido mucho que hacer —manifestó Sebastian mientras se alejaba de la casa de Vanja —. Estaba de viaje.

—No me mientas. Has estado siguiendo a la hija.

Sebastian se quedó un momento paralizado antes de comprender que Trolle se refería a la hija de Valdemar. Por supuesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy mejor que tú.

Sebastian creyó percibir que su antiguo colega sonreía satisfecho al otro lado de la línea.

—No te pedí que investigaras a la chica —replicó Sebastian irritado.

—Ya lo sé, pero me gusta el trabajo meticuloso. Como el de los policías de antes, ya sabes.

—¿Has averiguado algo?

—Muchas cosas. Pero no he descubierto nada turbio. El tipo parece un auténtico santo.

Trolle hizo una pausa y Sebastian oyó que movía unos papeles, que con toda probabilidad tendría apilados en una única y caótica montaña.

—Se llama Ernst Valdemar Lithner y nació en Gotemburgo, en 1953 —dijo Trolle cuando volvió al teléfono—. Al principio, estudió en el Tecnológico de Chalmers, pero después se cambió a Ciencias Económicas. En 1981 se casó con Anna Eriksson, que prefirió no adoptar su apellido y conservó el suyo de soltera. No se ha casado más veces ni tiene otros hijos. Sin antecedentes penales. Trabajó mucho tiempo como auditor, pero en 1997 lo dejó y montó varias empresas. De asesoría contable y fiscal, más que nada. Se ve que le fue bien, porque al año siguiente ya tenía dinero suficiente para la entrada del apartamento de Vanja y para comprar una casa de verano bastante grande en Vaxholm. De momento, no le he descubierto ninguna aventura con mujeres ni con hombres, pero le he encargado a un chico que se meta en su ordenador, así que ya veremos. El año pasado estuvo enfermo.

—¿Enfermo?

—«Atipias celulares en los pulmones.» Cáncer, para entendernos. El cangrejo mortal. Por cierto, ¿de qué murió tu madre?

Sebastian ni siquiera se paró a considerar lo que evidentemente era una prueba más de que Trolle había aprovechado las últimas semanas para husmear también en sus asuntos. A pesar del calor, sintió un escalofrío. ¿Sería cierto que Valdemar tenía cáncer? Nadie lo hubiera dicho. El hombre que le había robado a su hija parecía rebosante de salud. Tal vez fuera sólo una máscara para presentarse ante Vanja; quizá se lo ocultaba para que no sufriera.

—Le dieron de alta la primavera pasada —prosiguió Trolle—. Todo parece indicar que está curado. Mi contacto en Sanidad no ha podido ver su historia clínica, pero dice que sólo tiene programadas visitas de control, por lo que debe de estar fuera de peligro.

Sebastian soltó un gruñido de decepción.

—De acuerdo... ¿Algo más?

—No, nada que recuerde ahora mismo. Pero tengo un montón de papeles si quieres verlos.

—No, no hace falta. Entonces ¿no tiene nada? ¿Está limpio?

—Por el momento, sí. Pero no he hecho nada más que empezar. Puedo escarbar a fondo si quieres.

Sebastian se paró un instante a pensar. Era peor de lo que esperaba. Valdemar no sólo adoraba a su hija, sino que además era un convaleciente, un superviviente del cáncer, un héroe que había regresado al seno de la familia desde la antesala de la muerte.

Sebastian no tenía ninguna posibilidad. Estaba acabado.

—No, no hace falta. Gracias, de todos modos. Te enviaré el dinero.

Colgó el teléfono.

Su plan se había ido a la mierda.

Tercer día en el trabajo. Por fin había conseguido uno de esos aparatos que imprimen etiquetas y tiras adhesivas, y estaba de pie en el pasillo, delante de la placa metálica donde podía leerse que el despacho pertenecía al director de la institución. Despegó el plástico protector del dorso de la tira impresa y colocó la etiqueta en su sitio. Quedó un poco torcida, pero no tenía importancia. Se leía a la perfección: THOMAS HARALDSSON. DIRECTOR.

Dio un paso atrás y, con una sonrisa de satisfacción, contempló el cartel.

Trabajo nuevo, vida nueva.

Había presentado la solicitud varios meses atrás, pero no creía que fuera a conseguir la plaza. Y no porque no estuviera cualificado, sino porque estaba atravesando un período particularmente difícil de su vida. En el trabajo nada le salía bien. No se entendía con su nueva jefa, Kerstin Hanser, y los éxitos profesionales brillaban por su ausencia, tenía que reconocerlo. En gran parte, la culpa la tenía Hanser por negarse a reconocer sus virtudes y obstaculizar todas sus iniciativas; pero aun así, las cosas estaban como estaban y la situación empezaba a minarle la moral. En su casa, el ambiente también estaba bastante tenso, y no por falta de cariño, ni porque su matrimonio hubiera caído en la rutina, sino porque todo giraba en torno a un solo tema. Jenny, su mujer, había iniciado un tratamiento de fertilidad y parecía como si el único propósito de su vida en común fuera concebir un bebé. La fecundación ocupaba todos sus pensamientos, día y noche, y él no hacía más que pensar en Hanser y en el trabajo, y estaba empezando a amargarse. Tenía la sensación de que todo iba mal. Por eso ni siquiera se había atrevido a albergar esperanzas respecto a la plaza que solicitó al final del invierno. El anuncio dejaba claro que no la concederían antes del verano, por lo que Haraldsson había seguido trabajando como de costumbre en la policía de Västerås y prácticamente había olvidado la solicitud. Entonces asesinaron a aquel chico, enseguida intervino la Unidad de Homicidios, y Haraldsson acabó en la mesa de operaciones para que lo intervinieran de una herida de bala. En la caja torácica, si era él quien contaba lo sucedido. O justo debajo de la clavícula, según constaba en su historia clínica. En cualquier caso, no se había recuperado del todo. Todavía sentía un poco tirante la zona. Lo notó una vez más mientras imprimía una segunda etiqueta con su nombre y su nuevo cargo.

El balazo había sido en cierto modo el punto de inflexión. Cuando se despertó de la operación, Jenny estaba a su lado. Preocupada, pero también agradecida. Feliz de que hubiera sobrevivido y de que aún estuviera con ella. Había tenido suerte, según supo después. La bala le había desgarrado la pleura parietal, con la consiguiente hemorragia en la cavidad pleural y el lóbulo superior del pulmón derecho. Él sólo podía decir que un balazo dolía muchísimo. Había

estado tres semanas de baja. Durante el tiempo que pasó en casa, no había dejado de pensar en su regreso a la comisaría. Estaba seguro de que el director regional de la policía pronunciaría un discurso de bienvenida y pondría de relieve su heroica conducta. Incluso era posible que le hiciera entrega de algún pequeño galardón pensado para casos como el suyo: una medalla para heridos en acto de servicio, por ejemplo. También habría café y tarta, y sus colegas lo rodearían y le darían palmaditas en la espalda, prudentes, con cuidado para que no se le resintiera la herida del tórax. Todos le preguntarían cómo se sentía y qué proyectos tenía.

Pero no fue así.

No lo recibió el jefe regional, ni hubo discursos, ni medallas, pero al menos las chicas de recepción le habían comprado una tarta. Tampoco recibió muchas palmaditas en la espalda, ni le hicieron muchas preguntas, pero aun así tuvo la sensación de que había ocurrido algo. Había algo en el recibimiento de sus colegas y en su forma de tratarlo que él quiso interpretar como cierto grado de respeto. Respeto y quizá también un poco de alivio. No eran muchos los policías que recibían un disparo en acto de servicio y, por pura estadística, era muy improbable que fuera a sucederle lo mismo a otro policía de Västerås en un futuro próximo. Era como si Haraldsson se hubiera llevado un balazo en nombre de todo el cuerpo de la policía local. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió a gusto en el trabajo. A pesar de Hanser.

También en su casa había ocurrido algo. El ambiente era más distendido y notaba que estaba más cerca de Jenny, como si ambos hubieran comprendido que su vida en común y el momento presente eran más importantes que la nueva vida que pretendían crear. Seguían practicando el sexo. Mucho y muy a menudo, pero sobre todo porque les apetecía estar juntos y sentirse unidos. Sus encuentros tenían más emoción y eran menos mecánicos. Quizá por eso todo empezó a funcionar.

De repente, todo iba bien.

A las cinco semanas exactas de recibir el balazo, lo llamaron para una primera entrevista. Y, ese mismo día, la prueba de embarazo de Jenny dio positivo.

Entonces, las cosas cambiaron.

Consiguió el trabajo. Después se enteró de que Hanser le había dado unas referencias excelentes. Quizá la había juzgado mal. Era cierto que habían tenido sus más y sus menos durante el tiempo en que había sido su jefa; pero a la hora de la verdad, cuando objetivamente se había visto obligada a evaluar el trabajo y la capacidad de Haraldsson para desempeñarse al frente de Lövhaga, había demostrado suficiente profesionalidad para olvidar sus opiniones personales y describir sus dotes de mando y su talento para la administración.

Las malas lenguas de la comisaría habían hecho circular el rumor de que lo había hecho para quitárselo de encima y de que incluso había sido ella quien había propuesto su nombre para Lövhaga, pero todo eso no era más que envidia.

Le tenían envidia a él, Thomas Haraldsson, director de la prisión.

Entró en su despacho, que tal vez no era muy grande, pero era suyo. Ya no tendría que trabajar nunca más en un pequeño cubículo en medio de otros muchos escritorios. Haraldsson se sentó en su confortable silla, detrás de su mesa que aún seguía bastante vacía, y encendió el ordenador. Era el tercer día y no había tenido tiempo de cogerle el ritmo al trabajo. Normal. Lo

único que había hecho hasta ese momento había sido pedir toda la documentación disponible sobre un recluso que se encontraba en el área de máxima seguridad, un interno por el que se había interesado la Unidad de Homicidios. Por lo visto, habían vuelto a llamar la noche anterior. Haraldsson apoyó la mano sobre la carpeta que tenía delante, pero se dijo que quizá era preferible llamar primero a Jenny. No tenía nada en particular que decirle, pero quería preguntarle cómo estaba. Últimamente, se veían menos. Lövhaga estaba a unos sesenta kilómetros de Västerås. Era casi una hora en coche, tanto la ida como la vuelta, y las jornadas de trabajo podían ser largas. Hasta ese momento, no habían tenido ningún problema. Jenny resplandecía de felicidad. Su mundo estaba lleno de nuevas y fantásticas posibilidades. Sólo pensar en Jenny le arrancó una sonrisa a Haraldsson, que ya estaba marcando su número cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo, colocando el auricular sobre la horquilla.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza de su secretaria, Annika Norling, una mujer de unos cincuenta y cinco años.

—Tienes visita.

—¿Quién es?

Haraldsson echó un vistazo rápido a la agenda que tenía abierta sobre la mesa. Por lo que veía, no tenía ninguna reunión antes de la una. ¿Se le habría olvidado alguna cosa? O, mejor dicho, ¿se le habría olvidado a Annika?

—La gente de la Unidad de Homicidios —respondió Annika—. No tenían cita —añadió, como si pudiera leerle el pensamiento.

Haraldsson lanzó una maldición entre dientes. Habría preferido que el interés de la Unidad de Homicidios por Lövhaga se limitara al contacto telefónico. No lo habían tratado bien durante la temporada que habían coincidido en Västerås. Al contrario. Habían hecho todo lo posible para dejarlo fuera de la investigación, a pesar de que en más de una ocasión les había demostrado ser un gran activo para el caso.

—¿Quién ha venido?

—A ver... —Annika consultó la nota amarilla que llevaba en la mano—. Vanja Lithner y Billy Rosén.

Al menos no era Torkel Höglund. Ya era algo. Cuando se habían conocido, Torkel le había asegurado que tendría un papel importante en la investigación, pero al cabo de pocos días lo había excluido y no se molestó en darle ninguna explicación. Era falso y taimado. A Haraldsson tampoco le apetecía mucho encontrarse con Vanja o con Billy, pero ¿qué podía hacer? Miró hacia la puerta, donde aguardaba su secretaria. Se le ocurrió una idea. Podía pedirle a Annika que les dijera que estaba ocupado y que volvieran en otra ocasión. Más adelante. Quizá unos días más tarde, cuando estuviera asentado en el cargo. Mejor preparado. ¿Podía pedirle a su secretaria que mintiera? Haraldsson nunca había tenido secretaria, pero por alguna razón supuso que mentir formaba parte de sus obligaciones. Después de todo, estaba ahí para facilitarle el trabajo. Si le evitaba un encuentro con la gente de la Unidad de Homicidios, indudablemente le estaría volviendo el trabajo mucho más fácil.

—Diles que estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

Haraldsson la miró sin salir de su asombro. ¿Cuántas cosas podía estar haciendo dentro de su despacho?

—Trabajando, como es natural. Diles que vuelvan en otro momento.

Annika lo miró con una expresión que sólo podía interpretarse como de disgusto y cerró la puerta. Haraldsson tecleó la contraseña del ordenador, hizo girar la silla y se puso a mirar por la ventana mientras esperaba a que el sistema procesara los datos. La mañana prometía otro hermoso día de verano. Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez ni siquiera tuvo tiempo de decir nada, porque Vanja ya estaba entrando en la sala, con paso decidido. Sin embargo, al ver a Haraldsson se frenó de forma tan brusca que Billy estuvo a punto de atropellarla. Por la expresión de su cara, era evidente que no conseguía cuadrar el lugar con la persona.

—¿Qué haces tú aquí?

—Trabajo aquí. —Haraldsson se recostó un poco más en la cómoda silla de su despacho—. Soy el director. Desde hace unos días.

—¿Una sustitución temporal?

Vanja seguía sin asimilarlo.

—No, es mi nuevo trabajo. Me han contratado.

—Ah...

Billy intuyó que Vanja estaba a punto de soltar algún comentario del tipo «¿Y a quién cojones se le ha ocurrido contratarte?», por lo que se apresuró a mencionar la verdadera razón por la que se encontraban allí.

—Venimos para hablar de Edward Hinde.

—Ya lo sabía.

—¿Y aun así no querías recibirnos?

Vanja se dejó caer en una de las sillas para las visitas y lo miró con gesto desafiante.

—Hay mucho que hacer cuando uno llega a un nuevo cargo. —Haraldsson extendió los brazos sobre la mesa, aunque enseguida notó que estaba demasiado vacía para que pudiera servirle de confirmación de su pesada carga laboral—. Pero puedo dedicaros unos minutos —prosiguió—. ¿Qué os interesa saber?

—¿Le ha ocurrido algo a Hinde en los últimos meses?

—¿Como qué?

—No sé... Cambios en la manera de comportarse, hábitos alterados, variaciones del estado de ánimo... Cualquier cosa que se aparte de lo habitual.

—Nada que yo sepa ni que figure en su expediente, aunque todavía no he podido verlo en persona.

Vanja asintió, en apariencia satisfecha con la respuesta. Billy tomó el relevo de las preguntas.

—¿Qué posibilidades tiene de comunicarse con el exterior?

Haraldsson se acercó la carpeta que tenía sobre la mesa y la abrió mientras agradecía mentalmente la buena suerte de haberla llevado a la oficina desde su casa esa misma mañana. Tener a mano toda la información disponible sobre Hinde, al día siguiente de recibir la llamada de la Unidad de Homicidios, era una demostración evidente de su capacidad de iniciativa.

—Aquí dice que puede consultar periódicos, libros y revistas en la biblioteca, y que tiene acceso limitado a internet.

—¿Cómo de limitado? —preguntó Billy de inmediato.

Haraldsson lo ignoraba, pero sabía a quién preguntárselo: Victor Bäckman, el responsable de seguridad de Lövhaga. Victor respondió al primer tono de llamada y dijo que acudiría enseguida. Los tres permanecieron a la espera, en el silencio de aquel despacho frío e impersonal.

—¿Cómo estás del hombro? —inquirió por fin Billy al cabo de unos minutos.

—Del pecho. El balazo fue en el pecho —lo corrigió Haraldsson—. Estoy bien. Todavía no me he recuperado del todo, pero... estoy bien.

—Me alegro.

—Ajá...

Silencio otra vez. Cuando Haraldsson empezaba a preguntarse si debía ofrecerles un café, entró Victor, un hombre alto y corpulento vestido con pantalones chinos y camisa de rayas. Llevaba el pelo cortado al rape, tenía ojos castaños y lucía un gran bigote con las puntas retorcidas hacia arriba. A Billy y a Vanja les recordó a un miembro de los Village People.

—Nada de pornografía, como es lógico —respondió Victor cuando Billy le repitió la pregunta sobre la limitación del acceso a la red—. Y muy poca violencia. Tenemos la limitación para adultos más estricta que podáis imaginar. Es un programa que hemos hecho nosotros.

—¿Redes sociales?

—Nada. Completamente cerradas para Hinde. No tiene ninguna posibilidad de comunicarse con el mundo exterior a través del ordenador.

—¿Se puede ver el historial de las páginas que ha visitado? —quiso saber Vanja.

Victor asintió.

—Conservamos todos los registros durante tres meses. ¿Los queréis?

—Sí, gracias.

—También tiene un ordenador en la celda, ¿no? —intervino Haraldsson, para no sentirse del todo fuera de la conversación.

Victor lo confirmó con un gesto.

—Pero no tiene conexión a internet, obviamente.

—¿Qué hace entonces con el ordenador? —le preguntó Billy a Haraldsson, que a su vez se volvió hacia Victor y frunció el ceño.

—Resuelve crucigramas, sudokus y ese tipo de cosas. También escribe bastante... Lo usa para mantener en forma el cerebro.

—¿Qué régimen tiene para las llamadas telefónicas y la correspondencia? —quiso saber Vanja.

—Tiene prohibido usar el teléfono y ya no le llegan muchas cartas. Pero las que recibe son todas iguales. —Victor miró a Billy y a Vanja con una mueca cargada de intención—. Se las envían mujeres que se creen capaces de «curarlo» con su amor.

Vanja asintió. Era uno de los pequeños misterios de la vida: la atracción que sienten algunas mujeres por los hombres más retorcidos y violentos del país.

—¿Las conserváis?

—Tenemos fotocopias. Hinde se queda los originales. Os las puedo facilitar también.

Le agradecieron su colaboración y Victor salió a reunir el material que iban a llevarse. Cuando la puerta se cerró detrás del director de seguridad, Haraldsson se inclinó sobre la mesa.

—¿Puedo preguntaros por qué os interesa tanto Hinde?

Vanja no hizo ningún caso de la pregunta. Hasta ese momento, habían conseguido ocultar a la prensa que estaban buscando a un imitador. Ni siquiera había habido un solo periodista que relacionara los tres casos de asesinato y los atribuyera a un mismo criminal. Probablemente, las redacciones estarían hasta los topes de becarios durante el verano. La Unidad de Homicidios tenía la esperanza de que el interés de la prensa siguiera siendo mínimo, y cuantos menos detalles trascendieran de su investigación, más posibilidades tendrían de que fuera así.

—Nos gustaría hablar con él —dijo Vanja por toda respuesta mientras se ponía de pie.

—¿Con Hinde?

—Sí.

—No va a ser posible.

Por segunda vez, Vanja se paró en seco, estupefacta. Se volvió hacia Haraldsson.

—¿Por qué no?

—Porque es uno de los tres reclusos del pabellón de máxima seguridad que no pueden recibir visitas, a menos que se hayan solicitado y autorizado previamente. Lo siento.

Haraldsson extendió los brazos en un gesto que debía de expresar su desolación ante la imposibilidad de ayudarlos.

—Pero tú nos conoces.

—Son las normas. No puedo hacer nada al respecto, lo siento, pero Annika os dará un formulario para que solicitéis la visita. Annika es mi secretaria.

Vanja no pudo evitar la sensación de que Haraldsson disfrutaba con su nueva parcela de poder. No le sorprendía, ya que la última vez que lo había visto se encontraba bastante relegado en la escala jerárquica. Pero, aunque su actitud fuera humana y hasta comprensible, no dejaba de ser exasperante.

—¿Cuánto tiempo puede tardar la autorización? —preguntó Vanja, haciendo un esfuerzo para disimular la irritación.

—Entre tres y cinco días hábiles. Quizá menos en vuestro caso. Después de todo, sois de la Unidad de Homicidios. Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

—De nada.

Vanja salió sin despedirse. Billy saludó brevemente antes de salir del despacho y cerró la puerta. Haraldsson se quedó mirando la puerta cerrada. Todo había salido a pedir de boca. Ya podía servirse un café y llamar a Jenny.

Sería un buen día.

Su tercer día de trabajo.

—¿Todavía no has dejado de seguirla?

Stefan lo miró con una expresión que Sebastian ya conocía y que quería decir: «Sé más de ti que tú mismo, así que no me mientas».

Sebastian detestaba esa cara.

—Yo no lo veo de esa manera.

—Te quedas parado enfrente de su casa. Vas detrás de ella por la calle. La sigues al trabajo y a la casa de sus padres. ¿Cómo lo llamas a eso? ¿Cómo quieres que lo llamemos?

—La chica me interesa. Nada más.

Stefan suspiró y se recostó en el mullido respaldo del sillón de tapizado claro.

—¿Te acuerdas de cuando hablamos de aquel incidente del árbol?

Sebastian no respondió.

—Estabas un poco asustado de ti mismo, ¿recuerdas? Dijiste que había sido una locura. —Stefan hizo una pequeña pausa para subrayar sus palabras y volvió a mirar a Sebastian—. Creo que tú mismo lo calificaste de «conducta enfermiza».

Sebastian tampoco contestó. Se limitó a devolverle la mirada. No pensaba facilitarle las cosas a su terapeuta.

—¿Cómo lo llamarías a ir detrás de ella prácticamente en todo momento del día, excepto cuando estás durmiendo?

—Es mi hija —alegó Sebastian a modo de excusa—. Tengo que saber de ella. No puedo perderla de vista.

Sebastian sabía que era un pretexto muy endeble a los ojos de Stefan. Se alegraba de no haber mencionado a Trolle.

Stefan negó con la cabeza y miró un segundo por la ventana, sobre todo para transmitir que empezaba a hartarse de hablar de lo mismo. Por mucho que lo intentaba, siempre volvían al mismo tema de conversación: Vanja, la hija que Sebastian había encontrado de forma inesperada, que ignoraba su parentesco y que debía seguir ignorándolo. ¿O quizá no? ¿Habría alguna manera? ¿Quedaría alguna esperanza? Tarde o temprano, Sebastian siempre acababa haciéndose esas preguntas. Eran el límite que no podía superar, el muro contra el cual no dejaba de estrellarse.

Stefan entendía muy bien el problema. Era el choque entre dos polos opuestos: por un lado, las necesidades, los deseos y los anhelos, y, por otro, la realidad. Dos polos en apariencia irreconciliables que daban pie a los problemas más difíciles de resolver. Stefan lo veía todos los

días en su trabajo. Ese enfrentamiento era la causa de que los pacientes buscaran su ayuda. Acudían a él cuando ya no se veían capaces de encontrar la respuesta. Era una reacción perfectamente humana y no tenía nada de extraordinario. Lo extraordinario era tener sentado delante a Sebastian Bergman, una persona que se preciaba de saber todas las respuestas y que nunca dudaba, una persona que Stefan jamás habría esperado ver en su consulta.

Sebastian había sido profesor de Stefan en la universidad. Todos los estudiantes sentían cierta aversión hacia sus clases, y no porque no fueran interesantes y hasta memorables, sino porque Sebastian, desde el primer día, les dejaba muy claro que la estrella era él y que no estaba dispuesto a compartir su protagonismo. Si algún estudiante ponía en tela de juicio sus razonamientos o discutía sus tesis o sus teorías, se arriesgaba a ser objeto de burlas y humillaciones, y no sólo durante la clase, sino también durante el resto del año lectivo y de los cursos sucesivos. Por eso, cuando Sebastian acababa una explicación con el habitual «¿Alguna pregunta?», la respuesta solía ser el silencio.

La excepción era Stefan Larsen. Había llegado muy bien preparado para el encuentro con Sebastian. Era el benjamín de una larga saga familiar de académicos y profesores, y las sobremesas en su casa de Lund lo habían acostumbrado a la esgrima verbal, por lo que se prestaba con gusto al debate con el hombre agudo y correoso que casi todos los demás temían. Y encima Sebastian le recordaba a Ernst, su hermano mayor, que con idéntica necesidad de reafirmarse estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que los demás le dieran la razón. Porque tanto para Ernst como para Sebastian no había nada más importante que ganar una discusión. No les preocupaba tanto estar en lo cierto como conseguir que los demás les dieran la razón. Esa actitud los convertía en formidables retos intelectuales para Stefan, que les proporcionaba el contrapunto necesario para brillar, pero nunca les concedía la victoria definitiva, porque siempre volvía a la carga con otra pregunta, otra objeción u otro argumento. Tanto su hermano como Sebastian buscaban el gran golpe definitivo, pero él solamente les ofrecía una larga guerra de desgaste. Era la única manera de enfrentarse a ellos.

La persistencia.

Una mañana, dos años atrás, Stefan se había encontrado a Sebastian a las puertas de su consulta. Por la mirada cansada y la ropa arrugada, notó que había pasado toda la noche fuera, esperándolo. Era una sombra de sí mismo. Había perdido a su mujer y a su hija en el tsunami de 2004 y, desde entonces, había caído en una terrible espiral descendente. Atrás habían quedado los éxitos, las conferencias y las giras de presentación de sus libros, y en su lugar no había más que pesimismo, apatía y una creciente adicción al sexo. Había acudido a su consulta, según le había dicho, porque no tenía a nadie más a quien recurrir. A nadie. Stefan lo atendía desde aquel momento en las condiciones que marcaba Sebastian. A veces pasaban meses entre una sesión y la siguiente, y otras veces sólo unos días. Pero nunca perdían el contacto.

—¿Qué crees que pensaría Vanja si se enterara? —prosiguió Stefan.

—Que estoy loco. Me denunciaría a la policía y me odiaría. —Sebastian hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Yo lo sé, pero... no hago más que pensar en ella. Todo el día, constantemente...

Se le quebró un poco la voz y acabó la frase en un murmullo apenas audible. Detestaba que

la voz le fallara de esa manera y su caudal habitual quedara reducido a un susurro.

—Esto es nuevo para mí —añadió con un sonido débil—. Antes nunca perdía el control.

—¿De verdad? ¿Quieres decir que hasta que te enteraste de que Vanja era tu hija no lo habías perdido nunca? Entonces ¿lo de mandar toda tu vida a la mierda fue una decisión deliberada y consciente? Si es así, enhorabuena, porque lo has conseguido.

Sebastian se volvió hacia su terapeuta con la mirada vacía y le contestó con algo más de fuerza en la voz.

—Es un milagro que todavía no te hayan retirado la licencia para ejercer la psicología.

Stefan se inclinó hacia delante. Era lo mejor de tener a Sebastian de paciente: podía quitarse los guantes de seda y golpear sin piedad.

—Tú lo que quieres es que sea condescendiente contigo. La gente siempre te deja hacer. Pero yo no. El tsunami te arrebató a tu familia y desde entonces has perdido el control. Completamente.

—Por eso la necesito a ella.

—Pero ¿ella te necesita a ti?

—No.

—Ya tiene padre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y quién crees que saldría ganando si le contaras la verdad?

Sebastian guardó silencio. Conocía la respuesta, aunque se resistía a decirla en voz alta. Stefan seguía inclinado hacia él, desafiante, y al final fue él quien lo dijo.

—Nadie. Ni tú, ni ella, ni ninguna otra persona.

Stefan volvió a recostarse en el asiento. Su mirada era más amable y cercana.

—No se lo cuentes, Sebastian. —Su voz se había dulcificado y el tono era más personal—. Antes de convertirte en parte de la vida de otra persona debes tener una vida propia. Deja de perseguirla y dedica el tiempo a rehacerte. La obsesión es mala consejera. Reconstruye tu vida. Cuando lo hayas hecho, entonces podremos hablar del siguiente paso.

Sebastian asintió. Stefan tenía razón, por supuesto.

Era preciso tener una vida antes de poder compartirla con otra persona.

El aburrido y sensato Stefan en su blando y aburrido despacho tenía razón. A Sebastian le fastidiaba reconocerlo. Quizá había sido un error creer que Trolle podía ser la solución, pero era lo más fácil. Mucho más fácil que reconstruir su vida. Bastante más divertido, al menos. Stefan volvió a hablar e interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Tengo un grupo de apoyo. Nos reunimos dos veces por semana. Esta noche y mañana. Creo que deberías venir.

Por primera vez, Sebastian levantó la vista y miró sorprendido a Stefan. ¿Cómo se atrevía a planteárselo siquiera?

—¿Yo? ¿En un grupo?

—Son personas que por diversas razones no consiguen salir adelante. ¿Te suena?

En el fondo, Sebastian se alegró de que Stefan le propusiera algo tan trivial como una terapia de grupo. La idea lo desviaba ligeramente de los pensamientos más negros y lo llenaba de una

irritación que era a la vez simple y liberadora.

—Me suena, sí. Me parece muy trillado y muy aburrido. —Para su satisfacción, comprobó que había recuperado la voz—. Y tú debes de ser muy estúpido si piensas que voy a meterme en algo semejante.

—Me gustaría que vinieras.

—No.

Sebastian se puso de pie para dejar claro que la sesión había terminado y que no pensaba hablar más del tema.

—Insisto —dijo Stefan.

—Por mucho que insistas, la respuesta seguirá siendo no.

Sebastian se encaminó hacia la puerta. La irritación era maravillosa, como una inyección de energía. ¿De verdad creía Stefan que iba a ver alguna vez a Sebastian Bergman en una terapia de grupo, llorando y gimoteando con los demás?

Nunca.

No había ni la más remota probabilidad.

Sebastian salió y cerró la puerta. Había recuperado la fuerza. Se alegró pensando que aún podía hacer algo con el resto del día.

Era una sensación muy poco habitual en él.

Consiguió recorrer todo el camino hasta la zona universitaria de Frescati antes de que se desvaneciera la irritación que le había recargado las pilas. Quería demostrarle a Stefan que podía reconstruir su vida, pero empezaba a ganarlo el cansancio.

Todo había empezado unos días antes en su casa, en su apartamento de Grev Magnigatan, donde había encontrado el texto de una conferencia de tres horas de duración que iba a titularse «Introducción al establecimiento de perfiles criminales». Llevaba mucho tiempo olvidado entre una pila de periódicos y otros papeles, en el estudio, una habitación que Sebastian no utilizaba nunca, pero que en un momento de aburrimiento había decidido ordenar. No recordaba cuándo lo había escrito, aunque era evidente que debía de haber sido antes de la catástrofe, porque en su mayor parte estaba exento del cinismo sofocante que en los últimos tiempos envolvía todos sus pensamientos. Lo había leído dos veces por encima y había quedado bastante impresionado consigo mismo. En otro tiempo había sido capaz de escribir muy bien.

La conferencia resultaba clara, fascinante y llena de información.

Sebastian había permanecido un momento sentado a la mesa del estudio, con el documento en la mano, invadido por la maravillosa y casi surrealista sensación de haber descubierto una versión mejor de sí mismo. Al cabo de un instante, había mirado a su alrededor y había encontrado signos de un Sebastian mejor en toda la habitación: los diplomas en las paredes, los libros, los recortes de prensa, las notas que había tomado y los textos que había escrito. Su estudio estaba lleno de los restos del naufragio de otra vida. Huyendo de los recuerdos, se había acercado a la ventana y se había puesto a mirar la calle para borrar esa sensación; pero los restos de su antigua vida estaban por todas partes y no pudo sustraerse a la memoria de una época en

que aparcaba el coche en esa misma calle, frente a la tienda de antigüedades. Una época en que tenía coche y lugares adonde ir.

Después de la conversación con Stefan, sintiéndose lleno de energía y casi inspirado, se encaminó directamente hacia su casa y entró en el estudio. Allí se puso a rebuscar en las pilas de papeles para ver si daba con el contrato y con un nombre. Alguien tenía que haberle encargado alguna vez esa conferencia de tres horas. Después de mucho buscar, encontró dos copias de un borrador de contrato que le había enviado el Departamento de Criminología de la universidad. Intentó buscar la razón por la que no había llegado a pronunciar la conferencia. Era el año 2001. Sabine ya había nacido y él vivía con Lily en Colonia. Lo más probable era que hubiera desechado la idea porque tenía otras cosas mejores que hacer. Se habría limitado a olvidarse de la conferencia. El contrato no se había llegado a firmar, pero la persona que se lo había enviado tenía un nombre. Era profesora de la universidad y se llamaba Veronika Fors. Sebastian no la recordaba. Era la jefa de estudios. Llamó al departamento y preguntó por ella, para probar suerte. Aunque habían pasado muchos años desde que le había propuesto la conferencia, seguía ahí. Desde la centralita le pasaron la llamada de inmediato, pero Sebastian se amilanó y colgó el teléfono antes de que la mujer cuyo nombre figuraba en el contrato tuviera tiempo de contestar. Se sentó otra vez a la mesa, con el texto en la mano. En cualquier caso, ella todavía estaba en la universidad.

Ahora se encontraba a unos cientos de metros del edificio que albergaba el Departamento de Criminología y que algún visionario había bautizado con el nombre de bloque C, probablemente porque era el tercer bloque de la fila. Lo mismo pasaba con su conferencia, que era una introducción al establecimiento de perfiles criminales y llevaba por título «Introducción al establecimiento de perfiles criminales». La imaginación brillaba por su ausencia en el mundillo universitario. Sebastian contempló los altos edificios pintados de azul cadáver, más propios de los bloques de viviendas construidos en los años sesenta que del templo del saber de la capital del país, y de repente sintió que lo asaltaba la duda. ¿De verdad esperaba que cambiara alguna cosa? ¿Realmente lo creía? Maldijo entre dientes e intentó plantarle cara a su vacilación. Tenía que buscar a Veronika Fors y empezar por ahí.

La idea era sencilla. Al principio daría unas pocas conferencias. Sería un pequeño paso en su vida diaria que lo impulsaría en otra dirección, lejos de las mujeres que buscaba por las noches y, más importante aún, lejos de Vanja durante el día. Lejos de la sensación de haberse quedado al margen, de esa sensación que lo había empujado a llamar a Trolle.

Pero la primera duda le había surgido mientras el taxi entraba en el aparcamiento. Lo peor fue la impresión de que nada había cambiado. Todo estaba igual que antes, menos él. ¿Tenía sentido lo que estaba haciendo? Intentó desechar la incertidumbre y se dirigió hacia el bloque C con paso decidido, como si fuera posible superar la duda a base de fuerza muscular.

A cierta distancia, llegaba andando un grupo de chicas. Debían de ser estudiantes a juzgar por su edad y por los libros que llevaban en las manos. Una de ellas, con el pelo rubio, se parecía a Vanja. Imaginaba que sería más joven, pero no mucho. Sebastian se la quedó mirando. Si él

estaba allí, a punto de entrar en el bloque C, era por Vanja. Stefan tenía razón. Necesitaba una vida propia antes de ir a verla y contarle la verdad. Entonces ella lo aceptaría. Probablemente, nunca llegaría a quererlo, pero lo aceptaría.

Le hacía falta una vida. Por eso estaba ahí.

Sintió que recuperaba la energía.

Entró en el bloque C y se encontró de regreso en un mundo que no visitaba desde hacía muchos muchísimos años.

Tuvo suerte. Veronika Fors estaba libre y podía recibirlo enseguida. La mujer de recepción lo acompañó por un largo pasillo hasta un despacho pequeño y ordenado, con una mesa de escritorio y dos sillas de color claro. VERONIKA FORS, se leía en la puerta. La mujer sentada detrás del escritorio pareció sorprendida al verlo. Sebastian sonrió, la saludó y se acomodó en la silla de enfrente sin esperar a que ella lo invitara a tomar asiento.

—Me llamo Sebastian Bergman.

—Ya lo sé —respondió ella secamente, sin devolverle la sonrisa.

Cerró la carpeta que tenía abierta sobre la mesa y lo miró. Era difícil saber si estaba sólo asombrada o también un poco irritada.

Sebastian notó que pasaba algo, pero no supo identificarlo.

—¿Es usted Veronika Fors?

—Sí.

El tono seguía siendo cortante.

—Verá, vengo a hablarle de una conferencia que programamos hace tiempo. —Sebastian extrajo del bolsillo interior de la chaqueta el borrador de contrato que había encontrado y lo desplegó sobre la mesa—. Es una introducción al establecimiento de perfiles criminales.

Veronika cogió el documento y le echó un vistazo.

—Pero eso fue hace diez años.

—Más o menos —respondió Sebastian—. He pensado que quizá aún estarían interesados. El material sigue siendo actual.

Volvió a sonreír con tanta amabilidad como pudo. Tenía la sensación de que debía ser especialmente cordial. La conversación no había empezado bien y aún no había conseguido disipar el malestar inicial.

—¿Es una broma?

Veronika se quitó las gafas de leer y lo miró directamente a los ojos.

—No, cuando hago una broma suelo ser mucho más gracioso. Incluso soy bastante ingenioso algunas veces.

Volvió a sonreír, sin embargo ella se mantuvo seria. Había algo en sus ojos. Algo que a Sebastian le resultó familiar.

—Dame una sola razón por la que tenga que estar manteniendo esta conversación contigo —dijo ella tuteándolo—. ¿Todavía te dedicas a la investigación? Desapareces de la faz de la Tierra, ¿y de repente te presentas para que hablemos de un contrato de hace diez años?

Sebastian comprendió enseguida que había llegado el momento de dejar de sonreír. Su táctica había demostrado ser ineficaz y para entonces la expresión de la mujer era abiertamente hostil.

Sintió una irritación creciente hacia ella, que sin embargo tenía que disimular si quería lograr su propósito. En cualquier caso, él sólo se había presentado en el despacho de Veronika Fors con una propuesta buena y clara después de que ella solicitara sus servicios. Era ella quien lo había buscado a él, por su experiencia y sus conocimientos, y lo cierto era que aún estaba en posesión de esa experiencia y de esos conocimientos. Lo mínimo que podía esperar de su interlocutora era un poco de respeto.

—Sigo siendo el principal experto en perfiles criminales de Suecia. Te aseguro que no quedaréis defraudados, aunque es cierto que en los últimos tiempos no he estado muy activo en el mundo académico.

—¿Y se puede saber dónde has estado activo? ¿Has publicado algo desde los años noventa? ¿Tienes trabajo? ¿Haces algo?

—Muy bien, si dudas de mi capacidad, me ofrezco para impartir una clase magistral para que te convenzas de lo que valgo. Sería una clase aislada. Una sola vez y nada más.

—De eso sí que sabes, ¿no? De cosas que pasan una sola vez y nada más. Eso es lo tuyo.

El carácter personal del comentario lo sobresaltó. De repente, la situación había cambiado. Había indignación en la voz de Veronika Fors y quizá también amargura. La miró con más atención, pero tampoco esa vez consiguió reconocerla. Ni siquiera los ojos, que unos segundos atrás le habían parecido familiares, le ofrecieron ninguna pista. ¿Habría aumentado de peso? ¿Habría adelgazado? ¿Se habría cortado el pelo? No lo sabía. El cerebro le trabajaba a pleno rendimiento. Había algo en ella que le resultaba conocido, algo en su tono malhumorado y en su voz un poco aguda. De repente, recuperó una vaga imagen perdida en la memoria. Era demasiado indefinida para analizarla con detenimiento, pero fue suficiente para convencerlo de que, aunque no recordara nada, en algún momento había visto desnuda a esa mujer. En una escalera de Bandhagen, al sur de Estocolmo. Una vaga imagen de un momento congelado en el tiempo, muchos años atrás. Una mujer desnuda que le gritaba indignada en el rellano de una escalera. ¿Sería cierta la sensación de haberla mandado al infierno? ¿O lo habría mandado ella a él?

¿Sería realmente tan mala la situación como empezaba a parecerle?

Veronika Fors desgarró el contrato delante de sus narices y le enseñó desafiante el dedo de en medio.

Sí; la situación era tremendamente mala.

Una pena.

—¿A que no adiviná is quién es el nuevo director de Lövhaga?

Vanja se acomodó en la silla y recorrió con la mirada a las otras tres personas sentadas en torno a la mesa de la sala. Billy sonrió entre dientes. Realmente, su compañera no podía olvidar el asunto. En el coche, durante todo el camino de vuelta, no había hecho más que hablar de Thomas Haraldsson y de su nuevo trabajo al frente de la cárcel. ¿Cómo era posible que le hubieran dado ese cargo? ¿En qué estarían pensando las autoridades? Las únicas explicaciones que se le ocurrían a Vanja eran que hubieran sobornado a los responsables, que hubieran perdido la razón o que se hubieran propuesto de forma deliberada hundir el centro penitenciario.

Billy había pasado todo el viaje escuchándola en silencio. A él no le preocupaba de modo especial la ineficacia de Haraldsson e incluso se alegraba de haberlo encontrado de nuevo. Quizá el policía de Västerås no fuera la persona más lista del mundo, pero era un luchador, y a Billy le despertaba cierta simpatía y hasta un punto de compasión. La ambición no era ningún defecto, y si Haraldsson contaba con el apoyo adecuado, quizá pudiera desempeñar correctamente su nueva función. Billy esperaba que fuera así, pero no dijo nada. Estaba bastante seguro de ser la única persona en la sala que albergaba esa esperanza. Miró a Ursula y a Torkel, que negaban con la cabeza como respuesta a la pregunta de Vanja.

—Ni siquiera sabía que hubiera un nuevo director —dijo Torkel, y bebió un sorbo del cuarto café que sacaba ese día de la máquina expendedora.

—Thomas Haraldsson.

Vanja miró expectante a sus colegas, a la espera de sus reacciones. No tardaron en producirse.

—¿Haraldsson? ¿El mismo Haraldsson de Västerås? —Ursula miró a Vanja con curiosidad, segura de haber entendido mal, pero Vanja le confirmó que había oído bien—. ¿Cómo demonios ha llegado ahí? —añadió.

—No lo sé. Es un misterio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Torkel en voz baja.

No parecía sorprendido ni irritado, según pudo observar Vanja, sino más bien preocupado.

—Tenía pinta de estar pasándolo de maravilla.

—Me refería a su hombro.

—Dice que aún le molesta un poco, pero por lo demás está bien —intervino Billy.

—Me alegro.

Después de todo, Thomas Haraldsson había resultado herido de bala mientras servía a las

órdenes de Torkel, que por su parte tenía un poco de mala conciencia por no haber llamado en ningún momento a Kerstin Hanser o a la comisaría de Västerås para interesarse por su estado. Había pensado hacerlo varias veces, pero nunca se había decidido.

—¿Qué os ha dicho acerca de Hinde? —prosiguió Torkel, dirigiendo la conversación hacia el verdadero motivo de la reunión.

—Está en el mismo lugar de siempre y todo sigue como de costumbre, si hemos de dar crédito al personal de Lövhaga.

—¿Habéis hablado con él?

—Hemos presentado una solicitud. Las visitas tienen que ser autorizadas previamente.

—¿Cuánto tiempo tarda el trámite?

—Entre tres y cinco días.

—Veré si puedo acelerarlo.

Vanja asintió agradecida. Alguien estaba imitando a Edward Hinde, quien por esa causa había pasado a formar parte de la investigación. Vanja quería conocerlo en persona, aunque sólo fuera para descartar las sospechas. Mientras no pudiera hablar con él, quedaría un cabo suelto y Vanja odiaba los cabos sueltos. Era preciso investigar todas y cada una de las pistas tanto como fuera posible. Vanja era incapaz de descartar una pista sólo porque a primera vista pareciera imposible que guardara alguna relación con el caso.

Si lo hubiera hecho, habría sentido que no estaba haciendo su trabajo, le habría parecido que no estaba dando lo mejor de sí. Era algo que había aprendido en su casa desde niña, algo que su padre le había dicho por primera vez antes de su primer día de colegio, al verla nerviosa y preocupada: «No es necesario que seas la mejor, pero tienes que dar siempre lo mejor de ti misma». Dar más era imposible, pero dar menos era un error. Veinticinco años después, su vida seguía rigiéndose por el mismo principio.

—¿Habéis averiguado algo más en Lövhaga? —preguntó Torkel.

Vanja se volvió hacia Billy, que sacó de una carpeta varios juegos de folios grapados y los extendió sobre la mesa. Los otros se inclinaron hacia delante y cogieron un juego cada uno.

—He estado repasando las webs que Hinde ha visitado en los últimos tres meses. Nada fuera de lo común. Muchas páginas de periódicos, tanto suecos como extranjeros. También sigue algunos blogs. Ahí podéis ver cuáles son. —Indicó con un movimiento de la cabeza las hojas que acababa de distribuir—. Visita con bastante frecuencia varios foros que debaten sobre filosofía, psicología y otros temas de humanidades.

Ursula levantó la vista de los papeles.

—¿Puede participar en los debates?

—No, sólo leerlos. Su único medio para comunicarse con el exterior son las cartas. A lo largo del último semestre ha recibido tres. Dos de ellas son de dos mujeres diferentes que expresan su deseo de conocerlo, preguntan qué hay que hacer para visitarlo y le piden que las llame cuando salga de la cárcel. Si es que sale algún día...

—La gente está enferma —comentó Vanja.

Torkel y Ursula asintieron casi de forma automática, dándole la razón.

—La tercera carta puede ser interesante. —Billy pasó las hojas de su juego de documentos

hasta encontrar la que buscaba. Los otros hicieron lo mismo—. La envía un tal Carl Wahlström, de Estocolmo. Dice que ha seguido con gran interés el historial de Hinde y que le gustaría mucho conocerlo... Y ahora cito textualmente: «Para tener una comprensión más directa del proceso de decisiones que condujo a que cuatro mujeres perdieran la vida». Está preparando un trabajo de fin de grado sobre filosofía práctica y, si os interesa mi opinión, el tipo parece deslumbrado por Hinde.

—¿Se han visto? —preguntó Ursula.

—No. Según los registros de Lövhaga, Hinde ni siquiera le contestó.

—De todos modos, investigadlo después de la reunión —dijo Torkel—. Al menos es algo. —Dejó sobre la mesa los papeles que acababa de leer y se subió las gafas hasta la frente—. Los interrogatorios a los vecinos de Tumba no han aportado ninguna información interesante. Los amigos y los padres de los Granlund no tenían noticias de que la pareja se sintiera vigilada o amenazada. El marido queda descartado. Estaba en Alemania o en un vuelo de regreso a Estocolmo.

Un pesado silencio cayó sobre la sala. Con variaciones mínimas, era la tercera vez que oían a Torkel informar de que no se había descubierto nada en el lugar del crimen y de que ningún allegado parecía tener ni siquiera la más remota insinuación de un motivo para cometer el asesinato.

—¿Qué pruebas materiales tenemos? —preguntó Torkel volviéndose hacia Ursula.

—Semen y vello púbico, como las otras veces. He enviado las muestras a Linköping para que analicen el ADN, pero estoy prácticamente segura de que corresponderá a la misma persona. El informe preliminar de la autopsia indica que la carótida y la tráquea estaban seccionadas, por lo que la mujer murió asfixiada antes de desangrarse. Como las otras veces.

Ursula guardó silencio y dio un golpe seco sobre la mesa con la palma de la mano para marcar que había terminado.

No había nada más.

Nada en absoluto.

Torkel se aclaró la garganta.

—Como todos sabéis, no hemos encontrado ninguna relación entre las tres mujeres, por lo que desconocemos dónde atacará el asesino la próxima vez.

Un amargo silencio recibió las últimas palabras de Torkel. Nadie podía discutirle lo que acababa de decir. Parecía poco probable que el asesino no volviera a atacar. Una mujer más iba a perder la vida y ellos no podían hacer nada para impedirlo. Vanja empujó hacia atrás la silla y se levantó.

—Investigaremos a Wahlström.

Vanja y Billy fueron a buscar a Carl Wahlström a la Facultad de Filosofía, pero no lo encontraron. La universidad estaba casi desierta en esa época del año. ¿Habían intentado localizarlo por teléfono? No, ni tampoco pensaban hacerlo. ¿Habían probado en su casa? Carl estaba aprovechando el verano para terminar el trabajo de fin de grado. En la secretaría de la

facultad les proporcionaron una dirección que ellos ya tenían. Forskarbacken. Tres plantas, sin ascensor. Piso de estudiante.

En el interior sonaba música a todo volumen. Vanja sacó la cartera mientras llamaba al timbre. Un timbrazo prolongado. Era difícil saber si las paredes eran desusadamente finas o si el ocupante del piso escuchaba la música a un volumen desmesurado.

Carl Wahlström abrió la puerta con una taza de té en la mano y miró sorprendido a los visitantes que aguardaban en el rellano. «Volumen excesivo», constató Vanja mientras Billy y ella enseñaban sus placas.

—Vanja Lithner y Billy Rosén, de la policía. ¿Podemos hablar un momento contigo?

—¿De qué?

—¿Nos dejas pasar?

Carl se hizo a un lado y les indicó que entraran. Hacía calor y el piso olía a pan cociéndose en el horno.

—Quitaos los zapatos, por favor. Acabo de pasar la aspiradora.

Carl avanzó por el estrecho pasillo y entró en el dormitorio. Fue directamente hacia el ordenador, que estaba sobre la mesa, al lado de una impresora, y apagó la música. Vanja y Billy se quitaron los zapatos y pasaron al pequeño apartamento. Nada más entrar, vieron una cocina americana en un rincón del cuarto de estar, un sofá esquinero, un televisor colgado de la pared y, en la otra esquina, una mesa de escritorio, una silla de oficina y muchos libros apilados. Les habría parecido el típico apartamento de estudiante de no haber sido por los grandes cuadros semejantes a expositores que adornaban las paredes, detrás del sofá. Tras los cristales, se alineaban mariposas y polillas pinchadas con alfileres. Había entre seis y ocho ejemplares de las más grandes en cada cuadro, y hasta quince o veinte de las más pequeñas, con las alas multicolores desplegadas en un aleteo eternamente congelado. Vanja reconoció algunas y recordó el nombre de dos: mariposa pavo real y mariposa limonera. De las demás, ni siquiera sabía si podían encontrarse en Suecia.

—¿Qué queréis?

La pregunta de Carl interrumpió los pensamientos de Vanja sobre las mariposas. El estudiante había cerrado la puerta del dormitorio y estaba observando con los brazos cruzados a los dos policías. Vanja echó una mirada rápida a Billy y vio que su compañero también estaba contemplando la colección de insectos.

—Venimos a causa de una carta que le escribiste a Edward Hinde hace algunas semanas —dijo Vanja mientras tomaba asiento en el sofá.

Billy, por su parte, se recostó contra la pared de la cocina.

—Ah.

Carl se acercó la silla de oficina y se sentó mientras los miraba con extrañeza.

—¿Por qué le escribiste? —prosiguió Vanja.

—Quería contactar con él.

—¿Por qué?

—Esperaba que pudiera servirme de ayuda para mis estudios.

—¿De filosofía práctica?

—Sí. ¿Qué puede importarle eso a la policía?

Vanja no le respondió. Cuanto menos supiera Carl de la razón de su visita, menos podría acomodar su respuesta. Billy pensaba lo mismo que su colega y, por lo tanto, cambió por completo de tema.

—¿Qué hace un filósofo práctico? ¿Qué salidas tiene?

Carl hizo girar la silla noventa grados y miró a Billy con una sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Por qué? ¿Estás cansado de ser policía?

—¿No es teórica la filosofía por su propia naturaleza? —prosiguió Billy, como si no hubiera oído la pregunta—. ¿A qué se dedica un filósofo práctico? ¿Predica? ¿Imparte cursos en los centros cívicos?

—No hace falta que te burles. Di simplemente que no lo entiendes.

—Perdón. Era sólo curiosidad.

Carl lo miró con desagrado, dejando claro que no aceptaba sus disculpas. Tuvo que intervenir Vanja para volver al tema que les interesaba antes de que Carl resolviera dejar de hablar con ellos.

—Hemos leído la carta que le enviaste a Hinde.

Carl se quedó mirando con fijeza a Billy unos segundos, antes de volverse otra vez hacia Vanja.

—Ya lo suponía.

—Parece que lo admires.

—No, «admiración» no es la palabra. Diría más bien que me fascina.

—Mató a varias mujeres. ¿Crees que eso es fascinante?

Carl se inclinó hacia delante en la silla, visiblemente más interesado en la conversación que medio minuto antes.

—Los actos en sí, no. Pero el camino que lo llevó hasta allí me parece muy interesante: las decisiones que tomó, sus consideraciones... Intento comprenderlo.

—¿Por qué?

Carl guardó silencio. Pareció meditar la respuesta, como si fuera a presentarla en un examen ante un profesor en lugar de estar respondiendo a la policía.

—Sus asesinatos fueron actos deliberados. Planificados y premeditados. Sentía deseos de matar y a continuación los satisfacía. Quiero saber de dónde surgían esos deseos.

—Te lo puedo decir yo: de su cerebro enfermo.

Carl le sonrió a Vanja de manera casi condescendiente.

—Eso no es suficiente para un trabajo de fin de grado. Además, tu razonamiento requiere dar por válida la premisa de que ciertos deseos son «enfermizos», mientras que otros, más aceptados por la sociedad, como el de comprarse un perrito, son «sanos».

—¿Quieres decir que es «sano» asesinar a cuatro mujeres?

—El acto en sí no es aceptable en nuestra sociedad, y con toda la razón. Pero me cuesta mucho clasificar como «sano» o «enfermizo» el mero deseo de llevar a cabo esas acciones. Tenemos unas normas de conducta. No nos parece aceptable matar a otra persona, como es

lógico. Pero ¿realmente podemos considerar inaceptable el deseo de matar?

Vanja suspiró entre dientes. ¿Era necesario analizarlo todo? ¿Era preciso mirarlo todo con lupa, entenderlo y explicarlo? Desde su punto de vista, las cosas eran mucho más sencillas. Cualquiera que deseara matar al prójimo estaba enfermo. Si además lo hacía, estaba todavía más enfermo. O era malo por naturaleza.

—¿Contestó a tu carta? —preguntó Billy, en parte porque no soportaba seguir escuchando el discurso filosófico (si es que era de filosofía de lo que estaban hablando) y en parte porque notó que Vanja estaba a punto de perder la calma.

—No, por desgracia.

—¿Participas en alguno de estos foros?

Le tendió una hoja impresa donde figuraban las webs que Hinde había visitado en los tres meses anteriores. Carl cogió el papel y lo leyó detenidamente. Al oír el sonido de una alarma en la cocina, dejó la hoja y se puso de pie.

—Está listo el pan.

Se dirigió hacia el horno, lo apagó y lo abrió. Cogió dos paños de la encimera y sacó la bandeja caliente del interior del horno. Al ver las dos barras alargadas, de color dorado, Vanja se dio cuenta de que tenía hambre. Carl pinchó el pan para comprobar que estaba listo y giró una de las barras sobre una rejilla. Mientras repetía el procedimiento con la segunda, se volvió un momento hacia Vanja.

—¿De qué departamento sois?

—De la Unidad Nacional de Homicidios.

Por un segundo, Carl dejó de prestar atención al pan.

—¿Se ha fugado?

—No.

—Pero han matado a alguien y habéis pensado en Hinde, ¿no?

Vanja le lanzó una mirada rápida a Billy. O bien Carl Wahlström era muy listo y relacionaba con desusada rapidez la poca información de que disponía, o bien estaba al corriente de que alguien había decidido imitar los asesinatos de Hinde. Sin dejar traslucir lo que estaba pensando, Vanja prosiguió el interrogatorio.

—¿Dónde estabas ayer entre las diez de la mañana y las tres de la tarde?

—Aquí en casa, estudiando.

Cubrió el pan con un paño limpio de cocina, cerró la puerta del horno y volvió al cuarto de estar.

—¿Estabas solo? —preguntó Vanja.

—Sí.

—¿No te vio nadie en todo el día?

—No.

Se hizo un silencio en la pequeña habitación. Vanja no necesitaba nada más. Había decidido investigar a fondo a Carl Wahlström. Se levantó del sofá.

—¿Estarías dispuesto a proporcionarnos de foma voluntaria una muestra de ADN?

Carl Wahlström ni siquiera respondió. Simplemente, echó la cabeza hacia atrás y abrió la

boca. Vanja sacó un bastoncito de algodón del bolso y lo pasó por el interior de la boca y la lengua de Carl.

—¿Qué me dices de los foros? —preguntó Billy mientras Vanja metía el bastoncito en un tubo de plástico y ajustaba la tapa.

Carl se volvió, recogió la lista y se la tendió a Billy.

—Uno. Ese de ahí.

Señaló el nombre de un foro y Billy lo marcó. No significaba mucho. De hecho, no significaba nada. Aunque Hinde supiera que Carl frecuentaba el foro, no podía comunicarse con él. Sin embargo, era un punto de contacto. Era algo. Y algo era mejor que nada, que era lo que habían tenido hasta ese momento.

De camino hacia el vestíbulo, Vanja se volvió.

—¿Son tuyos los insectos?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿De dónde surge el deseo de clavarles alfileres a unos bichos?

Carl le sonrió una vez más, expresando indulgencia ante su ignorancia, como si Vanja fuera una niña pequeña que no entendiera las cosas. Hacía apenas diez minutos que conocía a Wahlström y ya detestaba esa sonrisa suya. Le recordaba demasiado al rictus de superioridad de Sebastian Bergman.

—No es un deseo, sino un interés. Soy lepidopterólogo.

—Deduzco que esa palabra querrá decir «coleccionista de mariposas».

—Estudioso. Estudioso de las mariposas.

—¿Cómo lo haces? ¿Están vivas cuando las pinchas?

—No. Antes las mato con acetato de etilo.

—Entonces ¿te interesan las cosas muertas?

Carl ladeó un poco la cabeza y sonrió, como si Vanja acabara de decir una monería propia de una preescolar.

—¿No vas a preguntarme también si me hacía pis en la cama y si me gustaba quemar cosas?

Vanja no respondió. Se agachó al lado de Billy y empezó a ponerse los zapatos, para no tener que ver la expresión de suficiencia de Carl.

—¿Sabes que es una burda simplificación creer que los asesinos en serie se meaban en la cama cuando eran niños, quemaban cosas y mataban animales?

—Parece que sabes mucho de los asesinos en serie... —comentó Billy mientras se levantaba del suelo.

—Estoy escribiendo un trabajo de fin de carrera sobre ese tema, entre otros.

—¿Qué título le has puesto?

—«Cuando los deseos del individuo chocan con la sociedad civilizada.»

Billy intercambió una mirada con Carl y tuvo la sensación de que su trabajo se basaba en gran medida en la experiencia personal. Pese al calor agobiante que hacía en la casa, sintió un escalofrío.

—Ese tipo es horrible.

Vanja y Billy habían salido de la casa y se dirigían por Forskarbacken hacia el coche aparcado, cuando Billy expresó con palabras lo que ambos pensaban. Vanja asintió, se puso las gafas de sol y se desabrochó la chaqueta.

—Horrible y más alto que tú.

—Sí, yo también lo he pensado —dijo Billy mientras apretaba el botón de apertura a distancia, aunque todavía estaban a unos veinte metros del vehículo—. ¿Lo ponemos bajo vigilancia?

—Parecía demasiado tranquilo. Si ha sido él, ya sabe que tenemos pruebas materiales.

—Quizá quiere ir a la cárcel.

—¿Por qué iba a quererlo?

—La prensa todavía no ha relacionado los asesinatos. No le está prestando atención ni le está dando la fama que esperaba. Si el hecho de matar ya no le resulta tan estimulante como al principio, quizá necesite algo más. Un arresto y un juicio no sólo le enseñarían al mundo lo que ha hecho, sino que también lo reafirmarían. Lo convertirían en alguien.

Vanja se detuvo en medio de la acera y se quedó mirando a Billy sorprendida. Era la primera vez que le oía manifestar una tirada tan larga y sin interrupciones, y además el contenido de su exposición era desusadamente profundo y técnico. Por lo general, sabía mucho de tecnología y de aparatos nuevos, pero de asesinos en serie... Cuando Billy notó que Vanja se había quedado parada, se volvió hacia ella y, aunque no pudo distinguir sus ojos detrás de las gafas de sol, se dio cuenta de que estaba estupefacta.

—¿Qué pasa?

—¡Tú has estado leyendo!

—Sí, ¿y qué?

—Nada, déjalo.

Algo en la voz de Billy le dijo a Vanja que era mejor no insistir sobre el asunto, y tampoco bromear al respecto, al menos en ese lugar y en ese momento, por lo que cambió de tema.

—Le pondremos vigilancia hasta que tengamos los resultados de los análisis de ADN —añadió.

Los dos reanudaron la marcha, se montaron en el coche y cerraron las puertas. Mientras Vanja se abrochaba el cinturón de seguridad, Billy puso el motor en marcha.

—Por cierto, ¿quién es la chica?

—¿Qué chica?

—La del teatro.

—Nadie.

Eso quería decir que era alguien. ¡Vaya si era alguien! Vanja sonrió para sus adentros. Ya le sonsacaría los detalles durante el breve viaje de regreso.

Polhemsgatan. Otra vez. Sebastian estaba en el bar del que ya podía considerarse cliente habitual, en su mesa favorita, la que le ofrecía las mejores vistas de su antiguo lugar de trabajo: la Unidad de Homicidios, que para entonces se había convertido en el lugar de trabajo de su hija. Iba por el tercer café. Levantó la vista para consultar el reloj de plástico de la pared y maldijo entre dientes. Maldijo a Stefan por haberlo hecho desplazarse hasta la zona universitaria de Frescati, que quedaba al otro lado de la ciudad, y a la mujer que aparentemente lo aborrecía. Habría podido quedarse sentado en el bar, esperándola, y le habría salido más barato.

Necesitaba verla.

En la cafetería de Polhemsgatan se sentía casi a gusto. Cuanto más cerca estaba de su antiguo lugar de trabajo, más seguro se sentía. Allí no necesitaba esconderse tanto, porque podía explicar de muchas maneras su presencia. Si Vanja o cualquier otro lo descubrían en la cafetería, podía decirles que estaba de visita, que esperaba a un antiguo colega o que tenía una cita pero la habían cancelado. Si sospechaban que les estaba mintiendo, podía cambiar de táctica y explicarles que había ido a verlos con la esperanza de que volvieran a contratarlo. Eso sí lo creerían.

Aunque no fuera cierto. No pensaba volver nunca más, no después de Västerås.

Pero habría sido lógico. Podrían entender por qué estaba sentado allí, con su taza de café delante, mirando el edificio de hormigón gris. Quería volver. En cambio, le habría resultado bastante más difícil explicar su presencia si Vanja lo hubiera descubierto apostado en el montículo delante de su apartamento.

La manecilla grande del reloj de plástico se había desplazado ciento ochenta grados e indicaba las cinco y veinticinco. La cafetería se había quedado desierta. La pareja joven que parecía tener problemas sentimentales había desaparecido sin que él lo notara, y la señora mayor que en opinión de Sebastian debía de ser la propietaria del establecimiento había empezado a retirar los sándwiches de la vitrina. Sebastian volvió a mirar por la ventana. Hacia la fachada de hormigón gris. No encontró lo que buscaba y se dijo que quizá empezaba a ser hora de marcharse. Pero ¿adónde podía ir? No quería volver a su casa, llena de los restos de otra vida, y no sabía si se atrevería a plantarse una vez más en lo alto del promontorio frente a la casa de Vanja. Era demasiado peligroso. Por pura estadística, cada vez que iba aumentaba el riesgo de que ella lo descubriera. Pero tenía que hacer algo. Algo que mitigara su impaciencia y su desazón. Había sido un día espantoso. Un poco de sexo podía ahuyentar los pensamientos desagradables. De no haber sido porque no pensaba volver a visitar a la mujer del día anterior, Ellinor Bergkvist habría sido la solución más sencilla. Pero algo en su manera de intentar

retenerlo por la mañana y en su insistencia para averiguar más cosas de su vida le había causado una profunda irritación. Tampoco le había gustado que lo cogiera de la mano. Había límites de intimidad que era preciso respetar.

Dirigió su frustración contra la cajera.

—Este café sabe a rayos —le dijo mirándola fijamente.

—Puedo preparar una cafetera nueva si quiere —respondió ella con amabilidad.

—También puede irse al infierno —replicó él y se marchó.

Probablemente, no podría volver a esa cafetería de la que se había convertido en cliente habitual. Lo pensó mientras salía a la cálida tarde de verano. Pero podía encontrar otra.

Si algo había de sobra en Estocolmo eran cafeterías.

Y mujeres.

Tras un par de incursiones breves y poco afortunadas en diferentes bares de hotel, en busca de alguien con quien acabar un día tan desagradable, Sebastian empezó a darse por vencido. Cada vez estaba más convencido de que todo se reducía a un único y prolongado fiasco. Para entonces, incluso la Biblioteca Real estaba cerrada. El majestuoso edificio de Humlegården era uno de sus caladeros favoritos para pescar compañía femenina. Las estadísticas eran insuperables: dos de cada tres veces picaba alguna. La técnica era sencilla. Se situaba en un lugar central en la vasta sala de lectura; pedía unos cuantos libros, entre ellos varios títulos de su propia obra, y los dejaba sobre la mesa de manera que quedaran bien visibles. Después, se sentaba y fingía que trabajaba en un nuevo texto. Al cabo de un rato, ponía cara de frustración, como si le costara encontrar la palabra exacta y, en el momento adecuado, se volvía hacia la mujer que estaba pasando a su lado.

—Perdón, pero estoy escribiendo un libro y necesito a alguien que me dé su opinión sobre una frase.

Si jugaba bien sus cartas, al cabo de un momento los dos estaban bebiendo una copa de vino en el salón del hotel Anglais, a escasos metros de la biblioteca.

Sebastian empezó a irritarse consigo mismo mientras vagaba sin rumbo por las calurosas calles de la ciudad. No le salía bien nada de lo que se proponía. Estaba cada vez más disgustado, con un enfado que se iba convirtiendo en furia con cada paso que daba.

¡Todo era una mierda!

¿Por qué cojones nada le salía como él quería?

Ojalá pudiera vengarse de todo y de todos. Tenía que llamar a Trolle y pedirle que rebuscara tan profundamente como pudiera en la vida de ese hombre perfecto, hasta que por fin saliera toda la mierda a flote. En el fondo, la culpa de todo la tenían Anna Eriksson y Valdemar Lithner. Le pediría a Trolle que investigara también a Anna. Quizá ella fuera el eslabón más débil de la cadena, la grieta que permitiría perforar esa fachada de familia perfecta de clase media. Suponía que Trolle encontraría algo en su pasado. Era una mujer habituada a las mentiras y a los secretos. Después de todo, Vanja ni siquiera sabía quién era su padre. Con toda la probabilidad, Anna pensaba que todo lo había hecho por el bien de su hija. Pero ¿qué derecho tenía a decidir?

¿Acaso se creía Dios? Sebastian quería estar cerca de su hija, pero tenía que mantenerse a un par de cientos de metros de distancia. Era como si le hubieran impuesto una orden de alejamiento. Se paró en seco. Tenía que pedirle a Trolle que indagara más a fondo y que incluyera a Anna Eriksson en su investigación. Con suerte, saldría a luz algún secreto desagradable, aunque en los últimos meses Sebastian había notado que Vanja no tenía una relación tan fluida con su madre como con Valdemar. Sacó el móvil, pero se arrepintió y volvió a guardarlo. ¿Para qué llamar por teléfono? Dio la vuelta y se encaminó hacia la parada de taxis más próxima. No tenía nada mejor que hacer y Trolle vivía en Skärholmen.

En él podía confiar.

Trolle lo entendería.

Él también había perdido a su familia.

Billy estaba sentado en el sofá navegando en la red con el iPad mientras My se duchaba. Pensaba salir con ella a cenar. En el camino de vuelta, había parado con Vanja en un McDonald's, pero no había pedido nada porque había quedado con My.

Llevaban juntos desde la noche de San Juan. Un antiguo compañero de instituto tenía una casita en Djurö, en el archipiélago de Estocolmo, donde habían celebrado la noche más corta del año por tercera vez consecutiva. En esa última ocasión, otro viejo compañero del colegio había acudido acompañado de un amigo suyo y de su hermana, que no era otra que My Reding-Hedberg. Se habían sentado juntos a la mesa, para la cena tradicional de arenques y patatas, y después habían pasado juntos la mayor parte de la noche y la madrugada. Desde entonces, se veían casi todos los días.

Sin embargo, no la había mencionado en el camino de regreso desde Forskarbacken cuando Vanja lo había presionado para que le contara todos los detalles. Normalmente se lo contaba todo, o por lo menos la mayor parte de las cosas. A veces tenía la impresión de que Vanja era más una hermana que una compañera de trabajo, pero ahora dudaba. La razón era simple. Estaba bastante seguro de que a Vanja no iba a gustarle My.

My se dedicaba al *coaching.* Era *coach* de vida y de carrera laboral.

Vanja tenía muchas virtudes. Pero al ser tan ambiciosa y eficiente, le costaba entender que alguien no pudiera hacerse con las riendas de su propia vida. Una cosa era estudiar y perfeccionar sus conocimientos, asistir a cursos y conferencias y fijarse metas en la vida, y otra muy distinta era recurrir a alguien para encontrar motivaciones y alcanzar resultados. Eso, para ella, era señal de negligencia y debilidad de carácter. En su opinión, si alguien no sabía lo que quería, entonces no quería nada con suficiente intensidad. Y si de verdad tenía un problema, lo más aconsejable era que recurriera a un psicólogo debidamente formado y acreditado, y no a un gurú de la New Age con un dudoso diploma colgado de la pared, que además cobraba mil coronas por hora.

No, a Vanja no iba a gustarle My.

Tampoco necesitaba su beneplácito, pero pensaba que su ignorancia le haría la vida más sencilla. Se evitaría las pullas y los comentarios irónicos, sobre todo en un momento como el que estaba viviendo, ya que se había propuesto de forma seria cambiar su posición en el grupo.

Todo había empezado cuando My le preguntó si se sentía a gusto en el trabajo. La pregunta era sencilla y la respuesta también. Sí, estaba muy cómodo. No imaginaba un trabajo mejor ni mejores compañeros. Después, habían seguido hablando. Ella se interesaba por todo lo que él

hacía y por el tipo de trabajo que realizaba. Pero su interés no era como el de otras personas, que esperaban anécdotas emocionantes y detalles truculentos de sus investigaciones. A ella le importaba el trabajo en sí. Le importaba él. Era una de las cosas que a Billy le gustaban de ella. Que lo hiciera hablar. Por eso había empezado a hablarle de su trabajo, de lo que hacía a lo largo del día y de sus tareas concretas. Al cabo de un momento, ella lo había mirado con un pequeño surco de preocupación marcado en la frente.

—Tengo la impresión de que tu trabajo es más de técnico que de policía.

Aquel comentario había calado. Billy empezó a fijarse más en las tareas que le asignaban y que él realizaba. Consultas. Recados. Búsquedas.

Cuanta más atención prestaba, más se daba cuenta de que su función en las investigaciones era más propia de un secretario que de un policía. Lo habló con My y ella le dijo que en su opinión debía hacer una pausa en el camino, preguntarse hacia dónde quería conducir su vida y atreverse a escuchar la respuesta. La respuesta era sencilla: no lo sabía. Nunca se lo había preguntado.

Habitualmente iba al trabajo.

Trabajaba contento.

Y volvía a casa.

Ponía en práctica su capacidad para organizar datos, trazar líneas cronológicas y reunir información de todas las fuentes imaginables, pero ¿utilizaba plenamente todo su potencial? No, suponía que no. Era difícil destacar en un equipo tan bueno como el suyo. Torkel Höglund era uno de los policías de mayor prestigio de toda Suecia, y tanto Vanja como Ursula estaban entre los tres mejores profesionales de sus respectivas áreas, si no eran el número uno. Él no necesitaba llegar tan alto. No se lo había confesado a My, pero no creía tener la capacidad ni el talento necesarios. Sin embargo, creía posible convertirse en un miembro más valioso dentro del equipo. Eso sí que estaba a su alcance.

Y pensaba conseguirlo.

Ya se había puesto manos a la obra. Incluso tenía pensado leer los libros de Sebastian en cuanto tuviera tiempo.

My salió del baño envuelta en el albornoz de Billy, con una toalla enrollada en la cabeza, y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Has decidido qué quieres que hagamos? —preguntó.

Le dio un beso y se acurrucó contra él, apoyada sobre su hombro.

—Tengo hambre.

—Yo también. Esta noche hay un concierto en el parque de Vitaberg. Empieza a las ocho.

Concierto en el parque. Noche de verano. Probablemente, era un concierto acústico de música tradicional. Con violines y esas cosas. Muy bonito si uno tenía más de setenta y cinco años. Billy fingió no haberla oído.

—Podríamos ir al cine —propuso a su vez.

—Es verano.

—Ésa no es una respuesta.

—Es más agradable estar al aire libre.

—Pero dentro del cine estaremos más frescos.

My pareció sopesar por un momento las dos posibilidades —«más agradable» contra «más fresco»— y al final hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, pero yo elijo la película.

—Siempre eliges películas aburridas.

—Elijo películas buenas.

—Eliges películas que han tenido buena crítica. No es lo mismo.

My levantó la cabeza del hombro de Billy y lo miró. Él había cedido la semana anterior, cuando la Cinemateca había iniciado el ciclo de verano de la *nouvelle vague* francesa, así que esa semana le tocaba a ella aguantar las naves espaciales, los robots o lo que fuera que Billy quisiera ver. Se encogió de hombros.

—De acuerdo, tú eliges la película, pero yo elijo el restaurante.

—Hecho.

—Puedes reservar las entradas con tu juguete nuevo —dijo ella, señalando el iPad sobre sus rodillas.

—Ni es nuevo ni es un juguete.

—Si tú lo dices...

My se puso de pie, se agachó, le dio a Billy un beso en los labios y después entró en el dormitorio para vestirse. Él se la quedó mirando con una sonrisa.

Era perfecta.

Suficiente por ese día.

Thomas Haraldsson apagó el ordenador. Unos años atrás, una compañía eléctrica había hecho una campaña en la que explicaba que si todos apagaran sus aparatos eléctricos en lugar de dejarlos en *standby*, el ahorro de energía sería suficiente para ofrecer calefacción gratis a las tres ciudades más grandes de Suecia. O quizá fuera luz gratis. O tal vez no fueran ciudades, sino casas. Tres casas en las tres ciudades más grandes de Suecia. No, eso habría sido demasiado complicado. No se acordaba muy bien del anuncio, pero sabía que apagar el ordenador era una manera de ahorrar energía. Era preciso ahorrar. Los recursos del planeta no eran infinitos, y él tenía un bebé en camino. Había que dejar algo para él. O para ella. Por eso apagaba el ordenador.

Se levantó, acercó la silla a la mesa y, cuando ya se disponía a marcharse, vio la carpeta con la documentación de Edward Hinde que aún seguía sobre su escritorio. Se detuvo. La Unidad de Homicidios estaba interesada en él y seguramente volverían a visitarlo. Un poco de información nunca estaba de más, pero quizá no tuviera tiempo de leer todos los papeles, al menos hasta el día siguiente. Echó una mirada al reloj. Jenny tendría lista la cena a las ocho: *rigatoni* con carne picada de cordero. Algún cocinero famoso había enseñado la receta en televisión y desde entonces era un plato habitual en su casa. La primera vez que Jenny lo había servido, Haraldsson le había dicho que estaba muy bueno, y ahora no se atrevía a decirle lo que pensaba de verdad. Jenny había hecho la compra después del trabajo, pero al llegar a casa se le había antojado helado de regaliz y le había pedido a Haraldsson que parara en una gasolinera en el camino de vuelta para comprárselo. También podía alquilar una película. Podrían verla antes de que se hiciera demasiado tarde. Pero entonces no le quedaría tiempo para leer el expediente de Hinde.

¡Decisiones, siempre decisiones!

Volvió a consultar el reloj. Cuarenta y cinco minutos para llegar a su casa. Cincuenta y cinco si contaba la parada para comprar el helado y alquilar la película. Tenía media hora. No era mala idea tomarse el trabajo de conocer personalmente a Hinde antes de que la gente de la Unidad de Homicidios volviera a visitarlo. Los dictámenes e informes de los psicólogos estaban muy bien, pero él tenía mucha experiencia con criminales y también podía hacer una valiosa contribución. Si entablaba una conversación íntima y personal con Hinde, quizá pudiera sonsacarle alguna información que el recluso jamás revelaría en un interrogatorio formal. Se presentaría ante él no ya como un policía, sino como otro ser humano. Echó un último vistazo rápido al reloj y decidió hacer una pequeña visita improvisada al pabellón de máxima seguridad.

Edward Hinde se sorprendió cuando los guardias fueron a buscarlo a su celda, poco antes de las seis y media. Nunca pasaba nada después de las seis, que era la hora de la cena. Tenía veinte minutos para cenar, después acudían a recogerle la bandeja y a continuación se quedaba solo hasta las seis y media del día siguiente, cuando tenía que levantarse. Eran doce horas a solas con sus libros y sus pensamientos. Todos los días. Laborables y festivos. Horas vacías que con los años se habían convertido en la mitad de su vida.

Tampoco pasaban muchas cosas durante la otra mitad del día. Después del desayuno, pasaba veinte minutos en el baño y una hora en el patio. Solo. Volvía a la celda, le servían la comida y por la tarde pasaba una hora en la biblioteca y otra hora más en el patio. La última hora de patio era voluntaria. Si lo prefería, podía quedarse en la biblioteca, y era lo que solía hacer. Después lo llevaban de nuevo al baño y otra vez a la celda, para esperar la cena.

Cada quince días, iba al despacho del psicólogo. Una hora de terapia. Había conocido a muchos a lo largo de los años y todos lo aburrían muchísimo nada más empezar. Al principio de su estancia en Lövhaga, les decía lo que querían oír, pero últimamente había dejado de esforzarse. No parecía que a nadie le importara. Catorce años sin progresos visibles acababan con el entusiasmo del psicólogo más tenaz. El último ni siquiera parecía haberse leído las notas de los anteriores. Aun así, las sesiones continuaban. Porque no sólo había que castigar a Edward.

También había que rehabilitarlo.

Convertirlo en mejor persona.

Rutina y actividades sin sentido. Así pasaban sus días, así era su vida, con muy pocas excepciones. Pero esa tarde había ocurrido algo. Dos guardias fueron a sacarlo de la celda y lo condujeron a una sala de visitas. Hacía mucho que no entraba en esa sala. ¿Cuántos años? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Más? No lo recordaba. En cualquier caso, el aspecto del recinto era exactamente el mismo que la última vez. Paredes desnudas. Tupidas rejas delante de las ventanas de cristal a prueba de balas. Dos sillas y, en medio, una mesa con las patas clavadas al suelo. Dos aros de metal fijos a la superficie de la mesa. Los guardias lo hicieron sentar en una de las incómodas sillas y le ataron las esposas a los aros metálicos. Después se marcharon y se quedó solo. Quienquiera que fuera la persona que quería hablar con él pronto entraría en la sala, por lo que era inútil especular. En lugar de eso, intentó recordar a quién había visto la última vez que lo habían encadenado a esa mesa. Antes de que pudiera hacer memoria, se abrió la puerta y entró alguien. Tuvo que reprimir el impulso de volverse. Permaneció inmóvil, mirando fijamente al frente. No quería darle al visitante la falsa impresión de que lo estaba esperando. Los pasos a su

espalda dejaron de sonar. La persona que había entrado se había detenido. Era probable que lo estuviera observando. Edward sabía lo que estaba viendo el visitante: un hombrecito de aspecto endeble, de un metro setenta de estatura, con el pelo ralo caído sobre el cuello, demasiado ralo para llevarlo tan largo, en caso de que le hubiera importado su apariencia. Vestía el mismo uniforme que el resto de los reclusos de la sección de máxima seguridad: pantalones de algodón y una sencilla sudadera de manga larga. Cuando se sentara frente a él, el visitante vería además unos ojos azules de mirada acuosa detrás de unas gafas de montura al aire, y unas mejillas pálidas y algo hundidas, con barba de pocos días. Un hombre que aparentaba más de los cincuenta y cinco años que tenía.

El visitante echó a andar otra vez. Edward supo que era un hombre, por el sonido de sus pasos y por la ausencia de perfume. Acertó. Un hombre bajo de aspecto corriente, con camisa de cuadros y pantalones chinos, se sentó en la silla de enfrente.

—Buenas tardes. Me llamo Thomas Haraldsson y soy el nuevo director del centro penitenciario.

Edward dejó vagar la mirada desde la ventana hasta el hombre que tenía delante y, por primera vez, lo miró a los ojos.

—Edward Hinde. Encantado de conocerlo. Usted es el tercero.

—¿Perdón?

—El tercero desde que estoy aquí. Director de la cárcel.

—Ah, ya, claro.

Se hizo un silencio en la sala desnuda. El débil zumbido del sistema de ventilación era lo único que se oía. Ni un ruido en el pasillo ni en el exterior. Edward mantuvo la mirada fija en el nuevo director, convencido de que no le correspondía a él interrumpir el silencio.

—He querido simplemente venir a saludar —dijo Haraldsson, y sonrió con cierto nerviosismo.

Hinde le devolvió la sonrisa.

—Muy amable.

Silencio otra vez. Haraldsson se movió un poco en la silla. Edward permanecía inmóvil, sin quitarle la vista de encima al visitante. Nadie venía a verlo sólo para saludarlo. El hombre debía de querer alguna cosa. Aún no sabía qué podía ser, pero se dijo que si se quedaba quieto y en silencio, no tardaría en descubrirlo.

—¿Se siente cómodo aquí? —preguntó Haraldsson al cabo de un momento, con el mismo tono que habría empleado si Hinde acabara de marcharse de casa de sus padres y se hubiera instalado en su primer apartamento de estudiante.

Edward tuvo que sofocar una carcajada mientras miraba al hombre evidentemente inseguro que tenía delante. El primer director de la cárcel había sido un tipo duro. Le faltaban dos años para jubilarse cuando había llegado Hinde. Desde el principio, le había dejado claro que no estaba dispuesto a tolerar ninguna salida de tono, y por «salida de tono» se refería a cualquier cosa que hiciera Hinde sin que se lo ordenaran: caminar sin que se lo indicaran, hablar sin que se lo pidieran y, en general, tener criterio propio sobre cualquier asunto. Había pasado mucho tiempo en la celda de aislamiento. Al segundo director, que se había quedado doce años, sólo lo

había visto de lejos un par de veces. Nunca había hablado con él, al menos que pudiera recordar. Pero el que tenía delante, el tercero, Thomas Haraldsson, parecía todo un personaje y con toda probabilidad merecía la pena tomarse el trabajo de conocerlo un poco mejor. Hinde le dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, muy cómodo, gracias. ¿Y usted?

—Acabo de empezar. Hoy es mi tercer día, pero de momento...

Otro silencio. Sin embargo, el nervioso visitante parecía dispuesto a mantener una charla intrascendente, por lo que Edward renunció a la estrategia de dejar que el otro condujera la conversación y volvió a sonreírle a Haraldsson.

—¿Cómo se llama su mujer?

—¿Qué?

Edward señaló con un movimiento de la cabeza la mano izquierda de Haraldsson, apoyada sobre la mesa.

—El anillo. Veo que está casado. A menos que sea uno de esos tipos modernos que se casan con otro hombre...

—No, no, nada de eso. —Haraldsson agitó ambas manos, como para descartar por completo esa posibilidad—. Yo no...

¿Por qué se le habría ocurrido a Hinde? ¿De dónde habría sacado la idea? Nadie le había dicho nunca a Haraldsson que pareciera gay. Nunca.

—Se llama Jenny. Mi mujer. Jenny Haraldsson.

Edward sonrió entre dientes. No había mejor manera de sonsacarle a un hombre información sobre su mujer que insinuarle una duda acerca de sus tendencias sexuales.

—¿Tiene hijos?

—Estamos esperando el primero.

—¡Qué bien! ¿Niño o niña?

—No lo sabemos.

—¿Prefieren que sea una sorpresa?

—Así es.

—Nunca he matado a una mujer embarazada.

De repente, Haraldsson se sintió un poco inseguro. Hasta ese momento, todo había marchado sobre ruedas. Un primer contacto y un intercambio de trivialidades, para que Hinde bajara la guardia antes de pasar a hablar de la Unidad de Homicidios. Pero el último comentario del recluso era desconcertante e incluso terrorífico. ¿Lo estaba informando Hinde de que ni siquiera podía plantearse el asesinato de una mujer embarazada, porque incluso alguien como él tenía sus límites, o le estaba diciendo simplemente que jamás había tenido la oportunidad de hacerlo? Haraldsson sintió un escalofrío. Prefería no saber la respuesta. Ya era hora de conducir la conversación hacia el tema que le interesaba.

—La gente de la Unidad de Homicidios quiere hablar con usted —dijo en un tono tan casual y despreocupado como pudo.

Era eso.

El verdadero motivo de la visita.

Por primera vez desde que había empezado la entrevista, Edward pareció auténticamente interesado. Enderezó la espalda y su mirada vaga se volvió de pronto incisiva como un cuchillo. Su expresión era atenta, despierta.

—¿Están aquí?

—No, pero vendrán dentro de un par de días.

—¿Qué quieren?

—No me lo han dicho. ¿Usted qué cree?

Hinde no hizo caso de la pregunta.

—Pero ¿quieren hablar conmigo?

—Sí. ¿Qué pueden querer de usted?

—¿Quiénes vendrán a verme?

—Vanja Lithner y Billy Rosén. Así se llaman.

—¿Y quieren que yo sepa esos detalles?

Haraldsson se quedó un momento desconcertado. Lo asaltó la duda. Se puso a pensar. Quizá no... Su plan era contarle que la Unidad de Homicidios quería interrogarlo, con la esperanza de que Hinde le revelara a él lo que podía interesarles, si es que lo sabía. De ese modo, Haraldsson podría ayudar un poco a sus colegas de la Unidad de Homicidios. Quien ha sido policía una vez lo sigue siendo toda la vida. Pero de pronto tuvo la sensación de que las cosas no estaban saliendo como había previsto y se dijo que no era necesario que la Unidad de Homicidios se enterara.

—A decir verdad, no lo sé —le contestó a Hinde con expresión grave—. Pero me pareció que usted tenía derecho a saberlo. Evidentemente, no hace falta que se lo cuente a ellos cuando vengan. Que usted ya sabía que vendrían. Que yo se lo he dicho. Ya sabe cómo son los policías.

Terminó la frase con una amplia sonrisa, una sonrisa de «nosotros contra ellos», de entendimiento mutuo contra un enemigo común. Edward le devolvió la sonrisa. Estaba sonriendo más en esos minutos que en los últimos catorce años. Pero merecía la pena. Tenía la sensación de que tarde o temprano el director Thomas Haraldsson iba a serle de utilidad.

—Sí, sé muy bien cómo son los policías. Puede quedarse tranquilo, porque no diré nada.

—Gracias.

—Pero me debe un favor.

Haraldsson no pudo distinguir si el hombre encadenado a la mesa estaba de broma o iba de farol. Seguía sonriendo, pero algo en su mirada le decía que hablaba muy en serio. Haraldsson sintió un nuevo escalofrío, que esta vez no pudo disimular, y se levantó del asiento.

—Tengo que irme... Ha sido un placer conocerlo.

—Lo mismo digo.

Haraldsson se dirigió a la salida y llamó a la puerta. Después se volvió para echar un último vistazo al hombre sentado a la mesa, que una vez más miraba fijamente al frente, en dirección a la ventana. Al cabo de unos segundos, se abrió la puerta desde fuera y Haraldsson abandonó la impersonal sala de visitas con la certeza de que el encuentro no se había desarrollado ni remotamente tal como esperaba, y con la sensación de que había sido más provechoso para Hinde que para él mismo. No había sido una buena idea. Pero tampoco una catástrofe, como se

apresuró a convencerse.

La Unidad de Homicidios jamás se enteraría de que había hablado con el reo.

Ahora tenía que ir a comprar helado de regaliz y a alquilar una película.

Hinde no tenía por qué darle ningún problema.

Al principio, Trolle no le quiso abrir. Sebastian lo oía moverse dentro del apartamento, pero tuvo que llamar al timbre más de cinco minutos para que su antiguo colega se acercara a la puerta y la entreabriera con mucha cautela. Un ojo inyectado en sangre y de mirada intensa lo contempló a través de la rendija. Detrás de la cabeza de Trolle, el apartamento estaba a oscuras, sumido en una negrura tan absoluta que no se distinguía ningún detalle. Un olor a encierro, a polvo y a basura acumulada inundó el rellano y se propagó por la escalera.

—¿Qué pasa?

—¿Estabas durmiendo?

—No, ¿qué pasa?

—Quiero hablar contigo.

—Estoy ocupado.

Trolle empezó a cerrar la puerta, pero Sebastian introdujo justo a tiempo la punta del zapato en la abertura. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía. Nunca había interpuesto el pie para impedir que otra persona cerrara una puerta. Lo había visto cientos de veces en las películas, pero no lo había hecho nunca en la vida real. Alguna vez tenía que ser la primera.

—Te va a gustar lo que voy a decirte. —Sebastian hizo una pequeña pausa y decidió ofrecerle algún incentivo más a su antiguo compañero—. Tengo dinero.

La puerta se abrió un poco más y la luz del rellano iluminó la cara del hombre. Había envejecido mucho. Debía de tener casi sesenta años, pero aparentaba diez años más. Llevaba el pelo entrecano completamente despeinado. Iba sin afeitar, estaba demacrado y apestaba a una mezcla de tabaco y alcohol. Incluso cuando trabajaba, Trolle ya tenía cierta propensión a beber más de la cuenta, y ahora, quince años más tarde, sin trabajo ni familia, parecía como si no hiciera otra cosa aparte de beber. Vestía camiseta blanca raída y calzoncillos bóxers. Iba descalzo y las uñas de los pies estaban amarillentas, ganchudas y demasiado largas. No sólo había envejecido. Se había hundido.

—No me interesa el dinero.

—Puede que no, pero tampoco hace ningún daño.

—¿Cuánto tienes?

Sebastian sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y extrajo todo lo que tenía: varios billetes de cien y uno de veinte.

—No lo hago por dinero —dijo Trolle cuando tuvo los billetes en la mano.

—Ya lo sé.

Sebastian asintió. A menos que Trolle hubiera cambiado por completo en los últimos años, lo que había dicho era cierto. No hacía nada por dinero. Tampoco solía rechazar un ingreso extra, ni siquiera cuando era policía, pero el beneficio económico nunca había sido su motor para actuar.

Lo que de verdad le gustaba era joder a la gente.

Destruirla.

Trazar un plan, esperar, reunir información, dirigir el curso de los acontecimientos y, al final, convertir la vida del prójimo en un infierno.

Ésa era la verdadera motivación de Trolle: la sensación de transformar a los demás en marionetas. El dinero era solamente un incentivo añadido.

—¿Me dejas pasar? —preguntó Sebastian mientras se guardaba la cartera.

—Entonces ¿has cambiado de idea? —Trolle soltó una carcajada que despertó ecos en toda la escalera; pero, en lugar de abrir la puerta, apoyó la cara contra la estrecha abertura hasta llenarla con sus facciones—. ¿Así que necesitas al bueno de Trolle, después de todo?

Sebastian hizo un gesto afirmativo y se echó un poco hacia delante para seguir conversando con más discreción.

—Sí, pero no quiero hablarlo aquí fuera.

—Tú nunca has sido tímido, así que puedes hablar desde ahí.

Lo dijo con una sonrisa ancha, lobuna y casi desafiante. Cansado, Sebastian contempló al hombre que lo miraba con expresión burlona. Trolle siempre había sido una persona difícil, pero con los años y el alcohol debía de haber empeorado. Durante un breve y sobrecogedor instante, Sebastian se vio a sí mismo en la rendija de la puerta. Así habría acabado él si hubiera seguido bebiendo, si se hubiera habituado a las drogas embrutecedoras que había probado durante el primer año después del tsunami, si no tuviera a Stefan, si no hubiera encontrado a Vanja... De repente, todo se volvió mucho más importante. Estaba únicamente a cuatro condicionales de convertirse en Trolle Hermansson, un hombre que ya no tenía nada que perder, porque lo había perdido todo.

—Quiero que llegues hasta el final, que averigües todo lo que puedas sobre toda la familia. También sobre la madre. Se llama Anna Eriksson...

—Ya sé cómo se llama —lo interrumpió Trolle, que a continuación hizo una inspiración profunda y un poco ruidosa, y se rascó la barba incipiente, como reflexionando acerca de la propuesta—. Muy bien —dijo por fin—. Pero tienes que decirme el motivo.

—¿El motivo de qué?

Sebastian creía saber la respuesta, pero esperaba equivocarse.

—¿Qué tiene la familia Eriksson-Lithner que la hace tan especial? ¿Por qué sigues a la hija? Es demasiado joven incluso para ti.

—No me creerías.

—Inténtalo.

—No.

Trolle intercambió una mirada con Sebastian y comprendió que su negativa no era negociable. Esperaba poder descubrirlo durante la investigación. De hecho, Trolle ya había

decidido aceptar el encargo, pero quería aprovechar un poco más el momento de incomodidad manifiesta que la situación provocaba en Sebastian.

—Me caías bien, Sebastian. Yo era el único que te tenía simpatía. Cuando me llamaste, te dije que sí porque te tengo aprecio. —Trolle fijó en Sebastian sus ojos enrojecidos, con una expresión que podía interpretarse como de amarga súplica—. Los amigos se cuentan sus secretos, ¿sabes?

—No me dijiste que sí porque me tengas aprecio, sino porque viste la oportunidad de arruinarle la vida a algún desgraciado. Es lo único que te estimula. Te conozco, Trolle. A mí no me engañas. ¿Aceptas el encargo?

Trolle volvió a reírse, pero esta vez de manera más natural y menos afectada.

—No te caigo bien. Has recurrido a mí porque no tienes a nadie más a quien recurrir.

—Tú tampoco.

Los dos hombres se quedaron mirándose en silencio. Al cabo de un rato, Trolle le tendió la mano a Sebastian, que tras un momento de duda se la estrechó. Tenía la palma húmeda y fría. Pero el apretón de manos fue firme y fuerte.

—Aunque no lo hago por la pasta, tampoco trabajo gratis.

—¿Cuánto quieres?

—Mil. Precio especial para perdedores.

Después, Trolle cerró la puerta. Desde el interior del apartamento, se oyó su voz:

—Llámame dentro de unos días.

A continuación, silencio. Sebastian se dio la vuelta y bajó lentamente los dos pisos.

Annette Willén adoraba esas noches. A las tres de la tarde ya empezaba a prepararse mentalmente. El ritual siempre era el mismo. Lo primero era una larga ducha caliente durante la cual se lavaba el pelo y se frotaba el cuerpo con el jabón exfoliante de albaricoque que había comprado en The Body Shop. Después se secaba un momento al aire, en el caluroso ambiente del baño, antes de aplicarse sobre la piel apenas húmeda la loción hidratante de la farmacia. Había leído en algún sitio que si utilizaba la loción cuando todavía tenía la piel mojada la humedad quedaría atrapada en el cuerpo y la acción sería más profunda. A continuación, se ponía el albornoz y se dirigía descalza a la habitación que hacía las veces de dormitorio y cuarto de estar. En realidad, el apartamento tenía un dormitorio que habría podido ser suyo; pero era la habitación de su hijo y, aunque él ya se había ido de casa, prefería no apropiárselo. El dormitorio era su última esperanza de que algún día regresara.

De que volviera a necesitar la habitación.

De que volviera a necesitarla a ella.

Si hubiera trasladado sus cosas, su partida le habría parecido más definitiva y auténtica.

El siguiente paso era abrir el armario y empezar a elegir con mucho cuidado blusas, faldas, vestidos y pantalones. En una ocasión, incluso había sacado el traje que había comprado bastante tiempo atrás para una entrevista de trabajo a la que al final no había acudido. Pero el pobre destacaba como un invitado inseguro y exageradamente bien vestido en una cena informal, por lo que después de aquella breve aparición, lo había dejado en el armario y no había vuelto a sacarlo. A continuación, extendía las distintas prendas sobre la cama y, si no cabían todas, colocaba algunas sobre el sofá de tres cuerpos o sobre la mesa baja. Después se situaba en el centro de la habitación y contemplaba los distintos colores, formas y tejidos esparcidos frente a ella. Se sentía al mando. Fuera de su apartamento era tal vez una mujer insignificante, pero allí dentro era quien tomaba las decisiones. Tenía toda su vida ante ella, una vida que pronto empezaría a tocar y a probar.

Cuando sentía que estaba lista, salía al vestíbulo, descolgaba el espejo, lo llevaba al salón-dormitorio y lo apoyaba contra la pared. Retrocedía unos pasos y se miraba, recién duchada y envuelta en el albornoz rosa quizá demasiado corto que le había regalado su hijo el día de su cuadragésimo cumpleaños. Siempre se asombraba de cuánto había envejecido. No era solamente el pelo, menos denso y vital. Era toda ella en su conjunto. Hacía mucho que había dejado de mirarse desnuda al espejo. Era demasiado deprimente contemplar las huellas del paso del tiempo. No se avergonzaba de su cuerpo. Siempre había tenido curvas y nunca había padecido problemas

de sobrepeso. De hecho, todavía era delgada, tenía las piernas esbeltas y sus pechos se mantenían redondos y firmes; pero su piel se iba volviendo más pálida y mustia con cada año que transcurría, como si poco a poco se fuera marchitando, como un melocotón dejado demasiados días al sol. Y por muchos productos antienvejecimiento, antiarrugas o exfoliantes que utilizara, el resultado era el mismo. Esa constatación la asustaba, sobre todo porque sabía que el paso del tiempo no había hecho más que iniciar su larga tarea de desgaste. Aún le quedaba mucho por delante y sabía que un día se miraría al espejo y no se reconocería. Justo cuando estaba a punto de empezar a vivir.

A vivir en serio. De verdad.

Empezó a probarse la ropa, para ahuyentar esos pensamientos. Había que combinarlo todo con todo y explorar cada posibilidad. ¿Quién quería ser ese día?

Si quería ser más joven, podía ser la desaliñada chica en vaqueros y suéter demasiado grande, o elegir otra de temperamento más artístico, con vestido negro de falda corta y atrevidos detalles de encaje. Esta última chica le encantaba, sobre todo cuando se aplicaba el pintalabios más oscuro. Tenía la sensación de que la mujer vestida de negro habría sido todavía más fantástica si además de ponerse esa ropa se hubiera atrevido a teñirse el pelo de negro. Pero no tenía el coraje necesario. Y el traje lo requería. Por eso siempre lo descartaba. Y lo sustituía por la blusa blanca y la falda oscura, que creaban una impresión de mujer de negocios. También esa mujer le gustaba a Annette. Era intemporal, como a ella le habría encantado ser, pero sus exigencias también resultaban excesivas. Requería mejor peinado, mejor figura, mejor postura, mejor todo. Quizá más adelante. Muy pronto. La ropa iba y venía. La blusa negra con los pantalones blancos, los vaqueros con el suéter demasiado grande, el vestido con la chaqueta de punto... Annette disfrutaba descubriendo las diferentes identidades que la esperaban en la oscuridad del armario. Mujeres que salían a su encuentro en el espejo. Mujeres desconocidas, mejores que ella, fascinantes... Nunca Annette. Siempre otras. Ése era el problema. Por mucho que le gustaran las mujeres que veía, nunca las dejaba cruzar la línea y salir del espejo. Poco a poco, la certeza y el juego eran reemplazados por la duda y el temor. Sus elecciones se volvían menos variadas y más cobardes. El ejercicio le ocupaba medio día y, como siempre, pasaba de las opciones más llamativas y multicolores a las que acababan rebajando su importancia y la de su ropa.

Al final, terminaba eligiendo entre las tres prendas que quedaban.

La blusa negra. La blusa blanca. O el jersey de cuello alto.

Siempre con vaqueros.

Stefan sabía dónde buscar a Sebastian. Los alrededores más inmediatos del edificio de la policía y de la casa de Vanja eran los lugares que aparecían con más frecuencia en sus conversaciones, por lo que decidió empezar por ahí. Como ya eran más de las ocho, el edificio de la policía parecía el lugar menos probable. Una llamada rápida al teléfono de información le permitió averiguar que había una Vanja Lithner domiciliada en el número 44 de Sandhamnsgatan, por lo que Stefan dejó que el GPS del coche lo guiara hasta allí. Empezaba a ir corto de tiempo, ya que el grupo se reunía a las nueve. En realidad, estaba actuando en contra de sus principios. Todo debía basarse en la libre elección. Cada persona debía decidir por sí misma si quería participar. Era importante que así fuera. Pero Sebastian era diferente. Era como si sus conocimientos fueran un obstáculo para él, como si deliberadamente tomara las decisiones erróneas. Ya se había encontrado con ese tipo de pacientes en ocasiones anteriores. La mayoría de las veces, los dejaba ir. Pero Sebastian en cierto modo era un amigo, por muy compleja que fuera su relación. A veces, las circunstancias obligaban a saltarse los principios. Porque si Stefan dejaba que Sebastian se marchara, ¿quién iba a ayudarlo a frenar su caída libre?

Aparcó a cierta distancia del número 44 y empezó a caminar. Miró la agradable zona residencial a su alrededor. Los edificios estaban dispuestos en hileras, pero no demasiado cerca unos de otros, con manifiesto respeto a la naturaleza que llegaba hasta sus puertas. Delante del portal del número 44 había varias bicicletas de adulto y de niño alineadas sobre un soporte. Stefan se detuvo y estudió el panorama, tratando de determinar qué sitio elegiría si se propusiera vigilar uno de los apartamentos de ese edificio sin que lo vieran. Se dijo que lo mejor sería buscar un lugar retirado de la calle y tan discreto como fuera posible. Detrás del edificio había una especie de promontorio, cubierto de vegetación frondosa, que protegía de las miradas. Enseguida comprobó que había acertado al ver a Sebastian Bergman, con expresión demudada, que aparecía de pronto detrás del árbol más grande.

—¿Qué haces tú por aquí? —gruñó.

Stefan tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una carcajada cuando vio al hombre que lo miraba fijamente detrás de los arbustos, con furia en los ojos. Parecía un adolescente al que hubieran pillado fumando en secreto.

—Quería verte en tu nuevo medio natural.

—Basta ya. Vete de aquí antes de que te vea alguien.

Stefan negó con la cabeza y se situó en un lugar todavía más visible, retrocediendo unos pasos hacia el césped que se extendía delante de Sebastian.

—No me iré sin ti. Tu terapia de grupo empieza dentro de media hora.

Sebastian lo miró con más rabia todavía.

—¿Ya no respetas ninguna regla? ¿No has oído hablar de la libre elección de los pacientes?

—Esa regla no se aplica a los hombres de mediana edad que pasan el día agazapados entre los árboles, espiando a jovencitas que consideran hijas suyas. ¿Vienes?

Sebastian negó con la cabeza. Estaba vacío por dentro. Su mundo le parecía cada vez más frágil. Se sentía avergonzado y desnudo, y nada le habría gustado más que responder con firmeza. Pero, al mismo tiempo, el hombre que tenía delante le permitía verse a sí mismo con los ojos de otra persona y, por mucho que manipulara la verdad, la realidad seguía siendo la misma.

Había ido a ver a Trolle.

Había vuelto a espiar a Vanja.

No podía caer más bajo.

—Por favor, Stefan. Vete. Déjame en paz.

El psicólogo abandonó el césped y se adentró en el pequeño mundo boscoso donde se escondía Sebastian. Le cogió una mano.

—No he venido para estresarte ni para que te sientas mal. He venido por ti. Si de verdad quieres que me vaya, me iré. Pero en el fondo sabes que tengo razón. Tienes que salir de todo esto.

Sebastian miró a su terapeuta y retiró lentamente la mano que éste tenía asida.

—No pienso participar en ninguna terapia de grupo. Todavía me queda un poco de dignidad.

—¿De verdad te queda un poco de dignidad? —Stefan lo miró con expresión seria—. Mira a tu alrededor, Sebastian. Mira dónde estamos.

Sebastian no intentó responder.

Ni siquiera él veía una salida.

—La semana pasada dije que trataría de ordenar el garaje para poder guardar otra vez el coche. Que tiraría un montón de cosas... ¿Creéis que lo he hecho?

El hombre que los demás llamaban Stig y que estaba sentado justo enfrente de Sebastian llevaba más de diez minutos hablando, y no parecía que fuera a terminar nunca. Seguía parloteando sin parar, como si su corpulenta humanidad contuviera un volumen infinito de palabras.

—No tengo fuerzas. No consigo hacer nada. Fregar los platos después de la cena o sacar la basura se me hace un mundo. Y ya sabéis lo que pasa cuando estamos así. No vamos a ninguna parte. A ninguna...

Sebastian asintió, pero no porque estuviera de acuerdo. Había clasificado al gordo como absolutamente falto de interés a los treinta segundos de escucharlo; pero pensaba que quizá un gesto afirmativo le haría comprender que ya lo habían entendido y que el grupo no necesitaba oír más ejemplos de su falta de iniciativa. El grupo. Una variopinta mezcla de individuos que según Stefan podía salvar a Sebastian. Cuatro mujeres y dos hombres, aparte de Stefan y de él mismo. Stig hizo una profunda inspiración y, cuando ya se disponía a proseguir su larga disertación, Stefan lo interrumpió. Sebastian se sintió enormemente agradecido, aunque seguía irritado con su psicólogo.

—Pero ya te han diagnosticado una depresión leve, ¿no es así? ¿Has ido a ver al médico para que te prescriba algún fármaco?

Stig negó con la cabeza, y durante un segundo pareció como si fuera a contentarse con eso. Pero enseguida hizo otra de las profundas inspiraciones que Sebastian estaba empezando a detestar.

El aire exhalado se convirtió en sonido.

Y el sonido en palabras.

Demasiadas palabras.

—No quiero atiborrarme de pastillas. Una vez lo intenté y tuve una reacción que...

Con un bostezo, Sebastian dejó de prestar atención a la cháchara de Stig. ¿Cómo lo hacían para aguantarlo los demás, sentados en silencio a su alrededor? ¿Se sentirían tan molestos como Sebastian o simplemente estarían esperando la oportunidad de hacer ellos mismos una inspiración profunda y soltar una parrafada interminable sobre sus vidas carentes de todo interés? ¿De verdad se preocupaban por los pequeños problemas de los demás? Sebastian intentó intercambiar con Stefan una mirada suplicante y cargada de ira, pero su terapeuta parecía del

todo concentrado en el discurso de Stig. Lo salvó una mujer menuda y casi invisible, con blusa blanca y vaqueros, sentada frente a él. La desconocida se inclinó hacia delante e interrumpió casi con un susurro el monótono soliloquio de Stig.

—Pero si te ayudan a ponerte en marcha quizá deberías probar otra vez las pastillas. No deberías avergonzarte de recurrir a las medicinas.

Los otros miembros del grupo reaccionaron con gestos y breves comentarios de aprobación. Sebastian no pudo distinguir si lo hacían por el alivio de que otra persona hubiera entrado en escena o porque realmente estaban de acuerdo con lo que acababa de decir la mujer de la blusa blanca. La observó un momento. Aparentaba más de cuarenta años, pero era imposible saber cuánto más. Era delgada, menuda, con pelo oscuro y poco abundante y maquillaje discreto. Vestía ropa sencilla y sobria, pero se había puesto un collar demasiado aparatoso con el que jugueteaba todo el tiempo. Sebastian notó que buscaba las miradas de los demás, antes de continuar, como si quisiera hacerse oír pero no se atreviera a dar un paso al frente. ¿Demasiado tiempo sojuzgada? ¿Habituada a quedarse callada? Le sonrió para darle ánimos e intentó captar su mirada, que de repente se había vuelto huidiza.

—Me identifico mucho con lo que dices —prosiguió ella—. Parece como si las cosas no dejaran de amontonarse, como si nunca llegaras a hacer nada...

Sebastian le siguió sonriendo, con una nueva sensación de que quizá la velada podía ser más provechosa de lo que había pensado en un principio.

—Así es, Annette —confirmó Stefan—. Cuando sientes que no avanzas, tienes que probar nuevas soluciones, ¿verdad? Es lo que has hecho tú, ¿no es así?

Annette asintió, corroborando la observación del psicólogo, y siguió hablando. Sebastian notó que la mujer se crecía con el estímulo y se atrevía a hablar más y a exponer más extensamente sus puntos de vista. Escuchándola, pensó que Stefan y ella debían de conocerse bien, porque en las palabras de la mujer reconocía las frases del terapeuta. El suyo debía de ser un tratamiento de larga duración. Un paciente que lleva mucho tiempo en terapia empieza a hablar como su psicólogo. Las palabras de aliento de Stefan y su manera familiar de dirigirse a ella confirmaban su teoría. La pequeña e invisible Annette llevaba mucho tiempo en terapia. Sebastian sonrió para sus adentros. Stefan se preocupaba mucho por sus pacientes. Él mismo había tenido la prueba directa de esa debilidad de Stefan unas horas antes, cuando su terapeuta había ido a sacarlo de su escondite detrás de un árbol, junto al número 44 de Sandhamnsgatan.

Se preocupaba demasiado para ser un auténtico profesional.

Demasiado para que sirviera de algo.

La pequeña e invisible Annette era sin duda una de las personas por las que se preocupaba. Con toda probabilidad le tendría afecto. Sebastian lo notaba por la forma en que se dirigía a ella. Era el talón de Aquiles de Stefan.

Volvió a sonreírle a la mujer de pelo oscuro. Fantástico. De repente, todo encajaba. Ya sabía cómo demostrarle a Stefan que nadie podía meter impunemente a Sebastian Bergman en una terapia de grupo.

El grupo llevaba setenta y cinco minutos sentado en círculo cuando por fin llegó el momento del obligatorio café con bollitos, antes de la despedida. Stefan había concluido la reunión recitando varios tópicos bien escogidos sobre la capacidad curativa del contacto humano y de la participación en actividades sociales, y haciéndole ver a Sebastian, con una mirada, que no había colaborado en ninguno de los dos aspectos. Sebastian le respondió con un bostezo y después, cuando todos se levantaron de sus asientos, se dirigió rápidamente hacia la mesa del café y hacia la mujer de la blusa blanca. Stefan no tardó en entablar una animada conversación con Stig y con otro hombre más joven, que durante toda la velada se había empeñado en llamar al alcohol «la priva» y a su mujer, «la jefa» o «la parienta». A Sebastian le parecieron la compañía más adecuada para Stefan mientras él centraba la atención en Annette, que había pasado de largo junto a la mesa del café y parecía dispuesta a marcharse. Apretó el paso para alcanzarla.

Annette se estaba acercando a la salida, parecía dudar si debía irse o no. Normalmente se quedaba, porque el café con bollitos le parecía la conclusión perfecta de sus reuniones. Ella era la más veterana del grupo. Una persona importante. Una auténtica profesional de la terapia de grupo, como le había dicho una vez Stefan. Aunque se lo había dicho en broma, el comentario había seguido resonando durante varias semanas en sus oídos.

¡Ella!

Una profesional.

Nadie se lo había dicho nunca en ningún otro sitio. Ahí estaba su lugar y ella lo sabía. Siempre que se hallaba sentada en el círculo, se atrevía a participar, a opinar y a intervenir, y después, mientras bebían el café, disfrutaba analizando las observaciones de los otros participantes y haciéndoles comentarios positivos sobre sus aportaciones. Pero esa noche era diferente. Estaba el nuevo, el hombre que se había sentado frente a ella. Su mirada la había impresionado. Al principio le había dado miedo, pero después había despertado su curiosidad. Cuando la miraba, era como si pudiera ver su verdadero yo. No podía describirlo de otra manera. Y cuando había empezado a hablar, él la había escuchado, le había prestado atención. Pero no de una manera despreciativa, sino llena de deseo. Como si la estuviera desnudando con la mirada, pero no de un modo sexual, sino intelectual. Era una sensación que habría sido incapaz de describir con palabras. Nunca había sentido nada igual.

Él la miraba. Y la veía de verdad.

Era a la vez emocionante y terrible. Por eso, cuando Stefan había puesto fin a la sesión, Annette decidió volver directamente a su casa. Pero enseguida se dio cuenta de que sus pasos hacia la salida no eran tan presurosos y decididos como deberían. Una parte de ella quería quedarse un rato más y volver a sentir esa mirada. La otra sólo quería huir. Con el rabillo del ojo, vio que el hombre iba hacia ella. Seguro de sí mismo. Decidido. Quería hablarle. Lo notó enseguida. Tenía que estar preparada, porque sabía que se arrepentiría si no conseguía articular por lo menos unas pocas palabras. El hombre no había hablado en toda la reunión. Pero entonces habló.

—¿No te quedas a tomar un café?

Su voz era preciosa.

—No sé... Es que...

Annette trató de pensar con rapidez. No quería parecer hostil, pero tampoco indecisa o vacilante. Deseaba quedarse a tomar el café. Ya lo había decidido, pero ¿cómo decirlo? Después de todo, el hombre la había abordado cuando prácticamente tenía un pie en la calle.

—Ven, seguro que todavía tienes tiempo de tomar un café y uno de esos bollitos industriales.

Con su comentario la salvó. Había notado que se marchaba y estaba intentando convencerla para que se quedara. Casi habría sido una descortesía negarse. Le sonrió agradecida.

—Sí, seguro que sí.

Volvieron juntos a la mesa donde estaba servido el café.

—Me llamo Sebastian Bergman —dijo el hombre tendiéndole la mano.

Annette se la estrechó de una manera que a ella misma le pareció torpe. Su mano le transmitió una sensación de calidez y su sonrisa le pareció más cálida aún.

—Annette Willén. Encantada.

Toda su torpeza pareció desvanecerse en cuanto él retuvo su mano un poco más de lo necesario. Cuando la miraba, se sentía mucho más que observada. Era como si ese hombre fuera capaz de ver a la mujer que ella deseaba ser.

—No has hablado mucho esta noche —observó ella mientras él le servía el café.

—¿He hablado algo? —replicó él con una sonrisa.

Annette negó con la cabeza.

—No, creo que no.

—Se me da mejor escuchar.

—Eso no es muy habitual. Venir aquí a escuchar, quiero decir. Casi todos vienen a contar su historia —dijo Annette separándose una pasos de la mesa para que nadie los molestara.

Sebastian la siguió, demostrando una vez más su interés.

—¿Cuánto hace que estás en el grupo?

Annette consideró un momento si debía decirle la verdad: que ni siquiera lo recordaba. No, le habría parecido patético. Se habría apresurado a juzgarla y se habría llevado una falsa impresión de ella. Decidió mentirle. Sólo sobre el tiempo que llevaba en el grupo.

—Unos seis meses, más o menos. Me divorcié, perdí el trabajo y al poco tiempo mi hijo conoció a una chica y se mudó a Canadá. Me quedé en una especie de... vacío.

Le había contado demasiado, y demasiado pronto. El hombre no le había preguntado por qué iba a la terapia, sino cuánto tiempo hacía que iba. Annette se encogió de hombros, como para restar importancia a sus problemas.

—Necesitaba hablar, eso es todo. Pero ya me estoy reponiendo —añadió enseguida—. Hay que seguir adelante, ¿verdad? —precisó con una sonrisa.

Sebastian volvió la vista hacia Stefan, que seguía enfrascado en su conversación con los dos hombres. Se demoró un momento mirándolo y, de repente, Annette tuvo la sensación de que ya se había cansado de ella y de que estaba buscando una excusa para disculparse y despedirse. Empezó a respirar pesadamente, al borde del pánico. La sensación surgía del más profundo de sus miedos: la idea de que, hiciera lo que hiciese y por mucho que lo intentara, estaba condenada a la soledad.

Pero entonces él se volvió hacia ella y exhibió otra vez su encantadora sonrisa.

—¿Y tú por qué has venido? —continuó Annette, en un tono que ella misma percibió como espontáneo y natural.

—Me lo ha aconsejado Stefan. Pensaba que podría serme útil.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

Sebastian miró a su alrededor antes de contestar.

—Creo que todavía no hemos llegado a ese punto en nuestra relación.

—¿No?

—No, pero quizá podamos alcanzarlo.

El carácter directo de su respuesta la sorprendió. Y a la vez la alegró.

—¿Te refieres al grupo?

—No, me refiero a ti y a mí.

Su seguridad y su confianza le resultaban fascinantes.

Sintió que no podía reprimir una sonrisa mientras lo miraba con valentía a los ojos.

—¿Estás flirteando conmigo?

—Un poco. ¿Te parece mal?

—La gente no suele venir aquí a ligar.

—Me alegro. Habrá menos competencia —respondió él al mismo tiempo que daba un pequeño pero ostensible paso para acercarse a ella.

Annette percibió el aroma de su loción para después del afeitado.

—Sin embargo, si te parece que mi conducta no es apropiada, puedo marcharme ahora mismo —añadió Sebastian bajando la voz.

Annette aprovechó la ocasión. Le tocó el hombro y enseguida notó que hacía mucho tiempo que no tocaba a ningún ser humano.

—No, no hace falta que te vayas. Pero quiero que sepas que a mí también se me da bien escuchar.

—No lo dudo. Pero no me apetece hablar.

Esta vez, ella tampoco desvió la mirada. Su desenvoltura la volvía audaz.

Sebastian saludó a Stefan con una inclinación de la cabeza cuando pasó a su lado con Annette de camino a la salida.

Demasiado fácil.

Pero era lo que había.

Cogieron un taxi y empezaron a besarse a los pocos minutos. Los besos de Annette eran cautelosos. Se resistía a usar la lengua. Se sentía torpe e insegura, y se daba cuenta de que él lo notaba. Sabía que no lo estaba besando bien. Pero a la vez quería y no quería seguir. Una parte de ella se negaba a creer que el hombre que le estaba acariciando el cuello realmente la deseaba. Temía que en cualquier momento interrumpiera los besos para mirarla, pero no con anhelo, ni con pasión, sino con frío desprecio. Su sonrisa se transformaría en un rictus maligno y le preguntaría si de verdad había pensado que podía ofrecerle algo. Él mismo le daría la respuesta: no, no podía darle nada. Si ella no se entregaba, aún podría convencerse de que ese hombre

tampoco era importante para ella. No sufriría tanto cuando él la abandonara. La estrategia ya le había funcionado en otras ocasiones.

Sebastian notó que Annette se ponía rígida cuando deslizaba la mano por su cuerpo. Pero no rechazaba las caricias. «Una neurótica sexual», pensó con agobio, y por un momento se preguntó si no sería mejor despedirse y bajarse del taxi. Pero había algo atractivo en ella. Su vulnerabilidad lo excitaba, le hacía olvidar la suya propia y le alimentaba el ego. Le importaba una mierda que no fuera capaz de relajarse y disfrutar. No era por ella que estaba en el taxi. Ella era sólo una distracción.

Un final aceptable para un día apestoso.

Y en parte una venganza.

Volvió a besarla.

El apartamento estaba en Liljeholmen, a cinco minutos del nuevo centro comercial con vistas a la autopista de Essingeleden. Sólo cuando estuvieron en su casa ella empezó a relajarse un poco. El cuarto de estar era un caos, con ropa dispersa por todas partes. Annette se disculpó, recogió rápidamente las prendas de la cama y salió corriendo de la habitación, con la ropa en brazos.

—No es necesario que te pongas a arreglar la casa por mí —dijo Sebastian mientras se sentaba en la cama y se quitaba los zapatos.

—No sabía que iba a tener visitas —la oyó responder.

A su alrededor, vio un cuarto de estar corriente, con varios detalles que revelaban algunas cosas acerca de su propietaria. Para empezar, una cama individual de modelo grande, arrimada contra la pared, debajo de la ventana. Sebastian había visto otra habitación en el piso. ¿Por qué no dormía allí Annette? Le había dicho que vivía sola y en el buzón había un único nombre.

Otro detalle era la colección de peluches en las estanterías. Animales de todos los tamaños y colores: osos, tigres, delfines, gatos... Peluches y un exceso de cojines, mantas y cobertores. Toda la habitación hablaba del anhelo de seguridad y del deseo de construirse un capullo blando, mullido y agradable, donde la cruda y fría realidad no pudiera colarse. Sebastian se vio en el espejo apoyado contra la pared. Annette acababa de abrirle la puerta a la cruda y fría realidad. Pero todavía no lo sabía.

Sebastian se preguntó qué habría pasado en su vida para que tuviera tan poca confianza en sí misma y una necesidad tan exagerada de seguridad. ¿Un trauma infantil, una mala relación, una decisión errónea? ¿Algo más grave, quizá? ¿Una historia de abusos, una relación enfermiza de verdad con los padres? No lo sabía y tampoco tenía ganas de averiguarlo. Sólo quería sexo y unas horas de sueño.

—¿Te importa que me lleve el espejo a otro sitio? —preguntó mientras lo levantaba.

No le gustaba la idea de verse reflejado en la cama con esa mujer en una habitación que casi le daba miedo. Había perdido todo deseo de creatividad sexual y prefería meterse con ella debajo de las mantas y apagar la luz antes de hacer nada.

—Déjalo en el vestíbulo —dijo ella, desde un lugar que probablemente era el baño—. Lo

pongo ahí cuando me pruebo ropa.

Sebastian lo sacó al vestíbulo y enseguida encontró la alcayata de la que solía colgar.

—¿Te gusta la ropa? —inquirió Annette.

Sebastian se volvió al oír su voz. Estaba cambiada. Llevaba un ceñido vestido negro con detalles de encaje y se había puesto pintalabios oscuro. Parecía otra mujer. Una mujer de las que no pasan desapercibidas.

—A mí me encanta —prosiguió ella.

Sebastian asintió.

—Ese vestido te sienta bien. Realmente muy bien.

Lo decía en serio.

—¿De verdad? Es mi favorito.

Dio un paso al frente y lo besó. Con lengua. Sebastian le devolvió el beso, pero ahora era ella quien tomaba la iniciativa. La dejó seguir y ella no se echó atrás. Intentó quitarle el vestido, para sentir aquel cuerpo contra el suyo, pero ella se resistió. Quería conservarlo. Sebastian comprendió que debía de ser importante para ella.

Hacer el amor con el vestido puesto.

Ursula estaba leyendo por tercera vez las últimas páginas del informe preliminar de la autopsia de Katharina Granlund cuando Robert Abrahamsson golpeó el marco de la puerta de la sala y asomó la cabeza por la abertura. De todos sus superiores, era el que le caía peor.

—¡Oye, a ver si empezáis a ocuparos de vuestros putos asuntos de una puñetera vez!

Ursula levantó la cabeza de sus papeles y lo miró con el ceño fruncido.

—¡Los periodistas ya me están llamando a mí! Dicen que vosotros no les cogéis el teléfono.

Ursula contempló irritada al hombrecito que lucía un bronceado demasiado oscuro y una americana un poco más ajustada de lo aconsejable. Detestaba que la interrumpieran, y más todavía si el que la interrumpía era el fanfarrón de Robert Abrahamsson. Aunque tuviera razón. Por eso su respuesta fue tan breve como pudo.

—Díselo a Torkel. Él tiene mano con la prensa. Ya lo sabes.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Búscalo.

Ursula volvió a fijar la vista en el informe, con la esperanza de que el gesto fuera lo bastante elocuente para que Robert lo comprendiera y se marchara. Pero, en lugar de eso, dio unos cuantos pasos decididos hacia ella.

—Imagino que tendrás cosas muy importantes que hacer, Ursula, pero cuando la prensa empieza a llamarme a mí por un caso vuestro, sólo puede haber dos explicaciones. O bien vuestra comunicación con los periodistas no es suficientemente fluida, o bien los periodistas han encontrado una conexión que quieren explotar. En este caso, me temo que son las dos cosas.

Ursula lanzó un suspiro de hartazgo. Ella era la persona del equipo que prestaba menos atención a los periódicos. Prefería eludir el contacto con cualquier información que pudiera perturbar su capacidad de interpretar de forma racional las pruebas. Aun así, se daba cuenta de que la novedad no era particularmente buena. La Unidad de Homicidios quería evitar tanto como fuera posible que la prensa relacionara las muertes de las tres mujeres y empezara a publicar titulares a toda página sobre un asesino en serie en Estocolmo. Uno de los principios estratégicos de Torkel era reducir al mínimo las especulaciones. Cuando la prensa entraba en escena y los periodistas salían a la caza de exclusivas, podía pasar cualquier cosa, sobre todo dentro de la propia policía. El caso se convertía de repente en un asunto político, y la política podía ser una influencia nefasta en una investigación policial. Enseguida surgía la necesidad de «dar una respuesta enérgica» y de «conseguir resultados», y todos empezaban a prestar menos atención a las pruebas y más a las presiones de las altas esferas.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó Ursula—. Dame los teléfonos y yo me encargaré de que Torkel les devuelva las llamadas.

—Sólo uno. De momento. Axel Weber, del *Expressen*.

En cuanto oyó el nombre, Ursula se recostó en la silla y miró a Abrahamsson con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Weber? Entonces debe de haber una tercera explicación para que te haya llamado justamente a ti, ¿no?

Robert se sonrojó y apuntó a Ursula con el dedo, en un gesto que lo hizo parecer un maestro de escuela en una película de los años cincuenta.

—Ya sabes que aquello fue un malentendido. El director de la Policía Nacional aceptó mis explicaciones.

—Debe de haber sido el único que las aceptó. —Ursula volvió a inclinarse hacia delante, con una expresión mucho más seria—. Le filtraste información a Weber en un caso de homicidio.

Robert la miró desafiante. No pensaba darle la razón.

—Puedes pensar lo que quieras. Estamos en el siglo XXI y tenemos que acostumbrarnos a trabajar con la prensa, sobre todo en los casos más complicados.

—Sobre todo si a cambio de la molestia publican tu foto en la página siete y te presentan como un héroe. —Ursula se interrumpió e hizo una pausa. Sintió que estaba a punto de ponerse desagradable y grosera, y que no podría evitarlo—. Esa americana que llevas es la misma de la foto, ¿no? Antes te sentaba mejor, porque estabas más delgado. Tienes que cuidar un poco más la dieta. Ya sabes que las cámaras añaden por lo menos cinco kilos.

Robert se desabrochó la americana mientras la rabia le hervía la sangre. Por un momento, pareció que se preparaba para contraatacar, pero consiguió controlar la indignación y se encaminó hacia la puerta.

—Sólo quería que lo supierais.

Ursula tampoco se dio por vencida.

—Has sido muy amable, Robert. Y si más adelante resulta que Weber tiene información reservada sobre este caso, ya sabremos de dónde la ha sacado.

—Yo no sé nada de vuestro caso.

—Estás aquí. Has visto la pizarra.

Robert dio media vuelta y se marchó hecho una furia. Ursula lo oyó recorrer indignado el pasillo y perderse detrás de la puerta de vidrio. Entonces se levantó del asiento, se acercó a la puerta y asomó la cabeza para ver si realmente se había marchado. Después salió de la sala y dio una vuelta por las oficinas, que en principio deberían estar desiertas. Quizá no fuera importante, pero quería darle a Torkel la posibilidad de actuar cuanto antes. Su despacho se hallaba vacío. Su chaqueta no estaba colgada del perchero y su ordenador estaba apagado. ¿Qué hora sería? Sacó el móvil y lo miró. Las 23.25. Tenía que llamar a Torkel. Pero se resistía a hacerlo. Era una reacción estúpida, patética y ridícula.

Aun así, se resistía a llamarlo.

Una cosa era encontrarse con él todos los días en la oficina y trabajar juntos en las investigaciones, pero llamarlo a su casa a esas horas de la noche era otra cosa del todo distinta.

Era ilógico, pero sabía la razón. Le daba mucha rabia el solo hecho de pensarlo.

Habitualmente, cuando lo llamaba por las noches no era para hablarle de trabajo, a menos que se hubiera descubierto un nuevo asesinato o hubiera aparecido una prueba importante en una investigación en curso. Pero no había pasado nada de eso. Lo de Weber podía decírselo a Torkel al día siguiente. Cuando lo llamaba por las noches era para invitarlo a su habitación de hotel. O para preguntarle si podía ir a la suya. Lo llamaba cuando lo necesitaba. Por eso dudaba. ¿De verdad lo había necesitado alguna vez? En los últimos tiempos había empezado a preguntárselo. Le había resultado más fácil de lo que creía poner fin a su relación clandestina, e incluso al principio se había sentido liberada. Todo le había parecido más sencillo. Se concentró en su relación con Mikael y olvidó la otra. Torkel era un buen profesional, por lo que su relación como compañeros de trabajo no sufrió ningún cambio. Seguían trabajando muy bien juntos. Al comienzo notaba a veces las miradas de Torkel, pero como ella no se las devolvía, se fueron volviendo cada vez menos frecuentes. Eso la reafirmaba en su convencimiento de que estaba haciendo lo correcto.

Pero seguía pensando en él.

Cada vez más.

Ursula volvió a la sala, recogió el informe de la autopsia y el resto de sus cosas y bajó en ascensor al garaje. Ya no le apetecía quedarse trabajando hasta tarde. Tenía que quitarse de encima el problema de Weber y pasarle a Torkel el dolor de cabeza. Eran sus normas en lo referente a las relaciones con la prensa: tenían un solo portavoz y siempre era Torkel. En otros departamentos había personas que se encargaban de esa función, pero Torkel no había querido que fuera así en el suyo. Prefería mantener un control total.

Las luces del garaje se encendieron automáticamente cuando Ursula abrió la pesada puerta metálica para encaminarse hacia su coche, aislado en medio del amplio recinto. Solitario.

En medio de la noche, en pleno verano.

Abrió la puerta, se sentó, insertó la llave y la hizo girar. El motor respondió de inmediato.

No quería llamar a Torkel. Por la noche no. Le recordaba demasiado el pasado. Los hoteles en otras ciudades. Torkel la interpretaría mal. Pensaría que lo llamaba por otra cosa. Apagó el motor y se quedó quieta, pensando. ¿Tenía alguna importancia lo que creyera Torkel? Podía pensar lo que quisiera, pero ella tenía algo que decirle relacionado con el trabajo. Le contaría lo de Weber y nada más. Decidió enviarle un SMS. Sacó el móvil y escribió con rapidez:

Weber, del *Expressen*, quiere hablar con nosotros. Parece que ha llamado varias veces a R. A.

Envió el mensaje y dejó el teléfono sobre el asiento, pero siguió sin moverse. Pensó en lo que Mikael le había dicho unos días antes.

«Todo tiene que hacerse siempre en tus condiciones, Ursula. Todo.»

Era cierto y a la vez no lo era. Ella había hecho un esfuerzo para cambiar. Incluso había roto con su amante.

De entrada, no lo había hecho por Mikael, sino porque estaba enfadada y se sentía traicionada. Pero al final había asumido que era por Mikael, porque él se lo merecía. ¿O en realidad no era así? Se echó hacia atrás en el asiento y contempló el garaje vacío. Al cabo de un rato, se apagaron las luces. Funcionaban con sensores de movimiento, para ahorrar energía. Ursula permaneció inmóvil y prácticamente a oscuras; sólo brillaban las lucecitas verdes de emergencia, una en cada esquina del garaje, y la pantalla del móvil, apoyado en el asiento a su lado. En la oscuridad, el teléfono iluminaba de forma débil el interior del coche con su resplandor azulado. Después de un rato, se apagó también y la negrura fue completa. Las palabras de Mikael seguían resonando en su interior.

«En tus condiciones.»

«Siempre en tus condiciones.»

Pero ella realmente había intentado encontrar cierta armonía con su marido, llegar a un punto donde ambos pudieran poner condiciones. Escapadas de fin de semana. Cenas. Baños de espuma. Sin embargo, lo que para otros habría podido ser agradable, romántico y relajante, para ella era demasiado superficial, como había quedado claro en su último viaje a París. Habían caminado de la mano, hablando de cosas sin importancia. Habían dado largos paseos por románticos bulevares y por los alrededores del Sagrado Corazón, a la caza de rincones con encanto turístico. Habían buscado viejos restaurantes, con una guía demasiado antigua en la mano.

Todo lo que hace la gente en París.

Todo lo que hacen las parejas.

Pero ella no era así.

Ella era un objeto lleno de aristas en medio de un mundo blando, una figura geométrica que no encajaba en los contornos de lo que se consideraba una relación. Necesitaba distancia. También control. A veces necesitaba intimidad, pero sólo a veces. Y sólo cuando ella quería. Pero entonces la necesitaba intensamente. Era justo lo que había querido decir Mikael, que la conocía muy bien.

La luz del garaje se encendió, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos, y entonces vio a Robert Abrahamsson, que bajaba con un maletín en la mano. Incluso su manera de andar le resultaba irritante. Se movía con afectada agilidad, como si estuviera modelando la colección primavera-verano en una pasarela en lugar de estar buscando su coche en un garaje apestoso, pocos minutos antes de las doce de la noche. Se montó en un Saab negro, aparcado a cierta distancia del coche de Ursula, y se marchó. Ella esperó a que saliera, encendió el motor y arrancó.

Necesitaba llegar a casa antes de que fuera demasiado tarde.

Torkel reflexionó un momento sobre lo que convenía hacer respecto al mensaje de Ursula. Axel Weber era un buen periodista y, si estaba atento, no tardaría mucho en relacionar las tres muertes. Era posible que ya las hubiera relacionado. Se sentó delante del ordenador y consultó la web del *Expressen* para ver si había salido algo, pero la principal noticia seguía siendo la ola de calor. Para encontrar alguna referencia al último asesinato tuvo que bajar por la pantalla hasta el cuarto artículo.

No había nada aún. Pero Weber había preguntado por él. Habría sido más normal devolverle la llamada en horas de oficina, sin embargo era preferible averiguar qué había descubierto antes de que lo publicara. El periodista estaba entre sus contactos. Lo llamó y éste respondió enseguida.

—¿Diga?

—Hola, soy Torkel Höglund, de la Unidad de Homicidios. Me han dicho que quería hablar conmigo.

—Sí, me alegro de que haya llamado. Acabo de regresar de unas vacaciones adelantadas y... veo que tres mujeres han sido asesinadas.

Sin rodeos. Directo al grano. Torkel no dijo nada. Había estado de vacaciones. Por eso no había relacionado antes los asesinatos.

—Tres víctimas en menos de un mes, en Estocolmo y sus alrededores —prosiguió Weber ante la falta de respuesta de Torkel.

—Ajá.

—Por lo poco que he podido ver, las tres muertes parecen obra de un mismo asesino. Y, además, la Unidad de Homicidios está investigando... ¿Tiene algo que decir al respecto?

Torkel pensó con rapidez. Contaba con dos posibilidades: confirmar o abstenerse de hacer comentarios. Por norma, intentaban no mentir a la prensa, a menos que la investigación lo exigiera, y no era el caso. De hecho, ya tenía previsto convocar una rueda de prensa, ofrecer parte de la información y ver si de ese modo conseguían alguna pista. Algo nuevo. Pero necesitaba prepararse mejor y pensar más detenidamente qué datos le convenía hacer públicos. No quería revelar demasiados detalles. Por eso dijo:

—No haré ningún comentario.

—¿Confirma que se trata de un asesino en serie?

—No.

—¿Lo desmiente?

—No voy a hacer ningún comentario.

Torkel sabía que, para Weber, no desmentir y abstenerse de hacer comentarios era lo mismo que confirmar, pero nadie podría decir que Torkel había filtrado información a la prensa. Tampoco hacía falta. Había demasiados policías dispuestos a hacerlo por él. En su equipo no, pero en la casa había muchos. De hecho, había tantos que las filtraciones ponían en peligro la eficacia de los interrogatorios y los careos entre sospechosos.

Demasiada gente disponía de demasiada información antes de tiempo.

—Mañana a primera hora convocaré una conferencia de prensa.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrá si viene.

—Iré. Y también seguiré investigando con los datos que tengo.

—Ya lo sé.

—Gracias por llamar.

Torkel colgó el teléfono. Conferencia de prensa al día siguiente. Mejor hacerlo cuanto antes. Con Weber sobre la pista de sus casos era preferible dar la noticia, para conservar cierto control sobre la información publicada. Era siempre una cuestión de equilibrio. Si esperaban demasiado tiempo, podía surgir un molesto debate acerca de la seguridad pública y las razones de que la policía guardara silencio cuando sabía que un asesino en serie andaba suelto. Además, necesitaban que la ciudadanía aportara nuevas pistas. Torkel habría preferido tener líneas de acción más concretas e incluso algún sospechoso identificado antes de hacer públicos los detalles del caso, porque de ese modo la notoriedad haría avanzar la investigación en lugar de simplemente expandirla. Pero no era así. No tenían nada, ni habían llegado a ninguna conclusión. Con suerte, la atención de la prensa tendría una consecuencia favorable. Si de algo podía estar seguro Torkel era de que una persona en concreto leería todos los artículos, vería todos los informativos y seguiría todos los debates en cuanto saltara la noticia: el propio asesino en serie. El imitador. La notoriedad podía alimentar su orgullo, espolearlo y llevarlo a cometer errores.

Ojalá fuera así.

Torkel cerró la ventana del navegador y se desperezó. La jornada había sido agotadora.

Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Se puso a pensar en otras cosas. En sus hijas, en la casa del lago y en lo que haría con ella... cuando ninguna de las dos quisiera volver. Elin era la que más refunfuñaba por tener que pasar las últimas semanas de las vacaciones en la cabaña, pero pronto Vilma se sumaría a sus protestas. Ya había cumplido trece años. Hacía tiempo que Torkel esperaba con angustia ese momento, el día en que sus hijas se hicieran mayores de verdad y prefirieran quedarse con sus amigos y vivir su vida antes que pasar las vacaciones con su padre en una casita diminuta en Östergötland. Era natural. Para eso las habían educado, para que fueran personas independientes. Su educación había sido un éxito, pero eso no impedía que Torkel se entristeciera.

Y había algo más. No tenía a nadie que quisiera ir con él a la cabaña. Ni a ninguna otra parte. Yvonne tenía a Kristoffer. Tampoco pensaba pedirle que pasara dos semanas con él a orillas del lago Boren, pero el hecho de planteárselo le hacía ver todavía con más claridad que estaba solo. Completamente solo.

Torkel se levantó de su escritorio y notó que tenía las piernas entumecidas. Dio una vuelta por su apartamento. No le gustó lo que vio. Había más desorden que de costumbre y decidió ponerle remedio a pesar de lo tardío de la hora. Más que nada para disipar los pensamientos desagradables, pero también porque lo avergonzaba el caos. Era muy ordenado por naturaleza, pero los brutales asesinatos de las últimas semanas le habían consumido todo su tiempo. Solía ocurrir. Enseguida se notaba cuando el trabajo ocupaba toda su atención. En cuanto tenía entre manos un caso complicado de verdad, el estado de su apartamento se deterioraba de manera visible. Siempre había sido así, o en todo caso desde su divorcio. Cuando se había incorporado a la Unidad de Homicidios, las cosas habían mejorado bastante por una razón muy simple. Su equipo trabajaba en cualquier punto de Suecia donde fuera necesario. El grupo se había constituido como unidad especial de la Policía Nacional precisamente para ayudar a los cuerpos locales en la resolución de casos complicados de asesinato. Como consecuencia, Torkel salía a menudo de Estocolmo y pasaba la fase más intensa de las investigaciones en una habitación de hotel, por lo que el orden de su apartamento no se resentía. Pero en esta ocasión no era así. Los crímenes se habían producido en Estocolmo y no le habían dejado tiempo para ordenar la casa. Y ahora tenía que elegir entre poner un poco de orden o tratar de dormir.

Decidió empezar por la cocina. Los platos de la cena con sus hijas seguían en el fregadero desde la semana anterior, y sobre la encimera se amontonaban cartas y periódicos de varios días. Se puso enseguida manos a la obra y al cabo de media hora se dio por satisfecho con el estado de la cocina. Empezó entonces con el cuarto de estar. Limpió la mesa de centro y los sillones, y, cuando estaba a punto de examinar la correspondencia, llamaron a la puerta. Echó una mirada al reloj. Era tarde, por lo que espió por la mirilla antes de abrir.

Era ella.

Asombrado, le abrió. La saludó y se apartó para que entrara en el vestíbulo.

Lo primero que alcanzó a pensar fue que se alegraba de haber ordenado la casa, aunque sólo fuera un poco. Probablemente, a ella le habría dado igual, pero aun así se alegraba. Lo hacía sentirse mejor. Ella lo miró y siguió andando hacia el salón.

—¿Has recibido mi mensaje?

—Sí.

—Weber te está buscando.

—Ya lo sé. Acabo de hablar con él.

—Bien.

Torkel se acercó a la puerta del cuarto de estar y la miró. ¿Por qué estaba tan interesada en la llamada de Weber? Le había transmitido el mensaje y ahora el asunto estaba en sus manos. Pero se alegraba de que hubiera ido a verlo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que se quedara.

—Voy a convocar una rueda de prensa mañana por la mañana. Weber ha visto el vínculo.

—¿Con Hinde?

—No. De los tres casos entre sí.

—Perfecto.

Ursula asintió y volvió a salir al vestíbulo.

—Solamente quería asegurarme de que habías recibido el mensaje. Ahora me voy.

Era preciosa.

—Podrías habérmelo dicho por teléfono.

—No tenía batería —mintió, y se dio cuenta de que él lo había notado—. Me voy a casa.

Torkel no sabía qué decirle para que se quedara, ni ella sabía qué decir para quedarse. Por eso los dos permanecieron callados.

Inmóviles.

Él rompió el silencio. Intentó expresarse lo mejor que pudo; pero, como siempre, sus primeras palabras sonaron más triviales de lo que habría deseado.

—¿Cómo estás, Ursula?

Ella lo miró un momento y después se sentó en la silla blanca que casi nadie usaba nunca, junto a la puerta. Cuando habló fue más directa.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Con qué?

—Con lo nuestro.

—No lo sé.

Se maldijo por no ser capaz de decir lo que sentía y decidió que su siguiente respuesta sería más sincera. Totalmente sincera. Ella lo estaba mirando, pero él no sabía interpretar aquella mirada.

—Quizá debería pedir un traslado —dijo ella.

Una repentina oleada de ansiedad le hizo olvidar a Torkel su propósito de sinceridad.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué?

Las cosas no estaban saliendo como esperaba. Aun así, logró controlarse y se acercó a ella. Quizá sus manos pudieran expresarle lo que él no se veía capaz de decir.

—Estuve en París hace unas semanas.

—Ya lo sé. Con Micke.

—Fue muy raro. Hicimos todo lo que hace la gente en un fin de semana romántico. Pero cuanto más nos esforzábamos, más ganas tenía yo de volver a casa.

—No me extraña. Ese tipo de cosas no van contigo. Tú no eres así.

—¿Cómo soy?

Parecía sincera en su perplejidad. Torkel le sonrió y le cogió una mano. Notó que estaba fría, pero empezó a calentarse entre las suyas.

—Tú eres más... complicada. Nunca te conformas ni te estás quieta. Eres Ursula.

—¿Y siempre impongo mis condiciones?

No había razón para abandonar la estrategia de la sinceridad.

—Sí, siempre.

—¿Y a ti no te molesta?

—No, porque no creo que pueda cambiarte y ni siquiera estoy seguro de querer que cambies.

Ella lo miró y se levantó de la silla. Pero no para marcharse, sino para quedarse.

Después, cuando hacia las tres llegó a su casa, entró con sigilo en la habitación de Bella. A veces, su hija dormía allí cuando volvía de Uppsala y necesitaba un sitio donde quedarse por la noche. Ursula casi deseaba que Bella los hubiera sorprendido con una visita inesperada, pero el dormitorio estaba vacío. La última vez había sido varias semanas atrás, a principios de junio. Había pasado varias noches en esa misma habitación, con su novio Andreas, antes de seguir su viaje hacia Noruega, donde los dos pensaban trabajar en un restaurante durante el verano, para reunir dinero antes del comienzo de las clases en la universidad. Ursula hizo a un lado la ropa amontonada de Bella; se sentó en el sillón, al lado del escritorio, y se puso a contemplar la cama vacía y perfectamente hecha. En el estante debajo de la mesilla de noche estaba todavía la camiseta que Bella solía ponerse para dormir: una camiseta negra de Green Day, del concierto al que había asistido a los quince años. Ursula la había llevado en su coche y en el trayecto habían tenido una acalorada discusión sobre la camiseta y la conveniencia de comprarla. Ursula había insistido en que era demasiado cara y Bella había argumentado con la misma fuerza que para ella era absolutamente necesario e incluso esencial tenerla.

Era muy buena en todo, su hija. En la universidad, en el trabajo, en el voleibol, en todo... Ursula se veía reflejada en ella. Había sacado las mejores notas en la escuela y en el instituto, y siempre estaba con un libro en la mano, como si el saber de los libros fuera lo único necesario para entender la vida. Ursula sentía que debía hacer un esfuerzo para acercarse un poco más a su hija. Las dos eran muy parecidas, con las mismas virtudes y los mismos defectos. Sentía que quizá podía enseñarle algunas cosas. Por ejemplo, que los conocimientos no siempre son suficientes. Que ciertas cosas no se pueden estudiar, ni argumentar, ni deducir con la fuerza de la lógica. La intimidad con otras personas era una de esas cosas, tal vez la más difícil. Sin ella, sólo quedaba la distancia, el lugar ligeramente apartado del centro de la vida que Ursula conocía tan bien. Pero quizá fuera tarde para buscar ese acercamiento. Bella imponía en sus relaciones la misma distancia que ella, tal como se había hecho evidente en los últimos tiempos de su vida en casa de sus padres. Ursula se llevó la camiseta a la nariz y la olió. Aunque estaba recién lavada, aún era posible distinguir una lejana insinuación del olor de su hija. Pensó en las palabras que debería haberle dicho cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo, pero no le decía nunca:

«Te quiero. Ya sabes que no lo demuestro a menudo, pero te quiero».

Olió la camiseta por última vez y después la dejó en el estante bajo la mesilla de noche y se fue al baño.

Volvió a ducharse. Aunque ya lo había hecho en casa de Torkel, le pareció natural repetirlo, y aprovechó para lavarse los dientes. Con mucho cuidado, se deslizó en la cama, al lado de Mikael. Se acostó de lado y se puso a contemplar el pelo rizado y la nuca de su marido, de espaldas a ella. Parecía profundamente dormido. Se sintió más relajada. No estaba contenta, pero al menos estaba en paz. Sabía que siempre captaba fragmentos de la gente que la rodeaba.

Sólo fragmentos. Nunca la totalidad.

Y solamente devolvía fragmentos. No era capaz de nada más. Le pasaba como hacía un momento, en la habitación de Bella.

Quería mucho a su hija, pero se lo decía a su camiseta.

Sabine volvió a visitarlo en sueños. La tenía agarrada de la mano. Como siempre.

El agua arremolinada. La fuerza arrolladora. El estruendo. La soltó y la perdió. Se la llevó la ola.

Como siempre.

Sebastian se despertó sobresaltado. No sabía muy bien dónde se encontraba, como solía pasarle. Entonces vio a Annette, todavía con el vestido negro puesto. El pintalabios oscuro se le había emborronado y había dejado huellas en la almohada. Era muy guapa. No lo había notado el día anterior. Era como una flor que se abre por la noche, cuando nadie la ve. Por un momento, Sebastian pensó qué habría pasado si Annette hubiera podido ser solamente la mitad de esa mujer, cada vez que salía por la puerta para ir al encuentro del mundo. Pero enseguida descartó la idea. No era asunto suyo comprenderla, ni ayudarla. Ya tenía suficiente consigo mismo. Se levantó sigilosamente. Estaba agarrotado. La cama era demasiado pequeña y el colchón, demasiado blando. Además, siempre se ponía tenso cuando soñaba con Sabine, y le dolía la mano derecha. Al lado de su ropa, en el suelo, había caído un osito marrón de peluche, con un lazo al cuello y un cartel en la barriga: PARA LA MEJOR MADRE DEL MUNDO. Se preguntó si Annette se lo habría comprado para ella misma. Le costaba creer que la mujer dormida en la cama pudiera ser la mejor en algo. Levantó el osito y se lo puso al lado, a modo de despedida. La miró por última vez y, con rapidez, sin hacer ruido, se vistió y se marchó.

Hacía calor, muchísimo calor. El aire caliente lo envolvió nada más salir del portal, aunque todavía no eran ni las cinco de la mañana. Un televisor encendido en alguna parte estaba difundiendo la noticia de que Estocolmo padecía una ola de calor tropical. Sebastian no sabía muy bien cuál era el criterio para calificar de tropical el calor, pero podía asegurar que era infernal. Y no cedía. Ni de día ni de noche. Empezó a notar que le corrían gotas de sudor por la espalda cuando aún no se había alejado ni cien metros del portal de Annette. No sabía exactamente dónde estaba ni qué hacer para llegar al centro de Liljeholmen. Decidió seguir andando al tuntún, hasta lograr orientarse.

Al lado de una boca de metro encontró un quiosco de prensa. Empujó la puerta y fue directo hacia la máquina de café para servirse un capuchino grande.

—Por seis coronas más, se lleva también un bollo —le señaló el hombre joven del mostrador cuando Sebastian le puso delante la taza.

—No quiero un bollo.

El hombre de la caja lo miró con curiosidad y le sonrió con una expresión cargada de intención.

—¿Ha sido movida la noche?

—¿Y a ti qué cojones te importa?

Cogió el capuchino y salió. Torció a la derecha. El camino era largo: Liljeholmsbron, Hornsgatan, Slussen, Skeppsbron, Strömbron, Stallgatan, Strandvägen y, por fin, su casa. Iba a estar empapado de sudor cuando llegara, pero no quería bajar al metro. Si se cansaba, siempre podía coger un taxi.

En Hornsgatan se le desató el cordón de un zapato. Apoyó la taza de café sobre una caja del suministro eléctrico y se agachó para atárselo. Cuando volvió a levantarse y fue a coger la taza, se vio reflejado en el escaparate ligeramente polvoriento de una tienda de camisas. Se dio cuenta entonces de que la pregunta sobre la noche había estado justificada. Esa mañana aparentaba más edad que sus cincuenta y pocos años. Estaba demacrado, con el pelo demasiado largo pegado a la frente por el sudor, sin afeitar, cansado y ojeroso. Iba andando solo por la calle, con un capuchino medio frío en la mano, en taza de plástico, a las cinco de la mañana, después de pasar otra noche más con una mujer. ¿Adónde iba? A su casa. ¿Qué encontraría cuando llegara? La habitación de invitados de su apartamento de Grev Magnigatan, que era la única que utilizaba, aparte del baño y la cocina. Las otras cuatro estaban cerradas, intactas y silenciosas, en constante penumbra, con las persianas bajadas. ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Adónde iba desde la Navidad de 2004? La respuesta era sencilla: a ninguna parte. Había logrado convencerse de que con eso estaba satisfecho, de que así quería que fuera, de que había tomado la decisión consciente de dejar pasar la vida sin tocarla, como si fuera una de las habitaciones cerradas de su apartamento, en constante penumbra.

Sabía por qué. Tenía miedo de verse obligado a renunciar a Sabine para vivir de nuevo. Y a Lily. Tenía miedo de que el requisito para volver a la vida fuera olvidar a su hija y a su mujer. Él no quería olvidarlas. Sabía que muchísimas personas recuperaban una vida más o menos normal después de sufrir la pérdida de un ser querido. La vida seguía adelante. Los recuerdos se mezclaban con el presente y todo continuaba como antes, aunque con un fragmento menos. No había sido así en su caso. Su vida había quedado completamente destrozada. Él lo sabía, pero no había tenido fuerzas para repararla. Ni tampoco lo había intentado.

Sin embargo, Vanja había aportado un mínimo de sentido a su existencia y ahora él se había decidido a dar los primeros pasos para cambiar la situación. Sólo esperaba que Trolle hiciera su trabajo para poder meter una cuña entre Valdemar y su hija. Pero ¿hasta dónde podría llegar a partir de ahí? Si conseguía sacudir el mundo de Vanja y sumirla en el caos y el desconcierto, ¿no sería conveniente estar a su lado para levantarla cuando cayera? Lo mejor sería formar parte de su vida diaria antes de que se desencadenara la catástrofe. Puede que su hija no le tuviera mucha simpatía, pero si estaba a su lado, quizá se acercara de modo natural a él cuando necesitara consuelo.

La estrategia podía reportarle un doble beneficio.

Quería convertirse en parte de la vida diaria de su hija. Y la vida diaria de Vanja estaba en la

Unidad de Homicidios, donde él mismo había trabajado en otro tiempo. Allí se había sentido útil y había aplicado sus conocimientos. Había aportado y había trabajado. Había tenido una vida.

Y era preciso tener una vida antes de poder compartirla.

Poco después de las cinco de la mañana, sudoroso, cansado y vacío, sintió de pronto que las piezas del puzle encajaban y entonces tomó una decisión.

Decidió acercarse a Vanja y volver a tener vida propia. Todo en un mismo sitio.

Echó un último vistazo al escaparate oscuro, se volvió y siguió caminando.

Torkel giró para entrar en su plaza de aparcamiento en el garaje de la policía, apagó el motor y salió del coche. El aire acondicionado del Audi había mantenido unos confortables diecisiete grados en el interior del vehículo, por lo que se sentía descansado y despierto cuando cerró la puerta y anduvo los pocos pasos que lo separaban del ascensor, a pesar de no haber dormido mucho durante la noche. Intentó no pensar demasiado en la noche anterior ni alimentar esperanzas. Acostado al lado de Ursula, después del sexo, había notado cuánto la había echado de menos. Por un momento sintió el impulso de acercarse un poco más y abrazarla, pero no se atrevió. Sabía que a ella no le gustaba. Pero esta vez la había notado más cercana que nunca. Habían estado en su casa. Ursula había vuelto. Lo había elegido a él. No del todo, pero lo había elegido.

Ursula era incapaz de elegir del todo a alguien.

Y él era suficientemente maduro para aceptarlo.

Cuando se despertó por la mañana, ella ya se había marchado. No la había oído irse. No lo había despertado para despedirse. Pero ¿qué otra cosa podía esperar? Después de todo, era Ursula.

Torkel entró en recepción y saludó al policía uniformado de detrás del mostrador, que le tendió los periódicos de la mañana mientras él sacaba del bolsillo la tarjeta magnética para abrir la puerta de la zona interior del edificio. Pero no tuvo tiempo de utilizarla.

—Buenos días —oyó que le decía alguien.

«Un vagabundo», fue lo primero que pensó cuando se volvió; pero un milisegundo después reconoció al visitante. Sebastian se estaba levantando de uno de los dos sofás del otro extremo de recepción, donde hacía un rato que dormitaba, y acudía a su encuentro por el suelo de baldosas.

—¡Sebastian! ¿Qué haces aquí?

Torkel fue hacia él, sofocó el impulso de darle un abrazo y simplemente le tendió la mano a modo de saludo. Sebastian se la estrechó.

—He venido a verte. No he pedido cita, pero quizá puedas recibirme de todos modos, ¿no?

Presentarse sin anunciarse era típico de Sebastian, pensó Torkel. Si le convenía a él, tenía que convenirles a los demás. Desde que en abril habían resuelto juntos el caso de Västerås, Sebastian había vuelto a desaparecer. No había mostrado el menor interés por restablecer el contacto, ni por reanudar la amistad que llevaba una docena de años aparcada. Bien sabían los dioses que Torkel

le había dado una oportunidad, pero Sebastian se escabullía hábilmente a cada intento de acercamiento.

Durante unos breves segundos, Torkel consideró la posibilidad de decirle que se marchara, que no le venía bien recibirlo, que no tenía tiempo. Habría sido lo mejor y lo más correcto. Torkel sabía por experiencia que las apariciones repentinas de Sebastian no podían llevar nada bueno. Aun así, le indicó con la cabeza que lo siguiera, insertó la tarjeta magnética en la puerta y lo hizo pasar al interior de la Unidad de Homicidios.

—Pareces cansado —le dijo Torkel mientras subían en ascensor al cuarto piso.

—Porque lo estoy.

—¿Has esperado mucho?

—Un par de horas.

Torkel echó un vistazo al reloj. Las siete menos diez.

—Te levantas temprano.

—En realidad, no he llegado a acostarme.

—¿Quieres que te pregunte dónde has estado?

—Preferiría no preguntármelo ni yo mismo.

Guardaron silencio. Una voz femenina anónima les anunció que habían llegado a la cuarta planta y se abrieron las puertas. Sebastian fue el primero en salir. Empezaron a recorrer el pasillo.

—¿A qué te dedicas últimamente? —preguntó Torkel en tono neutro mientras se dirigían hacia su despacho.

Sebastian no dejaba de apreciar la corrección con que Torkel lo recibía siempre, a pesar de todo.

—Ya sabes... A lo de siempre.

—O sea, que no haces nada...

El otro no respondió. Torkel se detuvo delante de una puerta, la abrió e hizo pasar a su antiguo compañero a su despacho. Dejó la puerta abierta, se quitó la chaqueta y la colgó de un gancho en la pared. Sebastian se dejó caer en el sofá de dos plazas.

—¿Quieres un café? —preguntó aquél mientras se sentaba detrás del escritorio y empujaba ligeramente el ratón, para que el ordenador saliera del estado de reposo.

—No, quiero un empleo. O, mejor dicho, necesito un empleo. Por eso he venido.

Torkel no se lo esperaba. Desde el principio, había comprendido que la imprevista visita de Sebastian a una hora tan temprana sólo podía significar una cosa. Quería algo para él. Pero ¿un trabajo? ¿De verdad lo había oído bien?

—¿De modo que quieres trabajar aquí? ¿Así, sin más?

—Sí.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo contratar gente cada vez que se me ocurre.

—Sí que puedes si dices que te hace falta.

—Precisamente por eso te digo que no.

Por primera vez, Torkel sintió que le costaba mirar a los ojos a Sebastian. Habían llegado a un punto delicado. Quizá no fuera cierto que no lo necesitaba. De hecho, era posible que le hiciera falta su colaboración. Entonces ¿por qué no había cogido el teléfono para llamarlo? ¿Tal vez porque tenía razones personales para no querer contratarlo de nuevo? ¿Enturbiaba quizá su buen juicio profesional la sensación de que su antiguo amigo lo había defraudado? En cualquier caso, había logrado convencerse de que incluso después del tercer asesinato la presencia de Sebastian habría tenido más inconvenientes que beneficios.

Éste interpretó el silencio como una señal de que su amigo estaba reflexionando y se inclinó hacia delante para convencerlo.

—Piénsalo, Torkel. Me conoces, sabes lo que puedo aportar. ¿No tuvimos esta misma discusión en Västerås?

—No, no tuvimos ninguna discusión. Según recuerdo, en Västerås apareciste de repente, nos trataste como la mierda a mi equipo y a mí, y después te esfumaste.

Sebastian asintió. Era una descripción bastante acertada de lo que había sucedido.

—Pero salió bien.

—Sí, quizá para ti.

Se oyeron unos golpes en el marco de la puerta y Vanja entró en el despacho. Echó una breve mirada al visitante sentado en el sofá y ni siquiera intentó disimular su reacción.

—¿Qué hace éste aquí?

Sebastian se levantó rápidamente, sin saber muy bien por qué. Le pareció apropiado ponerse de pie cuando Vanja entraba en la sala, como si ella fuera la protagonista de una novela de Jane Austen y él, uno de sus pretendientes. Aunque hacía menos de veinticuatro horas que la había visto, sentía que había pasado mucho tiempo desde entonces.

—Hola, Vanja.

Ella ni siquiera le devolvió la mirada.

—Ha venido a saludar, nada más. Pasaba por aquí —le explicó Torkel.

—¿Cómo te va la vida? —volvió a intentar Sebastian.

Vanja siguió hablando, como si él no hubiera estado presente.

—Ya estamos todos. Te estamos esperando.

—Muy bien. Iré en cuanto pueda. También he convocado una conferencia de prensa.

—¿Para esta mañana?

—Sí. Después os lo explico. Dentro de dos minutos.

Vanja asintió y salió sin mirar siquiera a Sebastian. Torkel notó cómo la seguía él con la mirada. Vanja se había comportado de una manera desusadamente brusca y hasta grosera. Era probable que se lo mencionara más adelante, pero su reacción venía a confirmarle a Torkel que la decisión de no admitir a Sebastian en el grupo era la correcta. Se puso de pie y el otro se volvió hacia él.

—¿Una conferencia de prensa, decías? ¿Qué tenéis entre manos?

Torkel sabía que no podía darle el meñique a Sebastian, porque él se cogería el brazo entero, de modo que rodeó la mesa, se acercó a su antiguo amigo y le apoyó una mano sobre el hombro.

—Creo que un empleo sería lo mejor para ti. Te haría mucho bien.

—Eso mismo pienso yo.

—Me gustaría mucho poder ayudarte.

—Puedes.

—No, no puedo.

Se hizo un silencio y Torkel creyó notar que una luz se apagaba en los ojos de Sebastian.

—Por favor, no me obligues a suplicar...

—Ahora tengo que irme. Llámame un día de éstos si te apetece que nos veamos fuera de la oficina.

Le dio un breve abrazo, se volvió y salió del despacho.

Sebastian se quedó dentro. El resultado de su visita había sido el más previsible, pero aun así, se sentía decepcionado y vacío. Permaneció un momento de pie, intentando reponerse antes de salir del despacho para volver a su casa.

Había que tener vida propia antes de poder formar parte de la vida de otra persona.

Pero ¿cómo demonios iba a conseguirlo si nadie quería darle una oportunidad?

«Deberían limpiar el cristal», pensó Sebastian mientras miraba por la ventana polvorienta que daba a Karlavägen. En la calle había un camión blanco de alquiler aparcado en doble fila. A su lado, dos hombres de unos treinta años intentaban cargar un piano demasiado grande. Sebastian los estudió con curiosidad durante unos segundos y decidió que su proyecto era imposible. El piano pesaba demasiado y ninguno de los dos era corpulento. Tendrían que ser más de dos. Simples matemáticas.

Stefan había salido precipitadamente a comprar leche en un 7-Eleven para servirla con el café que se empeñaba en ofrecerle a Sebastian. Por eso lo había dejado solo en la consulta. Sebastian había descorrido la cortina de la izquierda, para poder observar la calle, y se había sentado en el sillón grande. Desde allí siguió contemplando durante un rato los esfuerzos de los dos tipos del piano y después cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el respaldo.

Se sentía casi esperanzado, más que nada por lo que estaba a punto de pasar.

El regreso.

El instante en que Sebastian recuperara el control y devolviera con fuerza el golpe. Abrió los ojos y miró hacia la calle para ver cómo seguía la aventura del piano. La acción se había interrumpido y los dos tipos parecían estar discutiendo acerca de la manera de continuar. Sebastian perdió rápidamente el interés y desvió la atención hacia el periódico del día, el *Dagens Nyheter* que tenía delante, encima de la mesa.

Habían pasado cosas en el extranjero.

Y otras cosas en el país.

Le importaba muy poco, pero necesitaba entretenerse. Se fijó en las flores sobre la mesa. De algún modo, el conjunto reflejaba a Stefan: el *Dagens Nyheter* del día, las flores frescas, el café recién hecho con un chorro de leche... Stefan vivía en el presente, como si cada día fuera importante.

Al cabo de unos minutos, oyó que se abría la puerta y, unos segundos después, apareció Stefan con un tetrabrik de leche semidesnatada en la mano. Sebastian dejó sobre la mesa el periódico que no había tenido tiempo de leer y recibió con una leve inclinación de la cabeza a su psicólogo, que acababa de regresar.

—¿Quieres café? —preguntó Stefan mientras se dirigía hacia la cafetera.

—Ahora que has salido corriendo a comprar leche, no me atrevo a decirte que no.

—Tú siempre te atreves a decir que no —replicó el otro con una sonrisa.

Sebastian también le sonrió.

—Entonces, te diré que no.

Stefan asintió y se sirvió una taza. Abrió el tetrabrik y echó un poco de leche en el café.

—Diría que hace muy poco que estuviste aquí por última vez —comentó, acercándose al sillón con la taza demasiado llena en equilibrio.

—Ya lo sé.

—Pareces contento. ¿Ha pasado algo?

—No, ¿por qué lo dices?

Sebastian lo miró con su sonrisa más encantadora. Quería disfrutar de la situación todo el tiempo posible.

—No sé. Es sólo una impresión.

Stefan dejó la taza sobre la mesa, junto a las flores, y se acomodó en su asiento. El silencio duró unos segundos. Sebastian sintió que había llegado el momento de empezar.

—Hoy me he encontrado con Vanja.

Su interlocutor lo miró con una expresión que era más de cansancio que de sorpresa.

—¿No habíamos convenido en que no la buscarías? ¿Qué ha dicho?

—«¿Qué hace éste aquí?»

—Lo habías prometido —dijo Stefan negando con la cabeza para expresar su desaprobación.

—No he ido a buscarla a ella. He ido a buscar trabajo.

—¿Adónde?

—A la Unidad de Homicidios.

—Entre todos los sitios posibles...

—¿Por qué te parece mal? Tú mismo me dijiste que tenía que hacer algo. Quiero empezar a trabajar. Necesito... una vida más estructurada. Tenías razón. Pero el trabajo tiene que ser interesante, estimulante...

—¿Diferente de lo que tuviste que soportar ayer por la noche?

En lugar de responder, Sebastian se puso a mirar por la ventana. Los dos tipos del piano se habían sentado y estaban fumando. El piano seguía en el mismo sitio.

—Los grupos de conversación funcionan mejor cuando uno participa, ¿sabes? —prosiguió Stefan—. Hay que intervenir en la conversación.

Sebastian lo miró a los ojos, con franqueza.

—No es lo mío, ya te lo había dicho. ¡Por favor! No paraban de hablar de sus pequeños problemas sin importancia. ¿Cómo lo haces para aguantarlo?

—Te acabas acostumbrando. Además, tengo pacientes que requieren mucha más paciencia —replicó Stefan con una mirada cargada de intención.

Sebastian no prestó atención a la ironía. Todavía le quedaba la artillería pesada.

—En cualquier caso, no pienso ir a la próxima reunión.

—Creo que deberías darle otra oportunidad.

—Y yo creo que no. Verás...

Guardó silencio. Quería hacer una pausa de efecto. Por su experiencia como conferenciante, sabía que ciertos giros imprevistos del discurso resultan más efectivos si van precedidos de una pausa. Y él quería que el efecto fuera mayúsculo. Entonces lo dijo.

—Me acosté con Annette anoche, después de la reunión.

Stefan se puso pálido, con una irritación imposible de disimular.

—¿Por qué demonios lo hiciste?

Sebastian levantó los brazos en un gesto de rendición.

—Fue un error. No era mi intención.

—¿Cómo que no era tu intención? ¿Qué me estás diciendo? ¿Cómo es posible que no fuera tu intención?

Stefan se echó hacia atrás en el sillón para tratar de calmarse. Sebastian notó satisfecho que el truco parecía funcionarle bastante bien.

—Necesitaba... algo que hacer, una distracción para no pensar siempre en lo mismo. Ya sabes cómo soy. —Entonces miró a Stefan con un afectado gesto de interés—. ¿A ella la conoces bien?

—Es mi paciente desde hace tiempo. Se siente del todo abandonada por todos: por su hijo, por su exmarido, ¡por todos! Le cuesta mucho confiar en los demás y tiene muy poca autoestima.

—Sí, ya me di cuenta. Si le das un poco de afecto, lo absorbe como una esponja. ¡Pero en la cama es una máquina!

Stefan se levantó tan bruscamente del sillón que la mitad del café se derramó sobre la mesa. Su aire comprensivo y benevolente había desaparecido por completo. Estaba hecho una furia.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Te haces una idea de cómo se habrá sentido cuando se ha despertado sola? Porque me imagino que no te habrás quedado a desayunar con ella, ¿verdad?

—No, he tenido malas experiencias cuando lo he hecho.

—¿Y ahora piensas hacer lo posible para no volver a encontrarte con ella?

—Ése es mi plan, sí. Suele funcionar. —Sebastian hizo otra pausa de efecto y miró a Stefan con expresión de fingida tristeza—. Lo siento, Stefan, pero ya te había dicho que una terapia de grupo no era lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo? ¡Anda, vete de aquí! —Su psicólogo le señaló la puerta—. No quiero ni verte.

Sebastian asintió brevemente y se puso de pie. Dejó a Stefan con su *Dagens Nyheter* y sus flores frescas.

Stefan tenía razón.

Cada día era importante.

El hombre alto estaba casi eufórico cuando volvió a su casa. Había visto las portadas y los titulares de la prensa vespertina. Se había celebrado una conferencia de prensa... ¡para hablar de él! Ansiaba leer esos artículos cuanto antes, pero no podía sentarse y abrir de forma precipitada los periódicos que había comprado.

Había un ritual.

Y estaba obligado a seguirlo.

Rápidamente, encendió de manera mecánica la luz del vestíbulo y cerró la puerta con pestillo. Se quitó los zapatos, los dejó en el mueble zapatero, se puso las zapatillas, se sacó la chaqueta y la colgó del único gancho del perchero que estaba libre, aunque también tenía colgada una linterna grande. Cuando se quitó todo lo que pensaba quitarse —en invierno también colocaba en sus respectivas perchas o estantes la bufanda, la gorra y los guantes, siempre en el mismo orden—, abrió la puerta del baño y encendió la luz. Como siempre, sintió una punzada de malestar durante el breve instante en que sólo pudo ver la compacta oscuridad de la pequeña habitación sin ventanas, antes de que el fluorescente parpadeara y se encendiera. Se acercó al váter, comprobó que funcionaba la linterna situada sobre un estante, al alcance de la mano, y sólo entonces se bajó la bragueta y orinó. Se llevó la linterna al lavabo, se lavó las manos, volvió a colocar la linterna en su sitio y dejó abierta la puerta del aseo cuando salió al vestíbulo. Después, encendió la lámpara del cuarto de estar, se volvió hacia la izquierda y entró en la cocina, donde también encendió la luz, tanto la general como la lámpara sobre los fogones. Allí comprobó el estado de las dos linternas. Las dos funcionaban. Sólo faltaba el dormitorio. Encendió la luz del techo y la lámpara de una de las mesillas de noche, y comprobó el funcionamiento de la linterna en la otra.

Todas las luces quedaron encendidas, pero no porque fueran necesarias. El sol entraba a raudales por todas las ventanas del apartamento, sin nada que impidiera ni obstaculizara su paso. No había persianas ni cortinas. Lo primero que había hecho el hombre alto al instalarse en el piso había sido retirarlas. En un día tan luminoso, la luz eléctrica no era necesaria. Pero era el ritual. Si lo mantenía cuando no era preciso, entonces no tendría que preocuparse de olvidarlo cuando fuera importante.

Una vez, muchos años atrás, se había producido un apagón en la zona donde vivía. Todo había quedado sumido en la oscuridad, no sólo su casa, sino también el barrio entero, negro como boca de lobo. Se había puesto a buscar una linterna y la había encontrado, pero las pilas estaban agotadas o quizá se había fundido la bombilla. Hacía tiempo que no comprobaba su

funcionamiento. Aún no existía el ritual. El terror paralizante que lo había invadido lo había hecho vomitar a causa del pánico. Después se había quedado tendido en el suelo durante varias horas, inmóvil, hasta que había vuelto la luz.

Le encantaba el verano, no tanto por el calor como por la luz. Lo mejor era el día de San Juan. Pero no le gustaba la fiesta, sino la luz. No le gustaba ninguna fiesta, y la de San Juan menos que ninguna.

Precisamente, un día de San Juan había notado por primera vez que algo fallaba.

Que ella no era como las demás personas.

Él tenía tres años, o tal vez cuatro. Habían ido juntos en el coche hasta el prado a orillas del lago donde se celebraba la fiesta. Cuando llegaron, la tradicional estaca con los adornos de la festividad ya estaba plantada en su sitio. Como había mucha gente, tuvieron que instalarse bastante lejos del centro de la celebración, con sus manteles y sus cestas de picnic. El viento arrastraba de vez en cuando retazos de música de violín hasta donde estaban ellos, con sus sándwiches, su pastel de fresas y el vino blanco para sus padres. El baile empezó a las tres. Había muchísima gente. Se formaron cuatro o cinco ruedas de bailarines. A él le encantaba bailar. *El cuervo del pastor* y *Hagamos un corro* eran sus canciones favoritas. Los movimientos eran muy divertidos. Era posible e incluso muy probable que todo hubiera empezado antes, pero la primera vez que lo notó fue allí, el día de San Juan, bailando al sol, en el segundo círculo empezando por fuera. Ella bailaba a su lado, sujetándole la pequeña mano con la suya. Recordaba que se había sentido feliz y que había levantado la vista para mirarla. Había notado que tenía la mirada perdida, pero seguía bailando. Parecía distante. No cantaba ni sonreía. Su cuerpo ejecutaba los movimientos del baile como si estuviera dormida. Sin sentimiento, indiferente. Él había tenido miedo y le había apretado un poco la mano. Entonces, ella había bajado la vista y le había sonreído al encontrarse sus miradas. Pero era una sonrisa superficial, que no le iluminaba los ojos, una sonrisa mecánica, cuyo único propósito era tranquilizarlo y hacerle pensar que todo estaba bien. Pero no era cierto. No estaba todo bien en ese momento, ni lo estaría más adelante.

—Ahora mamá no se siente muy bien.

Era lo que le decía ella cuando no le dejaba sentarse en su regazo o cuando iba a acostarse en su habitación en pleno día, con las cortinas cerradas. O cuando se quedaba sentada en el suelo con el mentón apoyado sobre las rodillas y no dejaba de llorar, después de que su padre tuviera que ir a buscarlo a la escuela, porque ella sencillamente no se había presentado. Lo decía cuando no podía ponerse a cocinar, los días que él se quedaba en casa con ella, o poco antes de meterse en su habitación y cerrar la puerta, dejándolo solo durante horas.

—Ahora mamá no se siente del todo bien.

Era lo que le decía su padre cuando lo hacía callar e intentaba explicarle por qué tenían que usar pantuflas de suela blanda para caminar dentro de la casa, o por qué no podía demostrar que estaba triste, preocupado o enfadado.

Era la razón por la que debía quedarse quieto y casi invisible durante horas los días en que ella se levantaba de la cama a pesar de todo. Era la causa de que nunca hicieran nada juntos o de que él tuviera que portarse bien y quedarse a su lado para cuidarla mientras papá se iba a trabajar para ganar dinero.

Él también empezó a decirlo más adelante, cuando se hizo mayor y los otros niños le preguntaban por qué faltaba tanto a clase, por qué no los invitaba a su casa ni se quedaba nunca con ellos después de la escuela, por qué no iba a las fiestas ni practicaba nunca ningún deporte.

—Ahora mi madre no se siente muy bien —repetía.

A veces, cuando ella se encontraba un poco mejor, lo miraba y le decía que era muy triste que tuviera que crecer con una madre que siempre estaba tan mala.

Con frecuencia le contaba que se había puesto enferma por su culpa. Si no lo hubiera tenido, todo habría sido diferente. Le había arruinado la vida.

Cuando él tenía diez años, ella ya no pudo seguir viviendo en la casa. Desapareció. Nunca se supo adónde había ido. Se marchó sin despedirse. Le resultó curioso que a partir de ese momento su padre empezara a pasar más tiempo en casa, aunque para entonces él ya podía arreglarse solo, en parte porque ya era mayor y en parte porque ya no tenía que cuidar a su madre. Mucho después se dio cuenta de que durante todos esos años su padre prácticamente había vivido en el trabajo. Se había mantenido al margen. Como la enfermedad lo superaba, le había pasado a él la responsabilidad. Era motivo suficiente para odiar a su padre; sin embargo, cuando por fin lo había comprendido, tenía demasiadas cosas y demasiadas personas que odiar de manera mucho más intensa.

Su madre murió medio año después de abandonarlos. En el funeral, la gente hablaba en voz baja de suicidio, pero él nunca supo con certeza qué había sucedido.

Unos seis meses después, una mujer desconocida para él se presentó en su casa para celebrar su cumpleaños. Se llamaba Sofía. Nadie había preparado ninguna fiesta. ¿A quién iban a invitar? Después de varios años de relaciones sociales inexistentes y de faltar a clase, no tenía ningún amigo. Sofía le había llevado un regalo: una Super Nintendo, una SNES. Había deseado esa consola desde que había salido a la venta, el año anterior, pero su padre siempre le había dicho que era demasiado cara y que no se la podía comprar. Sin embargo, no parecía que a Sofía le hubiera parecido excesivo el regalo y, por si fuera poco, le había comprado cuatro juegos. De inmediato comprendió que la recién llegada debía de tener más dinero del que su familia había tenido nunca.

Esa noche, Sofía se quedó a dormir.

En el dormitorio de papá.

Más adelante, su padre le contó que se habían conocido en la casa de subastas donde trabajaba. Sofía era una persona conocedora y muy interesada en las piezas que subastaban. Había vendido varios artículos, pero también había comprado algunas piezas hermosas y caras. A su padre le gustaba Sofía. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz.

En los meses que siguieron, vio más veces a la mujer, muchas veces más. Un fin de semana, su padre y Sofía se fueron de viaje y, cuando regresaron, estaban prometidos. Entonces, su padre habló seriamente con él. Le dijo que pensaba casarse y que después se irían de allí, muy lejos. Se mudarían los dos a casa de ella, que vivía en un piso enorme en el centro. Él nunca dudó de los sentimientos de su padre hacia Sofía, pero también se dio cuenta de que el dinero desempeñaba un papel importante en su relación. Su padre repetía a menudo que habían salido ganando, que nunca más pasarían necesidad si jugaban bien sus cartas y que por fin tenían la oportunidad de

aspirar a algo más en la vida.

Les esperaba un nuevo comienzo. Una vida mejor.

Su padre decía que se lo merecía, después de todo lo que había padecido, y que esta vez todo saldría bien. Nada ni nadie podría estropearlo.

Unas semanas después de la promesa de matrimonio, fueron a conocer a la familia de Sofía: sus padres, Lennart y Svea, ambos de sesenta y tantos años, y su hermano Carl. Cenaron en un lujoso restaurante en las afueras de Estocolmo, Villa Källhagen; era un lugar maravilloso. Cuando él derramó su bebida sobre el mantel, se encogió asustado, temeroso de las consecuencias, pero nadie se enfadó. A medida que avanzaba la cena, se fue sintiendo más tranquilo y relajado. La familia de Sofía parecía muy agradable. Cuando estaban a punto de marcharse, el padre de Sofía se lo llevó aparte.

—Ya sabes que me llamo Lennart, pero tú puedes llamarme abuelo si quieres, ya que vamos a ser una familia.

A él le pareció bien. Le había caído bien el hombre de pelo gris y ojos castaños de mirada cordial que siempre se estaba riendo.

En aquel momento. Cuando acababa de conocerlo. Antes de las excursiones.

Antes de los juegos.

Cuando todavía no tenía miedo a la oscuridad.

Tras completar el ritual, el hombre alto se sentó en la cocina y, con manos temblorosas, abrió uno de los periódicos. Por fin habían reparado en él. Habían tardado, pero finalmente habían relacionado la primera muerte con la segunda y la tercera. Los artículos hablaban de él: decían que sembraba el terror. Había fotos de las casas que había visitado. En una de ellas aparecía una vecina con cara de preocupación, abrazada a su hija. Abrió el segundo periódico y encontró más o menos lo mismo. Ninguna mención a su predecesor, aunque los asesinatos eran copias exactas de los suyos. O bien los periodistas desconocían los detalles de las muertes, o bien ignoraban la grandeza del Maestro. Las declaraciones de la policía habían sido muy concisas. Sólo querían informar de que con toda probabilidad estaban ante un asesino en serie. Advertían a la población en general y a las mujeres solas en particular que no dejaran entrar a hombres desconocidos en sus domicilios. Afirmaban tener varias pistas, pero poco más. No habían querido comentar nada sobre las eventuales similitudes entre las tres víctimas y, básicamente, no habían ofrecido ningún detalle. Querían reducir la importancia del hombre alto, convertirlo en alguien invisible cuyas acciones no tenían ninguna relevancia. Otra vez. Pero no iban a salirse con la suya. El juego no había terminado. Los obligaría a reconocer que era un digno adversario, un rival tan grande y temible como el Maestro.

Se puso de pie, abrió el segundo cajón y sacó unas tijeras. Con mucho cuidado, recortó los artículos que hablaban de él, y después, cuando terminó, volvió a cerrar los periódicos, los dobló y los puso uno encima del otro, paralelos al borde de la mesa. Se quedó un momento sentado, quieto y sin hacer nada. La situación era nueva. Necesitaba crear un ritual. Suponía que habría más artículos. La atención de la prensa no había hecho más que comenzar. Sentía que la

excitación le recorría el cuerpo, porque de pronto había pasado a la siguiente fase, el momento en que el mundo entero con todos sus focos y sus faros empezaba a buscarlo a él, oculto. La fase en la que él existía.

Se levantó y se dirigió al armario de las escobas. Junto a la aspiradora había una bolsa para reciclar papel. Recogió los periódicos de la mesa de la cocina y los metió en la bolsa. Cerró la puerta del armario, cogió los recortes y fue hasta su escritorio. Abrió el cajón más alto, donde guardaba sobres de tres tamaños diferentes. Separó uno de los más grandes y puso los recortes, los del *Expressen* encima de los del *Aftonbladet*. Se dijo que si más periódicos escribían sobre él, colocaría sus recortes por detrás de los del *Aftonbladet*. Si imprimía alguna cosa de internet, la pondría en otro sobre. Se puso de pie y se dirigió hasta la cómoda. Abrió el cajón superior y colocó el sobre con los recortes debajo de la bolsa negra de deporte. Sería así a partir de entonces. Recortar, doblar los periódicos, tirarlos al cesto de reciclaje, poner los recortes en un sobre y guardarlos en la cómoda. Un ritual. Enseguida se sintió más tranquilo.

El hombre alto se sentó delante del ordenador, abrió el navegador y entró en <fygorh.se>. Había notificado acerca de sus recientes observaciones y la información había sido muy bien recibida. En la página 7, pulsó el pequeño botón situado en medio de un extenso texto sobre la escritura rúnica. Se abrió otra ventana y allí tecleó su contraseña. Cuando vio el cambio en la pantalla, sofocó un grito.

Le habían hecho un nuevo encargo. Estaba listo para la siguiente.

La cuarta.

El ascensor llevaba toda la semana averiado. Sebastian subió por la escalera los tres pisos hasta su apartamento. Le daba lo mismo, porque ya no podía estar más empapado en sudor. El sol lo había calcinado durante todo el camino de regreso. Ese verano, daba igual hacia qué punto cardinal mirara uno o a qué hora del día fuera andando por la calle. El sol parecía estar en el cénit desde que asomaba por el horizonte a las cuatro de la mañana. Todos iban buscando la sombra, que por la calle se había convertido en un recurso escaso y preciado. El anticiclón se mantenía desde hacía tanto tiempo que los periódicos se habían visto obligados a inventarse nuevos términos y expresiones. «Calor de récord» y «sol de justicia» ya no eran suficientes. Ahora hablaban de «megaola de calor» y de «infierno estival», sobre todo en la última semana, cuando los hospitales habían admitido a varios pacientes aquejados de golpes de calor y un par de perros habían muerto en el interior de coches aparcados.

Había flores en su puerta. Un ramillete envuelto en papel gris, con una nota pegada con cinta adhesiva. Sebastian recogió el ramillete, abrió la puerta y entró en su casa. Mientras se quitaba los zapatos sin desatar los cordones, leyó la nota. Decía lo que ya sabía o podía deducir: que le habían enviado flores y que, al no estar él en casa para recogerlas, se las habían dejado en la puerta. Sebastian entró en la cocina y desgarró el papel que envolvía las flores. Eran rosas. Una docena, quizá. Rojas. Seguramente caras. Había una tarjeta atada a uno de los tallos. Alguien lo felicitaba por alguna razón. Era lo único que decían las grandes letras ornamentadas: FELICIDADES. Y un nombre: Ellinor.

La mujer que lo había cogido de la mano.

Ya sabía que quedarse a desayunar había sido un error. Lo supo entonces y acababa de confirmarlo. Tiró las flores a la basura y sacó un vaso del armario. Lo llenó de agua, bebió con avidez y lo volvió a llenar. Después salió de la cocina. Por un instante se preguntó por qué causa querría felicitarlo Ellinor, pero enseguida decidió olvidar el asunto.

El apartamento estaba sólo un poco más fresco que la calle. Olía a cerrado y a polvo. Estuvo a punto de abrir las ventanas, pero comprendió que la diferencia no sería muy grande. Se quitó toda la ropa y la lanzó sobre la cama del cuarto de invitados, que seguía sin hacer. Tenía que poner una o dos lavadoras, pero decidió olvidarlo también.

De repente, notó lo silenciosa que estaba la casa. No se oían gorgoteos en las tuberías, ni cisternas que descargaran el agua, ni niños que gritaran en el piso de arriba, ni pasos en el rellano. Todo el edificio parecía desierto. Y probablemente lo estaba, ya que la mayoría de sus vecinos estaban de vacaciones. No los echaba de menos. Ni siquiera sabía cómo se llamaban.

Evitaba de forma sistemática las reuniones de propietarios, las jornadas colectivas de limpieza y las fiestas en el jardín comunitario. Los niños de su bloque incluso habían dejado de llamar a su puerta para tratar de venderle periódicos navideños, flores y otras idioteces escolares. Pero la casa estaba demasiado silenciosa.

La visita a Stefan no había tenido el efecto deseado. Había llegado como un triunfador. Había ganado. Quería demostrarle a Stefan de una vez por todas quién programaba su agenda, y hacerle ver que si quería tomar iniciativas, como esa patética terapia de grupo, entonces tenía que aceptar las consecuencias. Iba preparado para un tonificante combate, pero Stefan prácticamente se había rendido sin luchar. Un resultado del todo insatisfactorio.

Sebastian entró en el cuarto de invitados y encendió el televisor colgado de la pared, a los pies de la cama. Cuando ya se estaba acostando en la cama deshecha, sonó el teléfono. El timbre era tan poco familiar que se sobresaltó. Era el teléfono fijo. Debía de ser Trolle. Primero pensó dejarlo sonar, pero lo venció la curiosidad. Quizá hubiera descubierto algo. Algo sustancioso. Podía ser divertido. Fue a la cocina y cogió el teléfono.

—¿Diga?

—¿Has recibido las flores?

Sebastian cerró los ojos. No era Trolle. No era ni remotamente Trolle. Era una voz de mujer y no tenía nada de divertido.

—¿Quién habla?

—Ellinor Bergkvist.

—¿Quién? —consiguió articular Sebastian con el justo tono interrogativo. Sabía muy bien quién lo llamaba, sin embargo no quería darle alas.

—Ellinor Bergkvist. Nos conocimos en la conferencia sobre Jussi Björling y me acompañaste a casa.

—Ah, sí —dijo Sebastian, como si acabara de recordarla.

—Has sabido quién era en cuanto te he dicho mi nombre, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —preguntó Sebastian, sin molestarse en disimular su irritación.

—Quería felicitarte en el día de tu santo. Hoy es San Jacobo.

Sebastian no respondió. Era probable que su nombre completo figurara en una página de la Wikipedia o en algún otro sitio. Podía imaginar a Ellinor Bergkvist rastreando la red en busca de una razón o de cualquier excusa para reanudar el contacto, para enviarle flores a su casa y llamarlo por teléfono. ¿No había contratado Sebastian un número secreto? Antes sí, de eso estaba seguro, pero quizá hubiera expirado el contrato.

—Te llamas Jacob Sebastian Bergman, ¿no es así?

No había el menor titubeo en la voz de la mujer. Era una simple constatación. Sebastian maldijo entre dientes. Tendría que haberse largado. En el instante en que ella lo cogió de la mano, tendría que haberse despedido. Tendría que haberle mostrado su rechazo. Pero podía hacerlo ahora.

—Perdona, pero no te puedo atender. Vengo de follar y tengo que darme una ducha.

Colgó el teléfono y se quedó esperando unos minutos, casi convencido de que iba a volver a sonar. Pero no sonó. Entonces, salió de la cocina. En todo caso, había dicho una media verdad.

No volvía de follar, pero necesitaba urgentemente una ducha. Se dirigía ya hacia el baño cuando una voz desde el televisor encendido en el cuarto de invitados captó su interés.

—*... Pero, según la policía, hay indicios de que el asesino podría ser el mismo...*

Volvió al cuarto de invitados. Era el informativo *Rapport* o algún otro programa de noticias. Un hombre joven informaba delante de una casa muy elegante de un barrio residencial, con cuidados jardines al fondo.

—*... Por lo que sería la tercera mujer asesinada en su domicilio. La policía insta a la población a extremar las precauciones, especialmente si...*

Sebastian se quedó clavado delante del televisor.

Cuando Torkel pulsó el botón que abría la puerta y la empujó para salir al vestíbulo, ya sabía lo que iba a encontrarse. El aviso le había llegado un minuto antes, desde la recepción, mientras estaba reunido en la sala con su equipo. Tenía una visita. Un tal Sebastian Bergman.

Torkel había respondido que estaba ocupado y que la visita tendría que esperar, pero el recepcionista le había contestado que Sebastian ya le había prevenido que ésa sería su respuesta y que, si no bajaba de inmediato, entonces empezaría a revelar todo lo que sabía de Torkel a todo el que quisiera escucharlo allí abajo en el vestíbulo. Todo. Con todos los detalles. Empezando por una húmeda noche en un hotel de Umeå con una pareja de gemelas. Torkel había contestado que estaba en camino y el recepcionista le había pedido disculpas. Entonces, había abandonado la reunión.

Era de esperar. En cuanto había salido la noticia y los periódicos y los informativos de la televisión se habían puesto a hablar al respecto, sólo era cuestión de tiempo que Sebastian se presentara en la Unidad de Homicidios. Torkel lo sabía.

Antes de que pudiera abrir la puerta del todo ya lo tenía delante.

—¿Es cierto? ¿Es un asesino en serie?

—Sebastian...

—¿Lo es? ¿Es verdad que ya ha matado a tres? Eso es muy inusual. Tengo que participar en la investigación.

Torkel miró a su alrededor. No quería mantener esa conversación en recepción, pero tampoco quería dejar pasar a Sebastian al interior del edificio.

—Sebastian... —intentó otra vez, como si la repetición del nombre de su antiguo colega fuera a calmarlo o, mejor aún, fuera a hacerle olvidar el motivo de su visita.

—No necesito formar parte del equipo si te supone un problema. Contrátame como asesor, como la última vez.

Torkel vio abrirse una salida, una pequeña grieta por la que quizá pudiera escabullirse.

—No puedo —replicó con voz firme—. ¿Sabes cuánto me costaría contratarte? No dispongo de presupuesto extra. No me lo concederían.

Sebastian lo miró perplejo. Durante varios segundos, contempló a su antiguo colega sin estar seguro de haberlo oído bien.

—¿Vas a utilizar una administración inservible y su mierdosa economía como pretexto para mantenerme alejado? ¡Por todos los demonios, Torkel! ¿No podías encontrar una excusa mejor?

Sí, habría podido hacerlo. O al menos habría podido esforzarse por encontrarla. Pero ya había

emprendido ese camino y pensaba seguir adelante, aunque estaba bastante seguro de que sería un callejón sin salida. La pequeña salida que se divisaba a lo lejos se redujo hasta adquirir dimensiones microscópicas.

—Piensa lo que quieras, pero es así. —Ahora su tono no era tan firme como antes—. No tengo dinero para contratarte.

Sebastian lo miró con una expresión que era casi de decepción.

—No hace falta. Trabajaré gratis, como la última vez. De verdad, Torkel, si no quieres que trabaje con vosotros, tendrás que encontrar una excusa más convincente que la falta de recursos.

—Sebastian...

—Por lo menos quiero observar la investigación. Un observador no puede hacer ningún daño. ¡Por todos los demonios! ¡Es mi puñetera especialidad!

Torkel guardó silencio. Daba igual lo que pudiera decir. Sebastian no lo iba a escuchar. Estaba furioso y no iba a parar hasta que dijera todo lo que había ido a decir.

—Sí, ya lo sé. El equipo se estresó un poco con mi presencia la última vez, pero ¡sería una grave negligencia por tu parte no contratarme a mí cuando estáis investigando a un asesino en serie!

Torkel se volvió, sacó del bolsillo la tarjeta magnética y la insertó en la ranura. La puerta se abrió con un chasquido y Torkel la empujó. Sebastian lo interpretó como un claro signo de que la conversación había terminado y rápidamente cambió de estrategia.

—Intento rehacer mi vida, Torkel. De verdad que lo intento, pero necesito un trabajo.

Torkel reflexionó un momento. El argumento de Sebastian en relación con su nueva vida y su propósito de tratar de ser mejor persona no lo convencía en absoluto. Ya lo había oído en Västerås y, por lo que había podido observar, no le había servido de nada incorporarse en el equipo para aquella investigación. Su antiguo amigo no había cambiado en lo más mínimo. Por otra parte, lo que había dicho antes de aquello... Quizá fuera realmente una negligencia y un grave error profesional no aprovechar los conocimientos de Sebastian, sobre todo teniendo en cuenta a quién imitaba el asesino. Habían muerto tres mujeres y todo hacía pensar que habría más víctimas. No estaban ni un milímetro más cerca de detener al criminal que un mes antes, cuando todo había empezado. ¿Acaso no era su obligación hacer todo cuanto estuviera a su alcance para atrapar al asesino? Se volvió otra vez en dirección a Sebastian.

—Voy a dejarte entrar. En el edificio. No en la investigación.

—¿Qué quieres que haga ahí dentro?

—Esperar. Porque antes tengo que hablar con el resto del equipo.

—¿Sobre mí?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Someterlo a votación?

—Sí.

Sebastian notó la mirada severa de Torkel y se dio cuenta de que no bromeaba. Hizo un gesto afirmativo. Iría paso a paso. Había conseguido llegar muy lejos y no iba a resultarles fácil deshacerse de él.

Torkel volvió a entrar en la sala. Los otros seguían donde los había dejado. Se habían servido más café. También a él.

—Te he servido más café, aunque no sabía si querías —le dijo Ursula, como si le hubiera leído el pensamiento mientras Torkel volvía a sentarse en su puesto.

—Gracias —repuso él con una sonrisa.

Ella también le sonrió y Torkel quiso ver en su gesto algo más que la simple cordialidad de una colega. Eso lo llevó a preguntarse si su inicial rechazo a la contratación de Sebastian no obedecería a una simple razón egoísta.

—Nos acaban de llegar los resultados preliminares de los análisis de ADN de Wahlström —prosiguió Ursula—. No ha sido él.

Torkel asintió. Nunca había dado mucha importancia a la pista de Carl Wahlström. Por muy excéntrico que fuera el chico, considerarlo sospechoso le había parecido desde el principio demasiado simplista. Cuando atraparan al verdadero asesino, con toda seguridad no sería porque hubiera cometido el descuido de enviar una carta incriminatoria. Torkel dejó vagar una vez más sus pensamientos. Si era cierto que Ursula y él volvían a tener una relación, no pensaba estropearla repitiendo el error de la última vez. Su relación se regía por unas reglas que en un setenta y cinco por ciento habían sido establecidas por Ursula.

Sólo durante las misiones.

Nunca en la ciudad.

Sin planes de futuro.

Torkel, por su parte, había añadido una más: lealtad inquebrantable hacia Ursula. Las dos primeras eran en el fondo una misma cosa, pero ahora la propia Ursula había tomado la iniciativa de quebrantarlas. Se había presentado en su casa. Habían estado juntos en la ciudad. La idea había sido suya y no de Torkel. Si había infringido una de las reglas, quizá pudiera plantearse contravenir también la tercera. Quizá fuera posible empezar a hablar del futuro.

—¿Quién quería verte? —preguntó Vanja.

Torkel se volvió hacia ella mientras repasaba mentalmente sus últimos razonamientos. Si quería tener un futuro con Ursula, estaba obligado a respetar de forma escrupulosa la cuarta regla que él mismo había establecido después de Västerås: lealtad inquebrantable, siempre y en todas las circunstancias.

Por lo tanto, se aclaró la garganta, se inclinó hacia delante y dijo:

—Sebastian. Estoy considerando la posibilidad de incorporarlo a la investigación.

La reacción fue más o menos la esperada. Vanja y Ursula intercambiaron una mirada que fue suficiente para expresar lo que pensaban de la proposición, del propio Sebastian y de la perspectiva de trabajar otra vez con él. Billy se recostó en la silla, con un esbozo de sonrisa en el rostro.

—Ya sé lo que Ursula y Vanja piensan al respecto —prosiguió Torkel—, pero no lo propondría si no pensara que puede ayudarnos.

Vanja hizo una inspiración, como para empezar a decir algo, pero Torkel la interrumpió con un gesto.

—También sé que todo aquello que eventualmente ganemos en la investigación, por el hecho de tenerlo con nosotros, lo perderemos en irritación, menor concentración e incluso falta de efectividad. Por eso quiero que esta vez decidamos por consenso si queremos incorporarlo al equipo.

—¿Y si no llegamos a un acuerdo? —preguntó Vanja.

—Entonces, no vendrá.

Se hizo un silencio en la sala. Vanja y Ursula volvieron a intercambiar una mirada, como para decidir cuál de las dos impediría el regreso de Sebastian. ¿Sólo una de ellas tendría esa satisfacción o lo harían las dos?

—Por mí, no hay ningún problema —intervino Billy de repente—. Creo que puede ayudarnos.

Vanja lo miró irritada. ¿Qué se proponía?

—Muy bien —dijo Torkel un poco sorprendido. Las cosas estaban yendo mejor de lo esperado.

Pero entonces Billy reparó en la expresión de Vanja y se vio obligado a argumentar un poco más su respuesta.

—Es un experto en asesinos en serie y justo es a un asesino en serie a quien estamos intentando atrapar.

En lugar de responderle, Vanja se levantó de la silla con gesto airado y se dirigió a la pizarra, donde se puso a estudiar unas imágenes que ya conocía en todos sus detalles. Torkel observó que se mordía el labio inferior y dedujo que a ella también le costaba decidirse entre sus preferencias personales y los aspectos puramente profesionales. Vanja se volvió hacia él.

—¿Crees de verdad que con Sebastian tendremos más probabilidades de descubrir al responsable de todo este horror?

Con un amplio gesto de la mano, señaló las fotografías de mujeres muertas que tenía a su espalda. La pregunta estaba justificada. Si Torkel dejaba al margen sus sentimientos y consideraba objetivamente el caso, la respuesta sólo podía ser una.

—Sí, de verdad lo creo.

Vanja hizo un gesto afirmativo y volvió a su puesto.

—Entonces, tú y yo tenemos opiniones diferentes. Lo siento.

Torkel asintió y se volvió hacia Ursula, que estaba echada hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en algún lugar de la mesa. Los otros esperaron a que terminara de reflexionar.

—Ahora que Wahlström ha quedado descartado, no tenemos nada. Si tuviéramos alguna pista, por pequeña que fuera, me opondría. Diría que no, que de ninguna manera. —Levantó la vista y miró a Torkel—. Pero no tenemos nada.

—Entonces ¿te parece bien que venga?

—No, pero si me preguntas si opino que puede añadir algo a la investigación, la respuesta es afirmativa.

Se hizo un silencio en la sala y Vanja se puso de pie.

—Ese tipo es una desgracia.

—Si no funciona, lo echamos —dijo Billy mientras se ponía de pie y miraba a Vanja y a Ursula—. En Västerås no se equivocó, ¿verdad? Tú misma has dicho que sus libros son buenos.

Vanja miró con curiosidad a Billy, de pie frente a ellas. Era evidente que le había pasado algo. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento, dirigido a él y a Torkel.

—Si los tres creéis que con Sebastian tendremos más probabilidades de atrapar al asesino, no hay más que hablar, ¿verdad? Llamadlo para que venga.

—¿Es lo que tú quieres?

Vanja negó la cabeza, con gesto malhumorado.

—No, pero puedo adaptarme. No pienso ser la persona que acabe con la armonía del grupo. De eso ya se encargará Sebastian.

—Si no funciona, podemos echarlo, como ha dicho Billy —añadió Torkel mirándola.

Ursula dejó escapar una risita cínica que expresaba con claridad su escepticismo respecto a esa posibilidad. Torkel prefirió no prestarle atención. Se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Voy a buscarlo.

Había sido más fácil de lo que esperaba. Mucho más fácil. Por desgracia, eso sólo ponía de manifiesto la situación de pánico en que se encontraban.

Cuando Sebastian entró en la sala, fue directo a la pizarra, sin saludar a nadie. A Torkel le pareció que llegaba esperanzado y expectante, como un niño antes de Navidad.

Sebastian se detuvo un momento delante de las fotografías y las recorrió rápidamente con la mirada. No acababa de entenderlo. ¿Le estaban tomando el pelo?

—¿Son éstas las fotos nuevas?

—Sí.

Se volvió hacia la pizarra y se concentró una vez más en el estudio de las imágenes. Las observó con más detenimiento. Notó que habían copiado los asesinatos en todos sus detalles, pero esta vez se fijó también en las diferencias.

Las habitaciones eran otras.

Eran otras las mujeres.

Un imitador.

Se volvió de nuevo hacia Torkel, con más irritación que curiosidad.

—¿Por qué cojones no me llamasteis antes, cuando encontrasteis a la primera víctima?

—No es Hinde —dijo Vanja.

—Ya sé que no es Hinde, pero ¿por qué no me dijisteis nada? —Le costaba mitigar el tono de indignación cuando se dirigía a Vanja—. Si se hubiera fugado o lo hubieran puesto en libertad, yo me habría enterado. Pero hay alguien que está intentando reproducir sus crímenes con la mayor precisión. ¡A primera vista son indistinguibles! Tendríais que haberme llamado nada más notarlo.

—¿Por qué? —preguntó Vanja porfiadamente.

A su pesar, se había sentido ofendida desde que Sebastian había entrado y no les había dirigido ni una palabra de agradecimiento o de alegría por estar de vuelta en el equipo. No había dicho ni una sola frase de cortesía, ni les había preguntado qué tal estaban o cómo les iba la vida. Había entrado pisando fuerte, como si fuera un integrante natural del grupo. Le enfurecía su

actitud. Y también le fastidiaba la sonrisita condescendiente con que la estaba mirando, como si ella fuera corta de entendederas, la misma sonrisa con que la había mirado Carl Wahlström.

—¿Tú qué crees? —le respondió Sebastian—. Tendríais que haberme llamado porque nadie sabe de Hinde más que yo.

—¿Y eso qué importa?

Vanja había decidido no ceder. ¿Cuánto tiempo hacía que Sebastian estaba con ellos? ¿Dos minutos? Tenía por lo menos la misma autosuficiencia que antes y como mínimo la misma falta de humildad. ¿No le había dicho Torkel que lo contrataban por pena? Acababa de llegar y ya se había adueñado de la reunión, de la sala y de toda la investigación. Había que bajarle los humos.

—Es otra persona con motivaciones totalmente diferentes. No sabemos si tus conocimientos sobre Hinde pueden ser de alguna utilidad en este caso.

—Mis conocimientos siempre son útiles, de lo contrario no me habríais invitado al grupo. No estoy aquí porque os guste mi forma de ser. Así que, por favor, ¿puede alguno de vosotros decirme qué habéis averiguado hasta ahora?

Vanja lanzó un suspiro y Billy se puso de pie.

—Yo puedo hacerte un resumen.

Sin esperar respuesta, Billy se dirigió a la pizarra. Torkel se volvió hacia Vanja, que se encogió de hombros.

—De acuerdo. Adelante.

Sebastian cogió una silla y se sentó al lado de Ursula.

—Me alegro de volver a verte —le susurró. Por el modo en que lo miró Ursula, era evidente que el sentimiento no era mutuo—. ¿Me has echado de menos?

Ursula se limitó a negar brevemente con la cabeza mientras concentraba toda la atención en la pizarra. En ese momento, Billy estaba señalando la fotografía de una de las mujeres, de unos cuarenta años, ojos pardos y flequillo, que miraba sonriendo a la cámara.

—24 de junio. Marie Lie, residente en Bromma. Soltera. Una amiga se preocupó al ver que no volvía al trabajo después de la fiesta de San Juan.

Billy desplazó el dedo índice desde la fotografía oficial hacia una imagen captada en el lugar del crimen. La mujer aparecía boca abajo en la cama, atada con medias de nailon, violada y muerta con una violenta cuchillada que le había seccionado las arterias del cuello y la tráquea.

Sebastian asintió en silencio. Todo le resultaba familiar. Era como viajar hacia atrás en el tiempo. Empezó a repasar mentalmente lo que sabía sobre criminales que imitaban a otros criminales. Había unos cuantos, pero los imitadores de asesinos en serie eran muy pocos. La mayoría reproducían matanzas en centros escolares o crímenes aislados de gran violencia que habían visto con anterioridad en el cine o en un videojuego. Un imitador debía sentir una fascinación enfermiza por el original, era evidente, pero ¿qué más? Tenía que ser un perturbado, por supuesto, pero de otra clase. Mientras que el asesino en serie a menudo lograba mantener una fachada de normalidad y de «persona corriente», el imitador solía encajar mejor en la imagen de «tipo raro». Era más retraído, con poca autoestima y escasa confianza en sí mismo. Un producto de su infancia.

Como siempre.

Era alguien que, al igual que el asesino original, podía atravesar la frontera entre la fantasía y la realidad y ejercer una violencia extrema, pero carecía del carácter necesario para tomar la iniciativa y elegir por sí mismo un método y unas víctimas. Necesitaba un modelo. En eso y en todo lo demás. El hombre que buscaban nunca destacaba en nada.

—No hay indicios de que el asesino forzara la entrada —prosiguió Billy—. Parece ser que esta mujer, lo mismo que las otras víctimas, lo dejó pasar. En cambio, sí que hay señales de lucha dentro del apartamento. Se han hallado restos de semen, vello púbico y huellas dactilares en el lugar del crimen.

Apoyó el índice en otra foto: una mujer rubia, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, con ojos azules y una pequeña cicatriz en el labio superior, que probablemente era la huella de una operación de labio leporino en la infancia. A primera vista, no tenía ningún parecido con la primera. Cuando Sebastian la vio, sintió que pasaba por su mente el embrión de un pensamiento, tan pequeño y fugaz que no consiguió atraparlo.

—15 de julio. Jeanette Jansson Nyberg, de Nynäshamn. Su marido y sus hijos regresaron después de participar en un torneo de fútbol que duró un par de días y la encontraron muerta. Había escrito en su blog que pensaba pasar sola todo el fin de semana y «simplemente descansar». Quizá el asesino averiguó de ese modo cuál era el mejor momento para atacar.

—¿La otra también tenía un blog? ¿La primera? —preguntó Sebastian.

Billy negó con la cabeza.

—No, pero tenía cuenta en Facebook. Y en su perfil decía que estaba soltera.

Sebastian asintió. Él no participaba en las redes sociales, pero a veces se sorprendía de la cantidad de información que la gente estaba dispuesta a compartir con desconocidos. Los ladrones ya no tenían que vigilar las casas para enterarse de cuándo quedaban vacías. Los propietarios se lo informaban de forma voluntaria y con la mayor ligereza cuando anunciaban en sus blogs el comienzo de sus ansiadas vacaciones o del viaje que tenían planeado. Lo mismo podía decirse de su situación sentimental: las personas solteras solían vivir solas y, por lo general, eran más vulnerables.

—Encontramos una huella en el sendero, al pie de la escalera —intervino Vanja—. No era del marido ni de los hijos de la víctima. Las muestras de semen de este caso y del primero corresponden al mismo individuo.

—Entonces ¿deja pistas de modo deliberado?

—Todo hace pensar que sí —respondió Torkel—. La otra posibilidad es que sea más torpe de lo normal. Pero si fuera tan torpe, ya habría tenido algún encontronazo con la policía, y no ha sido así.

—De hecho, debería tener antecedentes policiales —observó Sebastian con expresión preocupada—. Los imitadores suelen tener algún tipo de pasado delictivo. Es extremadamente inusual que empiecen asesinando.

—¿Lo de dejar pistas adrede puede significar algo? —preguntó Billy.

Sebastian lo miró. Lo notó diferente. La vez anterior, Billy se había contentado con ocuparse de los aspectos técnicos de la investigación: las cámaras de vigilancia, los teléfonos móviles y los registros de llamadas. Era la persona a la que todos acudían cuando pensaban que la respuesta a

una de sus preguntas podía estar oculta en un ordenador.

Pero ahora parecía más activo en facetas de la investigación a las que antes ni siquiera habría prestado atención. En general, parecía mucho más despierto que la última vez que habían trabajado juntos.

—Es una demostración de fuerza: «No podéis encontrarme a pesar de todas las pistas que os dejo». Hace que se sienta más listo que la policía. Y es una manera de asegurarse la atribución de todos los crímenes que comete y de que ningún abogado, por hábil que sea, pueda arrebatarle la gloria.

—Entonces ¿quiere ir a la cárcel?

—No, pero si finalmente acaba en prisión, quiere estar seguro de que la historia no acabará ahí.

—Bueno, sea como sea... —Billy reanudó la explicación interrumpida—. Vemos que se repite el mismo procedimiento. El mismo camisón...

Desplazó el dedo índice hasta el tercer rostro en la pizarra. Otra mujer de pelo oscuro.

—Y anteayer, Katharina Granlund, de cuarenta y cuatro años. La misma manera de actuar. Todo idéntico. No tenemos nada más.

Billy volvió a su puesto en medio del silencio y se sentó. Sebastian se inclinó hacia delante.

—Está aumentando el ritmo.

—¿Y eso es importante?

—Hinde tenía un período de reposo bastante constante. A veces podía acortarlo, pero sólo marginalmente.

—¿A qué llamas «período de reposo»?

—A los intervalos entre asesinatos.

Sebastian se puso de pie y empezó a caminar por la sala. Vanja seguía sus movimientos con una mirada hostil. De pronto, Sebastian notó que casi no había pensado en ella desde que había entrado en la sala de reuniones. El caso había acaparado toda su atención y había arrinconado los otros pensamientos, al menos de momento. Había una conexión con Hinde. Y eso suponía una conexión con el antiguo Sebastian.

El bueno.

El mejor.

—Después de matar, el asesino se mantiene discretamente inactivo por un tiempo, en parte porque tiene miedo de ir a la cárcel. A veces tiene sentimientos de culpa y de ira por haberse permitido poner en práctica sus fantasías, pero en la mayor parte de los casos se trata sólo de un descanso. Hasta que vuelve a sentir el impulso, el deseo... El ciclo puede abreviarse, pero no tanto.

Se detuvo y señaló con un gesto las fotografías de la pizarra.

—El hombre que ha hecho esto no reflexiona a posteriori. No pasa por las diferentes fases.

—¿Y eso qué significa? —volvió a preguntar Billy.

Sin duda, estaba mucho más despierto.

—Asesinar no es para él una pulsión incontrolable. Lo ve más como un trabajo, algo que es preciso hacer.

—¿Qué hacemos para pararlo?

Sebastian se encogió de hombros.

—No lo sé.

Se volvió hacia Torkel.

—Tengo que ver los lugares del crimen. Por lo menos, el último, el de anteayer.

—Ya lo inspeccionamos a fondo —intervino Ursula antes de que Torkel pudiera responder —. Si quieres saber algo, no tienes más que preguntar.

—Hay una cosa que se os ha escapado si es verdad que es un imitador.

Ursula sintió crecer la irritación en su interior. A ella nunca se le escapaba nada. En todos sus años de trabajo, primero en el laboratorio central de la policía científica y después en la Unidad de Homicidios, nunca había pasado nada por alto. Y Sebastian lo sabía, por supuesto.

—¿Qué crees que se nos ha escapado? —preguntó Ursula, logrando disimular casi por completo su incipiente furia.

En lugar de responderle, Sebastian se volvió otra vez hacia Torkel.

—¿Puedo ver el lugar del crimen o no?

Torkel lanzó un suspiro. Conocía bastante bien a Ursula en ese sentido. Nadie podía poner en duda su profesionalidad sin sufrir las consecuencias. Quizá tuviera otros defectos y debilidades, pero en su parcela era la mejor y ¡ay del que dijera lo contrario! Torkel tuvo la sensación de que Ursula ya empezaba a arrepentirse de no haberse opuesto a la incorporación de Sebastian.

—Vanja, lleva a Sebastian a la casa de Tumba.

Vanja quedó paralizada. La expresión de su cara y todo su cuerpo decían a las claras lo que pensaba de la perspectiva de pasar un rato a solas en un coche con Sebastian Bergman.

—¿Es una orden?

—Sí, es una orden.

—Ven, vamos —dijo Sebastian con una amplia sonrisa mientras se dirigía a la puerta, para salir al pasillo.

Cuando vio que Vanja se levantaba a su pesar de la silla, lanzándole a Torkel una mirada sombría, experimentó una sensación que llevaba muchos años sin conocer.

Era euforia.

Había vuelto a trabajar y, ya el primer día, iba a pasar un rato a solas con su hija en un coche.

Era preciso tener una vida propia antes de formar parte de la vida de otra persona.

Se dio cuenta de que esa investigación realmente podía ser su camino de regreso.

Iban sentados en silencio, en el Volvo azul oscuro. Vanja salió del garaje de la policía hacia Fridhemsplan, se detuvo un momento junto a la caseta del guardia, enseñó su identificación y siguió por Drottningholmsvägen. Sebastian la observaba con atención. Era evidente que estaba enfadada. Había irritación en cada uno de sus movimientos: cuando cambiaba de marcha, cuando se pasaba a otro carril en una arranque de agresividad... Y también había furia en su mirada cuando él abrió la ventanilla y dejó entrar en el vehículo el aire húmedo y caluroso del verano.

—El aire acondicionado no funciona si abres la ventana.

—No se puede tener todo.

Sebastian dejó colgar un brazo por fuera de la ventana. Le gustaba la manera directa de hablar de Vanja. Hacía de ella una persona más verdadera.

Viva. Fuerte.

Llevaba tanto tiempo contemplando a su hija desde la distancia que tenerla tan cerca casi le provocaba mareos. Hacía mucho que no se sentía tan a gusto y en paz como en ese instante. Por muy indignada y furiosa que estuviera Vanja, le habría gustado prolongar indefinidamente esos momentos juntos en el coche. Hasta el tráfico de Estocolmo le parecía armonioso.

Siguieron por la E-4 hacia el sur. Cuando llegaron a las islas de Essinge, Vanja ya no pudo seguir callada.

—¿Eres masoquista?

Sobresaltado, Sebastian se volvió hacia ella sin entender muy bien la pregunta.

—¿Qué...? No, claro que no.

—Entonces ¿por qué has vuelto? —Sus ojos relampagueaban de irritación—. ¿Por qué te empeñas en estar en un sitio donde todos te odian?

—Billy no me odia.

—No lo dice abiertamente.

—Es lo mismo.

Sebastian esbozó una sonrisa. ¿De verdad pensaba Vanja que sus acciones dependían de la opinión que las demás personas pudieran tener de él?

—¿Estás tan acostumbrado a que la gente te deteste que te conformas con que sólo te soporten?

—Supongo que sí.

—Si no fueras un cabrón, me darías pena.

—Gracias.

La miró con agradecimiento y notó que ella se enfurecía todavía más. Era una sensación peculiar encontrarse tan cerca de ella y ser el único que conocía todas las implicaciones de la situación.

Le habría gustado saber más de Vanja. ¿Con qué soñaba? ¿En qué pensaba cuando se sentaba a desayunar por la mañana? ¿De qué se reía con el hombre que consideraba su padre? ¿Tendría él alguna posibilidad de acercarse a ella de esa manera? ¿Podría tener con ella algo que no fuera enfrentamiento y oposición?

—¡Basta ya! —dijo Vanja de repente, con indignación en la mirada.

—¿Qué?

—¡Deja de mirarme de ese modo!

—¿Cómo?

—Así. Como me estás mirando ahora. Prefiero no saber en qué estás pensando.

—Nunca lo adivinarías...

Vanja lo miró furiosa y casi asqueada.

—¡Te digo que no me mires!

Sebastian volvió otra vez la vista al frente. Sin saberlo, Vanja se había acercado a la verdad, la había rozado, y él quiso seguir tocando de algún modo lo imposible. Era difícil pensarlo, pero decirlo era todavía más complicado.

—Si tú yo nos hubiéramos encontrado en otro... —Hizo una pausa y prosiguió—. En otro momento de la vida. Lo que quiero decir es... Hay una razón para todo, ¿sabes?

Ella lo interrumpió.

—Sebastian...

—¿Sí?

—Cállate.

Él guardó silencio y ella aceleró.

No se dijeron nada más durante el resto del viaje.

La finca del número 19 de Tolléns Väg era una de las muchas casas cuidadas y elegantes en uno de los muchos suburbios residenciales de Estocolmo. El jardín había recibido más horas de amor y atenciones que la mayoría, según pudo apreciar Sebastian, pero ningún otro detalle le pareció destacable. Sólo el cartel amarillo pegado a la puerta principal recordaba la tragedia: POLICÍA CIENTÍFICA. PROHIBIDO EL PASO. Vanja se adelantó unos metros, subió los peldaños y abrió con la llave que llevaba. Sebastian, con menos prisa, se demoró un momento en el cuidado jardín mientras estudiaba la casa. Dos plantas, con cubierta de tejas rojas, fachada amarilla y marcos de las ventanas pintados de blanco. Unas cortinas bonitas y jardineras blancas en los alféizares. Hasta hacía pocos días, habían vivido en esa casa un hombre y una mujer, con sus sueños y sus anhelos.

Era probable que nunca hubieran querido llamar la atención.

Pero querían vivir.

Vanja abrió la puerta y se volvió hacia él.

—¿Vienes?

—Sí, ya voy.

Sebastian entró con ella en la casa.

El calor era agobiante y un olor metálico y dulzón saturaba el aire. «Para que aún se perciba el olor, la víctima debió de sangrar copiosamente», pensó Sebastian.

—¿Dónde está el dormitorio?

—La mataron en el piso de arriba. ¿Qué estamos buscando?

—Primero quiero ver el dormitorio.

Vanja asintió irritada y se puso en marcha.

—Sígueme.

Subieron la escalera en absoluto silencio. Siempre pasaba lo mismo. La muerte ponía sordina a todos los ruidos y reducía el ritmo de los acontecimientos. Ambos llegaron al dormitorio y se detuvieron delante de la puerta. Las paredes estaban tapizadas con un agradable papel pintado amarillo, con motivos en relieve de aspecto tranquilo. Las cortinas estaban cerradas y habían retirado la ropa de cama, sin embargo la gran mancha oscura que se extendía por el colchón lo decía todo. Sebastian entró con mucho cuidado en la habitación y miró a su alrededor.

—¿Qué decías que se nos había escapado? —preguntó Vanja impaciente.

—Un cuarto pequeño, un trastero o un armario —respondió Sebastian mientras se agachaba junto a la cama.

Vanja lo miró con expresión cansada y le señaló las puertas correderas blancas al otro lado de la cama.

—Ahí tienes un armario.

Sebastian negó con la cabeza sin volverse para mirarlo.

—Tiene que poder cerrarse con llave por fuera.

Aún en cuclillas, siguió estudiando la habitación. Encima de la mesilla de noche había varios libros de bolsillo, delante de una foto en blanco y negro de una pareja sonriente, en marco de plata. Manchas de sangre sobre el cristal. Un hombre y una mujer. Richard y Katharina Granlund. A ella la reconoció porque ya había visto fotos suyas en la Unidad de Homicidios. Cogió el marco con cuidado.

—¿Qué se supone que encontraremos en ese armario? —oyó que decía Vanja desde la puerta.

En lugar de contestarle, Sebastian siguió mirando la imagen que sostenía entre las manos. La pareja estaba en una playa y los dos parecían felices y enamorados. La mujer abrazaba al hombre, que miraba directamente a la cámara. La playa parecía de Gotland, o tal vez de Öland. Una playa de piedras, en algún lugar de la costa sueca. No había pasado mucho tiempo desde aquel verano. O había pasado una eternidad, si uno era el marido de la víctima. Volvió a colocar la fotografía en su sitio. Le vino una idea a la mente.

Vaga. Huidiza.

Se volvió para mirar la foto una vez más.

—¿Qué crees que vamos a encontrar? —insistió Vanja cada vez más irritada.

Sebastian decidió olvidar la fotografía. Se levantó y la miró.

—Comida —le dijo.

Vanja bajó al piso inferior mientras Sebastian inspeccionaba de forma metódica la planta alta, donde había otras tres habitaciones. Una de ellas parecía el estudio común de la pareja, con impresora y escáner. Sebastian supuso que Billy se habría llevado el ordenador. Una librería con todo tipo de volúmenes cuidadosamente ordenados, desde novelas de Tom Clancy hasta libros de cocina, ocupaba toda una pared. Al no encontrar lo que buscaba, Sebastian salió otra vez al pequeño cuarto de estar.

Echó un vistazo rápido al baño recién reformado: blanco, sobrio, embaldosado del suelo al techo, con bañera de hidromasaje y cabina de ducha. El típico cuarto de baño que quieren tener las parejas modernas. Pero no era lo que estaba buscando. El vestidor se acercaba más a lo que tenía en mente, pero tampoco podía cerrarse por fuera.

Bajó la escalera. La cocina se abría hacia una amplia terraza de madera en la parte trasera de la casa. Más allá se extendía el jardín cuidado con escrupulosidad. El ambiente de la cocina era tan fresco y luminoso como el del baño: agradable y abierto, con armarios blancos y superficies de piedra negra. En el centro había una isla con dos butacas altas. Quedaban algunos platos en el fregadero, pero todo lo demás estaba perfectamente ordenado. Cuando se disponía a pasar al comedor, Vanja lo llamó.

—¡Sebastian!

Estaba lejos. Volvió a gritar.

—¡Sebastian!

—¡Aquí estoy! ¿Qué pasa?

—¡En el sótano!

La escalera que bajaba al sótano se encontraba justo al lado de la puerta trasera, pero a Sebastian le costó un momento encontrarla. Era estrecha y estaba en penumbra. Aunque los Granlund habían decorado las paredes con reproducciones de arte moderno, era evidente que nunca habían prestado mucha atención a esa parte de la casa. Allí no se veían los tonos alegres y los acabados perfectos de las otras habitaciones. Olía ligeramente a humedad, pero en comparación con el olor dulzón del resto de la casa era casi preferible. Al pie de la escalera se extendía lo que en otro tiempo había sido un cuarto de juegos y que con toda probabilidad se utilizaba como trastero. Como el techo era bajo, Sebastian tuvo que agacharse para pasar por debajo de las tuberías del agua caliente. Aparte de la luz tenue que entraba por un ventanuco en lo alto de la pared, una única lámpara colgada del techo iluminaba toda la habitación. Vanja lo esperaba delante de un armario. Se volvió hacia él y lo animó a acercarse. La luz amarillenta de la lámpara a sus espaldas le encendía el pelo con un fulgor dorado. Señaló la puerta del armario. Había una llave en la cerradura.

—¿Es esto lo que buscabas?

—¿La has abierto?

Sebastian se acercó con interés.

—No. Pensé que querías hacerlo tú. —Se apartó y lo dejó pasar—. También espero que me

expliques qué estamos haciendo aquí.

Sebastian miró primero la puerta y después a ella.

—Y yo espero equivocarme.

—No es verdad.

En lugar de responder, Sebastian alargó el brazo y probó la manilla de la puerta. Estaba cerrada con llave. Con la otra mano, hizo girar la llave. Presionó otra vez la manilla y la puerta cedió. El interior estaba oscuro. La luz de la lámpara solitaria que tenían detrás no llegaba muy lejos, pero les fue suficiente para distinguir los contornos de lo que había en el suelo del armario. Sebastian sintió que un gélido estremecimiento le recorría el cuerpo. Buscó a tientas el interruptor junto a la puerta y, cuando por fin lo encontró, la luz de la bombilla transformó su angustia en una realidad incuestionable. Todo estaba perfectamente dispuesto y ordenado.

Una botella de refresco de frutas.

Un paquete de galletas maría.

Dos plátanos.

Una barra de chocolate con cereales.

Un envase vacío de lejía.

Era él. No podía ser otro.

Hinde.

De vuelta en la sala, Vanja colocó en la pizarra las fotos que habían tomado en casa de los Granlund. Sebastian iba y venía agitado. No paraba de dar vueltas por la habitación. De todas las cosas del pasado que podían regresar para atormentarlo, jamás habría pensado en Hinde.

—Nuestro hombre tiene unos conocimientos sobre el modus operandi de Hinde que sólo pudo haber sacado de un sitio —dijo Sebastian cuando todos estuvieron sentados.

—¿De tus libros? —preguntó Ursula.

También había sido lo primero que había dicho Vanja cuando él le había expuesto su teoría en el coche mientras volvían de Tumba. Sin dejar de ir y venir por la habitación, le dio a Ursula la misma respuesta que le había dado a Vanja.

—Mis libros dicen solamente que dejaba provisiones, pero no de qué tipo, ni cómo. —Se detuvo un momento delante de la pizarra y golpeó con los nudillos la fotografía de los comestibles dispuestos con cuidado en el sótano de la familia Granlund—. Tanto los artículos como su disposición coinciden con exactitud con las vituallas que dejaba Edward Hinde —prosiguió—. Los detalles no se han publicado en ningún sitio. El asesino ha tenido que comunicarse con Hinde de alguna manera.

—¿Cómo?

Vanja había preguntado lo mismo ante su tajante afirmación.

Sebastian lanzó un suspiro. No tenía más información que veinte minutos antes, cuando iba con Vanja en el coche. No sabía cómo. Pero estaba seguro de que no se equivocaba.

—No lo sé, pero sólo Edward ha podido darle esa información.

—O algún policía que haya participado en la investigación original.

Se interrumpió la actividad en la sala y todos se volvieron hacia Billy, que a su vez abrió los brazos en un gesto de desconcierto ante las miradas de asombro de los demás.

—Como Hinde no puede comunicarse con el mundo exterior, he intentado encontrar otra explicación.

—En la investigación original estábamos Sebastian, Ursula, Trolle y yo —dijo Torkel en tono sereno y objetivo—. De aquellos cuatro, tres estamos aquí. En cuanto a Trolle, me parece muy poco probable que haya decidido revivir sus días de gloria involucrándose en el asesinato de varias mujeres. Pero tendremos que hablar con él.

Sebastian se quedó helado. ¿Sería posible que Trolle tuviera algo que ver? Había caído muy bajo, pero ¿hasta ese punto? Quizá se hubiera ido de la lengua estando borracho, con la peor persona y en la peor situación. Nadie del equipo creía que pudiera estar involucrado, pero ¿qué

pasaría si Vanja se presentaba en su casa y lo presionaba? Sebastian sintió vértigo. Mentalmente, se imaginó a Vanja interrogando a Trolle, y a éste contándole lo que Sebastian le había encargado que investigara. ¡Mierda! Ni siquiera haría falta que Vanja lo presionara. Trolle era capaz de delatar a su antiguo colega por pura diversión. Sebastian tragó saliva e intentó concentrarse en la conversación y en la sala a su alrededor.

—No he dicho que haya sido uno de vosotros —aclaró Billy—. Seguro que hubo muchos técnicos y agentes uniformados en los lugares de los crímenes. Si vosotros encontrasteis la comida que dejaba Hinde, otros debieron de verla también.

—La encontré yo más adelante cuando Hinde me la mencionó. Si el equipo la hubiera encontrado —añadió Sebastian, abarcando con un gesto a sus colegas—, Torkel y Ursula lo recordarían. —Se volvió para mirar a Billy—. ¡Piensa antes de hablar!

—Es lo que he hecho. He intentado ver las cosas desde otro ángulo. Pero sí, de acuerdo. Me he equivocado.

Vanja miró asombrada a su compañero. Era la voz de Billy, pero las palabras no parecían suyas. ¿Desde cuándo Billy intentaba ver las cosas desde otro ángulo? Y si hacía tiempo que lo intentaba, ¿cuándo había empezado a decirlo?

—Tenéis que mencionarlo cuando habléis con Hinde mañana por la mañana —intervino Torkel—. Os han autorizado la visita.

—¿Qué significa esa comida? ¿Para qué la deja? —preguntó Ursula.

—Está en mis libros —respondió Sebastian con sequedad.

—No los he leído.

Sebastian se volvió hacia ella, que le devolvió la mirada con una sonrisa satisfecha. ¿Sería posible? ¿Se habría perdido Ursula solamente por rencor los mejores libros sobre asesinatos en serie escritos en sueco?

—Yo tampoco los he leído —intervino Billy.

Sebastian suspiró. ¿Era concebible que la mitad de los principales responsables de investigar homicidios en el país no conocieran sus libros? Vanja los había leído, eso lo sabía, pero ¿lo habría hecho Torkel? Echó una mirada hacia su antiguo colega, que lo miró a su vez sin revelarle nada. Sebastian quiso suponer que él sí los habría leído. ¿O tal vez no? Volvió a suspirar. Había repetido muchas veces la historia de Edward Hinde, en un sinfín de conferencias. Se la sabía de memoria. De pronto, comprendió que iba a tener que contarla de nuevo, al menos en una versión abreviada.

—De niño, Edward vivía solo con su madre, que siempre estaba en cama, enferma. Una desgracia, en más de un sentido. Edward me contó que recordaba la primera vez. Fue un miércoles. Lo recordaba bien. Había vuelto del colegio...

... Y está cocinando, friendo palitos de pescado en la sartén. Las patatas se están cociendo en la olla, bien tapadas, como le han enseñado. No ve la hora de sentarse a cenar. Le gustan los palitos de pescado y, para postre, piensa repartirse con su madre los restos de su pastel de cumpleaños. Canturrea un poco A Hard Day's Night, *de los Beatles, que ocupa el primer lugar en la lista de éxitos de la radio. Justo cuando empieza a cortar los tomates, oye que su madre lo*

llama. Deja el cuchillo sobre la encimera y apaga los fuegos por precaución. Sube al piso de arriba. A veces, ella le pide que le lea alguna cosa en voz alta y eso puede llevar bastante tiempo. Él no lee muy bien. No hace mucho que ha aprendido. Yendo poco a poco, consigue leer los libros infantiles más sencillos, pero a su madre le gusta oír su voz, y dice que además es buena práctica para él. Su madre pasa casi todo el tiempo en cama. Se levanta solamente unas horas al día, un poco más cuando se siente mejor y un poco menos cuando empeora. Hoy es un buen día. Parece descansada y despierta, vestida con su camisón, cuando le indica con la mano que se siente a su lado en la cama. Él obedece. Es un niño obediente. Obediente y educado. En la escuela saca buenas notas y las maestras lo quieren mucho. Le gusta la escuela y tiene facilidad para aprender. Es inteligente. Lo dicen su madre y su maestra. Le han explicado que en primavera quizá pueda empezar con las matemáticas de tercer curso. Su madre le señala que ha crecido mucho y que es un niño muy bueno. Le acaricia el brazo y lo coge de la mano. Es su niño grande, le dice. Hay una cosa más que le gustaría que hiciera. Le agarra la mano con más fuerza y se la arrastra debajo de la manta, donde está más caliente. Se la apoya sobre el muslo. Edward la mira sin comprender. ¿Por qué quiere su madre que le ponga la mano ahí? A veces él se pone las manos entre los muslos cuando tiene mucho frío, pero ahora no hace frío.

—La primera vez, acababa de cumplir ocho años. Como es lógico, no entendió lo que estaba pasando. La última, tenía treinta y ocho. Para entonces, estaba deshecho.

—¿Lo hicieron durante treinta años? —preguntó Vanja con escepticismo.

—Sí.

—¿Por qué no se marchó? ¿Por qué no paró?

Sebastian lo había pensado muchas veces. ¿Por qué se había quedado Edward? Su madre estaba enferma, no podía imponerse por la fuerza y él era un hombre adulto. ¿Por qué no se fue, o la mató... o algo?

—Al principio, era demasiado pequeño. Después, tenía miedo. Y al final... llevaba demasiado tiempo haciéndolo. —Sebastian negó con la cabeza—. No puedo explicarlo mejor sin profundizar mucho más en todo lo que hace que seamos como somos. Pero tampoco serviría en este caso. No tienes suficiente imaginación para entender esa relación.

Vanja se limitó a asentir. Quizá el comentario de Sebastian fuera ofensivo, pero sintió que podía aceptarlo. Se alegraba de ser incapaz de imaginar todo lo que había padecido ese niño solitario de ocho años.

—¿Nadie se enteró? ¿Nadie lo sospechó nunca? —preguntó Billy con interés—. Supongo que debió de afectar su rendimiento en la escuela, ¿no?

—Su madre lo amenazó con suicidarse si se lo contaba a alguien. Era muy importante que se comportara con normalidad, para que nadie sospechara nada. Él mismo pensaba que si hacía algo raro, la gente empezaría a extrañarse y acabaría por averiguarlo todo. Es curioso, pero cuanto más tiempo pasaba, más «normal» se volvía él. Se convirtió en un maestro en el manejo de cualquier situación inesperada. Se sentía obligado. Pensaba que cualquier descuido suyo podía suponer la muerte de su madre.

Su mamá se acuesta boca abajo y se levanta el camisón. Él nunca le ve la cara, porque la tiene hundida en la almohada. Antes ella le indicaba que se acostara encima y le decía lo que tenía que hacer y cómo tenía que moverse. Ahora ya no. Se queda callada, por lo menos al principio. Él sabe exactamente lo que pasará. Siempre es igual. Ella lo llama, le pide que se siente a su lado y le dice que ha crecido mucho, que es un niño muy bueno y que la hace muy feliz. Después, arrastra su mano debajo de la manta. Todo sucede exactamente igual cada vez.

Al cabo de un rato, se oye el ruido que sale del fondo de la almohada. Edward detesta ese ruido y daría cualquier cosa para no tener que oírlo. Significa que pronto se acabará todo. A él no le gusta. Ya sabe que las otras madres no lo hacen. Lo detesta. Pero todavía es peor lo que pasa después del ruido...

—Cada vez que lo forzaba a practicar el sexo con ella, lo castigaba. Le decía que había hecho algo sucio, horrible, repugnante, y que no podía soportar mirarlo.

Ella vuelve la cara para no mirarlo mientras abre la puerta del espacio sin ventanas debajo de la escalera. Él entra y se sienta en el suelo frío. Es preferible no llorar ni suplicar, porque entonces sería peor. Podría prolongarse el castigo. Apoya los brazos sobre las rodillas mientras ella cierra la puerta. Su madre no ha dicho nada después de proferir el ruido en lo hondo de la almohada, y Edward ni siquiera está seguro de que ese ruido sea una palabra. Está oscuro. Nunca sabe cuánto tiempo tendrá que quedarse ahí dentro. Todavía no sabe leer la hora, aunque en la escuela ya han estudiado la hora en punto, las medias y los cuartos. Pero da igual, porque no tiene reloj. A veces piensa que es mejor así. Si tuviera reloj, sabría cuánto tiempo se queda encerrado y quizá alguna vez sentiría pánico. Pensaría que ella se ha olvidado de él, o que se ha marchado de viaje y lo ha abandonado. Ahora el tiempo y la oscuridad se confunden en una misma cosa. Su maestra dijo una vez en clase que los perros no tienen noción del tiempo. No pueden distinguir si se quedan solos una hora o un día entero. En la oscuridad, él es un perro. Pierde la noción del tiempo. ¿Cinco horas o dos días? No puede saberlo. Simplemente se alegra cuando la puerta se abre. Lo mismo que un perro.

No lo entiende. No lo entenderá nunca. Hace todo lo que ella le pide y, aun así, siempre acaba en el mismo sitio. En el frío y en la oscuridad. Nunca empieza él, nunca es idea suya. Es ella quien lo llama y le pide que se siente en la cama. Pero después no puede ni verlo. Le parece que está sucio. Feo. Cuando está encerrado le entra hambre; pero al cabo de un rato, el hambre desaparece. Lo peor es la sed. Hace pis en el suelo. Si pudiera, se aguantaría, porque luego tiene que limpiar lo que ha ensuciado. Después del castigo por lo que ha hecho y antes de la lección para que nunca vuelva a hacerlo. A veces, si tiene que quedarse mucho tiempo, también hace caca. Cuando ella tarda mucho en abrirle, no puede aguantarse...

—Cuando finalmente su madre le abría la puerta, quedaba perdonado, pero aún no había acabado el suplicio. Para que recordara lo que había hecho y no volviera a hacerlo nunca más, su madre le pellizcaba el prepucio con una pinza sujetapapeles y lo obligaba a llevarla colgada hasta que ella le dijera que podía quitársela.

Sebastian notó que todos los presentes hacían una mueca de dolor, un poco más pronunciada en el caso de Billy y Torkel.

—No me lo acabo de creer —intervino otra vez Billy—. ¿Cómo es posible que pase una cosa así sin que nadie lo note? De niño debía de faltar muchísimo a clase.

—Su madre llamaba a la escuela y decía que estaba enfermo. De hecho, padecía asma y migrañas. Por lo demás, le iba bastante bien en los estudios. Acabó la escuela primaria, el bachillerato y la universidad con calificaciones excelentes. Después consiguió un empleo de ínfima categoría, para ganarse la vida. Su formación era claramente superior, pero mintió en el currículum para rebajarla. Sus relaciones sociales eran muy superficiales. Sólo tenía cierto trato con los compañeros de trabajo. Con un coeficiente intelectual cercano a ciento treinta, tenía suficiente inteligencia para interpretar el papel de persona «normal», pero era del todo incapaz de cultivar relaciones más profundas que exigieran empatía o algún tipo de emociones auténticas. Habría podido descubrirse su secreto.

Sebastian hizo una pausa y bebió un sorbo de agua.

—Su madre murió en 1994. Poco más de un año después, él empezó a buscar otras mujeres. Su primera víctima fue una compañera de trabajo de la Dirección de Servicios Sociales, que estaba interesada en él y de vez en cuando intentaba hablarle.

Espera un momento. Lleva el camisón y las medias en la bolsa de deporte. Ha notado cómo lo mira. Esa mujer quiere tomar el relevo de su madre. Pretende hacer lo mismo. Obligarlo a hacer cosas sucias y feas. Cosas que después acarrean un castigo. Dolor, oscuridad y humillación. Todas quieren lo mismo. Pero él no piensa permitirlo. Esta vez no.

Llama a la puerta. Ella le sonríe y él sabe por qué. Sabe lo que pretende, pero se va a llevar una sorpresa. Esta vez será él quien tome el control. En cuanto ella lo deja pasar, le pega. Con fuerza. Dos veces. La obliga a llevarlo al dormitorio. Le ordena que se desnude, que se ponga el camisón y que se acueste boca abajo. La ata con las medias. Cuando la tiene inmovilizada, sale del dormitorio. Coge la bolsa con la comida y el envase vacío que piensa utilizar cuando tenga ganas de orinar, y se pone a buscar el sitio donde ella querrá encerrarlo. Lo encuentra en el sótano. Con llave, para cerrar la puerta por fuera. Oscuro por dentro. Guarda las provisiones. Ya está preparado para el castigo que vendrá después.

—Pero nadie lo castigaba, porque él les cortaba el cuello a sus víctimas para impedirlo.

Sonó el teléfono de Torkel. Todos se sobresaltaron cuando el timbre del móvil quebró la tensa atmósfera de la sala. Torkel cogió el aparato y se volvió de espaldas a la mesa para contestar.

—Si sabía que sus víctimas iban a morir, ¿para qué llevaba la comida? —preguntó Vanja, reanudando la conversación interrumpida.

—Como medida de seguridad, por si una de ellas sobrevivía y lo castigaba a pesar de todo. No quería pasar hambre. Pero como ya sabéis, nunca tuvo que usar sus provisiones.

Torkel puso fin a su breve conversación telefónica y se volvió otra vez hacia el grupo. Era fácil adivinar, por su expresión, que las noticias no eran buenas.

—Tenemos una cuarta víctima.

El coche de Vanja fue el primero en llegar al lugar del crimen. La patrulla que había encontrado el cadáver, actuando con celeridad ejemplar, había acordonado el edificio de fachada gris. Vanja se apeó del vehículo y se dirigió con rapidez hacia el agente que montaba guardia detrás de la cinta azul y blanca. Sebastian se quedó en el coche, mirando la casa. Había vuelto a acomodarse en el asiento delantero, al lado de Vanja, con irritante naturalidad. A ella le había parecido fuera de lugar enfrentarse otra vez a él en una situación de emergencia. Sebastian podía comportarse como un niño si quería, pero ella no. Ella estaba trabajando. Sin embargo, cuando todo se serenara un poco, pensaba decirle a Torkel que a partir de ese momento Sebastian Bergman tendría que desplazarse en el coche de otro. En el de Torkel, por ejemplo. Después de todo, era él quien se empeñaba en llevar a Sebastian al grupo.

El agente apostado junto a la puerta inclinó un poco la cabeza al reconocerla. Ella también lo conocía. Se llamaba Erik y algo más. Era un buen policía, según podía recordar. Ordenado, metódico y capaz de mantener la calma. Su juicio no varió tras oír el breve informe que le presentó el policía. Sencillamente, su compañero y él habían seguido las instrucciones y habían llamado a la Unidad de Homicidios en cuanto habían encontrado el cadáver de la mujer atada, en un apartamento del tercer piso. Extremando las precauciones para no destruir pruebas, habían acordonado el apartamento y el portal del edificio sin tocar nada. Vanja se lo agradeció y a continuación se volvió para ir al encuentro de Ursula, Billy y Torkel, que acababan de llegar.

—El apartamento ya está acordonado. Tercer piso. Billy, ¿podrías tomarle una declaración detallada a Erik, que ha sido el primero en llegar? —preguntó a su compañero mientras le señalaba al agente uniformado junto al cordón policial.

—¿No puedes hacerlo tú?

Vanja lo miró sorprendida.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Subir al apartamento.

—Primero tómale la declaración a Erik y sube después —intervino Torkel.

Billy reprimió una protesta. Una cosa era recordarle a Vanja que a veces actuaba como si fuera su superior jerárquica, cuando en realidad no lo era, y otra muy distinta era cuestionar una orden del jefe.

—De acuerdo.

Se volvió hacia el policía uniformado mientras los otros tres se adentraban en el portal.

Sebastian seguía sentado en el coche.

Notó que Billy lo llamaba con la mano, pero dudó. ¿Debía quedarse allí sumido en su preocupación, o averiguar si había algo de cierto en los pensamientos que se le arremolinaban en la cabeza? Las probabilidades parecían remotas. El edificio era grande. Parecía totalmente imposible. Había muchos edificios parecidos. Aun así, no podía evitar una sensación que lo invadía todo y le paralizaba las piernas. Billy volvió a llamarlo con cierta irritación.

—¿Vienes o no?

Sebastian ya no pudo eludirlo. A pesar de que una parte se resistía, necesitaba averiguarlo de una vez por todas. De todos modos, tarde o temprano se enteraría. Lo mejor era que fuera cuanto antes. Logró mover las piernas y fue a reunirse con Billy. Decidió ir tras él y dejarse arrastrar por su energía.

Entraron en el edificio y subieron la escalera. Billy subía los peldaños con rapidez y Sebastian, mucho más despacio. Era una escalera normal, entre paredes grises. En la ciudad había miles de escaleras iguales. Decenas de miles. Anónimas, idénticas... Todas se parecían. ¿Por qué tenía que ser tan especial precisamente la que estaban subiendo? Intentó buscar detalles que mitigaran su creciente sensación de pánico, pero no encontró ninguno.

Oyó que Billy llegaba al tercer piso y se ponía a hablar con alguien. Era un policía, como pudo ver cuando llegó al rellano. Estaba de pie delante de la puerta abierta de un apartamento. Dentro, en el vestíbulo, distinguió a Torkel. Dio unos pasos más antes de pararse en seco, y ya no pudo controlar el pánico. Cayó de rodillas, jadeando.

Trató de reponerse para echar un último vistazo al interior del apartamento, en un intento desesperado de demostrarse a sí mismo que estaba equivocado.

Pero no, no se equivocaba.

Distinguió algo en el suelo del cuarto de estar. Un osito marrón de peluche, con un lazo al cuello y un cartel en la barriga:

PARA LA MEJOR MADRE DEL MUNDO.

Torkel se había puesto fundas protectoras en los zapatos, pero había evitado entrar en la sala de estar, donde se encontraba la cama. No cabía la menor duda de que se trataba del mismo asesino. El camisón, las piernas y los brazos atados, la herida abierta en el cuello... Todo apuntaba en la misma dirección. Se sentía furioso y a la vez impotente. Una víctima más que no habían sido capaces de proteger. Para entonces, Ursula ya estaba en la habitación, fotografiándolo todo con la mayor minuciosidad. Seguramente pasarían varias horas antes de que concluyera su reconocimiento preliminar. Él y los demás podían empezar a hablar con los vecinos. Lo primero sería interrogar a la mujer que había llamado a la policía unas horas antes. De pronto, oyó la voz de Sebastian a su espalda.

—Torkel...

Parecía más débil que de costumbre. Susurraba. Torkel se volvió y vio a Sebastian, blanco como un papel, apoyado contra la pared de hormigón del pasillo, al otro lado de la puerta del apartamento. No pudo reprimir su irritación. Estaba en medio de una investigación que llevaba trazas de convertirse en la peor de su carrera y no necesitaba que un imbécil acudiera a hablarle

entre susurros y a ponerle caras raras.

—¿Qué quieres, Sebastian? —preguntó con sequedad.

La expresión de Sebastian era casi suplicante.

—Creo que la conozco. Se llama Annette Willén, ¿verdad?

—Eso parece. En cualquier caso, así se llama la persona que vive aquí.

Por un segundo, pareció como si Sebastian fuera a desplomarse, pero volvió a apoyar todo su peso contra la pared.

—¿De qué la conocías? —preguntó Torkel, menos encrespado que antes. Era evidente que Sebastian estaba afectado.

—De una terapia de grupo. Coincidimos una sola vez, la única que fui. Me acosté con ella.

¡Por supuesto! Torkel no esperaba otra cosa. ¿Acaso Sebastian conocía a alguna mujer con la que no se hubiera acostado? Lo dudaba. Pero el hecho de acostarse con alguien normalmente no significaba nada para Sebastian. Ninguna mujer era importante para él. Y, sin embargo, parecía afectado de verdad. Torkel tuvo un mal presentimiento.

—¿Cuánto hacía que no la veías?

—He salido de aquí poco antes de las cinco.

—¿De las cinco? ¿De esta misma mañana?

—Sí...

Torkel notó que todos los otros sonidos desaparecían y que toda su atención se concentraba en el hombre que tenía delante, en la persona que acababa de decir lo último que habría querido oír.

—Pero... ¿qué cojones me estás diciendo?

—Lo siento. No sé... —A Sebastian le costaba encontrar las palabras. Intentó buscarlas, pero no las encontró—. ¿Qué mierda voy a hacer ahora?

Torkel miró a su alrededor. Vio al policía que estaba planeando con Billy y Vanja los interrogatorios a los vecinos, y a Ursula, que había ido a buscar un maletín negro con las ópticas que utilizaba para fotografiar de cerca. Después, volvió a mirar la cara de Sebastian, pálida y demacrada. La cara del hombre que había irrumpido en la investigación para convertirse en una pesadilla.

—Vuelve a la oficina. Y no te muevas de allí hasta que yo llegue.

Sebastian asintió brevemente, pero no hizo el menor ademán de moverse.

Torkel movió la cabeza con impotencia y se dirigió hacia el policía uniformado.

—Necesitamos que alguien lleve a este hombre de vuelta a la central. ¿Puedes ocuparte tú?

Después, se adentró en el apartamento hacia el lugar donde estaba trabajando Ursula, hacia el crimen espantoso que hasta ese momento le había parecido suficientemente complicado y que de pronto se había convertido en el menor de dos problemas.

Sebastian no recordaba demasiado del trayecto hasta la Unidad de Homicidios, solamente que se había sentado atrás y que la conductora era una mujer. Aparte de eso, se había concentrado por completo en tratar de asimilar lo sucedido durante el día. El pánico que lo había paralizado empezaba a disiparse, sin embargo aún lo continuaba afectando. Por fortuna, Sebastian sentía que había recuperado la capacidad de razonamiento lógico. Iba a necesitarla. En una situación de gravedad extrema, necesitaba todo su intelecto. Annette Willén estaba muerta. Había sido asesinada. La gran pregunta, que Sebastian casi no se atrevía a plantearse, era si su presencia había desempeñado algún papel en el desarrollo de los acontecimientos. Annette Willén se había acostado con él y, poco después, alguien la había asesinado.

Sebastian quería creer en la casualidad. En el azar.

En los caprichos del destino.

Deseaba con todo su ser que no hubiera otra explicación. Pero ¿qué probabilidad podía haber de que el asesino eligiera precisamente a Annette Willén? Una insignificante.

Hasta ese momento, la investigación no había descubierto ningún criterio geográfico en la elección de víctimas del criminal: una en Tumba, otra en Bromma, otra en Nynäshamn y la última en Liljeholmen. A las otras mujeres las habían asesinado en casas unifamiliares, rodeadas de jardín. En esta ocasión, el asesino había elegido un gran bloque de apartamentos, lo que suponía un riesgo mayor de ser descubierto y desmentía aún más la hipótesis de la casualidad. Por desgraciada. Por muchas vueltas que Sebastian quisiera darles a los datos, siempre llegaba a la misma conclusión.

Había algún tipo de conexión.

Entre Annette y él.

Entre Annette y el asesino.

Sebastian llegó a la Unidad de Homicidios sin ningún plan. Solamente pensaba esperar a Torkel. Ni siquiera sabía si le permitiría quedarse mucho tiempo más en el equipo.

Se dirigió a la sala. Por lo menos allí podría cerrar la puerta y quedarse a solas con sus pensamientos febriles. Entró en la habitación y se acercó a la pizarra, donde se alineaban las fotos y las anotaciones. Contempló la línea cronológica que había trazado Billy y estudió las fotografías de las anteriores víctimas. Pronto figuraría a su lado el retrato de Annette Willén. Ninguna era muy joven. Todas tenían más de cuarenta años, por lo que quizá fuera posible

encontrar algún detalle en su pasado que las relacionara. Las cuatro tenían una historia. Quizá hubiera alguna coincidencia entre ellas. Sebastian sabía que Billy ya había repasado todos los datos, pero el tiempo de espera hasta el regreso de Torkel podía ser muy largo y necesitaba hacer algo. Si tenía una ocupación, no pensaría en todo lo demás.

Sobre la mesa habían quedado las tres carpetas de las víctimas, abandonadas cuando todos salieron de forma precipitada hacia Liljeholmen. Sebastian se sentó y las atrajo hacia sí. Contenían toda la información sobre cada una de las mujeres asesinadas: certificados de las autoridades fiscales y municipales, informes de la policía científica sobre las pruebas halladas en los lugares del crimen y declaraciones de todas las personas cercanas, desde parientes y amigos hasta compañeros de trabajo y vecinos. ¿Sería posible encontrar alguna conexión que nadie hubiera visto antes? Era poco probable, porque el equipo de la Unidad de Homicidios era el mejor de Suecia. Pero Sebastian se propuso intentarlo.

Lo necesitaba.

Necesitaba tratar de entender.

Empezó a leer. La primera víctima era Maria Lie. Se había separado hacía relativamente poco de Karl, su marido, y el juicio de divorcio aún no había concluido. Entre los papeles, había un largo interrogatorio del que iba a convertirse en su exmarido, o como fuera que hubiera que llamarlo, un denso texto de diez páginas que Sebastian empezó a leer atentamente. Karl y Maria Lie llevaban mucho tiempo casados, pero no tenían hijos y poco a poco se habían ido alejando. Ella era directora del departamento contable de una empresa de selección de personal. Él trabajaba en la televisión, en Tele 2, y el año anterior había conocido a una mujer más joven con la que había iniciado una relación clandestina. Al cabo de un tiempo, su nueva relación había salido a la luz y entonces el conflicto y la separación habían sido inevitables. Marie Lie le había comprado a Karl su parte de la casa, porque él necesitaba el dinero, ya que su nueva pareja estaba embarazada y tenían que buscar un lugar donde vivir juntos. Marie Lie acababa de solicitar al registro la recuperación de su apellido de soltera, Kaufmann, y los dos habían...

Sebastian se detuvo y volvió a leer el nombre. No podía ser cierto.

Kaufmann.

KAUFMANN.

Ursula había terminado de hacer las fotos y no podía avanzar mientras no llegara el equipo de la policía científica, cuya furgoneta había quedado retenida en un atasco monumental a causa de un accidente de tráfico. Como la espera podía ser larga, se acercó a la ventana, para descansar la vista en algo que no fuera el pálido cadáver grisáceo y el charco de sangre que empapaba la cama.

Fuera seguía haciendo un día perfecto de verano, bajo un límpido cielo azul. El sol abrasador se había desplazado al oeste y ya no irrumpía con tanta fuerza en el apartamento, pero el calor continuaba siendo agobiante en esa habitación cerrada. Ursula empujó con cuidado la puerta del balcón y salió al exterior, sobre la tarima de madera. Allí por lo menos hacía un poco menos de calor. El balcón era pequeño, pero estaba arreglado con mimo. Un gran rosal de flores amarillas trepaba por la pared de hormigón, desde un ornamentado tiesto de barro. Parecía de la variedad Leverkusen y estaba perfectamente cuidado. Ursula podía afirmarlo, porque su madre, Ingrid, era muy aficionada a las plantas y tenía dos rosales parecidos a los lados de la puerta de su casita de verano en Småland. De las enseñanzas de su madre sobre el cuidado de los rosales, lo único que recordaba Ursula era el nombre de unas cuantas variedades y el olor del aerosol contra la plaga de pulgón. Había también dos sillas plegables y una mesita ovalada metálica pintada de blanco, de inspiración francesa. Un azucarero de color celeste, con florecitas blancas pintadas, era lo único que destacaba sobre la mesa. En poco tiempo, alguien lo recogería y se preguntaría qué hacer con él y con el resto de los enseres del apartamento. Las cosas se quedan cuando nosotros nos vamos. Ursula se apoyó en la barandilla y se puso a contemplar la autopista de Essingeleden y el verdor del bosque que se extendía al otro lado. Los coches no dejaban de pasar por los muchos carriles, cada uno dirigido a un destino. Dentro del apartamento, una vida había concluido, pero fuera todo seguía adelante. Así funcionaban las cosas. La vida era un río imposible de detener, aunque uno lo deseara. Por muy difícil que fuera para los afectados, la vida siempre continuaba un poco más. Como siempre. Ursula hizo una inspiración profunda y dejó que el aire le llenara los pulmones. Después cerró los ojos y se puso a pensar. El asesino era el mismo; no cabía la menor duda. Todo coincidía: el camisón, las medias de nailon, la herida abierta en el cuello y la violación perpetrada por detrás. Para estar completamente segura, había buscado un armario o una habitación pequeña que pudiera cerrarse con llave desde fuera. Dentro del apartamento no la había encontrado. Supuso que las cosas no podían haber cambiado demasiado desde la última vez que ella había vivido en un apartamento, aunque de eso hubieran pasado muchos años. El asesino tenía que haber dejado sus provisiones en alguna parte. Y al

final las encontró. En el sótano.

Al otro lado de una puerta de hierro se extendía un largo pasillo con suelo de hormigón. Unas bombillas desnudas colgadas a intervalos regulares de cinco metros iluminaban pequeños espacios de almacenamiento, cerrado con tela metálica. Cada cubículo contaba con candado y cerradura en la puerta de madera basta. En el aire flotaba un olor a moho, tenue pero inconfundible. No parecía que los propietarios de la finca se hubieran ocupado mucho de los trasteros durante los últimos treinta años.

Ursula pasó por delante de una hilera de cubículos idénticos, hasta llegar al marcado con el número 19, correspondiente al apartamento de Annette. El candado de la puerta estaba forzado. Con una mano enguantada, abrió la puerta y se asomó al interior, con cuidado para no tocar nada, ya que también los trasteros debían considerarse parte del escenario del crimen. El cubículo de Annette estaba relativamente vacío, a diferencia de los otros que había visto Ursula, que en su mayoría estaban atestados. En el de Annette no había nada más que un par de cajas de cartón, una lámpara de pie, una mesa plegable y cuatro sillas de madera apiladas. Pero en el centro del suelo de hormigón, dispuestas de forma meticulosa, estaban las provisiones: el refresco, las galletas, los plátanos, las barritas de chocolate y el envase vacío de lejía, para cuando el asesino tuviera ganas de orinar. Todos los objetos estaban alineados a la perfección, a idéntica distancia unos de otros, lo mismo que en las casas de las anteriores víctimas. Incluso ella, con toda su experiencia en investigaciones criminales, sintió un estremecimiento. Aunque jamás lo reconocería ante los demás, se le puso la carne de gallina. La exactitud con que el criminal reproducía la misma escena en un lugar tras otro era espeluznante. Ursula se agachó, sacó del bolsillo una cinta métrica metálica y midió con detenimiento la distancia entre los objetos. Tal como sospechaba, era exactamente de 4,5 centímetros. El asesino debía medir con cuidado las distancias en cada ocasión. Tenía que llevarle tiempo, pero él se lo tomaba. Su frialdad era absoluta. También su calma. Para él, lo importante era hacer las cosas bien.

Seguir un ritual.

Hacer lo mismo que Hinde.

Copiarlo hasta en los detalles más nimios.

Ursula volvió a estremecerse.

El hilo de sus pensamientos se interrumpió cuando oyó que Torkel entraba en el apartamento. Parecía estar buscándola y, sin ver que estaba en el balcón, siguió de largo hacia la pequeña cocina.

—¡Torkel, estoy aquí! —le gritó ella dando unos golpes en el cristal de la puerta.

Torkel se asomó por la ventana de la cocina y le hizo un gesto afirmativo. Su expresión era grave. Salió al balcón y empezó por lo más sencillo, lo que para él era comprensible.

—Hemos interrogado a varios vecinos, pero hasta el momento no hemos conseguido nada interesante. Annette era una mujer discreta y callada. No se hacía notar. Por lo que hemos podido averiguar, su exmarido era un capullo, pero hace meses que nadie lo ve por aquí.

Ursula asintió con la cabeza y se volvió otra vez hacia la autopista.

—¿Y la amiga que la ha encontrado?

—Lena Högberg. Vive cerca de aquí. Habían quedado para comer, pero Annette no se ha presentado. La ha estado llamando toda la tarde y no ha obtenido respuesta.

Ursula asintió una vez más, confirmando que debía haber sido así.

—Lleva muerta menos de doce horas.

—Por lo visto, Annette lo estaba pasando bastante mal desde hace unos años —prosiguió Torkel—. Lena ha empezado a preocuparse y ha decidido venir después del trabajo, para ver si le había pasado algo. Ha mirado por la abertura del buzón de la puerta y ha visto manchas de sangre en el suelo...

—¿Qué quieres decir con que lo estaba pasando mal?

—Se divorció, su hijo se fue a vivir al extranjero y ella perdió el trabajo... Estaba bastante deprimida. —Torkel volvió la vista hacia el tráfico de Essingeleden, y después continuó—: Vanja está intentando hablar con el exmarido de la víctima.

—Me parece bien, pero el asesino es el mismo. Ha sido él. No hay duda.

Torkel suspiró. Ursula lo miró y notó que parecía mucho más afectado que de costumbre. No era habitual verlo tan agobiado en el escenario de un crimen. Ciertamente, todo el equipo vivía como una derrota que otra mujer más hubiera sido asesinada, pero Torkel parecía haber reaccionado mucho peor que otras veces.

—Ahora sólo tenemos que asegurarnos de hacer las cosas bien —dijo de pronto, como si hablara más consigo mismo que con ella—. No podemos permitirnos ningún error.

Permanecieron un momento callados, contemplando la autopista a lo lejos. Torkel la cogió de la mano y la miró. Ella, asombrada, le devolvió la mirada, pero no retiró la mano.

—Tenemos otro problema. Un problema enorme.

—¿Cuál?

—¿Estás segura de que la muerte se ha producido hace menos de doce horas?

—No es fácil saberlo con certeza, por el calor, pero yo diría que ha sido entre las seis y las doce. ¿Por qué lo preguntas?

Torkel le apretó un poco más fuerte la mano.

—Sebastian se acostó con ella anoche.

—¿Qué? ¿Qué me estás diciendo?

—Que Sebastian Bergman tuvo relaciones sexuales con ella y se ha marchado de este apartamento hace aproximadamente doce horas.

Ursula sintió otro escalofrío.

Las veces anteriores se había estremecido en secreto.

En esta ocasión, incluso Torkel notó que se le ponía la carne de gallina.

Sebastian sintió que se vaciaba. El aire, la fuerza y la capacidad de reacción abandonaron su cuerpo. Estuvo a punto de desplomarse y habría caído al suelo de no haber sido porque se agarró del borde de la mesa. Permaneció espasmódicamente aferrado a la mesa de madera clara como si fuera su única esperanza de no precipitarse en el abismo que se abría a sus pies.

Era una imposibilidad.

Era una total y absoluta imposibilidad.

Y, sin embargo, era cierto.

Lo confirmó cuando se puso a buscar entre las fotos, los interrogatorios, las declaraciones y las descripciones. En todas partes descubría conexiones y recuerdos que anteriormente no había reconocido. La verdad se irguió ante él como una pálida figura que disipó todas sus dudas y acabó con sus esperanzas, como una fuerza invasora que se hubiera apoderado de su alma. Temblaba de miedo y apenas podía respirar. El brutal instante de la revelación le recordó otro momento en la playa de Khao Lak, cuando también había vislumbrado esa figura pálida e implacable. Aquella vez, mientras yacía medio desnudo y ensangrentado entre las hojas de palma y los restos que había arrastrado el mar, la visión de la verdad se había teñido con la negrura del dolor y lo había paralizado. Pero esta vez, sentado en la sala de la Unidad de Homicidios, el descubrimiento cristalizó en el más puro terror. En un miedo arrasador. Intentó concentrarse y rechazar esos pensamientos, para controlar de alguna manera el pánico que amenazaba con dominarlo. Descargó un puñetazo sobre la mesa; dejó escapar un grito ahogado. Necesitaba encontrar una dirección, concentrarse en algo. Al cabo de unos minutos, logró ponerse de pie con un esfuerzo sobrehumano. Se tambaleó, pero recuperó el equilibrio y se dirigió hacia la ventana para posar la vista en algo que no fueran las fotos de las mujeres muertas. Imágenes dispersas sobre la mesa y pegadas a la pizarra. Fuera, seguía brillando el sol. Se sorprendió pensando que también brillaba en la playa aquel día y de pronto se puso a buscar la mano de Sabine en su mente. Quería agarrarla con fuerza. Esta vez no pensaba soltarla. Se escondería en su manita de niña e intentaría disolverse en su piel tibia por el sol y en sus suaves deditos. Durante un segundo, la tuvo ante sí: las mejillas redondas y sonrosadas, los ojos azules llenos de vida y el pelo que le caía en una cascada de rizos sobre el cuello. La abrazó con fuerza, tanto para protegerla como para buscar refugio en ella, para resguardarse de la verdad, que vibraba con fuerza en esa conexión imposible. Quería desaparecer con su hija para siempre.

Pero de repente dejó de verla. Había vuelto a perderla. Se había quedado solo, en una sala de reuniones llena de fotografías de mujeres muertas. Con la despiadada verdad como única

compañía.

Estiró los brazos, como había hecho en la playa cuando se había puesto de pie. Y salió lentamente de la sala.

La reacción de Ursula había sorprendido a Torkel. Esperaba que su respuesta fuera de ira, pero se trató de un silencio indefinido seguido de un torrente de preguntas. ¿Cómo era posible? ¿De verdad era cierto? Ya iba siendo habitual que Sebastian Bergman fastidiara todo lo que tocaba, pero que lo hiciera hasta ese extremo resultaba impensable incluso para Ursula, que iba y venía por el exiguo balcón intentando poner en orden sus ideas. Sebastian se había acostado con la mujer que yacía en la habitación, y, poco después, esa mujer había sido asesinada. Todo había sucedido en el espacio de doce horas, con dos o tres horas de margen. Estaban ante un asesino que imitaba a Hinde hasta en los más pequeños detalles, y Sebastian era precisamente la persona que había desenmascarado a Hinde, el hombre que había hecho encajar todas las piezas del puzle. Aquella investigación había sido el punto culminante de su carrera como experto en perfiles criminales y le había proporcionado todo su prestigio. Por mucho que Ursula intentara retorcer la realidad, siempre llegaba a la misma conclusión en apariencia imposible.

Tenía sentido.

Pero no podía ser verdad.

Ursula y Torkel decidieron informar enseguida al resto del equipo. Mientras bajaban corriendo la escalera, la parte más racional de Torkel se congratulaba por haber hecho participar a todos en la decisión de aceptar otra vez a Sebastian en el grupo. De no haber tomado esa precaución, el problema habría sido exclusivamente suyo. Le parecía mezquino pensar así, cuando había una mujer asesinada en el apartamento del tercer piso, pero el pensamiento seguía ahí, por muy condenable que creyera que fuera.

Billy se había alejado de los coches de policía y de los curiosos que comenzaban a aglomerarse delante del portal. Iba y venía mientras hablaba por teléfono. Vanja salió al encuentro de Torkel y Ursula y les señaló a Billy con un movimiento de la cabeza.

—Está tratando de localizar al exmarido, para enviarle una patrulla. —Billy les dio la espalda y siguió hablando con su interlocutor al otro lado de la línea—. Hemos localizado al hijo de Annette, en Canadá. La policía local irá a buscarlo y hablará con él. Si no nos llama, lo haremos nosotros.

Torkel asintió con gesto impaciente. Le parecía muy bien, pero informar a los allegados ocupaba un lugar muy secundario en su orden de prioridades, dadas las circunstancias.

—Si todavía no lo has localizado, di que ya llamarás más tarde —le dijo a Billy con cierta brusquedad.

—Lo están buscando.

—Entonces, vuelve a llamar después. Tenemos que hablar ahora mismo.

Billy puso fin a la conversación. No era muy habitual que Torkel empleara ese tono de voz. Se lo había oído quizá un par de veces durante todo el tiempo que llevaba en el grupo, y siempre por algo muy grave que no podía esperar.

Los cuatro se apartaron un poco más de la multitud. La gente agolpada al otro lado del cordón de seguridad observaba con curiosidad su pequeño corrillo.

—Tenemos un problema —empezó Torkel.

Vanja los miró a él y a Ursula. Hacía tiempo que no los veía asumir un aire tan resuelto.

—Anoche Sebastian se acostó con la víctima y se fue de su casa hace unas doce horas —continuó Torkel.

Por su expresión, parecía como si acabara de anunciarle a alguien la muerte de un ser querido. Billy y Vanja guardaron silencio, tratando de asimilar la información. Sonó el teléfono de Billy. Probablemente habían localizado al exmarido de la víctima. Pero aquél no respondió a la llamada.

Torkel, Billy y Vanja regresaron juntos a toda velocidad a la Unidad de Homicidios. Habían decidido que Ursula fuera en su coche a la morgue para apremiar al forense a que estableciera lo antes posible la hora exacta de la muerte de Annette.

Vanja estaba totalmente fuera de sí, en pie de guerra contra Sebastian, pero Torkel le suplicó que al menos por esa vez se calmara y esperara sólo un rato más antes de estallar. Necesitaban disponer de más información para poder actuar. No podían olvidar que cuatro mujeres habían muerto. Tenían que centrarse en los asesinatos y no anteponer ningún otro asunto a la investigación. Debían tratar el caso de Sebastian con profesionalidad y sin dejarse llevar por sus sentimientos, por muy intensos que fueran. Vanja se mordió los labios y no respondió nada, pero Billy notó que por dentro seguía bullendo de ira.

Aparcaron en el garaje, se apearon en silencio del vehículo y subieron en el ascensor hasta su planta. Empezaron por buscar a Sebastian en la sala. Encontraron el recinto tan desierto como lo habían dejado, pero mucho más desordenado. Las carpetas de las anteriores víctimas estaban abiertas, y las fotografías, los informes y el resto de los documentos yacían dispersos por la superficie de la mesa. Había una silla volcada en el suelo. Alguien había estado allí antes que ellos, con toda probabilidad Sebastian.

—Quédate aquí e intenta ordenar un poco todo esto —dijo Torkel con un amplio gesto de la mano volviéndose hacia Billy.

—De acuerdo.

Durante un breve segundo, Billy consideró la posibilidad de cuestionar la orden. Vanja habría podido hacerlo en su lugar. Pero no era el momento ni la situación.

—Comprueba que no falta nada. Si notas algo raro, llámame —precisó Torkel antes de despedirse.

—No creerás que Sebastian está involucrado en esto, ¿verdad? —se atrevió a decir Billy.

Torkel se detuvo con la mano sobre el picaporte de la puerta y se volvió hacia él con gesto grave.

—Sabemos que fue la última persona en ver con vida a Annette Willén; por lo tanto, no hay ninguna duda. Está involucrado.

Torkel se marchó de la habitación con Vanja y los dos se adentraron con paso acelerado por el pasillo. En el comedor, varios agentes uniformados tomaban el café que habían sacado de la máquina expendedora. Uno de ellos había visto a Sebastian hacía un rato. Dijo que lo había saludado y que éste no le había devuelto el saludo. Vanja y Torkel siguieron a toda prisa hacia el

despacho de éste y encontraron la puerta abierta. Cuando se asomaron, lo vieron hundido en el sofá marrón de las visitas. Tenía la cabeza gacha, como si se hubiera quedado dormido, o como si llevara todo el peso del mundo sobre sus hombros. Torkel se detuvo un momento en la puerta, contemplando la figura de su colega desplomado en el sofá. Después, dio unos pasos decididos y Sebastian levantó despacio la cabeza. Su mirada parecía resignada, aunque aún conservaba su fuerza, como si se encontrara al final del camino y sin posibilidad de escapar, pero aún tuviera intención de plantar cara. Se puso de pie. Vanja se asomó por el hueco de la puerta y encontró la mirada de Sebastian, que guardó silencio. Vanja se limitó a negar con la cabeza, llena de rabia contenida.

—Déjanos solos.

Allí donde estaba, a pocos metros de Sebastian, Torkel supo de forma instintiva que lo mejor sería hablar a solas con su viejo amigo. La situación exigía dialogar en lugar de caer directamente en un conflicto.

—Cierra la puerta, por favor.

Torkel le lanzó una mirada rápida a Vanja, que aceptó la situación con sorprendente facilidad. Sin decir ni una palabra, cerró la puerta tras de sí, quizá con un poco más de fuerza de lo estrictamente necesario. Torkel miró a Sebastian, que seguía de pie delante del sofá.

—Siéntate.

Después, avanzó hacia Sebastian, que lo esperaba con la espalda erguida. Necesitaba respuestas a sus preguntas. Pero lo primero era alejar a Sebastian de la investigación, con tanta rapidez como fuera posible.

—Tenemos unas cuantas cosas que aclarar tú y yo —dijo Torkel con énfasis cuando estuvo delante de su antiguo amigo.

—Más de las que crees.

La voz de Sebastian era tan nítida y casi tan potente como la de Torkel. A éste le resultaba irritante la inesperada firmeza que demostraba el otro cuando lo normal habría sido que hablara en un susurro.

—Aquí se acaba todo para ti, quiero que lo sepas. Ya no tienes nada que ver con esta investigación.

—Sí, sí que tengo que ver.

—¡Escucha, Sebastian! —Torkel ya no podía disimular la ira, pero tuvo que sofocar el impulso de coger a su antiguo colega por los hombros y sacudirlo—. ¿No lo entiendes? ¡Te has acostado con una de las víctimas!

—Me he acostado con las cuatro. —Su interlocutor guardó silencio de golpe—. En diferentes épocas, pero... me he acostado con las cuatro.

Torkel, con la vista fija en los ojos febriles de Sebastian, palideció.

—No se trata de un imitador cualquiera, Torkel. Esto es personal. Va contra mí.

Fue preciso esperar un poco para que todos estuvieran presentes en la reunión. Ursula llamó desde la morgue. La autopsia no había terminado y ella no disponía de información nueva, pero lo dejó todo en cuanto se enteró de lo que estaba pasando. Billy había vuelto a arreglar las carpetas y lo había ordenado todo cuando Sebastian y Torkel volvieron a la sala. Hasta donde había podido ver, no faltaba nada. Vanja había aceptado a regañadientes, pero voluntariamente, relevar a Billy en la tarea de localizar al exmarido de Annette. Después de lo sucedido, quería sentir que todavía podía trabajar como policía y actuar de modo correcto. Había logrado localizarlo y le había enviado un coche patrulla, para informarlo de lo que le había sucedido a su exmujer. Si ya lo sabía, los agentes aprovecharían la visita para hacerle un interrogatorio breve y comprobar que tenía una coartada para el lapso de tiempo en que Annette había sido asesinada. Vanja fue la última en llegar a la sala y se sentó de forma deliberada al lado de la puerta, lo más lejos que pudo de Sebastian, y cruzó los brazos sobre el pecho. Sebastian inclinó un poco la cabeza para saludarla, pero a cambio sólo obtuvo un gruñido. Estaba visiblemente afectado por los acontecimientos, aunque el brillo de sus ojos parecía haberse vuelto más intenso.

—Nos encontramos en una situación de extrema gravedad —empezó.

Sin poder contenerse, Vanja intervino:

—Di más bien que tú te encuentras en una situación de extrema gravedad. Nosotros no. Haznos el favor de no mezclarnos contigo.

Torkel la hizo callar con una mirada severa.

—Deja que lo cuente todo hasta el final.

Sebastian se lo agradeció con un gesto e intentó expresarle a Vanja con la mirada que no estaba disgustado con ella. No quería enfrentarse, sino todo lo contrario. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan solo.

Sebastian se volvió hacia la pizarra y señaló la fotografía de la primera víctima.

—Al principio no reconocí a Maria Lie. Cuando iba a la universidad, su apellido era Kaufmann. Vi en su carpeta que hizo la carrera al mismo tiempo que yo, y entonces recordé que yo había salido con una Maria Kaufmann mientras estudiaba.

Sebastian tragó saliva y señaló la fotografía de Katharina Granlund.

—A Katharina tendría que haberla reconocido. Vino a una firma de libros en 1997, en una feria del libro. Ya estaba casada. Nos vimos varias veces. Me di cuenta de que era ella cuando leí que tenía un pequeño tatuaje de un lagarto en... en una parte íntima de su cuerpo.

Vanja ya no pudo quedarse callada.

—¿Hablas en serio? ¿No recuerdas qué cara tenían las tías con las que te has acostado, ni cómo se llamaban, pero te acuerdas de los tatuajes que tenían en el culo?

—No sé muy bien qué decir —respondió Sebastian, casi en tono de disculpa.

—Un tatuaje es más fácil de recordar que una cara —terció Billy.

Vanja se volvió hacia él como movida por un resorte.

—¿Lo estás defendiendo?

—Yo sólo digo que...

—¡Basta ya! ¡Los dos! —Torkel interrumpió la discusión, como si estuviera poniendo fin a una pelea entre dos niños en el patio de la escuela—. Continúa, Sebastian.

Incapaz de sostener la mirada de Vanja, Sebastian se volvió hacia la última foto. Era la mujer rubia de Nynäshamn, la víctima número dos.

—Jeanette Jansson... No la reconocí, ni tampoco la reconozco ahora, lo siento. Pero he leído en uno de los interrogatorios que la apodaban Jojo, y yo estuve con... Me acosté con una Jojo unos años después de acabar la universidad. En Växjö... Era una chica rubia, con una cicatriz aquí. —Se señaló el labio superior—. Jeanette Jansson era de Växjö y la habían operado de labio leporino en la infancia.

Se hizo un silencio absoluto. Vanja lo miraba con desprecio. De repente, Sebastian se sintió muy cansado y viejo.

—El hecho de que precisamente esas cuatro mujeres estén muertas es culpa mía. Yo soy la conexión que estabais buscando. Y también Hinde.

Billy intervino cuando la parte más racional de su cerebro encontró algo que comentar.

—Pero Edward Hinde está encerrado en Lövhaga. ¿De verdad podemos estar seguros de que tiene algo que ver con esto?

—La probabilidad de que alguien reproduzca sus asesinatos con todo detalle y que mate sólo a mujeres relacionadas conmigo, sin que Edward tenga nada que ver, es más que remota. Cuatro mujeres están muertas y las cuatro se habían acostado conmigo. Tiene que haber una relación.

Volvió a hacerse un silencio. Todos sabían que Sebastian tenía razón. Era imposible negar la conexión, por mucho que hubieran querido.

Ursula se levantó y se dirigió hacia la pizarra donde estaban las fotos de las mujeres.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué lo está haciendo ahora? ¡Han pasado más de quince años de los asesinatos de Hinde!

—Es lo que tenemos que averiguar —respondió Torkel, comprendiendo de pronto que, pese a sus deseos de que no fuera así, la clave de todo la tenía Sebastian.

Se volvió y lo miró.

—¿Has tenido algún contacto con Hinde desde los interrogatorios de los años noventa?

—No. Ninguno en absoluto.

Otro silencio. Torkel miró a su equipo. Los contempló a todos, uno a uno. Hacía mucho que no veía en ellos una mezcla semejante de asombro, repulsión y rabia. De pronto, vio con claridad lo que estaba obligado a hacer. Probablemente, ninguno lo entendería, pero no había otra salida. Torkel no conocía a Edward Hinde tanto como Sebastian, pero sí lo suficiente para saber que estaban ante un psicópata frío y calculador, de inteligencia privilegiada. En la investigación

anterior, había ido siempre un paso por delante de ellos, hasta que Sebastian se había incorporado al equipo.

La mayoría de los miembros del grupo se habían opuesto a que Sebastian aumentara su participación en el caso, pero pronto tuvieron que cambiar de opinión, o al menos Torkel lo había hecho. Sólo cuando Sebastian estuvo plenamente dedicado a la investigación empezaron a descubrir pautas y relaciones que al final permitieron atrapar a Edward Hinde. No le cabía la menor duda. Necesitaban a Sebastian. Buscó la mirada de Vanja y de Ursula, y se aclaró la garganta.

—Supongo que no estaréis de acuerdo conmigo, pero tenéis que confiar en mí. Quiero que Sebastian esté presente en el interrogatorio de Hinde.

—¿Qué estás diciendo?

Vanja, que se había serenado un poco, pareció recargarse de energía. Tenía las mejillas encendidas con el tono rojizo de la furia.

—Tenéis que confiar en mí. Si Hinde considera que Sebastian es su adversario y está dispuesto a llegar tan lejos para demostrarlo... —Torkel se interrumpió y miró a Sebastian, que le pareció asombrosamente indiferente—, entonces lo tendrá como adversario.

—¿Por qué? —Era Vanja de nuevo, por supuesto—. ¿Qué ganamos nosotros con eso?

—Existe el riesgo de que sigan los asesinatos si no le hacemos ver que hemos comprendido el mensaje.

—¿Crees que dejará de actuar si Sebastian se presenta en la cárcel?

—Quizá. En el mejor de los casos, sí. No lo sé.

Los demás guardaron silencio. Ni siquiera sabían por dónde empezar. Torkel se volvió hacia Vanja.

—Mañana irás con Sebastian a Lövhaga.

—¡Ni lo sueñes! Hay más gente en el grupo.

—Pero tú vigilarás a Sebastian. Alguien tiene que controlarlo para que no haga ninguna locura. Y tú eres la más indicada.

Vanja guardó silencio y miró primero a Sebastian y después a Torkel. Tenía una remota idea de lo que intentaba hacer su jefe, pero la estrategia le parecía extraña. Era cierto que Sebastian y Hinde estaban relacionados de una manera que ella no entendía del todo, pero Torkel pensaba ofrecerle a Hinde justamente lo que él quería. No era la forma habitual de trabajar. Al contrario. Las cosas podían acabar muy mal. Avanzó unos pasos hacia Torkel.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo?

—Sí.

Vanja miró a su alrededor en busca de apoyo, pero no lo encontró en sus colegas. Billy se alisó la ropa y se inclinó hacia delante.

—Estaba pensando una cosa... ¿No deberíamos dar algún tipo de aviso?

Los otros lo miraron sin comprender. Billy parecía un poco incómodo.

—Lo que quiero decir es que... debe de haber una cantidad de mujeres que... que estarán... ya sabéis... en peligro.

Vanja negó con la cabeza.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Que publiquemos su foto en un cartel? Con una leyenda que diga: «¿Se ha acostado usted con este hombre?». ¿Es lo que propones? ¿Cuántas pueden ser? ¿Cien? ¿Doscientas? ¿Quinientas?

Sebastian la miró y después volvió la vista hacia las fotos de las víctimas.

—No lo sé... No tengo ni idea.

Ursula se puso de pie, negando con la cabeza.

—Voy a llamar a la policía científica, a ver si consigo hablar con alguna persona sensata.

Torkel intentó intercambiar una mirada con ella, pero no lo consiguió. Antes de que Ursula llegara a la puerta también Billy se levantó. Por su actitud enérgica, se notaba que se le acababa de ocurrir algo.

—Un momento, hay algo más. ¿Cómo las elige?

Se dirigió rápidamente a la pizarra y señaló las fotografías.

—Mira esto —le dijo a Sebastian—. Supongamos que es posible descubrir tus antiguas relaciones investigando un poco, pero ¿cómo encontró a la última? ¿Qué hizo para elegir a Annette Willén? ¿No la habías conocido ayer mismo?

Los otros tardaron unos segundos en asimilar lo que acababa de decir Billy. De pronto fue como si sintieran en el cuello el aliento del monstruo que estaban intentando atrapar. Billy miró a Sebastian con gesto grave.

—¿Has tenido últimamente la sensación de que alguien te está siguiendo?

La pregunta sorprendió a Sebastian. ¿Por qué no había pensado él mismo en esa posibilidad? ¿Por qué no había visto que la distancia temporal que lo separaba de las mujeres muertas de repente se había contraído? De varias décadas a un solo día. Supuso que el estrés de verse obligado a admitir lo imposible lo había cegado.

—No lo había pensado.

Pero empezaba a pensarlo.

En serio.

A la mañana siguiente, bajaron los dos juntos en el ascensor. Vanja tenía la vista fija en los números sobre la puerta, que iban decreciendo hasta llegar a la cifra negativa del garaje.

Sebastian reprimió un bostezo y se restregó los ojos. No había dormido mucho. No era fácil aquietar los pensamientos: Hinde, las cuatro mujeres muertas, la conexión... Todo se le arremolinaba en la cabeza. A las cuatro se había quedado dormido, pero unas horas después había vuelto a despertarlo la pesadilla. Después ni siquiera había intentado conciliar el sueño. Se levantó, bebió una taza de café, se duchó y salió hacia la Unidad de Homicidios, donde tuvo que esperar a Vanja. Para ir a ver a Hinde.

Poco después de las ocho, había llegado Vanja y lo había encontrado sentado en uno de los despachos.

—¿Estás listo? —le preguntó y se volvió sin esperar respuesta.

Sebastian se puso de pie y la siguió hasta el ascensor.

—Si no nos equivocamos, cuatro mujeres han muerto por tu culpa —comentó Vanja sin mirarlo.

Sebastian no respondió. ¿Qué podía decirle? Haberse acostado con él era lo único que las cuatro víctimas tenían en común. Sexo con Sebastian Bergman.

Una condena a muerte.

—Deberías llevar una señal de peligro en la frente. Eres peor que el virus del sida.

—Quizá pienses que me lo merezco —dijo Sebastian en voz baja—, pero ¿podrías dejar de hablarme de ese modo, por favor?

Vanja se volvió hacia él con un punto de dureza en la mirada.

—¡Ah! ¿Lo estás pasando mal? Perdona, pero no sé si habrás notado que tú no eres la víctima.

Sebastian se mordió la lengua para no responder. No valía la pena. Vanja jamás lo entendería. Toda la situación le hacía mucho daño, mucho más de lo que ella podía imaginar.

Quizá no fuera él la víctima en el sentido más estricto del término, pero tampoco era el culpable. Jamás habría podido prever que alguien iba a buscar entre sus aventuras nocturnas de varios decenios atrás para asesinar brutalmente a esas mujeres con el único propósito de hacerle a él una perversa demostración de poder. Jamás habría podido preverlo, como tampoco había podido evitar el tsunami. Se quedó callado. No había nada más que decir.

«¿Has tenido últimamente la sensación de que alguien te está siguiendo?»

No podía quitarse las palabras de Billy de la cabeza. ¿Qué hacer para averiguarlo? No lo sabía. Esa mañana, en el taxi de camino a Kungsholmen, se había vuelto varias veces para mirar por la ventana trasera, pero había sido incapaz de determinar si alguno de los coches que iban detrás lo estaba siguiendo o no. Quizá los policías desarrollaban un sexto sentido para notarlo, pero él no era policía. Además, resultaba absurdo. Él mismo había seguido a Vanja durante varios meses sin que ella lo notara. Si hubiera sospechado algo, jamás le habría permitido sentarse a su lado en el Volvo azul oscuro.

Vanja, de forma rutinaria, condujo el coche hasta la garita del guardia. Cuando atravesó la verja, encendió el intermitente para señalar el giro a la derecha.

—Espera.

Vanja lo miró, como siempre, con cierta irritación. Por una fracción de segundo, Sebastian se preguntó si no tendría otra expresión para enseñarle, pero prefirió no seguir pensando al respecto.

—Mejor gira a la izquierda. Pasa por delante de la entrada principal.

—¿Por qué?

—Por algo que se me ha ocurrido. Si alguien me está siguiendo, me estará esperando allí. Siempre entro por esa puerta y, cuando no vengo andando, es allí donde me deja el taxi.

Vanja lo miró, consideró un momento la idea y finalmente señaló el giro a la izquierda y se incorporó al tráfico. Tras girar de nuevo a la izquierda, desembocó en Polhemsgatan.

—Para.

Así lo hizo Vanja mientras Sebastian escudriñaba la calle que se abría ante ellos. Había poca gente en las aceras, pero frente al edificio de la Unidad de Homicidios se extendía el parque de Kronoberg y era imposible abarcarlo con la vista, al menos desde el coche. Sebastian se volvió hacia Vanja.

—¿Tienes prismáticos?

—No.

Una vez más, Sebastian recorrió la calle con la vista. Tenía experiencia en la persecución. Había que situarse en un lugar poco visible, pero a una distancia razonablemente corta, para reaccionar con rapidez si la persona vigilada empezaba a moverse. Todos los transeúntes parecían caminar con un propósito definido. No había nadie que se hubiera parado ni que pareciera vagar sin rumbo. Pero quedaba el parque y, como recordó de pronto Sebastian, la cafetería de la esquina. ¡Claro! Desde allí era posible disfrutar de una vista perfecta y sin despertar sospechas. Justo por eso la había elegido él en el pasado como punto de observación.

—Sigue hasta la cafetería que está en el siguiente cruce.

Sebastian se la señaló y Vanja volvió a poner el vehículo en marcha. Mientras circulaban despacio delante de la entrada principal de la Unidad de Homicidios, Sebastian pensó de pronto que quizá alguna vez los dos habían coincidido en la cafetería: la persona que lo seguía y él, si es que alguien lo seguía.

Era posible e incluso probable, pero no seguro.

Miró por la ventanilla los coches aparcados a la derecha de la calle e intentó recordar si había clientes habituales, alguien que frecuentara la cafetería tanto como él. No recordaba a ninguno,

pero tampoco había prestado especial atención a los demás. Toda su atención estaba concentrada en otra parte.

Como no había espacio para aparcar, Vanja subió la mitad del coche a la acera, demasiado cerca del paso peatonal. Se apearon los dos y cruzaron la calle. Vanja subió de una sola zancada los dos peldaños de la entrada y empujó la puerta. Sebastian oyó el familiar tintineo de la campanilla y, cuando ya se disponía a entrar en el local por delante de Vanja, se quedó petrificado.

Había recordado algo.

Un detalle de hacía un momento.

Algo que había visto desde el coche.

Poco antes de pasar por delante de la entrada de la Unidad de Homicidios, aparcado a la derecha, había un coche. Un Ford Focus azul celeste. Azul pijama de bebé. Y un hombre con gafas de sol en el asiento del conductor.

Los pensamientos arremolinados siguieron su curso hasta el día en que se le había ocurrido poner en orden su estudio. Se había acercado a la ventana y había contemplado el sitio donde solía aparcar, delante de la tienda de antigüedades. Había otro coche en el lugar donde acostumbraba a aparcar el suyo. Un coche azul celeste.

—¿Vienes?

Vanja seguía sosteniendo la puerta abierta para que él pasara, pero Sebastian no la oía. Sentía bullir el cerebro. Recordó la visita a la consulta de Stefan, cuando el psicólogo había salido a comprar leche. Los dos tipos que luchaban con el piano. Y, detrás de su pequeña furgoneta, un coche azul celeste. Posiblemente un Ford Focus.

—¿Sebastian?

Sin responder, Sebastian se volvió, cruzó la calle y empezó a desandar el camino, hacia el coche aparcado.

—¡¿Adónde vas?! —le gritó Vanja.

En lugar de contestarle, Sebastian apuró el paso. A su espalda, oyó otra vez el ruido de la campanilla cuando Vanja soltó la puerta para seguirlo. Ya casi iba corriendo. La sospecha se convirtió en certeza en el momento en que vio que la persona en el asiento del conductor del Ford Focus azul empezaba a moverse.

Vio que se inclinaba hacia delante y arrancaba el vehículo.

Entonces echó a correr a toda velocidad.

—¡Sebastian!

El coche azul salió de la hilera de coches aparcados y Sebastian pasó entre dos vehículos para saltar a la calzada. Su idea era bloquearle el paso con lo único que tenía: su cuerpo. Por un momento, pareció que el conductor del Ford se proponía girar en redondo, pero Sebastian observó que no tenía espacio. La calle era demasiado estrecha. Probablemente, también lo notó el conductor del vehículo, porque enseguida corrigió la dirección y aceleró a fondo, directo hacia Sebastian.

—¡Sebastian! —volvió a gritar Vanja, desde muy lejos, con la voz quebrada, observando impotente lo que estaba a punto de suceder.

A unas decenas de metros de Sebastian, no parecía que el coche fuera a frenar, sino todo lo contrario. Las revoluciones del motor no dejaban de aumentar. Estaba acelerando. Sebastian se mantuvo firme tanto tiempo como pudo; sin embargo, en el último segundo, comprendió que el conductor no pensaba detenerse y se arrojó de cabeza a un lado, entre dos coches aparcados. Quizá solamente se lo imaginó, pero creyó sentir que el Ford Focus lanzado a toda velocidad le rozaba el tacón del zapato. Tras cruzarse con él, el coche prosiguió su precipitada fuga. Vanja extrajo el arma, pero comprendió que no podía disparar contra un coche que se alejaba con rapidez en pleno centro de Estocolmo, y volvió a enfundarla. Se volvió y corrió hacia el lugar donde había caído Sebastian. Desde su posición, no había podido distinguir si el coche lo había alcanzado o no. Se agachó a su lado.

—¿Estás bien?

Sebastian se volvió hacia ella. Sin aliento. Tenso. Sangrando de una pequeña herida en la sien y con las palmas de las manos ensangrentadas.

—¡La matrícula, coge la matrícula!

—Ya lo he hecho. ¿Estás bien?

Sebastian se palpó el cuerpo, se llevó una mano a la cabeza y se quedó mirando la sangre. Había debido de chocar con uno de los coches aparcados y probablemente habría detenido su caída con las manos. El daño habría podido ser mucho peor. Soltó el aire.

—Sí, estoy bien.

Con la ayuda de Vanja se puso de pie. En las dos aceras empezaban a arremolinarse los curiosos. Sebastian se sacudió el polvo lo mejor que pudo y los dos echaron a andar hacia el coche, que había quedado mal aparcado.

—¿Has podido verle la cara? —preguntó Vanja.

Sebastian se encogió de hombros. El gesto le hizo daño. Debía de haber caído con más contundencia de lo que había supuesto en un principio.

—Llevaba gorra y gafas de sol.

Siguieron en silencio hasta el coche. Antes de sentarse, Sebastian se volvió hacia Vanja.

—Billy tenía razón. Alguien me está siguiendo.

Se dio cuenta de que estaba diciendo una obviedad, pero necesitaba expresarlo. Tenía que decirlo en voz alta y confirmarlo. Alguien lo seguía. A todas partes. Sin que él lo sospechara. Era una sensación casi irreal. Lo estaban vigilando.

—Sí.

Vanja lo miró por encima del techo del coche. Ya no parecía irritada y no hacía falta ser especialmente optimista para ver compasión en su mirada. Sebastian decidió en ese instante que nunca más volvería a seguirla, pasara lo que pasase. Ya no volvería a apostarse delante de su casa, ni volvería a viajar en el metro en un vagón contiguo al suyo. Tenía que renunciar por completo a su proyecto. Comprendió que debía llamar a Trolle y decirle que lo olvidara todo. Tenía que hacerlo cuanto antes.

Poco más de una hora después, aparcaron y salieron del coche. Era otro día resplandeciente de verano y el calor los golpeó en cuanto abrieron la puerta del vehículo. Casi no habían hablado en todo el camino. Sebastian lo había agradecido. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos.

Al salir del coche, sonó el teléfono de Vanja y ella contestó mientras cerraba las puertas. Después se apartó un poco para hablar. Sebastian se quedó contemplando el impersonal edificio de hormigón, detrás de las vallas de seguridad. Otra imagen más de su pasado. Otro lugar que se conservaba exactamente igual. No era lo que había planeado. Tenía que volver a la vida. Necesitaba empezar de nuevo. Con esa idea se había acercado a la Unidad de Homicidios.

Tener una vida propia antes de poder compartirla con otra persona.

Pero, desde entonces, el pasado lo había alcanzado. Hinde. Las mujeres muertas. Todo lo relacionado con ese caso lo arrastraba al pasado. Habían transcurrido muchos años desde que había visitado ese lugar por última vez. Había puesto fin a sus entrevistas con Edward Hinde en el verano de 1999, y se había marchado de Lövhaga pensando que nunca más volvería a pisar esa prisión. Sin embargo, ahí estaba otra vez. Detrás de las rejas, más allá del alambre de espino que remataba la valla y al otro lado de las puertas de seguridad, se hallaban los criminales más peligrosos y perturbados de Suecia. Se dio cuenta de que estaba un poco nervioso ante el inminente encuentro. Edward Hinde era un hombre inteligente, frío, manipulador y capaz de ver más lejos que la mayoría. Era preciso estar muy en forma para encontrarse con él, porque de lo contrario notaba la debilidad y enseguida tomaba la iniciativa. Con todo lo sucedido, Sebastian no estaba seguro de poder mantenerse firme, sin bajar la guardia. Vanja se le acercó.

—El Ford Focus ya tenía una denuncia. Lo robaron en Södertälje. —Sebastian se limitó a asentir al recibir la información—. En febrero —añadió Vanja.

Sebastian la miró para comprobar que había oído bien. Ella se lo confirmó con un gesto afirmativo. El dato no significaba necesariamente que lo estuvieran siguiendo desde hacía medio año, pero era una posibilidad. Intentó deducir las consecuencias de que hubiera sido así, pero no se vio con fuerzas para llevar el razonamiento hasta el final. Cada cosa a su tiempo. Hizo una inspiración profunda. Debía concentrarse en el encuentro con Hinde. Echó a andar con Vanja hacia la verja, en dirección al guardia que los contemplaba en silencio desde que se habían bajado del coche.

—¿Cómo es ese Hinde? —preguntó ella con curiosidad.

Su voz había perdido el tono condenatorio que solía emplear con él. Era como si ella también sintiera que iban a meterse en la guarida del león.

Sebastian se encogió de hombros. Estaba seguro de que Vanja no había conocido nunca a nadie como Edward Hinde. Muy pocas personas habían conocido a alguien como él. Hinde no era el criminal habitual, ni el marido celoso, ni el joven delincuente criado en un ambiente de exclusión social y violencia. Era algo distinto por completo y por eso Vanja no tenía ninguna referencia, ni podía imaginar la relación enfermiza o los sucesos que habían conducido a los asesinatos de los años 1995 y 1996. Para ella era imposible comprender los abismos de maldad que Hinde tenía en su interior. Compararlo con cualquiera de los criminales que Vanja había conocido a lo largo de los años habría sido lo mismo que comparar a un estudiante de secundaria en un laboratorio de física con un científico que hubiera ganado el Premio Nobel.

—Lee mis libros.

—Ya los he leído.

Vanja dio los últimos pasos hasta el guardia.

—Vanja Lithner y Sebastian Bergman, de la Unidad de Homicidios.

Enseñaron las identificaciones y la autorización para visitar al recluso. El guardia entró en la garita con los documentos, cogió un teléfono y se puso a hablar. Vanja se volvió otra vez hacia Sebastian.

—Pero podrías decirme algo. ¡Tú lo conoces!

—Pronto lo conocerás tú también.

—¿Hay algo que deba tener en cuenta?

Se oyó un zumbido en la verja y Sebastian la empujó. Dejó pasar a Vanja y después entró él. El guardia les devolvió la documentación.

—Debes tener cuidado —le respondió Sebastian a Vanja.

Siguieron el camino hacia Lövhaga. Hacia Hinde.

Edward Hinde estaba otra vez en la sala de visitas. Lo habían llevado dos guardias diez minutos antes. Con las manos y los pies esposados.

Lo hicieron pasar a la sala.

Le indicaron que se sentara y le encadenaron las esposas a la mesa.

Todo igual que siempre, con la única excepción de que esta vez había dos sillas al otro lado. Acudían a verlo de la Unidad de Homicidios. Vanja Lithner y Billy Rosén. Así le había dicho Thomas Haraldsson que se llamaban los policías que iban a visitarlo. Se preguntó qué querrían decirle. Hasta dónde habrían llegado en su investigación.

La puerta se abrió a su espalda y sintió que entraba alguien. Una vez más, reprimió el impulso de volverse para mirar. Prefirió esperar, dejar que fueran ellos los que fueran hacia él. De ese modo, obtendría una ventaja pequeña, pero inmediata. Sintió que se acercaban. Con el rabillo del ojo, vio que los dos pasaban por el mismo lado de la mesa. A su derecha. Siguió mirando por la ventana, aunque ya los tenía delante. Sólo cuando la mujer se sentó frente a él, dejó vagar la vista hacia ella. Rubia, guapa, de unos treinta años, ojos azules y físico perfectamente en forma, a juzgar por la musculatura de los brazos, que la blusa de manga corta dejaba al descubierto. La mujer depositó sobre la mesa una carpeta negra y lo miró a los ojos sin parpadear. Edward no dijo nada, pero desplazó la atención hacia el colega de la mujer, que seguía de pie, recostado contra la pared, junto a la mesa.

No era Billy Rosén. Era un viejo conocido. Edward se vio obligado a hacer un esfuerzo enorme de autocontrol para disimular la sorpresa.

Sebastian Bergman.

Habían llegado lejos.

Más lejos de lo que se habría atrevido a esperar.

Mantuvo la mirada fija en Sebastian, hasta que estuvo seguro de que no se le iba a quebrar la voz cuando hablara. Entonces, le dedicó una sonrisa satisfecha y casi acogedora.

—Sebastian Bergman. ¡Qué sorpresa!

Al no obtener respuesta, lo siguió mirando fijamente. Sebastian recordaba esa mirada.

Intensa.

Inquisitiva.

Penetrante. A veces parecía como si Edward no mirara sólo a los ojos, sino que lograra atravesarlos para escudriñar el cerebro de su interlocutor y conseguir una información que de otro modo no habría obtenido.

—¿Acompañado de...? —prosiguió Edward en tono distendido mientras se volvía hacia Vanja.

—Vanja —respondió ella, antes de que Sebastian se la presentara.

—Vanja —repitió Edward, como saboreando la palabra—. Vanja... ¿Vanja qué más?

—Con Vanja es suficiente —intervino Sebastian.

No había ninguna razón para darle a Hinde más datos de los necesarios. Edward se volvió una vez más hacia Sebastian, con una sonrisa tranquila y relajada.

—¿Y a qué debo la agradable visita, después de tantos años? ¿Ya no cobras derechos de autor? ¿Piensas completar la trilogía? —dijo Edward, y se dirigió una vez más a Vanja—. Este hombre ha escrito libros sobre mí. ¡Dos!

—Ya lo sé.

—Yo fui su trampolín a la fama..., aunque no sé si será correcto el uso de esa expresión en estas circunstancias.

Vanja seguía inmóvil, con los brazos cruzados, escuchando con ostensible falta de interés el razonamiento de Edward. Era evidente que no pensaba perderse en discusiones estilísticas con Hinde.

—En cualquier caso —continuó Edward—, primero hizo lo posible para que me metieran en la cárcel y después reveló... los mecanismos detrás del monstruo.

Volvió a sonreír, pero no para Vanja, sino más para sí mismo, como saboreando el recuerdo de un tiempo mejor. O quizá satisfecho por la fórmula que había encontrado para expresarse.

—Alcanzamos el número uno de la lista de libros más vendidos. Firmas en las librerías, conferencias en toda Europa... También en Estados Unidos, ¿no, Sebastian?

Sebastian tampoco le contestó. Se recostó contra la pared con desgana y cruzó los brazos delante del pecho, como Vanja, con la vista fija en Edward en actitud casi desafiante. Hinde le devolvió la mirada, con la cabeza ligeramente ladeada, antes de volverse otra vez hacia la mujer.

—Sebastian no habla. Buena táctica. En este país no nos gustan los silencios incómodos e intentamos llenarlos. Parloteamos, decimos tonterías, nos delatamos... —Edward hizo una pausa en su argumentación como para considerar si había hablado demasiado, ofreciendo así un ejemplo de lo que acababa de describir—. Yo también soy psicólogo —le explicó a Vanja—. Iba dos cursos por delante de Sebastian. ¿Te lo ha dicho?

—No.

Sebastian se puso en guardia. ¿Adónde quería llegar? ¿Por qué le había contado eso a Vanja? Edward Hinde nunca hablaba porque sí. Todo lo que decía tenía un sentido. Pero ¿cuál?

—No le gusta admitir que somos parecidos —prosiguió Hinde—: psicólogos de mediana edad, con una relación complicada con las mujeres. Es lo que somos, ¿no es así, Sebastian?

Hinde dejó de mirar a Vanja y volvió a levantar la vista hacia su colega. De repente, Vanja tuvo la certeza de que Sebastian no se equivocaba: Hinde estaba implicado en los cuatro asesinatos. Y no sólo como inspirador. Estaba realmente involucrado. ¿De qué manera? Vanja no tenía la menor idea, pero Edward Hinde sabía por qué habían ido a verlo.

Era una sensación difícil de describir, una intuición. Le pasaba con cierta frecuencia, cuando estaba interrogando a un sospechoso o comprobando la veracidad de una coartada. De repente,

veía una conexión o llegaba a la íntima convicción de que una persona estaba implicada o era culpable, incluso en ausencia de pruebas materiales o de meros indicios que lo sugirieran. Pero la sensación era inequívoca. Podía surgir de cualquier cosa: del lenguaje corporal, de la forma de mirar de la persona en cuestión o de un tono de voz capaz de poner una nota falsa en una conversación que por lo demás podía ser normal. Vanja tenía una sensibilidad particular para la falsedad y había notado algo en la manera con que Hinde se dirigía a Sebastian: un matiz casi imperceptible de petulancia y triunfo. No era fácil distinguirlo. Pero estaba ahí y para Vanja era suficiente. Torkel había acertado, aunque no pensaba reconocérselo abiertamente. Poner a Sebastian y a Hinde frente a frente, en la sala de visitas, había sido una excelente decisión.

—¿Qué sabes tú de mi relación con las mujeres? —preguntó Sebastian, sin que nada en su voz delatara que comenzaban a aproximarse al motivo de su visita.

—Sé que son muchas. O al menos lo eran. No sé cómo estarán las cosas ahora.

Sebastian se apartó de la pared, separó la silla libre de la mesa y se sentó. Edward lo observó con detenimiento. Había envejecido y no sólo por el paso de los años. La vida no lo había tratado bien y Edward creía saber por qué. Reflexionó por un momento sobre si debía sacar a colación el matrimonio con la mujer alemana.

La hija.

El tsunami.

La noticia que tanto lo había alegrado cuando finalmente se había enterado. Le había llevado un tiempo atar todos los cabos. La desgracia de Sebastian no había ocupado un gran espacio en la prensa. Edward se había visto obligado a hacer un minucioso trabajo de detective, a ensamblar las piezas del puzle y a sumar dos más dos.

Todo había empezado cuando creyó reconocer un par de nombres en una lista de muertos y desaparecidos de nacionalidad sueca o relacionados con Suecia. Entre los quinientos cuarenta y tres nombres, dos le resultaron familiares: Lily Schwenk y Sabine Schwenk-Bergman. Había tenido que bucear en los archivos de los periódicos hasta encontrar lo que buscaba. En uno del año 1998, un artículo breve informaba de la boda de Sebastian Bergman, el famoso experto en perfiles criminales y autor de éxito, con una mujer llamada Lily Schwenk. Un periódico alemán de un par de años más tarde publicaba la noticia del nacimiento de la pequeña Sabine. La mujer y la hija de Sebastian, en una lista de muertos y desaparecidos. Al principio se alegró, pero, al cabo de un tiempo, la alegría se transmutó en decepción. Se sentía estafado y casi envidioso. ¡Cómo le habría gustado ser esa ola, la fuerza imparable que le arrebató a Sebastian su familia y lo dejó destrozado! En cualquier caso, la información era buena. Seguramente le sería útil algún día, pero no en ese lugar, ni en ese momento. No podía utilizarla en el primer encuentro. Quería averiguar cuánto sabían, hasta dónde habían llegado. Decidió guardar silencio. Les tocaba hablar a ellos.

—Han asesinado a cuatro mujeres.

Vanja notó que Edward se echaba hacia delante, más interesado, con un brillo diferente en los ojos.

—¿Puedo conocer más detalles?

Sebastian y Vanja intercambiaron una mirada rápida. Sebastian hizo un breve gesto de

asentimiento y Vanja abrió la carpeta que había dejado sobre la mesa. Extrajo una foto del primer asesinato, una imagen tomada con gran angular que abarcaba toda la escena.

—Camisón, medias de nailon, reserva de provisiones, violación con la víctima boca abajo... —dijo Vanja mientras le pasaba la fotografía a Hinde, que la contempló de forma fugaz y enseguida levantó la vista, con un genuino asombro en la mirada.

—Alguien me está copiando.

—Quién lo hubiera dicho... —comentó Sebastian con frialdad.

—Entonces ¿era por eso que queríais hablar conmigo? Ahora mismo me estaba preguntando qué querríais de mí.

Su voz vibraba como si acabara de hacer un repentino descubrimiento, como si de pronto hubiera encontrado la respuesta que llevaba mucho tiempo buscando. Su actuación era todo un despliegue de auténtico y sincero asombro que habría engañado a cualquiera, e incluso a Vanja, si no hubiera estado en guardia. Pero Vanja estaba observando atentamente todos los indicios que pudieran confirmar su intuición, y era evidente que Hinde no se preguntaba nada. Hinde sabía. Lo sabía todo desde el principio. Estaba fingiendo.

El recluso negó con la cabeza, resignado.

—Da un poco de envidia y a la vez un poco de rabia. ¿Es que la gente ya no puede inventar nada? Es el problema de los tiempos que corren: ya no hay originalidad. Todo el mundo copia a los que han llegado antes. A los mejores.

—Esto no es algo que se le ha ocurrido a alguien. Has sido tú.

Había dureza en la voz de Sebastian.

Era una acusación. Clara y manifiesta.

Vanja no estaba segura de que fuera una buena técnica para interrogar a Hinde, pero Sebastian lo conocía mejor que ella, por lo que se tragó sus objeciones. Edward levantó la vista de la fotografía que yacía sobre la mesa, con una estupefacción en apariencia sincera que también se le notó en la voz.

—¿Yo? Pero ¡si no salgo nunca del pabellón de máxima seguridad! No tengo permisos. Tengo estrictamente limitada la libertad de movimientos. —Para ilustrarlo, movió los brazos, haciendo sonar las cadenas que lo ataban a la mesa—. Ni siquiera puedo hablar por teléfono.

—Alguien te está ayudando.

—¿Ah, sí?

Edward se inclinó sobre la mesa, con evidente y espontáneo interés. Sintió que había echado de menos esos momentos. Las conversaciones. El juego. Rebatir una observación de Sebastian. Elegir entre aceptar su razonamiento, cuestionarlo o tratar de desviar su atención, obligarlo a caminar en círculos, desafiarlo y aceptar su desafío. ¡Por Dios, cuánto lo había echado de menos! La mayoría de los que veía en el pabellón eran personajes infrahumanos sin una pizca de inteligencia. En esa sala había al menos un poco de consistencia intelectual. Le resultaba gratificante y liberador.

Se echó hacia atrás en la silla.

—¿Puedes explicarme cómo lo hago? —preguntó.

—¿Cómo las eliges?

Sebastian se negó a morder el anzuelo. No estaba de humor. Cada vez que alguien contestaba una pregunta, perdía el control de la conversación. Se dejaba dirigir en lugar de estar al mando. Sebastian no podía permitirse un error semejante. Con Hinde, no.

—¿A quiénes?

—A las mujeres.

Hinde hizo una inspiración profunda y negó con la cabeza. Estaba decepcionado. Lo correcto habría sido que Sebastian no contestara, que dejara sin respuesta ese «¿A quiénes?». Entonces, se habrían mirado a los ojos, como en un duelo. ¿Quién retomaría antes el hilo de la conversación? ¿Y cómo? Dar una respuesta directa a la pregunta había sido la peor reacción. Había acabado con toda la emoción para Hinde. Había matado la conversación.

—Sebastian, Sebastian, Sebastian... ¿Qué ha pasado contigo? Directo al grano, sin fineza ni estilo... Tú preguntas y se supone que yo debo responder. ¿Qué ha pasado con el encuentro entre iguales?

—Tú y yo no somos iguales.

Hinde lanzó un suspiro ligeramente más ruidoso de lo necesario. Ni siquiera así recogía el guante. Sebastian se negaba a iniciar un diálogo y medir fuerzas con él. Volvió a recostarse en la silla decepcionado.

—Me aburres, Sebastian. Antes no lo hacías. Antes te veía como un... —Hizo una pausa para buscar las palabras exactas y las encontró al cabo de un momento—. Como un estimulante desafío. ¿Qué te ha pasado?

—Me he cansado de jugar con psicópatas.

Edward decidió dejarlo ir. Era demasiado tedioso, demasiado inútil hablar con él. Ya no era el formidable adversario que había conocido tiempo atrás. Se volvió entonces hacia su guapa colega. Quizá ella pudiera darle algo a cambio de su atención. Era lo bastante joven para caer enredada en su laberinto.

—Vanja, ¿puedo tocarte el pelo?

—¡Cállate!

La voz de Sebastian sonó como un latigazo. Hinde se sobresaltó. Reacción intensa, elevación del tono de voz y furia auténtica, o al menos eso parecía. Interesante. Hasta ese momento, Sebastian se había comportado con serenidad y determinación. Parecía decidido a no dejarse arrastrar a ninguna discusión y a no revelar nada. Pero esa breve explosión de ira merecía una investigación más detenida. Hinde ladeó un poco la cabeza y posó la mirada sobre la cabellera de Vanja.

—Parece tan suave... Apuesto a que también huele bien.

Vanja miró al hombre escuálido, de pelo ralo y ojos acuosos que tenía delante. ¿Qué se proponía?

Catorce años.

Llevaba catorce años recluido.

Supuso que no habría visto muchas mujeres en todo ese tiempo. Quizá alguna psicóloga y una o dos bibliotecarias. Pero era absolutamente impensable que hubiera podido tocarlas. Por eso Vanja era capaz de entender su deseo. Se preguntaba, sin embargo, cuál sería la intensidad de su

anhelo y si podría utilizarlo para conseguir algo a cambio. Decidió dar al menos un paso más.

—¿Qué me das si te dejo tocarme el pelo?

—¡Basta! —la interrumpió Sebastian, con el mismo tono cortante de antes—. No hables con él.

Sin dejar de sostener la mirada desafiante de Vanja, Edward repasó la situación. Había algo más que rabia e impaciencia en la voz de Sebastian. Un impulso protector. ¿Sería su amante? La chica debía de tener por lo menos veinte años menos que él, y el Sebastian de finales de los años noventa se relacionaba casi exclusivamente con mujeres de su edad. Podía haber cambiado, desde luego. Pero no había nada en la actitud de ambos que hiciera pensar en una relación sentimental entre ellos. Más bien al contrario. Sobre todo Vanja transmitía cierta frialdad hacia su colega. No había complicidad en sus ojos cuando lo miraba y su lenguaje corporal expresaba tanto rechazo hacia Sebastian como hacia el propio Hinde. ¿Sería que sólo lo disimulaba? Merecía la pena averiguarlo.

—¿Vosotros dos os acostáis juntos?

—¡Claro que no!

—No es asunto tuyo —respondió Sebastian al mismo tiempo que Vanja.

Edward se dio por satisfecho. La respuesta de Sebastian era una no-respuesta para conservar el control, mientras que la de Vanja había sido directa, cargada de emoción y sincera. Era cierto que no se acostaban. ¿Por qué entonces ese tono protector? ¿Había algo más? Edward se volvió otra vez hacia Vanja.

—Si te inclinas un poco hacia delante y dejas caer el pelo aquí...

Edward ahuecó la mano encadenada y apretó varias veces los dedos, en un gesto que, hecho por él, pareció casi obsceno.

—¿Contestarás a mis preguntas?

Vanja empujó hacia atrás la silla, como si fuera a levantarse.

—¡Siéntate en la puta silla! —exclamó Sebastian escupiendo las palabras.

Estaba evidentemente perturbado por imaginarse esa ridícula escena. Era el momento de subir las apuestas.

—Por tocarte el pelo, te doy una respuesta. A cualquier pregunta que quieras. —Edward la miró directamente a los ojos, con expresión de absoluta franqueza—. Por tocarte las tetas, tres respuestas.

Sebastian se levantó de modo tan brusco que la silla se volcó. Se abalanzó entonces sobre la mesa y le agarró la mano vuelta hacia arriba, apretándole y retorciéndole con fuerza los dedos. Con mucha fuerza, hasta hacerle daño. Edward no se inmutó. Sabía controlar el dolor. Tenía experiencia. Le resultó mucho más difícil disimular la alegría que le producía haberle encontrado un punto débil a su adversario.

—¿No has oído lo que te he dicho? —le dijo Sebastian casi en un susurro, mirándolo a los ojos, a pocos centímetros de su cara.

Hinde podía sentir el aliento del otro en el rostro y la humedad en la palma de la mano. Había vencido.

—Sí, te he oído.

Edward relajó la mano y Sebastian aflojó la presión. Hinde se recostó en la silla, satisfecho. Esbozó una vaga sonrisa en la comisura de los labios y con expresión triunfante miró al psicólogo.

—Aunque no hayas querido jugar, acabas de perder.

Vanja y Sebastian atravesaban callados el pabellón de máxima seguridad. El estallido de éste había puesto fin al encuentro con Hinde. Edward no había dicho ni una palabra más. Se había quedado recostado en la silla, con una sonrisita de satisfacción en los labios, mirando fijamente a Sebastian. Ahora Vanja y él se dirigían a la salida, escoltados por un guardia.

—Puedo cuidarme sola —dijo Vanja, quebrando el silencio.

—¿De verdad? No estaría mal que de vez en cuando lo demostraras.

Sebastian no redujo la velocidad de sus zancadas. Seguía enojado. Edward tenía razón: había perdido. O, mejor dicho, Vanja lo había hecho perder, lo que era muy distinto. No menos irritante, pero distinto. Y todo porque no había entendido que nunca había que darle nada a Hinde. Ni siquiera era posible regatear con él. Cada oferta suya ocultaba una segunda intención, y cada promesa, una traición. Quizá el error había sido suyo. Vanja le había preguntado cómo era Edward. Estaba ansiosa por informarse. Pero él no había sabido prepararla. Eso también lo irritaba.

—No he tenido ocasión de demostrarlo. —Vanja prácticamente se veía obligada a correr para seguirle el ritmo a Sebastian—. Porque el gran Sebastian Bergman ha acudido enseguida en defensa de la pobre mujercita desamparada.

Llegaron a una pesada puerta metálica, con un ventanuco en el centro y sin cerrojo ni picaporte por dentro. El guardia que los acompañaba la golpeó con los nudillos, haciendo lo posible por no parecer interesado en su conversación. Al cabo de unos segundos apareció una cara al otro lado de la abertura, que los escudriñó atentamente, para asegurarse de que tenían derecho a abandonar el pabellón y de que no actuaban bajo ningún tipo de coacción. Sebastian se volvió hacia Vanja por primera vez desde que habían salido de la sala de visitas.

—¿De verdad piensas que habríamos sacado algo en limpio si le hubiéramos permitido que te tocara las tetas?

—¿De verdad crees que habría dejado que me las tocara?

La puerta se abrió con un zumbido. Sebastian y Vanja abandonaron el pabellón de máxima seguridad y se adentraron por un pasillo. Vanja no sabía cuál de los agravios la enfurecía más. Había muchos y el culpable siempre era Sebastian. La indignaba que la hubiera minusvalorado, que tuviera la desfachatez de referirse a sus «tetas», que la creyera indefensa y necesitada de protección, que fuera andando a una velocidad absurda y que no tuviera confianza en ella.

—Había entrado en su juego —dijo cuando volvió a alcanzar a Sebastian—. Si no hubieras intervenido tú como un puto caballero andante, quizá habríamos conseguido algo.

—No, no habríamos conseguido nada.

—¿Cómo lo sabes? Te has inmiscuido a la primera oportunidad.

—Tú no puedes jugar con Hinde.

—¿Por qué no?

—Porque él es mucho más listo que tú.

Vanja redujo la velocidad y dejó que Sebastian se distanciara. Mirando cómo se alejaba, decidió que ya no le importaba cuál de los agravios era el peor. Todo lo relacionado con Sebastian Bergman le parecía igual de aborrecible. Absolutamente todo.

Annika Norling intentó que Sebastian y Vanja esperaran sentados en los dos sillones junto a la máquina de café mientras ella entraba en el despacho del director para anunciarle su visita, pero no lo consiguió. Sebastian le pasó por delante como una exhalación y sin llamar a la puerta entró a ver al jefe. Ante la repentina irrupción, Thomas Haraldsson dio un respingo en su silla de ejecutivo, con la curiosa sensación de haber sido pillado en falta. Levantó la vista y reconoció enseguida al hombre que lo miraba desde la puerta con expresión de evidente desconcierto, como si no acabara de entender lo que estaba viendo. Las primeras palabras del visitante confirmaron esa impresión.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Haraldsson se aclaró la voz y se acomodó mejor en la silla, decidido a recuperar un poco la iniciativa, aunque nunca la hubiera tenido.

—Ahora trabajo aquí.

Sebastian procesó la información y llegó rápidamente a la única conclusión que le pareció lógica. Supuso que la policía de Västerås lo habría despedido y que, a continuación, Haraldsson habría encontrado empleo de carcelero en Lövhaga. No sería el primero ni el último que seguía ese camino en el cuerpo de policía. Por lo general, el involuntario cambio de actividad se debía a que la persona en cuestión era demasiado violenta, o tenía muchas denuncias acumuladas, o había cometido otras irregularidades. La pura incompetencia no solía suponer la causa de esa clase de descenso laboral, pero si alguien tenía que ser el primero, Haraldsson reunía sin duda todos los requisitos.

—Entiendo. No todos tienen madera de policía —replicó Sebastian mientras entraba en el despacho seguido de Vanja, que saludó a Haraldsson con una breve inclinación de la cabeza.

Pero Haraldsson ni siquiera se fijó en ella. ¿Qué había querido decirle Sebastian con eso de que no todos tenían madera de policía? ¿Qué pensaba que estaba haciendo en ese despacho?

—¿Dónde está el director? —preguntó Sebastian mientras se dejaba caer en una de las sillas para visitantes.

—¿Qué?

Haraldsson cada vez entendía menos. ¡Pero si lo tenía delante!

Vanja comprendió entonces que nadie le había mencionado a Sebastian el nuevo cargo de Thomas Haraldsson al frente de la prisión, y era evidente que la idea le resultaba inconcebible. La situación se ponía interesante.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó Sebastian, señalando el ordenador y con una mirada

cargada de intención—. ¿Usando el equipo del jefe para ver porno? ¿Por eso te despidieron de Västerås?

La perplejidad de Haraldsson iba en aumento. Tenía que haber un malentendido. Era bastante obvio que Sebastian no sabía quién era él o, mejor dicho, qué era él.

—Trabajo aquí —dijo Haraldsson, articulando las palabras como si estuviera hablando con un niño de cinco años.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Aquí —insistió, apoyando las dos manos sobre la mesa para subrayar sus palabras—. Éste es mi despacho. Soy el director.

Sebastian se quedó petrificado. Se sintió como si acabara de descubrir que estaba en un programa de cámara oculta.

—¿El director?

—Sí, desde hace una semana.

—¿Cómo conseguiste el empleo? ¿En una tómbola?

La duda estaba justificada, según creía Vanja. Pero aunque ella no tenía buen concepto de Haraldsson ni de su competencia profesional, sabía que el nuevo director podía dificultarles en gran medida la investigación, y eso era lo último que quería, sobre todo desde que tenía la certeza de que Hinde estaba involucrado de alguna manera en los asesinatos. Sin embargo, tal como había pasado la vez anterior en Västerås, Sebastian parecía totalmente insensible a la necesidad de mantener buenas relaciones con ciertas personas. Al notar que Haraldsson, tras el último comentario de Sebastian, ensombrecía el gesto, Vanja decidió intervenir y cambiar de tema antes de que su colega dijera alguna cosa irreparable, si es que no la había dicho ya.

—Acabamos de hablar con Hinde —dijo ella mientras se sentaba en la otra silla.

Haraldsson la miró y ella le sonrió con amabilidad.

—Sí, ya lo sé —dijo él—. Yo autoricé la visita.

—Y te lo agradecemos muchísimo. Nos has facilitado enormemente el trabajo, pero ahora necesitaríamos un poco más de información sobre el recluso.

Vanja siguió sonriendo y notó que la actitud del hombre sentado al otro lado de la mesa se volvía menos crispada. ¿Por qué no aprendería Sebastian a quedarse callado? Parecía como si aún no se hubiera recuperado de la impresión de ver a Haraldsson en el despacho del director.

—Por supuesto que puedo daros más información —replicó Haraldsson—, pero antes tengo que saber qué estáis investigando.

Mantuvo la mirada fija en Vanja, con tanta determinación como pudo. No tenía intención de poner palos en las ruedas de la Unidad de Homicidios, pero tampoco iba a permitir que lo trataran como si su opinión no contara para nada. Quizá en Västerås habían podido hacerlo, pero allí no.

Era su prisión y tendrían que obedecer sus reglas.

«Y una mierda —pensó Vanja, que mantuvo la sonrisa intacta—. No hay ninguna necesidad de que tú sepas nada.»

Pero, rápidamente, repasó las alternativas. Podía salir de Lövhaga con la información que necesitaba, o presentar una solicitud para que se la dieran más adelante. Lo segundo le llevaría

más tiempo y le ocasionaría una irritación innecesaria. Decidió entonces contarle un par de cosas a Haraldsson, como demostración de buena voluntad.

—Estamos bastante seguros de que Hinde está implicado en unos asesinatos que estamos investigando.

Podía darle esa información, pues estaba convencida de que la prensa no tardaría en establecer la conexión. Era sólo cuestión de tiempo.

—¿Cómo puede estar implicado si nunca sale del pabellón de máxima seguridad? —dijo Haraldsson con escepticismo.

—Nadie ha dicho que haya cometido los crímenes —replicó Sebastian, que acababa de recuperarse de la sorpresa, y Vanja notaba con deleite que estaba aún más encrespado que cuando había entrado en el despacho, casi furioso. Una formidable corriente de energía le recorría todo el cuerpo—. Pensamos que está involucrado. No es lo mismo.

—¿Puedo preguntaros por qué lo creéis?

—Puedes preguntarlo, pero no vamos a contestarte.

—Creemos que lo ayuda alguien desde fuera —dijo Vanja, contradiciendo en el mismo instante a Sebastian. De hecho, enseguida sintió la mirada que le lanzaba su colega—. ¿Ha salido últimamente en libertad algún convicto que haya tenido cierta amistad con Hinde? —prosiguió ella, sin prestar atención al largo suspiro de cansancio de Sebastian.

—No lo sé.

—¿No sabes si han soltado a algún preso? —Sebastian se levantó del sillón, demasiado contrariado para quedarse quieto—. ¿Qué has dicho que eras? ¿Director de la cárcel?

—Es mi primera semana de trabajo y todavía no he tenido tiempo de familiarizarme con el cargo. No me parece tan raro.

Se estaba justificando sin ninguna necesidad. Jenny le había reprochado mil veces esa estúpida costumbre suya de excusarse cada vez que alguien lo criticaba. Lo mejor era no hacer caso del fastidioso psicólogo, que de todos modos no iba a decirle nada útil. Se volvió otra vez hacia Vanja.

—Lo averiguaré.

Cogió el teléfono y pulsó una tecla de marcado rápido. Sebastian empezó a ir y venir por el frío suelo de baldosas, pero se cansó enseguida. Cuando vio que Haraldsson comenzaba a hablar por teléfono, se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Vanja, pero él se marchó sin responder.

Salió a la pequeña antesala donde estaban los sillones, la máquina de café y la secretaria de Thomas Haraldsson. Annika y algo más, había dicho que se llamaba. La mujer levantó la vista del escritorio y sonrió brevemente al verlo. Después volvió a concentrarse en el trabajo. Sebastian la observó con atención. Alrededor de cuarenta años. Leve sobrepeso, que se hacía especialmente aparente por culpa de la blusa ceñida y el cinturón. Pelo teñido de un tono rojizo, con el color rata original asomando en las raíces. Maquillaje discreto en la cara redondeada, un colgante entre los pechos y dos anillos en las manos, pero ninguno de boda. Era curioso, pero no sintió la menor atracción. No estaba de humor para pensar en sexo, aunque lo intentara.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Annika.

Quizá había notado que la estaba observando en silencio desde que había salido del despacho de Haraldsson. Para ella, el nuevo director era la demostración viviente de la conocida tesis de que en toda organización jerárquica la gente suele ascender hasta su nivel de incompetencia.

Sebastian cedió de pronto a un impulso diabólico.

—Ha dicho tu jefe que le lleves un café.

—¿Qué?

—Con leche y sin azúcar, por favor. Y ha dicho que no tardes.

Sebastian notó la irritación de la secretaria. Era evidente que se sentía molesta, quizá no tanto por el hecho de tener que llevarle un café al jefe como por la prisa. Se levantó con un suspiro contenido, se acercó a la máquina de café entre los dos sillones y cogió un vaso de plástico. Entonces, Sebastian decidió darle otra vuelta de tuerca.

—Dice que no quiere esa bazofia de café soluble. Quiere café de verdad, del que sirven en el comedor, en una taza de verdad.

Annika se volvió hacia él, para comprobar que había oído bien y Sebastian se encogió de hombros, como para hacerle ver que él se limitaba a transmitir el mensaje.

—¿Queréis que os traiga algo a vosotros dos, ya que voy a buscar el café?

Sebastian notó que Annika hacía un gran esfuerzo para que la indignación no le quebrara la voz.

—No, no hace falta, gracias —contestó él con una sonrisa cálida y compasiva—. Y si cambiamos de opinión, ya lo cogeremos de la máquina.

Annika asintió y, antes de salir de la habitación, le lanzó una mirada como diciéndole que también Haraldsson habría podido servirse de la máquina. Al salir, cerró de un portazo.

La sincronización fue perfecta. En ese mismo instante, Haraldsson colgó el teléfono, se volvió hacia el ordenador y empezó a teclear.

—Por lo visto, ningún recluso tiene ni ha tenido nunca una gran amistad con Hinde. Roland Johansson coincidió con él en el pabellón de máxima seguridad y parece que a veces charlaban, pero salió en libertad hace casi dos años. —Recorrió la pantalla con la vista y movió un poco el ratón—. Sí, aquí está. Salió hace unos dos años, en septiembre.

—¿Alguien más? —preguntó Vanja mientras tomaba nota de los datos.

—A veces jugaba al ajedrez con un tal José Rodríguez en la biblioteca —dijo Haraldsson y se puso a teclear un poco más—. Salió hace ocho meses, más o menos.

—Necesito todo lo que tengas acerca de ellos —dijo Vanja, anotando el otro nombre.

—Desde luego. Voy a imprimir sus fichas. Podéis recogerlas en la mesa de Annika cuando salgáis.

Vanja asintió agradecida. Había sido mucho más fácil de lo que esperaba. Mientras se levantaba, oyó que llamaban a la puerta. Annika entró con un café y entonces Sebastian señaló a Haraldsson, detrás de la mesa.

—Es para el jefe.

Annika pasó por delante y dejó el café sobre el escritorio del director sin decir ni una palabra. Haraldsson levantó la vista, asombrado y feliz.

—Muchas gracias, muy amable. —Cogió la taza y la hizo girar un poco, como para verla

bien—. ¡Y en taza de verdad! ¡Qué maravilla!

Sebastian vio que Annika le lanzaba a su jefe una mirada torva y después salió del despacho sin decir palabra. Sebastian se estaba divirtiendo mucho. Consideró la posibilidad de decirle al salir que su jefe quería una magdalena para el café, pero le pareció excesivo. Oyó que Vanja le agradecía a Haraldsson su ayuda y se levantó para salir con ella.

Cuando la gente de la Unidad de Homicidios salió del despacho, Haraldsson cogió la taza de café y se recostó cómodamente en la silla. Bebió un sorbo. Estaba muy bueno. No era la habitual marranada de café soluble que salía de la máquina automática. Le pediría a Annika que le fuera a buscar siempre el café al comedor. Pero lo haría más adelante.

¿De modo que Hinde estaba involucrado en unos asesinatos?

«Unos.»

Plural.

Debían de ser los asesinatos en serie de que hablaban los periódicos, los crímenes del «carnicero del verano», como lo llamaba uno de los tabloides de la tarde. Cuatro mujeres muertas en poco más de un mes. Asesinadas con arma blanca, según la prensa. Una investigación de gran alcance. Un caso importante. Y la Unidad de Homicidios creía que Hinde estaba involucrado de alguna manera.

Edward Hinde, recluido en el pabellón de máxima seguridad de la cárcel de Haraldsson.

Bebió un trago del buen café caliente. Por lo que había podido oír, la Unidad de Homicidios estaba buscando al asesino fuera, pero sin la menor idea de quién podía ser. ¿Lo sabría Hinde? ¿No sería estupendo que Haraldsson ayudara a descubrirlo? ¿No sería fantástico que pudiera sonsacarle a Hinde lo que sabía? Haraldsson ya no era policía, desde luego, pero un tigre nunca pierde sus rayas. No estaría nada mal ser la persona que encontrara todas las piezas del puzle en un caso de tanta relevancia. Quizá no quisiera ser director de la prisión toda la vida. Había otros cargos. Posiciones de más responsabilidad. Bebió otro sorbo de café y decidió visitar a Hinde con más frecuencia. Hacerse amigo suyo.

Ganarse su confianza.

Hasta podía ver los titulares.

Ya empezaba a paladear el éxito.

Después del almuerzo, volvieron a reunirse en la sala. Sebastian había pasado por su casa y se había duchado. Todavía no se había recuperado del fracaso en Lövhaga. No sólo no habían podido averiguar nada, sino que además Hinde había ganado. En todos los aspectos. Sebastian había repasado todo el encuentro mientras estaba bajo la ducha y había llegado a la conclusión de que la culpa era de Vanja. Pero no porque hubiera intentado negociar con Hinde. Eso habrían podido usarlo en beneficio propio, o al menos neutralizarlo. El problema era Vanja, el hecho de que fuera su hija. Sebastian había ido a la reunión con un secreto. En sus anteriores visitas a Hinde, no tenía nada que ocultar. Podía jugar todas sus cartas, reaccionar como mejor le pareciera y tomar todas las decisiones sobre la marcha, sin miedo a que el hombre al otro lado de la mesa averiguara más de lo aconsejable. Pero ahora la situación era diferente. Uno de los requisitos para enfrentarse a Hinde en igualdad de condiciones era poder utilizar todo el terreno de juego. Si había una pequeña zona acordonada, lo más seguro era que Hinde dirigiera la conversación precisamente hacia allí. Y, en esta ocasión, Sebastian no sólo tenía un secreto para Hinde, sino también para Vanja. Una situación imposible.

La culpa era de Torkel.

O suya.

Tendría que haberse negado.

No tendría que haber ido a Lövhaga con Vanja, sino con Billy.

Pero no se le ocurrió hasta que estuvo en la ducha.

Fue a sentarse junto a Ursula, en el calor bochornoso de la sala, que olía a cerrado. Alguien había abierto la ventana, pero allí no corría el aire. La habitación no tenía aire acondicionado. Simplemente estaba conectada con el sistema de ventilación, que era inútil contra la ola de calor.

Cuando todos estuvieron sentados, Billy encendió el proyector del techo y abrió el ordenador portátil que tenía delante.

—He localizado a los dos hombres que salieron de la cárcel. No ha sido difícil. Los tenemos bastante vigilados.

Pulsó una tecla y en la pared apareció la fotografía de un hombre de unos cincuenta años, con el pelo recogido en una coleta. Cara ancha, nariz rota y una cicatriz roja que empezaba en el ojo izquierdo y le recorría la mejilla. Parecía la caricatura de un delincuente.

—Roland Johansson. Nacido en 1962, en Gotemburgo. Dos intentos de asesinato y agresión

con lesiones graves. Politoxicómano. Cumplió condena en Lövhaga entre 2001 y 2008. Volvió a Gotemburgo en cuanto salió en libertad. He hablado con su persona de contacto. Me ha dicho que estaba de viaje cuando se cometió el tercer asesinato, en una salida organizada de Toxicómanos Anónimos, en autocar, a Österlen.

—¿Ha recaído en la droga? —preguntó Vanja.

—No. Según el responsable, no ha vuelto a drogarse y asiste con regularidad a las reuniones. —Billy echó una mirada a las notas—. No tiene coartada para el primer asesinato, pero ayer por la mañana estaba en Gotemburgo, según me informan.

—¿Quién es la persona de contacto?

—Un tal... —Billy se puso a buscar entre los papeles que tenía junto al ordenador— Fabian Fridell.

—¿Qué sabemos de él?

Billy entendió por qué se lo preguntaba Torkel. Todas las coartadas de Johansson dependían de la misma persona. Era poco probable que hubiera dos personas implicadas en los asesinatos, pero Johansson podía tener algún tipo de poder sobre Fridell que lo obligara a confirmar sus coartadas.

—No mucho. Ninguna observación en su expediente hasta donde he podido ver. Pero lo comprobaré.

—Hazlo.

—También hablaré con algunas personas de las que viajaron en ese autocar.

Torkel asintió. Seguramente Roland Johansson habría visitado las bodegas de sidra de Österlen y habría pasado el resto del día pintando al óleo junto al mar, o lo que fuera que hacían los Toxicómanos Anónimos cuando salían de excursión. Pero cuanto antes se aseguraran de que de verdad había sido así, antes podrían descartar su nombre.

—He pedido al Archivo las huellas dactilares de este tipo y del otro —comentó Ursula—. Así podremos compararlas con las halladas en el lugar del crimen.

—Muy bien —respondió Torkel—. Haremos las pruebas técnicas necesarias y comprobaremos los movimientos de los dos.

—Yo puedo ir a ver a Fridell —se ofreció Billy.

—¿Cómo se hizo Johansson la cicatriz? —preguntó Sebastian.

Billy volvió a buscar entre los papeles, con rapidez y entusiasmo. Quería demostrar su eficiencia.

—No encuentro nada. ¿Lo dices por algo?

—No, sólo por curiosidad.

Billy pasó a la siguiente fotografía. Era un hombre más joven, de unos treinta y cinco años. Latinoamericano, por su aspecto. Con un gran aro de oro en cada oreja.

—José Rodríguez, treinta y cinco años. Ingresó en Lövhaga en 2003. Violación y malos tratos con lesiones graves. Vive en Södertälje.

—Allí robaron el Ford Focus —dijo Vanja.

—Así es. Cuando me he dado cuenta, he llamado a la policía local y han ido a interrogarlo.

Billy cuadró un poco los hombros, feliz de ir un paso por delante de los demás, de ir ya por la

mitad del camino cuando los otros ni siquiera habían salido. Prosiguió.

—Según los agentes locales, Rodríguez no recuerda qué hizo en esas fechas. Por lo visto, está bastante alcoholizado, al menos por temporadas.

Cerró el ordenador y se puso de pie. Fue hasta la pizarra y pegó unas copias impresas de las fotografías que acababan de ver.

Torkel se volvió hacia Sebastian y tomó la voz cantante en la reunión.

—¿Qué habéis conseguido de Hinde?

—Nada.

—¿Nada?

Sebastian se encogió de hombros.

—Ha bajado de peso y quería tocarle las tetas a Vanja. Aparte de eso, ninguna novedad.

—Pero está al tanto de los asesinatos —dijo Vanja, decidida a no comentar siquiera lo que acababa de decir Sebastian.

Torkel la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

También Vanja se encogió de hombros.

—Una sensación.

—¿Una sensación?

Torkel empujó hacia atrás la silla, se levantó y empezó a andar por la sala.

—Aquí tenemos a un hombre que dice ser un experto en los asesinos en serie en general y en Edward Hinde en particular, ¿y no ha conseguido sacar ni una mierda de una entrevista personal?

Le lanzó una mirada torva a Sebastian, que la sostuvo con frialdad durante unos segundos, antes de inclinarse sobre la mesa para coger una botella de agua con gas. Por pura consideración a la hipertensión de Torkel, prefirió no defenderse. Torkel solía ser una persona muy tranquila, pero a veces perdía los estribos. Había que esperar a que se le pasara. Sebastian abrió la botella y bebió un sorbo. Por lo visto, Torkel ya había acabado con él, porque se volvió hacia Vanja.

—Y también tenemos a una inspectora de policía con la sensación de que Hinde está implicado. ¡La sensación! ¿Qué propones que hagamos a continuación? ¿Que le hagamos el puto horóscopo? ¿En qué carajo estáis pensando? —Torkel se detuvo y golpeó la mesa con las dos manos abiertas—. ¡Están muriendo mujeres!

Se hizo un silencio en la habitación. Fuera se oía el ruido lejano del tráfico, al que nadie había prestado atención hasta ese momento. Una avispa entró zumbando por la ventana, pero pareció arrepentirse y se golpeó varias veces contra el cristal antes de dar con la salida. Nadie se movía. Todos mantenían la vista orientada hacia algún punto neutro, donde sabían que no tendrían que encontrarse con la mirada de nadie. Todos menos Ursula, que iba mirando a todos sus compañeros sentados en torno a la mesa, uno tras otro, aparentemente satisfecha de no haberse llevado una reprimenda. Sebastian bebió otro trago de agua. Billy hizo como que fijaba en la pizarra una foto que ya estaba correctamente pegada y Vanja empezó a rascarse la cutícula de la uña del dedo índice. Torkel se quedó un momento de pie junto a la mesa, hasta que al final se calmó, volvió a su puesto y se sentó. Si alguien podía quebrar ese tenso silencio sólo podía ser él. Hizo una inspiración profunda.

—Si solicito otra entrevista con Hinde para vosotros dos, ¿hay alguna posibilidad de que le sonsaquéis información útil?

—Quizá si puedo ir solo —respondió Sebastian, que seguía echado hacia atrás, recostado en el respaldo de la silla.

Vanja reaccionó de inmediato.

—Ah, ya veo que ha sido por mi culpa que no hemos conseguido nada.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho que te iría mejor sin mí. ¿Cómo demonios quieres que lo interprete?

—Me importa una mierda cómo lo interpretes.

Sebastian se terminó lo que quedaba en la botella de agua con gas y soltó un ligero eructo, que empeoró más de lo que hubiera deseado el tono de su respuesta. Vanja se volvió hacia Torkel.

—¿Crees que esto puede funcionar? ¿Eh? ¿Lo crees?

—Vanja...

—¿Recuerdas lo que dijimos que haríamos si no funcionaba? Dijimos que lo echaríamos.

Torkel suspiró. Tenía un humor de perros y el ambiente de trabajo era terrible. Pero no sabía si todo se debía a la frustración de no haber descubierto nada acerca del asesino o a la presencia de Sebastian en el equipo. Era difícil saberlo, pero Torkel se daba cuenta de que estaba obligado a poner fin a la discordia, aunque sólo fuera por unos momentos. Se levantó de la silla.

—Muy bien... Será mejor que nos tranquilicemos. Hace calor, hemos trabajado mucho, el día ha sido largo y todavía no ha terminado. —Fue hacia la pizarra, recorrió las fotografías con la mirada y después se volvió hacia los demás—. Tenemos que acercarnos a ese hombre. Tenemos que atraparlo. Ursula, compara las huellas dactilares y las muestras de ADN, si las hay, con las del registro.

Ursula asintió, se puso de pie y abandonó la habitación. Torkel continuó.

—Vanja, ve a Södertälje e intenta que Rodríguez haga memoria.

—¿No vamos a esperar a los resultados de Ursula?

—El coche que probablemente estaba siguiendo a Sebastian fue robado en Södertälje. De momento, el dato es suficiente para que le dediquemos un poco más de atención a ese tal Rodríguez.

Vanja asintió con la cabeza.

—Pero no quiero que venga él —dijo, señalando en dirección a Sebastian con un amplio gesto de la mano, aunque sin mirarlo.

Torkel suspiró.

—No, Sebastian no irá contigo.

—No te entiendo.

Torkel y Sebastian entraron en el despacho del policía.

—No eres el único.

Sebastian fue a acomodarse en el sofá mientras Torkel se sentaba en el borde de su escritorio.

—Haces lo posible por regresar y, cuando estás dentro, parece como si te esforzaras para que volvamos a echarte.

—¿De verdad estás pensando en despedirme, sólo porque he sufrido algunos desencuentros?

—No, no se trata de eso. Ya no.

—No podía saber que iban a asesinar a Annette Willén.

—Corro un gran riesgo dejando que sigas en la investigación. Tienes vinculaciones con las cuatro víctimas. ¿Te imaginas lo que podrían pensar los de arriba?

—¿Desde cuándo te preocupas por eso?

Torkel dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Desde siempre, porque así consigo que mi equipo tenga libertad de acción. Ya sé que a ti todo te da igual, porque siempre haces lo que te sale de la polla. Pero te lo pido por última vez: contrólate.

Sebastian se puso a repasar lo que había hecho, lo que había dicho y el modo en que había actuado desde que había entrado en la investigación, y enseguida llegó a la conclusión de que se había comportado como de costumbre. Había dicho lo que pensaba en cada momento y no había evitado los encontronazos por una especie de gratitud eterna. Sin embargo, no quería que lo echaran. Prefería estar cerca de Vanja, pero eso ya no era lo más importante. Si alguien le hubiera preguntado un par de días atrás si había algo que pudiera mitigar su interés —su obsesión— por Vanja, habría respondido que no, que no había nada. Pero se habría equivocado. Los últimos sucesos rondaban siempre sus pensamientos y ensombrecían todo lo demás, incluso a Vanja. Cuatro mujeres habían muerto por su causa.

—Lo intentaré, de verdad —respondió Sebastian mirando a Torkel a los ojos—. No quiero dejar esto ahora.

Torkel se levantó del borde de la mesa y fue a cerrar la puerta, que estaba entornada. Sebastian miró con cierto escepticismo a su colega, que se había sentado frente a él, en un sillón. ¿Adónde querría llegar?

—¿Qué pasa últimamente con Billy? Parece empeñado en escalar posiciones, ¿no? —dijo Sebastian, con la esperanza de que Torkel olvidara la terapia si él pasaba a otro asunto.

—No cambies de tema.

—Quería ver si entendías la señal.

—Estaré encantado de hablar acerca de Billy en cualquier otro momento.

Torkel se inclinó hacia delante en el sillón y entrelazó los dedos de las manos. Era una mala señal y Sebastian lo sabía. Era la pose de escuchar.

—¿Qué ha pasado, Sebastian? Antes también eras egoísta, arrogante y antipático, pero desde que volvimos a encontrarnos... Es como si estuvieras en guerra contra todo y contra todos.

Torkel guardó silencio. La pregunta quedó flotando en la habitación. ¿Qué había pasado? Durante un instante, Sebastian consideró la posibilidad de contarlo todo. Sobre Lily, sobre Sabine, sobre una felicidad que antes no conocía y que nunca más volvería a conocer. Sobre la ola que se lo había arrebatado todo. ¿Qué mal podía hacer? Quizá incluso le daría más margen de maniobra dentro del grupo. Torkel se apiadaría de él, de eso estaba seguro. Le tendría pena y se preocuparía por él como no lo había hecho nadie desde que había ocurrido todo, más que nada porque no le había dado a nadie la oportunidad de preocuparse.

Podría aprovecharse de un Torkel que interpretaría todo lo que él hacía como una reacción provocada por el dolor y sería mucho más permisivo con él, sobre todo si conseguía convencerlo de que no les dijera nada a los demás, de que fuera un secreto entre ambos, algo que los uniría más que nunca.

Era su comodín.

Su carta de salvación.

Pero no pensaba utilizarla a menos que fuera absolutamente necesario. Sin embargo, estaba obligado a darle alguna respuesta a Torkel. No podía limitarse a levantarse, despedirse de su colega y marcharse. Sabía con exactitud lo que iba a decir. Iba a ser sincero.

—Me siento responsable.

—De los asesinatos.

No era una pregunta, sino una afirmación. Sebastian asintió.

—En cierto modo, puedo entenderlo —prosiguió Torkel—, pero no eres culpable de esas muertes.

Sebastian lo sabía. Racionalmente, lo sabía. Sin embargo, las emociones eran otra cosa. Aun así, sintió que le hacía bien hablar al respecto. Quizá habría podido hacerlo con Stefan, pero ya no estaba seguro de que siguiera siendo su terapeuta, después de lo que había pasado. Sebastian lo había llamado y le había pedido perdón a través de su contestador automático, pero Stefan no le había devuelto la llamada. Y eso había sido antes de saber que Annette había sido asesinada. Si Stefan llegaba a enterarse de que la habían matado porque se había acostado con Sebastian, entonces el daño en su relación sería irreparable. Era probable que fuera siendo hora de buscarse otra persona con quien hablar y, de momento, Torkel podía servir.

—¿Sabes una cosa? Me acosté con Annette, la última de las víctimas, sólo para fastidiar a mi terapeuta.

—¿Y con las otras tres por qué te acostaste?

La pregunta sorprendió a Sebastian, lo mismo que la actitud relajada de Torkel. Aguardaba unas palabras de condena, quizá no muy severas, ya que era evidente que estaba afectado, pero

esperaba que Torkel lo reprobara. Su colega tenía la brújula moral muy bien calibrada.

—¿Qué quieres decir?

—Corrígeme si me equivoco, pero no parece que busques a la mujer adecuada. Para ti todas son una especie de... de pasatiempo. —Torkel se recostó en el sillón—. Eres un adicto. Las mujeres no te importan lo más mínimo, ni antes ni después.

Sebastian no intentó contradecirlo. Lo que acababa de oír no era ninguna novedad. Stefan, él mismo y las mujeres que a su pesar habían tenido cierta continuidad en su vida se lo venían diagnosticando desde hacía muchos años. Lo que era nuevo y asombroso era lo bien que se sentía hablando sobre ello con Torkel.

Sentía la muerte de las tres primeras, las del pasado, pero había un límite en lo lejos que podía retroceder en el tiempo para arrepentirse de sus actos. Con Annette, sin embargo, era diferente. Su muerte le dolía físicamente.

—Tenía tan poca confianza en sí misma... Buscaba con desesperación un poco de reconocimiento. Fue tan fácil...

—Tienes mala conciencia.

Tampoco esta vez había sido una pregunta, sino otra afirmación.

Sebastian se vio obligado a reflexionar. Hacía tanto tiempo que no tenía mala conciencia que no recordaba qué se sentía.

—Creo que sí.

—¿La tendrías si no la hubieran asesinado?

—No.

—Entonces, no cuenta.

Era duro, pero era cierto. El hecho de haberse aprovechado de ella y de su debilidad no le molestaba. Pero esa mujer había muerto porque él había tenido un mal día y eso era difícil de olvidar.

—¿Conservas el contacto con algunas de las mujeres con las que te has acostado?

Torkel conducía la conversación en una nueva dirección: hacia el futuro.

—Hay casi cuarenta años de distancia entre la primera y la última. Ni siquiera me acuerdo de algunas.

Torkel se descubrió pensando en el número de parejas que había tenido. Dos esposas, cuatro o cinco rollos pasajeros antes de la primera... Más cuatro que cinco. Algunas más entre el primer matrimonio y el segundo... Y después Ursula. Poco más de diez, quizá. Ni siquiera necesitaba esforzarse mucho para recordar el nombre de todas. Pero, claro, en el caso de Sebastian, había que multiplicar ese número por veinte, por treinta o tal vez más. Y la memoria falla.

—Lo que quiero decir —continuó Torkel— es que si haces lo posible para evitar que esto se repita, quizá sirva de algo. Tanto a ti como a nosotros. —Se puso de pie para indicar que la conversación había terminado—. Pero si no recuerdas a ninguna, no hay nada que hacer.

Sebastian se quedó sentado en el sofá, con la vista fija en el vacío.

Pensando.

Recordaba algunas...

Vanja contempló la plaza en el centro de la ciudad. Habría podido ser cualquier otro sitio, pero era Hovsjö, uno de los treinta y ocho distritos urbanos que el gobierno había decidido «atender especialmente» en 2009 para «luchar contra la exclusión», según podía recordar Vanja. Una «iniciativa» a favor de los «barrios más vulnerables», que era otra manera de describir las zonas donde los problemas eran mayores y más numerosos que las soluciones. Vanja no sabía si esa atención especial había tenido algún resultado positivo. En todo caso, no lo parecía.

El GPS la había guiado hasta Granövägen. Unos metros más adelante se podía girar a la izquierda por Kvarstavägen, donde medio año antes habían robado el Ford Focus azul claro. De repente, José Rodríguez se había vuelto todavía más interesante.

Vanja aparcó, se bajó del coche y estudió un momento el bloque marrón de ocho pisos. Encontró el portal y subió hasta la puerta del apartamento que buscaba. Llamó al timbre, pero al ver que no le abría nadie, fue a llamar al apartamento de enfrente, en el mismo rellano. HADDAD era el nombre que aparecía en el buzón. Le abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años. Vanja le enseñó la placa y le preguntó si había visto a José Rodríguez o si sabía dónde encontrarlo.

—Debe de estar en la plaza —respondió la mujer con un levísimo acento extranjero mientras se encogía de hombros, como para dejar claro que era sólo una suposición.

—¿Trabaja allí? —preguntó Vanja, pensando en un animado mercadillo igual que el que funciona en Hötorget, en el centro de Estocolmo.

Pero la mujer que le había abierto la puerta le sonrió, como si acabara de decir algo realmente desternillante.

—No, ése no trabaja.

Con esas cuatro palabras, la mujer expresó con toda claridad lo que pensaba de su vecino. Quizá no tanto las palabras en sí, más bien el tono de voz y la expresión le hicieron notar a Vanja que no había el menor sentimiento de simpatía entre los dos. Entonces, agradeció la información y se dirigió hacia el centro.

Allí encontró una peluquería, un restaurante, un pequeño supermercado, un quiosco de perritos calientes, una pizzería, una tienda de ropa y un quiosco de prensa. Todos los comercios estaban dispersos, con vastas superficies de hormigón entre uno y otro. Supuso que en otoño y en invierno la plaza sería un lugar inhóspito castigado por el viento, pero bajo el sol abrasador del verano, era un auténtico desierto de piedra. Había varias personas sentadas en uno de los bancos, a las puertas del centro de salud. Un flaco pastor alemán jadeaba en el suelo. Las dos latas de cerveza que iban de mano en mano entre los hombres y las mujeres sentados en el banco le

hicieron pensar a Vanja que con toda probabilidad había dado con un buen lugar para empezar a buscar a Rodríguez, por lo que puso rumbo hacia allí. Cuando aún le faltaban unos diez metros para llegar, las cinco personas del banco se volvieron hacia ella. El único que parecía completamente indiferente a su presencia era el perro. Mientras daba los últimos pasos hacia la sombra, sacó la foto de José Rodríguez.

—¿Alguien sabe dónde puedo encontrar a este hombre?

Les enseñó la fotografía. No tenía sentido fingir o tratar de enredar a sus interlocutores. Seguro que habrían deducido que era policía nada más verla.

—¿Para qué?

Un hombre canoso que sujetaba la correa del perro y cuya edad habría sido imposible de precisar levantó la vista hacia ella después de echar una mirada rápida a la foto. Le faltaban los dos incisivos superiores, por lo que se le escapaba un poco el aire al articular las palabras.

—Necesito hablar con él —prosiguió Vanja, sin abandonar la táctica de ir directamente al grano.

—¿Y él también necesita hablar contigo? —contestó el hombre canoso, con el curioso seseo infantil que le causaba la falta de dientes.

Vanja pensó de forma fugaz que debía de ser difícil hacerse respetar cuando uno hablaba como un niño de seis años con voz de barítono. Quizá por eso llevaba el pastor alemán. Como una especie de compensación.

—Eso ya lo decidirá él.

Por supuesto, no era la respuesta que querían. Como respondiendo a una señal, todos volvieron a lo que estaban haciendo antes de que ella llegara. Reanudaron la conversación que habían interrumpido cuando habían visto que Vanja se acercaba. Encendieron un cigarrillo. Se pusieron a acariciar al perro. Siguieron bebiendo cerveza a sorbos y pasando las latas. Nadie volvió a prestarle atención. Ni siquiera una mirada. Fue como si hubiera dejado de existir. Lanzó un suspiro. Ciertamente, habría podido recorrer la plaza, enseñar la foto a varias personas y conseguir al final la información que buscaba, pero hacía calor, estaba cansada y quería volver a casa, de modo que se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un billete de cien coronas.

—Sólo quiero saber dónde está. Nunca se enterará de cómo lo averigüé.

—Suele rondar por la zona de los huertos —dijo enseguida un hombre flaco de pelo largo y chaqueta vaquera, que se apresuró a tender una mano sucia y temblorosa hacia el billete antes de que los otros tuvieran tiempo de intercambiar una mirada para decidir si el precio era justo o no.

Con un gesto rápido, Vanja retiró el dinero de su alcance.

—¿Dónde queda eso?

—Por ahí —respondió el tipo de pelo largo mientras señalaba con un dedo que no paraba de temblar la dirección de donde había llegado Vanja—. Allá abajo, junto al lago... ¿Cómo se llama el sitio? Tomatstigen, ¿no?

El nombre de una calle. Con eso sería suficiente. Vanja le dio las cien coronas y el hombre se las guardó rápidamente en el bolsillo de la chaqueta, en apariencia indiferente a las miradas reprobadoras de los demás.

Vanja introdujo la calle Tomatstigen en el GPS del coche y comprobó que, en efecto, estaba muy cerca de donde se encontraba. Pero vio también que si quería utilizar el vehículo para llegar tendría que dar un buen rodeo.

En lugar de eso, bajó con el coche por Kvarstavägen, aparcó tan cerca como pudo y después siguió caminando, primero a través de un bosquecillo y después por la urbanización contigua, hasta la zona de los huertos. En realidad, los huertos comunitarios originales se habían ido convirtiendo en pequeñas parcelas con cabañas de madera. Los jardines estaban bien cuidados y las cabañas no eran simples cobertizos para las herramientas, sino casitas de veinte metros cuadrados, con muebles de jardín en la puerta, barbacoas, hamacas y otras comodidades que los hortelanos podían utilizar cuando no estaban cuidando sus plantas. Vanja, por su parte, no sentía ninguna necesidad de tener mayor contacto con la naturaleza, al menos no de esa manera. Cultivar, escardar, remover la tierra y podar no era lo suyo. A duras penas conseguía que sobrevivieran las pocas plantas que tenía en su casa. Pero el lugar era agradable en esa época del año, con flores y verdor por todas partes, y con abejas y avispas zumbando detrás de cada cercado.

Oyendo crujir sus pasos sobre el camino de grava, Vanja se dirigió hacia el lago sin dejar de estudiar las cabañas y las parcelas a su alrededor. No parecía el tipo de comunidad que tolera con facilidad que un grupo de hombres y mujeres más o menos alcoholizados ronde por la zona y arruine el ambiente bucólico. ¿Le habrían timado cien coronas en la plaza? Cuando llegó al límite de la zona de huertos y ya se disponía a volver al coche, los vio. Había unas cuantas personas sentadas en unos bancos, junto al camino asfaltado que marcaba el linde del bosque. En el suelo, las típicas bolsas de color lila de Systembolaget, la administración estatal de bebidas alcohólicas. El grupo era bastante numeroso: unas ocho o diez personas. Dos perros, esta vez. Vanja se dirigió hacia ellos apretando el paso. Cuando estuvo cerca, notó que el hombre y la mujer más próximos estaban comiendo manzanas; era probable que las hubieran robado de uno de los huertos de la zona. Vanja sacó la fotografía y abordó directamente la cuestión.

—Estoy buscando a José Rodríguez. ¿Lo habéis visto?

—Soy yo.

Vanja se volvió a la derecha y tuvo que bajar la vista para mirar a los ojos al hombre de la foto. De repente, sintió un cansancio enorme. Cansancio y enfado. No podía ser verdad.

—¿Cuánto hace que vas en la silla?

—¿Por qué?

—¿Cuánto hace?

—Me atropelló un coche hace medio año, más o menos, quizá un poco más...

Vanja dio un gran suspiro y se quedó un momento quieta, como para reunir fuerzas antes de volverse y marcharse.

—¡¿Por qué?! ¡¿Qué querías?! —le gritó el hombre.

Vanja simplemente agitó una mano, descartando toda respuesta, sin volverse siquiera y sin dejar de caminar. Sacó el teléfono y marcó el número de Torkel. Estaba comunicando. Descartó la llamada y buscó a Ursula entre sus contactos.

Ursula estaba en el comedor de la Unidad de Homicidios, mirando con atención una porción de gratén de pescado que giraba en el interior del microondas. Almuerzo tardío. O cena temprana. Para poder decir que ya había comido si Micke la llamaba. Por alguna razón, le costaba salir del trabajo y volver a su casa.

A estar con Micke.

A otra noche más de fingimiento familiar.

Interrumpió sus pensamientos el sonido del móvil, que había dejado sobre la mesa, junto a los cubiertos y el vaso de agua. Abandonó su puesto delante del microondas y atravesó la sala que otros se habían esforzado en convertir en un lugar menos impersonal y aséptico. Había manteles rojos de cuadros sobre las seis mesas alargadas, a juego con las cortinas y los tapices de las paredes. Sobre las sillas blancas de plástico había cojines, y en las paredes, alrededor de toda la sala, un friso con un motivo floral aplicado con una plantilla. El mismo motivo se repetía en las puertas de los armarios y en los paños de la cocina. Habían sustituido la intensa luz fluorescente del techo por lámparas que colgaban sobre cada una de las mesas y otros puntos de luz. Tres jardineras con patas metálicas, rebosantes de plantas naturales, y un acuario instalado al lado de la entrada garantizaban que la sala no fuera «simplemente un lugar donde comer, sino un espacio donde disfrutar de un momento de relajación», según rezaba la hoja informativa que se distribuyó entre el personal después de la reforma. ¿Cuánto habría costado la renovación? Ursula nunca se sentía particularmente relajada después de comer en esa sala. Con el apetito saciado, sí, pero eso ya le pasaba en el antiguo comedor.

Cogió el teléfono que seguía sonando y miró la pantalla. Era Vanja. Respondió.

—Hola.

—Soy yo —dijo Vanja.

Por la respiración audible, se notaba que iba andando a paso rápido.

—Ya lo sé. ¿Cómo te ha ido?

—Como la mierda. —Vanja prácticamente escupía todas las palabras—. Los agentes de la policía local que vinieron a hablar con Rodríguez tomaron nota de su alcoholismo con recaídas periódicas, pero pasaron por alto un pequeño detalle: el tipo va en silla de ruedas.

Ursula no pudo reprimir una sonrisita. Su confianza en los cuerpos locales de policía era inexistente. Lo que acababa de oír no hacía más que confirmar su opinión de que nunca servían para nada, o de que, además, a menudo eran perjudiciales para cualquier investigación. Se preguntó si sería un buen momento para informar a Vanja de que ya habían descartado a

Rodríguez como posible asesino. Ni sus huellas dactilares ni sus muestras de ADN coincidían con los hallazgos en las escenas del crimen. Decidió contárselo más adelante. Su colega ya había tenido suficientes reveses en el día.

Sonó la campana del microondas. El pescado estaba listo. Ursula fue a recogerlo.

—Quédate con la parte positiva. Has hecho una bonita excursión a Södertälje.

Ursula abrió la puerta del microondas y sacó el plato. Oyó que alguien entraba en el comedor. Se volvió y vio a Sebastian apoyado contra el marco de la puerta. Sin dedicarle una palabra ni un gesto, se concentró de nuevo en el pescado y en la conversación telefónica.

—Hoy ya no vuelvo a la oficina —precisó Vanja—. ¿Puedes decírselo a Torkel?

—Claro. Hasta mañana.

Ursula puso fin a la llamada, se guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió con su plato a la mesa. Le echó una mirada rápida a Sebastian.

—Era Vanja. Te manda saludos.

—No es cierto. No me manda nada —sentenció Sebastian.

—Es verdad. No te manda nada —le confirmó Ursula mientras se sentaba.

Sebastian se quedó en la puerta y Ursula empezó a comer en silencio. Le habría gustado tener algo que leer, algo donde fijar la vista. ¿Por qué se quedaba ahí parado? ¿Qué quería? Fuera lo que fuese, estaba segura de que no le interesaba. Era de la firme opinión de que Sebastian ya no debía estar en el equipo. No quería pensar siquiera en lo que podía pasar si la prensa llegaba a establecer el vínculo entre las víctimas y una persona que formaba parte de la investigación. Estaba segura de que Torkel no había consultado su decisión con ninguno de los grandes jefes. Si las cosas se torcían, podía perder su trabajo. Estaba arriesgando mucho por Sebastian, y Ursula no estaba segura de que éste se lo agradeciera, ni tan sólo de que fuera consciente de lo que Torkel estaba haciendo por él. Probablemente no.

Ella, por su parte, necesitaba reflexionar sobre algunos asuntos. Asuntos privados. Sobre la razón de no querer volver a casa, por ejemplo. Sobre la posibilidad de que Torkel fuera una alternativa también esa noche. Lo dudaba. Después de su última noche juntos, cuando se habían acostado en la casa de él, Torkel le había contado que Yvonne tenía a otro hombre en su vida. Ursula había olvidado el nombre de la nueva pareja de Yvonne, pero le había quedado la sensación de que Torkel intentaba sondearla, por si fuera posible que hubiera algo más entre los dos.

Algo más permanente.

Suponía que la culpa era suya. Había quebrantado dos de las reglas que ella misma había establecido para su relación, por lo que no era de extrañar que Torkel quisiera averiguar si estaba dispuesta a quebrantar también la tercera. Pero no lo estaba.

—¿Qué tal va todo con Micke? —preguntó Sebastian en tono casual, quebrando el silencio, como si le hubiera leído el pensamiento.

Ursula se sobresaltó y dejó caer el cuchillo, que primero golpeó de forma ruidosa el plato y después cayó al suelo.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo mientras se agachaba para recoger el cuchillo.

—Por nada en particular. —Sebastian se encogió de hombros—. Por hablar de algo,

solamente.

—Tú nunca hablas por hablar.

Ursula dejó el tenedor al lado del cuchillo que acababa de recoger y se levantó de la silla. Había perdido el apetito. ¿Sabría algo Sebastian acerca de Torkel y ella? No era bueno que lo supiera. Nada bueno. Cuanto menos supiera Sebastian Bergman, mejor. De cualquier cosa. Sebastian tenía la rara habilidad de volver contra los demás incluso la información más inocente. Y si pensaba que podía sacarle alguna ventaja, nunca dudaba en utilizarla.

Sebastian entró en el comedor, separó una silla de la mesa y se sentó.

—He estado pensando una cosa...

—Ajá... —respondió Ursula dándole la espalda.

Se limpió las manos con una servilleta y se dispuso a marcharse.

—Siéntate un momento —ordenó Sebastian, señalándole la silla que tenía enfrente.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy pidiendo.

—No tengo tiempo.

Cuando pasó junto a Sebastian, él la cogió de la muñeca. Ella se paró en seco y lo miró de una manera que lo instaba claramente a soltarla cuanto antes. Pero él no la soltó.

—Siéntate. Por favor.

Ursula retiró la mano de un tirón y se quedó mirando a Sebastian. El tono de voz era diferente del habitual. No era burlón ni altanero, y por su mirada se entendía que quería hablar de algo importante. Pero no para provecho propio, sino por alguna otra razón.

Una razón legítima.

Algo con verdadero sentido.

Además, también había dicho «por favor», una expresión que ni siquiera parecía formar parte de su vocabulario. Por ese motivo, Ursula se sentó en una de las sillas, aunque no en la que él le había indicado, sino en otra cercana a la esquina de la mesa, lista para marcharse enseguida.

—Estuve hablando con Torkel —empezó Sebastian en tono vacilante.

—¿Ah, sí? —dijo Ursula a la defensiva, cada vez más convencida de que no iba a gustarle lo que Sebastian quería decirle.

—Sobre la relación de las cuatro víctimas conmigo —prosiguió Sebastian, rehuyendo su mirada—. Sobre el hecho de que me había acostado con las cuatro.

Ursula comprendió de repente adónde quería llegar Sebastian. No pretendía hablarle de Torkel, sino de un tema que todavía le apetecía menos remover.

—Si esto continuara —manifestó Sebastian con gesto grave y bajando la voz—, si más mujeres estuvieran amenazadas...

—Sé cuidarme sola —lo interrumpió Ursula levantándose con brusquedad.

—Ya lo sé. Solamente quería... —Sebastian levantó la vista y encontró su mirada. La miró con franqueza a los ojos—. No quiero que te pase nada por mi culpa.

—Te lo agradezco —le dijo Ursula en tono neutro, y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió hacia él y añadió—: Pero habría sido todavía mejor que me hubieras demostrado un poco de esa misma consideración en aquella época.

Se volvió y se marchó.

Sonaron dos golpes en la puerta cerrada de la celda. Hinde dejó el libro que estaba leyendo, se sentó en la cama y recorrió con la mirada la habitación. ¿Habría dejado alguna cosa a la vista? ¿Algo que lo delatara? Un vistazo rápido a la mesa de escritorio, otro a la mesilla de noche y un último al único estante le bastó para inspeccionar toda la celda. Si alguna ventaja tenía el espacio reducido donde se encontraba era la facilidad para abarcarlo con la vista. No había nada fuera de su sitio. Dejó caer las piernas por el borde de la cama y se sentó justo cuando se abría la puerta y Thomas Haraldsson asomaba la cabeza.

—Hola. ¿Molesto?

A Hinde le extrañó un poco el saludo, como si Haraldsson hubiera llamado a la puerta de un vecino de su urbanización, o acabara de entrar en el despacho de un colega. Supuso que el tono cercano y personal tendría por objeto mostrar que el director de la cárcel no acudía a verlo por un asunto oficial, sino por alguna otra razón. Sería interesante averiguar cuál.

—No, en absoluto. Solamente estaba leyendo —respondió Hinde, manteniendo el tono distendido—. Pase y siéntese —añadió con una sonrisa.

Haraldsson entró en la celda y la puerta se cerró tras él. Hinde lo observó en silencio. Parecía como si fuera la primera vez que entraba en una de las celdas del pabellón de máxima seguridad. Edward se preguntó si Haraldsson pensaba continuar con la conversación insustancial, comentándole por ejemplo que su celda era muy bonita y que había sabido sacarle partido a un espacio tan reducido.

—Ya casi es hora de irme, pero he querido pasar un momento por aquí —dijo Haraldsson mientras completaba su breve inspección de la celda.

Era la primera vez que entraba en una de esas celdas. Eran diminutas. ¿Cómo podrían soportarlo?

—La hora de salir... y de volver a casa con Jenny, ¿no? —indicó Hinde, sentado en la cama.

—Así es.

—Y con el bebé.

—En efecto.

—¿De cuántos meses está su mujer?

—De once semanas.

—Fantástico.

Edward le sonrió a Haraldsson, que se sentó en la única silla de la habitación. Había llegado el momento de dejar de hablar de intrascendencias.

—Tengo una curiosidad —empezó Haraldsson, en tono casual—. ¿Cómo fue la entrevista con la Unidad de Homicidios?

—¿Qué le dijeron ellos? —preguntó Hinde, inclinándose hacia delante.

—No mucho.

Haraldsson se puso a pensar al respecto. ¿Qué le habían dicho Vanja y Sebastian después de su encuentro con Hinde? Solamente que lo creían implicado en varios asesinatos, pero eso mismo habrían podido decírselo sin necesidad de encontrarse con él. Sólo entonces cayó en la cuenta de que no le habían dicho nada de la visita en sí misma.

—En realidad, no me dijeron nada.

Hinde asintió con expresión comprensiva. Haraldsson consideró por un momento la posibilidad de exponerle sus experiencias negativas con la Unidad de Homicidios en Västerås, de hacerse cómplice de Hinde en sus críticas contra esa gente y ponerse en cierto modo de su parte, pero de repente recordó que el hombre sentado en la cama no sabía que él había sido policía y tampoco necesitaba saberlo. De hecho, era mejor que no lo supiera. Era preferible que lo considerara un simple administrativo.

—¿A usted qué le pareció la visita? —preguntó.

Hinde reflexionó antes de responder. Apoyó los codos sobre los muslos y la barbilla sobre las manos entrelazadas.

—En parte fue una decepción si he de serle sincero —respondió al final, pensativo.

—¿En qué sentido?

—No llegamos a hablar mucho.

—¿Por qué no?

—Yo les hice una oferta que ellos no aceptaron.

—Ya veo. ¿Qué tipo de oferta?

Hinde enderezó la espalda y pareció buscar las palabras.

—Había... algunas cosas que yo quería, y si las hubiera conseguido, habría contestado a una o a varias preguntas suyas. Con la mayor sinceridad.

Le echó una mirada a Haraldsson, para ver si había mordido el anzuelo, pero el hombre sentado en la silla parecía más que nada desconcertado.

—Prestaciones y contraprestaciones —prosiguió Hinde—. Como en un juego. Yo tengo algo que ellos quieren y ellos tienen algo que quiero yo. ¿Por qué voy a dárselo sin más? Pero Sebastian se negó a jugar.

Hinde miró a Haraldsson a los ojos. ¿Habría sido demasiado claro? ¿Resultaría demasiado evidente adónde quería llegar? Después de todo, su visitante había sido policía. Hacía muy poco que había dejado el servicio. ¿Le habría sonado una alarma en la cabeza? Parecía que no. Edward decidió seguir hasta el final.

—A usted podría hacerle la misma oferta.

Haraldsson no respondió de inmediato. ¿Qué podía ofrecerle Hinde? Información, desde luego, pero ¿a cambio de qué? Podría averiguarlo si aceptaba jugar. Pero ¿por qué le hacía la oferta a él? Para conseguir alguna ventaja, naturalmente. Privilegios. También era posible que estuviera cansado y harto, y que quisiera aprovechar todas las oportunidades que se le

presentaran para que su día a día fuera menos rutinario y más estimulante. Haraldsson hizo un rápido repaso mental de las ventajas y de los inconvenientes de la situación.

Las ventajas eran evidentes. Hinde respondería a las preguntas que él quisiera formularle, y eso le proporcionaría una visión y unos conocimientos únicos. Con suerte, esa información podía ser suficiente para resolver cuatro asesinatos.

¿Y los inconvenientes? No sabía qué quería Hinde a cambio de sus respuestas. Pero si no aceptaba, jamás lo averiguaría. Si pretendía que quebrantara las normas o hiciera cualquier otra cosa inaceptable, sencillamente se negaría. Pondría fin a la negociación.

¿Qué podía salir mal?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Desde luego. ¿Cuál era su propuesta?

Edward tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada de satisfacción. En lugar de eso, se limitó a mirar a Haraldsson con una ancha y cálida sonrisa mientras se inclinaba hacia delante, como si fuera a hacerle una confidencia.

—Le diré lo que quiero y, cuando me lo haya dado, escucharé la pregunta que quiera hacerme y se la responderé.

—¿Con total franqueza y veracidad?

—Se lo prometo.

Hinde le tendió la mano derecha para cerrar el trato. Un apretón de manos. Entre dos hombres, no hacía falta nada más.

—De acuerdo —aceptó Haraldsson.

Se estrecharon las manos. Después, Edward volvió a echarse atrás sobre la cama, apoyó la espalda contra la pared y recogió los pies encima del colchón. Distendido. Cercano. Desdramatizando la situación. Se puso a estudiar a Haraldsson, mientras lo contemplaba entre sus rodillas flexionadas. ¿Por dónde empezar? Tenía que averiguar hasta qué punto estaba ansioso por obtener información.

—¿Tiene una foto de su esposa?

—Eh..., sí.

La respuesta fue vacilante.

—¿Me la da?

—¿Qué? —preguntó Haraldsson con el desconcierto pintado en la cara—. ¿Para verla o para quedársela?

—Para quedármela.

Haraldsson dudó. No le parecía bien. Nada bien. No era ni remotamente lo que había imaginado que le pediría Hinde. Tal vez más tiempo en el patio. Mejor comida. Más libertad con el ordenador. Incluso una cerveza. Cosas que mejoraran o endulzaran su estancia en Lövhaga. Pero eso no. ¿Qué pensaba hacer Hinde con una fotografía de su mujer? Según los informes, era inactivo sexualmente, por lo que no parecía probable que fuera a utilizar la foto de Jenny para masturbarse. Pero ¿para qué podía quererla?

—¿Para qué la quiere?

—¿Es la pregunta que pensaba hacerme?

—No...

Haraldsson sentía cada vez más el estrés. ¿Debía poner fin a la conversación? ¿Podría?

Después de todo, no era más que una fotografía.

La gente de la Unidad de Homicidios estaba convencida de que el hombre sentado en la cama estaba involucrado en cuatro asesinatos. En principio, si Haraldsson jugaba bien sus cartas, sería capaz de resolver el caso sin ayuda. Hinde estaba en la cárcel y no podía hacer nada. Ni siquiera era preciso que Haraldsson informara a la Unidad de Homicidios. Podía acudir directamente a los estamentos superiores con la información. Acaparar todos los honores. Llegar a la solución cuando los demás no habían llegado más allá de las suposiciones.

No era más que una foto.

Sacó la cartera del bolsillo trasero y la abrió. A uno de los lados, detrás del plástico transparente, estaba la foto de Jenny. La había hecho él mismo en una habitación de hotel en Copenhague, hacía más o menos un año y medio. Se veía muy poco la habitación, porque había sido preciso recortar la foto para que cupiera en la cartera, pero Jenny estaba preciosa. Y se la veía feliz. A Haraldsson le encantaba esa foto. Le parecía que captaba a la verdadera Jenny. Y todavía no la había borrado de la tarjeta de memoria. Podía imprimir otra copia.

No era más que una foto.

Aun así, no pudo evitar la sensación de estar cometiendo un grave error cuando la depositó sobre la mano tendida de Hinde.

—¿Está usted implicado en los recientes asesinatos de cuatro mujeres? —preguntó Haraldsson en cuanto la fotografía cambió de dueño.

—Defina «implicado» —respondió Hinde mientras echaba un vistazo a la foto que tenía en la mano. Poco más de treinta años. Delgada. Sonriente. Morena. Ya profundizaría más adelante en los detalles. Dejó la fotografía encima del libro que yacía sobre la mesilla de noche.

—¿Sabe algo de esas mujeres?

—Sí.

—¿Qué sabe?

Hinde negó con la cabeza y volvió a recostarse contra la pared.

—Es la segunda pregunta, Thomas. Pero solamente para demostrarle lo mucho que aprecio su conversación, se la responderé sin exigir nada a cambio. —Hizo una pequeña pausa de efecto e intercambió una mirada con su interlocutor. En sus ojos vio expectación, esperanza... Estaba ansioso por obtener una respuesta, de eso no le cabía ninguna duda—. Me las mencionaron los agentes de la Unidad de Homicidios —dijo finalmente.

—Pero... ¿antes de eso? —insistió Haraldsson—. ¿Sabía algo de esas mujeres antes de que se las mencionaran?

—No es fácil contestar a esa pregunta.

—¿Qué?

—Deje que lo piense. Vuelva mañana.

Se acostó y tendió la mano para coger su libro. La fotografía de Jenny se deslizó y cayó sobre la mesa, como si Hinde hubiera olvidado que la había dejado allí. Haraldsson comprendió que la conversación había terminado. No estaba satisfecho, pero era un comienzo. Era muy posible que

el camino iniciado condujera a alguna parte. Se levantó, se dirigió hacia la puerta y salió de la celda.

Mientras volvía a su despacho, Haraldsson tomó dos decisiones.

La primera: no contarle a Jenny que acababa de regalarle una foto suya a Edward Hinde. Habría sido muy difícil explicárselo. Mandaría imprimir una copia nueva lo antes posible, para sustituir la anterior.

La segunda: reconocer que el día había sido un éxito. Se había enfrentado a dilemas difíciles y había tomado las decisiones correctas. Había dado un paso en la buena dirección.

—Todo ha salido muy bien —se dijo en voz alta en el pasillo desierto.

Le pareció que sonaba un poco como si estuviera haciendo un esfuerzo para convencerse, de modo que se aclaró la garganta y lo repitió.

Más fuerte.

Con más determinación.

—De verdad, ha salido muy bien.

En su celda, tendido en la cama, mientras estudiaba la fotografía de Jenny Haraldsson, Edward Hinde estaba pensando exactamente lo mismo.

Vanja conducía demasiado rápido, como de costumbre. Se sentía llena de impaciente energía. Pensaba salir a correr en cuanto llegara a casa. Todavía quedaban un par de horas de luz y ya había empezado a refrescar.

Aunque en realidad no quería salir a correr.

Quería trabajar.

Llegar más lejos. Alcanzar alguna conclusión. Un mes después del primer asesinato, seguían buscando a tientas en la oscuridad. Hinde estaba involucrado, pero ¿cómo? Existía una relación entre las víctimas y Sebastian, pero ¿por qué? Por venganza, por supuesto. Pero no era obligatorio que Sebastian se incorporara a la investigación. No era inevitable que volviera a trabajar para la Unidad de Homicidios. Y si no se hubiera incorporado, quizá nadie habría establecido la conexión. La relación entre las víctimas habría pasado inadvertida. No habría sido una gran venganza si la persona a quien iba dirigida no llegaba a enterarse. ¿No sería que Hinde estaba seguro de que Sebastian se implicaría antes o después? ¿Por eso era tan importante que los asesinatos fueran copias exactas? ¿Para que gritaran con fuerza el nombre de Hinde? ¿Para que fuera obligatorio acudir a Sebastian, que de ese modo comprendería la relación?

Y ahora que Sebastian era una parte activa de la investigación y había descubierto la conexión con su persona, ¿dejaría de actuar el asesino?

Muchas preguntas.

Y ninguna respuesta.

El caso seguía acumulando méritos para ser el peor de todos los que habían investigado hasta ese momento. Vanja aceleró todavía más. La aguja del velocímetro marcaba ciento cuarenta. Quería dejar atrás lo antes posible las horas desperdiciadas en Södtertälje. Pero ¿se habían desperdiciado o las había desperdiciado ella? No podía eludir la sensación de que su desilusión y su impaciencia abarcaban todo su trabajo.

Puso el teléfono en la modalidad de manos libres y marcó un número.

Billy estaba en la cocina cortando brócoli, pimientos y cebolla cuando sonó el teléfono. My había puesto el pollo sobre uno de los fuegos mientras tostaba anacardos a baja potencia en el otro. Según la receta, había que preparar el pollo en un wok, pero Billy no tenía ninguno. La sartén de hierro fundido había sido un regalo de sus padres por Navidad, muchos años atrás, y en ese último verano la estaba usando más veces que durante todos los años anteriores juntos. A My

le gustaba cocinar con él.

—Sí, soy yo —contestó Billy, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, sin dejar de cortar las hortalizas.

—Hola, ¿dónde estás? —preguntó Vanja desde el coche.

Billy la oía con dificultad entre el ruido de fondo. El hecho de que ella tuviera puesto el manos libres y de que él debiera esforzarse para que no se le cayera el teléfono no facilitaba las cosas.

—En casa. ¿Y tú?

—De vuelta de Södertälje. Rodríguez está en silla de ruedas desde que sufrió un accidente de tráfico, así que no ha podido ser él.

—Muy bien. Espera un momento, que pondré el altavoz.

Se volvió hacia My y, moviendo solamente los labios, le indicó que era Vanja al mismo tiempo que activaba el altavoz y dejaba el teléfono sobre la encimera. Ella asintió, como si ya lo hubiera deducido.

—Perfecto, ahora te escucho.

—¿Qué es ese silbido?

—Debe de ser la sartén.

—¿Qué estás haciendo?

—Cocinando.

—¿Qué dices? ¿De verdad?

—Sí.

Se hizo un silencio. Billy comprendía la sorpresa de Vanja. Era un gran consumidor de comida rápida y preparada. Sobrevivía gracias a las tiendas 7-Eleven, los quioscos abiertos las veinticuatro horas y la sección de congelados del supermercado. No era que no supiera cocinar, pero la comida le era indiferente y pensaba que el tiempo empleado en preparar la cena se podía invertir en cosas mejores. Aun así, no quería profundizar en el tema en presencia de My. Tenía un vago recuerdo de haber mencionado la cocina entre sus principales intereses durante aquella primera conversación, la noche de San Juan.

—¿Qué querías?

Billy apartó a un lado las verduras con el cuchillo mientras le echaba un vistazo a My, que seguía con interés la conversación. Después se puso a picar un pimiento picante.

—Estaba pensando que tal vez tú podrías averiguar cuándo se produjo el accidente. El que dejó tullido a Rodríguez.

—¿Él no lo sabe?

—No se lo he preguntado. Me he indignado tanto al descubrir que la policía local no nos había dicho nada de que estuviera en silla de ruedas que me he largado enseguida. Pero es posible que haya tenido algo que ver con el robo del Ford. Lo he pensado después. Vive justo al lado.

Billy detuvo el movimiento del cuchillo. Vanja lo llamaba para pedirle que hiciera una averiguación sencilla, algo que podía hacer cualquiera. Mirando con el rabillo del ojo, notó que My negaba con la cabeza. Apoyó el cuchillo sobre la mesa y se inclinó para acercarse un poco

más al teléfono.

—Espera un poco, ¿te he entendido bien? Tú te olvidas de preguntar cuándo se produjo el accidente y yo tengo que averiguarlo, ¿es eso?

—Sí.

—Ahora estoy en casa.

—No he dicho que lo hagas ahora. Puedes hacerlo mañana.

—¿Y por qué no puedes hacerlo tú mañana?

Se hizo otro silencio y Billy supo por qué. Vanja no estaba habituada a que la contrariaran ni a que pusieran en tela de juicio sus instrucciones, o por lo menos a que lo hiciera él. Pero alguna vez tenía que ser la primera —pensó Billy— y ya iba siendo hora de que se fuera acostumbrando.

—A ti esas cosas se te dan mejor que a mí. Será más rápido si lo haces tú —dijo Vanja, y Billy creyó notar una sombra de irritación en su voz.

Era cierto, pero no bastaba como argumento. Durante demasiado tiempo, Billy había desempeñado dentro del grupo el papel de chico de los recados, y eso tenía que terminar.

—Mañana te enseñaré cómo se hace.

—Yo sé hacerlo.

—Entonces, hazlo.

Vanja se quedó en silencio. Billy le lanzó una mirada rápida a My, que le sonrió aprobadora.

—De acuerdo... Muy bien —oyó que decía Vanja brevemente.

Después volvió a quedarse en silencio y, al cabo de unos segundos, dejó de oírse también el ruido del coche. Vanja había colgado. Billy cogió el teléfono y se lo guardó en el bolsillo. My se le acercó y lo abrazó.

—¿Cómo te has sentido?

—Bien. —Billy hizo una pequeña pausa y decidió hablar con franqueza—. También un poco mezquino, para serte sincero. A mí no me llevaría ni medio segundo.

—Pero ¿ella sabe hacerlo?

—Sí, pero ya sabes cómo son las cosas. Ahora está cabreada conmigo por una gilipollez.

My se deslizó entre la encimera y él, y Billy le cogió los brazos y se los apoyó sobre sus propios hombros. Ella lo miró a los ojos.

—La próxima vez que te pida algo, hazlo. No se trata de que no os ayudéis de vez en cuando, sino de que ella te valore.

Le dio un beso, le acarició la mejilla y volvió a los fuegos.

Ursula se sentó delante de su escritorio. Intentó trabajar, pero no podía concentrarse. Sus pensamientos no dejaban de volver al pasado, pero no a la conversación que acababa de tener en el comedor, sino mucho más atrás.

A lo que había ocurrido entonces.

A ellos dos.

Se habían conocido a comienzos del otoño de 1992. Sebastian Bergman, experto en perfiles criminales formado en Estados Unidos, iba a dar una conferencia en la Universidad de Gotemburgo sobre las conductas típicas de los asesinos en serie y las características de los escenarios del crimen cuando actuaban. Ursula trabajaba en el SKL de Linköping, el principal laboratorio de la policía sueca, y había pedido autorización para asistir a la conferencia, dentro de su programa de formación permanente. La charla había sido interesante y muy instructiva. Sebastian había estado en su salsa —inteligente, encantador, espontáneo— ante un público receptivo y curioso. Ursula se había sentado en una de las primeras filas y había hecho varias preguntas.

Se acostaron en el hotel de Sebastian nada más salir de la conferencia. Ella pensó que ahí acabaría todo. El ambiente en que ambos se movían era bastante reducido y ya le habían llegado rumores acerca de Sebastian, de modo que volvió enseguida a Linköping, donde la esperaban Micke y Bella. Su hija había empezado el colegio y Micke se estaba ocupando de hacerle compañía los primeros días y de volver temprano a casa por las tardes, para que la niña no tuviera que quedarse tanto tiempo haciendo actividades extraescolares. Ursula trabajaba, como siempre. Todo funcionaba como de costumbre.

Micke llevaba más de un año sin beber. Trabajaba el tiempo que quería en su propia empresa. Poseían una casa bonita en una zona agradable, disfrutaban de una buena situación económica, Bella estaba contenta con el colegio y Ursula tenía un trabajo estimulante. Una buena vida de clase media. Mejor imposible, pensaba ella.

Entonces, un día, cuando ya se disponía a volver a casa, oyó que alguien la llamaba en el aparcamiento. Era él. Sebastian Bergman. Le preguntó qué hacía él allí.

Buscarla.

Ver si tenía la suerte de encontrarla.

Se alegró de verlo. De que hubiera ido en su busca. Se alegró más de lo que habría querido reconocer. Llamó a Micke y le dijo que tendría que quedarse trabajando fuera de hora. Se fueron juntos a un hotel de carretera. Fue emocionante y prohibido. Estaban en Linköping. Podían

cruzarse con alguien que los reconociera, pero a Ursula no le importó.

La gira de conferencias de Sebastian había terminado. Más adelante tendría que volver a impartir clases en la universidad, pero todavía le quedaban unos días libres y había pensado pasarlos en Linköping. Si ella quería.

Durante los dos meses siguientes, se vieron tanto como les fue posible. Algunas veces a la hora del almuerzo; otras, por la mañana, antes de que ella entrara a trabajar. Por lo general, por las noches o de madrugada. Él siempre estaba dispuesto. Él quería siempre. Ella decidía dónde, cuándo y con qué frecuencia se veían, y eso le parecía estupendo.

En diciembre, le propuso a Micke que se mudaran a Estocolmo. Quería postularse para un empleo en la Unidad de Homicidios. Llevaba un tiempo pensando en cambiar de trabajo. Estaba cansada del SKL, de no participar de forma activa en la caza de los criminales. Echaba en falta la adrenalina, el desenlace, la captura... La Unidad de Homicidios tenía un nuevo director, Torkel Höglund, un hombre del que sólo había oído decir cosas buenas. Había llegado el momento de dar el paso y empezar algo nuevo.

No lo hacía sólo por Sebastian. La posibilidad de trabajar en el mismo sitio que él, si finalmente conseguía el empleo, era un aliciente añadido, una ventaja, pero no la razón de que quisiera mudarse. Ella no era ninguna colegiala que fuera a volverse loca por un hombre y a dejarse llevar por los sentimientos.

No lo había sido nunca, ni había hecho nunca nada parecido.

Sabía muy bien que lo suyo con Sebastian podía acabar en cualquier momento. Pero quizá la proximidad y la posibilidad de verse todos los días haría surgir algo más, una relación más profunda. Por primera vez, sentía que con Sebastian las cosas podían ser diferentes. Sentía que con él quizá fuera posible relajarse y renunciar a la distancia que siempre mantenía con los demás.

Con Micke.

Con Bella.

Con todos.

Además, su hermana vivía en Mälarhöjden, y sus padres, en Norrtälje. Sería perfecto si necesitaban a alguien que hiciera de niñera algún fin de semana. Tenían todos los buenos motivos para mudarse y ninguno para quedarse donde estaban.

Pero Micke no estaba de acuerdo.

Su empresa estaba radicada en Linköping y todos sus clientes se hallaban en el oeste de Suecia. ¿Qué iba a hacer él en Estocolmo? ¿Empezar de cero? ¿Y Bella? Ya había asistido medio curso a la escuela. Había hecho nuevos amigos y adoraba a su maestra. ¿Sería correcto sacarla del lugar donde se sentía segura? Ursula replicó que los niños hacen amistades con enorme facilidad y que Micke podría atender los asuntos de su empresa desde Estocolmo, aunque tendría que viajar un poco más y pasar algunas noches fuera de casa. Pero eso era todo. Sin embargo, mientras intentaba convencerlo de que toda la familia se mudara a Estocolmo, no podía dejar de oír una insistente voz en su interior que le decía que tampoco sería una catástrofe que ellos no se mudaran con ella. Le daría tiempo para investigar con calma la etapa que se iniciaba y decidir si había llegado el momento de hacer un cambio permanente.

Tuvo suerte. Al final fue Micke quien le sugirió que se mudara ella sola y que vivieran un tiempo separados. No quería ser un obstáculo para su carrera y, si otras parejas superaban la prueba de verse solamente los fines de semana, ellos también la superarían.

Ursula protestó como era su obligación, pero no demasiado, ni durante mucho tiempo. Habló con Bella y le prometió que volvería a casa tanto y con tanta frecuencia como le fuera posible. La niña se entristeció, desde luego. Era todo un cambio, casi como un divorcio, pero Ursula estaba convencida de que su reacción habría sido mucho más intensa si hubiera sido Micke el que se hubiera marchado. Desde el punto de vista de Bella, el progenitor adecuado se quedaba en casa.

Al final, Ursula obtuvo el trabajo y se mudó a Estocolmo. Consiguió un apartamento de dos habitaciones en Södermalm, pero casi estaba más tiempo en casa de Sebastian que en la suya. En el trabajo, los dos se comportaban con total profesionalidad. Nadie habría sospechado que entre ellos había algo más que una relación laboral; pero fuera de la oficina pasaban cada vez más tiempo juntos. Hacían algunas cosas que habrían podido hacer dos compañeros de trabajo, como ir al teatro o al cine, o salir a cenar, pero también empezaron a verse con la hermana y el cuñado de Ursula. Cenaban los cuatro juntos, como dos parejas. Ursula seguía visitando a su familia casi todos los fines de semana, pero cuando ponía rumbo a Linköping no sentía que volvía a su casa, sino que se marchaba. La relación con Sebastian significaba mucho más para ella que para él, y Ursula lo sabía. A veces tenía miedo de que fuera tan importante. Cuando llegó la primavera, se atrevió a reconocerlo ante sí misma.

Estaba enamorada.

Por primera vez en su vida.

Ursula se levantó del escritorio. No había trabajado nada y le parecía inútil quedarse pensando en cosas que habían pasado casi veinte años atrás. Tenía que salir, quizá volver a casa, pero en todo caso marcharse de la oficina. Roland Johansson y José Rodríguez habían quedado descartados como autores del delito. Las huellas dactilares y las muestras de semen halladas en las escenas del crimen no eran suyas, pero eso no significaba necesariamente que los dos hombres no tuvieran alguna implicación en el crimen. El coche empleado para seguir a Sebastian, por ejemplo, lo había robado a pocos cientos de metros de la casa de Rodríguez. Pero ya decidirían al día siguiente si seguían investigando en ese sentido y cómo hacerlo. Ursula pasó delante del despacho de Torkel cuando se dirigía hacia el ascensor y miró dentro de la estancia. Estaba vacío. Sintió cierta decepción, aunque no sabía muy bien qué habría hecho si se hubiera encontrado con él. Habría estado bien acabar el día en el sofá de Torkel y tal vez salir juntos a cenar. Tenía hambre. A mediodía no había podido terminar de comer. La había interrumpido el hombre que ahora veía al final del pasillo y que a todas luces la estaba esperando. Siguió andando sin mirarlo siquiera.

—Hasta mañana —le dijo secamente.

—Te acompaño hasta el coche —replicó Sebastian mientras echaba a andar a su lado.

—No seas ridículo. No hace falta.

—Calla y no digas tonterías. Lo hago porque quiero.

Ursula lanzó un suspiro y siguió caminando hacia los ascensores. Pulsó el botón de bajada y esperó. Sebastian se quedó en silencio a su lado. Al cabo de un momento, se abrieron las puertas y Ursula entró seguida de Sebastian. Marcó la planta baja, con la mirada fija en las puertas metálicas.

—Estaba pensando en Barbro —comentó Sebastian, quebrando el silencio—. Quizá debería decírselo también a ella.

Ursula se quedó callada. Prefirió fingir que no lo había oído.

—No sé dónde vive ahora —prosiguió Sebastian, y Ursula creyó distinguir una sombra de disculpa—. No sé si ha vuelto a casarse, ni si ha cambiado de nombre...

—Yo tampoco —la interrumpió Ursula.

—He pensado que quizá vosotras...

—No —volvió a interrumpirlo ella—. Nosotras no.

Sebastian guardó silencio. El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Ursula salió y se dirigió al garaje. Sebastian la siguió. Ursula caminaba a paso rápido y decidido. Sus tacones martillaban el suelo, y el frío hormigón devolvía el eco de sus pasos. Sebastian miraba a su alrededor mientras iba tras ella a varios metros de distancia, atento a cualquier cambio o movimiento. El garaje estaba vacío. Ursula abrió la cerradura del coche bastante antes de llegar al vehículo. Dio los últimos pasos, abrió la puerta trasera, arrojó dentro el maletín y la cerró. A continuación abrió la puerta del lado del conductor. Sebastian se detuvo a cierta distancia.

—Bueno, hasta mañana. Cuídate.

Se volvió y empezó a andar de forma pesada hacia el ascensor. Ursula reflexionó un momento. No creía que fuera necesario, pero por si acaso...

—¡Sebastian!

Sebastian se detuvo y se volvió. Ursula dejó abierta la puerta del coche y fue hacia él, que la miraba con curiosidad.

—No digas nada de lo nuestro a nadie. Nunca, bajo ninguna circunstancia.

Lo dijo en un susurro que, paradójicamente, por efecto del eco se oyó con más claridad que la voz normal.

Sebastian se encogió de hombros.

—De acuerdo.

No se lo había contado a nadie en diecisiete años; podía seguir guardando el secreto unos años más. Pero Ursula interpretó su gesto y su breve respuesta como señal de indiferencia.

—Te lo digo en serio. No te lo perdonaría nunca.

Sebastian se volvió hacia ella.

—¿Acaso me has perdonado alguna vez?

Ursula lo miró a los ojos. ¿Había deseo en su mirada? ¿Esperanza?

—Buenas noches.

Ursula se volvió y se dirigió al coche. Sebastian esperó a que ella saliera del garaje para encaminarse al ascensor.

La noche iba a ser larga.

Storskärsgatan, 12.

Una dirección grabada para siempre en la memoria de Sebastian. Hasta allí lo había conducido la carta que encontró en casa de sus padres. Allí había sabido que tenía una hija. Otra más. Empujó la puerta y se internó en la oscuridad de la escalera. Era la segunda vez que entraba en el edificio. La vez anterior que había subido esa escalera lo había hecho lleno de expectativas, pero sabiendo que podía llevarse una decepción. Esta vez todo era peor, en muchos sentidos. Llegó al tercer piso. En la puerta, una inscripción: ERIKSSON-LITHNER. Hizo una inspiración profunda y dejó escapar lentamente el aire entre los labios, en un largo suspiro. Después llamó al timbre.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que le dijo ella cuando abrió la puerta y lo vio.

Anna Eriksson. Llevaba el pelo más corto que la vez anterior, cortado a lo paje. Los mismos ojos azules. Los pómulos altos y los labios finos de siempre. Vaqueros gastados y una camiseta rayada de algodón, que por el tamaño podía ser de Valdemar.

—¿Estás sola? —le preguntó Sebastian, que también había decidido saltarse los saludos de cortesía. En realidad, le estaba preguntando si estaba con una amiga o alguna otra visita, porque cinco minutos antes había visto salir a Valdemar.

—Tú y yo no debemos vernos.

—Ya lo sé. ¿Estás sola?

Anna pareció entender adónde quería llegar él con su pregunta. Dio un paso adelante, para bloquear de manera todavía más eficaz el hueco de la puerta. Tras echar un rápido vistazo hacia la escalera, detrás de Sebastian, para asegurarse de que no iba acompañado, bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—No puedes venir aquí. Prometiste que no te acercarías a esta casa.

Sebastian no recordaba haberlo hecho. No había hecho ninguna promesa. Se había marchado de allí tras llegar al acuerdo tácito de que nunca volvería a ponerse en contacto con Vanja, Valdemar o Anna, pero no había prometido nada. Además, la situación había cambiado.

—Tengo que hablar contigo.

—¡No! —Anna negó con la cabeza para expresar con más énfasis su oposición—. Ya es bastante malo que hayas trabajado con Vanja. No debemos tener ningún contacto.

Sebastian se fijó en el tiempo verbal. «Hayas trabajado.» Por lo visto, Vanja no había dicho nada de la reincorporación de Sebastian al equipo. O al menos no se lo había contado a su madre.

—No vengo a hablar de Vanja —insistió Sebastian en tono casi suplicante—, sino de ti.

Notó que la mujer que tenía delante se ponía más tensa. Durante un instante, comprendió lo que debían de haber sido para ella los últimos meses. Hacía treinta años que vivía con una mentira. Treinta años. Casi el tiempo suficiente para empezar a creérsela. Tiempo de sobra para pensar que nunca la descubrirían, que estaba segura. Pero entonces llegó él, una amenaza exterior que podía acabar de forma abrupta con todo. Todo lo que ella había construido. Todo lo que tenía. Absolutamente todo. Y ahora él había vuelto, aunque no debería estar allí, aunque se lo había prohibido. Las cosas sólo podían empeorar.

—¿Por qué quieres hablar de mí?

Ahora su tono era sólo defensivo. Sebastian decidió no intentar siquiera disfrazar la verdad.

—Porque puedes estar en peligro.

—¿Qué? ¿Por qué?

Había más desconcierto que miedo en su voz. ¿Habría comprendido el significado de las palabras?

—¿Me dejas pasar? —dijo Sebastian con tanta amabilidad como pudo—. Sólo quiero decirte una cosa. Después te prometo que me iré.

Anna lo miró fijamente, como tratando de averiguar si mentía, si su visita tendría otras intenciones ocultas y si le esperaban más sorpresas desagradables. Sebastian le devolvió la mirada con toda la sinceridad y franqueza de que fue capaz. Anna parecía estar considerando la posibilidad de cerrarle la puerta en la cara.

—Por favor —le rogó Sebastian—. Es importante. No habría venido si no lo fuera.

Anna lanzó un breve suspiro, bajó la mirada y se apartó un poco al mismo tiempo que abría más la puerta. Sebastian cogió el picaporte, empujó y entró en el apartamento, pasando al lado de la mujer. Tras echar un último vistazo al rellano, Anna cerró la puerta.

En la calle, a una treintena de metros del número 12 de Storskärsgatan, el hombre alto estaba sentado dentro de su coche. Un coche nuevo. Ya se había ocupado alguien de deshacerse del Ford poco después de que Sebastian Bergman lo persiguiera por la calle, delante de la Unidad de Homicidios. Ahora le habían dado un Toyota Auris gris metalizado. No sabía adónde había ido a parar el vehículo anterior ni de dónde había salido el nuevo. Era probable que fuera robado. En <fygorh.se> había aparecido un mensaje que le indicaba cuándo y dónde recogerlo. Entonces, él había salido puntualmente a la hora fijada y, como esperaba, había encontrado el coche en el lugar señalado y con las llaves puestas. Ya podía seguir otra vez a Sebastian, pero esta vez a mayor distancia y sin dejarse ver tanto como antes. Ahora bajaba la cabeza y se escondía más a menudo que la vez anterior. Era más prudente, pero no parecía que Sebastian lo estuviera buscando. No miraba con atención a su alrededor, ni tomaba atajos que dificultaran la tarea de su perseguidor. Por un momento, el hombre alto llegó a pensar que se trataba de una trampa y que la falta de interés del psicólogo por su entorno y por sus movimientos en apariencia impasibles se debían a que otros policías lo estaban siguiendo también, para tratar de descubrirlo a él. Pero no había otros policías. De haberlos, el hombre alto ya los habría visto.

Habían encontrado a la cuarta víctima. En el apartamento. La prensa había montado un gran revuelo. El hombre alto había comprado los periódicos de la mañana y de la tarde. Los tenía a su lado, en el asiento del acompañante. No veía la hora de llegar a su casa para ponerse a leerlos. Y mejorar. Desde que había visto la rapidez con que se actualizaban sus noticias en internet, había comprendido que era preciso ampliar y perfeccionar el ritual por el que conservaba todo lo que se escribía sobre él.

La cuarta víctima no había sido fácil. Por lo que había podido ver, Sebastian acababa de conocerla. Su amigo terapeuta lo había recogido en la colina, delante de la casa donde vivía Vanja Lithner, la agente de la Unidad de Homicidios, y desde allí lo había llevado a un local donde se celebraban reuniones. De ese local había salido Sebastian unas dos horas más tarde y se había metido en un taxi, acompañado de la mujer que sería la cuarta. Habían ido juntos a la casa de ella. El hombre alto los había seguido hasta la escalera y había conseguido distinguir a qué piso iban, pero no en qué apartamento entraban. Mientras Sebastian estaba dentro con la mujer, el hombre alto se había ido al coche y se había puesto a buscar. Tenía los nombres de los buzones del tercer piso. No le llevó mucho tiempo averiguar que únicamente en uno de esos apartamentos vivía una mujer sola: Annette Willén. Existía el riesgo de que Sebastian se hubiera ido a la cama con una mujer casada, temporalmente sola, y de que la mujer en cuestión no fuera

por lo tanto Annette Willén, sino una de las mujeres casadas o emparejadas que vivían en los otros pisos. Pero lo más probable era que fuera Annette Willén. Empezaría por ahí.

A las cinco de la mañana, había visto salir a Sebastian. Parecía cansado y desmejorado. El hombre alto lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista. Tenía que asegurarse. No había margen para cometer errores. Salió del coche, se dirigió a la casa y subió al tercer piso. Ahora empezaba la parte más difícil. Tocar el timbre a esa hora de la madrugada podía llamar de forma innecesaria la atención. Un vecino tal vez se despertara y lo espiara por la mirilla sin que él se diera cuenta. Pero ¿qué podía hacer para cerciorarse? Llamó con suavidad a la puerta. No hubo ninguna reacción. Volvió a golpear, esta vez un poco más fuerte y durante más tiempo. Oyó movimientos en el interior. Pasos.

—¿Quién es? —preguntó una voz adormilada al otro lado de la puerta.

—Perdona que te haya despertado, pero busco a Sebastian —dijo el hombre en voz baja, apartando la cara de la mirilla todo lo que pudo sin que resultara sospechoso.

—¿A quién...?

Era evidente que la mujer todavía no estaba despierta del todo.

—A Sebastian Bergman. ¿No está aquí?

—Un momento...

Silencio en el interior del piso. Transcurrieron unos segundos, el tiempo necesario para que Annette Willén descubriera y comprendiera que estaba sola. Para el hombre alto, fue suficiente. Si buscaba a Sebastian, era porque había estado allí. Era todo lo que necesitaba saber. Ya se había apartado unos pasos de la puerta cuando volvió a oír la voz de la mujer.

—No está. Se ha ido...

Incluso a través de la puerta maciza de madera, el hombre alto pudo distinguir la sorpresa y la decepción de la mujer. Parecía como si en cualquier momento fuera a echarse a llorar.

—Ah, ya veo. Siento haberla molestado.

El hombre ya había empezado a bajar la escalera a toda prisa cuando Annette decidió abrir la puerta para hablar con él. Para saber algo más. ¿Quién era? ¿Por qué buscaba a Sebastian? ¿Cómo sabía que había estado en su casa? Pero el hombre alto no tenía nada que hacer en el apartamento. Todavía no. Primero debía pasar la información y recibir instrucciones. Después, podría regresar.

Cuando estuvo de vuelta en su casa, recibió la orden. Ella sería la cuarta.

El hombre alto había regresado al edificio de apartamentos, había aparcado a cierta distancia del portal y se había dirigido a la entrada con la bolsa negra de deporte colgada del hombro. Había subido los tres tramos de escalera y había vuelto a llamar a la puerta. Annette estaba en casa, pero no le abrió. Preguntó quién era.

—Soy yo. Estuve anoche aquí, buscando a Sebastian...

El hombre alto tenía un plan para que le abriera la puerta. Siempre lo tenía. Uno nuevo para cada víctima. Era bastante evidente que la separación de la madrugada anterior no se había producido de común acuerdo. Sebastian se había escabullido mientras ella dormía. La había abandonado. Y el hombre alto pensaba aprovecharlo.

—Soy compañero suyo de trabajo —prosiguió, hablando en voz baja, muy cerca de la puerta

—. Se siente un poco mal por cómo terminó todo ayer. Se siente mal por ti.

No hubo ninguna reacción al otro lado. Silencio. Al menos, la mujer no lo mandó al infierno. Ya era algo.

—No se le dan muy bien las mañanas... Pero si me dejas pasar, intentaré explicártelo todo.

—¿Te ha enviado él?

Había cierta irritación en su voz. El hombre alto se echó a reír, como si lo que ella acababa de decir no sólo fuera gracioso, sino inconcebible.

—¡No, nada de eso! Se pondría furioso si supiera que he venido.

Tenía que demostrarle que los dos estaban del mismo lado, ganarse su confianza. Eran los dos contra Sebastian Bergman. El hombre alto decidió que había llegado el momento de atacar.

—A veces se comporta como un idiota.

No hubo respuesta. ¿Habría llegado demasiado lejos? Pero enseguida se oyó el chasquido del cerrojo de seguridad y la puerta se abrió.

El hombre alto entró en el apartamento.

Ahora estaba en Storskärsgatan. Una vez más. Sebastian había ido varias veces a esa dirección. Pero normalmente no entraba, sino que se quedaba en la calle, sobre todo los jueves, cuando Vanja Lithner visitaba a una pareja que debían de ser sus padres: Anna Eriksson y Valdemar Lithner. Pero, esta vez, Sebastian había entrado. Valdemar Lithner había salido por el portal, Sebastian había esperado hasta verlo alejarse y entonces había entrado. ¿Se estaría acostando con la madre de Vanja? Era posible. Todo era posible. Nunca había entendido la conexión de Sebastian con esa familia. Estaba seguro de que no mantenía relaciones sexuales con Vanja y por eso no había informado nunca acerca del tiempo que pasaba delante de su casa.

El hombre alto se inclinó hacia delante para ver mejor el número 12. Esperaba que Sebastian saliera pronto. Aunque estaban en pleno verano, pronto caería la noche y llegaría la oscuridad. Como en el sótano. Cuando se apagaba la bombilla desnuda que colgaba del techo.

Los pensamientos bullían en la cabeza de Anna Eriksson. Había leído muchas veces la expresión en diferentes libros, había leído que los pensamientos podían bullir, pero nunca había conseguido imaginar una situación tan perturbadora que le impidiera concentrarse en una línea concreta de pensamiento. Ahora comprendía exactamente lo que la gente quería decir con eso.

Alguien estaba matando a las antiguas amantes de Sebastian. Había leído la información acerca de los asesinatos. Ella era una de sus antiguas amantes.

Podían matarla.

Nadie sabía de su relación con Sebastian, pero él le había dicho que lo estaban siguiendo.

Como si la repentina aparición de Sebastian en abril no hubiera sido lo bastante mala...

¿Lo sabría alguien más? ¿Sabrían también lo de Vanja?

Podían matarla. Pero era una locura.

Sebastian estaba sentado a su lado en el sofá. Anna no le había ofrecido nada cuando lo había dejado pasar. No esperaba que se quedara más que unos minutos. Pero todavía estaba ahí.

En su sofá.

En su cuarto de estar.

En su vida.

Una vida que su visita había vuelto todavía más difícil. No se daba cuenta de que se había quedado muda, mirando al frente con expresión vacía. Sebastian se inclinó un poco más hacia ella.

—¿Has entendido lo que te he dicho?

Anna asintió lentamente con la cabeza y levantó la mirada hacia él, como para confirmarle que estaba contestando a su pregunta.

—Sí, pero es una locura. Nadie lo sabe.

—Yo también creía que nadie sabía nada de las otras. Pero si las encontraron a ellas, te pueden encontrar a ti.

Anna volvió a asentir. Dos de las mujeres muertas habían tenido relaciones con Sebastian hacía más de veinte años. Todas habían sido asesinadas en Estocolmo y sus alrededores. Tenían familia y amigos, pero las habían matado. La amenaza era real. Se le encogió el estómago por la preocupación. Casi sintió calambres. Curiosamente, parecía como si la idea de encontrarse en peligro de muerte quedara relegada a un segundo plano, empequeñecida por la angustia de que alguien, en algún sitio, pudiera descubrir la verdad acerca de su hija.

—Entonces ¿es posible que haya alguien que sepa también lo de Vanja? —preguntó Anna

casi en un susurro.

—No es seguro y, además, no se trata de eso. —Sebastian hizo una pausa mientras cedía a un impulso y apoyaba una mano sobre la de ella—. Tienes que marcharte y desaparecer por un tiempo.

Anna rechazó su mano y se puso de pie con brusquedad. No podía permitir que la tocara. No podía dejar que la consolara ni que intentara aliviar su sufrimiento. Todo era culpa de él. Si en algún momento ella necesitaba ayuda, Sebastian Bergman sería la última persona a la que pensaba recurrir.

—No puedo marcharme sin más. —Se alejó unos pasos del sofá y subrayó sus palabras con un amplio gesto de las manos, para señalar que no tenía alternativa—. Tengo un trabajo. Una familia. Una vida.

—Precisamente por eso.

Anna se paró en seco en medio de la habitación. Sebastian tenía razón. Por desgracia.

—¿No puedes ir de visita a casa de alguien que conozcas y quedarte allí un tiempo? —le preguntó él desde el sofá.

—Sí, claro que puedo. Pero ¿cómo quieres que desaparezca de repente? ¿Qué les diría a los demás? ¿A Valdemar, a Vanja...? ¿Qué voy a decirle a Vanja?

—Nada. No puedes revelarle a Vanja el motivo de tu marcha, porque entonces lo descubriría todo.

Anna hizo un gesto afirmativo. Estaba pensando. Sebastian se levantó y fue hacia ella.

—Sal de la ciudad. Ve a casa de alguien. ¿Viven tus padres?

—Sí, mi madre.

—Ve a su casa.

—No sé...

Anna dejó en suspenso la frase mientras pensaba. De repente tenía la cabeza más despejada. A diferencia de lo que le había sucedido antes, ahora podía pensar con claridad. Las ideas que apenas unos minutos atrás giraban en su mente en un confuso y doloroso torbellino se le presentaban ahora con suficiente nitidez para que pudiera aceptarlas o rechazarlas.

—¿Sería muy raro que fueras a verla y te quedaras en su casa una semana? —preguntó Sebastian, ansioso por obtener una respuesta definitiva antes de despedirse.

—¿De un día para otro? Sí, sería raro. No nos llevamos tan bien.

Sin embargo, pese a la contundencia de su respuesta, Anna ya había empezado a sopesar una posibilidad, una idea que se le acababa de ocurrir y que ya estaba desarrollando en su mente.

Su madre podía haberla llamado esa misma noche mientras Valdemar estaba fuera. Podía haberle pedido que fuera a verla, porque se sentía mal o por algún problema de la casa, o, en cualquier caso, porque necesitaba su ayuda. Valdemar la creería. Entonces, podría ir a casa de su madre y, cuando llegara, le contaría a ella una historia igualmente inventada. Le diría que tenía demasiado trabajo, que no aguantaba más y que necesitaba descansar. Le pediría que no se lo contara a Valdemar, que si él llamaba, le dijera que era ella la que necesitaba la ayuda de Anna. No quería preocuparlo, sobre todo cuando hacía tan poco tiempo que había superado el cáncer. Su madre aceptaría mentir por ella. Anna se quedaría un tiempo en su casa y volvería cuando

hubieran atrapado al asesino. Le diría a su madre que ya se sentía mucho mejor. Y si más adelante surgía alguna vez el tema en una cena de familia o en una fiesta, simplemente se reiría y diría que su madre la había entendido mal. Nadie le daría más vueltas. Podía funcionar y funcionaría.

Tenía que funcionar.

—No puedes quedarte aquí —insistió Sebastian—. Si te pasara algo, si te encontraran... Entonces Vanja se enteraría. De la peor manera posible.

—Ya lo sé, pero no puedo irme esta noche.

—¿Por qué no?

Porque una salida tan precipitada no encajaba en el plan. La apariencia no podía ser de excesiva urgencia, porque entonces Valdemar insistiría en acompañarla. Querría llevarla en su coche. Saldría a la mañana siguiente. También sería un poco precipitado, pero creía que funcionaría.

—Porque no puede ser —le contestó a Sebastian. No tenía ganas ni fuerzas para explicarle su plan—. Pero no te preocupes. Valdemar volverá pronto a casa.

—Esperaré hasta que vuelva —le propuso Sebastian.

—¡No! Tienes que irte ya mismo. ¡Ahora!

Anna sentía que estaba recuperando el control después del *shock* inicial. Lo superaría, tal como había superado todas las adversidades que habían ido surgiendo a lo largo de los años. Pero Sebastian tenía que marcharse. Lo agarró por los hombros y lo empujó hacia el vestíbulo. Había recuperado la energía. Tenía mucho que hacer. No debía permitirse ninguna distracción. Era importante que todo saliera bien. Era importante para todos.

Sebastian se dio cuenta de que no podía hacer nada más. Hizo un gesto afirmativo y se dirigió hacia la salida.

—No le abras la puerta a nadie que no sea Valdemar.

—Él tiene llave.

Cuando Sebastian se volvió y vio a Anna de pie en medio del cuarto de estar, sumida en sus pensamientos, se dio cuenta de los enormes problemas que le estaba causando. Hacía solamente un par de meses que su marido había superado el cáncer. ¿Cuánto tiempo había convivido ella con la idea de que el compañero de su vida iba a morir? ¿Meses? ¿Años? Y ahora se presentaba él con otra amenaza más, una amenaza que volvía a llevar el espectro de la muerte a ese bonito apartamento.

—Lo siento mucho.

No solía pedir disculpas, y esa vez fueron sinceras. Se agachó para atarse los cordones de los zapatos. Anna salió al vestíbulo, como para asegurarse de que de verdad se marchaba. Sebastian se levantó, pero se detuvo un momento con la mano apoyada sobre el picaporte. Tenía necesidad de saber y, aunque se hubiera quedado callado, no habría conseguido que ella lo odiara menos, ni habría solucionado los problemas que estaba causando.

—¿Ha preguntado algo alguna vez?

—¿Quién? —Anna tenía la cabeza en otra parte.

—Valdemar. ¿Ha querido saber quién es el padre?

La expresión de Anna le transmitió con claridad que prefería no hablar de ese tema. Ni con él ni con nadie.

—Una vez —respondió ella secamente—. Pero no se lo dije.

—¿Y él se contentó con eso?

Anna se encogió de hombros.

—Es un buen hombre.

—Ya lo he visto.

Se hizo un silencio. ¿Qué más se podía decir? Sebastian abrió la puerta. Anna dio un paso adelante y cogió el picaporte en cuanto él lo soltó, ansiosa por verlo marcharse.

—Lo siento mucho —repitió Sebastian cuando estuvo en la oscuridad de la escalera.

—Ya lo has dicho.

Anna cerró la puerta. Sebastian se quedó un momento inmóvil presa de un cansancio enorme. Físico y psicológico. El día había sido uno de los más largos de su vida y todavía no había terminado. Faltaba una parada. Otra más. Con movimientos pesados, empezó a bajar la escalera.

El hombre alto estaba a punto de abandonar cuando vio a Sebastian salir del portal, calle abajo, con el teléfono apoyado en el oído. Se agachó detrás del volante tanto como pudo, pero sin perder de vista la cabeza del hombre al que perseguía. Estaba bastante seguro de que la distancia, el reflejo del parabrisas y el crepúsculo incipiente serían suficientes para ocultarlo aunque Sebastian se volviera y mirara en su dirección. Pero no lo hizo. Se guardó el teléfono en el bolsillo y echó a andar en la dirección opuesta. El hombre alto se quedó donde estaba, siguiéndolo con la mirada. Sebastian se detuvo en el cruce, como si estuviera esperando algo.

Al cabo de cinco minutos, llegó un taxi. Sebastian se montó y el vehículo arrancó. El hombre alto hizo girar la llave de contacto y se dispuso a seguirlo. Un rato más. Todavía disponía de media hora antes de que el deber lo llamara.

Le gustaba seguirlo. Pero no gozaba con la persecución en sí misma, sino con la idea de lo que podría llegar después.

La quinta. Y quizá incluso la sexta.

De las tres primeras mujeres, había sabido solamente los nombres. Los nombres y las direcciones, a través de la página web. Las había buscado, había averiguado todo lo que creía necesitar acerca de sus vidas y había elegido el momento. Con la cuarta había sido diferente. De repente, tenía que ser alguien que se hubiera acostado con Sebastian Bergman en los últimos tiempos, para que la relación resultara evidente. Había funcionado. La Unidad de Homicidios había establecido la conexión, de eso podía estar seguro. Había hallado el denominador común. Lo demostraba el hecho de que Sebastian estuviera participando en la investigación. Según el Maestro, la nueva situación podía impulsar a Sebastian a hacer memoria y tratar de ponerse en contacto con algunas de sus antiguas amantes. No con todas, porque eso habría sido imposible, pero sí con las más recientes o quizá con las que le importaran más, para asegurarse de que no sufrieran ningún daño. ¿Sería la madre de Vanja Lithner una de ellas? ¿Sería por eso que Sebastian la había visitado esa noche? Era posible. En todo caso, merecía la pena informar al respecto.

El taxi siguió por Vallhallavägen. No era el camino de vuelta a la casa de Sebastian. ¿Pensaría ir a ver a otra mujer? El hombre alto no pudo reprimir una sonrisa. Quizá esta vez tendría la oportunidad de elegir. Podría decidir entre la vida o la muerte. Él solo y nadie más. Le habían dado ese poder y lo agradecería eternamente.

Ojalá lo hubiera tenido entonces.

Después de la boda, cuando se habían instalado en el enorme piso del centro, Lennart empezó a visitarlos con frecuencia, a veces con su mujer, pero casi siempre solo. Cuando Sofía y su padre salían, y lo hacían muy a menudo, Lennart se quedaba a cuidarlo.

A él le gustaba su «abuelo». Hacían juntos los deberes, jugaban a las cartas e incluso había intentado enseñarle al anciano a jugar con la Nintendo. Con el cambio de escuela no había hecho nuevos amigos, sin embargo Lennart lo llevaba a menudo de paseo los fines de semana, a Skansen, a Kaknästornet, a Djurgården, a Slottet y a todos los lugares que la mayoría de los niños de su edad habían visitado alguna vez o al menos conocían de oídas, pero que él desconocía por completo. Lennart lo llevaba a probar diferentes actividades, a ver si le gustaban. Iban a pescar, a esquiar, a recoger moras, a jugar a los bolos y al parque acuático. Había que probarlo todo. Si le gustaba algo, repetían; si no, lo olvidaban.

Disfrutaba muchísimo paseando con su abuelo. Su padre y Sofía nunca querían acompañarlos. Al contrario, parecían alegrarse de que él desapareciera unas cuantas horas de vez en cuando. No lo decían, por supuesto, pero los años con su madre habían desarrollado en él una singular capacidad para interpretar las intenciones y el estado de ánimo de los mayores, a partir de sus miradas y de su lenguaje corporal. Era algo que le había surgido de forma natural; era su manera de evitar problemas. Así se había adaptado a ella y había dejado que su voluntad imperara siempre sobre la suya.

Un día, Lennart pasó a buscarlo como tantas otras veces. Él lo recibió con grandes expectativas. Iban a salir de excursión.

—¿Adónde vamos? —le había preguntado.

—Ya lo verás —fue la respuesta.

Salieron en silencio. El abuelo parecía más tenso que de costumbre. Taciturno, casi hosco. Él había intentado interpretar sus deseos, para adaptarse a ellos, pero no había conseguido entender las señales. Lennart irradiaba una sensación nueva de reserva e introversión que el pequeño no había notado nunca. Decidió quedarse callado. Solía dar buen resultado.

Salieron de la ciudad y circularon por carreteras secundarias. Dieron muchas vueltas y a veces parecía como si volvieran a pasar por lugares que acababan de dejar atrás, pero él no hizo ninguna pregunta. No tenía la menor idea de dónde podían estar cuando de pronto Lennart torció por un camino que se adentraba en el bosque y terminaba en una casa de madera con base de piedra, en un claro entre los árboles. El tejado era verde, de chapa, y también lo eran los marcos de las ventanas.

Lennart apagó el motor y los dos se quedaron un momento en silencio, mirando la casa.

—¿Qué casa es ésa? —le había preguntado él.

—Es una casa de campo.

—¿Es tuya?

—No.

—¿De quién es?

—Eso no importa.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Ya lo verás.

Entonces se bajaron del vehículo y fueron hacia la casa. Era verano. El bosque olía justo como él sabía que debía oler el bosque los días calurosos y sin viento. Había algo de brisa que hacía susurrar la copa de los pinos, pero al pie de los árboles, donde estaban ellos, el aire caliente no se movía por lo espeso de la vegetación. Los insectos zumbaban. Le pareció vislumbrar el resplandor de un lago entre los árboles. ¿Irían a bañarse?

Una escalera de piedra con varios peldaños conducía hasta una puerta verde de madera, que Lennart abrió. Entraron en un pequeño vestíbulo. Las paredes estaban revestidas de paneles de madera. Había un estante para los sombreros en la pared y un mueble zapatero. Aunque en el vestíbulo no había abrigos colgados, ni zapatos en el suelo, tuvo la sensación de que no estaban solos en la casa. No vio a nadie ni oyó nada. Fue sólo una sensación. Le pareció ver una habitación más grande a la derecha y una cocina a la izquierda, pero Lennart abrió otra puerta justo a la izquierda de la entrada y por una escalera lo llevó directamente al sótano.

—¿Qué hay ahí abajo? —le había preguntado él.

—Tú limítate a bajar —había sido la respuesta.

Bajó la estrecha escalera, con paredes revestidas de listones de madera horizontales. Al final, una simple bombilla colgada de un cable iluminaba no sólo la escalera, sino también la pequeña habitación que se extendía al pie de los peldaños. Tenía más o menos la mitad de la extensión de la casa. Vigas de madera en el techo. Paredes de piedra. Sin ventanas. Ambiente frío y húmedo. Olía a moho y a algo más, un olor lejanamente metálico que entonces no reconoció. Había alfombras en el suelo. Aparte de eso, la habitación estaba vacía. No había dónde sentarse ni nada que hacer. Estaba a punto de preguntar de nuevo qué habían ido a hacer allí cuando oyó algo que sólo podían ser pasos en el piso de arriba. Más de una persona. Y más de dos. Parecía que tuvieran prisa. Como si arrastraran los pies con precipitación. Con más curiosidad que miedo, se volvió hacia Lennart, que se había detenido justo al pie de la escalera. Tenía la mano apoyada sobre un interruptor eléctrico muy antiguo que había en la pared. Sin decir ni una palabra, lo hizo girar. Tras un audible chasquido, la bombilla se apagó y el recinto quedó sumido en la oscuridad. Estaba tan oscuro que era imposible distinguir entre tener los ojos abiertos y tenerlos cerrados. Durante un instante, creyó ver una raya de luz en lo alto de la escalera y sombras que atravesaban poco a poco la franja iluminada para ser engullidas de inmediato por las tinieblas. Pero no estaba seguro. Todavía tenía grabada en la retina la imagen de la bombilla de brillo intenso, que lo confundía y lo distorsionaba todo. Parpadeó varias veces. Nada más que oscuridad. Sin embargo, se oían pasos en la escalera, de eso estaba seguro. Pasos y la respiración pesada y ansiosa de varias personas.

—Abuelo... —había dicho.

Pero nadie le había respondido.

En el coche, en el camino de vuelta a casa, Lennart se había comportado como siempre. Le había pedido perdón por haberlo asustado. No había sido más que un juego. Un chico mayor como él podía soportar un jueguecito de nada, ¿verdad? Él había asentido con la cabeza. Era cierto que había tenido miedo. Por los ruidos, por la oscuridad. Y no sólo eso... No sabía bien cuánto tiempo había estado de pie en medio de la oscuridad; pero cuando Lennart había vuelto a

encender la luz, la habitación estaba vacía. Ni rastro de los demás. En el coche, habría querido decir que no le había gustado el juego, que no le había gustado en absoluto, pero se quedó callado. Era mejor pensar que no había pasado nada. A la luz del día, dentro del coche, ni siquiera estaba seguro de que hubiera habido más gente. Quizá tan sólo había tenido miedo y se había imaginado cosas. No se atrevió a preguntárselo a Lennart. Pararon en un McDonald's y tomaron un helado. Después fueron a comprar otro videojuego. Cuando llegaron a casa, todo volvía a ser prácticamente como de costumbre. Había tenido miedo, pero el recuerdo empezaba a borrarse. Era casi como si lo hubiera soñado, como si nunca hubiera sucedido en la realidad. Después de los años pasados con su madre, estaba acostumbrado a adaptarse con rapidez a nuevas situaciones y estados de ánimo, promesas que se rompían y condiciones que variaban de repente. Había llegado a ser un maestro en el arte de olvidar y seguir adelante. También esa vez lo conseguiría.

Volvió a salir de paseo con Lennart. Al principio dudaba. No quería ir con él, pero las primeras veces fueron como siempre. Hacían cosas agradables y divertidas. El recuerdo se borró todavía más e incluso llegó a desaparecer. Era incapaz de acordarse de nada.

Hasta que volvieron a la casa de campo.

Unos meses después. A su pesar, se dirigió con Lennart hacia la casa de madera en el claro. Su abuelo lo llevaba de la mano. Casi lo arrastraba. Tenía las piernas pesadas. Le costaba respirar. Entraron una vez más en el vestíbulo, en el extraño silencio que sólo se produce cuando varias personas intentan permanecer inmóviles y no hacer ningún ruido. Le pareció sentir su proximidad en la habitación que no veía. Le pareció sentir que esperaban. El descenso de la escalera. La bombilla desnuda. Lennart junto al interruptor. La oscuridad. Los pasos rápidos y sigilosos en el piso de arriba. Esta vez no miró la bombilla antes de que se apagara y por eso pudo distinguir mejor y durante más tiempo la luz tenue que se filtró cuando se abrió la puerta del sótano. Eran personas, por supuesto. Iban desnudas. Con máscaras de animales. Vio con claridad un zorro y un tigre. ¿O se lo habría imaginado? No estaba seguro. Todo fue muy rápido. Tenía miedo. La puerta estuvo abierta solamente unos segundos. Después no hubo más que oscuridad.

Pasos.

Respiraciones.

—¿Quiénes son? —preguntó en voz baja cuando estuvieron otra vez en el coche, en el camino de vuelta a casa.

—¿Quiénes?

—Los de las máscaras.

—No sé de qué me hablas —fue la respuesta.

Después de la segunda vez, ya no quiso salir de paseo con Lennart. A ningún sitio. Nunca más. Se lo dijo a su padre, pero sin contarle la razón. ¿Podía dejar de salir con Lennart? Su padre no quiso ni oír hablar del tema. Era importante mantener buenas relaciones con su nueva familia. Lennart sólo tenía un nieto. Era normal que quisiera pasar ratos agradables con él. Debería alegrarse de que alguien estuviera dispuesto a ser su abuelo. Además, Lennart le prestaba mucha atención y le dedicaba mucho tiempo y dinero. Debería estar contento y agradecido.

Intentó explicar que no era un capricho. Pero daba igual lo que él quisiera. Tenía que ir. No había discusión. En realidad, no se sorprendió. Ni tampoco se entristeció. Debería habérselo imaginado. Con su madre pasaba lo mismo. Sus sentimientos no contaban.

Siempre era más importante lo que querían los demás.

Por eso siguieron los paseos. La mayoría se desarrollaban como de costumbre: actividades normales, entre personas normales. Pero de vez en cuando, con intervalos cada vez más breves, volvían a la casa de campo. Intentó descubrir si pasaba algo diferente en las horas o en los días previos a esas excursiones. ¿Tendría algo que ver con él? ¿Sería por algo que él hacía? ¿Sería culpa suya? Empezó a prestar cada vez más atención a todo lo que hacía, desde que se enteraba de que su abuelo iría a buscarlo hasta que se sentaban los dos en el coche. Si el paseo era divertido y normal, la vez siguiente intentaba repetir exactamente lo que había hecho. Si acababan en la casa de campo, entonces debía de haber cometido algún error. Todos los detalles adquirieron importancia: la manera de hacer la cama, la manera de doblar la ropa... Nada podía fallar. Se fijaba en la disposición de la comida en el plato, en el tiempo que dedicaba a lavarse los dientes... Un pequeño error, un mínimo desvío podía conducirlo a la oscuridad del sótano. Contaba los pasos desde su habitación hasta la cocina para ir a desayunar y cuidaba el orden en que guardaba sus cosas en la mochila de gimnasia. Su vida se volvió cada vez más maniática. Una noche, cuando los mayores creían que él estaba dormido, oyó que Sofía le hablaba a su padre de algo llamado «trastorno obsesivo-compulsivo».

Parecía preocupada. Su padre le prometió que hablaría con él.

Y así lo hizo varios días después. Le preguntó qué demonios le estaba pasando. Entonces, él se lo contó todo. Le habló de la casa de campo, de las personas que eran como animales y que al principio no hacían más que andar a su alrededor en la oscuridad y aterrorizarlo. Pero que últimamente hacían otras cosas. Se metían por todas partes. A su alrededor. Encima. Dentro.

Su padre no le creyó. ¿Personas como animales? Intentó explicarle lo de las máscaras, pero se confundió, empezó a tartamudear y sintió vergüenza. ¿Dónde estaba esa casa? No lo sabía. Parecía como si cada vez fueran por un camino diferente, y él se ponía muy nervioso cuando comprendía hacia dónde se estaban dirigiendo. Todo se volvía confuso. Pero sabía que estaba en el bosque. En un claro. Su padre lo agarró por los hombros. Con seriedad. No debía repetir nunca lo que acababa de decirle. ¿Lo había entendido bien? Nunca. ¿Por qué no podía dejar que las cosas siguieran su curso? ¿Por qué quería estropearlo todo ahora que por fin estaban bien en todos los sentidos? ¿No se daba cuenta de que estaba asustando a Sofía con su extraño comportamiento? ¿Qué pasaría si ella se cansaba y los abandonaba? ¿Qué harían entonces?

—No lo sé —contestó él.

—Pero yo sí lo sé —replicó su padre.

Le recordó cómo había sido antes su vida. Su madre, que también estaba enferma, se imaginaba cosas y veía la realidad deformada. Quizá lo suyo fuera hereditario. Si seguía así, era posible que tuvieran que encerrarlo a él también. ¿Era eso lo que quería?

Nunca volvió a contarle a nadie más lo que había pasado en la casa de campo.

Pero volvió a pasar.

Y no sólo una vez.

Acabó pocas semanas después de que cumpliera los dieciséis años, cuando Lennart murió. Pasó toda la ceremonia del entierro sonriendo y fantaseando que había sido él quien lo había matado.

El taxi se detuvo en Vasastan y Sebastian se bajó. Ellinor Bergkvist. El hombre alto ya la conocía, pero tendría que volver a informar sobre ella ya que Sebastian había reanudado el contacto. Echó un vistazo al reloj. Aunque Sebastian aún contara con tiempo de visitar a una o dos mujeres más, antes de que se hiciera demasiado tarde, él tenía que interrumpir obligatoriamente la persecución. Puso la primera y adelantó al taxi, que seguía parado. Esperaba poder decidir. De ser así, pensaba elegir a Anna Eriksson. El hecho de que Sebastian trabajara con su hija sería un premio añadido.

Sebastian subió por la escalera al apartamento de Ellinor. Dudó un momento antes de llamar al timbre. Sería rápido. Tenía que ser rápido. Esa mujer lo había cogido de la mano, lo había convencido para que se quedara a desayunar y le había enviado flores el día de su santo. No era por lo tanto una persona con quien Sebastian quisiera llegar a tener una gran amistad.

El plan era entrar, contarle lo que pasaba y marcharse.

Se lo diría en pocas palabras y directo al grano.

No debía dejarle margen para que pudiera malinterpretar el motivo de su visita, aunque estaba convencido de que ella aprovecharía cualquier oportunidad para sacar conclusiones equivocadas. Hizo una inspiración profunda y llamó. La puerta se abrió de par en par antes de que él despegara el dedo del timbre. Ellinor le estaba sonriendo.

—Te he visto por la ventana —le dijo mientras se apartaba para que él entrara—. Pasa. Te he echado de menos.

Sebastian suspiró al tiempo que reprimía el impulso de dar media vuelta y largarse. De salir huyendo y mandarlo todo al carajo. Pero no, estaba obligado a informarla. Por su propio bien.

Entraría, le contaría lo que pasaba y saldría.

Actuaría de acuerdo con su plan.

Entró en el vestíbulo.

—Yo no. No te he echado de menos. No he venido por eso.

—Pero, aun así, estás aquí —dijo Ellinor con un guiño travieso. Se inclinó por detrás de él para cerrar la puerta—. Deja ahí tus cosas —añadió, señalando el perchero de la pared.

—No voy a quedarme.

—Pero pasarás un momento, ¿no?

Ellinor lo miraba con expresión casi esperanzada. Sebastian reflexionó brevemente y llegó a la conclusión de que su mensaje no era algo que pudiera decirse de pie en el vestíbulo. Ni siquiera tratándose de Ellinor Bergkvist. No se quitó la chaqueta, aunque pasó al cuarto de estar. Vio una ventana rodeada de plantas, un tresillo, una mesa de café con un estante debajo para las revistas y una estantería con unos cuantos libros en una de las paredes. En los estantes había varios adornos, probablemente recuerdos de viajes al extranjero. Ninguna foto. A los lados de la puerta, dos macetas sobre sendos pedestales con plantas de grandes dimensiones.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó ella cuando él se sentó en el sofá.

—No.

—¿Seguro? ¿Un café?

—No.

—He comprado un café muy bueno desde la última vez que estuviste aquí, y una de esas cafeteras con émbolo.

Empujando hacia abajo con la mano derecha le ilustró el movimiento del filtro dentro de la cafetera.

—No quiero café, gracias. Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

¿Había expectativa en su tono de voz? ¿Era esperanza lo que expresaba su leve sonrisa? Sebastian no tenía la menor idea de lo que ella esperaba que le dijera, pero tampoco pensaba esforzarse por averiguarlo. Hizo una inspiración profunda y empezó el discurso que llevaba preparado.

Cuatro mujeres habían muerto. *(Sí, ella ya lo había leído en el periódico.)*

Las cuatro tenían algo en común: haber mantenido relaciones sexuales con Sebastian. *(¡Qué coincidencia!)*

Era posible que alguien lo estuviera siguiendo, por lo que existía cierto riesgo de que el asesino estuviera al corriente del breve encuentro que había tenido con ella. *(¿Qué quería decirle con eso?)*

Podía estar en peligro.

Ellinor se sentó en uno de los sillones y se lo quedó mirando seriamente.

—¿Quieres decir que podría venir aquí?

—Hay cierto riesgo, sí.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Lo mejor sería que te fueras a casa de alguien. Vete y desaparece por un tiempo.

Ellinor entrelazó las manos sobre las rodillas y pareció reflexionar acerca de lo que acababa de oír. Sebastian esperó. Lo mismo que con Anna Eriksson, antes de despedirse quería estar seguro de que Ellinor comprendía la gravedad del caso y de que realmente pensaba irse por un tiempo.

—¿A casa de quién quieres que vaya?

La pregunta sorprendió a Sebastian. ¿Cómo iba a decírselo él? No sabía nada de Ellinor, aparte de lo que había averiguado después de la conferencia sobre el tenor Jussi Björling, y aquella noche no se le había pasado por la mente preguntarle con quién se mudaría si de repente se viera obligada a marcharse de su casa. Ella sabía que él no podía saberlo. Sin embargo, se lo preguntaba. A él le molestó, por supuesto.

—¿Y yo qué sé? Tiene que haber alguien.

—No sé...

Ellinor guardó silencio y Sebastian se levantó. Ya había cumplido con su deber. La había advertido. Lo que hiciera ella con esa información no era asunto suyo. Aun así, se dio cuenta de que sentía un poco de pena por Ellinor. Su pregunta revelaba que no tenía nadie a quien pudiera dirigirse sin pensárselo dos veces en caso de necesidad. ¿De verdad estaba tan sola? Sebastian no lo sabía y, en el fondo, tampoco le importaba. Pero ¡ella parecía tan pequeña ahí sentada al borde del sillón con las manos entrelazadas!

—En el peor de los casos, puedes irte a un hotel.

Ellinor asintió en silencio. Sebastian reflexionó un momento. ¿Podía marcharse sin más? Desde luego, no había unas normas protocolarias establecidas sobre el tiempo que debía quedarse uno de visita después de anunciarle a alguien que su vida corría peligro. Y, en caso de haberlas, se habría limpiado el culo con ellas. Pero ¿debía quedarse y aceptar un café? Ella podría malinterpretarlo. Podría ver en su gesto más de lo que había en realidad. Sebastian no quería alentar bajo ninguna circunstancia los sentimientos que ella pudiera albergar hacia él. Ya había terminado lo que había ido a hacer. Con suerte, no tendría que verla nunca más. ¿Para qué prolongar el encuentro? ¿Por ella? Media hora en la cocina no iba a convertirla en una persona menos sola de lo que era. Descartó el café. Seguiría el plan.

—Tengo que irme.

Ellinor volvió a asentir y se levantó.

—Te acompaño a la puerta.

Salieron al vestíbulo. Sebastian abrió la puerta y se detuvo. Sentía que debía decirle algo, pero no sabía muy bien qué. Advertirla otra vez habría sido inútil. Ella ya había comprendido la gravedad de la situación. Lo notaba en su cara. Empezó a bajar la escalera y, cuando ella cerró la puerta, oyó el ruido de la cadena de seguridad.

En cuanto Sebastian se hubo marchado, Ellinor se apoyó contra la puerta y sonrió para sus adentros. El corazón le latía deprisa y las piernas le temblaban un poco. ¡Había vuelto! ¡Claro que había vuelto! Fue al cuarto de estar y se sentó en el sofá, en el lugar que acababa de abandonar Sebastian. Todavía conservaba el calor de su cuerpo. Sintió una calidez que se difundía en su interior y no sólo por la tibieza que había dejado él, sino también por su consideración y su amabilidad. Todos esos consejos de que no dejara entrar a nadie en casa y de que tuviera cuidado con los desconocidos no podían significar más que una cosa. Eran una manera indirecta de pedirle que no viera a nadie más y de decirle que sólo le pertenecía a él.

Se apoyó en el respaldo del sofá. Le pareció distinguir su aroma. Era tímido. ¿Quién lo hubiera dicho? Lo disimulaba muy bien debajo de una apariencia brusca y hasta grosera. Ella le había dado un par de oportunidades de decir lo que realmente quería, de expresar el verdadero motivo de su visita, pero no había sido capaz. En lugar de eso, se había inventado una historia de suspense. Cualquier cosa con tal de retenerla.

No puedes quedarte.

Tienes que mudarte a otro sitio.

Ellinor había tenido que esforzarse para mantenerse seria y seguirle el juego. En realidad, habría querido levantarse del sillón, correr a abrazarlo, sacudirlo por los hombros y decirle que lo había comprendido, que era suya. Pero prefirió dejar que él lo hiciera a su manera. Como él quería. Volvió a sonreír para sus adentros. Le parecía adorable que le costara tanto hablarle y decirle que la quería sólo para él. Pero ella lo entendía. Lo entendía perfectamente. Eran almas gemelas. Por eso podía comprenderlo. Cerró los ojos y disfrutó del simple hecho de estar sentada en el lugar que había ocupado él. Podía permitirse unos minutos de satisfacción.

Ursula se sumergió en el agua caliente, apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos. Intentó relajarse. Tenía que relajarse. Había sido un día abrumador, por decirlo suavemente. El caso había dado un giro que nadie habría podido prever. Las nuevas circunstancias no habían dejado indiferente a nadie del equipo, pero Ursula era la más afectada de todos.

La conexión con Sebastian había reabierto heridas que le había costado mucho cerrar y había revivido historias que le había llevado mucho tiempo empujar al olvido. Estaba tensa e inquieta.

De repente, se sobresaltó. ¿Había oído un ruido? ¿Provenía del piso de abajo? Se quedó inmóvil en el agua, prestando atención, pero no oyó nada más.

Imaginaciones.

Fantasmas.

Micke no estaba en casa. Había salido a cenar con unos clientes. Quizá regresara tarde. Era lo más probable. No le había pedido que lo acompañara. Casi nunca lo hacía. Las cenas de negocios de Micke no eran de las que requieren la presencia de la esposa, y ella se alegraba de que fuera así. No sentía especial interés por el trabajo de su marido. Sabía que los negocios le iban bien y que disfrutaba con lo que hacía. Pero no necesitaba saber nada más.

Cuando había llegado a casa, todavía estaba hambrienta. Se había servido un plato de yogur con cereales y se había preparado un sándwich de queso y pimientos con pan danés de centeno. Después de comer, había sacado una cerveza del frigorífico y se había sentado a ver la televisión, pero no había podido concentrarse. Sebastian Bergman. No podía dejar de pensar en él. En los dos. Inquieta, había apagado el televisor y había decidido darse un baño caliente y relajante. Antes de subir al cuarto de baño, había comprobado que todas las puertas estaban cerradas con llave y que todas las ventanas estaban bien aseguradas. Metió en la bañera una bomba de baño efervescente con aceites esenciales y abrió el grifo. Mientras la bañera se llenaba, volvió a su habitación, se desnudó y se puso el albornoz. De camino al baño, dudó un momento y estuvo a punto de descartar la idea. ¡Era una locura! Aun así, cogió su arma reglamentaria y se la llevó. Ahora la tenía al lado, sobre la tapa del váter. Podía alcanzarla con facilidad, antes de que alguien consiguiera forzar la puerta del baño, que estaba cerrada con pestillo. Intentó rechazar esos pensamientos.

Tonterías.

Nadie iba a ir allí. No corría peligro. Estaba a salvo por la sencilla razón de que nadie, absolutamente nadie, podía saber que Sebastian y ella habían tenido una relación. Lo habían llevado todo con mucha discreción. Una sola persona sabía que habían sido algo más que

compañeros de trabajo en aquella época. Su hermana Barbro. Ella y su marido Anders eran los únicos con los que Ursula y Sebastian solían relacionarse fuera de la oficina.

Un día de verano, mientras ponían la mesa en la terraza, Barbro se lo había preguntado abiertamente.

—¿Qué hay entre Sebastian y tú?

Ursula había echado una mirada rápida hacia Anders y Sebastian, que estaban en el jardín, junto a la barbacoa, cada uno con una cerveza en la mano. Demasiado lejos para oírlas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho: ¿qué hay entre Sebastian y tú?

—Somos compañeros de trabajo. Nos caemos bien.

—¿Te acuestas con él?

Ursula no respondió, lo que por supuesto ya fue de por sí suficiente respuesta.

—¿Qué piensas hacer con Micke? —le había preguntado Barbro, en el mismo tono de voz que habría utilizado para hablar del tiempo, mientras seguía colocando los cubiertos.

—No sé.

—¿Cuándo estuviste en Linköping por última vez?

—Este último fin de semana no, el anterior.

En ese momento, Klara, la hija de Barbro, que entonces tenía ocho años, salió de la casa y fue hacia ellas con una ensaladera en las manos. Barbro cogió la ensaladera y se puso a acariciarle la cabeza a su hija sin dejar de mirar a Ursula.

—Gracias, cielo.

Entonces, Klara volvió a entrar en la casa.

—¿Crees que soy una mala madre?

—Lo único que creo es que deberías terminar una cosa antes de empezar la siguiente.

No habían vuelto a hablar del asunto. Ni durante el resto de la noche ni más adelante. Nunca más. Ursula había pensado bastante en aquella conversación en los días posteriores. ¿Por qué no rompía con Micke? Lo que estaba viviendo con Sebastian era diferente de todo lo que había conocido hasta ese momento. Era mucho más que sexo. Sebastian era muy inteligente y apreciaba que ella también lo fuera. No eludía los conflictos. Mentía cuando le convenía. Procuraba mantener siempre cierta distancia con la gente, también con ella. Era lo más parecido a ella misma que había conocido.

Sebastian era como ella.

Era un desafío.

Lo quería, pero no estaba segura de que el sentimiento fuera mutuo. Pasaban mucho tiempo juntos, aunque no siempre. Ella habría deseado verlo más tiempo y más a menudo de lo que él estaba dispuesto a aceptar. Se iban a la cama, pasaban la noche en casa de él o de ella, pero nunca hablaban de vivir juntos. Nunca mencionaban un futuro compartido. ¿Por eso no había roto con Micke? Romper con su marido habría cambiado la situación. Mientras estuviera casada y volviera periódicamente a su casa en Linköping, no podía haber entre Sebastian y ella más de lo que había. Pero ¿qué sucedería si de pronto quedaba libre y podía hablar de sus anhelos y de sus sentimientos? A la vez quería y no quería averiguarlo. Estaban bien con esa situación y ella

intentaba convencerse de que así era, aunque en el fondo deseaba algo más permanente. Más compromiso. Pero si ella lo exigía, ¿la abandonaría Sebastian? Era un riesgo.

Durante el otoño, sus encuentros con Sebastian se espaciaron. Micke empezó a tener más trabajo y más dificultades para atender todas las obligaciones familiares. Desde hacía unos meses, había vuelto a beber más de la cuenta. Era necesario que Ursula volviera a casa, de modo que pidió una baja temporal y regresó con su familia. Una vez allí, descubrió los efectos que su ausencia había causado en su relación con Bella. A veces tenía la impresión de que su hija la miraba como a una extraña, como a alguien que hubiera llegado para resolver la situación, hasta que su padre estuviera en condiciones de volver a ocuparse de todo. Micke pasaba fuera la mayor parte del tiempo. Era su comportamiento habitual cada vez que recaía. No quería que nadie lo viera en ese estado y menos aún Bella. Ursula hizo todo lo que pudo para ocuparse de la casa y reparar su relación con su hija, pero ansiaba marcharse. Empezó a recurrir cada vez más a la ayuda de los abuelos. Ponía como excusa su trabajo y volvía a Estocolmo y a Sebastian. Pero algo había cambiado entre ellos. Era difícil saber qué con exactitud, pero ya no era lo mismo. ¿Sería porque se veían menos a menudo? ¿O había otra razón? La tercera vez que volvió a Estocolmo se fue con la nítida sensación de que él le estaba siendo infiel.

Ursula ya sabía cómo era Sebastian. Su fama de mujeriego era conocida. Pero ella realmente creía ser suficiente para él. Tenía esa esperanza. Sin embargo, no pensaba contentarse con sus impresiones ni con la palabra de Sebastian. Después de todo, ella era la mejor técnica criminalista de toda Suecia.

Tras pasar una noche en casa de Sebastian, sacó una sábana de la cesta de la ropa sucia que tenía huellas evidentes de actividad sexual. Se la llevó a su anterior lugar de trabajo en Linköping y le pidió a uno de sus antiguos compañeros que le hiciera un favor. Necesitaba unos análisis de ADN. Su colega comprendió casi de inmediato que no se trataba de ninguna investigación policial y no quiso involucrarse, pero no se opuso a que Ursula utilizara el laboratorio. Si quería hacer el análisis, podía hacerlo ella misma. Y eso hizo. Fue sencillo.

Para disponer de ADN de Sebastian había cogido unos pelos de su peine.

Los resultados del análisis confirmaron que uno de los rastros de ADN presentes en la sábana pertenecían a Sebastian, como era de esperar. Pero el otro coincidía solamente en parte con el ADN de Ursula. Con creciente horror, Ursula comprendió lo que eso significaba.

Lo que tenía delante parecía un ejemplo sacado de un libro de texto sobre técnicas forenses. Cuando dos perfiles de ADN no coinciden con exactitud, pero presentan muchas similitudes, es posible que haya un parentesco. Cuanto más cercano es el parentesco, más semejantes son las muestras de ADN.

Las muestras que estaba viendo eran muy parecidas.

Como pueden serlo las de dos hermanas.

Fue a ver a Sebastian, se lo dijo y él lo admitió enseguida. Sí, se acostaba con Barbro. Como se apresuró a recordarle, Ursula y él nunca se habían prometido fidelidad. Ella había estado casi todo el tiempo fuera de la ciudad durante los últimos meses. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que viviera en celibato?

Entonces, ella se marchó.

Quizá hubiera podido soportar que le fuera infiel con una desconocida, con cualquier otra mujer. Probablemente lo habría superado. Pero no con Barbro. No con su hermana.

Nada más salir de la casa de Sebastian, había puesto rumbo a Mälarhöjden. Toda la familia estaba en casa cuando entró en tromba y le echó en cara a Barbro lo que había averiguado. ¿De modo que era preciso terminar una cosa antes de empezar la siguiente? Barbro lo había negado todo, pero Ursula sacó a relucir las pruebas de ADN. Anders se enfureció. Klara y Hampus se pusieron a llorar. Barbro no sabía qué hacer y se debatía entre tratar de explicárselo a Anders, consolar a los niños e insultar a Ursula. Cuando Ursula se marchó, la casa de su hermana era un caos. Nunca más había vuelto a verla. Después se enteró, por sus padres, de que Barbro y Anders se habían divorciado, y de que su hermana se había mudado, pero no sabía adónde. Tampoco quería saberlo. No pensaba perdonarla.

Había vuelto a Linköping. Volvió con Bella y con Micke, que a partir de entonces empezó a recuperarse. Hablaron de su situación y, al final, Ursula consiguió que toda la familia se mudara a Estocolmo. Le gustaba mucho su trabajo y no pensaba dejarlo solamente porque Sebastian Bergman fuera un cerdo. Podía seguir trabajando con él. Se aseguraría de que así fuera.

Regresó a Estocolmo con cierta antelación y fue a verlo. Le explicó cómo estaban las cosas. Le dijo que seguirían trabajando juntos, que lo odiaba y que detestaba lo que había hecho, pero no pensaba renunciar a su trabajo por su culpa. No podía permitir que destruyera nada más en su vida. Le aseguró que lo mataría si se le ocurría hacerle la menor insinuación a alguien de que alguna vez había habido algo entre ellos dos. Lo decía completamente en serio. Sebastian había reaccionado con inusual docilidad. Le había prometido que no diría nada y había mantenido su promesa. No le había mencionado a nadie su relación, al menos que ella supiera. Micke y Bella se habían mudado a Estocolmo y la vida había seguido. Las cosas habían funcionado. La familia, el trabajo... Y nadie se había alegrado tanto como ella el día que Sebastian había dejado su puesto en la Unidad de Homicidios, en 1998.

Pero había regresado.

Y ni siquiera un baño caliente con aceites esenciales conseguía relajarla.

Tenía un arma cargada sobre la tapa del váter.

Y había vuelto a pensar en cosas que llevaba muchos años tratando de olvidar.

Sí, Sebastian Bergman había regresado.

De la peor manera posible.

Como era verano, todavía era de día y hacía calor, pero los reclusos del pabellón de máxima seguridad ya empezaban a prepararse para la noche, como de costumbre. Algunos habían vuelto a sus celdas, pero otros todavía estaban en la sala común. A las siete en punto se cerraban las puertas. Demasiado pronto, habían pensado al principio los internos cuando la dirección les redujo en dos horas del tiempo que podían permanecer fuera de sus celdas, aunque las protestas habían sido en vano. Edward solía ser el último en pasar por los lavabos y las duchas, pero esa vez no estaba solo. Lo acompañaba el nuevo, que todavía no había asimilado las rutinas del pabellón y había entrado en la sala a las siete menos cuarto, por dos días consecutivos. Su conducta era desafiante y Edward ya había decidido demostrarle, cuando llegara el momento oportuno, que a esa hora del día el baño era suyo y nada más que suyo. Los veteranos ya lo sabían y por eso abandonaban la sala sin decir ni una palabra siempre que él entraba. Hinde estaba delante del espejo lavándose la cara con mucho cuidado. En el cuarto de baño había una docena de lavabos alineados delante de un espejo de cristal irrompible que se extendían a lo largo de toda la pared de baldosas. Al otro lado, un poco más abajo, estaban las duchas y los retretes. Edward contempló en el espejo su cara mojada, sin dedicar ni una mirada a los dos guardias que se habían acercado.

—Dentro de quince minutos cerramos las celdas —anunciaron, asomándose brevemente por la puerta del baño antes de continuar hacia la sala común para hacer el mismo anuncio a los que seguían allí.

Todas las tardes era lo mismo y Edward ya no los escuchaba. Su cuerpo tenía asimiladas las rutinas y sus horarios con un margen de medio minuto. No le hacía falta consultar ningún reloj. Sabía con exactitud cuándo tenía que despertarse, comer, leer, defecar, caminar, hablar y lavarse. Lo único positivo era que la absoluta semejanza de cada día con el siguiente le dejaba tiempo libre para concentrarse en lo importante, en lo que realmente tenía sentido, y no en las actividades cotidianas, que podía realizar de manera automática.

Extrajo la afeitadora eléctrica negra. Era una de las pocas cosas que todavía lo sacaban de sus casillas. Habría querido afeitarse de verdad, pero las maquinillas y las navajas estaban del todo prohibidas en el pabellón de máxima seguridad. Soñaba con el día en que pudiera sentir otra vez sobre la piel el canto afilado de la hoja de afeitar, para pasársela sobre la recia barba incipiente que se obstinaba en salirle cada día. Eso sería la libertad. Poder usar otra vez un instrumento afilado. Era lo que más echaba de menos. La sensación del acero en la mano.

Encendió la afeitadora.

Por el espejo vio que los guardias apagaban el televisor colgado de la pared y señalaban a los tres que aún remoloneaban en los sofás de la sala común que ya era hora de retirarse. Eran los mismos tres de siempre. Se levantaron sin decir nada y por el largo pasillo se dirigieron hacia sus celdas. Detrás de ellos, se oyó el ruido de los cerrojos al abrirse de la única puerta de entrada y salida. Entró el limpiador, como siempre a esa hora. Los reclusos limpiaban sus celdas, pero para el mantenimiento de las áreas comunes se había subcontratado a una empresa: Limpiezas, S. L. Durante mucho tiempo, los internos también habían tenido la obligación de mantener limpias las zonas comunes, pero las reglas habían cambiado diez años atrás cuando había estallado un violento conflicto sobre quién debía hacer qué y dos de los presos habían resultado gravemente heridos. Desde entonces, una empresa se ocupaba de la limpieza, aunque siempre después del cierre de las celdas. El limpiador, un tipo alto y delgado de unos treinta años, entró empujando un carro metálico y saludó a los guardias con una inclinación de la cabeza cuando se cruzó con ellos en el pasillo. Ellos también lo saludaron con una sonrisa. Lo conocían desde que había empezado a limpiar el pabellón, varios años atrás.

El limpiador empujó el carro hasta el cuarto de las duchas, donde solía empezar su trabajo, y se situó a una distancia prudencial a la espera de que Edward y el nuevo salieran del baño. Todo dentro de la rutina. Todos los internos debían estar dentro de sus celdas, con las puertas cerradas y aseguradas con cerrojo, antes de que empezara la limpieza. El hombre se apoyó contra la pared y esperó. Los guardias llegaron unos minutos después y se asomaron para ver quién quedaba en el baño.

—¡Fuera de ahí, vosotros dos! Es la hora del cierre.

—Todavía faltan dos minutos para las siete —replicó Hinde, pasándose la mano por las mejillas recién afeitadas.

Sabía exactamente la hora que era. No les dedicó a los guardias ni siquiera una mirada.

—¿Cómo sabes qué hora es si no tienes reloj?

—¿Me he equivocado?

Edward distinguió un movimiento en el espejo. Uno de los guardias echaba un vistazo a su reloj.

—A ver si hablas menos y te das más prisa.

Eso significaba que había acertado. Edward sonrió entre dientes. Las 18.58. Le quedaba poco más de un minuto. Guardó la afeitadora en el neceser marrón claro, cerró la cremallera y volvió a lavarse la cara por última vez. El recluso nuevo seguía en el baño y no parecía que fuera a marcharse. Era en extremo irritante. Edward detestaba a la gente que no respetaba los horarios. En cualquier momento, los guardias regresarían para prevenirlos, pero Edward se les adelantó. Con el agua aún cayéndole por la cara, se volvió y salió del cuarto de baño. Se dirigió hacia el carro de la limpieza y saludó al limpiador.

—Hola, Ralph.

—Hola.

—¿Qué tiempo hace hoy?

—Como ayer. Calor.

Edward miró la pila de toallas de papel que pronto Ralph metería en los soportes de plástico

del baño. Las señaló con la cabeza.

—¿Puedo coger unas toallas?

Ralph asintió con indiferencia.

—Claro.

Edward se inclinó hacia delante y cogió tres toallas de papel de lo alto de un montón. Al mismo tiempo, los guardias avanzaron unos pasos. No se dirigieron a él, sino al nuevo recluso.

Las seis y cincuenta y nueve.

—Vamos, date prisa. ¡Te queda un minuto!

Se apostaron en la puerta, con la espalda muy erguida, para demostrar quién mandaba en la cárcel. Edward no les prestó atención. Ya iba camino de su celda.

Las seis y cincuenta y nueve y treinta segundos.

A su espalda, oyó que los guardias entraban a grandes zancadas en el cuarto de baño. Esperaba que le dieran un escarmiento al tipo que seguía allí dentro. Algo que le hiciera daño. El dolor era la mejor manera de aprender las cosas, como él sabía por experiencia. No había nada que superara al dolor. Pero estaban en Suecia. Y en Suecia nadie se atrevía a hacer uso del dolor. Seguramente, se limitarían a hacerle una advertencia. Le reducirían el tiempo de patio o le suprimirían algún otro privilegio. Hinde se estaba temiendo que tendría que ser él quien se ocupara de enseñarle modales al tipo nuevo. Los guardias no harían nada. Se convenció todavía más cuando oyó que empezaban a discutir a gritos. Con sus tres toallas de papel en la mano, entró en la celda.

A la hora exacta.

Las siete.

La puerta se cerró tras él.

Se sentó en la cama y apoyó con cuidado las toallas de papel sobre la mesilla de noche. Le encantaban esos momentos, cuando las rutinas de Lövahga cedían el paso a las suyas propias. Dos horas más tarde, podría empezar. Muy despacio, extrajo la toalla del centro y la desplegó. Estaba lleno de expectativas. Debajo del doblez, escrito con un trazo muy suave en lápiz, podía leerse:

5325 3398 4771

Doce dígitos para la libertad.

El último punto de su lista era localizar a Trolle y pedirle que abandonara la investigación. Sebastian lo había llamado desde el trabajo y también más tarde, con el móvil, pero había pasado todo el día y aún no había conseguido hablar con él. Una vez más, dejó sonar el teléfono un buen rato. Empezaba a preocuparse. La sola idea de que más pronto o más tarde Torkel se pusiera en contacto con su antiguo colega le helaba la sangre. Después de todo, Trolle había sido uno de los mejores policías que habían participado en la investigación de Hinde en los años noventa. A su manera, Torkel lo respetaba. No como persona, ya que eran demasiado diferentes, sino como profesional. Se podían decir muchas cosas de Trolle, pero nadie podía negar que era hábil e inteligente y que conseguía resultados. Antes o después, Torkel querría hablar con él, sobre todo si el caso seguía en punto muerto. Así funcionaba un buen trabajo policial. Había que levantar una piedra tras otra, establecer prioridades, empezar por lo que parecía que guardaba más relación con el caso y seguir a partir de ahí, alejándose cada vez más de lo obvio, hasta agotar las posibilidades, y entonces empezar de nuevo. Trolle no era la pista más evidente, pero cualquier buen policía llegaría tarde o temprano a la conclusión de que merecía la pena tener una conversación con él, y Torkel era un buen policía. De hecho, era uno de los mejores. En algún momento del futuro cercano, querría levantar la piedra de Trolle y mirar qué había debajo. Y cuando lo hiciera, los muros de contención se agrietarían de forma catastrófica y las verdades que Sebastian había intentado ocultar irrumpirían de forma incontenible y lo destrozarían todo.

Porque Trolle Hermansson no era de fiar.

Si Sebastian había recurrido a él era precisamente porque no tenía escrúpulos ni miramientos morales. Para él sería una auténtica fiesta poder revelarle a Torkel, y más todavía a Vanja, que Sebastian Bergman lo había contratado para buscar mierda en el pasado de los padres de su colega. Se divertiría contándolo. Sebastian no podía correr ese riesgo.

Tras una nueva llamada sin respuesta, decidió ir a verlo. El hecho de que no contestara no significaba necesariamente que no estuviera en casa. Cogió un taxi. Notó que ya no hacía tanto calor y abrió la ventanilla para que entrara un poco de aire fresco. La calle estaba llena de gente con ropa ligera. La ciudad palpitaba de vida en esas tibias noches de verano. Todos parecían jóvenes y felices, y paseaban en pareja o en grupos. Sebastian se preguntó dónde se meterían los solitarios y los deprimidos cuando llegaba el verano.

Cuando ya casi había llegado y se estaba preparando para bajarse del taxi, divisó a Trolle en la acera de enfrente. Era difícil no verlo, porque llevaba puesto un grueso abrigo negro. La mayoría de la gente que Sebastian veía por la calle iba sin ropa de abrigo, o con una chaqueta

ligera de colores claros. Pero Trolle parecía pertrechado para resistir las inclemencias del invierno. Enseguida, Sebastian le ordenó al taxista que parara y le arrojó unos cuantos billetes de cien. Salió de forma precipitada del taxi, sin esperar la vuelta, y corrió hacia Trolle, que unos cientos de metros más adelante ya estaba girando por Ekholmsvägen y se perdía de vista. Parecía dirigirse a su casa. Sebastian aceleró para tratar de alcanzarlo. Hacía tiempo que no obligaba a trabajar tanto el corazón y las piernas. La sensación de frescor que había experimentado en el taxi se evaporó en cuestión de segundos. Estaba sudando y jadeando cuando dobló la esquina de Ekholmsvägen y vio a Trolle que entraba en su portal. Se detuvo para recuperar el aliento. Ahora que ya sabía dónde estaba Trolle, se dijo que lo más importante, por cuestiones tácticas, era no parecer demasiado tenso ni ansioso cuando hablara con él. Esperó unos minutos más hasta recuperarse y entonces se dirigió al portal.

Trolle le abrió la puerta después de apenas dos timbrazos. Parecía mucho más fresco y despejado que la última vez que se habían visto, pero el apartamento a su espalda estaba igual de oscuro y desprendía el mismo olor desagradable. De nuevo se empezó a difundir por el rellano.

—Ya he visto en el teléfono que me has estado llamando. Justo ahora te iba a llamar —empezó a decir.

Sorprendentemente, se apartó para dejar pasar al visitante.

—Tenemos que hablar —dijo Sebastian.

—Ya lo sospechaba. Nueve llamadas perdidas tenían que significar algo.

Sebastian intentó sonreír con despreocupación cuando vio el interior oscuro del pequeño apartamento, un piso de dos habitaciones que con toda seguridad había conocido tiempos mejores. Había periódicos, ropa y residuos diversos esparcidos por todas partes. Las persianas estaban bajadas, no había cortinas en las ventanas y las paredes estaban desnudas por completo. Olía a tabaco, a basura vieja y a suciedad acumulada. Trolle lo hizo pasar al cuarto de estar. La única iluminación procedía del televisor, que estaba encendido pero sin volumen, y mostraba un programa de cocina con la participación de algunos famosos. Todo el mobiliario consistía en un sofá, que probablemente era el lugar donde Trolle solía dormir, y una mesa baja con tapa de cristal, que en otra época había debido de costar una buena cantidad de dinero, pero se había convertido en depósito de botellas de vino, cajas de pizza y un cenicero rebosante de colillas. Por encima del sofá había manchas amarillentas de nicotina en el techo. Trolle se volvió hacia Sebastian, notó su mirada crítica y abrió los brazos en un gesto de disculpa.

—Bienvenido a mi mundo. En otros tiempos, vivía en una casa bonita de dos plantas en una zona residencial de las afueras. Ahora vivo aquí. La vida está llena de sorpresas, ¿verdad?

Tras echar un vistazo a su alrededor, Trolle se acercó al sofá y apartó a un lado la ropa sucia.

—Siéntate. He descubierto un par de cosas para ti. Buen material. —Sonrió de una manera que sólo podía describirse como malintencionada—. Material de primera.

Sebastian, que había permanecido de pie, negó con la cabeza.

—Ya no quiero nada de eso. He venido para decirte que lo dejes.

—Primero léelo. Antes de decidir. —Trolle se inclinó y recogió del suelo, junto al sofá, una

bolsa blanca del supermercado Ica, que parecía que contenía unos cuantos papeles. Se la tendió a Sebastian—. Toma, aquí tienes.

—No quiero verlo. Destrúyelo.

—Léelo. No te llevará más de media hora y será un tiempo bien invertido.

A su pesar, Sebastian aceptó la bolsa. No podía pesar más de medio kilo, pero la sintió mucho más pesada en su mano.

—De acuerdo. Pero quiero que lo dejes. Te daré el dinero, pero antes tienes que prometerme que nunca le hablarás a nadie de este encargo. Tú y yo ni siquiera nos hemos visto.

Pese a la relativa oscuridad del apartamento, Sebastian creyó distinguir un brillo de interés en los ojos de Trolle. Era un mal presagio.

—¿Por qué? ¿Quién puede preguntarme? —Trolle lo miraba con curiosidad—. ¿Qué está pasando, Sebastian?

—Nada. Solamente quiero que me prometas que no se lo contarás a nadie.

—Podría prometértelo —replicó Trolle encogiéndose de hombros—, pero ya me conoces. Para mí las promesas no significan mucho.

—Te pagaré el doble.

Trolle negó con la cabeza, desvió la mirada y lanzó un ruidoso suspiro.

—Yo te he ayudado, ¿y ahora tú quieres comprarme? ¿Por quién me tomas? Creía que éramos amigos.

—Si eres mi amigo, entonces prométeme que no dirás nada. Y mantén la promesa —replicó Sebastian con amargura.

—¿Por qué mejor no me cuentas la verdad?

—Si alguien se enterara, sería una catástrofe para mí. Una catástrofe total.

Sebastian miró suplicante a Trolle, que lo contempló con desdén.

—¿Por qué? ¿Quién es esa Vanja? ¿Por qué la sigues? ¿Quién puede venir a preguntarme? Quiero saberlo. —Por primera vez, Trolle parecía sincero—. Cuando lo sepa, dejaré de investigar. Pero no antes.

Sebastian lo miró. Hiciera lo que hiciese, estaba perdido. Si le mentía, se arriesgaba al desastre, porque era posible que Trolle decidiera contárselo todo a Vanja por pura maldad. Si le decía la verdad, nunca más volvería a sentirse seguro, pero quizá pudiera disponer de un poco más de tiempo.

—Bueno, ¿qué decides? —lo apremió Trolle.

Sebastian estaba pensando de modo febril. Todavía quedaba por ver el contenido de la bolsa blanca de Ica. En su interior estaba lo que Trolle había descubierto. Era posible que ya supiera la verdad. Una mentira podía empeorar aún más las cosas. Se decidió a hablar.

—Es mi hija. Vanja es hija mía.

Enseguida notó que Trolle no lo sabía.

Pero ya no le quedaba nada más que ocultar, de modo que lo contó todo.

Absolutamente todo.

Se desnudó ante Trolle.

Cuando terminó, lo invadió la paz. Se sintió mejor y más tranquilo. Hasta la bolsa del

supermercado, que aún tenía en la mano, le pareció más ligera. Los secretos le estaban resultando una carga más pesada de lo que creía.

Trolle lo estaba mirando en silencio.

—Joder... ¡Vaya historia! —dijo por fin, hundiéndose en el sofá.

Pareció reflexionar un momento. Después, levantó la vista hacia Sebastian y le habló en un tono del todo diferente, sin la exasperación de antes.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Deberías alejarte de ella. Déjalo, no hagas nada más. Sólo puede acabar mal.

Había sinceridad en las palabras de Trolle, y Sebastian la supo apreciar. Asintió con la cabeza.

—Puede que tengas razón.

—Mírame —prosiguió Trolle—. Yo no lo dejé. No quise escuchar a nadie.

Guardó silencio y desvió la vista hacia la repisa de la ventana, donde había una fotografía enmarcada. Dos niños, una niña y, en el centro, una figura de mujer tachada con rotulador negro.

—Ahora lo único que me queda de ellos es esa foto. Nada más.

Sebastian no respondió, pero miró a Trolle con afecto.

—Si intentas luchar demasiado, terminas destruyéndolo todo —añadió Trolle en voz baja, casi para sí mismo.

Sebastian se acercó al sofá y se sentó a su lado. Durante un instante, sopesó la posibilidad de hacerle ver a Trolle que había una pequeña diferencia entre seguir a alguien desde lejos y tratar de mandar a la cárcel al nuevo novio de su mujer por poseer narcóticos y secuestrar a sus hijos, pero se abstuvo. Trolle había bajado la guardia y no habría estado bien aprovecharse.

—No se lo he contado a nadie más —dijo en cambio.

—Te entiendo.

Lo que hizo Trolle a continuación fue una sorpresa para Sebastian. Lo cogió de la mano. Se trató de un gesto de amistad y consuelo. Se miraron un momento y enseguida Trolle se levantó de forma impetuosa del sofá. Su pesado cuerpo volvía a estar lleno de energía.

—Si te estaban siguiendo, como dices, entonces los has conducido a casa de Anna Eriksson.

¡Claro! Y, sin embargo, ni siquiera lo había pensado. Cuando Torkel le sugirió que advirtiera del peligro a algunas de las mujeres con las que se había acostado, le había querido decir que lo hiciera por teléfono, por supuesto. Pero, por alguna razón, después de la conversación que había mantenido con Ursula en el comedor, había tomado la determinación de visitarlas en persona. Tenía la sensación de que era lo menos que podía hacer por ellas. Ni por un momento había pensado que aún lo pudieran estar siguiendo. Después del incidente delante de la Unidad de Homicidios, cuando el Ford azul había estado a punto de atropellarlo, había descartado por completo esa posibilidad. Habían descubierto al perseguidor. Asunto terminado. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera continuar siguiéndole, posiblemente en un coche diferente.

—¿Tú crees? Pero ya he prevenido a Anna. Va a marcharse por un tiempo de la ciudad.

—¿Para eso has ido esta tarde?

—¿Me has visto?

Trolle asintió, pero estaba pensando en otra cosa.

—Y he visto algo más.

Sebastian sintió que se le helaba la sangre. No le gustaba el cambio en el tono de voz de Trolle. No le gustaba nada.

—Ni siquiera le ha prestado mucha atención —continuó Trolle—. Sólo lo he visto, pero como ahora dices que te están siguiendo...

Trolle no terminó la frase. Sebastian estaba cada vez más agitado.

—¿Qué era? ¿Qué has visto?

Trolle había palidecido.

—Dos de las veces que estuve por allí y tú también estabas, observé que había un tipo sentado dentro de un Ford Focus azul. Supuse que estaría esperando a alguien.

Sebastian se levantó bruscamente del sofá.

—¡Es él, el tipo que me estaba siguiendo!

—También lo he visto esta tarde. Pero ha cambiado de coche. El que tiene ahora es gris metalizado, de fabricación japonesa.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es difícil decirlo. Llevaba puestas unas gafas de sol.

—¿Y una gorra?

Trolle asintió con la cabeza.

—Y una gorra, sí.

Salieron a toda prisa en busca de un taxi. Sebastian habría querido ir directo a Storskärsgatan, pero Trolle insistió en que primero debían asegurarse de que no los siguieran. Aunque no vieron ningún coche gris metalizado por la calle, no podían confiarse. Encontraron un taxi libre y se acomodaron en el asiento trasero. Trolle empezó a dirigir al conductor, que seguramente no se esperaba un trayecto tan singular. Cada pocos minutos, Trolle cambiaba el destino de la carrera y obligaba al taxista a corregir el rumbo, pasando por el centro de la ciudad y utilizando el carril exclusivo para taxis y autobuses siempre que fuera posible. Miraba para atrás una y otra vez y no se dio por satisfecho hasta pasada media hora.

Nadie los estaba siguiendo.

Por último, le pidió al taxista que los dejara en Karlaplan e hicieron el último trecho andando. A Sebastian le parecía extraño y remoto cada paso que daba. Iba caminando como en sueños y le resultaba difícil ordenar los pensamientos.

Storskärsgatan estaba desierta. Había un hombre paseando con un perro un poco más allá, en el parque, pero se estaba alejando. Trolle se volvió hacia Sebastian.

—Quédate aquí. A ti te conoce.

Sebastian quiso protestar, pero no supo qué decir. En silencio, desvió la vista hacia el edificio donde sabía que vivían Anna y Valdemar. Había luz en su ventana, pero no vio a nadie. ¿Cómo había podido ponerlos en peligro? ¡Era un imbécil!

—¿Me has oído?

Al final, Sebastian asintió con la cabeza, sin dejar de mirar la ventana iluminada. Trolle parecía sereno. Le brillaban los ojos. Hacía mucho tiempo que Sebastian no lo veía tan activo y concentrado.

—También comprobaré que todo está en orden allá arriba, te lo prometo —dijo Trolle antes de marcharse.

Sebastian se retiró hacia las sombras de uno de los edificios de la esquina y se quedó contemplando al hombre en quien se alegraba de haber depositado su confianza. Trolle recorrió lentamente la calle, que no era muy larga. Parecía como si hubiera salido a dar un pequeño paseo nocturno, pero Sebastian notaba que estaba inspeccionando con detenimiento cada uno de los vehículos que encontraba por el camino. Volvió a levantar la vista hacia el apartamento y de pronto notó el peso de la bolsa del supermercado en la mano izquierda. Había querido devolvérsela a Trolle, pero él no la había aceptado y después habían salido de forma precipitada de su casa.

Era sorprendente la rapidez con que podían cambiar las cosas. Apenas unos días antes, el único interés de Sebastian era hacer daño a las dos personas que vivían allí arriba. Ahora quería protegerlas. Un poco más allá descubrió una papelera. Estaba a punto de acercarse para tirar la bolsa cuando vio que Trolle volvía en su dirección, andando por la acera de enfrente. Caminaba despacio e iba hablando por teléfono, pero seguía observando con minuciosidad todos los coches. Cuando se acercó un poco más, Sebastian distinguió algunos retazos de su conversación.

—Comprendo... Desde luego, si están satisfechos con su plan de pensiones, entonces... De acuerdo... Muchas gracias.

Finalizó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo. Después fue hacia Sebastian.

—Ven —le dijo—. No nos quedemos aquí parados.

Sebastian dio unos pasos y se reunió con él. Echaron a andar juntos hacia Vallhallavägen.

—Anna está en casa. Y Valdemar está con ella.

—¿Qué hacemos ahora?

—No hacemos nada. Tú te irás a casa y yo me ocuparé de vigilar.

—Pero...

—Sin peros, Sebastian.

Trolle se detuvo y se le puso delante para impedirle el paso. Mirándolo a la cara, le apoyó las manos sobre los hombros.

—Confía en mí. Estoy aquí para echarte una mano. Lo solucionaremos los dos juntos. Puedes llamarme a cualquier hora, siempre que quieras.

Le dio unas palmadas en la espalda y se marchó, de regreso a Storskärsgatan. Sebastian se quedó donde estaba. Sintió que el hombre que se alejaba le inspiraba confianza y afecto. Eran emociones que normalmente no se permitía sentir por nadie. No era propio de él. Sebastian en todo momento se las arreglaba solo. En todas las situaciones. Pero ya no era así.

Siempre le estaría agradecido a Trolle. Se proponía ser un auténtico amigo para él.

Volvió a casa. Estaba exhausto cuando llegó. Se quitó la chaqueta y los pantalones y se derrumbó en la cama. No había tirado la bolsa de Ica.

No había sido capaz. Cuando lo había intentado, había sentido que su contenido le pesaba demasiado. La dejó al lado de la cama.

Pero no miró en su interior.

Esa noche no.

Todavía no.

Torkel estaba en la cocina, en casa de Yvonne. Había rechazado la copa de vino que ella le había ofrecido, pero había aceptado una cerveza y se la estaba bebiendo mientras ella hacía las maletas para el viaje a Gotland del día siguiente. Había alquilado una casita en el oeste de la isla para pasar una semana con sus hijas, y las dos niñas habían recordado en el último momento una serie de cosas que habían dejado en casa de Torkel y que necesariamente tenían que llevarse. Por eso, Torkel había pasado por su casa, había metido todo en una caja de cartón y se había presentado en la casa de su exmujer.

—¿A qué hora sale el barco? —preguntó antes de beber otro trago de cerveza.

—A las nueve y media.

—¿Quieres que os lleve?

—Ya nos lleva Kristoffer.

Torkel asintió. Por supuesto.

—¿Pasará también algún día con vosotras mientras estéis allí?

—No, ¿por qué?

—Por nada. Pensaba que quizá iría a visitaros.

Yvonne interrumpió por un momento lo que estaba haciendo y lo miró con curiosidad.

—¿Hablan de él las niñas?

—No.

Enseguida, Torkel intentó recordar si sus hijas habían mencionado alguna vez a Kristoffer cuando estaban con él, pero no le vino a la memoria ninguna ocasión. Para empezar, sus hijas hablaban poco con él. O al menos no tanto como él habría deseado. No era de extrañar. Cuando se habían divorciado, Yvonne y él se habían decidido casi sin discutir por la custodia compartida, pero las niñas vivían la mayor parte del tiempo con su madre. El trabajo de Torkel impedía que siguieran un esquema estricto de semanas alternas. Viajaba mucho y, cuando estaba en Estocolmo, no siempre podía llevarse a las niñas a vivir con él. Por eso, sus hijas se sentían «en casa» cuando estaban con Yvonne y «en casa de papá» cuando se hallaban con él. Estaban más unidas a su madre que a su padre. Lo sabía y le dolía un poco, pero no podía evitarlo.

—Al principio Vilma creyó que me iba de su fiesta de cumpleaños por eso —prosiguió Torkel—, pero enseguida entendió que era por el trabajo.

—¿Qué? ¿Pensó que te ibas de su fiesta porque estaba Kristoffer?

—Sí. Tenía miedo de que pudiera resultarme incómodo.

Por un momento, pareció que Yvonne fuera a preguntarle si en realidad se había sentido

incómodo, pero no dijo nada. Se contuvo y siguió haciendo las maletas.

—¿Qué tal te va todo últimamente? —dijo ella por fin de la manera más casual posible.

Su tono de voz no dejaba traslucir si se preguntaba cómo le habría sentado su nueva relación a su exmarido.

—Más o menos. Hemos descubierto una conexión entre las víctimas, pero Sebastian se ha vuelto a incorporar al equipo y el ambiente está un poco tenso.

—Me lo imagino, pero no te preguntaba por eso. —Terminó lo que estaba haciendo y lo miró otra vez a los ojos—. ¿Sales con alguien?

Torkel reflexionó un momento. La pregunta era la misma que le había hecho su hija unos días antes, pero ahora se la estaba haciendo Yvonne. La respuesta podía ser diferente. A ella podía explicarle la verdad.

—No sé. Hay una persona que veo de vez en cuando. Está casada.

—¿Va a dejar a su marido?

—Creo que no.

—¿Y piensas que puede funcionar?

—No lo sé. Supongo que no.

Yvonne se limitó a negar con la cabeza. Por un instante, Torkel sintió que le habría gustado hablar un poco más del tema, contarle a su exmujer que se sentía muy solo y que deseaba con todas sus fuerzas que pudiera haber algo más entre Ursula y él. No había mucha gente con la que pudiera hablar al respecto. De hecho, no había nadie. Pero el momento había pasado. Yvonne cambió de tema y siguieron conversando un rato más del día a día y del viaje inminente. Torkel se terminó la cerveza y, al cabo de un cuarto de hora, se levantó, les deseó a todas un feliz viaje, se despidió de las niñas y emprendió el camino de vuelta a casa.

Hacía calor en la calle, aunque ya eran más de las diez. El paseo de vuelta a su apartamento vacío era agradable y por eso pensó en prolongarlo. Se dijo que quizá pudiera entrar en un bar y pedir una cerveza más. Así volvería más tarde a casa. Iba sumido en sus pensamientos cuando de repente se abrió un portal y salió a la calle una persona con la que Torkel estuvo a punto de toparse. Era alguien conocido.

—¡Micke! ¿Qué tal estás?

—Eh... ¡Hola!

Micke parecía sorprendido. Se lo quedó mirando un poco desconcertado, como si no consiguiera ubicarlo. Sin embargo, conocía bien a Torkel. Se habían visto varias veces, la última en Västerås. Ursula le había pedido a Micke que fuera a verla, como una especie de venganza porque Torkel había aceptado a Sebastian en la investigación. Una vez allí, las cosas se habían torcido un poco, porque en realidad Ursula no quería que su marido estuviera allí con ella. Micke no había entendido muy bien para qué lo había llamado su mujer y había pasado muchas horas a solas con sus pensamientos en la habitación del hotel, donde también había un minibar. Como consecuencia, había sufrido una pequeña recaída en su alcoholismo y se había encontrado con Torkel cuando estaba completamente borracho. Quizá por eso parecía casi contrariado por haberse cruzado con él.

—Me alegro de verte en mi barrio. ¿Qué haces aquí en Söder? —le preguntó Torkel, por

decir algo sin importancia.

—Estaba en casa de un amigo. —Micke señaló con la cabeza el portal del que acababa de salir—. Viendo el partido.

—¿Ah, sí? ¿Qué partido?

—Uno que... No lo sabría decir con exactitud. No le hemos prestado mucha atención.

—Ah.

Silencio. Micke dejó vagar la mirada por encima del hombro de Torkel y fijó la vista en la lejanía.

—Bueno, tengo que volver a casa.

—Sí, por supuesto. Saluda a Ursula de mi parte.

—Se lo diré. Adiós.

Cuando Micke se marchó, Torkel se lo quedó mirando. ¿Eran imaginaciones suyas o parecía tenso? Sintió un nudo en el estómago.

¿Se habría enterado?

¿Sabría que Torkel se estaba acostando con su mujer? De ser así, se lo habría echado en cara. Habría estado furioso o al menos lo habría tratado con desprecio. Sin embargo, sólo le había parecido tenso e incómodo. No; era evidente que no sabía nada. Pero la noche anterior, Ursula debió de llegar a casa en medio de la noche y con toda probabilidad se había acostado a su lado recién duchada. ¿No había sospechado? ¿O quizá no se había despertado? Tal vez confiaba tanto en ella que la posibilidad de que le fuera infiel ni siquiera entraba en su visión del mundo. Torkel no lo sabía, pero si Micke sospechaba algo o incluso si estaba convencido de que ella lo engañaba, no había ninguna razón para que pensara que se estaba acostando precisamente con él. Tenía que haber otra explicación para que Micke quisiera eludirlo, y suponía que no guardaba ninguna relación con lo suyo con Ursula. Convencido de haber llegado a la conclusión correcta, Torkel siguió su camino. En la esquina había un bar y la terraza estaba llena de gente. Decidió beber otra cerveza y quizá picar algo. No tenía prisa por llegar a ningún sitio. No lo esperaba nadie.

Edward trabajó como siempre hasta la una de la noche. Era su rutina. Le proporcionaba cuatro horas completas para él solo. Doscientos cuarenta minutos de tiempo propio, sin molestias ni interrupciones. El silencio en las celdas era liberador. El único ruido era el zumbido de su viejo ordenador portátil, un modelo antiguo con un ventilador bastante estrepitoso. Pero le permitían conservarlo, porque en la cárcel no había wifi ni conexión a internet por cable. Era una buena medida, plasmada en el reglamento interno de la cárcel, que se había quedado anticuada el día en que empezó a comercializarse la banda ancha móvil, en forma de pequeños dispositivos con conexión USB y tarjetas de prepago. Un código de doce dígitos era suficiente para acceder al mundo entero.

El día que recibió de forma clandestina el módem y pudo conectarse por primera vez con el mundo exterior fue el mejor de su vida, o al menos el mejor desde que lo habían encerrado en Lövhaga. Antes de perder la libertad, había conocido muchos momentos felices. Pero eso había sido en otro tiempo, antes de la prisión. Edward dividía su vida en diferentes «antes y después». Era una buena manera de considerar su situación: antes y después de los grandes cambios que transforman de raíz la vida de todos.

Antes y después de su madre.

Antes y después de Sebastian Bergman.

Antes y después de Lövhaga.

Antes y después del módem.

Tras la llegada del módem, los doscientos cuarenta minutos de cada noche se habían vuelto sumamente productivos y enriquecedores. Lo utilizaba sólo después del cierre de las celdas y nunca todo el tiempo. Siguiendo una vieja costumbre, se conectaba entre las nueve y la una, cuando el riesgo de un registro por sorpresa de las celdas era mínimo. Hinde no podía entender que la dirección lo permitiera. Se suponía que todos los registros de las celdas debían ser aleatorios, repentinos y a horas imposibles de prever. Sin embargo, nunca había inspecciones entre las nueve de la noche y las seis de la mañana, o por lo menos no se había dado el caso en los últimos seis años. El motivo de tamaña estupidez, según había deducido Edward, era el mismo recorte presupuestario que había determinado el adelantamiento de la hora del cierre de las celdas, que de las nueve de la noche había pasado a las siete de la tarde. La dirección había reducido el personal de día, que era más numeroso y que antes trabajaba hasta las nueve, y había adelantado a las siete el comienzo del turno de noche. Para ahorrar todavía más, la administración había reducido el personal nocturno, por lo que los registros por sorpresa se

habían vuelto prácticamente imposibles en el turno de noche. Mientras no hubiera una persona sensata que notara el problema y cambiara de nuevo los turnos o contratara más personal nocturno, la situación seguiría siendo la misma. Hinde se había preocupado cuando se enteró de que llegaría un nuevo director para sustituir a Sven Tidell, pero después de sus dos entrevistas con Thomas Haraldsson se había convencido de que no sería él la persona sensata que tomara esas medidas. Mientras Haraldsson siguiera al frente de la prisión, Hinde podría conservar su módem y continuar disfrutando de sus doscientos cuarenta minutos.

Todas las noches, escondía el pequeño dispositivo de plástico en el conducto de la ventilación, detrás de la cama. Había conseguido desatornillar la reja con el mango de una cucharita de café. Con la misma cuchara, durante muchas largas noches antes de la llegada del módem, había abierto un pequeño hueco en la superficie embaldosada del interior del conducto, justo a la izquierda de la abertura. Después, había transformado el hueco en un compartimento cerrado, cubriéndolo con un trozo suelto de baldosa, que se confundía fácilmente con el resto. De ese modo, aunque hubiera una inspección y, contra toda previsión, los guardias miraran dentro del conducto de ventilación, tampoco verían el módem.

En los últimos tiempos, le llevaba una media de dos minutos sacar su adorado módem blanco de su escondite. Pero esta vez lo hizo un poco más rápido, porque se sentía inspirado. Lo conectó y, como de costumbre, empezó por mirar su página de inicio: <fygorh.se>.

Había nuevo material esperándolo. Adoraba internet, donde era posible encontrarlo todo si uno realmente lo deseaba, sabía lo que buscaba y disponía de doscientos cuarenta minutos al día.

Todas las semanas.

Año tras año.

Caía la noche, pero el interior del apartamento estaba lleno de luz. Ralph había seguido el ritual al llegar a casa desde el trabajo y ahora todas las luces estaban encendidas. Después de informar acerca de las actividades de la tarde, se había sentado a la gran mesa blanca en el salón prácticamente vacío. La carpeta negra era lo único que tenía delante. Había vuelto a clasificar los recortes de prensa. Trabajaba con metódica lentitud. Esa necesidad suya lo exaltaba y a la vez le resultaba un poco exasperante. Le encantaba sentir la fuerza de los titulares y el atractivo de las fotografías en blanco y negro, pero al mismo tiempo le preocupaba que tuvieran un efecto negativo sobre su disciplina. Por lo general, no solía comportarse como un niño en una tienda de golosinas. Se había esforzado mucho y durante largo tiempo para controlar sus impulsos y necesidades, pero la presión que sentía era enorme. Se culpaba por no haber encontrado todavía el sistema óptimo de clasificación. Por no haber ideado el ritual perfecto.

Recortar, reunir los recortes y tirar los periódicos usados en el contenedor de reciclaje le resultaba satisfactorio. Hasta ahí, todo funcionaba bien. Pero el resto —la parte en que guardaba los recortes en sobres y metía los sobres en un cajón de la cómoda— tenía sus defectos. Debía modificar esa parte. Debía mejorarla.

Quería ver los recortes, tenerlos entre las manos, tocarlos.

Había comprado una carpeta con separadores. Primero pensó que la clasificación debía ser puramente cronológica y que a cada día debía corresponderle un separador, pero después decidió que cada periódico tuviera una sección independiente, para poder seguir fácilmente el desarrollo de los acontecimientos desde el punto de vista de cada publicación. Aun así, todavía no estaba satisfecho. Había algo que no acababa de gustarle. Por eso se había puesto a clasificar el material una vez más, por tamaño. Primero, los reportajes a toda página; después, los de tres cuartos de página, y así de forma sucesiva. Descubrió para su alegría que no había nada que ocupara menos de un cuarto de página. Su historia tenía un gran peso informativo. Era algo del todo nuevo para él.

Ser alguien.

Llamar la atención.

Tener algún valor.

Le pareció bien el nuevo sistema. De momento, al menos, estaba satisfecho. Cerró la carpeta y se levantó. Empezaba a estar llena. Los periódicos escribían cada vez más. Se dijo que al día siguiente compraría una carpeta nueva. O tal vez dos. Y seguramente buscaría un modelo más caro y elegante. No tenía sentido guardar la colección de sus hazañas en una sencilla carpeta

escolar. Debía dar un paso al frente. Demostrar su valor y el de su Maestro.

Sentirse orgulloso.

Fue al cuarto de baño e hizo girar el pequeño reloj de arena fijado a la pared que había comprado en una pequeña tienda de regalos y antigüedades de Södermalm. Tenía un soporte de madera, pintado de azul, con una inscripción que decía: DOS MINUTOS SON SUFICIENTES PARA LAVARTE BIEN TODOS LOS DIENTES. Era el instrumento perfecto para facilitar y conservar la fuerza de los rituales. Se cepilló los dientes a conciencia, hasta que cayó el último grano de arena, y terminó como siempre con el hilo dental. Lo utilizaba por la mañana y por la noche. Le gustaba tener la boca limpia. Le encantaba el sabor de la sangre y por eso se pasaba el hilo con fuerza, cinco veces en cada espacio interdental, hasta que empezaba a sangrar por varios sitios. Después se enjuagaba la boca y se quedaba mirando el agua ensangrentada que escupía en el lavabo. Volvía a enjuagarse y escupía de nuevo. La segunda vez había menos sangre en el agua, pero todavía bajaba rojiza por el desagüe. No sabía si el agua de un tercer enjuague habría salido menos roja, porque nunca lo hacía más de dos veces.

Sonó un tono de notificación en el ordenador portátil que tenía en el dormitorio. Ralph supo de inmediato qué significaba. Era un nuevo mensaje del Maestro. El ordenador lo avisaba cada vez que se producía una actualización en las páginas de <fygorh.se>. Le habría gustado correr al dormitorio, pero antes terminó de lavarse.

El Maestro predicaba paciencia. Se dijo que no podía olvidarlo. Tenía que preservar en su interior la inclinación por hacer las cosas en el orden correcto.

Los rituales eran la base de todo.

Se mojó las manos, apretó dos veces el dispensador de jabón, produjo espuma frotándose seis veces las manos y después se las enjuagó, frotándoselas seis veces más, bajo el chorro del grifo. A continuación, se lavó la cara con el mismo cuidado, se secó tal como mandaba el ritual y terminó el procedimiento con la aplicación de una crema hidratante.

Entonces estuvo listo para el Maestro.

El mensaje era breve y conciso. Una nueva misión.

No iba a poder elegir. Pero no le importó, porque el Maestro había elegido lo mismo que él.

Anna Eriksson.

Sería la siguiente.

La quinta.

Trolle había dormido sólo cuatro horas cuando sonó el despertador, pero se sentía asombrosamente fresco y despejado, y enseguida se levantó del sofá. Le pareció increíble. Solía dormir por lo menos nueve horas por la noche y se despertaba mucho más cansado. Levantó la persiana y contempló el sol de la mañana, que ya calentaba. Hacía tiempo que no salía antes de las seis. En otra época había sido su rutina diaria, cuando tenía un perro que sacar a pasear, niños que llevar a la escuela y una mujer con quien compartía el coche para ir al trabajo, todo lo que entonces no le parecía que fuera la vida y que sin embargo lo era.

Eran las cosas que más echaba de menos ahora que ya no las tenía.

En lugar de encender su acostumbrado cigarrillo matinal, fue a ver qué había en el frigorífico. Tal como se temía, estaba casi vacío. Se bebió lo que quedaba de leche directamente del envase y decidió tomar el resto del desayuno en un 7-Eleven. Ahora tenía que mantenerse en forma. Cuidar la alimentación y las horas de sueño. No sabía por cuánto tiempo sería necesaria su intervención, pero era posible que pronto empezara a notar la falta de sueño. El desafío era mantener la agudeza mental y no dejarse ganar por el aburrimiento propio de las misiones largas de vigilancia, que producía somnolencia. No iba a ser fácil, porque Trolle no tenía relevo.

Estaba solo.

Por eso había decidido marcharse la noche anterior hacia la una y media. Hacía tiempo que las luces del apartamento se habían apagado y, tras pensárselo mucho, había llegado a la conclusión de que el riesgo de que el asesino actuara en medio de la noche, en una casa donde el marido estaba presente, era muy inferior a que se presentara por la mañana, cuando Valdemar ya hubiera salido. Hasta ese momento, todos los asesinatos se habían producido cuando la mujer estaba sola, y Trolle no veía ninguna razón para que ese factor fuera a cambiar. Sin embargo, el cálculo de riesgos no era una ciencia exacta, por lo que no le comunicó su decisión a Sebastian. Él nunca habría aceptado esa inseguridad. Tenía una vinculación demasiado emocional con los acontecimientos y habría querido que Trolle no se moviera del lugar, o se habría ofrecido para relevarlo. Por eso Trolle tomó la decisión por su cuenta.

Tenía que dosificar sus fuerzas. Iba a necesitarlas durante el día y se iba a ver obligado a tomar muchas decisiones difíciles, al margen de los sentimientos y asumiendo riesgos aceptables.

Además, necesitaba un coche y un arma. Ya había reservado un coche de alquiler a través de internet y sus intentos de hacerse con una pistola empezaban a dar resultado. Rogge le había prometido que le conseguiría una a lo largo del día. Pero hasta ese momento no quería ir del todo desarmado, por lo que volvió a la cocina, se subió a un banco, abrió el armario de encima del

frigorífico y se puso a buscar detrás de unos paquetes viejos de macarrones, hasta encontrar lo que quería: una pistola eléctrica metida en una bolsa de plástico, una Taser 2 negra que había comprado en la red varios años antes. Quiso cerciorarse de que aún funcionaba y, cuando vio que saltaban chispas entre los polos, se la guardó satisfecho en el bolsillo del voluminoso abrigo. Sabía que era un arma mucho más eficaz de lo que la gente creía. Una noche la había probado en un tipo bastante robusto, que se había derrumbado como un abeto en cuanto se la había apoyado contra el cuello. Para mayor seguridad, decidió comprar baterías nuevas de litio en cuanto tuviera ocasión. Pero las que llevaba la pistola todavía durarían algún tiempo.

Salió a la calle y compró por el camino un café grande y un panecillo. Después cogió un taxi hasta la agencia de alquiler de coches, que estaba en dirección al centro y abría a las seis y media. Le adjudicaron un Nissan Micra blanco, pero lo cambió por otro azul oscuro. El blanco se veía demasiado. No quería llamar la atención. Pasó por una gasolinera y compró cigarrillos, pastillas de dextrosa, agua y galletas. Probablemente, el día sería largo y no sabía en qué momento podría volver a comprar provisiones.

A las siete menos cuarto, estaba ya en su puesto, delante del apartamento de la pareja Eriksson-Lithner, diez minutos antes de la hora en que Valdemar acostumbraba a salir para coger el metro en dirección al trabajo. Encontró una plaza de aparcamiento con buena vista de la casa, echó el asiento todo lo que pudo hacia atrás y se acomodó. Entonces se dio cuenta de que en todo lo que llevaba de mañana no había pensado ni una sola vez en beber una copa. Fue una sensación muy agradable, que celebró bebiendo un trago de agua directamente de la botella.

Un cuarto de hora después, Valdemar salía por el portal, trajeado y andando a paso rápido. Solía ponerse traje y corbata para ir a trabajar, o al menos eso había observado Trolle en ocasiones anteriores. La rapidez con que caminaba sólo podía significar que iba con un poco de retraso. Salió en dirección a Fältöversten y enseguida se perdió de vista. Trolle habría podido seguirlo, pero no estaba ahí para averiguar más cosas sobre Valdemar, sino para proteger a la mujer que se había quedado en el tercer piso. Para entonces debía de estar sola y era preciso que siguiera estándolo. Sebastian le había dicho que tenía pensado salir de Estocolmo. La responsabilidad de Trolle era asegurarse de que se marchara de verdad. Observó el resto de los coches, por si veía algún movimiento. No notó nada. La tranquilidad seguía siendo total. Sacó el móvil del bolsillo.

Anna Eriksson estaba haciendo la maleta. Había pasado muchas horas despierta en la cama, sin poder conciliar el sueño. Su situación era tan absurda que no sabía muy bien qué pensar, pero algunas cosas le parecían indudables. Estaba en peligro. Aunque no entendía del todo lo que sucedía, estaba convencida de que la amenaza era real. Lo había comprendido por la palidez y la expresión suplicante de Sebastian y, más adelante, por las breves palabras de su hija acerca de los asesinatos.

Anna había llamado a Vanja unas horas después de despedirse de Sebastian, porque no se acababa de creer su historia. Después de todo, tal vez tuviera otros motivos para querer que ella se marchara de la ciudad. No podía estar segura.

Vanja parecía tensa y le había dicho que podía hablar sólo un momento. Anna fingió preocupación por las noticias que había leído en los periódicos e intentó sonsacarle a su hija todo lo que fue capaz, sin revelarle el verdadero motivo de su llamada. No consiguió mucho. La confidencialidad policial y la necesidad de separar el trabajo de la vida privada eran importantes para Vanja y solía mantenerlas.

Pero lo poco que averiguó Anna fue suficiente para llenarla de horror.

Sí, era cierto que Sebastian había vuelto a trabajar para la Unidad de Homicidios.

El caso guardaba cierta relación con él. Y de una manera bastante grave.

Pero Vanja era muy reservada y Anna no pudo presionarla para que dijera nada más sin que su interés le pareciera extraño. Pero, por un breve fragmento de la conversación, comprendió que todo era cierto.

—Ni siquiera entiendo cómo es posible que siga trabajando con nosotros —le había dicho Vanja.

—¿Por qué se lo permiten? ¿No estará involucrado?

—De hecho, sí. Está involucrado, pero no puedo decirte cómo. Además, aunque te lo dijera, no me creerías... Nadie me creería.

De modo que era verdad. Anna trató de poner fin a la conversación sin dejar traslucir su repentino acceso de pánico.

«Nadie me creería.»

Ella sí la creía.

Ella sabía.

De inmediato había llamado a su madre y se había inventado una historia. Su madre se sorprendió, pero también se alegró de recibir la visita de su hija.

A continuación, llamó al trabajo. Dijo que necesitaba tomarse unos días libres debido a unos asuntos familiares. No le pusieron problemas. La apreciaban mucho en el trabajo. Le preguntaron si estaba bien. Se preocupaban por ella.

Los tranquilizó.

No era nada. Solamente un pequeño problema con su madre, que ya era bastante mayor. Pero le llevaría unos días.

Después, había empezado a hacer la maleta. Guardó ropa para una semana. Llamó a Valdemar y le pidió que volviera a casa nada más salir del trabajo. No quería estar sola. Le dijo que su madre no se sentía muy bien y que había pensado ir a su casa, para estar unos días con ella. Él le propuso acompañarla, pero ella rechazó su oferta. Era su madre y hacía mucho tiempo que no pasaban una temporada juntas. No era nada serio, sino más bien una excusa para visitarla. Él se creyó la mentira. Ni siquiera desconfió.

Con toda probabilidad porque ella mentía muy bien.

No sabía desde cuándo tenía esa habilidad, justamente ella, que siempre había dado importancia a la sinceridad.

Pero eso era antes, cuando la verdad no hacía daño.

¡Cuántas veces había deseado contarle la verdad a Vanja!

¡Cuántas veces había estado a punto de hacerlo!

Pero la mentira que había nacido como un cómodo escudo protector se había ido nutriendo día tras día de pequeñas falsedades y verdades a medias, hasta convertirse en la realidad. Con el tiempo, la verdad había quedado encapsulada en el interior de una compacta fortaleza inexpugnable a la que ella también había arrastrado a Valdemar.

Su marido había querido contarle toda la verdad a Vanja desde que tuvo edad suficiente para entenderla, pero Anna no había cesado de aplazar el momento de la revelación. Siempre lo dejaba para más adelante. Primero habían sido semanas, después meses y al final años, hasta que el peso de la verdad fue tan grande que habría podido aplastarlo todo. Llegó un momento en que sencillamente era demasiado tarde.

—Vanja no tiene más padre que tú —le había dicho por último Anna a su marido y no habían vuelto a hablar del tema.

Vanja y Valdemar estaban muy unidos. ¿Sería porque él se esforzaba de forma especial? ¿Sería porque no quería que nadie dudara nunca del amor que sentía por su hija? Fuera cual fuese su motivación, había tenido éxito. Vanja lo quería más que a Anna.

Más que a nadie.

Se complementaban a la perfección. Con el tiempo, Valdemar había dejado de protestar y se había vuelto cómplice de la mentira. Porque quería a Vanja como si de verdad fuera hija suya.

Entre Anna y Valdemar habían cerrado la puerta de la fortaleza.

Pero un día, varios meses atrás, había vuelto a aparecer Sebastian Bergman.

Llevaba consigo las cartas de un tiempo perdido.

Acudía con pruebas que era imposible aislar detrás de una muralla.

Ella le había dicho que no y le había cerrado la puerta, con la esperanza de que desapareciera.

Pero no había desaparecido.

Había trabajado con Vanja en Västerås, según había podido saber Anna, y ahora volvía a trabajar con ella. De alguna manera incomprensible, había atravesado todas las barreras y ahora estaba al lado de su hija.

Vanja lo detestaba. Eso era lo único positivo y el único muro protector en torno a la verdad. Todo lo demás era un caos. Anna tenía un secreto dentro de su secreto. Solamente ella sabía cuál era el papel de Sebastian Bergman. Siempre le había ocultado a Valdemar el nombre del padre de Vanja.

Quizá para protegerlo.

O tal vez porque no le tenía confianza.

Valdemar no era como ella. No sabía mentir. Por eso, la única vez que le había preguntado quién era el padre de Vanja, ella le había respondido que no tenía importancia. Le había dicho que no pensaba revelárselo nunca a nadie y que si eso suponía un problema para él o para su relación, entonces prefería que se marchara en ese mismo instante y no volviera.

Pero Valdemar no se había marchado. Y nunca más había vuelto a hacerle esa pregunta.

Era un buen hombre.

Seguramente mejor de lo que ella merecía.

Y ahora que estaba en peligro de muerte, se veía obligada a seguir mintiendo. Puede que ella misma se lo hubiera buscado. Tenía que acabar así.

Sonó el teléfono y el ruido la sobresaltó. De nuevo un vendedor, esta vez de conexión a internet. Rechazó su oferta enseguida y colgó. Pero la voz le había parecido conocida. Era la misma del día anterior, la del hombre que había llamado a última hora para proponerles un plan de pensiones. Se detuvo un momento. ¿De verdad era la misma voz? Sintiendo un sudor frío, descolgó otra vez el auricular y miró la pantalla digital, para ver si aparecía el número de la persona que acababa de llamar.

Número oculto.

Lo mismo que la noche anterior.

¿Significaba algo? Con toda probabilidad se estaba volviendo paranoica, pero no podía eludir la sensación de que había algo más en esa voz. Las dos veces le había parecido bronca y áspera, como de un hombre mayor y castigado por la vida, muy diferente de las voces habituales de los vendedores, que eran jóvenes y optimistas. Ellos querían venderle algo, pero ese hombre no. Él quería otra cosa. Se había dado por vencido con demasiada facilidad, como si le bastara que ella hubiera contestado al teléfono, como si sólo quisiera asegurarse de que estaba en casa.

Inquieta, se acercó a la ventana y miró la calle. No vio nada, pero tampoco sabía qué buscar. Se acercó a la puerta, la cerró con doble vuelta y dejó la llave puesta en la cerradura.

Decidió terminar de hacer la maleta y llamar un taxi.

Prefería salir cuanto antes hacia la estación.

Ralph había pasado los últimos diez minutos tratando de encontrar aparcamiento. En su búsqueda, había cruzado varias veces Storskärsgatan mientras bajaba por De Geersgatan. La primera no tenía salida y la segunda era de sentido único, por lo que se vio obligado a conducir en círculos, subiendo por Värtavägen, para volver al punto de partida. Detestaba tener que comportarse de manera tan llamativa. Un mismo coche gris metalizado que no dejaba de pasar una y otra vez por el mismo lugar podía despertar la curiosidad de algún vecino. Pero no tenía alternativa. Necesitaba el coche y prefería aparcarlo lo más cerca posible. Lo hacía sentirse menos expuesto. Le daba menos tiempo a posibles testigos para que pudieran identificarlo. Era la ventaja de los suburbios residenciales: la facilidad para encontrar aparcamiento. En líneas generales, la nueva misión le parecía mucho más difícil que las anteriores. Había tenido menos tiempo para vigilar a la mujer. Con las primeras víctimas, había podido seguir sus movimientos durante varios días. Pero ahora, con los datos limitados de que disponía, suponía que el momento más seguro del día era la mañana, entre las siete y media y las ocho y media, cuando el marido ya se había ido a trabajar y ella todavía no había salido para Sofiahemmet, el hospital donde trabajaba, al que solía ir andando o en autobús, aunque sólo eran dos paradas.

Por otra parte, ahora era más audaz. Se sentía mejor y más fuerte. Antes de la primera, se había dejado ganar varias veces por el nerviosismo y había interrumpido la operación por culpa de pequeñas interferencias: una ventana abierta, una bicicleta que pasaba justo cuando él salía del coche o el llanto de un niño a lo lejos. En un par de ocasiones, había tenido que echarse atrás por falta de valor y se había vuelto a casa.

Pero con la tercera había empezado a soltarse y con la última, Willén, incluso se había puesto a improvisar, con más coraje. Siempre dentro del marco establecido, por supuesto, pero había dejado que la propia situación impusiera sus ritmos y había confiado en su instinto. La experiencia había sido liberadora y lo había hecho sentirse mucho más a la altura de la tarea. Era un hombre experimentado. Poderoso. Era capaz de cumplir un encargo que pocos habrían llevado a cabo tan bien como él, si es que alguien lo podía igualar.

Muchos de los aspectos de su tarea habían resultado más arduos de lo que había supuesto en un principio, cuando no eran más que fantasías muy elaboradas. La primera vez que le había cercenado el cuello a una mujer se había sentido mal. El ruido de la piel al rajarse le había resultado extraño e inesperadamente carnal, y la sangre que había empezado a fluir era pegajosa y estaba tan caliente que por un momento lo había sumido en el pánico. Pero se había acostumbrado. Había cultivado su talento. La última vez, incluso se había atrevido a mirar a la

víctima a los ojos justo cuando se le escapaba la vida. La sensación había sido intensa. Si había un Dios —y él lo dudaba—, debía de mirarnos así: libre de los sentimientos desbocados que nublan el juicio, como cuando contemplamos la agonía de una hormiga, que puede ser interesante, pero nada más. La víctima no era más que una persona, y el ritual y la misión eran más importantes que todas las personas juntas.

El aspecto que todavía le planteaba problemas era la parte sexual. Sabía que era necesario hacerlo. Era su deber y lo cumplía. Pero no gozaba. De hecho, a duras penas lo conseguía. Era la parte más ardua y abominable de su tarea. Le costaba mucho mantener la erección. Había demasiado ruido y era muy difícil empujar y penetrar. Ni siquiera le gustaban las mujeres. Las encontraba demasiado redondas y blandas, con sus tetas, sus culos y sus olores.

A su alrededor. Encima. Dentro.

Esa parte le exigía toda su concentración. No le agradaba acercarse a la gente y menos aún de ese modo. Le repugnaba. Pero no podía omitir esa parte del encargo. Habría sido hacer trampa. Aceptar una derrota. Reconocerse incapaz de seguir las huellas del Maestro. Pero no podía entender que los demás lo hicieran por su propia voluntad.

Que incluso lo desearan.

Era un gran misterio para él.

Giró por tercera vez por De Geersgatan, pero tampoco encontró aparcamiento, y empezó a preocuparse por la hora. Ya debería estar dentro del apartamento, cumpliendo con su encargo. Antes de dirigirse hacia allí, había pasado por uno de los grandes comercios de materiales de construcción de las afueras de la ciudad, que abrían a las seis de la mañana, para comprar un mono blanco de pintor. Necesitaba una excusa para entrar en la casa, y la idea de presentarse como un operario que iba a pintar el hueco de la escalera le pareció la mejor. También había comprado un par de latas baratas de pintura y una gorra con visera, para taparse la cara. Estaba seguro de que el engaño funcionaría.

Trolle reaccionó la segunda vez que lo vio pasar. Era el mismo coche de las ocasiones anteriores: un vehículo gris metalizado de fabricación japonesa. Al volante iba un tipo con gorra y gafas de sol, que parecía estar buscando plaza de aparcamiento cerca de Storskärsgatan. Trolle soltó la botella de agua y su mano se desplazó de forma instintiva hacia el bolsillo, donde estaba la Taser. Sacó el arma. El plástico negro estaba tibio y sus formas se amoldaban cómodamente a su mano. Sintió que se le aceleraba el pulso mientras trataba de considerar todas las alternativas. Una de ellas era llamar a la policía. Trolle no había tenido ningún enfrentamiento con Torkel. Al contrario. Durante su larga caída, Torkel nunca lo había juzgado. Tampoco lo había apoyado en todo, pero eso no era sorprendente. Había cometido auténticos disparates. Aun así, Trolle siempre se había sentido respaldado por su colega. Y si habían perdido el contacto, no había sido por culpa de Torkel. Se había aislado él solo. Pero estaba seguro de que, pese a todo, se seguían respetando.

Por otro lado, llamar a Torkel podía poner a Sebastian en una situación complicada.

Sería preciso explicar cómo habían detenido a ese tipo en la puerta de la casa de los padres de Vanja.

Y qué hacía Trolle allí.

Trolle no quería perjudicar a Sebastian, sobre todo ahora, cuando había averiguado la verdad y había comprendido lo mucho que ellos dos se parecían. Era casi como si pudiera reparar sus propios errores si conseguía resolver el problema de Sebastian. Era una oportunidad que no quería desperdiciar.

Pero hiciera lo que hiciese, el secreto de Sebastian peligraba. No tenía más opción que intervenir. Si simplemente impedía que el tipo actuara y lo obligaba a huir, otras mujeres estarían amenazadas. Tenía que hacer algo. Lo primero era dejar al hombre fuera de combate. Después, ya pensaría en un plan. No había otra posibilidad.

Era asunto suyo y de nadie más.

Se sintió muy bien. Mejor que desde hacía mucho tiempo.

El coche pasó a su lado por tercera vez y Trolle se decidió. Disponía de todas las bazas. El hombre del coche gris metalizado no lo conocía, por lo que tenía el factor sorpresa a su favor. Puso en marcha el coche, esperó unos minutos y se alejó lentamente. Poco después, aparcó en un lugar prohibido en De Geersgatan, a pocos metros de su posición anterior.

Se bajó del coche y retrocedió a pie.

Había dejado libre una plaza de aparcamiento para cualquiera que la estuviera buscando.

Estaba convencido de que el hombre del Toyota la aprovecharía.

Ralph vio la plaza libre ya desde Värtavägen. Era perfecta, apenas a treinta metros del portal de la mujer. Pero si no se daba prisa, podían quitársela, así que aceleró y dejó atrás el semáforo de Valhallavägen justo cuando estaba cambiando a rojo. Giró a la derecha, volvió a girar y redujo la velocidad. No quería llamar de forma innecesaria la atención. Todo estaba tranquilo y silencioso. Le irritaba el retraso, porque ya casi eran las ocho. Se palpó la navaja en el cinturón. No era la misma arma que utilizaría más tarde. El cuchillo grande de cocina estaba como siempre en su bolsa de plástico, dentro de la maleta. Pero uno más pequeño resultaba útil al principio, cuando le abrían la puerta. La mano tapando la boca y la navaja apoyada contra el cuello. Miedo a morir y angustia. Solía funcionar. Pensó que había acertado con el disfraz. Podía llevar tranquilamente el arma a la vista. Los operarios tenían navajas.

Se soltó el cinturón de seguridad y estaba a punto de salir cuando la puerta del lado del acompañante se abrió y un individuo se metió en el coche. Un hombre mayor. Parecía viejo y desaliñado, con la cabellera gris bastante larga y un pesado abrigo negro. Pero su mirada era intensa y ardiente. Quería algo. Llevaba en la mano un objeto negro de plástico que parecía una linterna averiada.

—Se acabó —dijo el hombre, y enseguida le apuntó al cuello con el curioso objeto.

El ruido de un chisporroteo eléctrico y un débil tictac salieron del artefacto. Por reflejo, Ralph levantó con brusquedad el brazo derecho y consiguió desviar la mano del atacante. El otro no fue tan rápido como él. El aparato negro que producía el ruido se estrelló contra el reposacabezas y de pronto Ralph comprendió lo que era.

Las chispas.

El zumbido.

Una pistola eléctrica.

Con renovadas fuerzas, trató de apartar el brazo del atacante y de aprisionarlo contra el respaldo del asiento.

Trolle soltó una maldición y, cuando estaba tratando de retirar el brazo, recibió un golpe que el hombre alto y delgado le propinó con la mano izquierda. Aunque le dio de lleno en la boca y los dientes, no le dolió mucho, pero aumentó considerablemente su rabia, porque se daba cuenta de que había desperdiciado por completo el factor sorpresa y se encontraba de repente en una situación muy comprometida. No estaba en forma para la lucha cuerpo a cuerpo. Necesitaba acabar enseguida. Le asestó a su contrincante dos golpes rápidos con la mano izquierda, que tenía libre. Falló el primero, pero con el segundo lo alcanzó en la mejilla. El otro soltó un gemido

y, por un momento, agachó un poco la cabeza hacia delante.

En el tumulto, Trolle consiguió liberar la mano derecha y la apretó contra el cuerpo de su enemigo. Aquello tenía que acabarse de una vez. Luchar dentro de un coche era una puta mierda. Volvió a accionar la Taser y esperó a que funcionara mientras veía con el rabillo del ojo que el hombre se disponía a propinarle un puñetazo en el estómago. Intentó bloquear el golpe, pero no lo consiguió. De todos modos, pronto acabaría todo.

El golpe del otro lo alcanzó primero y le hizo un daño exagerado. Sintió un dolor tan grande que se quedó sin fuerzas y la pistola se le cayó de la mano como si la tuviera muerta.

¿Cómo era posible?

El dolor se multiplicó cuando el hombre volvió a golpearlo. La vista se le empezó a oscurecer. Entonces lo comprendió.

No lo había golpeado.

Lo había apuñalado.

Y lo estaba haciendo otra vez.

De pronto, Trolle sintió caliente y mojada la parte baja del cuerpo. Estaba a punto de desmayarse, faltaba poco para que perdiera la conciencia, pero aun así logró bajar la vista y mirar la mano del hombre.

Vio que sostenía algo y notó que le asomaba otra cosa por el abdomen.

Lo primero era una navaja.

Lo segundo eran sus intestinos.

Lo último que vio fue la navaja, que volvía a hundirse en su cuerpo.

Ralph vio la sangre y las tripas que se derramaban sobre las piernas del desconocido. La sensación era extraña, pero lo siguió apuñalando. Necesitaba estar seguro. El viejo sentado a su lado dejó escapar un prolongado estertor y después se sumió en un silencio repentino y absoluto. Su cuerpo se volvió flácido bajo la lluvia de puñaladas y poco a poco se fue desplomando sobre el salpicadero. Ralph interrumpió el ataque, pero se mantuvo tenso y alerta. Al menor movimiento por parte del intruso, empezaría de nuevo. Pero todo siguió en calma. De repente, el interior del coche volvía a estar tranquilo y silencioso. Las mangas del mono blanco de pintor estaban rojas. El aire olía a sangre y a intestinos.

La cabeza le funcionaba a toda velocidad.

¿Qué había sucedido? ¿Quién demonios era el hombre que yacía muerto a su lado? ¿Llegarían más? Miró preocupado a su alrededor, pero la calle parecía desierta. Por lo que podía ver, no había nadie que se dirigiera hacia su coche ni que le prestara la menor atención. El viejo no podía ser policía. La policía no usaba pistolas eléctricas, sino armas auténticas. Sin embargo, de alguna manera, alguien había descubierto su identidad o en cualquier caso sus planes. Porque no era fruto del azar que ese hombre estuviera en su coche.

«Se acabó» era lo único que le había dicho. No eran las palabras de un atracador, sino de alguien que quería detenerlo. El Maestro tenía razón. Había cometido un descuido. Se había delatado. Quizá el propio Sebastian Bergman estuviera detrás de todo. Tal vez fuera mejor

contrincante de lo que él creía. De hecho, había descubierto que Ralph lo estaba siguiendo y se había enfrentado a él delante de la comisaría. Quizá no había sido suficiente con cambiar de vehículo.

Pero no había lógica en el razonamiento.

Si Sebastian estaba detrás de todo, entonces el hombre muerto sentado en su coche tenía que ser un policía. Sebastian trabajaba para la policía. Y tenía que haber más. Muchos más. Su caso tenía prioridad máxima. Era la investigación más importante de todas las que estaban en curso. Pero ¿dónde se encontraban todos los demás?

No era fácil dar con una respuesta.

Preocupado, Ralph volvió a mirar a su alrededor. Notó movimiento en el edificio donde ya debería estar actuando. Un taxi se detuvo en la puerta. Agachó la cabeza para que no lo descubrieran, y pudo ver a Anna Eriksson que salía del portal con una maleta. Se subió al taxi. Habría tenido que seguirla, pero se dio cuenta de que era imposible. Tenía que cambiarse de ropa. Ocultar el cadáver. Deshacerse del coche.

Había fracasado.

Había defraudado al Maestro.

Tendría que cargar con las consecuencias.

Vanja ya estaba de malhumor cuando llegó al edificio de la policía. De hecho, se había acostado enfadada el día anterior y se había despertado de mala leche por la mañana.

Todavía no eran las siete y media y ya era un día de mierda.

Por si no fuera suficiente que aún no hubieran adelantado nada en el caso —lo que ya de por sí era muy frustrante—, Sebastian Bergman todavía seguía participando de forma activa en la investigación. Por mucho que lo intentara, Vanja no podía entenderlo. ¿Cómo era posible que una persona íntimamente relacionada con las cuatro víctimas formara parte del equipo investigador? Aunque Torkel tuviera razón cuando decía que la implicación de Sebastian podía evitar nuevos asesinatos, porque Edward Hinde ya había conseguido captar su atención, su punto de vista era imposible de defender. Si llegaba a saberse, sería el fin de Torkel. Ni siquiera él podría evitar que la prensa lo cubriera de mierda. Pero eso no era lo único que la tenía fuera de sí. Apreciaba mucho a Torkel, pero en el fondo le daba igual que arriesgara su carrera por culpa de Sebastian. Lo que de verdad la ponía furiosa era que Torkel siempre parecía dar prioridad a Sebastian por encima de los otros miembros del equipo. ¡Tampoco era tan fantástico el cabrón! Además, la sacaba de sus casillas. Nunca estaba tranquila cuando él andaba cerca. Siempre la estaba mirando de una manera muy rara. La hacía sentirse observada. Trabajaba peor cuando él estaba presente. Lo detestaba con todas sus fuerzas.

Para colmo, el día anterior se había desplazado a Södertälje sin ninguna necesidad, por culpa del marasmo en que se encontraba sumida la investigación.

También detestaba Södertälje.

Y cuando había llamado a Billy para pedirle una pequeña ayuda, le había contestado que lo hiciera ella. «Hazlo tú.» ¿Qué mierda de respuesta era ésa? ¿Desde cuándo un miembro del equipo le decía a otro «hazlo tú» cuando le pedían un favor?

En su casa, después del inútil viaje a Södertälje, que encima le había costado cien coronas, se había duchado, se había preparado un té y un par de sándwiches, y se había sentado tranquilamente a ver la televisión. No quería ponerse a estudiar el caso sentada a la mesa de la cocina, como solía hacer. Quería relajarse y desconectar.

Pero no había podido.

Le había resultado imposible, porque Anna la había llamado bastante tarde y le había dicho que la abuela estaba enferma y que pensaba ir a verla y pasar con ella unos días. Como era lógico, Vanja le había preguntado qué tenía la abuela y la respuesta había sido que no era nada grave. Pero ¿por qué iba a pedir Anna unos días libres en el trabajo para estar con la abuela si no

era nada grave? Le estaba ocultando la verdad, como había hecho cuando Valdemar se había puesto enfermo. No había dejado que viera los resultados de los análisis. Había trivializado la verdad, la había adornado. Vanja había tenido que preguntárselo directamente a su padre para saber qué estaba pasando. Y él se lo había contado todo. En cambio, Anna le había mentido. A Vanja no le gustaban las mentiras. También sabía que Anna sólo quería protegerla, pero las mentiras que le había contado durante aquella época no habían servido para unirlas, sino más bien al contrario. Y ya había cierta distancia entre ellas. A su madre la llamaba Anna, y a Valdemar, papá. Eso ya de por sí significaba algo.

Algún día tendría que hablar al respecto con Anna. Le diría que no le gustaba que hubiera mentiras entre ellas. La noche anterior, por teléfono, habría querido decirle que la acompañaba, que ella también deseaba visitar a la abuela. Pero no podía tomarse unos días libres. No podía abandonar el trabajo después de un mes de investigaciones sin ningún resultado. Aunque, a decir verdad, habían avanzado un poco. Habían descubierto la conexión con Hinde. Pero ella no podía seguir esa pista. La seguiría Sebastian, porque así lo había decidido Torkel.

Puto Torkel.

Puto Sebastian.

Mierda de vida.

Había apagado el televisor y había salido. Tenía pensado dar una vuelta y nada más. Respirar el aire fresco, despejarse la cabeza y cansarse un poco para dormir mejor. Pero entonces vio el bar del barrio abierto y entró. Pidió una cerveza y después otra más. Se puso a charlar con unos chicos y siguió bebiendo. Se encontró con gente conocida y bebió un poco más. Al final, alguien pidió una ronda de chupitos. Quizá fue suya la idea. Durante un breve instante, llegó a considerar la posibilidad de llevarse a alguno de los chicos a su casa, pero se arrepintió. Aun así, cuando se acostó ya eran más de las dos. Y estaba bastante achispada. O borracha. No era propio de ella. El despertador sonó a la hora acostumbrada. Y ahora, después de dormir la mona durante apenas cuatro horas, estaba en la oficina. Era peor el malhumor que la resaca, pero en cualquier caso no era una buena combinación.

Se sentó a su escritorio y encendió el ordenador. Empezó a buscar a Rodríguez y lo encontró, pero no había nada sobre la fecha ni el lugar del accidente de tráfico que lo había incapacitado. Tendría que seguir buscando. Pero primero necesitaba un café. La cafeína y una pastilla para el dolor de cabeza harían maravillas. Se dirigió al comedor, cogió una taza del armario situado sobre el fregadero y se sirvió un capuchino. Después regresó a su puesto. Abrió el cajón superior de su escritorio, sacó un ibuprofeno de su caja y se tragó la pastilla con un sorbo de café. Cuando se disponía a ampliar la búsqueda llegó Billy. Llevaba la correa del bolso atravesada sobre el pecho y un casco de ciclista en la mano. Billy tenía una bicicleta con veinticuatro cambios de velocidad, fabricada con el mismo material que algún tipo de nave espacial o algo parecido. Alta tecnología. Como todo lo suyo. La bici de Vanja, en cambio, tenía solamente tres cambios y no los usaba nunca.

—Hola, ¿qué tal? —la saludó Billy mientras se quitaba la correa del bolso por la cabeza,

junto a su mesa.

—Bien —respondió Vanja sin levantar la vista. Hizo un esfuerzo para parecer concentrada y evitar así que continuara la conversación, pero no lo consiguió.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Billy, que se estaba acercándose al escritorio de su compañera para mirar.

Vanja notó que estaba acalorado. El sudor le bajaba por las mejillas y le llegaba hasta el cuello. Vio que inclinaba la cabeza a un lado y se secaba con una manga de la camiseta.

—Estoy tratando de averiguar cuándo tuvo el accidente Rodríguez.

Billy se sintió un poco mal. De hecho, si Vanja no hubiera llegado tan pronto, habría empezado el día buscando la información que ella necesitaba. A My le había parecido muy bien su reacción del día anterior. Pero por muy bueno que fuera ponerse serio y hacerse valer de vez en cuando, lo cierto era que había pasado toda la noche inquieto por la mala conciencia.

—¿Dónde estás buscando?

—¿Cómo? —Vanja desvió la vista de la pantalla y miró a Billy por primera vez desde que había llegado—. ¿Quieres ayudarme?

Billy dudó un instante. La situación era nueva. Vanja no se lo estaba pidiendo. Le estaba preguntando si quería ayudarla. ¿Lo hacía porque le interesaba su opinión? ¿O quizá porque estaban obligados a trabajar juntos? ¿O tal vez para ponerlo a prueba después del encontronazo de la víspera? Billy prefirió ir sobre seguro y le respondió con otra pregunta.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

Vanja se volvió otra vez hacia el ordenador y empezó a teclear, para desconcierto de Billy. Era evidente que estaba enfadada, imaginaba que con él. Y con razón. ¿Qué debía hacer él? ¿Esperar sin decir nada? ¿Confiar en que se le pasara? Tarde o temprano se le pasaría, eso era seguro. En cualquier caso, se dijo que durante el día tendría que tener más cuidado que de costumbre para no irritar a Vanja. No le gustaba enemistarse con ella.

—¿Quieres que te traiga un café?

Una pequeña calada a la pipa de la paz no podía hacer ningún daño.

—Ya tengo, gracias —respondió ella, señalando rápidamente con la cabeza la taza de capuchino, que aún estaba casi llena.

Billy asintió. Tendría que haberla visto. Pero le quedaba otra señal de paz, una mano tendida que estaba segura de que ella aceptaría.

—Se llama My.

—¿Quién?

—La chica del teatro... Mi chica.

Vanja levantó la cabeza, como si aguardara una continuación, pero Billy no tenía ninguna. Se esperaba una avalancha de preguntas y había decidido responderlas todas menos las referentes a la ocupación de My. Después de la conversación telefónica de la noche anterior, Vanja relacionaría enseguida la profesión de su amiga con el comportamiento de Billy y entonces se pondría para siempre en contra de ella. Billy tampoco quería eso. ¡Mierda, qué complicado era todo! Vanja lo seguía mirando expectante, y él comenzaba a sentirse un poco tonto. Como si lo

hubiera dicho para alardear de novia.

—Bueno, eso... Pensaba que te gustaría saberlo...

—Muy bien.

Vanja volvió a concentrarse en la búsqueda. No estaba interesada en su vida sentimental. Eso quería decir que estaba muy cabreada, quizá con más gente y no solamente con él.

—Eh... Voy a darme una ducha rápida.

—Muy bien.

Billy se quedó unos segundos más, pero al final salió de la oficina.

El día iba a ser duro.

Edward estaba en la biblioteca.

Para ser una institución tan pequeña, Lövhaga tenía una biblioteca muy grande. Con toda probabilidad, había muchos factores que lo justificaban: la larga duración de las condenas, los crímenes horrendos que habían cometido los reclusos, la idea de que el desarrollo intelectual haría crecer a los internos como personas, y la confianza en que los libros y el conocimiento los convertirían mágicamente en mejores seres humanos. También había otro factor, que es el que suele inspirar la mayoría de las empresas humanas: el interés personal. Cuanto mejor fuera la biblioteca y más numeroso el grupo de reclusos que la utilizaban con regularidad para su educación, más altas serían las calificaciones que obtendría la dirección en los informes internos. La lógica era simple: una buena biblioteca era signo de una dirección competente y activa.

Hinde había sido testigo de la puesta en práctica de ese razonamiento después del gran conflicto por los turnos de limpieza. En los meses siguientes, la dirección procedió a una considerable ampliación de la biblioteca, con el añadido de una nueva planta dedicada íntegramente a las humanidades, como si fuera posible prevenir futuras disputas entre exyugoslavos con estrés postraumático, encarcelados por reiterados actos de violencia, poniendo a su alcance *La historia del Renacimiento* en doce volúmenes o una colección de textos sobre filosofía e historia de las ideas.

La oferta incluía ensayos y novelas, pero había que buscar de forma concienzuda para encontrar alguna perla. A Edward le había llevado mucho tiempo, pero ahora estaba sentado en la planta superior, como era su costumbre, leyendo uno de sus libros favoritos. La obra describía con todo detalle la marcha de Napoleón en 1797 a través de los Alpes. Recién ascendido a general, Napoleón había sido enviado con precipitación a Italia para proteger a los aliados de Francia contra las fuerzas de los Habsburgo. Fue durante aquellos gloriosos combates cuando dio muestras de la capacidad estratégica que lo encumbraría hasta las más altas cimas de la historia. Edward ya había leído el libro muchas veces, pero no por su cuidada descripción de las tropas, las batallas y los problemas de abastecimiento, ni tampoco por sus análisis políticos. Nada de eso le interesaba. Pero en medio del libro había un capítulo que se recreaba de modo extenso en la personalidad de Napoleón y profundizaba en su relación con su madre, Letizia Bonaparte.

Una madre fuerte.

Dominadora.

Estaba convencido de que el secreto de Napoleón residía en ese capítulo. Lo imaginaba de niño y sabía que sus grandes ambiciones obedecían únicamente a una razón: Letizia. Casi con

seguridad no había sido una mujer de trato fácil.

Edward abandonó por un momento a Letizia, levantó la vista y miró a su alrededor. Sabía que pasaban dos o tres minutos de las doce y que pronto cambiaría el turno del personal de la biblioteca. El guardia del piso superior se dirigiría a la pequeña recepción, situada junto a la entrada, y se marcharía con su colega en cuanto llegara el relevo. Por lo general, llegaba primero uno solo de los guardias, que se quedaba en el piso de abajo, mucho más concurrido. Diez minutos después, se presentaba el segundo, que subía a ocupar su puesto en el piso de arriba.

Hinde dejó el libro sobre la mesa y acercó con cautela la silla a la balaustrada, para dominar mejor la planta baja.

Como de costumbre, Hinde estaba solo en el piso de arriba. Los otros reclusos ya no subían, o al menos evitaban subir cuando estaba él. Permanecían obedientemente en la planta de abajo. Era así desde hacía tiempo. A veces parecía como si la dirección se hubiera gastado millones de coronas y hubiera construido toda la planta superior para que la utilizara una sola persona.

Era una sensación deliciosa.

Habían hecho falta varias semanas de esfuerzo intensivo, después de la solemne inauguración, para que la nueva regla no escrita calara a fondo en el resto de los reclusos. En esa época, Edward contaba aún con la ayuda de su amigo Roland Johansson, mucho más robusto que él, a quien echaba mucho de menos. Roland tenía una habilidad única para convencer a los demás. No conocía el miedo y nunca se echaba atrás por tonterías como la empatía o la compasión. Además, sentía una lealtad de soldado hacia Edward y siempre estaba a su lado, fiel y silencioso. Roland no hablaba mucho, pero Hinde lo había sondeado y había encontrado la manera de intimar con él, a través de su infancia y de la sucesión de adversidades que habían conformado su personalidad: padres alcohólicos, un hogar de acogida tras otro, rupturas, inseguridad... Una historia precoz de drogas y delincuencia. Eran las habituales desgracias compartidas por el noventa por ciento de las personas con las que Edward convivía de manera involuntaria. Pero a diferencia de los demás, Roland era inteligente. Tremendamente inteligente. Hinde lo había sospechado y, para confirmarlo, le había hecho pasar un test de coeficiente intelectual que encontró en uno de los libros de la biblioteca. El resultado había sido un 172 en la escala Stanford-Binet. Solamente una persona entre diez mil superaba un coeficiente de 170. Para asegurarse, Hinde lo había verificado con la escala Wechsler y el resultado había sido casi el mismo. Roland Johansson era único y, para Edward, era un regalo del cielo: un hombre de inteligencia privilegiada, pero marginado y endurecido por toda una vida de desengaños y traiciones, alguien cuyo verdadero valor interior nadie había sabido apreciar. Hasta que conoció a Edward. El estímulo mental había sustituido al químico, y Edward había empezado a entrenarlo para sus futuras funciones. Tras su libertad, Roland había llevado una vida discreta, sin delitos, ni drogas, a la espera de la señal. El tratamiento de Edward había sido más efectivo que veinte años de torpes intentos de rehabilitación. Hinde le proporcionó a Roland una identidad y le enseñó a confiar en sí mismo. Era mejor que todos los libros del mundo, por muchos volúmenes que tuvieran. Edward se alegraba de tener a alguien tan poderoso y leal de su parte, pero lo echaba de menos en la cárcel, en parte porque su amistad había llegado a ser importante para él y en parte porque su posición de fuerza dentro de Lövhaga se había debilitado desde que Roland

había salido en libertad. Había tenido que recurrir al triple asesino Igor para conseguir los mismos fines. Desde el punto de vista físico, Igor era tan eficaz como Roland, pero por desgracia era bipolar y no siempre se podía confiar en él.

Edward vio entrar en el piso de abajo de la biblioteca al guardia del turno siguiente, que llegaba con cierto retraso, pero dentro de los márgenes previsibles. El hombre se detuvo e intercambió unas palabras con sus dos colegas. Los tres se rieron de algo que había dicho uno de ellos y, tras unas palmadas en los hombros del recién llegado, los otros dos se fueron a comer. En la puerta se cruzaron con un limpiador vestido de azul, que acudía empujando su carro. Lo saludaron con una inclinación de la cabeza y el limpiador les devolvió el saludo. Era Ralph. Puntual, como siempre. Edward lo vio intercambiar un par de frases con el guardia que acababa de llegar, sentado detrás del mostrador de la recepción. Entonces, Hinde se dirigió hacia el ascensor. Tuvo la precaución de situarse detrás de una estantería, para que pareciera que estaba buscando un libro, pero el guardia del piso de abajo no le estaba prestando la menor atención. Catorce años sin el menor incidente hacían que los guardias se confiaran.

—Empezaré por arriba —oyó decir a Ralph.

—Empieza por donde quieras —le respondió secamente el guardia.

Hinde oyó que Ralph empujaba con rapidez el carro hacia el ascensor y pulsaba el botón para subir. Las puertas se abrieron enseguida y Ralph entró con el carro.

Disponían de unos nueve minutos antes de que llegara el otro guardia y subiera. Muy rara vez se encontraban de esa manera, sólo en casos excepcionales, cuando era del todo necesario hablar e internet no era suficiente. Era una medida de seguridad que Edward había implantado. Era en extremo importante que sus encuentros no fueran demasiado regulares. Tenían que evitar las repeticiones y las pautas que los guardias pudieran descubrir o que les hicieran desconfiar. Pero en esa ocasión necesitaban reunirse. Ralph le había hecho llegar un mensaje inquietante a través de <fygorh.se>. Alguien les estaba siguiendo la pista. Un hombre había muerto. Hinde lo conocía si realmente era suyo el carnet de conducir que Ralph le había encontrado en el bolsillo.

Trolle Hermansson.

Uno de los policías presentes en la sofocante sala de interrogatorios. Por aquel entonces, era comisario y era el más agresivo de los tres interrogadores.

Ahora ya no era policía.

¿Qué hacía entonces delante de la casa de Anna Eriksson?

Tenía que haber alguna relación con Sebastian. Los tres hombres que habían conducido los interrogatorios intensivos eran Sebastian, Trolle y el otro tipo, Torkel Höglund. A veces se turnaban, pero siempre estaba presente uno de los tres. Y ahora uno de ellos había muerto. El que ya no era policía. Seguramente Sebastian tenía algo que ver en el asunto. Sólo él podía recurrir a un viejo aliado, quizá porque quería seguir una pista por su cuenta, sin decírselo a los demás. Si el resto de la Unidad de Homicidios hubiera sabido de la existencia de Ralph, habrían enviado al cuerpo de operaciones especiales y no a un viejo expolicía. A un viejo solitario.

Edward seguía de pie junto a la estantería. Ralph empujó el carro de la limpieza y lo dejó interpuesto entre las puertas del ascensor para impedir que volvieran a cerrarse. Después, cogió una de las escobas y se acercó a la estantería, en el lado opuesto al que se encontraba Edward. Se

puso a barrer de forma enérgica mientras hablaba entre susurros, sin poder disimular su agitación.

—Dejé el cuerpo en el maletero, como me indicaste.

—Bien.

—El coche quedó en el polígono industrial de Ulvsunda, sobre Bryggerivägen. Pero no puedo entender cómo me descubrieron...

Edward apartó dos libros para poder ver a su discípulo. Su expresión era serena.

—Te habrás descuidado. Habrás dejado que te siguieran...

Ralph asintió avergonzado. Bajó la vista al suelo y Hinde prosiguió.

—¿Y Anna Eriksson? ¿Qué ha pasado con ella?

—Se ha ido.

Edward meneó lentamente la cabeza en señal de desaprobación.

—Era la siguiente, ¿no?

—Sí.

—Es lo que siempre digo: planificación, paciencia, determinación. Todo lo demás conduce a la negligencia y al fracaso. Ahora estamos perdiendo, ¿lo entiendes?

Ralph no se atrevía a mirarlo. La vergüenza se lo impedía. La fuerza que sentía cuando clasificaba los recortes de la prensa lo había abandonado. No se veía capaz de hablar. Volvía a ser el Ralph de siempre, el que no se atrevía a mirar a la gente a la cara. De todos modos, hizo un último esfuerzo.

—Pero ¿por qué no estaba allí la policía? ¿Por qué solamente mandaron a un viejo?

—Porque la policía no sabe nada.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien descubrió que estabas a punto de actuar. En ese momento y en esa calle. Pero no fue la policía.

—Entonces ¿quién?

—¿Tú qué crees?

—¿Sebastian Bergman?

Edward asintió.

—Tiene que haber sido él. Pero, por alguna razón, no quiso revelarles a sus colegas que Anna Eriksson podía ser la siguiente víctima. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Todavía no. Tenemos que averiguarlo.

—No te entiendo...

Ralph se atrevió a levantar la vista hacia el Maestro, que le devolvió una mirada llena de desprecio.

—Claro que no. Pero piénsalo bien. Habías dicho que él la sigue, que lleva mucho tiempo siguiéndola.

—¿A quién? —preguntó Ralph perplejo.

—A Vanja Lithner, la hija de Anna Eriksson.

Edward guardó silencio. Ralph seguía sin entender. No podía esperar otra cosa de él. Era un

idiota. Pero Edward lo veía cada vez con más claridad. La solución al enigma era Vanja, la mujer rubia cuyos pechos él había intentado tocar. Su reciente visita a Lövhaga no le había parecido especialmente importante. Pero después se había enterado de que Sebastian la había estado siguiendo durante mucho tiempo. ¿Por qué? ¿Por qué antes de incorporarse a la investigación Sebastian había seguido a una de las integrantes de la Unidad de Homicidios durante semanas y meses? Era un dato difícil de explicar, pero nada desdeñable. Tenía que significar algo. La sensación de que era importante se intensificó cuando repasó lo sucedido en la sala de visitas. El psicólogo parecía sentirse obligado a protegerla y eso no era propio de Sebastian Bergman, que por lo general rechazaba todo contacto o relación con el resto de la gente. A Sebastian no le preocupaban las otras personas. Pero Vanja sí. Ya en la sala de reuniones, Edward se había preguntado qué podía ocultar su inesperado estallido. Y ahora, después de lo sucedido, era posible que hubiera encontrado una brecha. Sólo era necesario ensancharla para descubrir la verdad. Había que ahondar tanto como fuera posible.

Ralph permanecía en silencio, mirando nerviosamente a su alrededor.

—No te preocupes, todavía tenemos tiempo —lo tranquilizó Edward—. Cuando vuelvas a casa, quiero que investigues a toda la familia. ¿Cuándo se quedó embarazada Anna Eriksson? ¿Cuándo nació Vanja? ¿Cuándo entró en su vida ese Valdemar? Quiero saberlo todo: sus amigos, los lugares donde estudió... Todo.

Ralph asintió. No entendía muy bien lo que estaba pasando, pero se alegraba de que Edward ya no lo mirara sólo con desprecio.

—De acuerdo.

—Hazlo hoy. Ahora. Diles que te encuentras mal y vete a casa.

Ralph asintió aliviado. Había tenido mucho miedo de que su fracaso significara el fin para él, de que todo lo que había empezado a construir se derrumbara y desapareciera. Habría sido lo peor que podía pasarle, porque se estaba acostumbrando a la vida. A la vida verdadera.

—Entonces ¿me darás la siguiente? —se oyó decir en un impulso.

La pregunta inesperada irritó a Edward. ¿Habría perdido el control sobre el ser despreciable que tenía delante? Le había dado todo a esa escoria patética. Lo había creado de la nada. ¿Y ahora intentaba mercadear con él? Ya le enseñaría. Pero aún no. Todavía lo necesitaba. Hasta que supiera, hasta que estuviera seguro. Por eso lo miró con una sonrisa tranquilizadora.

—Eres muy importante para mí, Ralph. Te necesito. Tendrás otra si así lo quieres, pero antes deberás arreglar esto.

Ralph se tranquilizó enseguida, aunque se dio cuenta de que probablemente se había excedido. Había pedido demasiado.

—Perdóname. Sólo quería...

—Yo sé lo que querías. Estás ansioso. Pero recuerda: paciencia.

Edward vio que Ralph asentía obediente.

—Esperaré tu informe —dijo para terminar.

Se volvió y se encaminó otra vez hacia la mesa, donde lo esperaban Letizia Bonaparte y su hijo.

Ralph metió el carro en el ascensor y bajó.

El otro guardia llegó menos de un minuto después.
Sincronización perfecta.

Jennifer Holmgren bostezó.

No por cansancio, ni por falta de oxígeno, sino por puro aburrimiento, allí parada en el prado que bajaba hasta el lago de Lejondal. Delante tenía no sólo al jefe de la operación policial, que estaba repasando de forma breve todos los puntos de la misión, sino también una enorme casa amarilla de dos pisos, con un extenso jardín que bajaba hasta el lago. A su lado había varios policías, la mayoría de Sigtuna, como ella. Jennifer sofocó el bostezo y repitió mentalmente todo lo que necesitaba recordar.

Lukas Rud.

Seis años.

Varias horas desaparecido. Tres, según afirmaba la madre del chico; era probable que más, según el padre. En cualquier caso, cuando los padres se habían levantado esa mañana, no habían encontrado a Lukas en su cama ni en ningún otro lugar de la casa. De eso hacía unas tres horas. Se habían acostado hacia las doce y media, por lo que en realidad el niño podía llevar toda la noche desaparecido. Era imposible saberlo. Cuando se levantaron, las puertas estaban cerradas, pero no con llave.

Jennifer sintió que empezaba a sudar dentro del uniforme. El sol le quemaba de modo implacable la espalda. Era su primer caso de desaparición, su primera *missing person*, como a ella le gustaba decir. Después de cuatro semestres en la academia de policía, había comenzado su segundo mes de prácticas en Sigtuna. La ciudad no era precisamente el centro de la delincuencia mundial. No era que faltara el trabajo. Ahí estaban las estadísticas para demostrarlo. A lo largo de 2009, la tasa de criminalidad de Sigtuna había sido mayor que la media de los municipios del país: 19.579 delitos denunciados por cien mil habitantes. La media estaba en 10.436. Aun así, no parecía el lugar más emocionante de Suecia para ser policía. Y Jennifer quería emoción. Estaba muy bien ayudar a la gente y hacer cosas buenas para la sociedad, pero no había sido ésa la principal razón para incorporarse a la policía. Lógicamente, cuando se había presentado como aspirante a la academia, había disimulado un poco sus sueños de acción y emociones, y había intentado transmitir que su imagen de la profesión era mucho más madura y realista; pero durante todo el período de formación había destacado sobre todo en los momentos de mayor exigencia física, en especial en la lucha cuerpo a cuerpo y el manejo de armas. Sin embargo, no había tenido ninguna ocasión de practicar nada de eso desde que había llegado a Sigtuna. En los dos últimos meses, había puesto varias multas por exceso de velocidad en un tramo con limitación de treinta kilómetros por hora delante de una escuela; había registrado denuncias de

robos, destrozos, hurtos y malos tratos; había hecho pruebas de alcoholemia, atendido el mostrador de entrada y expedido más pasaportes de lo que hubiera creído posible.

Trabajo policial, sí, desde luego.

Pero acción y emociones, más bien pocas.

Habían sido dos meses que parecían dos años. Por eso, cuando oyó hablar de Lukas Rud se animó un poco. Un menor desaparecido. Podían habérselo llevado. Podían haberlo secuestrado. Albergó esa secreta esperanza, hasta que llegaron a la casa del niño y conocieron los hechos.

La mochila de Lukas con el osito Bamse había desaparecido, además de dos latas de Coca-Cola que la familia había comprado para el fin de semana y un paquete de galletas con forma de letras.

El niño se había fugado de casa.

O tal vez ni siquiera eso.

Quizá se había despertado, se le había ocurrido salir de excursión y se había marchado sin despertar a sus padres.

Más corriente y banal imposible. Más aburrido tampoco.

Jennifer Holmgren sabía que probablemente no mostraba la actitud correcta para ser una buena policía, pero ¡por favor! ¿De verdad tenían que buscar a un niñito que se había fugado de casa? Con toda probabilidad se habría escondido detrás de algún tronco caído y se habría quedado allí, consumiendo la comida de la mochilita, hasta que tuviera frío, o se aburriera, o se hiciera de noche, y entonces saldría de su escondite y volvería a casa.

A menos que se perdiera. Había muchos bosques en los alrededores. Pero, en la época del año en que se encontraban, la búsqueda tampoco sería emocionante. En cuanto a la temperatura ambiente, no había ninguna prisa por encontrarlo. Quedaban las canteras y el lago. Jennifer lo había pensado al ver el jardín. El niño podía haber resbalado y caído mientras bajaba hacia el lago. Sin embargo, la familia no tenía embarcadero y en el lago no había mucha corriente, de modo que si el pequeño se hubiera ahogado, el cuerpo habría quedado cerca de la orilla.

A Jennifer le asignaron un área de búsqueda más o menos a un kilómetro de distancia, un camino que se adentraba en el bosque, al otro lado de la carretera. Volvió a abrigar ciertas esperanzas. Ya había desechado la idea de un secuestro planificado. Los padres no nadaban en la abundancia, pese a vivir en una casa relativamente grande y con vistas al lago. Pero ¿y si alguien se había llevado al niño por un impulso repentino, al verlo junto a la carretera? Un niño pequeño caminando por el arcén. Se lo podía haber llevado un pedófilo.

No le deseaba ningún mal al pobre chiquillo, ni menos aún la muerte. Al contrario. Esperaba que no le hubiera pasado nada grave, pero le habría gustado tener un poco de acción, algo de emoción. Recibir información de un coche sospechoso, buscarlo, investigar, dar con él, llamar a la central, actuar, detener al culpable...

Para eso se había hecho policía y no para dar tonificantes paseos por el bosque, en un día caluroso de verano, en busca de un niño perdido harto de galletas y de Coca-Cola. Si hubiera querido eso, habría estudiado para maestra de jardín de infancia. Sí, de acuerdo, quizá estaba siendo injusta. Las maestras no perdían a los niños. O al menos no los perdían con mucha frecuencia. Pero aun así...

Subió por el camino que se adentraba en el bosque. Según el mapa, parecía acabar en una cantera de grava o algo semejante. Quizá el pequeño Lukas se había quedado atrapado en las arenas movedizas. Tal vez había trepado a una montaña de grava, se había resbalado y había caído. Cuanto más se movía, más se hundía. ¿Podía pasar algo así en una cantera de grava? Jennifer no lo sabía, pero le encantaba la idea de aferrar con todas sus fuerzas la manita del niño, que sería lo único visible en el enorme foso de grava cuando llegara a la cantera. Lo sacaría a la superficie, le limpiaría la boca llena de arena y le practicaría la reanimación mientras el resto de sus colegas acudían corriendo. La sola idea la hizo animarse y apurar un poco el paso. Aun así, iba mirando entre los árboles, aunque sin prestar demasiada atención. Según habían dicho los padres, se suponía que el niño iba vestido con pantalones azules de algodón, camiseta amarilla y, encima, camisa azul de rayas. En cualquier caso, era lo que llevaba puesto el día anterior y las prendas no estaban en la casa por la mañana. Debía de ser como una banderita sueca corriendo por el bosque. Jennifer empezó a preguntarse por qué se habría fugado de casa el chiquillo, si sería por simple espíritu de aventura o por alguna razón concreta. Ella misma se había enfadado muchas veces con sus padres a lo largo de su infancia —¿y quién no?—, pero nunca se había escapado de casa. No conocía a nadie que lo hubiera hecho. ¿Quizá mereciera la pena investigar un poco al respecto? Si encontraba al niño, intentaría sonsacarle un poco de información. Solamente tenía seis años. A esa edad, los niños todavía le tienen miedo a la policía.

Llegó a la cantera. Tenía sed y estaba empapada en sudor. Las moscas zumbaban a su alrededor. Por la radio oía a los otros, que informaban cada poco tiempo. No entendía la gracia de hablar por radio cada cinco minutos para decir que no habían encontrado nada. Habría sido mejor usar la radio sólo si hallaban al niño.

En cualquier caso, ella no lo encontró. Cuando ya se disponía a volver por donde había llegado, vio brillar algo detrás de los montones de grava, cerca del bosque. Se hizo pantalla con la mano y entrecerró los ojos para ver mejor. Entonces distinguió parte de un guardabarros y un faro roto. Había un coche parado. Era un sitio muy extraño para aparcar. Un sitio muy raro. E incluso sospechoso.

¿Sería una prostituta con un cliente?

¿Un traficante de drogas haciendo negocios?

¿Alguien que habría querido ocultar un cadáver?

Jennifer abrió la funda del arma y se acercó poco a poco al coche.

Después de ducharse y de ir a buscar un café, Billy entró en el despacho y miró a Vanja. Como ella ni siquiera levantó la cabeza al oírlo entrar, decidió no molestarla más. Esperaba que no fuera rencorosa. De hecho, no sabía si lo era o no, porque nunca habían tenido un encontronazo grave. Habían diferido en sus opiniones y habían discutido muchas veces, pero jamás se habían peleado de verdad. Dejaría pasar un tiempo y, en el peor de los casos, le pediría perdón. Tampoco sería el fin del mundo.

Se sentó delante de su ordenador, tecleó la contraseña, se puso los auriculares y activó el Spotify en el móvil mientras descargaba un documento de texto. Lo había escrito la noche anterior cuando no podía dormir. Eran solamente unos cuantos puntos, una forma de ordenar sus pensamientos. Había expuesto el caso de principio a fin con una enumeración de las ideas y las teorías. Nunca había trabajado de ese modo y quería ver si así podía llegar a alguna conclusión. Se echó hacia atrás y releyó lo que había escrito.

Una de las posibilidades era que alguien matara a las amantes de Sebastian y copiara a Hinde en la manera de asesinarlas sin que hubiera ninguna relación entre Hinde y el asesino. Sólo porque a un loco se le había ocurrido la idea. Para vengarse de Sebastian.

Muy improbable.

Porque Hinde tenía alguna relación con los asesinatos. Sebastian parecía estar seguro y Vanja también tenía esa sensación después de hablar con él. Era imposible ignorar ese aspecto del caso.

Hinde estaba involucrado.

Pero no podía ser el autor de los asesinatos. Eso quedaba del todo descartado. Por lo tanto, hasta donde Billy podía ver, había dos posibilidades.

La primera era que Hinde le hubiera pedido a alguien que lo hiciera, en algún momento del pasado y durante una única conversación. Le habría indicado que todas las víctimas debían tener algo en común y cuál debía ser ese rasgo compartido. Después de ese único contacto, la otra persona habría empezado a actuar por su cuenta. Habría seguido a Sebastian y de ese modo habría encontrado a Annette Willén.

Posible, pero poco probable.

Uno de los argumentos en contra era que el asesino se había apartado de su modus operandi cuando había matado a Annette. De repente, había sustituido a las mujeres del pasado lejano de Sebastian por su última conquista. ¿Por qué? Partiendo del supuesto de que Hinde le hubiera proporcionado una lista de mujeres que cumplían con su requisito, ¿se habría apartado el imitador de esa lista? ¿Habría empezado a improvisar?

Como había observado antes, era posible, pero poco probable.

Quedaba la alternativa de que Hinde estuviera continuamente en contacto con el asesino y que de alguna manera los dos pudieran intercambiar información. El hecho de que Annette Willén fuera una de las víctimas era, en opinión de Billy, una prueba a favor de esa posibilidad. El asesino había seguido a Sebastian, había visto que se relacionaba con Annette, se lo había comunicado a Hinde y éste le había ordenado que la matara. O a la inversa. Hinde le había encomendado al asesino la misión de encontrar una mujer más reciente en la vida de Sebastian para que la conexión con él resultara más evidente.

Tenía sentido, pero por desgracia era imposible.

Porque Hinde no tenía ningún contacto con el mundo exterior. ¿O sí? Billy había llamado a Victor Bäckman, de Lövhaga, y le había pedido los datos de las conexiones de Hinde a internet en los últimos días. Pensaba empezar a partir de ahí. Existía la posibilidad de que alguna de las páginas que visitaba Hinde tuviera información codificada que sólo él pudiera entender. Como en una vieja novela de espías.

Pero, si era así, ¿cómo lo hacía para responder? No podía participar en ningún chat, ni dejar comentarios, ni enviar ningún archivo desde los ordenadores de la biblioteca. Por lo tanto, solamente cabía una posibilidad...

Torkel asomó la cabeza por la puerta.

—Vamos a empezar —dijo, y le dio a Billy una palmada en el hombro.

Billy se quitó los auriculares, amontonó los papeles que tenía dispersos sobre la mesa, se levantó y salió de la sala. Sin moverse de su puesto, Vanja apretó con fuerza los párpados y se masajeó la frente con el pulgar y el índice. El ibuprofeno no había servido de nada. Sacó la caja de pastillas del primer cajón y separó una más del envase. Se la tragó con un sorbo de café que ya ni siquiera estaba tibio y salió al pasillo, donde estuvo a punto de chocar con Ursula. Unos pasos más atrás llegaba Sebastian arrastrando los pies. Vanja fingió que no lo había visto.

—Buenos días —dijo, dirigiéndose de forma ostensible a Ursula.

—Hola. Pareces cansada.

Vanja se limitó a asentir con un gesto mientras pensaba una respuesta adecuada. No tenía ningún interés en exponer todos los pensamientos negativos que había tenido la noche anterior, ni en revelar que se había emborrachado la noche de un día laborable. Decidió alegar un motivo aceptable para ir a trabajar con ojeras: la preocupación.

—Mi abuela está enferma.

—Lo siento —manifestó Ursula—. Espero que no sea nada grave.

—No. Anna ha ido a acompañarla. Seguramente llamará dentro de poco.

Sebastian sonrió aliviado para sus adentros. Anna se había marchado de la ciudad. Una preocupación menos. Había pasado toda la noche pensando en lo que había hecho, en lo que debería haber hecho y en lo que debía hacer. Si había cometido un error y había conducido al asesino a casa de Anna, entonces quizá lo mejor habría sido poner dos policías montando guardia en el edificio para esperar al asesino y atraparlo. Si Valdemar salía, haciendo ver que Anna se quedaba sola en casa, la policía sólo tendría que esperar a que se presentara el criminal. Habría sido lo mejor y lo más eficaz, pero era imposible. ¿Cómo iba a decir Sebastian que temía que

Anna fuera la siguiente cuando las víctimas tenían sólo una cosa en común? No podía. Tenía que confiar en Trolle. Pero Trolle no contestaba al teléfono. No había contestado en toda la mañana. Estaba preocupado. Sacó el móvil y volvió a marcar el número de Trolle mientras iba detrás de los demás hasta la sala y se sentaba. El teléfono de Trolle sonó muchas veces, pero no hubo respuesta.

—Sebastian... —Era Torkel, que lo estaba mirando para que dejara el móvil—. Vamos a empezar.

Sebastian puso fin a la llamada y con un suspiro se guardó el teléfono en el bolsillo. Vanja estiró un brazo para alcanzar una de las botellas de agua del centro de la mesa. La abrió y se puso a beber.

—Muy bien —empezó Torkel—. Actualización rápida. ¿Empiezas tú, Vanja?

Vanja se bebió el agua que quedaba en la botella y se aclaró un poco la garganta.

—He podido descartar a Rodríguez como autor del robo del coche. El Focus azul lo robaron dos días después de que Rodríguez cruzara la E-4 sin mirar. Borracho como una cuba, por lo visto.

—¿Algo más?

—No, no he encontrado nada que indique que Rodríguez está involucrado.

Torkel asintió. Otra posible pista que había resultado ser un callejón sin salida. Como muchas de la investigación. Demasiadas.

—Billy...

Billy enderezó la espalda en la silla y dijo básicamente lo que estaba pensando unos minutos antes cuando Torkel lo había interrumpido.

—Creo que alguien lo está ayudando.

—¡Enhorabuena, Einstein! —exclamó Sebastian, con un pequeño aplauso—. ¡Es puñeteramente obvio que lo están ayudando!

—No me refiero a los asesinatos, sino a la información, los contactos... Creo que hay alguien dentro de Lövhaga que lo está ayudando.

Sebastian guardó silencio. Todos se inclinaron un poco hacia delante. Interesados. Concentrados. La sugerencia no era nada descabellada. Ya habían considerado antes la idea, pero Billy parecía tener un nuevo ángulo, algo que podía conducirlos a alguna conclusión útil.

—Se lo he preguntado a Victor Bäckman, el responsable de seguridad de la cárcel —prosiguió Billy—, y me ha confirmado que ninguno de los reclusos del pabellón de máxima seguridad puede comunicarse con el exterior a través de los ordenadores. Pero hay dos que pueden hablar por teléfono. Sus conversaciones se graban. Aquí las tengo impresas.

Sacó cinco montones de unos quince folios cada uno y los distribuyó alrededor de la mesa. Todo se pusieron a hojear el suyo en cuanto lo tuvieron en las manos.

—Hasta donde he podido ver, no hay nada —dijo Billy—. Pero podrían emplear algún tipo de código.

—¿Con quiénes hablan? —preguntó Torkel, sin poder ocultar que estaba impresionado.

—Tengo una lista. —Billy sacó otras cinco hojas y las repartió—. Ahí están los nombres, las direcciones y los números de teléfono. No son muchos. Uno de ellos llama sobre todo a su novia

y el otro, a su madre. De vez en cuando llaman a otras personas, pero no con regularidad. Aun así, deberíamos hablar con todos ellos. Con los interlocutores, quiero decir.

—Por supuesto. —Torkel levantó la vista del papel que acababa de recibir—. ¿Te ocupas tú, Vanja?

Vanja tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa. ¡Era el mundo al revés! Billy había hecho una larga exposición sobre su trabajo. Eran aspectos técnicos, sin duda, pero aun así, se había puesto al frente de la investigación. A ella solamente le correspondía organizar a los agentes para que buscaran e interrogaran a las personas de la lista que había elaborado Billy. Sintió que el dolor de cabeza le empeoraba.

—Sí, claro —contestó en voz baja, con la vista fija en la mesa.

—¿Algo más? —preguntó Torkel dirigiéndose todavía a Billy.

—Si no es ninguno de los internos, tendrá que ser alguna de las personas que trabajan en la cárcel. He pedido la nómina del personal y pienso cruzarla con todos los registros que tenemos.

—Supongo que ninguno de los guardias de Lövhaga tendrá antecedentes penales.

Billy se encogió de hombros.

—Habéis dicho que Hinde tiene una personalidad manipuladora. Se está comunicando con alguien. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Era Sebastian de nuevo, pero esta vez se lo preguntaba con auténtica curiosidad.

Billy expuso su teoría: el cuarto asesinato era diferente. Sebastian asintió. No era habitual que un asesino en serie cambiara su modus operandi, y que lo hiciera un imitador era casi inconcebible. A menos que Hinde hubiera encontrado una persona con escasa autoestima a la que pudiera dirigir. Alguien para quien los asesinatos en sí mismos fueran menos importantes que complacer a Hinde. No era imposible. Bastaba encontrar a la persona adecuada. Torkel parecía haber llegado a la misma conclusión.

—Investiga al personal. Pide ayuda si la necesitas. Buen trabajo, Billy.

Se volvió hacia Ursula, que separó los brazos en un gesto elocuente.

—Desde el punto de vista técnico, tenemos lo mismo que ayer: prácticamente nada.

Torkel asintió, reunió su material con la documentación que había recibido durante la reunión y se preparó para poner fin al encuentro.

—¿Y Sebastian? ¿No vamos a preguntarle qué ha hecho? —Vanja se sentía obligada a dirigir contra alguien su malhumor y su dolor de cabeza. ¿Y quién mejor que Sebastian Bergman? Se echó hacia delante y lo miró desafiante—. ¿Cuál ha sido tu contribución? Aparte de mantener la bragueta cerrada, espero.

Antes de que Sebastian pudiera responder al ataque de Vanja, sonó el teléfono de Torkel. Prefirió atender la llamada. Estaba convencido de que su colega sabría defenderse solo.

Sebastian miró con calma a Vanja. ¿Debía revelar que había intentado advertir a las potenciales víctimas, que había hecho lo posible para que no hubiera más asesinatos y que tenía pensado pasar todo el día al teléfono intentando localizar a otras mujeres? No, no diría nada. Porque, si lo hacía, los demás querrían saber a quiénes había advertido y, además, lo considerarían un imbécil por haber visitado en persona a las mujeres sabiendo que era posible

que lo estuvieran vigilando. Pero tampoco pensaba dejar que le siguieran echando mierda encima. Estaba muy afectado por lo sucedido y Vanja no le demostraba la menor compasión, sino sólo desprecio. Le importaba una mierda que fuera su hija. Ya era hora de que Sebastian Bergman volviera a levantarse.

—Claro que he mantenido cerrada la bragueta. O, ahora que lo pienso, puede que me la haya bajado para hacerme unas pajas, pero eso a ti te da igual, ¿no?

Vanja le lanzó una mirada sombría y negó con la cabeza, casi con resignación.

—Te odio.

—Ya lo sé.

Torkel terminó de hablar por teléfono y se volvió hacia el grupo. No había nada en su expresión que permitiera pensar que había oído el último retazo de la conversación.

—Han encontrado un coche quemado. Es un Ford Focus azul, o al menos lo era antes de arder.

—¿Dónde?

Vanja, Billy y Ursula ya estaban de pie.

—En una cantera de grava, cerca de Bro. Tengo la descripción del camino para llegar hasta allí.

—Entonces, vamos.

Billy torció para entrar en la cantera detrás del todoterreno de Ursula. Apagó el motor y se quedó un momento dentro del vehículo. Vio que Ursula salía del suyo, abría el maletero y sacaba dos grandes maletas con su material. Vanja seguía sentada a su lado, en el asiento del acompañante, con las gafas de sol puestas. Tenía la nuca pesadamente apoyada sobre el reposacabezas y respiraba de forma pausada y regular.

Al llegar al garaje, le había arrojado las llaves del coche.

—Conduce tú —le había dicho.

Desde entonces, no habían hablado más. Ni una sola palabra. Habían salido de la ciudad, en dirección al norte, en el más absoluto silencio. Al entrar en la E-18, Billy le había preguntado si le importaba que encendiera la radio, pero no obtuvo respuesta. Puso The Voice, una emisora de hip-hop. Estaba sonando Snoop Dogg. Vanja no protestó, por lo que Billy supuso que se habría quedado dormida. Después de pasar por Bro, giró a la derecha por la 269 y, a partir de ahí, se dejó guiar por el GPS hasta el camino que conducía a la cantera de grava cerca de Lövsta. Al llegar ahí, le apoyó una mano en el hombro y la sacudió un poco.

—Despierta. Hemos llegado.

—Estoy despierta.

—Muy bien. Pero hemos llegado.

Vanja se enderezó en el asiento, se desperezó y miró un poco perdida a través del parabrisas, como hace la gente cuando acaba de despertarse en un coche, pero Billy prefirió no hacer ningún comentario. Salieron del vehículo y se dirigieron hacia el Ford quemado. Entre las montañas de arena, el aire estaba perfectamente inmóvil. Había insectos zumbando por todas partes. Vanja calculó que la temperatura debía de rondar los cuarenta y cinco grados. Un poco por fuera del cordón policial, esperaba de pie una agente uniformada de unos veinticinco años. Vanja se dirigió hacia ella mientras Billy continuaba hacia el coche quemado.

—Jennifer Holmgren —dijo la policía uniformada, tendiéndole la mano a modo de saludo.

—Vanja Lithner, de la Unidad de Homicidios. ¿Lo has encontrado tú?

—Sí.

Vanja contempló el coche, o más bien lo que quedaba de él. Aún era posible deducir que alguna vez había sido azul gracias a varias partes sueltas que por alguna razón se habían salvado del fuego. Por lo demás, era gris hollín. Los neumáticos y los parachoques se habían fundido, lo mismo que la mayor parte de los asientos. Las puertas y el techo se habían alabeado por el calor. Todos los cristales habían estallado. El maletero estaba abierto y faltaba la tapa del capó. Quizá

hubiera explotado algo en el motor. Si había sido así, pronto lo sabrían por Ursula, que para entonces giraba en torno al coche quemado, tomando fotos desde todos los ángulos posibles. Vanja se volvió otra vez hacia Jennifer.

—¿Has tocado algo?

—Sí, he abierto el maletero.

—¿Por qué?

Desde que había informado de su hallazgo y le habían indicado que esperara a la Unidad de Homicidios sin moverse del lugar, había estado pensando que su verdadera razón para abrir el maletero —la esperanza de encontrar un cadáver tras un ajuste de cuentas entre bandas criminales— no se sostenía demasiado. Se daba cuenta de que su empecinamiento en buscar mafiosos ejecutados en una cantera de grava en las afueras de Sigtuna podía parecer una idiotez en el mejor de los casos y una infracción del código de conducta en el peor de ellos. Y de nada le habría servido alegar que varios años atrás se habían hallado dos cadáveres en el maletero de un coche incendiado en la E-6, a su paso por Halland. Jennifer habría dado cualquier cosa por haber sido de las primeras en descubrir aquel coche... En su caso, el maletero estaba vacío, pero mientras esperaba se le había ocurrido una razón mejor para justificar que lo hubiera abierto.

—Estamos buscando a un niño de seis años perdido. Quería asegurarme de que no estaba escondido ahí dentro. ¡Hace tanto calor! —añadió.

Vio que Vanja, de la Unidad de Homicidios, asentía. Su gesto le dijo a Jennifer que aquella excusa para abrir el maletero no sólo la había aceptado, sino que incluso era bien recibida.

—¿Algo más? —preguntó Vanja.

—No. ¿Por qué os interesa el coche? ¿Alguna relación con algo que estéis investigando?

Vanja miró a su colega uniformada. Resultaba difícil no distinguir en su voz un tono expectante que era casi de emoción.

—¿Habéis encontrado al niño? —preguntó Vanja a su vez, eludiendo responder.

—¿Qué niño?

—El que ha desaparecido.

—No. Todavía no.

—Entonces, creo que deberías seguir buscando.

Vanja pasó por debajo del cordón policial y se dirigió hacia el coche, donde ya estaban Ursula y Billy.

Jennifer se la quedó mirando. La Unidad de Homicidios. Ése era el lugar. En cuanto terminara las prácticas en Sigtuna, presentaría la solicitud. ¿Cuántos años tendría esa Vanja? Unos treinta, quizá. Apenas cinco más que ella. Y tampoco parecía que fuera su primer día de trabajo. Si Vanja era capaz de desenvolverse así, ella también podía. Y lo conseguiría. Pero antes tenía que encontrar a Lukas Rud. Había un lugar llamado Dammkärret un poco más allá que parecía un buen lugar donde esconderse.

Vanja se acercó al coche quemado y se asomó al interior: un amasijo de plástico fundido, cables quemados y piezas metálicas retorcidas. Ursula seguía tomando fotos, pero probablemente

ya tendría una opinión formada, porque solía hacerse una idea bastante rápida de lo sucedido en cualquier lugar de interés para la policía. Vanja fue hacia ella.

—¿Hay algo?

—Un acelerador del fuego bastante potente. Ninguna señal de que hubiera alguien en el interior del vehículo. —Ursula bajó la cámara e intercambió una mirada con Vanja por encima del techo del coche—. No quiero adelantarme a los acontecimientos, pero no creo que debamos hacernos muchas ilusiones.

Vanja suspiró. Las placas de la matrícula estaban calcinadas y no se podían leer a simple vista. Ni siquiera podían saber si era el Ford que buscaban. Incluso era posible, en el peor de los casos, que estuvieran perdiendo un tiempo valioso sólo porque a algún vecino de los alrededores le había dado pereza llevar el coche al desguace.

—Voy a dar una vuelta por el camino del bosque, a ver si encuentro algo —dijo Billy. Era evidente que él también estaba pensando lo mismo. Allí no había mucho que hacer, al menos tal como se presentaban las cosas.

—¿Encontrar qué?

—No sé. Algo. Cualquier cosa. No hace falta que nos quedemos todos aquí mirando.

Se alejó del coche incendiado, se agachó para pasar por debajo del cordón policial y se marchó. Vanja en cambio se quedó donde estaba. En realidad, había sido un poco precipitado que acudieran los tres al lugar del hallazgo. Pero todos estaban ansiosos por dar con una pista que los hiciera avanzar en la investigación. Lo necesitaban y esperaban que el coche fuera por fin lo que estaban buscando. Sin embargo, allí había muy poco que investigar. Prácticamente nada. Era impensable encontrar huellas. No había testigos ni cámaras de vigilancia. Del coche se ocuparía Ursula. ¿Qué más quedaba por hacer? No era necesario que se quedaran todos ahí mirando, como había dicho Billy. Pero alguien tenía que hacerlo. Y eso, por supuesto, era trabajo para Vanja. ¡Mierda, qué calor hacía!

Billy bajó por el camino de grava, inspeccionando con la vista el entorno más inmediato. No sabía muy bien qué estaba buscando ni estaba muy seguro de lo que podía hallar. Si tenían suerte, el criminal habría cometido algún error en la cantera. Era probable que no se esperara que acudiera la Unidad de Homicidios. Quizá hubiera tirado en el bosque un bidón vacío de gasolina que pudiera conducirlos hasta una gasolinera con cámaras de vigilancia. Tal vez estaba siendo demasiado optimista, pero le parecía más útil ponerse a buscar que quedarse con Vanja y su cara de pocos amigos mirando un coche quemado.

Había caminado unos ochocientos metros sin encontrar nada y ya estaba llegando a la carretera. Un par de cientos de metros más adelante, a la izquierda del cruce, había una casa solitaria. De madera roja, con los aleros y los marcos de las ventanas blancos. Construida sobre una firme plataforma de piedra. Con cubierta de tejas. Dos coches en el sendero y un triciclo y varios juguetes tirados sobre la hierba. Evidentemente, estaba habitada. Merecía la pena visitarla. Billy apretó el paso hacia la casa, pero no había avanzado mucho cuando notó un movimiento en el bosque, a su derecha y un poco por detrás. Se volvió y por acto reflejo se llevó la mano al

arma, pero enseguida se relajó cuando vio que se trataba de una mujer de unos cuarenta años que iba hacia él con un perro sujeto por la correa. Era un setter marrón de pelo largo. Muerto de calor. La lengua le colgaba de la boca como una corbata.

—¿Es usted policía? —le preguntó la mujer mientras se incorporaba al camino, a pocos metros de distancia.

El perro jadeaba. Estaba ansioso por ir a olfatearlo.

—Sí.

—¿Qué están haciendo por aquí? Llevo todo el día viendo policías.

La mujer y el perro alcanzaron a Billy, que se inclinó para acariciarle la cabeza al chucho.

—Algunos están buscando a un niño desaparecido.

—¿Quién ha desaparecido?

—No lo sé. Un niño de la zona. Yo he venido porque han encontrado un coche quemado allá arriba, en la cantera.

—Ah.

—¿Usted vive por aquí? —le preguntó Billy mientras se apartaba un poco, ya que el perro empezaba a demostrar un interés excesivo por su mano. La cubría de lametazos sin poder contenerse. Probablemente, le faltaba sal.

—Ahí mismo.

Señaló la casa roja del cruce, la que Billy había pensado visitar.

—¿Cómo se llama?

—Carina Torstensson.

—Yo soy Billy Rosén. ¿Sabe alguna cosa?

—¿Del coche?

—Sí.

—No.

—Deben de haberlo traído en algún momento entre las diez de la mañana de ayer y... —Billy se interrumpió. En realidad, no sabía desde cuándo estaba el coche en la cantera. Se había enfriado, por lo que era preciso descartar las últimas diez horas; pero por lo demás, podía haber aparecido en cualquier momento. Se encogió de hombros—, y anoche. ¿Vio algo raro durante esas horas?

Carina pareció pensarlo, pero desde el principio hizo un gesto negativo. Billy insistió por última vez.

—Quizá mientras paseaba al perro... ¿No habrá visto otro coche? ¿Alguna persona que no pareciera de por aquí?

—Me crucé con un hombre cuando salí a recoger setas. —El movimiento de negar con la cabeza lo había reemplazado por otro de reflexivo asentimiento—. Ayer.

Billy suspiró. ¡Por fin alguien había visto algo! Hasta ese momento no habían hecho más que perseguir fantasmas, pero Carina Torstensson había visto a una persona de carne y hueso.

Mientras recogía setas.

En un día abrasador de verano.

En pleno mes de julio...

Carina notó una sombra de duda en la mirada de Billy.

—Los rebozuelos empiezan a despuntar. El bosque todavía está un poco seco, pero el principio del verano fue lluvioso, así que hay algunos. —Levantó la vista hacia el cielo azul y despejado—. Claro que un poco de lluvia no haría ningún daño...

Billy había decidido no descartar todavía el testimonio de la mujer, de modo que volvió a dirigir la conversación hacia el tema que le interesaba.

—Ese hombre con el que se cruzó...

—Venía desde ahí arriba.

La mujer hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro, en dirección a la cantera.

—¿De la cantera?

—Sí.

—¿Recuerda qué aspecto tenía?

Billy sacó un bolígrafo y una libreta, y la abrió por una página en blanco.

—Corpulento. No iba vestido como para salir al bosque. Cazadora de cuero. Pelo largo recogido en una coleta. Y una cicatriz bastante grande que le atravesaba un ojo.

Billy levantó el bolígrafo. Una cicatriz grande. Como la de Roland Johansson.

—¿El ojo izquierdo? ¿Le llegaba hasta la mejilla?

Le enseñó a la mujer lo que quería decir, trazando el recorrido de la cicatriz sobre su propia cara. Ella se lo confirmó y Billy volvió a escribir.

—¿Vio hacia dónde se fue? ¿Sabe si vino alguien a recogerlo?

—No, cogió el autobús.

—¿Cuál?

—El 557 en dirección a Kungsängen. La parada está ahí —dijo, y señaló la carretera.

Entonces Billy vio una parada de autobuses a unos cincuenta metros de la casa de Carina.

—¿Recuerda qué hora sería?

Casi contuvo el aliento. Si podían determinar la hora, tendrían un autobús, un conductor y un posible lugar de destino. Carina se lo pensó un momento.

—Poco más de las doce. Las doce y cuarto, o las doce y veinte. Debió de coger el de las doce y veintiséis.

—¡Gracias! —exclamó Billy conteniendo el impulso de dar darle un abrazo—. ¡Muchísimas gracias!

Se guardó la libreta y echó a correr.

No le hizo falta correr mucho. Después de un par de cientos de metros, vio que el coche de Vanja descendía por el camino. Vanja redujo la velocidad, se detuvo a su lado y bajó la ventanilla mientras él recuperaba el aliento.

—¿Adónde vas?

—Allá arriba está Ursula y no hace falta nadie más. Allí no hacemos nada.

—Cierto.

Billy rodeó el vehículo y fue a sentarse en el asiento del acompañante. Se abrochó el cinturón

de seguridad y Vanja volvió a arrancar.

—Roland Johansson ha estado aquí.

Vanja le echó una mirada rápida y Billy notó que por acto reflejo reducía un poco la velocidad. Era la sorpresa.

—¿El tipo que coincidió en Lövhaga con Hinde?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado hablando con una mujer que vive justo en el cruce. Allí mismo. —A través de la ventana, señaló la casa de paredes rojas por la que estaban a punto de pasar—. Lo vio por aquí. Ayer.

—¿Te has ido para interrogar por tu cuenta a los testigos?

Billy guardó silencio, sorprendido. Esperaba que Vanja le hiciera un montón de preguntas: sobre el caso, sobre Johansson, sobre lo que podían hacer a partir de ese momento, sobre la testigo, sobre el grado de confianza que le merecía su testimonio... Pero, en lugar de eso, solamente quería saber por qué se había marchado Billy de la cantera de grava. Y encima lo preguntaba con cierto matiz de crítica en la voz.

—No —dijo Billy por fin—. Me he ido para inspeccionar el camino y entonces me he encontrado con esa mujer.

—¿Y le has preguntado por el coche?

Billy lanzó un suspiro. ¡Le había dado una buena noticia!

Un gran noticia.

Una noticia que quizá podía cambiar el rumbo de la investigación.

«¿Cuáles son tus prioridades?», pensó Billy. Pero no lo dijo.

—No; yo sólo iba por el camino —respondió haciendo un esfuerzo para disimular su irritación, aunque se daba cuenta de que le estaba saliendo un tono casi excesivamente didáctico —. Ella ha aparecido con su perro y ha venido a preguntarme qué estábamos haciendo. Entonces, yo se lo he explicado y después ella me ha dicho que había visto a un hombre con una puñetera cicatriz que le atravesaba toda la cara y que parecía venir de la cantera. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le pidiera que se quedara callada y no dijera nada hasta que tú también estuvieras presente para escuchar su declaración?

—No, pero últimamente parece que vas a lo tuyo, sin preocuparte por los demás.

Vanja giró a la izquierda por la carretera y aceleró. Más críticas. ¿Por qué? Billy permaneció en silencio, tratando de repasar con rapidez lo sucedido, no sólo en el camino, con la mujer y el perro, sino también en los últimos tiempos.

Lo que había hecho, lo que no...

Si había de ser sincero, por mucho que lo intentara no podía recordar que en ningún momento hubiera actuado mal, ni siquiera cuando se había negado a ayudarla con una consulta. Él tenía ambiciones. Quería desarrollarse, avanzar... Había llegado el momento de averiguar por qué su afán de superación le molestaba tanto a Vanja.

—¿Qué te pasa?

Vanja no contestó, en apariencia absorta en la conducción, pero Billy no se dio por vencido.

—En cuanto no hago exactamente lo que tú quieres o tomo alguna iniciativa, te pones como una fiera —prosiguió Billy—. ¿Te sientes amenazada?

—¿Amenazada? ¿Por quién?

Lo dijo con un tonillo divertido, como si el pensamiento fuera tan absurdo que se viera obligada a sofocar la risa.

—Por mí —insistió él con seriedad—. ¿Tienes miedo de que yo sea mejor que tú o qué?

Esta vez, Vanja no se contuvo y dejó escapar una carcajada.

—Sí, claro. Por supuesto.

Todavía tenía la vista fija en la carretera. Billy creyó distinguir una sonrisita en la comisura de los labios, pero no estaba seguro. Lo que era imposible de pasar por alto era la ironía en sus últimas palabras.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ya no intentaba disimular la irritación en la voz. ¿Para qué, si para entonces estaba indignado de verdad?

—¿Con qué?

—Con esa risita y esa manera de decir «Sí, claro. Por supuesto».

Vanja no le contestó de inmediato. Tenía varias alternativas. Podía quedarse callada e ignorarlo a él y a sus preguntas. Podía acabar con el asunto, pedirle perdón y decirle que no había sido su intención parecer desconsiderada.

O también podía decirle la verdad.

—Quiero decir que no me preocupa que tú llegues a ser mejor que yo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—Porque eso no va a pasar nunca.

Billy volvió a echarse hacia atrás en el asiento. Habría podido seguir preguntando «por qué» y «por qué no», pero ¿qué habría ganado con eso? Vanja le había expresado con meridiana claridad lo que pensaba de él como policía. Era suficiente. No había nada más que añadir. Evidentemente, ella también creía que ya se lo habían dicho todo. Siguieron circulando por la carretera en el más absoluto silencio.

Haraldsson iba a llegar terriblemente tarde al trabajo. Lo notó al entrar en la autopista y entonces pisó el acelerador. Pero se dijo que no debía inquietarse. No tenía que fichar. Era el jefe. Además, era el mes de julio y podía disfrutar de cierta flexibilidad. Como un adelanto de las vacaciones.

El despertador había sonado a la hora acostumbrada, pero Jenny había rodado adormilada hasta su lado de la cama y se había metido debajo de su sábana. Le había apoyado la cabeza entre el cuello y el hombro, y le había puesto un brazo sobre el pecho. El embarazo todavía no se le notaba mucho, pero Haraldsson creyó percibir la curva del vientre contra su cuerpo. Había una vida allí dentro: el hijo de ambos. Mitad de él y mitad de ella. A veces deseaba que el niño se pareciera más a Jenny, quizá en una proporción de 70-30. ¡Era tan bonita! En todos los sentidos. Era muy guapa, claro, pero también era hermosa por dentro. Quizá fuera un poco cursi la idea de que una persona es bella por dentro y por fuera, pero Jenny lo era. Cariñosa, atenta, sensata, divertida... Tenía todas las cualidades. A veces, Haraldsson no se creía la suerte que había tenido con ella.

El embarazo lo hacía muy feliz. Por un lado, porque quería ser padre, pero por otro, y quizá más todavía, porque veía contenta a Jenny. Tener hijos había sido el único deseo de su mujer durante muchos años y por un tiempo había parecido que él no fuera capaz de complacerla, como si nunca fueran a ser padres. No importaba quién tuviera la «culpa». Él sentía que era suya. Le dolía no poder hacerla feliz, porque habría querido dárselo todo.

La quería con locura.

La adoraba.

Se lo había dicho por la mañana. Ella había respondido abrazándolo con más fuerza. Y una cosa había llevado a la otra. Habían hecho el amor. Y, a continuación, había vuelto a decírselo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Tengo una sorpresa para mañana.

—Chsss... —le había respondido ella, poniéndole el dedo índice sobre los labios—. No lo digas. No quiero saberlo.

Al día siguiente cumplirían cinco años de casados. Haraldsson tenía todo el día planeado. Lo primero sería llevarle el desayuno a la cama: té, tostadas con mermelada de frambuesas y queso, huevos revueltos con beicon crujiente, melón y fresas bañadas en chocolate. Se dio cuenta de que otra vez tendría que llegar tarde a la oficina. Después de eso, enviaría un coche para que fuera a

buscarla al trabajo por sorpresa y la llevara a un balneario de lujo, para someterse a un tratamiento relajante. Al mismo tiempo, unos chicos que había contratado irían a su casa y, con la técnica de los auténticos profesionales, plantarían un manzano en el jardín. Había comprado un árbol de la variedad Ingrid Marie, porque a Jenny le gustaban las manzanas un poco ácidas y en la tienda de plantas, o el vivero, o comoquiera que se llamara el sitio donde vendían manzanos, le habían dicho que en ese caso las manzanas Ingrid Marie eran las más indicadas. También era un nombre muy bonito. Si tenían una hija, podría llamarse así. Ingrid Marie Haraldsson. Estaba eufórico y no veía la hora de que llegara el día siguiente.

Cinco años.

Había averiguado que eran las «bodas de madera» y por eso le había comprado un árbol a Jenny, un árbol que les daría manzanas todos los años y flores en primavera, y hojas que podrían recoger con un rastrillo antes de que cayeran las primeras nevadas. Un árbol al que podrían trepar Ingrid Marie y sus hermanos. Con mucho cuidado, eso sí. Haraldsson se imaginaba a sí mismo junto a Jenny, cada uno en su tumbona, a la sombra del manzano, cuando fueran mayores, cuando fueran muy viejos, con los hijos y los nietos de visita en casa. Podía verlos a todos cuando se marcharan cargados de bolsas de manzanas, que acomodarían en sus respectivos coches, para llevárselas a casa y hacer mermelada o zumo. También era posible que se llevaran esquejes del árbol para plantarlos en sus jardines. Era un regalo que les resultaría útil y los llenaría de alegría durante toda una vida juntos. Era un regalo hecho con el corazón. Jenny se pondría contentísima. Pero eso no era todo. La celebración del aniversario continuaría con la visita de un cocinero que acudiría a su casa para preparar la cena. Haraldsson había hablado por teléfono con una empresa que se encargaría de todo. Le llevarían a casa los ingredientes y todo el material necesario para preparar un menú de dos platos y postre, con vino. Y, después, recogerían la mesa y dejarían la cocina limpia y ordenada. Ellos sólo tendrían que disfrutar de la cena y ocuparse el uno del otro.

Nada podía salir mal.

Le sonó el móvil. El tono era una canción de Abba: *Ring, ring.* Echó una mirada rápida a la pantalla antes de contestar. Lo llamaban del trabajo. ¿Qué querrían ahora?

—Aquí Haraldsson.

—¿Dónde estás?

Era Annika, su secretaria. Se dijo que en algún momento debía tener una pequeña conversación con ella. Desde hacía un tiempo, su relación parecía haberse envenenado. Y, sin embargo, estaba convencido de que él siempre la apoyaba y de que alentaba su autonomía, como la vez que Annika había tomado la iniciativa de ir a buscar el café al comedor en lugar de sacarlo de la máquina. Haraldsson le había expresado que valoraba su decisión y le había dicho que podía continuar así.

—Voy de camino. ¿Hay algo importante?

—La reunión mensual con los psicólogos.

¡Mierda, se le había olvidado! El director de la prisión y los equipos médicos y técnicos se reunían el último miércoles de cada mes. Había pensado aplazar la reunión y por eso no la había incluido en su agenda. Quería tener tiempo de familiarizarse un poco más con su nuevo puesto

de trabajo antes de reunirse por primera vez con ellos, pero al final no había modificado la fecha del encuentro. Y ya era demasiado tarde.

—¿Dónde es?

—Aquí. Dentro de veinte minutos.

Haraldsson miró el reloj. Calculó que aún tardaría por lo menos media hora en llegar.

—Llegaré a tiempo —dijo, y puso fin a la conversación.

Annika se ocuparía de decirles a los asistentes a la reunión que el director estaba en camino y que llegaría puntualmente. Haraldsson tenía media hora para encontrar una excusa que justificara el retraso. Cualquier cosa relacionada con el tráfico podía servir: obras en la autopista, un carril cerrado, largas colas... Pediría disculpas y diría que ese tipo de contratiempos son imposibles de prever. Son cosas que escapan a nuestro control. Subió el volumen de la radio y aceleró un poco más.

Billy y Vanja estaban en el comedor de las cocheras esperando a Mahmoud Kazemi, el conductor del autobús que les interesaba. La mujer que los había recibido en el mostrador de recepción les había dicho que tardaría menos de diez minutos en llegar y que después tendría unos quince minutos de descanso. Billy le había preguntado qué podían hacer si necesitaban hablar más de quince minutos con el conductor y la mujer le había respondido que en ese caso tendrían que subir al autobús con él. Las salidas no se podían retrasar y la compañía no tenía ninguna posibilidad de hacer un cambio con tan poca antelación ni de llamar a un sustituto. Billy se propuso no prolongar el interrogatorio más allá de un cuarto de hora. No conocía la opinión de Vanja, ni pensaba averiguarla. No habían vuelto a dirigirse la palabra desde que habían terminado la conversación sobre cuál de los dos era mejor policía, en el trayecto hasta allí. Su conflicto podía parecer ridículo, como cuando dos niños compiten entre sí. Algo propio de personas inmaduras. Pero Billy no lo creía así. El problema eran los aires de superioridad con que Vanja había expresado su opinión. Quizá fuera cierto que Billy era peor policía que ella. Incluso era muy probable que tuviera razón, pero su actitud era inadmisible. La condescendencia con que se había expresado le había parecido a Billy profundamente irritante. Su actitud le había dolido. No se lo esperaba de Vanja. Pensaba que su amistad los situaba por encima de ese tipo de comentarios y de críticas. Por supuesto que podían tener sus desavenencias. Era imposible trabajar a diario con una persona y no tener nunca ningún roce. Pero una cosa era un roce y otra muy distinta un desprecio.

La mujer de recepción los hizo pasar al comedor de las cocheras, una sala de aspecto funcional con mesas de madera, manteles de hule con motivos florales, sillas de plástico, una cafetera, un par de microondas, un lavavajillas y, sobre el papel pintado de las paredes, carteles relacionados con los autobuses y la carretera. Nada parecía demasiado nuevo ni demasiado gastado. La idea era sentarse, comer y marcharse. No había nada que invitara a prolongar las pausas más allá de lo necesario. El aire olía a sudor y a comida. Billy se sentó a una de las mesas. Vanja se dirigió a la máquina de café.

—¿Quieres?

—No, gracias.

Vanja se encogió de hombros y esperó, de espaldas a él, mientras su vaso de plástico se llenaba de café. Después fue a sentarse al lado de Billy, probablemente porque habría sido muy raro esperar a Mahmoud sentados cada uno a una mesa diferente. Se bebió el café sin decir palabra y él tampoco no hizo nada por romper el silencio.

Al cabo de un rato, apareció por la puerta un hombre de unos cuarenta años. Medía más o menos un metro ochenta y cinco. Pelo oscuro, bigote y ojos castaños. Miraba a Vanja y a Billy con cierto nerviosismo.

—Me han dicho que quieren hablar conmigo.

El hombre señaló de forma inespecífica hacia atrás con el pulgar, como para mostrar quiénes eran los que le habían transmitido el mensaje. Vanja supuso que se refería a la mujer de recepción.

—¿Mahmoud Kazemi? —dijo mientras se ponía de pie.

Billy la imitó.

—Sí. ¿Qué se les ofrece?

—Me llamo Vanja Lithner. Éste es mi compañero, Billy Rosén. Somos de la Unidad de Homicidios. —Los dos le enseñaron sus placas y Mahmoud les echó un vistazo rápido, sin excesivo interés—. Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre uno de los trayectos que hizo ayer.

El hombre asintió con la cabeza. Cuando los tres estuvieron sentados, Vanja le pasó a Mahmoud una fotografía de Roland Johansson.

—¿Reconoce a este hombre?

Mahmoud cogió la foto de la mesa y la estudió detenidamente.

—Sí, puede ser...

Vanja sintió que la impaciencia se apoderaba de ella. Roland Johansson parecía un miembro de la banda de los Hells Angels, con una cicatriz que le atravesaba media cara. Cualquiera que lo hubiera visto una vez tenía que acordarse de él. ¿Cómo podía dudar el conductor? Quizá no se acordara a qué hora ni qué día lo había visto. Pero era imposible que no pudiera recordar si lo había visto o no.

—Puede que subiera a su autobús ayer —le sugirió Billy—. Cerca de Lövsta.

—Lövsta...

—Entre Stentorp y Mariedal.

Mahmoud levantó la vista de la foto y con cara de cansancio miró a Billy.

—Ya sé dónde está Lövsta. Conduzco un autobús que pasa por allí.

—Perdón.

Se hizo un silencio. Vanja bebió un sorbo de café. Mahmoud Kazemi no parecía el tipo de persona que fuera a estresarse. Estudió la fotografía un rato más y finalmente la dejó sobre la mesa e hizo un decidido gesto afirmativo.

—Subió a mi autobús. Lo recuerdo porque olía.

—¿A qué? —preguntó Vanja.

—A humo. Como si hubiera estado haciendo fuego.

Vanja asintió a la espera de más revelaciones. Se preguntaba para sus adentros cómo era posible que algunas personas tuvieran mejor sentido del olfato que de la vista. Para ella era incomprensible que el conductor del autobús no reconociera a Roland a primera vista pero recordara su olor. En cualquier caso, su manera de reconocer a Johansson era secundaria. Lo importante era que lo había hecho. Vanja sólo esperaba que pudiera ayudarlos un poco más.

—¿Recuerda dónde se bajó?

—En Brunna.

—¿Perdón? —preguntó Billy, inclinando un poco la cabeza para oír mejor.

—En Brunna —repitió Mahmoud.

Por su acento extranjero, no siempre era fácil entender lo que decía.

—¿Lo había visto antes? —preguntó Vanja.

—No.

—¿Está seguro?

—No, pero creo que no lo había visto. Lo recordaría. Con esa cicatriz tan grande...

Vanja prefirió no hacer ningún comentario. Habían conseguido lo que buscaban.

Le agradecieron a Mahmoud la ayuda prestada y le dejaron sus números de teléfono, por si en algún momento recordaba algo más. Salieron de las cocheras y sin hablarse se encaminaron al coche. El hombre se había bajado en Brunna. Tenían una hora y un lugar. Con suerte, la nueva pista no terminaría ahí. Volverían a la Unidad de Homicidios y seguirían investigando.

Otro trayecto en coche.

El mismo silencio persistente.

Sebastian no sabía muy bien cuál de las sensaciones era predominante: si el hartazgo, el cansancio, la irritación o la impotencia.

Desde que Vanja, Billy y Ursula se habían marchado, había pasado por lo menos una hora yendo y viniendo por los despachos, y había bebido demasiado café al tratar de reunir las fuerzas necesarias para hacer lo que había prometido hacer.

Todas esas llamadas.

Al final, no había podido aplazarlo más. Fue a la sala y cerró la puerta, para que nadie lo molestara. Sólo el equipo utilizaba esa habitación. Todavía formaba parte de ese equipo y había llegado el momento de demostrarlo, de hacer algo por poco que fuera.

Para empezar, se sentó con papel y bolígrafo, y se puso a escarbar en la memoria. ¿Por dónde comenzar? Retroceder diez o veinte años le parecía imposible. No recordaba a ninguna mujer de aquella época. Por mucho que le pesara, no recordaba sus nombres, ni sus caras, ni sus direcciones, ni nada de lo que hacían. El hecho de que el asesino hubiera elegido a Annette Willén no significaba necesariamente que quisiera asegurarse de que la policía estableciera la conexión con Sebastian. Su elección también podía deberse a que Hinde —de cuya participación Sebastian estaba seguro, aunque no supiera cómo se producía— no había encontrado a ninguna otra mujer de su pasado y se había visto obligado a concentrarse en los últimos tiempos.

Por eso, él también decidió concentrarse en el pasado reciente.

Con eso sólo ya tendría unas cuantas mujeres que contactar.

Y sería lo bastante difícil.

Al cabo de una hora, tenía seis nombres apuntados en la libreta, seis mujeres con las que había mantenido relaciones, en Estocolmo y sus alrededores, desde que había vuelto de Västerås a finales de abril. Eran seis cuyos nombres completos podía recordar. O, mejor dicho, cinco. Tenía el nombre de pila y la zona de la ciudad donde vivía la sexta. Y había una séptima de la que sólo recordaba el barrio donde vivía. Investigando en internet, consiguió los números de teléfono, algo que nunca les había pedido personalmente. Si ellas le daban su teléfono, él lo aceptaba, pero enseguida lo tiraba o lo borraba.

Antes de empezar, consideró por un momento si debía tratar de localizar también a las dos mujeres con las que se había acostado durante la investigación del caso de Västerås. ¿Sería posible que ya entonces lo estuvieran siguiendo? De una de ellas había olvidado el nombre, pero vivía al lado de la casa de sus padres, por lo que sabía la dirección. ¿Lundin era el apellido? A la otra la recordaba muy bien: Beatrice Strand. Pero ¿podía llamarla? ¿Debía hacerlo? Ya había

sufrido mucho. Su hijo Johan estaba en una institución de menores y a su marido lo habían condenado a doce años de cárcel por asesinato, incendio provocado y complicidad en homicidio. Su vida se caía a pedazos. Llamarla para decirle que además pesaba sobre ella una amenaza de muerte por haber tenido una aventura extramarital con Sebastian habría causado más daño que otra cosa, o al menos eso le pareció a él.

Acercó la libreta e hizo una inspiración profunda. Pero enseguida encontró una nueva excusa para aplazar un poco más las llamadas que tanto le costaba hacer: Trolle. Todavía no había podido localizarlo. Marcó el número. No hubo respuesta. Le dejó un quinto o sexto mensaje. La llamada no había durado tanto como esperaba, de manera que se levantó y salió de la sala. Fue al lavabo y después se sirvió más café. Pensó en el almuerzo, pero se dijo que antes tenía que dejar algo hecho. Eran sólo cinco llamadas. O quizá seis, si el nombre de pila y la zona de la ciudad resultaban suficientes para averiguar el teléfono.

Con andar pesado, volvió a la sala, cerró la puerta tras de sí y entonces llamó.

Fue un ejercicio inútil. Una de las mujeres que contestó le dijo que se había equivocado de número y le aseguró que no lo conocía. Otras dos se negaron a hablar con él en cuanto supieron quién las llamaba. Le colgaron el teléfono y no contestaron cuando él insistió. Otra lo escuchó, pero Sebastian no tuvo valor para contarle toda la verdad. Se sintió incapaz de anunciarle que su vida corría peligro, especialmente por teléfono. Hablando de manera entrecortada y deshilvanada, acabó aconsejándola que fuera prudente en general y que no le abriera la puerta de su casa a ningún desconocido. La mujer debió de tomarlo por loco, o tal vez desconfió de él, porque al final le preguntó para qué la había llamado y qué quería en realidad. Entonces, Sebastian colgó el teléfono y ni siquiera intentó llamar a la última de la lista.

No podía hacerlo por teléfono.

Era imposible.

Pero tampoco podía ir a verlas en persona.

No había nada que pudiera hacer.

Vanja le había preguntado qué estaba haciendo. La respuesta era sencilla y deprimente: nada. Tenía que volver a hablar con Hinde. Era la solución. A partir de ahí, podría trabajar. Allí encontraría cosas que podría entender. Era del todo necesario volver a hablar con Hinde. Y comer algo.

Sebastian bajó a la pizzería de la esquina. Se había saltado el desayuno y había pasado la mañana entera bebiendo café. Tenía que darle algo sólido al estómago, algo que lo llenara. Se decidió por la pizza Belker, con jamón, champiñones, beicon, cebolla, salami, plátano, curry, ajo y salsa bearnesa. Como no le gustaba la fruta en la comida, pidió que le cambiaran el plátano por unas virutas de gorgonzola.

Subió la pizza a la sala y la devoró en menos de un cuarto de hora. La comió con las manos, directamente de la caja y acompañada de medio litro de Coca-Cola. El efecto se hizo sentir al cabo de unos minutos. Había comido demasiado rápido y en exceso, tanto que casi le costaba respirar. Eructó el gas de la bebida y se sintió un poco mejor, pero no del todo.

Se recostó en la silla, estiró las piernas por debajo de la mesa, cruzó las manos sobre el vientre y cerró los ojos.

Estaba cansado. La noche anterior no había podido relajarse después del recorrido alrededor del edificio de Anna. Al llegar a su casa, estaba demasiado nervioso para poder descansar. Por un momento, consideró la posibilidad de volver y acompañar a Trolle, pero lo descartó enseguida. Se tumbó en la cama y estuvo un rato viendo la televisión sin prestar atención, hasta que se quedó dormido hacia las tres.

El sueño lo despertó antes de las cinco. Tenía la mano derecha apretada, como siempre, y dos uñas se le habían hincado en la piel y le habían hecho saltar unas gotas de sangre. Estiró los dedos y sintió que enseguida cedía el entumecimiento. Se quedó en la cama, pensando si debía cerrar los ojos e intentar que volviera otra vez el mismo sueño. Lo hacía algunas veces. Dejaba que la pesadilla se adueñara una vez más de su mente y entonces disfrutaba cada segundo de la sensación pura de amor que a pesar de todo contenía y transmitía. Por supuesto, lo más conveniente era levantarse de inmediato y dejar el sueño atrás tan pronto como fuera posible. Enviarlo cuanto antes a las profundidades del subconsciente. Pero a veces lo dejaba aflorar de nuevo, aunque sabía que el resto de la mañana y el resto del día serían mucho más difíciles.

A veces lo necesitaba.

Necesitaba sentir cerca a Sabine, sentir su manita en la suya, volver a percibir su olor, verla otra vez corriendo hacia el mar con sus piernecitas impacientes, oír su voz:

—¡Papá, yo quiero uno igual!

Había sido lo último que le había dicho, después de ver a otra niña que jugaba con un delfín hinchable de color azul cielo. Necesitaba sentir su peso al levantarla en brazos, la suavidad de sus manitas sobre sus mejillas calientes por el sol y su barba de pocos días. Oír su risa cuando él tropezaba y estaba a punto de caerse.

Quería perderse en ella.

Hasta que llegara el ruido.

El estruendo.

La ola que la arrancaría de sus brazos y se la llevaría para siempre.

Se abrió la puerta de la sala y entraron Vanja, Billy y Torkel. Sebastian se sobresaltó y estuvo a punto de resbalar del asiento.

—¿Estabas durmiendo? —le preguntó Torkel sin la menor simpatía mientras separaba una silla para sentarse a la mesa.

—Lo intentaba —respondió Sebastian, enderezando la espalda.

En realidad, había hecho bastante más que intentarlo. Echó un vistazo al reloj. Había pasado un cuarto de hora. Todavía se sentía bastante mal.

—¿Qué has hecho para estar tan cansado?

Como la pregunta de Vanja ya incluía la respuesta («Nada, como de costumbre»), Sebastian no contestó.

—¿Dónde está Ursula? —dijo en cambio, ya que daba la impresión de que iba a reunirse

todo el equipo.

—Supongo que todavía estará en la cantera —dijo Torkel—. No he vuelto a tener noticias suyas.

Se volvió hacia Vanja y Billy, al otro lado de la mesa. Los dos estaban callados. Se miraron, pero ninguno parecía especialmente ansioso por tomar la palabra.

—Habla tú —dijo Billy con sequedad mientras se recostaba ostensiblemente en la silla.

—¿Por qué?

—Porque creo que será lo mejor.

Sebastian observaba con creciente interés la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos. Era evidente que había sucedido algo más entre esos dos, aparte de haber pasado la mañana fuera, trabajando juntos. Pese a la brevedad de su diálogo, era imposible no notar la frialdad que reinaba entre ellos. Muy interesante. Vanja se encogió de hombros y expuso con brevedad lo que había sucedido desde que habían salido del edificio de la policía.

El coche en la cantera de grava, la testigo, Roland Johansson, el conductor del autobús y Brunna.

—Ya hemos comprobado los registros de Brunna —prosiguió Billy, tomando el relevo de la explicación, sin que nadie se lo pidiera—. En la localidad no vive ningún Roland Johansson ni nadie que haya pedido que le remitan la correspondencia desde otra dirección.

—Pero ayer denunciaron el robo de un coche en el municipio —intervino Vanja—: se trata de un Toyota Auris gris metalizado. Las horas coinciden.

—¡Es ése! —exclamó Sebastian, demasiado alto y con excesivo entusiasmo. Lo notó cuando toda la actividad de la sala se congeló de repente y todas las cabezas, como en un número bien coreografiado, se volvieron de forma simultánea hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

Vanja había expresado en palabras lo que todos se estaban preguntando en silencio.

Sebastian cerró la boca y maldijo para sus adentros. Lo sabía porque el vehículo que lo estaba siguiendo era un coche gris metalizado de fabricación japonesa, tal como le había dicho Trolle, que lo había visto parado delante del portal de Anna Eriksson. Pero una cosa era lo que sabía y otra muy distinta lo que podía contar. No podía decirles nada de Trolle, ni de Anna. No podía revelar nada. Tampoco podía saber con un mínimo de certeza si el Toyota robado estaba relacionado con el caso que estaban investigando. Sin embargo, lo había dicho. Y además con énfasis, como si estuviera convencido. Los demás, en torno a la mesa, lo seguían mirando sorprendidos.

—No lo sé —respondió en voz baja. Enseguida se aclaró la garganta. Si quería salir airoso del aprieto, no podía permitir que se le quebrara la voz—. Lógicamente, no sé nada —insistió—. Es sólo una intuición.

—¿Una intuición? ¿Desde cuándo te guías tú por intuiciones?

Torkel estaba asombrado, y con razón. Conocía a Sebastian mejor que cualquiera de los presentes. Lo había visto presentar todo tipo de hipótesis y teorías, en algunos casos erróneas, tal como se había demostrado más tarde, pero siempre fundamentadas en hechos y datos objetivos. Sus especulaciones tenían una base racional. En todos los años que había trabajado con él, nunca

lo había oído formular una sugerencia basada en una simple intuición. Pero Sebastian se encogió de hombros.

—Roland se baja del autobús en Brunna; ese mismo día roban un coche en el municipio; Roland está relacionado con el caso... Todo encaja, creo yo...

Se hizo un silencio en la sala. Vanja negó con la cabeza. Billy se quedó mirando a lo lejos, como si no hubiera oído nada, y la mirada de Torkel expresó con claridad lo que pensaba de la última intervención de Sebastian: tonterías. Por un momento, pareció como si Torkel quisiera descubrir si había alguna razón que explicara su aportación insustancial, algo que mereciera la pena aclarar. Sebastian estaba a punto de volver a hablar cuando de repente Torkel dejó de prestarle atención y se volvió hacia los otros dos.

—Es una posibilidad que no podemos descartar. Investiga el Toyota —le dijo a Billy.

—Ya lo he hecho —respondió éste mientras le lanzaba una breve mirada a Vanja.

—Muy bien. Por mi parte, he hablado con la persona de contacto de Roland Johansson en Gotemburgo: Fabian Fridell.

—¿Qué ha dicho?

Sebastian fingió más interés del que sentía en realidad, con tal de compensar su exagerada reacción al oír hablar del Toyota gris metalizado.

—Por lo visto, hace unos días que no ve a Roland Johansson.

—¿Unos días? —preguntó Vanja—. ¿Y eso cuánto es exactamente? ¿Dos días? ¿Tres? ¿Una semana?

—De hecho, nuestro amigo Fabian ha respondido de manera bastante vaga.

—Se siente amenazado.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Yo también lo he pensado —replicó Torkel, asintiendo.

Un nuevo silencio cayó sobre la sala mientras todos los presentes en torno a la mesa asimilaban la nueva información. Billy fue el primero en expresar en voz alta lo que todos pensaban.

—Por lo tanto, Roland Johansson está involucrado de alguna manera. Sin embargo, las pruebas materiales lo descartan como autor de los crímenes y tiene coartada para el segundo y el tercero de los asesinatos.

—Pero su coartada es Fridell —intervino Vanja—. Si hay amenazas de por medio, Fridell podría estar mintiendo.

Billy negó con la cabeza.

—No; ya he comprobado la salida a Skåne. Roland Johansson viajó con el resto del grupo.

—Entonces, buscamos a más de uno —dijo Torkel.

—Pero Hinde los dirige a todos —replicó Sebastian, ansioso por insistir en el aspecto más importante de la investigación—. De eso estoy seguro. Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Vanja, con una sonrisa desafiante—. ¿O solamente... lo intuyes?

—Cállate, ¿quieres? Tú también lo sabes. Todos lo sabemos. —Sebastian se levantó y empezó a ir y venir por la habitación—. No conozco a Roland Johansson. No lo he visto en mi vida. ¿Por qué iba a querer vengarse de mí? Sin embargo, está relacionado con Hinde. Todo está

vinculado con Hinde. —Se detuvo y se volvió para mirar a Torkel—. ¿Qué pasa con mi autorización para visitarlo?

—La última tardó dos días.

—¿Les has dicho que tenemos prisa? ¿Les has insistido en que es importante?

—¿Tú qué crees? —Torkel se volvió una vez más hacia Billy y Vanja—. ¿Qué hacemos a partir de ahora?

—He enviado agentes uniformados a interrogar a las personas que reciben llamadas telefónicas de Lövhaga —respondió Vanja—. Pronto empezarán a llegar sus informes.

—He visto que ya ha llegado la lista del personal del pabellón de máxima seguridad —dijo Billy—. Empezaré por ahí.

La mirada de Torkel volvió a posarse en Sebastian. Durante un instante, pareció como si éste no entendiera lo que el jefe del equipo esperaba de él, pero enseguida se dio cuenta de que debía responder a la misma pregunta.

—Seguiré con lo mío —dijo finalmente.

Sin que nadie le preguntara qué era lo suyo, se dio por finalizada la reunión. Sebastian fue el último en abandonar la sala. Buscaban un Toyota gris metalizado. Y a Roland Johansson. Trolle ya estaba al corriente del Toyota, pero era preciso informarlo de que había otra persona implicada. Podía ser importante.

Sebastian volvió a marcar el número de Trolle mientras salía.

Tampoco esa vez obtuvo respuesta.

Había quebrantado su propia norma de utilizar el ordenador solamente tras el cierre de las celdas. Había cerrado la puerta después de comer y se había conectado enseguida. Necesitaba media hora. Tenía que hacerlo. Era preciso que confirmara sus sospechas. Cuando leyó el mensaje de correo electrónico que le había enviado Ralph, fue como si el tiempo se hubiera detenido. Se quedó paralizado delante del ordenador mirando con fijeza la pantalla. No sabía si habían pasado cinco, diez o veinte minutos. Le daba igual. No le importaba que le confiscaran el ordenador.

Ya sabía todo lo que necesitaba saber.

Anna Eriksson se había casado con Valdemar Lithner un año y medio después del nacimiento de Vanja. El otoño en que Anna se quedó embarazada, Valdemar estaba estudiando en Gotemburgo y probablemente ni siquiera conocía a Anna. Al nacer Vanja, Valdemar estaba haciendo prácticas en Essex. ¿Qué padre se habría ido al extranjero cuando su hija estaba a punto de nacer? Se había instalado en Estocolmo cuando Vanja ya tenía seis meses.

Ralph había encontrado la partida de nacimiento.

«Padre desconocido», decía. Dos sencillas palabras. ¿Qué mujer habría inscrito así a su hija para después casarse con el supuesto «padre desconocido» dieciocho meses más tarde? Ninguna.

Lo más probable era que el padre no fuera en absoluto desconocido, al menos para Anna, sino sólo irresponsable. Un hombre que nunca asumía sus responsabilidades y que se dedicaba a revolotear de mujer en mujer, un ser despreciable que la había abandonado y se había marchado a Estados Unidos simplemente porque era donde le apetecía estar.

Sebastian Bergman.

Así se explicaba que se empeñara en seguir a Vanja y que la observara desde la distancia, sin atreverse a darse a conocer, y también su necesidad de protegerla durante la visita que le habían hecho juntos.

Los indicios eran contundentes, pero necesitaba asegurarse. En eso no podía permitirse ningún error. Necesitaba averiguar si Anna Eriksson y Sebastian Bergman se habían conocido antes. ¿Habían tenido una relación en 1979? No era fácil saberlo, porque Anna Eriksson no había estudiado en la Universidad de Estocolmo. Pero Ralph había investigado a los alumnos inscritos en el curso de Sebastian durante los semestres de otoño y primavera de 1979 y había encontrado un vínculo entre los dos.

¡En Facebook, nada menos!

A Hinde le parecía increíble la cantidad de información que algunas personas vertían en las redes sociales, sin la menor preocupación por su privacidad y sin tomar ninguna medida de

seguridad, de manera que cualquiera podía entrar en sus perfiles e investigar. Karin Lestander era una de esas personas. Había sido alumna de Sebastian en 1979 y solía publicar fotografías de tiempos pasados, de una época en que sus antiguos compañeros y ella eran jóvenes y guapos. Los mejores años de su vida, como ella misma había escrito. Todos sus álbumes de fotos estaban abiertos a todos los visitantes, como Ralph había podido comprobar. Para facilitar aún más la tarea de cualquiera que quisiera investigar el pasado de Karin, ella había clasificado las fotografías por años y había dedicado mucho tiempo a escribir breves comentarios triviales al pie de cada foto. Para alguien que buscara la verdad, era una auténtica mina de oro.

En el álbum de 1979, había cinco imágenes.

La fotografía más importante la había hecho en lo que parecía una fiesta. En ella aparecían Kajsa, Sebastian y una mujer que Hinde reconoció enseguida: Anna Eriksson. Todos sonreían a la cámara. Sebastian apoyaba una mano sobre el hombro de Anna, quizá con excesivo cariño. El comentario de la foto rezaba:

«Fiesta de otoño en la universidad. También estaba Anna Eriksson. Me pregunto qué habrá sido de ella».

Sí, ¿qué habría sido de ella?

En cualquier caso, ahora había alguien que lo sabía. Hinde acababa de encontrar la última pieza del puzle, la que convertía una viva sospecha en convencimiento absoluto.

Todo encajaba. Anna debió de quedarse embarazada en el otoño de 1979 y quizá incluso aquella fiesta había tenido algo que ver en el desenlace.

Hinde se puso de pie. No podía permanecer sentado por mucho que lo intentara. La brecha que estaba buscando se había convertido en un pozo sin fondo, con espacio suficiente para albergar fantásticas posibilidades y grandes logros. La venganza perfecta. Sentía vértigo. Todo su plan había cambiado radicalmente.

Y también su papel.

Vanja Lithner era hija de Sebastian.

Ahora lo veía con meridiana claridad. Era uno de los mejores días de su vida y otro de esos momentos que marcaban un antes y un después.

Antes y después de descubrir la verdad sobre Vanja.

Ahora se bastaba solo. No necesitaba a nadie más.

Ralph había pasado a ser una molestia. Había sido útil para llegar a donde estaba. La información que le acababa de enviar había sido decisiva. Pero seguía siendo un gusano que nunca se atrevía a mirarlo a los ojos, un niño metido en un cuerpo larguirucho de hombre, que en los últimos tiempos había intentado asumir un papel que no dominaba. Hinde había notado la creciente confianza en sí mismo de Ralph el día que descubrió entre el material aleatorio que constituía la web <fygorh.se> una serie de textos y de enlaces que remitían a noticias sobre los asesinatos. En cada página se había insertado algo al respecto.

El eco mediático de las muertes nunca había sido importante para Hinde; lo consideraba trivial y superficial, y no le producía ninguna satisfacción. Pero el efecto en Ralph había sido diferente. De repente, parecía un adolescente empeñado en llamar la atención. Se había vuelto

más extrovertido y ávido de reconocimiento. Probablemente era una evolución normal; de hecho, Edward esperaba que se produjera en él algún tipo de cambio. Pero la rapidez de la transformación lo había sorprendido. Antes, Ralph no veneraba más que a Edward; pero en los últimos tiempos tenía otro dios: los focos de la atención mediática.

Recordaba el día en que se habían conocido. En voz baja y temblorosa, Ralph le había confesado que lo había leído todo acerca de él y que ambos tenían mucho en común. Que prácticamente eran iguales. Con mucha amabilidad, Hinde lo había animado a seguir hablando. El hombre larguirucho había dado tales signos de debilidad y sumisión que Hinde no tardó en concebir la idea de utilizarlo. Aún no sabía cómo, ni para qué, pero enseguida empezó a manipularlo y los resultados habían superado todas sus expectativas. Ralph le habló de su madre enferma, porque suponía que era algo que los dos tenían en común. Por un momento, Hinde pensó en castigarlo por llamar «enferma» a su madre, pero cambió de idea. Siempre tendría ocasión de castigar a alguien, pero la oportunidad de manipular por completo a una persona era mucho menos frecuente. Ralph le había hablado de su «abuelo», de la casa de campo y de las personas con máscaras de animales. En su opinión, también tenían eso en común: el abuso. Edward lo había dejado hablar. Ralph nunca entendería que sus pretendidos puntos comunes se quedaban en nada en comparación con sus diferencias.

Ralph nunca en su vida había logrado imponer su voluntad.

Hinde la imponía siempre.

Pero Ralph estaba libre. Podía ser su representante en el mundo real, la fuente de información que necesitaba para poner en práctica su plan.

A corto plazo, era extremadamente valioso.

Pero sustituible a largo plazo.

En ese momento, se le ocurrió la idea. En su sencilla claridad, Hinde vio la función que podía corresponderle al gusano, el lugar ideal en sus nuevos designios para una persona servil y sumisa. Era perfecto. Sólo había que hacerlo bien, para poder ocasionarle a Sebastian el mayor sufrimiento posible.

Empezó por encargarle a Ralph una misión más.

No quedaban muchas.

Y quería reservarse una para él.

Por eso le encomendó a Ellinor Bergkvist.

Planificación. Paciencia. Determinación.

Para él eran las palabras más importantes en ese momento. Nada podía salir mal esta vez. El cuchillo largo de cocina, el camisón y las medias de nailon estaban perfectamente guardados en la bolsa negra de deporte, apoyada en el suelo del vestíbulo; al lado, las provisiones dentro de una bolsa de papel; y la cámara digital, en el bolsillo, junto con la navaja recién afilada. Se había cambiado de ropa y se había puesto un polo azul y unos pantalones chinos de color beige, más o menos la misma vestimenta que había llevado en los cuatro primeros asesinatos. Bien vestido, sin ser llamativo. La única vez que había utilizado un disfraz había sido cuando fue a casa de Anna Eriksson, porque sentía que lo necesitaba. El tiempo de planificación había sido mínimo y estaba obligado a dar el golpe a una hora muy concreta del día. La mujer no vivía sola y era posible que estuviera advertida. Había tenido que asegurarse de que lo dejara pasar. Por eso se había disfrazado. Se había apartado del ritual y había recibido el castigo merecido. El hombre gordo había irrumpido en su coche.

En cuanto vio el nombre de Ellinor en <fygorh.se>, corrió a la peluquería de la vuelta de la esquina. No fue a cortarse el pelo, ya que por lo general se lo cortaba a intervalos exactos de noventa y un días —otro ritual—, sino porque quería cambiar de peinado, lo que ya de por sí le resultaba bastante inquietante. Sustituyó la gorra por otra de diferente color, pero del mismo modelo, que se guardó en el bolsillo trasero, y se colgó las gafas oscuras del cuello del polo, en lugar de ponérselas. Se dijo que, en cualquier caso, las llevaría encima. No estaba omitiendo el ritual. Solamente lo había modificado.

Se miró en el espejo del baño y no le gustó lo que vio. Se pasó las manos por la cabellera bien peinada, que le resultaba desconocida. El tacto era pegajoso y áspero. La peluquera le había dicho que le había aplicado un producto para dejarle el pelo brillante y liso, y le había hecho comprar dos botes para asegurarse de que tuviera producto para muchos días. Volvió a mirarse y le sonrió a su nuevo estilo. Intentó gustarse. Se dijo que ahora parecía uno de esos tipos elegantes que suelen moverse por la zona de Stureplan, en lugar del larguirucho sin gracia que siempre pasaba inadvertido. Trató de convencerse de que el cambio lo favorecía. No era cierto. Pero lo había hecho por una buena razón. Esta vez no podía salirle nada mal. Absolutamente nada podía fallar. Su ídolo, el hombre al que veneraba, lo había perdonado y le había concedido otra oportunidad porque sabía que era importante para él. El Maestro tenía en cuenta sus sentimientos. Era la primera vez en toda su vida que alguien se preocupaba por él y no pensaba defraudarle. Si para ello tenía que cambiar la forma de vestir e incluso peinarse de otra manera,

estaba dispuesto a hacerlo. Eran pequeños sacrificios por un fin más elevado. Lo importante era no cometer ningún error. Y tenía que ser mucho más prudente de lo que había sido hasta entonces.

No sabía cuánta información tenían los que le estaban siguiendo la pista, pero a medida que pasaban las horas desde la muerte del hombre del coche, se iba sintiendo más seguro. Si hubieran conocido su identidad, ya se habrían presentado en su casa. No tenía sentido que lo vigilaran. Cuando lo tuvieran localizado, irían a detenerlo.

El Maestro había matado a cuatro mujeres y él ya se estaba preparando para la quinta. Pronto pasaría a la historia. Por eso tenía que redoblar la concentración y controlar sus emociones. Era muy importante mantener la calma.

En la calle hacía menos calor que la semana anterior y él se encaminó a paso rápido hacia la estación de metro, que se encontraba a unos diez minutos de distancia.

No le gustaba tener que cambiar de medio de transporte, pero no quería llevar su Volkswagen Polo verde, ni tampoco se atrevía. Había dejado el Toyota gris metalizado aparcado en Ulvsunda, siguiendo las instrucciones, pero en su breve mensaje el Maestro no le había dicho nada de un coche nuevo. De alguna manera, el Maestro se ocupaba de proporcionarle coches robados. Ralph sólo recibía órdenes concisas sobre el lugar donde debía recogerlos o dejarlos. Seguramente otra persona se encargaría de llevarlos al sitio indicado, pero a él no le importaba quién pudiera ser. El Maestro tenía mucha gente a sus órdenes, y él lo sabía. Pero en esa ocasión no le habían facilitado ningún vehículo, por lo que se vería obligado a hacer el trayecto de ida y vuelta hasta Vasastan en metro. Por el camino se detuvo en una floristería y compró veinte rosas rojas. Le pidió al dependiente que las arreglara en un ramillete romántico y que añadiera una tarjeta, en la que sólo escribió: PERDÓNAME. TUYO, SEBASTIAN. Quedó muy satisfecho con el resultado, en parte porque sabía que Sebastian era el tipo de persona que nunca pedía perdón, y en parte porque le pareció una buena idea resaltar todavía más la vinculación entre Sebastian y la mujer muerta. Ralph decidió que dejaría el ramo de flores sobre la mesa de la cocina, con la tarjeta bien a la vista. Habría dado cualquier cosa por ver sus expresiones cuando hallaran un cadáver en el dormitorio y un romántico ramo de rosas en la cocina.

Se convenció de que eso no significaba apartarse del ritual. Siempre dejaba pistas, pero ésta sería diferente. Sería una manera nueva de hacerlo. Estaba seguro de que el Maestro valoraría su iniciativa.

Ralph pagó las flores y salió otra vez a la acera soleada. Pensó que debía de tener todo el aspecto de un enamorado, un tipo con dinero que acababa de comprarle un ramo de rosas a una mujer que quizá acababa de conocer. Arrancó la etiqueta pegada a uno de los tallos, donde podía leerse que el arreglo floral se había adquirido en la floristería de Västertorp.

Pistas, sí.

Pero sólo las que él decidiera dejar.

En eso se notaba la planificación.

Ellinor Bergkvist había tenido un día muy ajetreado. Primero había llamado al trabajo, para decir que iba a tomarse los días de vacaciones que se había reservado. Después había regado y podado todas las plantas, y le había pedido a la señora Lindell, del tercer piso, que subiera de vez en cuando a cuidarlas mientras ella estuviera fuera. La vecina la había hecho pasar a su casa, la había invitado a tomar café y pastas, y al final las dos habían pasado más de una hora charlando. Fue muy agradable, pero al cabo de un rato Ellinor empezó a preocuparse, porque aún le quedaban muchas cosas por hacer y ordenar.

No podía olvidarse de todo por un hombre, por muy maravilloso que éste fuera. Era preciso conservar la calma y asegurarse de que la casa quedaba en perfecto estado, sobre todo teniendo en cuenta que la vecina iba a entrar sola en el apartamento y que lo miraría y lo recorrería a su gusto.

Por eso, hizo una limpieza a fondo. Pasó la aspiradora, quitó el polvo y pasó la fregona. Limpió los cristales, cambió las sábanas y arregló los cojines del sofá. Vació el frigorífico y decidió concentrar todas las plantas en la terraza, con el fin de que la señora Lindell no tuviera excusas para pasearse por todo el apartamento.

Cuando terminó se sentó en el sofá, con una copa de su coñac favorito en la mano. Hacía años que tenía la botella y solamente bebía en ocasiones especiales. Era de las bodegas Delamain, un productor menor de la denominación de origen, de cuya existencia se había enterado Ellinor a través de una revista mensual especializada. Aunque era muy caro, le duraba mucho, y además le encantaba su suave sabor alcohólico y su final de boca afrutado. La hacía sentirse refinada y especial en un mundo de gustos corrientes, un mundo que no sabía apreciar las cosas tanto como ella.

Ella sí que sabía vivir.

Sí que sabía amar.

Habían sido unos días muy intensos desde que había conocido a Sebastian Bergman, el alma gemela que había irrumpido en su vida. Necesitaba unos breves instantes para sí misma, a solas con sus pensamientos, antes de seguir adelante. Permaneció un rato sentada en el sofá, bebiendo lentamente de su copa.

Un rato para ella sola. En el presente.

Antes de que su vida continuara.

Ralph se bajó del metro en Odenplan. No tenía la certeza de que fuera la estación más próxima a Västmannagatan. No viajaba lo suficiente en la línea verde como para saberlo, pero se había asegurado mirando el plano. Había pocos viajeros en el andén y no le llevó mucho tiempo salir de las galerías subterráneas. Cruzó la avenida y se encaminó hacia el oeste. Västmannagatan tenía que estar un par de calles más allá. Nunca había ido a pie. Por el camino iba pensando lo que haría. Sacó el móvil y marcó el teléfono de Ellinor. Al tercer tono de llamada, la mujer le contestó.

—¿Diga? Aquí Ellinor.

Ralph interrumpió enseguida la comunicación. Solamente quería saber si estaba en casa. Sabía que vivía sola y había averiguado el código para abrir el portal la noche de la primera visita de Sebastian, cuando había ayudado a entrar a una señora mayor. Por lo tanto, el primer obstáculo estaba superado. Pero, a partir de ahí, se vería obligado a improvisar. Le preocupaba actuar con una planificación deficiente, como en el caso de Anna Eriksson, pero la alternativa era vigilar a la víctima durante semanas, o en todo caso durante días, y Ralph sabía que no disponía de mucho tiempo. El operativo había entrado en una nueva fase y era preciso que todo avanzara mucho más rápido, tanto en lo referente a las decisiones como a las acciones. Pero él se sentía capaz de hacerlo. Podía hacerlo muy bien. Ahora tenía experiencia y sus logros estaban a punto de ser históricos. Ahí estaba él, el simple mensajero que llegaba con un ramo de flores. ¿Qué mujer no le habría abierto la puerta?

«Perdóname. Tuyo, Sebastian.»

No pudo reprimir una sonrisa al pensar en su plan.

Llegó al portal y a su destino final, pero pasó de largo. Siguió caminando hasta un pequeño parque que había más adelante y se sentó un momento en uno de los bancos pintados de verde oscuro. Miró en torno a él. No había nadie en los alrededores, nadie que le prestara especial atención a él ni al portal. Una furgoneta pasó despacio por la calle, pero giró al llegar a la esquina. Ralph se puso de pie y levantó el ramo para taparse la cara tanto como fuera posible.

Volvió sobre sus pasos sin darse prisa. No quería parecer nervioso ni que nadie se fijara en él.

No era nada más que un ramo de rosas.

Un regalo de amor para una mujer.

El código era 1439. Lo comprobó en el móvil, donde lo había escrito por si se le olvidaba.

Marcó 1439 y, en efecto, era el número correcto.

La puerta se abrió. Estaba equipada con un mecanismo automático de apertura, para facilitar el paso de los cochecitos de bebé y de las personas mayores. A Ralph no le gustó. Hizo que su entrada pareciera demasiado espectacular, demasiado teatral, como si saliera a un escenario. Entró con rapidez en el amplio vestíbulo y se quedó allí un momento, fingiendo que buscaba un nombre en el cuadro de los apartamentos, aunque sabía perfectamente dónde vivía Ellinor: en el cuarto piso, donde había tres vecinos. La puerta automática se cerró poco a poco a su espalda y cayó sobre el vestíbulo un silencio liberador al apagarse el ruido de la calle. Se sentía invisible allí dentro, en el amplio espacio de paredes blancas, adornado con elegantes figuras de inspiración griega y estilo neoclásico. Las rosas encajaban a la perfección en ese ambiente.

Rojo y blanco.

Los colores del amor y la inocencia.

Era poético que la muerte llegara de esa forma.

Decidió usar el ascensor para subir. Cuando llegara arriba, dejaría la puerta abierta, para que el ascensor quedara atascado en el cuarto piso y todos los que quisieran subir o bajar tuvieran que usar la escalera. De ese modo, podría oír si alguien subía o bajaba y tendría tiempo de reaccionar. Al final, todo podía ser cuestión de segundos.

Pulsó el gastado botón de baquelita con una flecha que apuntaba hacia arriba. La maquinaria se puso en marcha con un sonoro golpeteo metálico. Ralph levantó la vista por el hueco, a través de las rejas oscuras, y vio que la caja del ascensor estaba en el cuarto o el quinto piso. Bajaba con irritante lentitud.

El momento crítico comenzaría en el instante en que ella le abriera la puerta y terminaría cuando Ralph estuviera dentro del apartamento, con la puerta cerrada y la mujer bajo control. Por lo general duraba apenas unos segundos y era preciso que todo se desarrollara de la manera más silenciosa posible. La acústica de la escalera amplificaría todos los sonidos. Sacó la navaja, la desplegó y la escondió en la mano derecha, detrás de las rosas.

Ellinor dio una vuelta más por el apartamento. En el último momento, decidió dejar la puerta de la terraza entreabierta, para que el ambiente no oliera a cerrado cuando entrara la señora Lindell. Si conocía bien a su vecina, incluso era posible que subiera esa misma noche. Giró un poco el picaporte, para que la puerta quedara mínimamente inclinada y dejara pasar un poco de aire. Entonces se dio por satisfecha. La casa estaba perfecta.

Abrió la puerta y salió con las llaves en la mano. Cerró con doble vuelta y en ese momento notó que el ascensor pasaba por su piso, en dirección a la planta baja. Típico. Si hubiera salido unos minutos antes, habría podido cogerlo, y en cambio ahora se veía obligada a esperar. Arrastró hasta la puerta del ascensor la maleta negra de cabina que había comprado aprovechando unos cupones de descuento. Le gustaba mucho porque era a la vez práctica y moderna. El ascensor prosiguió poco a poco su camino hacia la planta baja. Habían hablado de renovarlo en la última reunión de vecinos, pero se había aplazado la decisión. Era bonito en su estilo antiguo, con su caja abierta y sus paneles interiores de madera oscura; pero en cuanto a funcionalidad dejaba mucho que desear. Ellinor y otros vecinos habían propuesto un modelo más actual, que se moviera a más velocidad y tuviera memoria. Ahora había que esperar a que parara para pulsar el botón de llamada.

Ralph se quedó paralizado cuando oyó que se abría una puerta. No sabía en qué piso había sido. Podía descartar el primero, porque el ruido había sonado más arriba; pero, a causa de la acústica del hueco de la escalera, era imposible determinar con mayor precisión su origen. Prestó atención por si oía algo más, pero el zumbido del ascensor fue lo único que llegó a sus oídos. Esperó, por si sonaban pasos en la escalera, pero no oyó nada. La persona en cuestión debía de estar esperando el ascensor, lo mismo que él. Tenía que conservar la sangre fría. Levantó un poco más el ramo de rosas, para ser sólo un cuerpo con la cara oculta detrás de las flores, y

apretó con más fuerza la navaja. Por fin llegó el ascensor y se detuvo con un ruido sordo, seguido de un chasquido metálico al liberarse el cierre de seguridad. Ralph abrió la puerta tan silenciosamente como pudo, pero no supo qué hacer. Tenía dos posibilidades: echarse atrás o subir.

Se decidió por lo segundo. Siempre podría renunciar a su propósito más adelante. Tenía que obligar a la persona de arriba a hacer alguna cosa. Mantuvo la puerta abierta para que el ascensor no se moviera. El edificio estaba en silencio. No se oía volar una mosca.

Pasaron unos minutos. Ralph repasó varias veces las posibilidades. Demasiadas veces. Quizá echarse atrás habría sido lo mejor. Volver al cabo de un rato y empezar de nuevo. Cuando ya se disponía a soltar la puerta del ascensor y marcharse, oyó que la persona de arriba empezaba a bajar por la escalera. Los pasos eran bastante rápidos y daban la impresión de que en cualquier momento llegarían a la planta baja. La decisión fue instantánea. No podía echarse atrás. Se metió en el ascensor.

Ellinor estaba furiosa. ¡Siempre pasaba lo mismo! No era que tuviera nada en contra del uso de la escalera, al contrario, le parecía bien hacer ejercicio, pero el problema era la maleta. Pesaba demasiado para cargarla hasta abajo. Además, recordó un artículo que había leído donde se decía que no era bueno bajar escaleras, porque sobrecargaba la articulación de la rodilla. Subir era muy conveniente, pero era preferible evitar las bajadas. En ese momento, sin embargo, no tenía otra elección. No podía esperar más. Para aumentar su irritación, el ascensor empezó a moverse cuando ella ya estaba a mitad de camino al tercer piso. Por un segundo, pensó en la posibilidad de dar media vuelta y regresar a la puerta del ascensor, pero le pareció más cómodo seguir bajando y coger el ascensor en el tercer piso si es que paraba allí. Con suerte, sería Robert Andersson, del tercero, que solía volver a casa a esas horas. Cuando por fin llegó el ascensor, Ellinor se echó un poco a un lado, para dejar pasar a Robert, en caso de que fuera él. Pero no era Robert, sino un chico bastante alto. No vio mucho más que unos pantalones de color beige, un polo azul y un ramo enorme de rosas que le tapaba la cara al muchacho. El ascensor pasó de largo, sin detenerse. Ellinor no pudo reprimir una sonrisa. Alguien de los pisos de arriba iba a recibir un precioso ramo de rosas. El amor le infundió nuevas energías, por lo que decidió seguir bajando por la escalera. No podía pasar el día esperando el ascensor.

Otra vez no. Otra vez no. Otra vez no.

Instintivamente, estuvo a punto de accionar el freno de seguridad. Pero cuando el impulso iba a traducirse en acción, lo reprimió, porque estaba medio metro por encima de la puerta del tercer piso y se habría quedado parado entre dos plantas. A través de la reja del ascensor, vio a Ellinor, que bajaba a paso rápido y se alejaba de él. Se dijo que había alterado demasiado el ritual y ahora ella se le estaba escapando. De repente, la penetrante fragancia de las rosas le pareció vomitiva. Abrió la puerta en cuanto llegó al cuarto piso y echó a correr. Le importaba una mierda la seguridad. Esta vez no podía fallar. Estaba dispuesto a aceptar cualquier riesgo, aunque fuera

excesivo. Ya vería más adelante cómo ejecutaba el ritual. Lo primero era atraparla. Se dio cuenta de que el ruido de sus pasos le impedía seguir oyendo los de ella. Se detuvo un momento y volvió a oírla enseguida. No podía estar muy lejos. Un par de pisos más abajo como máximo. Echó a correr una vez más.

Dejó atrás el segundo piso. En el siguiente tramo, intentó bajar los peldaños de dos en dos, pero no le resultaba fácil mantener el equilibrio, cargado con la bolsa de deportes, las provisiones y el ramo de rosas. Tropezó, pero se agarró de la barandilla y recuperó el control. Al alcanzar el primer piso, tiró las rosas al suelo y siguió bajando a toda carrera. Por último, llegó al elegante vestíbulo donde había estado un momento atrás.

Estaba vacío.

La puerta estaba medio abierta, por lo que Ellinor debía de haber salido hacía apenas unos segundos. Escondió la navaja en la palma de la mano y salió corriendo a la calle. Tenía que estar cerca. Muy cerca.

La vio enseguida. Iba en dirección a Norra Bantorget, a unos ocho o diez metros de distancia. No había nadie más en la acera, pero no dejaban de pasar coches. Un poco más allá, vio un grupo de madres jóvenes, cada una con su cochecito de bebé. Era imposible hacer nada. Iba a tener que seguirla. Esperaría una oportunidad mejor, sin perderla de vista.

Le faltaba el aliento y se dio cuenta de que estaba empapado en sudor. Empezó a caminar más despacio, plegó con cuidado la navaja y se la guardó en el bolsillo. Dejó que la mujer se distanciara unos metros más.

Paciencia. Determinación.

Era lo que necesitaba en ese momento.

La estaba viendo y no la dejaría escapar.

Era suya.

Ellinor estaba buscando un taxi. Normalmente, había varios delante del hotel de la plaza Norra Bantorget, por lo que se dirigió hacia allí. No solía coger taxis. Le gustaba más caminar, sobre todo cuando hacía buen tiempo y Estocolmo se mostraba en todo su esplendor estival. Si hubiera sido un día corriente, casi con seguridad habría hecho el camino andando. Pero era un día especial. Tenía un destino al que quería llegar cuanto antes. El día había transcurrido más aprisa de lo que ella hubiese deseado. El tiempo era increíble. ¿Cómo era posible que algo tan constante pudiera ser tan relativo? Cuando era preciso hacer algo, pasaba a toda velocidad; en cambio, cuando no había nada que hacer, excepto buscarle algún sentido a la vida, transcurría con exasperante lentitud. Habría sido mucho mejor que fuera al revés y que las horas importantes parecieran más largas que las vacías. Vio llegar un taxi libre, de modo que levantó un brazo para llamarlo. Para su alegría, el taxi frenó y se detuvo justo delante de ella. Ellinor cogió la maleta y se acomodó en el asiento trasero. En la calle, a cierta distancia, había un chico alto que la miraba fijamente. Cuando el taxi pasó a su lado, se acercó un poco más a la calzada. Parecía como si también estuviera buscando un taxi. Ellinor vio que le hacía señas a otro, que iba en dirección opuesta y no se detuvo. Sonrió para sus adentros. Había sido muy afortunada al conseguir el

suyo.

Era su día de suerte.

Le pidió al conductor que se dirigiera a Östermalm.

Hacia el amor.

Sebastian Bergman había pasado el día entero llamando a Trolle y su inquietud había ido en aumento con cada llamada sin respuesta. Pronto se cumplirían más de dieciséis horas desde que los dos se habían despedido delante de la casa de Anna Eriksson. Nunca se había sentido tan cerca de su antiguo colega como en ese momento y por eso mismo era más aguda su preocupación, sobre todo desde que Anna estaba a salvo. Trolle tendría que haberlo llamado para comunicárselo. Después de todo, para eso vigilaba su casa el viejo policía.

Para protegerla.

Para proteger a Vanja.

Y su secreto.

Pero Sebastian no sabía qué otra cosa podía hacer aparte de seguir llamándolo. No veía ninguna otra posibilidad y se sentía completamente solo en su angustia. Por lo general, no necesitaba a nadie. Se bastaba a sí mismo. Pero notaba que estaba llegando a un límite.

Para disipar la inquietud, decidió concentrarse en su siguiente encuentro con Hinde. Vanja tenía razón. No estaba haciendo nada de provecho para el equipo. Necesitaba que lo autorizaran a visitar de nuevo a Hinde cuanto antes. Irritado, se puso a buscar a Torkel. Edward Hinde era la clave. Su anterior aversión se había disipado. Ahora anhelaba reunirse con él a solas, sin tener que preocuparse por Vanja. Saldría triunfante de ese encuentro. Dejaría a Hinde fuera de combate.

Torkel no estaba en su despacho. Según su secretaria, tenía unos asuntos administrativos que atender. Cuando Sebastian se lo preguntó, le dijo que estaba reunido con sus superiores, en la planta alta. Sebastian subió por la escalera y se asomó a la ventana de la gran sala donde se solían convocar esas reuniones. Desde allí vio a Torkel, que estaba hablando con varias personas más, con pinta de peces gordos. Algunos incluso llevaban absurdos uniformes blancos con charreteras doradas. Sebastian detestaba a los policías con insignias doradas en los hombros. No había forma de estar más lejos del auténtico trabajo policial. Esa gente nunca acudía al lugar del crimen. Sólo era posible verlos por televisión o sentados en una sala de conferencias, con una botella de agua mineral delante, como en ese momento. Sebastian se acomodó en una butaca delante de la ventana, tratando de que lo vieran. Torkel no reparó en él, o por lo menos fingió no haberlo visto. Sebastian fue sintiendo crecer la frustración en su interior y, cuando llevaba un cuarto de hora sentado, no pudo soportarlo más. Se levantó y empujó sin más la puerta de la sala.

—Buenas tardes a todos. ¿Qué tal? ¿Estáis resolviendo el asesinato de Olof Palme?

Se hizo un silencio y todas las caras se volvieron hacia él. Algunas le resultaron vagamente

familiares, pero la mayoría eran desconocidas. La única persona que conocía bien se levantó con brusquedad de su asiento.

—Sebastian, si la puerta está cerrada es por algo —dijo Torkel, con creciente furia en la voz —. Estamos reunidos.

—Sí, ya lo veo. Pero tengo que hablar con Hinde hoy mismo. No podemos esperar más.

—Todavía no hemos recibido la autorización. Estoy intentando que nos la concedan lo antes posible.

—Haz algo más que intentarlo. Consíguela.

—No hablemos de eso ahora, Sebastian. —Torkel miró a su alrededor, como pidiendo disculpas al resto de los presentes en la sala, y después se volvió de nuevo hacia Sebastian—. Y ahora vete.

—En cuanto consiga esa autorización, me marcho. Te lo prometo.

Sebastian miró a las personas reunidas en torno a la mesa. La mayoría le devolvieron la mirada con una mezcla de sorpresa y desprecio. Se daba cuenta de que se estaba excediendo, pero ya no soportaba seguir jugando con sus reglas estúpidas. Había vidas en peligro y no sólo la suya.

—Seguramente, tus elegantes amigos querrán tener resuelto este caso antes de que ese tipo le raje el cuello a una quinta víctima. Yo tengo la clave para conseguirlo.

Notó que Torkel echaba fuego por los ojos. Había llegado demasiado lejos. Una mujer que estaba sentada a la derecha de Torkel se puso de pie con movimientos lentos y controlados. Sebastian reconoció a la directora nacional de la policía.

—Me parece que no nos conocemos —dijo la mujer, en un tono de voz que habría podido producir lesiones por congelación. Era su manera civilizada de preguntar: «¿Y tú quién coño eres?».

—No, no nos conocemos —le confirmó Sebastian con su sonrisa más seductora—. Pero si me ayudas a conseguir esa autorización, prometo darte una oportunidad.

Torkel fue con rapidez hacia Sebastian y lo agarró por un brazo.

—Disculpadme. Vuelvo enseguida.

Arrastró a Sebastian fuera de la sala y cerró la puerta cuando hubieron salido.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te has vuelto completamente loco? ¿Quieres que te eche a patadas a la calle?

—¿Por qué hay que esperar tanto? ¿Es por culpa de Haraldsson y su torpeza?

—¡No lo sé! ¡Y tampoco me importa! Tenemos que esperar. Como no eres policía, el trámite tarda un poco más. Si no te gusta, puedes irte a tu casa cuando quieras.

—Claro. Puedes amenazarme tanto como te apetezca, pero sabes muy bien que soy el único capaz de detener al asesino.

—Sí, desde luego. Tu experiencia y tus valiosas aportaciones nos han hecho avanzar mucho hasta ahora.

—El sarcasmo no es lo tuyo, Torkel.

Hubo un momento de silencio. El aludido hizo una inspiración profunda y se armó de valor para responderle.

—De acuerdo. Pero, por favor, vete a casa. Nos estás costando demasiado.

—Trabajo gratis.

—No me refería al dinero.

Sebastian miró a Torkel a los ojos y se tragó el comentario que tenía en la punta de la lengua.

—Cuando llegue la autorización, te lo haré saber —le dijo Torkel.

Después, abrió la puerta y volvió a la reunión. Sebastian oyó que se disculpaba, antes de que la puerta se cerrase y las voces se volvieran un murmullo ininteligible.

Durante un segundo, Sebastian sintió el impulso de regresar y hacer un poco más el ridículo.

Pero habría sido excesivo.

Ya había hecho suficiente daño.

Por una vez, obedeció a Torkel y se fue a casa.

Le llevó un buen rato, porque antes tenía que averiguar si lo estaban siguiendo. Buscaba sobre todo un Toyota gris metalizado, pero no podía dejar de observar con cierto grado de desconfianza todos los coches aparcados a lo largo de la calle y también los que pasaban. Los fue estudiando a todos, uno a uno. El asesino había cambiado de coche una vez, como ya sabía, y podía cambiar una vez más. Siguió una ruta zigzagueante para volver a casa, se movió en círculos y se tomó su tiempo. Cuando estuvo seguro de que nadie lo seguía, entró en el portal de Grev Magnigatan. Subió la escalera hasta su apartamento y entró en su dormitorio.

La constante preocupación de que lo estuvieran siguiendo, los secretos, el doble juego, Trolle, las mujeres, Vanja... Todo se le venía encima y lo llevaba a actuar de manera irracional. Si seguía por ese camino, nunca le permitirían ver a Hinde. Una organización como la policía aceptaba cierto grado de conflicto, pero sólo si obtenía resultados. Él lo sabía.

Se tumbó en la cama para despejarse la cabeza. Cerró los ojos e intentó no pensar en nada. El apartamento estaba en silencio. Resultaba agradable estar acostado. Lo necesitaba. Intentó respirar con calma, como en las técnicas de meditación que le había enseñado Lily mucho tiempo atrás.

Respiración profunda, lenta y regular. Para hallar la serenidad.

Había querido mucho a Lily. Su imagen permanecía siempre un poco por detrás de la imagen de Sabine. Los contornos eran más débiles y difuminados, pero siempre estaba ahí, como una sombra. Sebastian sabía muy bien por qué era la número dos. Porque se sentía avergonzado. Porque no había sabido cuidar a la hija de ambos. Porque había dejado que el mar se la llevara.

El sentimiento de la pérdida irrumpió con fuerza y lo obligó a levantarse bruscamente. Las inhalaciones pausadas cedieron el paso a la respiración entrecortada e irregular del dolor. Se sentía acosado. Por sí mismo y por sus recuerdos. Era imposible escapar de la memoria.

Su mirada se posó sobre la bolsa de supermercado Ica que le había dado Trolle, cuyo mango de plástico sobresalía debajo de la cama. Incluso allí, en su habitación, tenía la prueba de la clase de persona que era él en realidad. Medio ocultos bajo la cama estaban los documentos que él mismo había encargado y pagado para arrastrar por el fango a los padres de Vanja. ¿Qué le habían hecho ellos? Nada en absoluto. Anna sólo había intentado proteger a su hija de un hombre sin corazón. Valdemar no sabía nada; así se lo había dicho Anna y seguramente era verdad. Pero a pesar de que ambos eran inocentes, se había propuesto atacarlos y castigarlos. Ellos no eran sus

auténticos enemigos. Su único enemigo era él mismo y nadie más.

Sebastian era su propio enemigo.

Levantó poco a poco la bolsa de plástico del suelo. Lo mejor que podía hacer era quemar todos los documentos. Destruirlos. No tenía ningún derecho sobre las vidas de esas personas. Ni siquiera estaba seguro de tener derecho a su propia vida. Miró la estufa blanca de leña que nunca había utilizado. Si hubiera sabido dónde estaban las cerillas... Tal vez en la cocina... Fue hacia allá y empezó a abrir los cajones. Encontró cubiertos en el más alto; utensilios variados en el segundo, y manoplas y posavasos que nunca utilizaba en el tercero, pero ninguna caja de cerillas. De repente, llamaron al timbre. Miró sorprendido hacia el vestíbulo. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien había llamado a su puerta. Sería un mensajero. O quizá los testigos de Jehová. Volvieron a llamar. Decidió no hacer caso. No tenía tiempo ni ganas de echarlos. Pero entonces oyó una voz.

—Sebastian, abre. Sé que estás en casa.

Era ella. Ellinor Bergkvist. No podía ser verdad. ¿Qué estaba haciendo delante de su puerta?

—¡Vamos, Sebastian! ¡Abre!

Se quedó quieto, decidido a seguir adelante con el plan original y hacer como que no había oído nada. Pero Ellinor volvió a llamar, esta vez con un timbrazo más prolongado e insistente. ¿De verdad podía saber que Sebastian estaba en casa? Tratándose de ella, nada parecía imposible. Otro timbrazo.

—¡Sebastian!

Soltando una maldición, Sebastian salió de la cocina; al pasar por el dormitorio volvió a meter la bolsa de plástico debajo de la cama, y se dirigió rápidamente al vestíbulo, intentando parecer tan irritado como pudo. No le fue difícil con Ellinor Bergkvist en el rellano. Llevaba consigo una maleta negra de cabina y lo miraba con una sonrisa alegre y esperanzada, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida.

—Ya estoy aquí. —Fue lo primero que le dijo, enunciando una verdad tan incuestionable como su sonrisa.

Él también procuró que su respuesta no ofreciera dudas.

—¿Qué cojones has venido a hacer?

—Creo que ya lo sabes. —Levantó una mano como para tocarlo, quizá para acariciarle una mejilla, y Sebastian, de forma automática, dio un paso atrás. Pero Ellinor no dejó de sonreírle—. ¿Quieres llevar adentro la maleta, por favor?

Sebastian negó con la cabeza.

—Te he pedido que desaparezcas por un tiempo de la ciudad, hasta que se resuelva el caso. —La miró con expresión grave—. ¿No lo entiendes? Estás en peligro.

Por toda respuesta, ella misma cogió la maleta, lo apartó para pasar y entró en el vestíbulo. Él se lo permitió o, mejor dicho, no reaccionó a tiempo para impedírselo. Ellinor tenía una rara habilidad para pillarlo desprevenido.

—¿De verdad estoy en peligro? —preguntó ella, después de cerrar la puerta y de dejar la maleta a un costado. Se volvió hacia él y se le acercó, mirándolo con aquellos ojos verdes que le habían parecido irresistibles—. ¿O no será más bien que quieres tenerme cerca...?

Volvió a tender la mano para tocarlo y esta vez, sin saber muy bien por qué, él se lo permitió. Ellinor tenía algo que le resultaba imposible de definir. Sintió su aliento, fresco y dulzón. Seguramente acababa de tomarse una pastilla para el aliento. Siempre estaba preparada.

—Tan cerca como yo quiero tenerte a ti... —prosiguió ella mientras le acariciaba la mejilla, continuaba por el cuello y bajaba por dentro de la camisa.

Él reaccionó con una mezcla de irritación y excitación. Había conocido a muchas mujeres, pero a ninguna como Ellinor. Nunca lo escuchaba. Si le decía una cosa, ella entendía otra que siempre la beneficiaba. Era la estrella inmóvil en el centro de un universo propio, una fuerza indomable de la naturaleza que no se doblegaba ante la realidad. Sebastian volvió a intentarlo.

—Lo que te dije es verdad. No me lo he inventado.

—Te creo —replicó Ellinor, en un tono juguetón que sugería lo contrario—. Pero en lugar de encerrarme sola en una habitación de hotel, puedo quedarme aquí contigo. —Le cogió una mano y se la apoyó contra su pecho—. Esto es más agradable y acogedor.

Sebastian intentó ordenar sus pensamientos. Ellinor presentaba signos evidentes de obsesión amorosa con tendencia al acoso: la manera en que lo había cogido de la mano la primera noche, las flores, la felicitación en el día de su santo y el modo en que había interpretado su advertencia. Quizá lo suyo no fuera patológico desde un punto de vista puramente médico, pero su fijación con Sebastian no era sana. Tenía que echarla.

—Hasta ahora sólo hemos hecho el amor en mi casa —le susurró Ellinor al oído—, ¿verdad?

—No hemos hecho nunca el amor. Hemos follado.

—Por favor, no lo estropees con palabras feas.

Le mordisqueó con suavidad el lóbulo de la oreja. Olía a jabón. Su piel era suave y tibia, y Sebastian le deslizó la mano sobre el pecho, hacia el cuello. Debería haberle explicado que no se había inventado toda la historia como un plan demencial para hacer que fuera a su casa. Insistirle para que lo escuchara. Hacerle ver que le estaba hablando en serio.

Pero si era eso lo que tenía que hacer, ¿por qué la estaba manoseando en el vestíbulo de su casa? ¿Por qué la atraía hacia sí y se la llevaba a la cama? Se dijo que la culpa la tenían esos ojos verdes.

Eran los responsables.

Porque Ellinor tenía algo.

Siempre echaba abajo todas sus defensas.

Luego, él se quedó en la cama mientras ella daba una vuelta por la casa. Hacía tiempo que Sebastian no se sentía tan relajado. Después de Lily, no había vuelto a acostarse con nadie en su casa. Por lo general, jugaba como visitante. Pero por asombroso que pudiera parecerle, no experimentó ninguna culpa. La angustia poscoital brillaba por su ausencia. A su pesar, se dio cuenta de que estaba prestando atención al paseo de Ellinor por el apartamento. Parecía contenta. Sebastian sonrió cuando oyó sus gritos de regocijo ante la gran cantidad de habitaciones y posibilidades.

—¡Qué ambiente tan espacioso! ¡Esto podría ser un comedor fantástico!

Sebastian se dijo que, en todo caso, no lo habían hecho en la cama de matrimonio que había compartido con Lily. El piso tampoco había sido nunca un verdadero hogar para los dos. Habían pasado mucho tiempo allí, pero después de casarse se habían mudado a Colonia.

—¡¿Y también tienes una biblioteca?!

Verdaderamente, tenía algo especial la mujer que estaba recorriendo las partes de la casa que él ya no utilizaba. Era fascinante de una manera difícil de explicar. Por mucho que intentaba deshacerse de ella, siempre regresaba, como una pelota saltarina que absorbe la fuerza de quien trata de rechazarla. Jamás habría podido preverlo cuando asistió a la conferencia donde la había conocido, pero desde entonces habían pasado muchas cosas que no habría podido prever y otras que ni siquiera habría podido concebir. Se podían decir muchas cosas de Ellinor, pero había algo indudable.

Conseguía distraerlo.

Al cabo de unos minutos, Ellinor regresó. Se había puesto una camisa suya sin abotonarla. Su cabello rojizo brillaba y parecía la protagonista de una película francesa que había visto. Femenina e irresistible. Casi se hubiera dicho que ella también había visto la misma película. Se sentó en la cama, recogió las piernas debajo del cuerpo y lo miró.

—Esto no es un apartamento. Es un piso enorme.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no usas las otras habitaciones?

—Por ti.

A Ellinor se le iluminó la cara como a un niño en Nochebuena.

—¿De verdad?

—No, pero diga lo que diga, es lo que vas a interpretar.

Ella le dio un travieso empujón, ignorando como siempre sus comentarios maliciosos. Su sarcasmo no parecía afectarla.

—Tenemos que poner un poco de orden en esta casa, ¿sabes?

—No tenemos que hacer nada en ningún sitio. Puedes quedarte unos días si quieres, pero después tendrás que irte.

—Por supuesto. Iremos poco a poco. Si quieres que me vaya, sólo tendrás que decírmelo.

Se le subió a horcajadas y lo besó en la boca.

Ahora estaba seguro. Había visto la misma película que él.

—De acuerdo, muy bien. No quiero que te quedes. Vete.

Su intento la hizo sonreír. Volvía a no prestarle atención.

—¿Por qué no? ¿No decías que estabas preocupado por mí? Si me quedo, podrás vigilarme. Además, me necesitas.

—No necesito a nadie.

—No mientas, amor. Tú necesitas a alguien. Se te nota.

Sebastian no supo qué responder. Ellinor tenía razón. Necesitaba a alguien, pero no a ella. Definitivamente, a ella no. Sin esperar respuesta, Ellinor se fue a la cocina, a preparar café para los dos. Sebastian se quedó en la cama, escuchándola. La oyó silbar en la cocina mientras buscaba el café.

Nadie lo había hecho antes.
Pero eso no fue lo peor.
Lo peor fue que, en el fondo, le gustó.

—Edward Hinde quiere hablar contigo.

Annika había asomado la cabeza dentro del despacho de Haraldsson, que levantó la mirada de la carpeta que estaba leyendo, sentado en uno de los sillones. LÖVHAGA 2014: VISIONES Y OBJETIVOS, podía leerse en la portada. Había leído sólo dos páginas de las treinta y tantas que componían el documento, y tenía delante, sobre la mesa, un bloc donde iba anotando las expresiones que no entendía y los pasajes que requerían más conocimientos o una mayor información. Había rellenado media página de formato A4 con anotaciones. La cuarta parte del texto le resultaba del todo incomprensible. Por eso se alegró ante la perspectiva de abandonar la tarea y dedicarse a otras cosas más importantes.

—¿Eso ha dicho?

—Sí. Ha llamado uno de los guardias. Dice que quiere verte cuanto antes.

—Voy ahora mismo.

Haraldsson prácticamente saltó del sillón y salió del despacho como movido por un resorte. ¡Por fin! Hacía tiempo que quería hacerle una visita espontánea, pero era importante mantener el equilibrio. No podía parecer demasiado ávido ni tampoco perder el contacto. No deseaba estropear el vínculo de confianza que se había establecido entre ellos. Pero ahora Hinde había dado el primer paso. Era una buena señal que hubiera tomado la iniciativa. Haraldsson esperaba con ansia ese encuentro, porque ya no podía seguir dando largas a la autorización que había solicitado la Unidad de Homicidios. Estaba obligado a firmarla. Pero antes tenía que hablar con Hinde y conseguir algo grande. Soñaba con poder sonsacarle algún dato decisivo de verdad. De ese modo, además de celebrar su aniversario de bodas al día siguiente, podría ver en todos los periódicos la noticia de que habían arrestado el asesino en serie que aterrorizaba Estocolmo. Una fuente anónima podría revelarle a la prensa que el personal de Lövhaga había sido clave en la resolución del caso. Si tenía suerte, incluso era posible que publicaran su nombre. En la edición del día anterior, el periódico *Expressen* ya había establecido la conexión entre Edward Hinde y los recientes asesinatos. Nadie afirmaba que Hinde estuviera involucrado, pero era evidente que alguien había filtrado la existencia de similitudes entre la forma de proceder del asesino y la de Hinde. La idea de un imitador había cobrado fuerza a lo largo del día, según había podido ver Haraldsson en internet. Las víctimas de los años noventa volvían a aparecer en las portadas. También había visto publicada una pequeña biografía de Hinde y una breve recapitulación de lo sucedido durante aquellos años.

Cuando atraparan al asesino, todos sabrían que la persona que había resuelto el caso

trabajaba en Lövhaga, donde Hinde estaba cumpliendo condena.

Sería algo grande.

Muy grande.

Todavía estaba sonriendo cuando entró en la celda de Edward Hinde.

—Lo veo contento. —Edward estaba sentado en la cama, como siempre, con la espalda contra la pared y las rodillas flexionadas—. ¿Ha sucedido algo bueno?

La silla del escritorio estaba separada de la mesa y orientada hacia la cama. Haraldsson se sentó. No podía hablar de las esperanzas que tenía puestas en esa reunión, pero quería mantener el tono distendido y recordaba que la última vez Hinde parecía haber apreciado la conversación intrascendente sobre temas personales. Además, Haraldsson podía mencionar varias razones para explicar su cara de felicidad.

—Mañana es nuestro aniversario de bodas. Jenny y yo cumplimos años de casados.

Eso le hizo recordar que... Haraldsson echó un vistazo rápido a las paredes de la celda, para ver si encontraba por algún sitio la foto de su mujer. No parecía estar a la vista. Se alegraba de que fuera así. ¿Qué habría pasado si el personal descubría una foto de la mujer del director pegada en la pared de la celda de Hinde?

—¡Qué bien! —dijo Hinde—. ¿Cuántos años?

—Cinco.

—Bodas de madera.

—¡Eso es! Casi nadie lo sabe, pero veo que usted sí.

Haraldsson estaba bastante impresionado. Él mismo lo había averiguado unos meses atrás, buscando en Google.

—Se sorprendería si supiera cuántas cosas sé —dijo Edward, y se dio cuenta de que lo había dicho con bastante más petulancia de lo que habría deseado.

—Debería ir a algún programa de preguntas y respuestas.

—Sí, pero es evidente que no podré.

—No, por supuesto que no.

Hinde miró divertido a Haraldsson, que guardó silencio. Un plan para el futuro había empezado a cobrar forma. Para garantizar su eficacia, necesitaba varias cosas. Thomas Haraldsson podía facilitarle la mayoría. Sus doscientos cuarenta minutos delante del ordenador, por la noche, le proporcionarían el resto.

Edward sabía que Haraldsson celebraba su aniversario de bodas al día siguiente, del mismo modo que sabía desde hacía tiempo que el nuevo director de la prisión era policía. Había hecho una minuciosa investigación desde que se había enterado del cambio en la dirección de Lövhaga. Si Haraldsson no hubiera sacado espontáneamente el tema del aniversario, Hinde habría intentado llevar hacia allí la conversación. Pero no le hizo falta.

—¿Cómo van a celebrarlo? —le preguntó con sincero interés en la voz—. El aniversario, quiero decir —aclaró enseguida.

—Primero le llevaré el desayuno a la cama y después ya he arreglado con su trabajo para que tenga unas horas libres. Un coche irá a recogerla a la hora de comer y la llevará a un balneario de lujo.

—¿Dónde trabaja?

—En BDO, una empresa de auditoría y asesoría fiscal... Y, por la noche, la cena.

—¡Un auténtico día de fiesta!

—También le he comprado un manzano. De la variedad Ingrid Marie. He pedido que lo planten en el jardín.

—Ha pensado en todo.

—Ella lo merece.

—Seguro que sí.

Hubo una pausa, pero no fue un silencio incómodo. Haraldsson notó que casi estaba a gusto en la pequeña celda. Le pareció sorprendente que fuera tan agradable hablar con Hinde. El hombre escuchaba de verdad. Aparte de Jenny, Haraldsson no podía recordar a nadie de su círculo de conocidos que mostrara tanto interés por sus asuntos y lo animara tanto a hablar. Pero por muy buena que fuera la relación que había conseguido establecer con Hinde, no podía olvidar el motivo de su visita.

—Como comprenderá, tengo varias preguntas que me gustaría hacerle.

Esperaba no parecer demasiado directo o ansioso. No quería darle a Hinde la impresión de que había ido a verlo únicamente para sacar algún provecho. Pero no había motivo para preocuparse. Hinde bajó los pies de la cama y se inclinó hacia delante.

—Me alegro —dijo—, porque hay un par de cosas que me gustaría pedirle. —Entonces sonrió de una manera que habría desarmado a cualquiera—. Los dos saldremos ganando.

—Así es —replicó Haraldsson devolviéndole la sonrisa.

Si los dos iban a salir ganando, Haraldsson estaba convencido de que él tenía mucho más que ganar que Hinde. De hecho, el propio Hinde le habría dado la razón, porque sabía que Haraldsson también tenía mucho más que perder.

Dos cosas.

Resultó que Hinde quería dos cosas y Haraldsson no llevaba encima ninguna de las dos. Ni siquiera podía conseguirlas dentro de Lövhaga sin tener que responder a un montón de preguntas incómodas. Por eso se marchó de la celda, volvió a su despacho y le comunicó a Annika que iba a salir un momento. Después cogió el coche y se dirigió al pequeño centro comercial.

Dos cosas. Dos rápidas visitas a dos comercios. En el camino de vuelta, Haraldsson iba mirando con el rabillo del ojo los dos artículos adquiridos, que yacían sobre el asiento del acompañante. Se preguntaba para qué los querría Hinde y si sería poco ético dárselos, o incluso un error. Al final, decidió que no había motivos para preocuparse. Eran dos productos inofensivos. No era como si le estuviera llevando un par de armas, ni mucho menos. Uno de los artículos era un fármaco que se vendía sin receta, y el otro, una hortaliza. O quizá una raíz comestible, no estaba muy seguro.

Dejó el coche en su plaza privada de aparcamiento, sacó las bolsas y se encaminó directamente al pabellón de máxima seguridad. Tuvo que hacer un esfuerzo para no ir corriendo. Sentía que lo separaban tan sólo unos minutos del momento decisivo. Había preparado muy bien

las preguntas que le haría a Hinde. Tendría derecho a dos y estaba seguro de que serían suficientes.

Los guardias le abrieron las puertas del pabellón de máxima seguridad y uno de ellos lo acompañó hasta la celda. Las bolsas eran pequeñas y Haraldsson las llevaba ocultas debajo de la chaqueta ligera. No había ninguna necesidad de que alguien se preguntara qué podía estar llevando a la celda de un asesino en serie convicto. Hinde estaba sentado en la cama, donde lo había dejado. Cuando se cerró la puerta, rompió el silencio:

—¿Ha conseguido lo que le he pedido?

Haraldsson sacó las bolsas que llevaba escondidas debajo de la chaqueta y metió la mano en una de ellas. Dio los pocos pasos que lo separaban de Hinde y, lentamente, de manera casi teatral, depositó el bote de cristal sobre la mesilla de noche. Hinde le echó una mirada rápida e hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué quería preguntarme?

—¿Sabe quién mató a esas cuatro mujeres?

—Sí.

—¿Quién?

Hinde parpadeó e hizo una inspiración profunda, intentando disimular su decepción. ¿Cómo era posible?

Haraldsson había tenido mucho tiempo para preparar ese encuentro. Había podido reflexionar tanto como fuera preciso para sacar el máximo provecho a sus preguntas. ¿Por qué le preguntaba entonces si sabía quién había matado a las cuatro mujeres? El nuevo director de la cárcel no hacía más que reforzar la pésima opinión que la administración de prisiones le merecía a Hinde. No era un sector que atrajera precisamente a los mejores cerebros de la sociedad, sobre todo considerando sólo a las personas que por la noche podían volver a su casa. Hinde suspiró. Había sido demasiado fácil. Ni siquiera había tenido que esforzarse. ¡Vaya aburrimiento!

—«¿Quién?» es la segunda pregunta —dijo Hinde en tono casi pedagógico.

Haraldsson maldijo entre dientes. Eso no entraba en sus planes. La primera pregunta tenía que proporcionarle un nombre, y la segunda, un lugar donde la policía pudiera encontrar al asesino, siguiendo las indicaciones de Haraldsson. Había esperado ese momento con impaciencia y ahora se daba cuenta de que sólo conseguiría un nombre. Pero sería suficiente. Era mucho más de lo que sabía la Unidad de Homicidios. La información sería en todo caso decisiva. Y él seguiría siendo la persona que había resuelto el caso.

Haraldsson sacó la bolsa de la farmacia. No sabía mucho del contenido del frasco. Nunca lo había utilizado y le parecía repugnante. Dudó un momento, con el envase en la mano. Por alguna razón, sentía lo mismo que cuando le había entregado a Hinde la fotografía de Jenny: la quemante sospecha de que no estaba obrando bien, de que estaba a punto de cometer un error. Pero se repuso enseguida y le arrojó el frasco a Hinde.

—¿Quién las mató?

Silencio. Hinde examinó detenidamente el pequeño frasco de vidrio antes de levantar la mirada hacia Haraldsson. Parecía estar aplazando la respuesta para aumentar el suspense, como el jurado en un programa de telerrealidad.

—Un hombre que conozco —dijo por fin.

—¡Eso no es una respuesta!

Había una decepción casi infantil en la voz de Haraldsson, como si tuviera cinco años y hubiera abierto una bolsa creyendo encontrar golosinas y no hubiera hallado más que lentejas. Hinde se encogió de hombros.

—Yo no tengo la culpa de que usted pregunte mal.

—Le he preguntado quién las mató.

—Debería haber preguntado su nombre.

Silencio. Con un movimiento lento y controlado, Hinde se echó hacia delante y depositó el frasco sobre la mesilla de noche. Haraldsson siguió el movimiento con la vista y se quedó mirando el recipiente de vidrio, sin decidirse a recuperarlo. Era evidente que Hinde no se lo había ganado. La primera pregunta estaba mal formulada, sí. Pero, en la segunda, Hinde había escurrido el bulto de manera muy burda.

—Quiero una cosa más —dijo Hinde, interrumpiendo las reflexiones de Haraldsson.

Éste lo miró con atención. Cada deseo valía una pregunta. Todavía no era tarde para salir de la celda convertido en triunfador.

—Veamos qué es —replicó Haraldsson casi sin poder contener la ansiedad.

—Quiero llamar por teléfono mañana a Vanja Lithner, de la Unidad de Homicidios.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con ella.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Cómo se llama el tipo que mató a las cuatro mujeres?

Haraldsson prácticamente escupió las últimas palabras. Le costaba mantenerse sentado en la silla. ¡Estaba tan cerca! Pero Edward negó lentamente con la cabeza.

—No le quedan más preguntas.

—Ya le he dicho que podrá llamar a Vanja, ¿no? —Haraldsson no pudo permanecer sentado ni un minuto más. Se levantó y dio un paso hacia la cama—. ¡Merezco una respuesta!

—Antes me ha preguntado por qué quería llamarla por teléfono y yo le he dado una respuesta sincera y veraz.

Haraldsson se quedó paralizado. Casi se pudo ver el aire que abandonaba sus pulmones. Ese «¿por qué?» había sido un simple acto reflejo. ¡Ni siquiera era una pregunta! Era evidente que Hinde quería hablar con ella, porque de lo contrario no se lo habría pedido. Esa pregunta no contaba. Hinde estaba haciendo trampa. Pero Haraldsson también podía ser inflexible si era necesario. Decidió mostrar su cara más severa.

—Ya puedes despedirte de esa llamada —le dijo a Hinde, subrayando sus palabras con un dedo acusador—, a menos que me proporciones un nombre.

—No rompas tus promesas, Thomas. Conmigo no.

De repente, Haraldsson sintió que tenía ante sí a un Hinde diferente, aunque seguía sentado en la cama en la misma posición y ni siquiera había levantado la voz. Su mirada se había ensombrecido. Había una intensidad en sus palabras que Haraldsson no había conocido hasta ese momento. Le estaba hablando en serio. Lo estaba amenazando.

Y la amenaza era de muerte.

Haraldsson recordó de pronto que lo último que habían visto las cuatro mujeres asesinadas por Hinde era el rostro del hombre que tenía delante. Retrocedió hacia la puerta.

—Volveré.

—Aquí siempre serás bienvenido.

Una vez más, Hinde había vuelto a ser el mismo de antes. Se inclinó tranquilamente hacia delante y con un movimiento rápido hizo desaparecer el bote y el frasco debajo de la cama, fuera de la vista. La transformación había sido tan rápida que Haraldsson dudó por un momento de que se hubiera producido de verdad. Pero le bastó ver que aún tenía la piel de gallina en el antebrazo para convencerse de que había sido real.

—Te diré el nombre —dijo Hinde en voz baja— cuando hagas una última cosa.

—¿Qué?

También Haraldsson estaba susurrando.

—Decir que sí.

—¿A qué?

—Ya lo verás cuando llegue el momento. Tú solamente di que sí. Y yo responderé una pregunta más.

Tras echar una última breve mirada a Hinde, Haraldsson salió al pasillo. Las cosas no habían salido según lo planeado. Para nada. Pero todavía le quedaba una oportunidad. Podía responder que sí. ¿Qué pretendería Hinde con eso? ¿Qué querría decirle a Vanja Lithner? ¿Para qué desearía los artículos que Haraldsson le había proporcionado? Eran muchas preguntas. Demasiadas para poder concentrarse en el informe Lövhaga 2014: Visiones y objetivos.

Decidió aprovechar una vez más la flexibilidad horaria de su cargo y volver a casa. Volver con Jenny.

Sebastian se despertó hacia las cinco. Había dormido mejor de lo que esperaba. Lo había despertado el sueño de siempre, como era habitual, pero sin la potencia destructora de otras veces. Relajó la mano derecha y se desperezó con cuidado. Ellinor dormía a su lado.

Se levantó sin hacer ruido, se puso los calzoncillos y salió al vestíbulo, a ver si ya había llegado el periódico. Las puertas de las otras habitaciones estaban abiertas de par en par, tal como ella las había dejado. A su pesar, se dispuso a cerrarlas. Hacía años que no entraba en tres de esas habitaciones, y no pudo evitar echarles una mirada breve antes de volver a clausurarlas. Era cierto que el piso era amplio, acogedor y bonito, sobre todo visto con una mirada diferente —la mirada de Ellinor—, y especialmente cuando el sol de la mañana irrumpía a través de los grandes ventanales. Pero las puertas abiertas y las habitaciones que había tras ellas pertenecían a otra vida, a una existencia que él prefería no recordar. Ya era suficiente alteración que Ellinor hubiera impuesto su presencia en la casa. Sebastian quería conservar intacto el resto de su vida.

La noche anterior había estado en la cocina charlando un buen rato con Ellinor. Ella le había hablado de Harald, su exmarido, que un buen día volvió a casa y le dijo que quería el divorcio. Así, sin más. Había conocido a otra persona. La separación había sido increíblemente dolorosa para ella y la había llevado a dudar de sí misma, pero eso había sido varios años atrás. Después, durante un tiempo, había intentado encontrar pareja por internet, pero no había conocido a nadie que mereciera la pena. Era muy difícil. ¿Y él? ¿Por qué estaba solo? Sin decirle mucho, Sebastian consiguió eludir sus preguntas. Dejó que fuera ella quien llevara el peso de la conversación mientras él bebía café y escuchaba sus banalidades y sus análisis de las relaciones y de la vida en común, dignos de un suplemento dominical. Curiosamente, ya no detestaba cada una de sus palabras. Puede que estuviera débil y en baja forma a causa de todo lo sucedido, pero por muchas vueltas que le diera siempre llegaba a la misma conclusión.

Estaba a gusto con ella.

Ellinor se reía con frecuencia, mantenía una conversación animada y poco profunda y le prestaba muy poca atención. Era increíble estar con una persona que parecía inmune a sus pullas. Como sus ironías no la afectaban, no se veía obligado a desplegar su sarcasmo. Era entretenida y llevaba a la casa un aire de cotidianidad. No estaba seguro de querer lo que ella le ofrecía, pero su presencia era un cambio. Algo nuevo.

Dejó el periódico sobre la mesa de la cocina, cogió el teléfono y llamó a Trolle una vez más. No hubo respuesta. Sintió de nuevo la misma preocupación. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no contestaba? Tenía que haberle pasado algo. De repente, sintió el asombroso impulso de meterse

otra vez en la cama con Ellinor. Quería escapar de la realidad y olvidarse de todo. Entonces se dio cuenta de lo que significaba ella para él. Era alguien a quien abrazar cuando las cosas se ponían desagradables, alguien que se alegraba de verlo y no prestaba atención a sus maldades.

Comprendió por qué no le producía mala conciencia pensar en Lily.

Ellinor era como una mascota.

Otros consiguen un perro; él había conseguido a Ellinor Bergkvist.

Satisfecho tras haber definido su relación, se preparó un café y se puso a leer el periódico. Bajó al 7-Eleven de la esquina, a comprar lo necesario para el desayuno de ambos y el almuerzo de Ellinor. No quería que tuviera que salir a comprar nada. Debía quedarse en casa, por su propia seguridad.

Cuando regresó, Ellinor se había despertado y estaba sentada en la cocina, con la camisa de él puesta. Era evidente que consideraba esa indumentaria un gesto de amor.

—¡Oh! ¿Has ido a comprar cosas para el desayuno? ¡Qué mono eres!

Sebastian empezó a sacar la compra de la bolsa.

—No quiero que salgas. Tienes que quedarte en casa.

—¿No estarás exagerando un poco? —Se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y, de un salto, se sentó en la encimera—. Sólo porque salga un momento no voy a desaparecer.

Sebastian suspiró. No tenía fuerzas para ponerse a discutir con ella.

—Por favor, ¿podrías hacer simplemente lo que te pido? Hazlo como un favor.

—Claro que sí. Pero entonces tendrás que comprar más cosas para la cena. Te haré una lista. —Se bajó de la encimera—. ¿Tienes lápiz y papel?

Sebastian le señaló uno de los dos cajones debajo de la encimera donde se había sentado. Ellinor lo abrió y sacó un bolígrafo negro y un bloc pequeño. Se sentó a la mesa de la cocina y empezó a escribir.

—Pasta, solomillo de buey, lechuga y tomates para ensalada, chalotas, azúcar moreno, vinagre balsámico, caldo de carne, maicena... Si tienes algo de esto en casa, dímelo —se interrumpió ella—. Supongo que tendrás mantequilla, ¿no? ¿Y vino tinto?

—No bebo.

Ellinor levantó la vista del bloc, sorprendida.

—¿Nada?

—Nada de alcohol.

—¿Por qué?

Había varias razones. Porque unos años atrás, durante varios meses, había intentado refugiarse en la bebida para eludir la pesadilla y había estado a punto de volverse alcohólico. Porque tenía una personalidad adictiva. Porque le costaba mantener los límites. Nada que ella necesitara saber.

—Sencillamente, no bebo —respondió él y se encogió de hombros.

—En cualquier caso, si pasas por la tienda de licores, compra una botella de vino tinto. Para la salsa. No te importa que yo beba una copa, ¿verdad?

—No.

—¿Prefieres patatas en lugar de pasta?

—Me da lo mismo.

—De acuerdo. ¿Hay algún postre que te apetezca?

—No.

—Entonces, lo elijo yo.

Siguió escribiendo mientras él preparaba el desayuno. Un día cualquiera. Una mañana corriente. Sebastian nunca había llevado al supermercado una lista de la compra. Pero tampoco había conocido nunca a nadie como Ellinor.

Decidió dar un paseo. Atravesó andando la ciudad hasta Kronoberg y llegó a la Unidad de Homicidios antes que nadie. Se sentó solo en la sala, a la espera de que llegaran los demás. Sacó el teléfono y llamó de nuevo al número que había marcado incontables veces. Aunque Trolle seguía sin contestar, su preocupación ya no era tan aguda. Se había acostado con Ellinor después del desayuno. En el aspecto puramente sexual, hacían una pareja fantástica. Lo suyo no era amor, ni mucho menos. Pero había algo entre ellos.

El amor hacía daño. Eso no.

Antes de que él se fuera, Ellinor le había dado otra camisa y le había pedido que se afeitara como es debido. La vida era muy extraña. Los acontecimientos de los últimos tiempos habían sido tan intensos que ya nada le sorprendía. Pero necesitaba encontrar a Trolle. La pregunta era cómo hacerlo. Quizá pudiera buscar la ayuda de Billy. No era preciso revelarle toda la verdad, pero podía decirle que había recurrido a Trolle cuando había notado que lo estaban siguiendo. No era del todo completamente inverosímil que Sebastian le pidiera ayuda a un antiguo colega en un caso semejante. Billy solía guardar los secretos y, además, su relación con Vanja parecía particularmente tensa en los últimos tiempos, por lo que era poco probable que fuera a contarle nada. Era evidente que Billy estaba intentando escalar posiciones en la jerarquía y Vanja se oponía. Era probable que ella nunca lo reconociera, pero se notaba que en su opinión Billy estaba tratando de ascender por encima de sus posibilidades. Para que un grupo funcione de la mejor manera posible, es conveniente que todos acepten su posición y no cuestionen la de los demás. Por eso Sebastian nunca había encajado en ningún grupo. Él siempre lo cuestionaba todo. Pero Billy había demostrado ser un policía bastante bueno. Además, en Västerås lo había ayudado extraoficialmente a encontrar a Anna Eriksson y a conseguir su dirección actual. Podía ser un buen aliado en la búsqueda de Trolle. Decidió ir a la casa de Trolle después de la reunión de la mañana. Si no lo encontraba, hablaría con Billy. Satisfecho con su plan, se fue al comedor a servirse un café de la máquina. Mientras ordenaba sus ideas, se prometió no provocar ningún conflicto con Vanja ni con Torkel a lo largo del día. Necesitaba permanecer en el grupo y mostrarse abierto a la colaboración. No quería parecer agresivo.

Treinta minutos y dos cafés más tarde, llegaron los demás, todos a la vez. Apenas lo miraron, aunque llevaba puesta una camisa nueva. ¿No era algo que deberían notar, al menos, las mujeres del grupo? Ursula fue la primera en hablar. Se volvió hacia los demás mientras dejaba sobre la mesa la carpeta que portaba en la mano.

—¿Empiezo yo? Tengo el informe de la autopsia de Annette Willén.

—Adelante —la animó Torkel.

Ursula sacó de la carpeta varias fotografías ampliadas del maltrecho cuerpo desnudo de Annette, que dejó sobre la mesa. La herida del cuello era como otra boca abierta dirigida hacia ellos. Verla muerta por primera vez afectó a Sebastian mucho más de lo que esperaba. No era fácil establecer la dolorosa conexión entre la imagen que conservaba en la memoria de una mujer viva, cálida y sedienta de amor, con su precioso vestido, y el aspecto que presentaba en las fotografías. Ursula colocó sobre la mesa otro primer plano del cuello cercenado.

—Tráquea y carótidas seccionadas. Una única incisión y un potente movimiento hacia fuera. Igual que las otras.

—¿Sufrió mucho?

Ursula miró a Sebastian. Era evidente que la pregunta le había salido del corazón, pero le respondió sin la menor empatía.

—Fue bastante rápido. Se asfixió antes de desangrarse, por lo que la muerte le sobrevino enseguida. O al menos casi enseguida.

Sebastian no dijo nada. Parecía que había palidecido. Ursula desvió la mirada y siguió hablando a los demás. No le parecía mal que sufriera un poco.

—Es difícil determinar el momento exacto del óbito, porque quedó directamente expuesta a la luz del sol. Pero si Sebastian se despidió de ella en torno a las cinco, es muy probable que el asesino se presentara poco después. Según los cálculos preliminares, la hora se ha fijado entre las cinco y las diez de la mañana.

—Entonces ¿el tipo siguió a Sebastian hasta ahí?

—Es posible, sobre todo teniendo en cuenta que ha quedado establecido que Sebastian estaba siendo vigilado.

La confirmación de la proximidad física entre Sebastian y el asesino hizo caer un profundo silencio en la sala. Sebastian empezó a buscar febrilmente en la memoria las imágenes de aquella nefasta mañana. ¿Había visto a alguien? ¿Había notado algo? ¿Se había cruzado con alguien en la escalera? ¿Había oído el ruido de la puerta de un coche al cerrarse y se había vuelto para mirar? No, no había notado nada.

—No vi a nadie, aunque es cierto que tampoco me fijé.

—No, claro que no. Tú lo único que querías era largarte lo antes posible. Por lo visto, los desayunos no son lo tuyo —dijo Vanja con sequedad.

Sebastian bajó la vista. No deseaba responderle, ni le respondería. No pensaba volver a caer en ese error. Tenía que concentrarse en la colaboración y evitar el conflicto. Torkel intervino en la conversación.

—Ahora que tenemos un intervalo de tiempo más concreto, enviaremos otra vez a unos agentes para que llamen a las puertas y pregunten. Quizá los vecinos hayan visto a alguien merodeando.

—Preferiblemente, en un Ford Focus azul —añadió Billy.

—¿Qué sabemos de los coches? —preguntó Torkel.

—Del Ford Focus no hemos podido averiguar nada más. En cuanto al Toyota, sabemos que pasó por varios peajes: el último, ayer por la mañana...

Llamaron a la puerta y una joven administrativa asomó la cabeza. Parecía nerviosa.

—Siento tener que molestar, pero tienes una llamada, Vanja. Parece importante.

—Tendrá que esperar. Estamos en medio de una reunión.

—Es de Lövhaga. De un tal Edward Hinde...

Vanja y los demás se quedaron paralizados. Por un instante, creyeron haber entendido mal.

—¿Estás segura? —le preguntó confusa—. ¿Has dicho que es Hinde?

—Eso ha dicho él.

Vanja se repuso de su sorpresa y tendió la mano hacia el teléfono que había sobre la mesa.

—Pásame aquí la llamada.

La joven funcionaria se volvió rápidamente y se marchó. Vanja se inclinó sobre la mesa, a la espera de que le pasara la llamada. Los otros se acercaron todavía más. Era como si el aparato de color crema apoyado sobre la mesa se hubiera convertido en el centro gravitacional de la habitación y los estuviera atrayendo a todos. Billy se situó junto a Vanja, con una mano preparada sobre la tecla del altavoz y la otra en su teléfono móvil, listo para grabar. Todos esperaban en silencio. Sólo Sebastian se mantenía un poco apartado, intentando comprender qué podía estar pasando. ¿Por qué había llamado Hinde? ¿Qué razón podía tener para hacer esa llamada? ¿Debía tratar de impedirlo? Su instinto le decía que la situación no auguraba nada bueno. Como de costumbre, Hinde iba siempre unos pasos por delante.

Edward actuaba.

Y ellos reaccionaban.

Nunca a la inversa. Cuando sonó el teléfono, todos se sobresaltaron aunque lo estuvieran esperando. Billy pulsó la tecla del altavoz y a la vez accionó la función de grabación del móvil. Un suave zumbido salió por el altavoz. Había alguien al teléfono. De repente, Hinde estaba entre ellos. Sin darse cuenta, Vanja se acercó todavía más al teléfono, como para averiguar si en realidad era él quien guardaba silencio al otro lado de la línea.

—Aquí Vanja Lithner. Dígame.

La respuesta fue inequívoca y no se hizo esperar.

—Soy Edward Hinde. No sé si me recuerdas.

No cabía ninguna duda de que era él, con su voz bien modulada, su tranquila concentración y, detrás de la calma, la conciencia de disponer de una clara ventaja. Era evidente que estaba realizando su siguiente jugada. Sebastian casi podía ver su sonrisa, sus ojos fríos y acuosos, el teléfono junto a la boca...

Vanja intentó parecer tan firme y segura como él.

—Sí, te recuerdo.

—¿Qué tal va todo?

Hinde parecía distendido e íntimo, como si hubiera llamado a una antigua amiga para charlar un rato.

—¿Qué quieres? —les espetó Vanja, casi escupiendo las palabras. No tenía tiempo para jueguecitos—. ¿Para qué me llamas?

Se oyó una risita ahogada.

—Vanja, ésta es mi primera conversación telefónica en muchísimo tiempo. ¿No podríamos

prolongarla un poco más?

—Creía que tenías prohibido llamar al exterior.

—Han hecho una excepción.

—¿Por qué?

Sebastian avanzó un paso hacia Vanja. También él se lo estaba preguntando. Alguien en Lövhaga había estado negociando con Hinde y sin duda había salido perdiendo. Algo le decía que era preciso poner fin a esa conversación cuanto antes. El tono de Hinde era demasiado familiar y alegre. Parecía excesivamente satisfecho. Había algo en su voz que aterrorizaba a Sebastian. Después de todo, esa mujer era su hija y estaba hablando con un hombre que siempre tenía un plan y siempre lo ejecutaba. Torkel notó el movimiento de Sebastian y lo detuvo con una mirada severa. Sebastian dudó. Su posición era más débil que nunca. Había perdido la confianza de Torkel. Miró suplicante a quien todavía era su jefe, que volvió a negar con la cabeza. Mientras tanto, ante ellos continuaba la conversación.

—Tengo información que deberías conocer, Vanja.

—Te escucho.

—No. Te lo diré sólo a ti. Porque supongo que los demás también estarán escuchando nuestra conversación...

Vanja miró con expresión seria a Torkel, que enseguida asintió. Era probable que Edward supiera que Vanja jamás habría cogido sola la llamada, por lo que mentir parecía más arriesgado que decir la verdad. Vanja se volvió otra vez hacia el teléfono.

—Sí, así es.

—La información que quiero compartir contigo es sólo para ti. Pero... ¿crees que te permitirá venir a verme?

—¿Quién?

—Sebastian parecía muy pendiente de ti. Se diría que no confía en tu capacidad para enfrentarte a mí. ¿Está ahí contigo?

Sebastian respondió sin pedirle permiso a Torkel. Se adelantó y fue a situarse al lado de Vanja.

—Sí, estoy aquí. ¿Qué quieres?

—¿Dejarás que Vanja venga a hablar conmigo? ¡Por favor!

—¿Para qué? Si quieres decir algo, dilo ahora.

—No. Sólo se lo diré a Vanja. Cara a cara.

—¡Eso nunca! —exclamó Sebastian sin pensar.

Cuando reaccionó, ya era tarde. Se oyó que Hinde colgaba el teléfono con brusquedad y el zumbido desapareció. Ahora tan sólo se oía un tono agudo y repetitivo. La conversación había terminado. Vanja se levantó con gesto resuelto. Sebastian comprendió enseguida lo que se proponía.

—No, no lo hagas. ¡No vayas!

Vanja lo miró tremendamente irritada.

—¿Por qué no?

—No te dirá nada. Sólo quiere llamar la atención. Conozco bien a Edward.

—A ver si te entiendo. Sospechamos que Hinde está involucrado. Nos llama y nos ofrece información. ¿Y tú propones que no le hagamos ni puto caso?

—Eso es.

Sebastian la miró suplicante, como si sus ruegos pudieran convencerla. Sentía que todo se le estaba yendo de las manos, pero estaba obligado a luchar. Sabía que bajo ninguna circunstancia la dejaría ir. No volvería a soltar nunca más a una hija suya. No podía dejar que fuera a ver a ese hombre. Jamás.

—¿Te molesta que me haya llamado a mí? ¿Es eso? ¿Te jode que quiera contarme algo a mí?

Vanja lo estaba mirando a los ojos. Era evidente que estaba dispuesta a enfrentarse con él.

—¡No! ¡No quiero que vayas porque es peligroso!

—Pero ¿qué cojones me estás diciendo? Yo sé cuidarme sola.

Se volvió hacia Torkel para buscar su apoyo y él se lo concedió de inmediato. Vanja casi se sorprendió de que fuera así.

—Puedes ir. Tenemos que averiguar qué quiere.

—Pero, la autorización... —intervino Sebastian.

—Eso lo arreglo yo.

—Sí, claro. Ahora sí que puedes arreglarlo.

Torkel fingió no haberlo oído.

—Puedo ponerte una grabadora —dijo Billy mientras se levantaba para dirigirse hacia la puerta, pero Vanja lo detuvo.

—No. Si se da cuenta de que lo estoy grabando, es posible que no quiera hablar.

—En cualquier caso, no dirá nada importante —intervino Sebastian, decidido a no darse por vencido—. Hablará de cualquier tontería. Dará mil rodeos. Te contará mentiras...

Vanja lo interrumpió.

—En eso se parece a ti. Sois iguales, tú y él.

—Vanja...

Sebastian vio que se dirigía hacia la puerta y sintió pánico. Vanja iba a encontrarse con Hinde, con ese monstruo. A él ya lo había golpeado con dureza y ahora tendría ocasión de descargar su odio contra su hija. No podía darse por vencido. Sus últimas palabras fueron una débil súplica.

—Por lo menos, déjame ir contigo.

Vanja no se mostró comprensiva. Ni siquiera se volvió para mirarlo.

—Lo siento, pero tú no estás invitado.

Dio media vuelta y se marchó.

Sebastian tuvo de pronto la sensación de que nunca más volvería a verla y se dijo que toda su lucha para acercarse a ella había sido inútil. Se dejó caer pesadamente en una silla. Los demás se volvieron para mirarlo sorprendidos. No podían entenderlo. Todos conocían su personalidad egocéntrica y su reacción les resultaba incomprensible. Para Torkel, fue la gota que colmó el vaso. Sebastian había perdido el discernimiento. Parecía tomarse como una derrota personal el hecho de que Vanja fuera sola a ver a Hinde. Le recordaba el día en que Sebastian le había contado que se había acostado con todas las mujeres asesinadas. También entonces había visto

en sus ojos la misma expresión de tristeza mezclada con pánico. Pero en ese momento lo había entendido y en cambio ahora no. Esta reacción era del todo inaceptable. Tratar de impedir que Vanja —la mejor policía del grupo— fuera a buscar información era sobrepasar todos los límites, independientemente de que lo hiciera porque dudaba de la capacidad de Vanja o porque se consideraba el único con derecho a recibir esa información.

Sebastian los miró un momento, sobre todo a Torkel. Veía su asombro, pero no tuvo fuerzas para justificar su actitud. En cualquier caso, nunca comprenderían toda la situación. Era demasiado compleja. De repente, sintió un nudo en el estómago. ¿Y si Hinde lo había averiguado? Se volvió hacia Ursula.

—¿Me prestas tu coche?

Ursula negó con la cabeza.

—No, Sebastian.

—¿No me prestas tu puto coche?

Desconcertada, Ursula miró a Torkel, que también hizo un gesto negativo.

—Te estás excediendo, Sebastian.

Sebastian lo miró lleno de ira.

—Yo creo que no. ¡Dame las llaves!

—Sebastian, esto no puede seguir así —empezó a decirle Torkel.

—¡Muy bien! ¡De acuerdo! —lo interrumpió Sebastian—. ¡Échame a la calle! ¡Me importa una mierda! ¡Pero dame las putas llaves!

Ursula echó una nueva mirada a Torkel, que contestó encogiéndose de hombros, como si se diera por vencido. Entonces, ella se volvió para buscar el bolso, que estaba colgado del respaldo de la silla. Extrajo las llaves del coche y se las arrojó a Sebastian, que salió corriendo de la habitación.

Tenía que detener a Vanja.

Pero no sabía cómo.

Echó a correr por el área diáfana de oficinas, que estaba muy tranquila. Los que trabajaban en sus escritorios levantaron la vista y lo miraron con curiosidad, pero él no les prestó atención, sino que redobló la velocidad. Tenía la esperanza de alcanzarla si ella debía esperar un momento el ascensor para dirigirse al garaje y él bajaba por la escalera. Al salir al rellano, se topó con dos mujeres que llegaban en dirección opuesta, sujetando unas tazas de café en la mano. A una de ellas se le cayó la suya, pero Sebastian ni siquiera se volvió para disculparse. Iba a toda velocidad. Los pies se le deslizaban por los peldaños e iba contando los pisos a medida que bajaba: tercero, segundo, primero... El garaje tenía dos pisos y Sebastian esperaba que Vanja hubiera aparcado en la planta superior, como era su costumbre. Cuando llegó, empujó la pesada puerta metálica y echó a correr entre los vehículos. El garaje estaba prácticamente lleno. Oyó que un coche se ponía en marcha a cierta distancia y corrió hacia el lugar de donde procedía el ruido. Era ella. Ya estaba saliendo en dirección a Fridhemsplan.

—¡Vanja! ¡Espera!

Puede que no lo oyera o quizá prefirió no oírlo, pero en todo caso siguió su camino sin prestarle atención. Sebastian la vio alejarse en su coche. Después, miró a su alrededor y se dio cuenta de que no sabía cuál era el coche de Ursula ni dónde lo había aparcado. Pulsó el botón de apertura a distancia, con la esperanza de que se encendieran las luces de alguno de los vehículos cercanos, para saber a cuál debía dirigirse. Pero no hubo suerte. Entonces empezó a recorrer a paso rápido todo el garaje, apretando sin cesar el botón. Al cabo de un rato, lo oyó. Estaba en la otra punta del aparcamiento, lo más lejos posible de la salida, y respondía a sus insistentes pulsaciones con un tranquilo parpadeo de los faros. Corrió hacia allá, abrió la puerta y se sentó al volante. Tras intentarlo un par de veces, consiguió arrancarlo.

Pisó el acelerador y los neumáticos chirriaron contra el suelo de hormigón cuando cogió la curva para salir.

Todavía no tenía ningún plan.

Sólo conducir tan velozmente como pudiera.

Detener a Vanja.

La mañana había cumplido todas las expectativas de Haraldsson.

El despertador sonó a las seis y veinte, y él se levantó en cuanto lo oyó, esperanzado y feliz. Jenny dormía profundamente en su lado de la cama. Haraldsson cerró con cuidado la puerta del dormitorio, se puso una camisa y unos pantalones de algodón y bajó. La sensación que tenía al bajar la escalera para ir a preparar el desayuno le hizo recordar la emocionada espera de la Navidad o del día de su cumpleaños cuando era niño. Era la ansiosa alegría de saber que tenía todo un día perfecto por delante. Fue al baño, se duchó con rapidez y se dirigió a la cocina. Empezó por fundir el chocolate al baño María y sumergir dentro las fresas que había comprado la víspera, en el camino de vuelta a casa. Las dejó sobre una bandeja, para que se endureciera el revestimiento de chocolate, y sacó la tostadora y una sartén para tostar el pan y freír el beicon. Abrió el melón. Cascó cuatro huevos, los mezcló con un chorro de leche y puso la mantequilla en otra sartén. Tostó más pan. Encendió la tetera eléctrica para calentar el agua y puso una bolsita de té verde en una taza. Sacó del frigorífico el queso y la mermelada de frambuesa. Lo colocó todo sobre una bandeja grande y asintió satisfecho de que todo estuviera en su sitio. Lo último que hizo fue salir hasta el coche y abrir la guantera. Dentro había una cajita roja. Era un anillo de oro, con un brillante y dos rubíes. No le había regalado nada a Jenny a la mañana siguiente de la boda. Ni siquiera conocía la costumbre. Por eso la había pasado por alto. Las amigas de Jenny y sus compañeras de trabajo se habían asombrado cuando se enteraron de que no le había hecho ningún regalo. Margareta, una compañera suya de la policía de Västerås, lo había criticado por dejar que Jenny se quedara «con las manos vacías» al día siguiente de la boda, como si el hecho de tener a Thomas Haraldsson por legítimo esposo no contara para nada. Jenny nunca le había dicho nada al respecto. Ni siquiera le había insinuado que estuviera decepcionada o que echara en falta el regalo. Pero ahora lo tendría, cinco años después. Más valía tarde que nunca.

Haraldsson entró a toda prisa en la casa y colocó la cajita roja sobre la bandeja. ¡Perfecto! Con la bandeja en las manos subió la escalera. Hacia Jenny. Tuvo que contenerse para no cantar *Cumpleaños feliz*.

Cuando llegó a la habitación, estaba despierta. Sonriendo.

¡Dios, cómo la quería!

—Feliz aniversario, cariño —le dijo, y apoyó la bandeja en el suelo y se inclinó para darle un beso.

Ella le pasó un brazo por el cuello y lo atrajo hacia la cama.

—Feliz aniversario para ti también.

—He preparado el desayuno.

—Ya lo sé. Te estaba oyendo. Eres el mejor —le dijo con un beso.

Después Haraldsson se levantó para ir a buscar la bandeja mientras ella ahuecaba las almohadas y las colocaba contra la pared. Tomaron el desayuno juntos sentados en la cama. Él le dio las fresas directamente a la boca. A ella le encantó el anillo.

Tal como había previsto, se le hizo tarde para ir a trabajar.

Cuando llegó, Annika ya estaba en su puesto, como siempre.

—Siento llegar tarde —le dijo Haraldsson en un susurro, asomándose a su oficina—. Es que hoy es mi aniversario de bodas.

No tenía ninguna necesidad de disculparse con Annika, pero era su manera de contarle que tenía algo que celebrar. Quería que lo supiera. Annika pareció sólo moderadamente interesada.

—Ah, sí. Felicidades.

—Gracias.

—Victor ha llamado hace un momento —prosiguió Annika, cambiando de tema de forma brusca—. Te ha enviado un mensaje por correo electrónico y quiere que se lo contestes cuanto antes.

—¿Qué dice el mensaje?

—Puedes leerlo —le contestó Annika, señalando con la cabeza el despacho de Haraldsson—. En tu ordenador —añadió después, para asegurarse.

—¿Me lo podrías imprimir? Sería más rápido. Mi ordenador está apagado y en cambio el tuyo no. Podría leer el mensaje mientras se enciende el mío y responderlo cuando se haya encendido del todo.

—De acuerdo.

—Muy bien. Entonces ¿me lo traerás cuando esté listo?

Sin esperar una respuesta, entró en su despacho, se quitó la chaqueta y se sentó detrás del escritorio. Encendió el ordenador y sacó de un cajón el informe Lövhaga 2014: Visiones y objetivos. Cuando acababa de abrir la carpeta, Annika llamó a la puerta, entró y le entregó el mensaje impreso.

—Gracias.

Haraldsson apartó la carpeta y leyó el mensaje.

Hola, Thomas:

Te escribo a propósito de la llamada telefónica que autorizaste ayer a Hinde. (Por cierto, tendríamos que hablar al respecto. Te agradecería que me informaras cuando modifiques las normas de seguridad que rigen para los internos.) A raíz de la llamada que Hinde ha realizado esta mañana, la gente de la Unidad de Homicidios quiere venir hoy mismo a hablar con el recluso. Por mi parte, no hay ningún problema; pero para cumplir con las normas, tendrías que autorizar tú la visita.

Saludos,

Victor Bäckman

Thomas volvió a leer el mensaje. Hinde había llamado a Vanja Lithner y ahora la gente de la Unidad de Homicidios quería reunirse con él en Lövhaga ese mismo día.

No le gustó la idea.

Ni pizca.
Se levantó de la silla y salió rápidamente de su despacho.

Edward Hinde estaba leyendo, sentado en su puesto habitual en la planta alta de la biblioteca, cuando oyó unos pasos que se acercaban por la escalera. Sintió una oleada de irritación. ¿Sería el nuevo? De ser así, iba a verse obligado a hablar con Igor para que le explicara al recién llegado que había ciertas reglas de forzoso cumplimiento. Las suyas. Pero no era el nuevo. Era Haraldsson. Cerró el libro de Napoleón y lo apartó hacia un costado. El director saludó con una inclinación de la cabeza al guardia que vigilaba un poco más allá, separó una silla y se sentó frente a Edward. Lo miró por encima de la mesa, con expresión ansiosa.

—Quiero estar presente —susurró.

Edward no sabía si le hablaba en voz baja porque estaban en una biblioteca o para que el guardia no lo oyera. En cualquier caso, le era indiferente.

—¿Presente? ¿Dónde? —replicó Hinde con sincera curiosidad.

—Cuando hables con Vanja.

—No creo que sea una buena idea.

—Esto no es negociable. Estaré ahí.

Haraldsson estuvo a punto de subrayar sus últimas palabras dando un puñetazo sobre la mesa, pero se contuvo en el último momento, con el puño a pocos centímetros de la superficie de madera. Hinde supuso que se había reprimido porque estaban en una biblioteca. No había ninguna razón para que el guardia no pudiera oír un golpe sobre la mesa.

—No me parece una buena idea —repitió Hinde con calma.

—Entonces, no podrás verla.

La mirada de Edward se ensombreció, pero Haraldsson estaba preparado. Tenía argumentos.

—Prometí que no la verías nunca —dijo con cierta satisfacción—. Hablar por teléfono con ella, sí. Pero verla, nunca. Te costará una respuesta.

Mentalmente, Hinde se vio a sí mismo que se levantaba de su puesto, se echaba con rapidez hacia delante, le agarraba la cabeza a Haraldsson y se la estrellaba contra la mesa. Después, antes de que el propio director de la prisión o el guardia tuvieran tiempo de reaccionar, rodeaba la mesa, volvía a agarrar a Haraldsson por las sienes y le retorcía la cabeza hasta oír el crujido de las vértebras al romperse.

Por muy tentador que le pareciera, no pensaba hacerlo. Sin embargo, había llegado el momento de enseñarle a Haraldsson quién estaba al mando.

—Pareces un hombre ambicioso, Thomas —dijo en un susurro, pero con una intensidad que permitía distinguir con claridad cada una de las letras—. Corrígeme si me equivoco, pero tengo

la impresión de que este trabajo es importante para ti.

Haraldsson asintió. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Tengo tus... regalos en la celda —prosiguió Hinde—. ¿Cómo piensas explicar a tus superiores que me traes cosas a escondidas?

—Lo negaré todo.

—¿Te creerán?

—Más que a ti.

Edward permaneció completamente inmóvil, tan sólo levantó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí.

Haraldsson contempló esos ojos oscuros de mirada inquisitiva, con la esperanza de que su respuesta hubiera expresado más seguridad de la que sentía en ese momento.

—Entonces, si revelo nuestro pequeño acuerdo, ya sabes, ese por el cual yo te cuento todo lo que sé, a cambio de que tú me des todo lo que yo quiera, ¿piensas que ellos te creerán a ti, pero a mí no?

—Así es.

Haraldsson notó que su esperanza de parecer seguro y firme en sus respuestas empezaba a desvanecerse.

—¿Cómo explicarás las cosas que tengo en la celda? —preguntó Hinde en un tono informal y distendido que contrastaba con la intensidad de su mirada.

—Algún otro te las habrá conseguido.

—¿Y estás dispuesto a jugarte toda tu carrera a esa carta?

Haraldsson guardó silencio. Se sentía como un jugador de ajedrez que se ha quedado sólo con el rey mientras el rival está a punto de coronar una segunda reina.

—Si no te creen, no sólo perderás el trabajo, sino que puede que estés a la sombra cuando nazca el bebé.

Haraldsson se puso de pie bruscamente y bajó la escalera sin decir ni una palabra. Edward no pudo reprimir una amplia sonrisa. Su plan avanzaba.

Haraldsson regresó irritado a su despacho. Nada le estaba saliendo como había previsto. Ahora tendría que autorizar esa solicitud de visita y Hinde podría ver a Vanja Lithner sin que él estuviera presente. Pero Haraldsson se aseguraría de reunirse con Vanja inmediatamente después de la visita y la obligaría a revelarle lo que hubiera averiguado. Estaba en su derecho.

Era su prisión.

Y él imponía las reglas.

Por un momento, consideró la idea de dirigirse a la celda de Hinde y buscar la fotografía de Jenny, el frasco y el bote. Pero ¿qué excusa podría poner si alguien lo sorprendía en la celda vacía? Era imposible alegar un registro por sorpresa, ya que él no se ocupaba de ese tipo de cosas. No era su función. No habría hecho más que despertar sospechas. Además, podía suceder que ni siquiera encontrara lo que buscaba. No, lo mejor era dejar que Hinde recibiera su visita y tratar de sonsacarle después la información a Vanja. De segunda mano. No sería la situación ideal, pero lo decisivo no era la información en sí misma, sino lo que Haraldsson hiciera con ella. Vanja tendría que transmitírsela a Torkel, mientras que él podría presentarla directamente a las autoridades. El día aún podía salvarse.

Todavía podía ser un día perfecto.

La estaban esperando.

El guardia abrió la reja en cuanto la vio. Había sólo un camino para acceder a Lövhaga y pasaba delante de la pequeña garita de los guardias. En las dos ocasiones anteriores, se había visto obligada a identificarse a la entrada de la prisión. Pero ahora los guardias la reconocieron y la saludaron cuando la vieron acercarse. Dejó atrás la reja y se dirigió hacia el edificio, delante de los altos muros rematados con alambre de espino. Al otro lado se encontraba el pabellón abierto, donde varios internos disfrutaban del sol en el patio. Hacía demasiado calor para un partido de fútbol y muchos de los reclusos se habían quitado las camisetas y estaban tumbados sin hacer nada. Uno de ellos se incorporó para verla mejor.

—¡¿Has venido a verme?! —le gritó, tensando los músculos.

—¡Qué más quisieras! —contestó ella mientras se disponía a atravesar la segunda puerta, que se abría en otro muro rematado también con alambre de espino.

Era la barrera que separaba el pabellón de máxima seguridad del resto de los edificios. El guardia le pidió su identificación y le indicó que debía dejar el arma en la entrada. Pero allí también la estaban esperando.

—¡Qué pronto ha venido! —dijo el guardia—. No creían que fuera a llegar antes de las doce.

—Había poco tráfico.

—Haraldsson me ha dicho que la haga pasar de inmediato.

—No estará presente, ¿verdad?

A Vanja le costó disimular la contrariedad que le producía aquella idea.

—No, pero quiere que lo informe de su llegada.

El guardia guardó la pistola de Vanja en una de las taquillas, le entregó la llave y llamó por radio a uno de sus colegas.

—La visita de Hinde ya ha llegado.

Vanja lo saludó con una inclinación de la cabeza y se quedó esperando en el sendero de grava, delante de la garita. Al cabo de unos minutos, otro guardia salió a buscarla. La condujo hasta las pesadas puertas de seguridad y las abrió para que pasara. Tras franquear dos puertas más, giraron a la izquierda por un pasillo y subieron un par de escaleras. No creía que fuera el mismo camino de la vez anterior, aunque Vanja no habría podido asegurarlo, ya que todos los pasillos de Lövhaga se parecían. Todos tenían la misma iluminación deficiente y las mismas paredes pintadas de azul claro institucional. Dentro, daba la impresión de que el tiempo se había detenido. Después de un momento, el guardia se paró y le pidió que esperara.

—Quédese aquí, por favor. Como viene sola, tenemos que asegurarnos de que no vaya a atacarla.

Vanja asintió, pero en el fondo se preguntaba si habrían tomado las mismas medidas de seguridad si ella hubiera sido un hombre. Probablemente no. Por otro lado, tampoco era de extrañar. Hinde tenía una relación especial con las mujeres. Aunque estaba convencida de que podía cuidarse sola, agradecía las precauciones. Sentía respeto por el peligro, pero jamás habría reconocido ante nadie que estaba un poco nerviosa. Entró en una pequeña sala de espera y se sentó en un sencillo sofá monocolor. Hacía un calor bochornoso y el ambiente era sombrío, ya que la única luz procedía de un pequeño ventanuco en lo alto de la pared. Se recostó en el sofá, que le resultó duro e incómodo. Intentó calmarse. El día se había desarrollado a una velocidad vertiginosa: la reunión que Hinde había interrumpido, el rápido trayecto improvisado hasta Lövhaga... Y el comportamiento de Sebastian. Esta vez había superado todos los límites. Parecía haber entrado en caída libre. Torkel la había llamado poco después de que saliera, para advertirla de que Sebastian iba tras ella en el coche de Ursula. Por eso había pisado el acelerador y había hecho el resto del camino con la luz azul policial. Por suerte, no había llegado a ver nunca el coche de Ursula por el retrovisor.

Por un momento había considerado la posibilidad de llamar a sus colegas y pedirles que detuvieran a Sebastian, pero descartó la idea porque habría sido un desperdicio de tiempo y de esfuerzo. En cualquier caso, Sebastian ya no estaría mucho tiempo más con ellos. Era lo único positivo de la situación. Vanja podía entender que se sintiera terriblemente presionado. Pese a su frialdad y a sus dificultades emocionales, era evidente que estaba muy afectado, pero era una locura que insistiera en seguir formando parte de la investigación. Vanja jamás podría entenderlo. Para ella resultaba incomprensible que un profesional como Torkel, a quien respetaba muchísimo, no lo hubiera excluido del grupo. Aun así, era cierto que Vanja no había conocido a Sebastian en sus buenos tiempos. Tal vez fuera ésa la razón. No lo había visto cuando rendía al máximo de sus posibilidades. Porque estaba claro que Torkel no era ningún idiota y, aparte de ese error, era el mejor jefe que había tenido. Decidió por lo tanto no hacer demasiado alboroto por lo ocurrido esa mañana. Recordó que el libro de Sebastian incluso la había impresionado en otra época. Suponía que había tenido algo en otra época, pero ya no. Y ahora también Torkel lo había comprendido.

Por fin.

Vanja tenía que concentrarse en acabar con la sucesión de asesinatos y recuperar su relación con Billy. Lo echaba de menos. ¿Sería verdad que la chica con la que estaba saliendo tenía algo que ver con su nueva actitud? ¿Podía ser tan simple? ¿Sería por eso que ya no se conformaba con ser sólo la parte técnica del equipo, al servicio de los demás? Puede que hubiera algo de eso. Vanja llevaba demasiado tiempo dando por sentada su contribución, sin preguntarle nunca su parecer. Sin embargo, siempre habían sido muy sinceros entre ellos, y por eso no lo entendía. ¿Por qué había sucedido justo en ese momento? ¿Por qué nunca había dicho nada si no estaba satisfecho? ¿Por qué no le había contado cómo se sentía? Vanja había creído tener una relación más próxima con Billy, pero era evidente que se había equivocado. Se dijo que tenía que hablar seriamente con él en cuanto tuviera oportunidad de hacerlo. Era la única manera.

Oyó que se abría una puerta un poco más lejos y se asomó para ver qué pasaba. Era el guardia, que iba de vuelta.

—Ya está listo.

Lo siguió, sintiendo crecer la tensión en su interior. Enderezó la espalda y trató de parecer tranquila. Había visto a Hinde sólo una vez, pero le había bastado para comprender una cosa. Era un hombre que penetraba con facilidad en la mente de los demás y leía sus intenciones ocultas. No podía estar nerviosa ni tensa.

Sencillamente, necesitaba fingir.

Era una sala distinta, más pequeña que la otra donde se había desarrollado la visita anterior. Sin ventanas. Las paredes eran del mismo azul claro sucio de los pasillos. Parecía una celda que ya no se utilizara. No había más que dos sillas y una mesa en medio. Hinde estaba sentado de espaldas a ella, con las manos y los pies esposados y encadenados a la gruesa mesa metálica, que a su vez estaba atornillada al suelo. En una comisaría, la policía no habría podido llegar tan lejos. El abogado defensor de los detenidos lo habría impedido. Pero allí no había abogados. Estaban en Lövhaga. Y la visita no era un interrogatorio corriente. Las estrictas medidas de seguridad debían de ser una de las condiciones impuestas por Haraldsson para autorizar el encuentro. Vanja se preguntaba cómo habría conseguido Hinde la autorización. Sebastian todavía estaba esperando la suya. Eso significaba que el preso le había dado algo al director de la cárcel, y a pesar de que ella no tenía nada en contra de una posible negociación, no le gustaba la idea de que Haraldsson pudiera influir de alguna manera en el desarrollo de la investigación.

Hinde seguía inmóvil, aunque para entonces tenía que haber notado la presencia de Vanja en la sala. El único sonido era el ruido metálico de las cadenas cada vez que cambiaba levemente la posición de las manos. El guardia le tendió a Vanja una caja negra con un botón rojo.

—Es la alarma en caso de agresión. Yo me quedaré fuera. Llame a la puerta cuando haya terminado.

Vanja aceptó la alarma y con cara de escepticismo se quedó mirando el botón.

—Para mayor seguridad. En realidad, el reglamento dice que los visitantes deben ser dos. Haraldsson querrá hablar con usted en cuanto salga. Quiere que lo informe.

—Por supuesto —respondió ella asintiendo con la cabeza, aunque no pensaba contarle nada a Haraldsson, al menos hasta que averiguara cuál había sido su papel en los últimos acontecimientos.

El guardia cerró la puerta al salir. Vanja volvió a mirar la espalda inmóvil de Hinde y esperó unos segundos antes de avanzar lentamente hacia él.

—Ya estoy aquí —dijo, antes de rodear la mesa, para no tener que enfrentarse aún con su mirada.

Hinde respondió sin volverse.

—Lo sé.

Vanja dio un rodeo en torno a la mesa, para mantener la distancia, y entonces intercambió una primera mirada con él. Hinde la miró con una sonrisa distendida, como si estuviera en un restaurante, con una taza de café delante, y no esposado y encadenado a una mesa, en una sala cerrada.

—Estoy muy contento de que hayas venido. Siéntate, por favor.

La invitó a sentarse, señalándole con la cabeza la silla que tenía delante.

Ella no le hizo caso.

—¿Qué quieres?

—Siéntate. No muerdo.

—¿Qué quieres?

—Charlar un poco contigo. Hace mucho que no veo a ninguna mujer. Por eso lo intento cada vez que tengo la oportunidad. En mi lugar, tú también lo harías.

—Yo nunca podría estar en tu lugar.

—No soy tan horrible como dice Sebastian. Siempre hay una razón para todo.

Avanzó hacia él y habló con voz más firme.

—No he venido para charlar un rato. Estoy aquí porque has dicho que tenías algo que contarme. Pero veo que era mentira.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta de la celda. Levantó la mano y se dispuso a golpear para llamar al guardia.

—Si te vas, te arrepentirás.

—¿Por qué?

—Porque yo sé quién mató a esas mujeres.

Vanja dejó caer la mano y se volvió una vez más hacia él. Estaba tan inmóvil como antes.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí se entera uno de todo.

—Más mentiras.

—Tú sabes que es cierto. —Por primera vez, Hinde se volvió hacia ella y la miró a los ojos —. Lo dedujiste en tu visita anterior.

Vanja se quedó paralizada. ¿Eran sólo suposiciones de Hinde o realmente habría notado su reacción la última vez? ¿Habría percibido lo que para ella no había sido más que una intuición? En ese caso, su capacidad para leer la mente de los demás era muy superior a la de cualquiera que hubiera conocido. Superior y más peligrosa.

—Si ya lo sabías la última vez que estuvimos aquí, ¿por qué no dijiste nada?

—No estaba seguro. Ahora sí.

—¿Por qué?

—He hablado con el tipo en cuestión. Trabaja aquí. Lo reconoció todo. Incluso se jactó de haberlo hecho. Me tiene en un pedestal. ¿Te lo imaginas?

—No. ¿Cómo se llama?

—Antes quiero saber una cosa de ti, una cosa personal. ¿A quién te pareces más, a tu madre o a tu padre?

—No pienso hablar de nada personal contigo.

—Era sólo una pregunta.

—¿Qué sentido tiene hacerme una pregunta tan estúpida?

Vanja se puso a caminar otra vez alrededor de la mesa. Él la seguía con la vista, pero su sonrisa había desaparecido. Aún la miraba con expresión cordial, pero la estudiaba sin el menor

disimulo. Parecía querer adentrarse en su cerebro. Leer sus pensamientos. Investigar sus emociones.

—Son cosas que me interesan, simplemente —replicó Hinde—. Yo me parecía sobre todo a mi madre, o al menos eso decía la gente.

Vanja negó con la cabeza.

—De acuerdo. Me parezco más a mi padre. ¿Quién es el asesino?

Hinde la miró y cerró los ojos. Pareció abstraerse por un segundo e hizo una inspiración profunda. Visualizó ante sí al padre de Vanja e intentó percibir la línea genética ininterrumpida entre el hombre que odiaba y su hija, que estaba con él en la sala. Tenía que decidir. ¿Se lo contaría? ¿Le revelaría el pequeño secreto que se volvía casi evidente cuando uno lo sabía? Bastaba ver a Vanja. La muchacha tenía sus mismos ojos, su misma energía inagotable. Nada le habría gustado más que arrebatarle esa fuerza. Quebrarla. Ultrajarla. Se vio obligado a recordarse que no debía actuar precipitadamente.

Planificación. Paciencia. Determinación.

Eran las piedras angulares.

—Yo también lo creo —dijo como en una ensoñación, y después volvió a abrir los ojos—. También creo que te pareces más a tu padre.

—Última oportunidad antes de irme. Dime un nombre.

Hinde asintió como para sí mismo y se inclinó hacia delante.

—Sebastian no fue el único en ponerse furioso cuando dije que quería tocarte —susurró con un tono cargado de intención.

Vanja se cruzó de brazos.

—Tú no me tocarás nunca.

—Puede que no. Pero yo tengo algo que tú quieres. Y sé por experiencia que la gente está dispuesta a llegar muy lejos para conseguir lo que quiere. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Abrió la mano derecha, que hasta ese momento tenía apretada en un puño, y dejó al descubierto una hoja de papel plegada tantas veces que no pasaba del tamaño de una uña.

—Aquí lo tienes, a un par de metros de ti.

Volvió a sonreírle y, de repente, bajó la cabeza y atrapó el papel con la boca. Levantó otra vez la cabeza y le enseñó a Vanja el papel, firmemente agarrado entre los dientes.

—Me llevaría dos segundos tragármelo —expresó entre los dientes apretados—. Si me lo trago, habrá desaparecido para siempre y nunca más volveré a decir ni una palabra al respecto. ¿Sigo sin poder tocarte?

Vanja mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el trozo de papel.

—No te estoy pidiendo que me dejes tocarte las tetas —prosiguió Hinde—. Sólo el pelo. No creo que sea un gran sacrificio para ti, ¿verdad?

Tendió la mano izquierda hacia ella de forma ostensible, pero sólo la pudo desplazar una decena de centímetros antes de que la cadena detuviera el movimiento. Los dedos siguieron tendidos, como si palparan el vacío.

—Pon aquí tu pelo, por favor.

Vanja no supo qué hacer. ¿Sería cierto que ese papel contenía la respuesta al enigma que

llevaban tanto tiempo tratando de resolver? ¿O sería solamente una trampa? Sebastian le había advertido que no participara en los juegos de Hinde. Era uno de los pocos consejos suyos que estaba dispuesta a aceptar.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—Siempre cumplo lo que prometo. Deberías saberlo si has hecho bien los deberes. La decisión es tuya.

Le sonrió una vez más, sin soltar el trozo de papel, que aún sostenía entre los dientes, y al mismo tiempo siguió moviendo los dedos de la mano izquierda, como si ya la estuviera tocando.

Vanja intentó analizar la situación con rapidez, que era extrema en todos los aspectos. El riesgo de que todo fuera una trampa era enorme, pero al mismo tiempo tenía una nítida sensación de que Hinde estaba diciendo la verdad. Todo lo que hacía parecía demasiado estudiado para que terminara en un simple intento de tomarla como rehén. Además, estaba firmemente encadenado y ella disponía de un botón de alarma. A su anterior inquietud se añadió una extraña forma de curiosidad, casi temeraria. Si en ese momento se daba la vuelta y se marchaba, era posible que se arrepintiera toda su vida. Si en el pequeño trozo de papel que Hinde sostenía entre los dientes estaba la respuesta, entonces habría merecido la pena. Si Hinde estaba diciendo la verdad, Vanja no sólo tendría la posibilidad de salvar la vida de futuras víctimas, sino que sería la persona que había obtenido información decisiva de Edward Hinde. Ella sola. Nadie más que ella. Si lo conseguía, la presencia de Sebastian en el grupo pasaría a ser definitivamente superflua. Porque si ella lograba resolver el caso, ¿cuándo volverían a sentir la necesidad de contar con Sebastian Bergman? Nunca.

Movió con cautela el dedo pulgar hacia el botón de alarma. Sólo le llevaría un segundo pulsarlo. Al cabo de medio minuto, el guardia ya estaría en la sala. Hinde no podría atraparla nada más que con la mano derecha. Una sola mano. Estaba segura de poder soltarse. Quizá le costara un mechón de pelo, pero se soltaría. No pasaría de un minuto el tiempo que estaría expuesta a cierto riesgo.

Decidió aceptar el juego. Se agachó poco a poco y se situó en cuclillas delante del hombre encadenado, tan lejos como pudo de él, pero lo bastante cerca para que pudiera tocarle la punta del pelo con la mano izquierda si éste la estiraba hasta la máxima extensión de la cadena. Oyó el ruido metálico, hasta poco antes de que los dedos de Hinde alcanzaran su pelo rubio. Encontró su mirada. ¿Qué había en esos ojos?

¿Expectación?

¿Felicidad?

Los dedos de Hinde acariciaron levemente la suavidad del cabello. Era más fino y ligero de lo que había esperado. El tacto era casi etéreo. Respiró el aroma de un champú afrutado y se inclinó hacia delante para captarlo mejor. De repente, deseó que fuera ella quien estuviera encadenada a la mesa y no él, y tener más libertad de movimientos para poder tocarla de verdad. Se excitó más de lo que esperaba y tuvo que esforzarse para disimular sus emociones. Su madre también era rubia. Tenía el pelo todavía más largo, pero igual de suave. Habría querido tirar con fuerza de ese pelo. Con violencia. Pero no era posible tenerlo todo. Todavía no.

Planificación. Paciencia. Determinación.

Con eso debía ser suficiente. A su pesar, retiró la mano y, sin mojarlo con saliva, escupió el trozo de papel, que cayó en medio de la mesa. Miró a Vanja con toda la docilidad de que fue capaz.

—¿Lo ves? Yo cumplo mis promesas.

Entonces se echó hacia atrás y apoyó la mano en la mesa, para demostrar que se daba por satisfecho.

Vanja se levantó y cogió deprisa el papel. Sin desplegarlo, se dirigió a la puerta.

—Hasta pronto, Vanja. Nos vemos.

—No lo creo. —Llamó a la puerta y le gritó al guardia—: ¡He terminado!

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y Vanja salió de la pequeña celda. Hinde se quedó inmóvil, inmerso todavía en el aroma de la agente.

«Yo siempre cumplo mis promesas», pensó.

—Hasta pronto, Vanja.

Como no quería que el guardia viera el trozo de papel, le pidió que la llevara al baño. El lavabo para los visitantes se encontraba un piso más arriba, en una planta que parecía estar ocupada únicamente por la administración. Los colores eran tan deprimentes como los del resto de Lövhaga, pero al menos esa parte de la cárcel estaba más limpia y ordenada.

Vanja cerró con pestillo la puerta del váter y desplegó la hoja. Leyó un nombre escrito en lápiz y con letras mayúsculas: *RALPH SVENSSON*.

Le pareció reconocerlo. Quizá no el apellido, pero sí el nombre de pila. Ralph acabado en *ph*. Lo había leído en alguna parte. Pero ¿dónde? Sacó el móvil y llamó a la persona que podía saberlo. Billy. Su colega contestó después de varios tonos de llamada.

—Hola. Quiero que compruebes un nombre: Ralph Svensson. Ralph acabado en *ph*. Si no te parece mal que te lo pida... —añadió.

—¿Te lo ha dado Hinde?

Billy no parecía haber oído el pequeño añadido final. Vanja lo oyó teclear en el ordenador.

—Me ha dicho que es el asesino. El nombre me suena.

—A mí también. Espera...

Por un momento, dejó de oírse la voz de Billy, pero continuó el ruido del teclado. Vanja se puso a tamborilear nerviosamente con los dedos mientras esperaba a que Billy le dijera algo. Se preguntaba qué confianza podía merecerles el soplo, pero no era el momento de preocuparse por eso. Tenían que llegar al fondo del asunto y averiguar todo lo posible sobre Ralph Svensson. Billy cogió otra vez el teléfono y Vanja se dio cuenta enseguida de que estaba entusiasmado.

—No es funcionario, pero dispone de un pase para entrar en Lövhaga. Es un trabajador de la empresa Limpiezas, S. L. Ya comprobamos antes sus antecedentes, pero no encontramos nada.

—Sigue mirando. Te llamaré desde el coche. Cuéntaselo a Torkel.

Puso fin a la conversación y se levantó. Se lavó las manos y tiró de la cadena antes de salir, por seguridad. El guardia la esperaba a cierta distancia de la puerta.

—¿Lista?

—Sí. Tengo que irme.

—Pero ¿y Haraldsson? Ya le he anunciado que vamos para allá.

—Dile que llame a la Unidad de Homicidios si le parece importante. Yo ya voy con retraso.

Vanja se encaminó en la dirección donde recordaba que debía estar la salida. El guardia pareció contrariado, dudó un segundo, pero enseguida corrió tras ella. Volvió a intentarlo. Le suplicó que fuera a ver a Haraldsson. Pero Vanja no estaba dispuesta a discutir.

No tenía tiempo para aguantar a idiotas.

Billy volvió a llamarla cuando aún estaba esperando para recuperar el arma. Hablaba de forma apresurada y, por detrás, se oía la voz de Torkel.

—Torkel pregunta qué grado de credibilidad tiene la información. ¿Será suficiente base para pedir una orden al fiscal?

—No sé si podemos confiar en Hinde. Sólo sé que me dio un nombre. ¿Habéis averiguado algo?

—No mucho. Nació en 1976. Está domiciliado en Västertorp. No tiene antecedentes penales. Empleado de Limpiezas, S. L. desde hace siete años. He hablado con su jefe y no ha tenido más que buenas palabras acerca de él. Lo único que podría resultarnos interesante es que el año pasado le ofrecieron trabajar en un hospital cerca de su casa, con mejor paga y mejores horarios, pero rechazó la oferta. Dijo que estaba a gusto en Lövhaga.

—¿Está aquí ahora?

—No. Ayer a mediodía dijo que se sentía mal y se fue. Está de baja por enfermedad.

Vanja asintió y se volvió para que el guardia de la garita, que estaba buscando su arma en la taquilla, no la oyera.

—¿Tiene acceso a la sección de Hinde?

—Sí, entra habitualmente en el pabellón abierto y en el de máxima seguridad.

—Eso debería ser suficiente. Tenemos un soplo con su nombre y hay posibilidad de contacto.

Oyó que Billy hablaba con brevedad con Torkel sobre lo que ella acababa de decir. A continuación, Billy volvió a dirigirse a ella.

—Torkel hablará ahora con el fiscal para ver si es posible conseguir una orden de registro. Necesita saber exactamente qué te ha dicho Hinde.

—No me ha dicho casi nada, sólo que Ralph había reconocido ser el autor y que se había jactado de los asesinatos. Por lo visto, Hinde es su ídolo.

—También es posible que no sea más que una venganza de Hinde, para ver a ese Ralph entre rejas.

—Puede ser. Pero yo creo que dice la verdad.

—¿Algo más?

—No.

Había ciertas cosas que era mejor no revelar y los detalles de su encuentro con Hinde pertenecían a esa categoría. En cualquier caso, el modo en que había conseguido la información no incidiría de ninguna forma en sus posibilidades de conseguir la orden de registro.

—¿Por qué nos quiere ayudar? ¿Te lo ha dicho? —preguntó Billy.

Vanja guardó silencio. Estaba tan sorprendida por el hecho de que Hinde se hubiera puesto en contacto con ellos que ni siquiera se había preguntado cuáles podían ser sus motivos.

—No. ¿Quizá porque es un ciudadano respetuoso de la ley?

—Más bien no, ¿no crees?

—¿Es importante?

—Puede que no.

—Si al final resulta que sus motivos son importantes, ya los averiguaremos. —Se volvió hacia el guardia, cogió su arma y se la guardó en la funda—. Llámame cuando hayáis conseguido la orden de registro. Salgo para Estocolmo.

Colgó el teléfono y le agradeció su ayuda al guardia, que le señaló el camino hacia la puerta principal.

—Ahí fuera hay un hombre que pregunta por ti. No tiene permiso de visita.

Vanja supo de inmediato quién podía ser el hombre sin permiso para visitar la cárcel. Por un segundo, pensó que habría preferido ver a Haraldsson.

Había diferentes categorías de idiotas.

Sebastian estaba delante del coche de Ursula, contemplando los altos muros y los edificios grises. Había aparcado en el arcén, justo por fuera de la reja principal, tan a un costado como le fue posible. Así lo habían acordado. Unos guardias habían salido y habían mantenido con él una acalorada discusión. Le habían indicado que obstaculizaba el tráfico de entrada y de salida, y que además de carecer de cualquier identificación válida que lo acreditara como policía, no tenía autorización para visitar la cárcel. Sebastian, por su parte, los había tachado de burócratas estúpidos, incapaces de comprender su necesidad de acceder al recinto de la prisión. Después de varios minutos de gritos e improperios, los guardias se habían marchado, dejándolo donde estaba.

Iba y venía nerviosamente por el camino, de un lado a otro de la carretera, propinando frustrados puntapiés a la grava del arcén. Recogía dientes de león y les arrancaba la pelusilla con el pulgar, como hacía cuando era niño. Necesitaba llevar a cabo sencillas actividades físicas que lo ayudaran a olvidar las absurdas normas de Lövhaga y, sobre todo, a aliviar la preocupación por Vanja. Los guardias que vigilaban detrás de la reja ni siquiera le habían querido confirmar si ella estaba dentro o no, aunque su coche estaba a la vista. Lo dejaron quedarse fuera, pero nada más. Era como una metáfora del resto de su vida. Se encontraba en tierra de nadie donde ya ni siquiera tenía enemigos que se molestaran en luchar con él.

Se estaba alejando del centro de los acontecimientos. No era lo que tenía previsto cuando había conseguido incorporarse a la investigación del caso. Lo había hecho para estar más cerca de Vanja, para tener una vida propia, e incluso para resolver el caso, aunque ésa no había sido desde el principio su principal motivación. Pero eso fue antes de Hinde, antes de que la situación se convirtiera en una lucha personal y de que todas las puertas empezaran a cerrarse para él. Porque la reja metálica de Lövhaga no era la única que se interponía en su camino. Había

llamado a Torkel desde el coche para tratar de convencerlo de que hiciera lo posible para detener a Vanja antes de que viera a Hinde. Pero Torkel no le había respondido ni le había devuelto la llamada. Tampoco Billy. Y la culpa era suya. Él solito se las había arreglado para ponerlos a todos en contra de él. No podía culpar a nadie, por mucho que le hubiera gustado hacerlo. Por otro lado, la preocupación por el riesgo que corría Vanja se había ido disipando con el paso del tiempo. La joven era sensata y no correría riesgos innecesarios. Hinde no podía haber planeado algo tan sencillo como una toma de rehenes. No, él siempre tenía planes más complejos. La pregunta era cuáles serían esos planes.

Hinde sabía la verdad.

Sebastian estaba convencido. Por eso había querido ver a Vanja.

¿Se lo contaría?

¿O sería también una venganza demasiado sencilla para él?

Era exasperante no saberlo. Sebastian empezó a caminar otra vez por la carretera. Se paró delante de la reja y miró al interior de la prisión. De repente, distinguió a Vanja. Iba atravesando la explanada a paso rápido, en dirección a su coche. ¿Qué debía hacer? ¿Llamarla? ¿Saludarla con la mano? ¿Quedarse donde estaba y no hacer nada? ¿Qué sabría ella? Decidió ponerse en medio del camino, ocupando tanto espacio como fuera posible, para que ella no pudiera pasar sin atropellarlo. Le pareció lo más natural: ser simplemente un obstáculo. Notó que ella desviaba la vista para no mirarlo. No tuvo ninguna reacción, como si él no estuviera allí, como si no fuera más que aire. Su desinterés lo alegró.

Vanja no sabía nada.

Si hubiera sabido la verdad, su expresión habría sido de rabia o de desprecio, pero no de total indiferencia. Quizá en condiciones normales, su indiferencia no habría sido un gran motivo de alegría. Pero tal como estaban las cosas, era lo mejor. De repente, Sebastian notó que estaba sonriendo.

Vanja no dio crédito a lo que veía cuando se acercó a la reja. ¿La estaba mirando Sebastian con una sonrisa burlona, parado en medio de la carretera? ¿O simplemente pretendía parecer tranquilo y distendido? No supo qué pensar. Era evidente que Sebastian Bergman no era como el resto de la gente. Pero nada de eso le importaba ya. Dentro de poco, ya no tendría que volver a verlo nunca más. Bajó la ventanilla y se asomó.

—Perdona, pero me estás cerrando el paso.

Mientras tanto, la reja se abrió automáticamente y ella empezó a avanzar hacia Sebastian con el coche, despacio, haciéndole señas para que se apartara.

—Quiero hablar contigo —arriesgó él.

—Pero yo no quiero hablar contigo. Y para una conversación hacen falta dos, aunque parece que tú no lo sepas.

Detuvo el vehículo a unos centímetros de Sebastian, que seguía sin moverse. En cuanto se apartara, pensaba acelerar y perderse de vista.

—Tengo que saber una cosa. ¿Qué quería Hinde?

—Me ha dado el nombre del asesino.

La sonrisita que Sebastian había conservado desde el principio se esfumó de inmediato. No había previsto algo así.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Ha dicho que conoce al asesino: un tal Ralph Svensson, que por lo visto trabaja de limpiador, aquí en Lövhaga. Sabemos que ha podido estar en contacto con Hinde.

—¿Y tú le crees?

—No tengo ninguna razón para no creerle. Seguimos todas las pistas, ¿no?

—¿Por qué motivo iba a decírtelo a ti?

—Más bien pregúntate por qué no te lo dijo a ti. Después de todo, eres el experto, el que conoce todos los mecanismos para hacerlo hablar...

Vanja no podía disimular la alegría que le causaba la contrariedad de Sebastian y ni siquiera lo intentó. Sin pensarlo, Sebastian rodeó el coche para acercarse a ella.

—¿Y se supone que él no ha tenido nada que ver? ¿Tú te lo crees?

—Yo soy policía. No creo nada. Investigo y averiguo. Y, ahora, si me disculpas...

Pisó el acelerador y los neumáticos rechinaron sobre el asfalto. Sebastian saltó instintivamente a un lado y la vio alejarse.

Otra vez lo dejaban atrás.

Empezaba a acostumbrarse.

Corrió a su coche.

Mientras se dirigía hacia la casa de Ralph Svensson en Västertorp, Torkel recibió la autorización para registrar el domicilio del sospechoso. El fiscal Gunnar Hallén se la había concedido tras una larga conversación telefónica. Había indicios firmes, pero el problema residía en el grado de credibilidad del testimonio de Hinde. Que fuera un delincuente condenado a cadena perpetua no ayudaba mucho en ese sentido. Torkel había tenido que desplegar toda su capacidad de convicción. Pero ya a mitad de la conversación, se dio cuenta de que al final Hallén daría su brazo a torcer. Era el tipo de caso de gran repercusión mediática que podía ser decisivo para una carrera judicial. Ordenar un registro sin suficiente fundamento no podía ser tan grave como quedarse de brazos cruzados ante unos asesinatos en serie.

Torkel le había pedido a Billy que organizara cuanto antes un equipo para entrar por la fuerza en la vivienda si era necesario, y poco después había salido con él en dirección al domicilio del limpiador. Quería estar preparado para actuar de inmediato, en cuanto recibiera la autorización. No había tiempo que perder en los desplazamientos ni en los preparativos logísticos. Vanja se reuniría con ellos en Västertorp lo antes posible. Torkel le había prometido que intentarían esperarla. A Sebastian ni siquiera lo había llamado.

Billy aparcó en un área de cambio de sentido, detrás de unos bloques rojos de viviendas de los años cincuenta. La casa de Ralph Svensson se encontraba a trescientos metros de distancia, cerca de un pequeño centro comercial cuyos años de esplendor habían quedado atrás. Billy se puso en contacto con el jefe del grupo de asalto, que prometió que tardaría menos de cinco minutos en llegar. A continuación, llamó a Ursula y le indicó dónde habían aparcado. Torkel se bajó del vehículo para dar una vuelta y observar el entorno arbolado y los bloques de apartamentos, que se erguían a cierta distancia unos de otros. La brisa tibia arrastraba olor a comida, y por las ventanas abiertas salían ecos de música. Se oían risas a lo lejos. Un grupo de niños circulaban con sus bicicletas alrededor de un arenero. Era un apacible día de verano.

Billy abrió el maletero, extrajo un chaleco antibalas y se lo puso. Torkel lo miró sorprendido.

—Vamos a dejar que actúe el grupo de asalto.

—Iré con ellos. Después de todo, el caso es nuestro.

—Sí, pero no necesitamos echar puertas abajo para demostrarlo.

—De acuerdo. Iré sólo como observador.

Torkel negó con la cabeza. No cabía duda de que a Billy le había pasado algo en las últimas semanas. Antes no le preocupaba trabajar siempre en segundo plano, ni le parecía mal servirles de apoyo a Vanja y a él en los aspectos más técnicos de las investigaciones. Ahora, de repente,

quería irrumpir en la casa de un sospechoso con el arma reglamentaria en la mano.

—Haremos lo de siempre —insistió Torkel con firmeza—. Entraremos cuando hayan neutralizado al sospechoso.

Billy asintió con la cabeza, pero no se quitó el chaleco. Parecía un adolescente malhumorado.

—Puedes dejártelo puesto si quieres. Pero te quedas conmigo.

—De acuerdo. Tú decides —dijo Billy disgustado.

—Así es. Yo decido.

Torkel se le acercó y le apoyó una mano sobre el hombro.

—¿Ha pasado algo? Últimamente, parece que haya... —buscó las palabras adecuadas— cierta fricción en el equipo, sobre todo entre Vanja y tú.

Billy no respondió. Torkel no le retiró la mano del hombro.

—Tienes que contármelo. Somos un equipo. Últimamente, hay veces que no lo parecemos.

—¿Me consideras un buen policía?

Billy se volvió y lo miró a los ojos. Desde que Torkel tenía memoria, era la primera vez que Billy hablaba de sí mismo con una sombra de duda.

—Si no lo fueras, no trabajarías conmigo.

Billy asintió.

—Pero si somos un equipo, ¿por qué recibimos un trato diferente cada uno de nosotros?

—Porque somos distintos —respondió Torkel convencido—. Tenemos diferentes talentos y diferentes puntos flacos. Es lo que nos convierte en un equipo: nos complementamos.

—Y Vanja es mejor policía que yo.

—No he dicho eso.

—De acuerdo, pero si Vanja se hubiera puesto el chaleco antibalas y hubiera querido ir como observadora, ¿se lo habrías impedido?

Torkel estuvo a punto de responder que sí, pero de pronto se dio cuenta de que quizá Billy tuviera razón. ¿Habría sido igual de firme con Vanja? Probablemente, no. ¿Porque era mejor policía? Probablemente, sí.

No respondió.

Su silencio fue respuesta más que suficiente.

Ralph acababa de sentarse delante del ordenador y se disponía a iniciar la sesión en <fygorh.se>. Quería enviarle un mensaje al Maestro para reconocer su error. El día anterior había estado aguardando delante del portal de Ellinor hasta el anochecer, con la esperanza de que regresara, pero no había vuelto.

Estaba exhausto y desanimado cuando volvió a casa. Hizo su recorrido habitual, encendió todas las luces en el orden correcto, y después se detuvo perplejo. ¿Qué iba a hacer con la bolsa de deportes y las provisiones? Por desgracia, todo parecía indicar que tendría que crear un nuevo ritual para sus fracasos. Reflexionó un momento sobre la mejor manera de organizarlo y llegó a la conclusión de que lo mejor y lo más natural sería repetir el ritual de los preparativos, pero siguiendo el orden inverso. Sacó el envase de lejía de la bolsa de papel y volvió a colocarlo en el armario de debajo del fregadero. Introdujo otra vez la comida y la bebida en el frigorífico, plegó con cuidado la bolsa de papel y la metió en el armario de las escobas. Después se dirigió al dormitorio y guardó las medias de nailon y el camisón en el primer cajón de la cómoda. Entonces volvió a detenerse. Probablemente, era el momento de dejar la bolsa de deporte en el espacio libre entre la ropa. Pero ¿qué debía hacer con el cuchillo? No lo había utilizado, aunque con todos los contratiempos de los últimos días, Ralph sentía una necesidad cada vez mayor de respetar las reglas hasta en los más pequeños detalles. Decidió llevar la bolsa a la cocina. Extrajo el cuchillo, lo lavó con detergente, lo enjuagó, lo secó y volvió a meterlo en la mochila, junto con una bolsa nueva de congelados de tres litros de capacidad. Dejó la antigua en el armario de debajo del fregadero y volvió al dormitorio con la bolsa de deporte. Ahora podía guardarla en el cajón más alto y cerrarlo. Listo.

Se derrumbó en la cama. Estaba agotado. Hacía calor en la habitación y había mucha luz. Las bombillas de cien vatios encendidas en cada rincón ahuyentaban las sombras, alejaban la oscuridad que tanto miedo le infundía y lo tranquilizaban. Durmió sin sueños durante un par de horas y, nada más despertarse, intentó hacer algo productivo. Había pasado toda la tarde buscando a Ellinor Bergkvist. No la había encontrado en el trabajo y no habían querido decirle cuándo regresaría. Había llamado a la compañía de taxis, para preguntar por el coche con número de registro JXU 346. Quería saber dónde había dejado ese taxi el día anterior a una mujer que había recogido en Västmannagatan, hacia las cuatro de la tarde. Pero le habían respondido que no estaban autorizados a revelar ese tipo de información. Cuando le preguntaron quién era y qué quería, colgó. No había podido encontrarla. Había fracasado.

Ralph tecleó su nombre de usuario y la contraseña. Encontró un mensaje del Maestro. Se lo

había enviado por la noche. Era breve y conciso:

Ahora tú eres yo.

No decía nada más. Ralph se levantó de la silla y se puso a dar vueltas por la habitación, confuso pero al mismo tiempo exaltado. Más allá de lo que pudiera significar el mensaje, era un reconocimiento. El Maestro lo elevaba a su propia categoría, lo trataba de igual a igual. Era imposible interpretarlo de otra manera. Sintió una gran calidez en su interior. No se esperaba ese honor.

Pero ¿qué significaba el mensaje? ¿Que ya no volvería a recibir órdenes del Maestro? ¿Que debía actuar de manera independiente? ¿Que debía seguir avanzando por su cuenta?

Estaba sumido en sus pensamientos cuando oyó un ruido en la puerta, parecía una pequeña explosión. Unos segundos después, irrumpieron en su casa unas figuras vestidas de negro, con cascos protectores y armas automáticas que apuntaban contra él.

—¡Policía! —gritaron las figuras—. ¡Al suelo!

A la velocidad del rayo, Ralph se arrojó sobre el ordenador, lo agarró y lo estrelló contra la pared. Trozos de plásticos y componentes electrónicos saltaron por el aire. Después se precipitó sobre los restos del aparato y los pisoteó, hasta que varios hombres se le echaron encima y lo inmovilizaron contra el suelo. Ni siquiera se resistió cuando le llevaron los brazos a la espalda y lo esposaron. Sólo veía el ordenador destrozado en el suelo. Había protegido al Maestro.

Fueron violentos con él, pero no le importó. Sintió más bien una calma repentina. La sensación aumentó cuando varias de las figuras entraron en la habitación, lo levantaron y lo sacaron del apartamento. Había accedido a la fase siguiente y había comprendido el auténtico significado del mensaje del Maestro.

«Ahora tú eres yo.»

Verdaderamente, era él.

Vanja llegó en el momento exacto en que un vehículo de la policía se llevaba a Ralph Svensson. Desde el coche vio que sus colegas metían en el asiento trasero a un hombre alto y delgado, vestido con polo y pantalones grises. El detenido no se resistía, sino que permanecía inmóvil, como un peso muerto entre los cuatro policías que iban cargando con él. Vanja se quedó mirando el coche de la policía que se alejaba antes de salir del suyo. Cerró la puerta y se dirigió hacia el bloque de viviendas. Estaba furiosa y se enfadó aún más cuando vio a Billy con chaleco antibalas, que le sonreía desde el portal.

—Lo hemos atrapado, Vanja. Es él.

—¿Por qué no me habéis esperado? —preguntó mientras avanzaba hacia él—. ¡El soplo era mío! ¡Yo he conseguido el nombre!

La sonrisa infantil de Billy desapareció, y en su lugar apareció la misma frialdad de antes.

—Díselo a Torkel. Ha sido decisión suya.

Entonces se volvió y se marchó. Vanja miró a su alrededor y vio que Torkel se estaba acercando. Iba acompañado del jefe del grupo de asalto. Parecían absortos en la conversación y el otro policía no dejaba de gesticular. Era evidente que le estaba describiendo el desarrollo de la operación. Vanja echó a andar hacia ellos, pero cambió de idea. No se veía con fuerzas para discutir también con Torkel. Además, su decisión había sido la correcta. En su lugar, ella habría hecho lo mismo. Lo importante era actuar con celeridad y no perder tiempo pensando en quién hacía qué.

Pero la faceta policial era solamente uno de los aspectos del asunto. El otro era personal y tenía que ver con su lugar en el grupo, con la función que desempeñaba cada uno de ellos y con el reparto de responsabilidades, es decir, con todo lo que antes de la última investigación parecía tan sencillo y evidente. Vio que Torkel le estrechaba la mano al otro policía y que ambos se despedían y se separaban.

—¡Buen trabajo, Vanja! —le gritó Torkel mientras iba andando hacia ella.

—Gracias. ¿Qué grado de seguridad podemos tener?

—Ahora Ursula está dentro, trabajando. Quiere hacer una inspección preliminar ella sola, para evitar contaminaciones. Pero esto es una mina de oro.

—¿De verdad?

Torkel asintió con toda tranquilidad. Parecía sereno y relajado, y Vanja notó enseguida que su jefe estaba convencido de que habían atrapado al culpable. Sintió entonces que parte de su irritación se desvanecía y la embriagaba una repentina alegría. ¿Habían solucionado ya el caso?

—Diez camisones iguales, medias de nailon, una carpeta de cuero con recortes de prensa sobre los asesinatos —empezó a enumerar Torkel—, un cuchillo que parece coincidir con las características de las heridas... Y un tablero de aglomerado con fotos de las víctimas.

—¡Increíble! —exclamó Vanja sorprendida.

¿Realmente sería tan sencillo relacionar a Ralph Svensson con los asesinatos?

—Sí, es fantástico, y Ursula no ha hecho más que empezar, aunque los resultados preliminares de las pruebas de ADN todavía tardarán unos días.

Vanja asintió y miró a Torkel casi con cariño. Él le devolvió una mirada emocionada. Ambos comprendían la importancia del momento. Hacía un día espléndido. El sol resplandecía fuera de la sombra alargada del edificio y convertía la extensión de césped a su alrededor en una alfombra mullida y tentadora. Era como si ellos también estuvieran a punto de salir al sol después de dejar atrás las sombras donde habían permanecido durante tanto tiempo.

—Siento haberlo detenido sin ti —dijo Torkel con una sonrisa—, pero no podíamos esperar.

—Lo entiendo muy bien —respondió ella sin dudarlo—. Ha sido una buena decisión —añadió.

Billy fue andando hacia ellos, ya sin el chaleco. Se situó a su lado y se puso a contemplar también la soleada extensión de hierba que tenían delante.

—Dice Ursula que tenemos que esperar como mínimo un par de horas antes de poder entrar.

Los otros dos asintieron, sin decir nada. Permanecieron juntos en silencio.

Como un grupo, como un equipo. Como antes.

El teléfono de Billy quebró el silencio. Por su cariñosa manera de hablar, Vanja y Torkel dedujeron que sería su novia. Se alejó un poco, para comentar con ella los planes para la noche, y Torkel se volvió hacia Vanja.

—Hallén querrá convocar una conferencia de prensa esta tarde. Quiero que estés presente.

Vanja se sorprendió.

—Normalmente, lo haces tú solo.

—Sí, pero esta vez quiero que sea diferente. Hemos resuelto el caso gracias a ti.

La joven policía le sonrió a su jefe y recordó una vez más por qué había hecho lo posible para trabajar en la Unidad de Homicidios, a las órdenes de Torkel Höglund. Era un buen jefe. Entendía a la gente y sabía que todos quieren sentirse parte de un equipo.

Sebastian llegó al edificio de la policía poco antes de la una y se puso a buscar a Torkel y a los demás, pero nadie quiso decirle adónde habían ido. A la una en punto, consiguió por fin sonsacar alguna información a uno de los agentes uniformados que solía saludar. Por lo visto, estaban en algún lugar del sur de Estocolmo y todo había salido bien. Con creciente frustración, Sebastian llamó a todos los miembros del grupo. Empezó por Torkel y siguió con los demás, por orden jerárquico. Ninguno le contestó. Se le ocurrió bajar a las dependencias donde se encontraban las celdas de detención, por si se topaba con alguno de ellos. Quizá hubieran ido a encerrar a ese tal Ralph Svensson, cuyo nombre le había revelado Hinde a Vanja por alguna razón incomprensible. Pero tampoco encontró a nadie ni consiguió que alguno de los agentes le revelara si esperaban la llegada de algún detenido. Volvía a sentirse en tierra de nadie. Era como si no existiera.

Salió, se dirigió hacia Fridhemsplan y se paró en la calle, junto a la entrada del garaje, convencido de que con toda probabilidad entrarían por allí cuando regresaran. Se alejó un poco en dirección a la plaza y se sentó en la hierba, dispuesto a esperar. El guardia de la garita lo miraba con desconfianza, pero no le impidió que siguiera allí sentado. Estaba en un espacio público y no había hecho nada ilegal. Era simplemente un hombre de mediana edad, con la chaqueta arrugada, que al cabo de un rato en espera se había sentado en la hierba descuidada de la plaza. El guardia de seguridad debía de pensar que era un alcohólico de camino al reducto habitual de los borrachos en el parque de Kronoberg, y que por falta de fuerzas se había derrumbado en la primera extensión de césped que había encontrado. Sólo le faltaba la botella.

Se sentía una auténtica nulidad. Había sido el número uno de su promoción, un alumno destacado de la academia del FBI en Quantico, el autor de un par de libros que habían alcanzado los primeros puestos en las listas de ventas y, durante muchos años, el principal experto en perfiles criminales de la policía sueca. Y, de todo eso, lo único que le quedaba era la esperanza de que los otros miembros del equipo regresaran y, por arte de magia, le permitieran volver a formar parte de su grupo. Era su único plan, la única solución que se le había ocurrido a su gran inteligencia. Perseverar.

Oyó sonar el teléfono y, muy ansioso, lo sacó del bolsillo. Podía ser cualquiera de sus compañeros. Pero no. Era un número conocido, pero del que nunca lo llamaba nadie.

El número de su casa.

Contestó.

Era Ellinor, por supuesto.

Por un momento, pensó en descargar sobre ella toda su frustración, gritarle y dejar que

sintiera su dolor. Pero parecía tan feliz que cambió de idea. Su voz era suave, susurrante y cautivadora.

—Perdona, amor, ya sé que puede ser muy molesto que te llamen al trabajo, pero estoy preocupada porque tengo miedo de que te enfades conmigo.

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Porque he salido del apartamento.

—¿Y por qué has salido?

Su exasperación se transformó en preocupación, quizá injustificada. Si la redada había tenido éxito y Ralph era el asesino, entonces la amenaza había desaparecido. Ellinor podía volver tranquilamente a su casa. Incluso podría echarla.

—En realidad..., no he salido a la calle.

—¿Qué dices? ¿Adónde has ido entonces?

—A ver a los vecinos. Pensé que convenía presentarme.

Sebastian enmudeció. Todos los sentimientos negativos que había experimentado desde el principio cambiaron de repente por la extraña sensación de que con ella estaba siempre en un universo paralelo. Eran incompatibles en todos los aspectos. No tenían nada en común. Nunca podrían entenderse.

—Yo no hablo con los vecinos —replicó Sebastian con sequedad.

—Sí, ya me lo han dicho. A todos les gustaría saber más de ti. Así que tendrás que comprar un poco más de comida. Tendremos que ampliar la lista.

—No te entiendo —dijo, y se levantó de la hierba.

—Procura no enfadarte, pero he invitado al vecino de al lado, Jan-Åke. Su mujer y sus hijos no están en la ciudad. Es médico, como tú.

—Yo no soy médico. Soy psicólogo.

—Tendrás que estar en casa hacia las cinco —prosiguió Ellinor como si no hubiera oído la aclaración—. Llámame desde el supermercado, por favor. Ya verás qué bien lo pasaremos. ¿O estás enfadado?

Sebastian buscó en su interior la furia y las palabras que ofendieran a Ellinor hasta el punto de obligarla a marcharse, pero no las encontró. No era fácil dar con ellas. El mundo de Ellinor era mucho más suave y amable que el suyo. En su mundo, Sebastian no era un inepto.

—Lo hago porque te quiero, ¿entiendes? No puedes vivir como un ermitaño, en un piso tan precioso como éste. No es normal. Entonces, ¿vuelves a las cinco?

—Sí.

—Un beso, mi amor.

—Un beso —dijo por acto reflejo.

Después, Ellinor colgó el teléfono.

Se incorporó del todo, muy desconcertado. Cenar con un vecino a quien no había dirigido la palabra en veinte años no era lo peor. Lo peor era que incluso le gustaba un poco la idea. Todavía quedaba un lugar donde seguía siendo importante, donde aún lo esperaban y lo apreciaban.

Un hogar.

Habitado por una mujer ciertamente peculiar, pero un hogar después de todo.

El fiscal Hallén estaba tan nervioso y emocionado que por un momento se le olvidó cómo se hacía el nudo de la corbata. Decidió hacerse un nudo Windsor, que no solía utilizar, y lo consiguió solamente después de varios intentos. Había llamado a su mujer para pedirle que grabara las noticias de la televisión pública y de TV4. También era posible, en el mejor de los casos, que hubiera un adelanto informativo con conexión directa, pero eso no estaba en su mano. Sólo podía esperar que sucediera. La gran pregunta, la de saber si habían atrapado o no al culpable, parecía haber encontrado respuesta. Las evidencias parecían abrumadoras. Quizá habría sido mejor esperar a que estuviera listo el informe final del registro y las pruebas técnicas, pero no era realista planteárselo, porque la detención del sospechoso se habría acabado filtrando. Con la rueda de prensa, evitarían la propagación de rumores infundados y además podrían mostrar algunos resultados.

Torkel Höglund y Vanja Lithner llegaron y le enseñaron unas fotografías que se habían hecho en la casa del sospechoso. Las imágenes eran tremendas. Por lo visto, el hombre tenía colgadas de la pared treinta y seis fotografías de cada víctima, a excepción de la primera, de la que tenía treinta y cuatro. Hallén se sintió mal con sólo verlas. Las mujeres aparecían vivas, atadas y con los camisones puestos pocos segundos antes de morir.

—Es el culpable —les dijo, y desvió enseguida la mirada hacia el resto del pequeño despacho —. No necesito ver nada más.

Bajaron juntos a la sala de prensa, en la primera planta. Ya en la escalera notó que la conferencia iba a estar muy concurrida. En la calle había unidades móviles de los grandes canales de televisión, y en la recepción se había formado una cola de periodistas. Hallén se volvió hacia Torkel.

—Yo me ocupo de la introducción, vosotros presentáis el informe y después respondemos juntos las preguntas, ¿os parece bien?

—Sí, muy bien.

Hallén cuadró los hombros y se sumergió en el mar de periodistas ávidos de información. Vanja sonrió mientras miraba al fiscal que se abría paso delante de ellos y saludaba con familiaridad a muchas personas desconocidas para ella. Torkel detestaba todo eso y ella lo sabía. Se le notaba en el lenguaje corporal: hombros encorvados y cabeza gacha. Seguramente, él también conocía a la mayoría de los periodistas, pero no saludaba a ninguno. Toda su actitud proclamaba que sólo quería acabar lo antes posible con ese trámite y volver cuanto antes al trabajo. Ella, por su parte, tenía una sensación de creciente euforia. Se daba cuenta de que podían

llegar a gustarle ese tipo de situaciones. Con un poco de suerte, quizá pudiera participar más veces en esas conferencias de prensa. Si Billy se empeñaba en ocupar una nueva posición dentro del equipo, ella también debería intentarlo. De repente, vio a Sebastian a cierta distancia. Parecía cansado y abatido. Cuando habían vuelto de Västberga, estaba esperándolos junto a la puerta del garaje. Los había mirado fijamente en el momento en que pasaron. Vanja hubiese querido que Torkel lo ignorara, pero su jefe no era tan infantil como ella. Tras parar el coche, había abierto la puerta y había informado con brevedad a Sebastian sobre la detención de Ralph Svensson y la inminente conferencia de prensa. Lo invitó a asistir si estaba interesado en conocer los detalles. Después, había cerrado la puerta del coche y había seguido su camino.

Quizá no fuera tan infantil como ella, pero había sido eficaz. Vanja se dijo entonces que no le gustaría tener a Torkel de enemigo. En ninguna circunstancia.

Ralph contempló la pequeña celda donde se alojaba. ¿De modo que los calabozos de Kronoberg eran así por dentro? Muchas veces, al pasar por la calle se había preguntado cómo serían, y ahora lo sabía. Una cama, una mesa, una silla y un váter. Los muebles eran de madera de pino clara, y las paredes estaban pintadas de amarillo hasta cierta altura y de blanco grisáceo a partir de ahí y hasta el techo. Probablemente, el aspecto exterior del edificio era muy sobrio, pero allí dentro Ralph se sentía inquieto y expectante. La fachada no revelaba muchos secretos; no era más que un muro que ocultaba las historias que se desarrollaban en su interior. Pero allí dentro era posible percibir los recuerdos que impregnaban las paredes de la celda.

Allí habían encerrado al Maestro muchos años atrás. Ralph no sabía qué celda había ocupado, pero eso era lo de menos. Estaba siguiendo sus huellas. Los dos habían recorrido el mismo pasillo.

Lo habían obligado a desvestirse y los guardias le habían proporcionado un mono gris de algodón, desgastado por infinidad de lavados. Le habían inspeccionado la boca y el recto, en busca de drogas. Lo habían obligado a ducharse. Él había disfrutado cada momento. Sabía que tanta dureza y tanta minuciosidad sólo podían significar una cosa.

Le tenían miedo.

Era una persona importante.

Era alguien.

Lo veía en sus ojos y lo percibía en la forma en que le hablaban. Ya habían empezado a vigilarlo cada cinco minutos a través del pequeño ventanuco que se abría en la puerta de la celda. Quizá temían que intentara suicidarse, o tal vez lo hacían por simple curiosidad. A él no le importaba. Lo halagaba la curiosidad de los guardias y ni siquiera se planteaba quitarse la vida. Habría sido un fracaso, justo cuando empezaba el verdadero combate. Pronto llegarían, le abrirían la puerta y lo conducirían a su primer interrogatorio. Seguramente tardarían algunos días. Era lo que había sucedido cuando habían detenido al Maestro. Querrían estar preparados y demostrarle que tenían pruebas contundentes, para que se derrumbara enseguida. Pero él estaba listo para hacerles frente. Sólo esperaba una cosa: tener delante a Sebastian Bergman en la sala de interrogatorios. Deseaba con todas sus fuerzas enfrentarse a él tal como lo había hecho el Maestro, y conocer de primera mano las técnicas que utilizaría Sebastian Bergman para penetrar en su cerebro y extraerle la información.

Saber todo lo que pensaba hacer para arrancarle una confesión.

Bailarían juntos, Sebastian y él, y esperaba que fuera por mucho tiempo. Sería un duelo tan

prolongado como el que habían mantenido Sebastian y Hinde.

Ralph sonrió para sus adentros. Había llegado muy lejos. Había aprendido a soportar la sangre, el cuchillo y los gritos. Ahora tendría que aprender a enfrentarse a un auténtico adversario. De repente, sintió que se excitaba de una manera que nunca había conocido en toda su vida.

Sexualmente.

Sentía la excitación palpitar en su cuerpo y le costaba quedarse quieto. Se tocó el pene. Estaba duro. Le daba igual que lo vieran a través de la abertura de la puerta. Solamente podía pensar en una cosa. Si al final no era Sebastian quien se sentaba frente a él en la sala de interrogatorios, iba a sentirse muy decepcionado.

En más de un sentido.

La conferencia de prensa había comenzado. El confuso griterío se acalló en cuanto el fiscal empezó a hablar. Sebastian se había situado tan cerca de la salida como le fue posible. Se puso a repasar todas las posibilidades. Era evidente que lo habían marginado del caso. Por otro lado, estaba convencido de que los tres del estrado no querían ver la situación en su conjunto. Era inconcebible que Hinde se diera por satisfecho y no deseara nada más. Era impropio de su manera de ser.

El fiscal terminó una introducción más bien vaga, en la que se limitó a destacar la energía y la capacidad de las autoridades y su propia eficacia. A continuación, Torkel tomó la palabra. Como siempre, fue directo al grano, evidenciando que quería acabar lo antes posible.

—Hoy, a la una menos cuarto, hemos procedido a la detención del principal sospechoso de haber cometido los brutales asesinatos de mujeres en Estocolmo. Lo hemos detenido en su domicilio, donde también hemos encontrado abundantes pruebas materiales que apuntan a su culpabilidad.

Sebastian notó que Vanja, para ver mejor a los periodistas, alargaba el cuello. Encontró su mirada y ella se la sostuvo. Era evidente que recordaría ese momento. Ella, su hija. Se le parecía mucho. Era como él en sus mejores tiempos, con una mirada intensa que se volvía más segura y altiva cuantas más personas tuviera delante. Sebastian sabía lo que estaba pensando. La comprendía mejor de lo que ella jamás podría imaginar. Debería haber sido ella quien hablara a los periodistas y no Torkel. Lo llevaba en la sangre. Algún día lo conseguiría, pero Sebastian se preguntaba si estaría allí para verlo. Aunque sabía que estaban equivocados, o como mínimo se negaban a ver la realidad en su conjunto, no podía dejar de sentir cierto orgullo por su hija. ¡Se parecía tanto a él!

—Hemos encontrado el arma, restos de sangre y una serie de objetos directamente vinculados con los asesinatos. En los escenarios del crimen hemos recogido muestras de ADN, que intentaremos determinar si pertenecen a la persona detenida —prosiguió Torkel.

Uno de los periodistas más impacientes levantó la mano. Parecía incapaz de esperar. Sebastian lo reconoció. Trabajaba en el diario *Expressen* y era un reportero con mucha experiencia. Si no recordaba mal, se llamaba Weber.

—¿Qué puede decirnos del rumor según el cual Edward Hinde estaría implicado en los asesinatos? —lanzó el periodista.

Torkel se acercó al micrófono y entonces respondió con tanta claridad como pudo.

—No quiero adelantarme a la investigación, pero, según nuestras indagaciones, partimos de

la base de que el asesino actuó de manera independiente. Aun así, podemos confirmar que se inspiró en los crímenes que cometió Edward Hinde en el pasado.

Fue como si hubiera sonado el disparo de salida para una avalancha de preguntas. Los otros periodistas siguieron en la misma línea.

Hinde, Hinde y más Hinde.

Con toda probabilidad, era el mejor titular: un imitador que se había inspirado en la memoria del gran Hinde. Así querían todos que fuera.

Sencillo y claro.

Fácil de explicar.

Pero las cosas nunca eran tan simples, como bien sabían Sebastian y Edward Hinde. Los dos sabían que las cosas se relacionan entre sí de más de una manera y que detrás de cada suceso siempre hay algo imperceptible a primera vista. Sebastian se dijo que ya había oído suficiente. No le interesaban las simplificaciones. Se marchó de la sala, casi sin que Vanja lo notara. Necesitaba descubrir la verdad por sí mismo. Tenía que averiguar el verdadero motivo de Edward Hinde para delatar al asesino justo en ese momento.

Los demás podían conformarse con Ralph Svensson, que encajaba a la perfección con su sencilla visión de mundo.

La mañana había colmado todas sus expectativas.

A las seis y veinte sonó el despertador y Thomas se levantó nada más oírlo. Ella se hizo la dormida hasta que él salió del dormitorio y con cautela cerró la puerta. Entonces se desperezó en la cama. ¡Cinco años de casados! Y más de ocho juntos. Nunca les había ido mal, pero era difícil pensar que pudiera irles todavía mejor que en ese momento. Estaba convencida de que su embarazo era una de las razones por las que sentía tanta felicidad. Su embarazo y el trabajo nuevo de Thomas. El anterior no le gustaba. Mejor dicho, sólo le había gustado hasta que llegó la nueva jefa: Kerstin Hanser. Thomas estaba seguro de que le ofrecerían el puesto a él, pero se lo habían dado a ella. El trabajo era muy importante para su marido.

Quería ser el mejor y que todos lo reconocieran.

Pero a veces Jenny tenía la sensación de que muy poca gente le concedía ese reconocimiento, por la sencilla razón de que no era el mejor. Tal vez ni siquiera era bueno la mayor parte de las veces. No había nada de malo en ser ambicioso, pero a veces Thomas llevaba la ambición demasiado lejos y se creaba problemas sin ninguna necesidad. Intentaba disimular sus errores y sus defectos, que paradojalmente se volvían más evidentes cuanto más se esforzaba en ocultarlos. Pero en los últimos tiempos había aprendido a bajar la guardia y a expresar sus sentimientos, por lo menos en casa. Jenny no sabía cómo se comportaba en el trabajo, pero que hubiera conseguido el empleo de director había sido un auténtico regalo del cielo. Antes se sentía menospreciado, incapaz de dar la talla, tanto en el trabajo como en casa. Las dificultades para que ella se quedara embarazada habían sido una dura prueba para los dos y habían tensado su relación. Pero Jenny siempre había estado segura de que al final lo conseguirían. Thomas dudaba, pero ella no.

Entonces recibió el disparo. En el pecho si lo contaba él. En el hombro si lo contaba cualquier otro. Pero, al margen del lugar donde impactara la bala, aquel disparo les había abierto los ojos a los dos.

Les hizo ver que algunas cosas tienen importancia y otras no. Puede que esa revelación fuera una tontería, pero era la verdad.

El trabajo era importante, pero no lo era todo.

Tener hijos era importante, pero también los podían adoptar.

En cambio, ellos dos juntos eran insustituibles.

Ahora todo volvía a funcionar. Y mejor todavía. Ella era feliz y estaba segura de que Thomas también lo era. Lo oyó mover cazos en la cocina. Antes había visto las fresas en el frigorífico y

suponía que se las serviría bañadas en chocolate. De hecho, sabía exactamente cómo sería el desayuno. Siempre le servía lo mismo, en cada cumpleaños y en cada aniversario de bodas. No le parecía mal. Le gustaban los huevos revueltos, el beicon, las tostadas con mermelada de frambuesa, el melón y las fresas bañadas en chocolate, pero no serían ninguna sorpresa. Thomas casi nunca la sorprendía. Esta vez lo habría conseguido si ella no hubiera salido la noche anterior a buscar una memoria USB que creía que se había olvidado en la guantera del coche. No encontró la memoria, pero descubrió una cajita roja que sólo podía contener una joya. Más concretamente, un anillo. Un anillo muy bonito y caro. Se dijo que fingiría sorpresa. En cambio, no le haría falta fingir la alegría.

Oyó que Thomas salía —a buscar el anillo, suponía— y volvía a entrar. Poco después, oyó sus pasos por la escalera. Decidió que ya no se haría la dormida. Cuando se abrió la puerta, le sonrió.

¡Dios, cómo lo quería!

Esa mañana, Jenny llegó tarde al trabajo.

No se preocupó demasiado. Esa semana trabajaba en la oficina. Había mucho que hacer, pero se sentía más productiva cuando trabajaba en el despacho que cuando tenía que salir a visitar a los clientes. A veces, los aspectos sociales de las visitas le llevaban más tiempo que el propio trabajo. También iba un poco atrasada con los estudios. El examen de auditor público se acercaba y ella quería obtener el reconocimiento oficial. Hasta entonces sólo podía trabajar a las órdenes de otros; pero cuando consiguiera el reconocimiento, podría firmar sus propias auditorías. Tendría más posibilidades y ganaría más dinero. Sin embargo, sabía que esa noche no iba a poder estudiar. Estaba bastante segura de que Thomas habría reservado una mesa en Karlsson på Taket, su restaurante favorito de Västerås. Era lo que solía hacer. Unos golpes en el marco de la puerta interrumpieron el hilo de sus pensamientos. Cuando levantó la vista, vio a un hombre con uniforme de taxista.

—¿Jenny Haraldsson?

—Sí, soy yo.

—He venido a buscarla.

—¿Perdón?

—Digo que he venido a buscarla —repitió el hombre desde la puerta.

Jenny echó un vistazo rápido a su agenda, que estaba abierta sobre la mesa. No tenía ninguna anotación en todo el día, excepto una que le recordaba que era su aniversario de bodas.

—No. Debe de ser un error... —Levantó otra vez la vista hacia el taxista—. ¿Adónde pensaba llevarme?

—Creo que es una sorpresa —dijo con una amplia sonrisa el hombre de la puerta.

Entonces, Jenny lo entendió. Detrás del taxista, oyó unas risitas divertidas. Su jefa, Veronica, y Amelia, su compañera, estaban asomadas a la puerta de sus respectivos despachos. Jenny se levantó y fue hacia el pasillo, para acercarse a ellas.

—¿Vosotras lo sabíais?

—Sí, aunque pensaba que vendría un poco más tarde —respondió Veronica, echando un vistazo a su lujoso reloj—; pero sí, en efecto, lo sabía.

—¡Yo también! —exclamó Amelia—. ¡Y me das mucha envidia!

—¿Adónde me lleva? ¿Qué voy a hacer?

Jenny tenía ganas de ponerse a dar saltos de felicidad, como una niña pequeña.

—No te diremos nada —respondió Veronica intentando ponerse seria—. Ahora vete, relájate y desconecta. Nos vemos mañana.

—Bueno, pero antes tengo que cerrar el documento y recoger mis cosas. Será sólo un minuto —le dijo Jenny al taxista.

Volvió prácticamente corriendo a su mesa. ¡Habían ido a buscarla a la oficina! ¡Y ella ni siquiera lo sospechaba! Thomas había hecho un gran esfuerzo.

Guardó y cerró el documento en el que estaba trabajando. Veronica le había dicho que se relajara y desconectara. Recordó que la primavera anterior habían recibido en casa un anuncio de un balneario: Hasslö Spa. Jenny le había comentado a Thomas que le encantaban las fotos y que le gustaría mucho visitarlo. ¿Se habría acordado de eso su marido? ¡Esperaba que sí! Descolgó la chaqueta y el bolso del perchero. Podía ser el mejor aniversario de bodas que nadie pudiera imaginar.

—Estoy lista.

—Entonces, nos vamos —dijo el taxista, haciendo un amplio gesto con el brazo, para indicarle que pasara ella primero.

El hombre volvió a sonreír y Jenny pensó que debería hacerlo más a menudo. La sonrisa le suavizaba las facciones, que de otro modo podían parecer demasiado duras, y desviaba un poco la atención de la antiestética cicatriz rojiza que le atravesaba el ojo izquierdo.

Salieron juntos de la oficina.

Sebastian consiguió la dirección de Ralph Svensson al hablar con uno de los policías apostados a las puertas de la sala de prensa. Era evidente que su expulsión del equipo aún no era oficial, porque el agente conocía a Sebastian de Liljeholmen, de cuando habían ido a investigar el asesinato de Annette, y no tuvo ningún problema en informarlo rápidamente de los últimos acontecimientos.

Él mismo había participado en la detención, pero no tenía nada importante que añadir a las declaraciones de Torkel. Todo había sido muy rápido, porque había que sacar lo antes posible al sospechoso de la casa. La operación se había desarrollado tal como estaba previsto, con el único contratiempo de que Svensson había logrado estrellar su ordenador contra la pared y lo había destruido. Después, lo habían conducido a los calabozos de la comisaría. Hasta donde sabía el agente, aún no habían interrogado al detenido.

Sebastian consideró por un momento la posibilidad de presentarse en los calabozos para interrogar a Ralph, pero enseguida desechó la idea. Nadie tendría acceso al sospechoso si no disponía de la autorización expresa de Torkel. Era la forma habitual de proceder, y las probabilidades de que Torkel permitiera a Sebastian interrogar al reo eran remotas.

En lugar de eso, cogió un taxi para Västertorp. Con un poco de suerte, conseguiría acceder al apartamento y tal vez podría encontrar algo. Cuando llegó vio que delante del edificio había un coche de la policía, pero el portal no estaba vigilado. Subió hasta el piso de Svensson, donde lo detuvo un corpulento policía apostado a la entrada del rellano, que le preguntó adónde iba.

Tras un buen rato de razonamientos, argumentos y súplicas, apareció Ursula en la puerta, vestida con su mono protector blanco. Pareció sorprendida cuando vio a Sebastian.

—¿Qué haces tú por aquí?

—He pensado que podría entrar y echar un vistazo si tú has terminado ya.

Ursula negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué lugar ocupas en la investigación. ¿Sigues trabajando con nosotros?

Sebastian se encogió de hombros.

—No lo sé. —Era sincero. Sabía que con Ursula no podía actuar de otra manera—. Pero nada me importa más que resolver este caso. Sabes que es verdad. Es sólo que tengo una opinión diferente sobre la manera de conseguirlo.

—Tú siempre tienes opiniones diferentes. Ya estamos acostumbrados; pero antes eras mejor. Mucho mejor.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Deberíamos haberte echado cuando descubriste tu relación con las víctimas —añadió ella con sequedad.

—¿Me dejas pasar? Por lo general veo cosas que pueden resultar útiles. Te prometo que no tocaré nada.

Ursula lo miró. Había algo en Sebastian tremendamente conmovedor. Había perdido su endeble punto de apoyo y se había venido abajo delante de ellos. Nunca lo había visto tan débil. Le habló mirándolo a los ojos.

—Te dejo pasar si me respondes a una pregunta.

—¿Cuál?

—Pasa.

Hizo un gesto afirmativo, para que el policía se apartara de la puerta y le indicó a Sebastian que entrara. Había mucha luz y pocos muebles. La cocina estaba a la izquierda y no parecía que la usaran demasiado a menudo. A la derecha, más allá del vestíbulo, había un cuarto de estar cuyo mobiliario consistía sólo en un sofá y una mesa grande. Sobre la mesa, una linterna. Por todas partes había grandes lámparas de pie. Hacía calor, más que nada por la falta de persianas y de cortinas que filtraran los rayos del sol. Sebastian siguió a Ursula hasta el dormitorio.

—En cualquier caso, le gustaba el orden. Lo tenía todo ordenado a la perfección.

Ursula abrió el primer cajón de la cómoda y le enseñó una pila de camisones con dibujos de color azul claro y muy bien doblados. A su lado, había un paquete sin abrir de medias de nailon.

—Espeluznante, ¿verdad?

Sebastian asintió.

—Ahí dentro es todavía peor —prosiguió Ursula, señalándole una puerta que parecía conducir a un pequeño vestidor o una despensa.

Sebastian se dirigió hacia allí.

—Cúbrete los pies con esto —le dijo mientras le tendía unos protectores de plástico para los zapatos.

Él los aceptó, se agachó y se los puso por encima de los zapatos negros. Ursula le tendió también un par de guantes estériles.

—Ponte esto también.

Sebastian hizo un gesto afirmativo.

—¿Cuál era la pregunta que querías hacerme?

—¿Por qué te acostaste con mi hermana?

Sebastian la miró muy sorprendido. Aunque le hubieran concedido cien años para adivinar lo que Ursula quería preguntarle, jamás habría acertado.

—Siempre he querido saberlo —añadió ella.

¡Había pasado tanto tiempo desde que se había acostado con Barbro! ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué debía responderle? ¿Qué podía responderle? Nada.

Negó con la cabeza.

—No puedo responder a esa pregunta.

Ursula asintió.

—De acuerdo. Solamente estaba tratando de encontrar la manera de perdonarte.

—¿Por qué?

—Porque siento que lo necesitas.

Sus miradas se encontraron y por un momento quedaron trabadas. Ella lo conocía bien. Pero Ursula quebró enseguida la intensidad del momento cuando levantó los brazos en un gesto que desechaba su último comentario.

—Pero puedo equivocarme —añadió sin darle demasiada importancia—. Date una vuelta por el apartamento si quieres.

Se volvió y regresó a la cocina, pero él se quedó en el dormitorio. Siguió observándola. Todavía no sabía qué debería haber respondido. Cualquier respuesta que le hubiese dado le habría hecho daño. Y él no quería herirla.

Abrió la puerta que Ursula le había señalado. El espacio era pequeño. Había un banco contra una de las paredes, con una impresora encima y cajas con papel fotográfico; y en otra pared, un tablero de aglomerado. Sebastian se acercó. Cuatro montones de fotos colgaban del tablero, cada uno de ellos unido con una pinza sujetapapeles. Encima de cada montón, un número del uno al cuatro, escrito con rotulador y rodeado por un círculo. Cuando se acercó un poco más, vio lo que mostraban las fotografías. Eran sus víctimas. Las cuatro. Aterradas. Fotografiadas desde una perspectiva que evocaba la mirada divina. El fotógrafo las contemplaba desde las alturas. Las dirigía. Sebastian se puso los guantes y cogió el montón que colgaba bajo el número tres. Katharina Granlund. Desnuda y llorando, en la primera fotografía. Muerta y con la mirada fija y vacía, en la última. También miró los otros montones. Los hojeó con rapidez, porque no quería demorarse en los detalles. La última imagen de cada serie era la misma: el cuchillo que les había seccionado la garganta. Le vinieron náuseas. Sintió el impulso de marcharse tan lejos como pudiera de ese lugar, como si su huida pudiera conseguir que nada de eso hubiera sucedido. Pero se quedó donde estaba. Volvió a colgar las fotos y apartó la mirada. Oyó a Ursula en la cocina. Tenía razón, pero también se equivocaba. ¿Cómo era posible que alguna vez lo perdonaran? ¿Cómo, después de esas fotos?

Para alejarse del horror volvió al dormitorio. La pequeña habitación era del mismo estilo que el resto del apartamento. La única diferencia era la cama individual de color claro, perfectamente hecha. También había varias lámparas de pie y una linterna sobre la mesilla de noche. La luz del sol entraba a raudales. Pero después de ver las fotografías colgadas del tablero, Sebastian sintió que esa luz era una gran mentira. El apartamento de Ralph Svensson era la casa más oscura que había visto en su vida. Abrió el armario ropero. En el interior encontró una serie de camisas y pantalones bien planchados y colgados. Debajo, había toda una serie de linternas y envases de pilas sin abrir, ordenados con rigor militar en una cajonera de alambre. En los cajones inferiores estaban los calzoncillos y los calcetines.

Ralph Svensson daba prioridad a las linternas y a las pilas por encima de la ropa interior. Era indudable que padecía un trastorno obsesivo-compulsivo, y posiblemente se le habrían podido aplicar varios diagnósticos más si alguien se hubiese molestado en hacerlo. Pero Sebastian ya no estaba interesado en ese tipo de cosas.

Cogió una de las linternas más grandes y desplazó el interruptor negro de goma. La bombilla se encendió enseguida. Estaba lista y cargada, a punto para derramar luz a su alrededor. Cuando

se disponía a ponerla en su sitio, se fijó en algo que había debajo. Algo oculto. Parecía un permiso de conducir, o por lo menos era del mismo color rojo claro, casi rosa, de su carnet. Lo recogió con cuidado y le dio la vuelta para verlo por el otro lado.

La fotografía del rostro de Trolle Hermansson le devolvió la mirada. El escalofrío fue inmediato. También el dolor. Se vio obligado a mirar otra vez, a leer de nuevo, a intentarlo varias veces más. Pero siempre veía el mismo nombre: Carl Trolle Hermansson.

Por eso no contestaba a sus llamadas.

Por eso nunca estaba en su casa.

Había hallado al perseguidor de Sebastian. Quizá incluso había salvado a Anna, pero lo había pagado con su vida.

No cabía ninguna otra explicación. ¿Por qué otra razón podía estar el permiso de conducir de Trolle en la más oscura de las casas?

Sebastian había vuelto a perder.

Destruía todo lo que tocaba. Lo perdía de la manera más brutal y violenta. Era la verdad, la única verdad, que no dejaba de manifestarse una y otra vez. Durante mucho tiempo había intentado oponerse, apartar esa verdad de su vida, culpar a todos de sus desgracias menos a sí mismo: a Dios, a sus padres, a Anna, a Vanja, a todos menos al auténtico responsable. Porque no había más que un culpable. Volvió a depositar con cuidado la linterna en su sitio y se guardó el carnet de conducir en el bolsillo.

Había terminado.

Se daba por vencido.

Sintió que Ursula estaba detrás de él.

—También tenía un ordenador. Billy se ocupará de analizarlo. Debe de contener algo interesante, porque de lo contrario no lo habría estrellado contra la pared.

Sebastian no respondió. Cuando ella se disponía a salir otra vez de la habitación, reunió las pocas fuerzas que le quedaban e intentó detenerla.

—Ursula...

Ella no contestó, pero se detuvo.

—Creo que necesito ese perdón del que hablabas, pero no sé cómo conseguirlo.

—Yo tampoco, pero los expertos dicen que no hay nada mejor que la sinceridad.

Después, se fue a la cocina.

Él no dijo nada más.

Aunque sentía el peso del permiso de conducir de Trolle en el bolsillo y la carga de la culpa sobre los hombros.

Jamás conseguiría ese perdón.

Jamás.

Cuando llegaron y aparcaron junto al coche de policía, Sebastian estaba sentado sobre una roca, delante del bloque de viviendas. Llevaba por lo menos media hora en el mismo lugar, sin moverse. Sostenía en la mano el carnet de conducir como si de ese modo pudiera aliviar de

alguna forma el dolor. Los dos policías se bajaron del coche y se dirigieron hacia el edificio, Vanja delante y Torkel unos pasos más atrás. Estaban en medio de una conversación y hablaban animadamente. No le prestaron atención, como si no estuviera presente. Le pareció normal. En realidad, ya no estaba allí.

Vanja parecía orgullosa de su primera aparición ante la prensa.

—Anna lo ha visto por la televisión. Me ha llamado desde la casa de mi abuela.

—¿Cómo se encuentra tu abuela? Estaba un poco enferma, ¿no? —preguntó Torkel con amabilidad cuando la alcanzó.

Sebastian se puso de pie despacio, se guardó el permiso de conducir en el bolsillo y sacó el pase de la policía. Se dirigió hacia ellos.

—Está mucho mejor —prosiguió Vanja—. Dentro de poco, Anna regresará a su casa.

—Me alegro de que se haya recuperado.

Sólo entonces parecieron ver al hombre que salía a su encuentro. Se detuvieron, dejaron de hablar y lo esperaron, sin expresar ninguna emoción, como si ese hombre no fuera más que un recuerdo que hubieran dejado atrás.

Sebastian se detuvo delante de ellos.

—Tenemos que hablar —dijo Torkel.

Para facilitarle las cosas, Sebastian le devolvió el pase que le había dado unos días antes, al comienzo de la semana.

—Me voy a casa.

—De acuerdo —replicó Torkel afirmando con la cabeza mientras se guardaba el pase que le había entregado su antiguo amigo y colega.

—Siento mucho lo sucedido.

—Lo importante es que lo hemos atrapado —aseguró Torkel.

No tenía ganas de discutir. Tampoco Sebastian. Sin embargo, necesitaba ponerlos sobre aviso. Aunque no lo escucharan, necesitaba hacerlo para su propia tranquilidad.

—Hinde todavía no ha terminado. Lo sabéis, ¿verdad?

—¿Qué más podría hacer? —oyó que decía Vanja.

—No lo sé. Pero aún no ha terminado. —Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y tocó el permiso de conducir de Trolle—. En cambio, yo sí. Ahora el problema es vuestro.

Hizo ademán de marcharse, pero no pudo completar el gesto. Probablemente eran sus últimos momentos con Vanja. Nunca más podría seguirla, ni volvería a trepar a un árbol con la esperanza de verla. El sueño había terminado. Porque no había sido más que eso: un sueño. No habría ninguna otra despedida. Nada más que esos últimos instantes con la hija que en realidad no había tenido nunca, con la hija que solamente había deseado tener.

Casi le susurró:

—Prométeme que tendrás cuidado.

Era imposible que Vanja comprendiera la tristeza en su mirada.

—¿De verdad crees que no ha sido Ralph?

—Creo que ha sido él. Pero ¿sabéis qué me preocupa de todo esto?

—¿Que no fuiste tú el que resolvió el caso?

La voz de Vanja era cortante como un cuchillo y continuaba en la misma línea que él ya había dejado atrás.

—Que os negáis a ver la mano de Edward detrás de todo esto. Edward nunca se da por vencido. Nunca.

Entonces se fue.

No había sido una gran despedida.

Pero era la única posible.

Ralph Svensson.

Uno de los limpiadores. Muy cerca, pero aun así completamente fuera de su alcance. La noticia le había arruinado el día a Haraldsson. Ni siquiera pensar en la celebración de esa noche conseguía animarlo. La Unidad de Homicidios debía de haber obtenido el nombre a través de Hinde. Habían detenido a Ralph sólo unas horas después de que Vanja Lithner se marchara de Lövhaga. Ella se había ido sin hablar con él, a pesar de que se lo había puesto como condición expresa para concederle el permiso de visita. Había quebrantado el acuerdo. Haraldsson no sabía de qué se extrañaba. No se podía confiar en la gente de la Unidad de Homicidios. Siempre lo engañaban. ¿Qué habría podido ofrecerle Vanja a Hinde para que enseguida le revelara un nombre? Haraldsson había entablado una relación con el recluso, le había demostrado que estaba dispuesto a colaborar, lo había ayudado. ¿Qué tenía ella que él no tuviera? La respuesta era evidente, pero era difícil creer que... ¿Lo habría aceptado ella? En la sala de visitas estaban solos, pero aun así... Ella no parecía el tipo de mujer que... El timbre del teléfono interrumpió sus cavilaciones. Una canción de Abba. Era su móvil. Lo cogió y miró la pantalla. No reconoció el número.

—Aquí Thomas Haraldsson. Diga...

—Hola. Llamo de Taxis Västerås —le dijo una voz de hombre—. Usted había encargado un servicio para hoy, ¿no es así?

Haraldsson frunció el ceño. ¿A esas horas lo llamaban para confirmarlo? ¿No era un poco tarde? Echó un vistazo al reloj. Ya tendrían que haber pasado a recoger a Jenny.

—Sí, así es —respondió él expectante.

—Estoy en la dirección de recogida que nos indicó, pero aquí no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie?

Haraldsson supuso que el hombre se refería a que no había encontrado a Jenny. Cualquier otra interpretación era sumamente improbable. La empresa no era muy grande, pero siempre había alguien en las oficinas.

Y Jenny tenía que estar en su despacho. Con toda seguridad, estaba ahí.

La pregunta siguiente era inevitable.

—¿Está en la dirección que yo les indiqué?

—Creo que sí. En el número 6 de Engelbrektsgatan. Sus compañeras dicen que ha venido a buscarla otro taxista. Hace unas horas.

—Ah, ya veo. Entonces, deben de haber mandado dos coches. ¿Es eso?

—No, por eso lo llamo. ¿Usted ha pedido otro taxi?

—No.

Haraldsson no entendía nada. Tenía que haberse producido un error, pero le costaba mucho concebir que el error pudiera ser suyo. Toda la jornada estaba planeada con minuciosidad. Pidió para hablar con Veronica y ella le dijo lo mismo que el taxista. Un hombre había pasado a recoger a Jenny hacía un par de horas. Vestía el uniforme de la compañía de taxis. Era alto, con el pelo recogido en una coleta y con una cicatriz en la cara. Tenía que ser el conductor del taxi que había encargado Thomas, porque sabía que se trataba de una sorpresa.

Cuando terminó la conversación, Haraldsson no sabía mucho más que al principio. Suponía que la compañía de taxis debía de haberse equivocado. En cualquier caso, lo importante era localizar a Jenny. Buscó su nombre en la lista de contactos y la llamó al móvil. No hubo respuesta. Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el despacho. El teléfono daba línea, por lo que estaba encendido. Al cabo de un momento, saltó el contestador. Haraldsson dejó un breve mensaje, le pedía a Jenny que lo llamara cuanto antes. Después, llamó a su casa. Tampoco obtuvo ninguna respuesta. Cuando saltó el contestador, dejó el mismo mensaje, quizá con un tono de voz ligeramente más anhelante y preocupado. Colgó, estuvo pensando un momento y volvió a su silla. Abrió la ventana del navegador y buscó en Google la página web del balneario. La encontró y los telefoneó. Allí sí obtuvo respuesta. Jenny Haraldsson todavía no había llegado, pero habían pasado sólo quince minutos de la hora que tenía reservada. ¿Debían decirle que se pusiera en contacto con él en cuanto llegara? Haraldsson respondió que sí, que por favor le dijeran que llamara a su marido.

Se recostó en la silla. En realidad no estaba preocupado, pero no contestar al teléfono no era propio de ella. Dejó vagar con libertad el pensamiento, intentando encontrar un cabo suelto del que pudiera tirar, para explicarse lo sucedido y quizá incluso dar con el lugar donde podía estar Jenny.

El hombre que la había recogido sabía que se trataba de una sorpresa, según le había dicho Veronica. No eran muchos los que lo sabían. Casi no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Taxis Västerås, como recordó entonces. Sólo había pedido que un taxi pasara a recoger a Jenny en su oficina. No les había dicho si la persona en cuestión estaba al corriente o no de que irían a buscarla. Solamente a Veronica le había dicho que era una sorpresa. Para que dejara salir a Jenny. Era la única que lo sabía.

Ella y Edward Hinde.

Sintió un escalofrío.

¿Podía tener Hinde alguna relación con lo sucedido? Parecía imposible. Del todo increíble. Haraldsson había colaborado con él. Le había dado todo lo que había pedido. Si alguien podía estar disgustado con el resultado de sus negociaciones no era Hinde, sino el propio Haraldsson. ¿Para qué iba a querer Hinde tener algo que ver con Jenny? Era verdad que había demostrado cierto interés por ella, eso era innegable. Tenía su foto. Pero Hinde estaba donde estaba, y aunque hubiera colaborado con ese Ralph en el exterior, como quizá creyera la gente de la Unidad de Homicidios, ahora el otro también estaba entre rejas. Lo habían atrapado casi una hora antes de que el misterioso taxista pasara a recoger a Jenny.

Durante un instante, Haraldsson consideró la idea de ir a ver a Hinde a pesar de todo y confrontarlo con los hechos, pero prefirió no hacerlo. Por un lado, era muy improbable que Hinde tuviera algo que ver con la desaparición de Jenny. Con la «presunta» desaparición de Jenny, se corrigió enseguida. Y, por otro, sus encuentros con Hinde no habían sido precisamente provechosos hasta ese momento.

Haraldsson intentó desechar las ideas más alarmistas. Se estaba volviendo paranoico. Había tenido demasiado contacto con Hinde. Ese hombre horrible había conseguido obsesionarlo. Volvió a llamar al móvil de Jenny. Después de muchos tonos de llamada, saltó de nuevo el contestador. Haraldsson no pudo evitar el creciente malestar. Abrió una vez más la carpeta de las visiones y los objetivos, pero volvió a cerrarla enseguida. Miró el correo. Tenía muchos mensajes por contestar, pero no podía concentrarse.

Tenía que haberle ocurrido algo.

Había salido con el taxista y había desaparecido.

No podía quedarse ahí sentado, como si no hubiera pasado nada. Aunque lo más seguro era que no hubiera pasado nada.

Salió de su despacho en Lövhaga y se fue a su casa.

Edward Hinde estaba sentado en su cama, con las piernas cruzadas, inmóvil y con los ojos cerrados. Su respiración era pausada y tranquila.

Estaba concentrado.

Sosegado.

Atento a su interior.

En cuanto oyó que en el pabellón se difundían los primeros rumores acerca de Ralph, se había puesto manos a la obra. Se aproximó a uno de los guardias y le dijo que se sentía mal y que prefería volver a su celda para descansar un rato. Una vez dentro, cerró la puerta con cuidado, se deslizó debajo de la cama y empezó a desatornillar la rejilla de la ventilación. Trabajó con rapidez, muy consciente de que se trataba del punto más débil de su plan. Era sumamente improbable que se presentara en su celda uno de los otros reclusos sin ser invitado; pero, aunque sucediera, no sería más que una distracción. En cambio, si abría la puerta un guardia, todo habría terminado. La presión lo ayudó a trabajar mejor. Nunca había retirado la rejilla de ventilación en tan poco tiempo. Metió la mano y extrajo el tenedor que había robado del comedor el día antes y el bote de cristal que le había dado Thomas Haraldsson.

Setecientos cincuenta gramos de remolacha en conserva.

Volvió a colocar la rejilla, pero no la atornilló. Se levantó, se guardó el tenedor dentro de un calcetín y escondió el bote de remolacha debajo del jersey. Era el segundo momento arriesgado. Aunque mantuviera las manos sobre el vientre, como si le doliera, alguien que lo mirara con atención podría descubrir el bulto. Pero estaba obligado a arriesgarse. Un poco encorvado, salió de la celda y se dirigió a paso ligero a los lavabos.

Las manos en el vientre... Pasos precipitados... Un hombre en apuros.

Cuando estuvo dentro de uno de los cubículos, sacó el bote de remolacha y lo apoyó sobre el borde del lavabo. Extrajo un buen montón de toallas de papel del soporte y las repartió sobre la tapa del váter. Después, abrió la lata de remolacha, sacó unas cuantas rodajas con el tenedor y dejó que se escurrieran antes de depositarlas sobre las toallas y comenzar a aplastarlas minuciosamente con el tenedor. Cuando ya no quedaba ni un solo trozo pequeño de remolacha, sino únicamente una sustancia homogénea, empezó a comer el puré con el tenedor. A continuación, repitió todo el proceso hasta que el bote estuvo vacío. Le costó mucho terminárselo. Setecientos cincuenta gramos de remolacha era más de lo que había previsto. Antes de abrir la puerta, cogió el bote y se bebió a grandes sorbos el jugo. Después lavó bien el recipiente, volvió a metérselo por debajo del jersey, se guardó el tenedor en el calcetín y regresó

a la celda. Allí ya no se preocupó por esconder otra vez el bote de cristal. Bastaba con dejarlo detrás de la mesa. Se sentó en la cama, recogió las piernas, las cruzó y cerró los ojos.

Planificación. Paciencia. Determinación.

Ahora llevaba más o menos una hora sentado en la cama. Roland Johansson debía de haber cumplido su encargo en Västerås y estaría listo para su siguiente misión. Ya era hora de pasar a la segunda fase.

Poco a poco y con movimientos controlados, Hinde estiró las piernas, se puso de pie y de inmediato volvió a deslizarse debajo de la cama para recuperar el otro frasco que le había dado Haraldsson.

Ipecacuana.

El remedio tradicional para inducir el vómito.

Doscientos cincuenta mililitros.

Desenroscó la tapa y se bebió el contenido del frasco en dos tragos. No podía decir que supiera bien, pero tampoco iba a conservarlo mucho tiempo en el estómago. Antes de salir de la celda, decidió volver a esconder los recipientes vacíos en el conducto de la ventilación. Habría sido una estupidez fracasar por un descuido o por simple pereza. Sin embargo, no tuvo tiempo de atornillar de nuevo la rejilla, porque ya empezaba a sentir que se le revolvía el estómago. Fue a la sala común. Se agarraba el vientre con las dos manos. Las arcadas eran intensas y notó que comenzaba a sudar. Se situó en medio de la sala.

Ya podía comenzar el espectáculo.

Cuando sintió los primeros indicios de que el estómago se le empezaba a rebelar, se dejó caer al suelo, gritando. El resto de los presentes dejaron lo que estaban haciendo y se volvieron para mirarlo. Hinde se agarró el vientre y empezó a retorcerse. Cogió aire para volver a quejarse, pero antes de poder lanzar un grito le salió el contenido del estómago por la boca en un vómito incontrolable. Los internos que tenía más cerca se apartaron asqueados. Los guardias, que al verlo caer al suelo se le habían aproximado, se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Era un hecho conocido que el personal de las instituciones penitenciarias sabía muy poco de dolencias físicas. Hinde contaba con ello y los guardias que ese día estaban de servicio no lo decepcionaron. Se quedaron totalmente paralizados. Justo lo que él esperaba. Volvió a vomitar y, a través de los ojos llorosos, comprobó con alegría que también la segunda tanda de vómito era espesa, viscosa y casi negra, con la consistencia y el color perfectos. La remolacha había tenido tiempo de reaccionar con los ácidos del estómago y la mayor parte del pigmento había desaparecido. A menos que alguien oliera la sustancia desde muy cerca, era imposible distinguirla de un sangrado gástrico. Hinde confiaba en que nadie fuera a meter la nariz en la materia espesa que estaba vomitando por tercera vez, aunque ahora con menos violencia que en las dos ocasiones anteriores. Mientras uno de los guardias daba la voz de alarma por radio, el otro parecía estar sopesando la forma de llegar hasta Hinde sin ensuciarse los zapatos con el vómito. Los calambres estomacales empezaron a ceder. Hinde inhaló el aire por la nariz y se tragó parte del vómito, que se le había quedado pegado a las fosas nasales. Sabía a remolacha y a ipecacuana. Se dobló por la cintura y se puso a dar alaridos de dolor, después rodó por el suelo, en una y otra dirección, gimiendo con desesperación. Uno de los guardias se agachó junto a él y,

con mucho cuidado, le apoyó una mano sobre el hombro. Hinde gritó, como si los dolores fueran insoportables.

—Ayudadme —gimió con voz temblorosa—. Por favor, ayudadme.

—Tranquilo. Te ayudaremos —respondió el guardia agachado a su lado, sin saber cuánta razón tenía.

Haraldsson había hecho el camino a casa en tiempo récord, quebrantando todas las reglas de tráfico y superando todos los límites de velocidad del trayecto. Lo impulsaba la preocupación, que iba en aumento. Entró en el sendero del garaje, detuvo el vehículo, apagó el motor y bajó.

Lo habían llamado del balneario. Era una mujer diferente de la anterior. Le dijo que Jenny Haraldsson no había acudido a la cita. Quería saber si se trataba de un simple retraso o de una cancelación. Haraldsson respondió la verdad: no creía que fuera a presentarse. La mujer le anunció que entonces se verían obligados a facturarle el setenta y cinco por ciento de los servicios contratados, por tratarse de una cancelación fuera de plazo. Le pidió disculpas, pero a él no podía importarle menos la factura. Un desembolso innecesario era la menor de sus preocupaciones. Abrió la puerta y entró.

—¡Jenny!

El silencio fue la respuesta. Sin quitarse los zapatos, se puso a recorrer la casa.

—¡Jenny! ¿Estás ahí?

El mismo silencio. Pasó rápidamente por la sala de estar, la cocina, el cuarto de invitados y el de costura. Abrió la puerta del baño y del lavadero.

Vacío.

En silencio.

Volvió al vestíbulo y subió la escalera. Unos pocos peldaños antes de llegar al piso de arriba, se paró en seco. Era curioso cómo funcionaba el cerebro. Había una cosa que no se le había ocurrido hasta ese momento. La inquietud había desplazado todo lo demás. Pero entonces, de repente, le vinieron a la mente Hinde y los cuatro asesinatos de los años noventa. Todos iguales. Y su imitador, Ralph Svensson, «el carnicero del verano». Otras cuatro mujeres asesinadas e idéntica manera de proceder. Lo había leído en el periódico.

Atadas. Violadas. Degolladas.

En sus casas.

En sus dormitorios.

Haraldsson levantó la vista. Hacia el dormitorio que compartía con Jenny. El lugar donde habían desayunado y habían hecho el amor esa mañana. La puerta estaba cerrada. Normalmente, no lo estaba. ¿Para qué cerrarla cuando no había nadie en casa? Un ruido casi imperceptible quebró el silencio y Haraldsson tardó un momento en darse cuenta de que lo había proferido él mismo. Había sido un gemido, un débil sollozo de miedo y dolor. Tuvo que obligarse a seguir subiendo la escalera. Peldaño a peldaño. Cuando estuvo arriba, se agarró al último tramo de la

barandilla, para no caerse. No podía apartar la mirada de la puerta cerrada. No podía pensar en otra cosa. Si la puerta se quedaba cerrada todo el día, haría demasiado calor para dormir por la noche en la habitación, sobre todo en verano. Ella no podía haberla cerrado. ¿Por qué iba a hacerlo? Dio una inspiración profunda y, antes de reunir el valor necesario para seguir avanzando, dejó escapar el aire entre los labios. Unos compases de una canción de Abba lo sobresaltaron. Era su teléfono. Contestó sin mirar quién lo llamaba.

—Aquí Haraldsson —dijo.

Esperaba que fuera ella. Esperaba oír su voz y que todo hubiera sido un ridículo malentendido.

—Hola. Soy Victor Bäckman —dijeron al otro lado de la línea.

No era ella. No era su voz. La decepción lo abrumó y tuvo que hacer acopio de fuerzas solamente para permanecer de pie. No pudo responder, pero tampoco fue necesario, porque Victor siguió hablando sin esperar su contestación.

—Edward Hinde se ha desplomado en la sala común y ha estado vomitando un montón de sangre.

—¿Qué?

—Parece bastante grave. Aquí no podemos atenderlo. Debe de ser algo del estómago.

—Ya...

Haraldsson oía lo que le estaba diciendo Victor, pero no podía comprender por qué tenía que enterarse de eso justo en ese momento. No sabía qué hacer con la información.

—Pronto vendrá la ambulancia, por eso te llamo. Tienes que autorizar el traslado al hospital.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí. ¿Autorizas el traslado?

Como salido de la nada, le vino a la mente un pensamiento.

Una imagen.

Un recuerdo.

Hinde está sentado en su cama, en la celda. Haraldsson está de pie junto a la puerta. Tiene la piel de gallina. Hinde habla en voz baja.

—Decir que sí.

—¿A qué?

—Ya lo verás cuando llegue el momento. Tú solamente di que sí.

—¿Sigues ahí? —le preguntó Victor en el teléfono.

—¿Qué? Ah, sí, sigo aquí.

—¿Lo trasladamos? ¿Sí o no?

«Tú solamente di que sí.»

Haraldsson intentó abarcar todo el significado de lo que acababa de oír y de la conexión que acababa de establecer. Entonces ¿Hinde ya sabía que se pondría enfermo y que esa conversación tendría lugar? ¿Sabía que le harían esa pregunta? Era evidente que sí. Pero ¿cómo? ¿se había limitado a fingir, o quizá...? ¿Tendría todo eso alguna relación con los suministros que le había proporcionado Haraldsson? Un bote de remolacha y un frasco de la farmacia con un nombre raro que parecía sudamericano. *Icajuana*..., o algo así. ¿Por qué se había puesto enfermo, ya fuera

verdad o fingimiento? Para que fueran a buscarlo. Para salir de la cárcel y huir. ¿Debía advertírselo a Victor? ¿Comunicarle sus dudas?

«Tú solamente di que sí.»

En esa frase no tenía cabida ninguna advertencia ni la voluntad de impedir nada. Era una simple exhortación para que dijera una palabra. Para que diera su consentimiento y obedeciera una orden. Lo intentó, pero no sabía cuáles podían ser las consecuencias ni se veía capaz de sopesar los pros y los contras. Todo era un caos. La puerta del dormitorio estaba cerrada. Dio los últimos pasos. Tenía que abrirla.

—¿Thomas? ¿Sigues ahí?

Haraldsson apoyó la mano sobre el picaporte. Hizo una inspiración profunda. Parpadeó. Elevó una plegaria a un Dios en el que ni siquiera creía y, tras exhalar brevemente el aire, abrió la puerta. Lo hizo con rapidez, como cuando uno se arranca un apósito de una herida. Listo para lo peor, pero al mismo tiempo incapaz de imaginarlo.

Estaba vacía. No había nadie en la habitación.

Jenny seguía en paradero desconocido.

—Sí —dijo, pero su voz sonó como un gruñido seco.

—¿Qué has dicho? —preguntó Victor.

Haraldsson se aclaró la garganta.

—Sí —repitió con voz más firme—. Trasladadlo.

—De acuerdo. ¿Dónde estás? ¿Volverás a la oficina?

Sin contestar a las últimas preguntas, Haraldsson puso fin a la conversación y se guardó el teléfono en el bolsillo. Se quedó parado en la puerta de su dormitorio desierto y se echó a llorar.

Antes de dar por terminada la jornada, Ursula llamó al SKL, el laboratorio central de la policía científica en Linköping, para asegurarse de que habían llegado los dos paquetes estériles con muestras de ADN recogidas en el apartamento. Habían salido hacía unas horas en transporte especial, para que Torkel pudiera disponer de un informe preliminar al día siguiente, antes del interrogatorio. Se puso al teléfono Walter Steen, el director técnico, que la tranquilizó. Todo estaba en orden. El SKL había empezado a trabajar y él se aseguraría en persona de que la Unidad de Homicidios tuviera una respuesta al día siguiente. Ursula se dio por satisfecha. Conocía a Steen desde hacía tiempo y sabía que era un hombre que cumplía su palabra. Conforme, se marchó del sofocante apartamento de Ralph Svensson. Acababan de llegar dos nuevos agentes para relevar a los que habían montado guardia hasta entonces, y estuvo hablando un momento con ellos en el rellano, para ordenarles que no dejaran pasar a nadie sin su autorización expresa. Les dejó el número de su casa y el de su teléfono móvil, para mayor seguridad, y bajó por la escalera. Había sido un día de una intensidad inaudita y se sentía agotada, tanto física como espiritualmente. Se detuvo un momento al salir del portal, para disfrutar del aroma estival de la hierba tibia. Pese al cansancio, se sentía satisfecha. El apartamento había resultado ser una auténtica cámara del tesoro, y había tenido que concentrarse en dar prioridad a algunos aspectos sobre otros, en lugar de efectuar un registro con detenimiento. Aunque todavía le quedaban muchas horas de trabajo por delante, estaba convencida de que ya disponían de suficientes pruebas materiales para condenar a Ralph Svensson por todos los asesinatos, con su confesión o sin ella. Ése era el verdadero propósito de su trabajo: hallar pruebas tan abrumadoras que la versión del sospechoso pasara a un segundo plano. Cuando lo conseguía, podía considerar que había hecho un buen trabajo, porque entonces la verdad se volvía objetiva y medible.

Empezó a caminar hacia su coche. Por un momento, consideró la idea de llamar a Torkel. Había pasado por allí con Vanja después de la conferencia de prensa. Debían de haberse encontrado con Sebastian en la puerta del edificio, porque lo primero que había hecho Torkel había sido comunicarle que desde ese mismo instante Sebastian quedaba fuera de la investigación. Vanja parecía aliviada. Estaba rebosante de energía y no se abstuvo de lanzar un par de feroces críticas contra el hombre que tanto la disgustaba. Ursula en cambio sentía más bien una vaga tristeza, no porque pensara que Sebastian les había aportado algo en ese caso concreto, sino porque lo recordaba de otra época, cuando era dueño de una increíble fuerza interior. El hombre que se había marchado con la cabeza gacha del apartamento de Ralph

Svensson no era el mismo Sebastian que ella había conocido. No le gustaba ser testigo de una decadencia tan pronunciada en ninguna persona, ni siquiera en Sebastian Bergman. Por eso no podía compartir la alegría de Vanja.

Antes de irse, Torkel se había demorado un rato en el vestíbulo y había buscado su mirada. Ursula reconoció en sus ojos el brillo de otros momentos similares, cuando se desplazaban fuera de la ciudad para investigar un caso. La miraba de ese modo siempre que hacían un descubrimiento importante. Era su manera de proponerle que prolongaran un poco más la emoción, estando juntos.

Pero esta vez Ursula no iba a permitir que sucediera. No le parecía correcto. Cuando estaban fuera de Estocolmo, por alguna razón que no acertaba a comprender, todo era diferente. No era igual de serio. En la ciudad, sus encuentros eran más tentadores, pero también la hacían sentir más culpable. Y, además, estaba Mikael.

Se sentó en el coche y emprendió el camino de regreso, aunque sin saber adónde ir. Lo normal habría sido volver a la oficina, pero no tenía ganas de trabajar. Decidió regresar a casa.

Encontró a Mikael.

Estaba sentado en el sofá y también parecía agotado.

—Tienes cara de cansado.

Él asintió y se levantó.

—¿Te apetece un café?

—Sí.

Mikael fue a la cocina y encendió la cafetera. Ursula se sentó cerca de la ventana abierta. El silencio fuera de la casa era muy agradable y también lo era oír a Mikael en la cocina. Pensó que había tomado una buena decisión. Las normas estaban para cumplirlas, y no por haberlas quebrantado una vez tenían que infringirlas más veces. Había algo en Mikael que le infundía tranquilidad. Tenía que reconocerlo. Puede que no fuera la persona más apasionada del mundo, pero siempre tenía tiempo para ella. Y eso era muy valioso.

—He oído por la radio que habéis atrapado a alguien —oyó que le decía él desde la cocina.

—Sí, he pasado toda la tarde en la casa del sospechoso.

—¿Has encontrado algo?

—Muchísimo. No hay duda. Es el culpable.

—Me alegro.

Mikael volvió a salir. La miró.

—Ven, siéntate —dijo ella, y dio unas palmaditas sobre el sofá, a su lado, pero él la interrumpió.

—Ahora no. Tenemos que hablar.

Ursula se sobresaltó. Se incorporó y lo miró a los ojos. No era muy frecuente que Mikael quisiera hablar. No solía pedirle que le prestara atención.

—¿Le ha pasado algo a Bella?

Él negó con la cabeza.

—No, esto no tiene nada que ver con Bella. Es sobre nosotros.

Entonces, Ursula se puso tensa. La voz de Mikael sonaba diferente, como si hubiera estado

ensayando lo que iba a decir, como si hubiera estado mucho tiempo repitiendo esas palabras.

—He conocido a alguien y quiero ser sincero contigo.

Al principio, Ursula no comprendió lo que había dicho Mikael. Se vio obligada a preguntárselo, aunque ya imaginaba su respuesta.

—No te he entendido bien. ¿Quieres decir que has conocido a otra persona?

—Sí. Pero ya ha terminado, al menos por ahora. Me pareció que no me estaba comportando bien con ella. Ni contigo.

Ursula lo miró sin salir de su asombro.

—¿Has estado saliendo con otra y ahora has roto?

—No, no he estado saliendo con nadie. Simplemente, nos vimos un par de veces y ahora hemos dejado de vernos. De momento. Primero quería hablar contigo.

Ella se quedó muda, no sabía cómo reaccionar. Mostrar su furia habría sido la opción más sencilla. Pura y simple rabia. Pero no la encontró en su interior. De hecho, no encontró nada. Permanecieron en silencio.

—Lo he intentado en los últimos tiempos, Ursula, con el viaje a París y todo... Pero ya no tengo fuerzas. Lo siento. La culpa es mía.

La culpa era suya.

Ojalá hubiera sido tan sencillo.

Ursula en realidad no sabía qué decir.

La ambulancia de Uppsala entró en las dependencias de Lövhaga exactamente dieciocho minutos después de que la central de urgencias recibiera el aviso. Fatima Olsson saltó del vehículo y lo rodeó para sacar por detrás la camilla con ruedas. Se alegraba de haber llegado. En el camino de vuelta al hospital, iría sentada al lado del paciente y se evitaría tener que soportar a Kenneth Hammarén. El tipo no le gustaba nada, por la sencilla razón de que ella tampoco le gustaba a él. No sabía muy bien a qué se debía su antipatía. Quizá fuera porque ella había nacido en Iraq, o porque tenía mejor formación —era enfermera de cuidados intensivos, mientras que él era auxiliar del servicio de urgencias— y, por lo tanto, mejor salario que él, o tal vez porque era mujer. También podía ser una combinación de todas esas cosas, o tal vez otra razón distinta por completo. Nunca se lo había preguntado. Hacía dos semanas que trabajaban juntos y tenía pensado hablar con su jefe en cuanto tuviera una oportunidad, para pedirle que no volviera a ponerla en la misma ambulancia que Kenneth. Era bastante bueno en el trabajo, pero siempre estaba malhumorado y mostraba una actitud despreciativa hacia ella. En cuanto podía, trataba de humillarla, corregirla o criticar lo que hacía. Solamente era así con ella. Fatima lo había visto trabajar con otras personas y había notado otra actitud en él. Tan sólo con ella se comportaba de ese modo. Le tenía antipatía.

Kenneth salió de la ambulancia medio minuto más tarde que ella, como siempre, para no tener que ayudarla a sacar el material. Fatima cogió el maletín de urgencias y lo depositó encima de la camilla. Dejó abiertas las puertas traseras del vehículo —después de todo, estaban en un recinto cerrado— y se dirigió hacia el pabellón de máxima seguridad, donde los esperaba un guardia. Como de costumbre, Kenneth iba unos cinco metros detrás de ella.

La sala común estaba casi vacía. Tan sólo encontraron a Hinde, que seguía tendido en el suelo. Uno de los guardias le había puesto una almohada bajo la cabeza. El resto de los internos habían vuelto a sus celdas. Fatima consideró rápidamente la situación: hombre de mediana edad con vómitos explosivos del color de los posos del café. Dolor en el abdomen, a juzgar por la posición del cuerpo. Con toda probabilidad, úlcera gástrica sangrante. Hemorragia interna, en cualquier caso. Fatima se agachó junto a Hinde.

—Hola. ¿Me oye?

El hombre tumbado en el suelo abrió los ojos y asintió extenuado.

—Me llamo Fatima. ¿Puede explicarme lo que ha pasado?

—Me ha empezado a doler el estómago y después...

Pareció como si le fallara la voz. Con un débil gesto de la mano, indicó el suelo cubierto de

vómito. Fatima asintió.

—¿Le duele ahora?

—Sí, pero menos.

—Va a venir con nosotros.

Tras una mirada apremiante dirigida a Kenneth, éste la ayudó en completo silencio a levantar al hombre y a acostarlo en la camilla, donde lo aseguraron con correas. Aquel paciente no pesaba demasiado. Parecía muy débil. Decididamente, pondrían la sirena para hacer el camino de vuelta.

El guardia que estaba a su lado los acompañó por los pasillos hasta la ambulancia. Sin la ayuda de Kenneth, metieron al paciente en el vehículo y, cuando Fatima ya se disponía a cerrar las puertas traseras, el guardia hizo ademán de subir con el enfermo.

—¿Adónde vas?

—Voy con vosotros.

Desde la camilla, Edward escuchaba con interés. Era la parte del plan que más escapaba a su control. No sabía qué tipo de vigilancia llevaría una ambulancia que saliera de Lövhaga con un recluso a bordo. No sabía cuántos serían los guardias, ni si viajarían armados. En el pabellón llevaban solamente porra y pistola eléctrica. ¿Sería diferente durante los traslados? ¿Los escoltaría otro coche? ¿Quizá dos? ¿Esperarían a que llegara una furgoneta de la policía? No tenía ni la menor idea.

Entonces escuchó que el guardia le explicaba a Fatima quién era Edward Hinde y le decía que era totalmente inconcebible dejar que saliera la ambulancia sin ningún tipo de vigilancia. El guardia que ya se encontraba a los pies de la camilla les haría compañía a Hinde y a ella en la parte trasera del vehículo, mientras que otro colega, que estaba en camino, se sentaría al lado del conductor. De modo que serían dos. Separados y quizá armados. Aun así, no tenían por qué plantearle ningún problema. No había dicho que fuera a acompañarlos ningún policía de verdad.

El segundo guardia llegó corriendo y se sentó en la parte delantera del vehículo. Su colega saltó al interior de la ambulancia junto a Hinde, y Fatima le señaló un asiento. Cerraron las puertas y Fatima golpeó dos veces el tabique separador de cristal esmerilado, para que la ambulancia se pusiera en marcha. Al cabo de unos metros, se encendió también la sirena. Hinde sintió crecer la emoción en su interior. Hasta ese momento, todo se había desarrollado exactamente según sus planes, pero aún quedaba la parte más difícil y arriesgada. Fatima se volvió hacia él.

—¿Tiene alergia a algún fármaco?

—No.

—Ha perdido mucha agua y sales, así que voy a ponerle una perfusión de suero salino.

Se volvió en el espacio abarrotado de la ambulancia, abrió un armario y sacó una botella, que colgó de un gancho, por encima de Edward. Trabajaba con los movimientos seguros de quien ha hecho muchas veces lo mismo. Abrió un cajón y extrajo una aguja pequeña. Después se sentó junto a Hinde al mismo tiempo que embebía una gasa con solución antiséptica. Con rapidez, le limpió con la gasa el hueco del codo.

—Ahora lo voy a pinchar.

Con gran habilidad, le insertó la vía, la fijó en su sitio con un esparadrapo, desplegó el

sistema de perfusión y lo unió a la aguja inserta en la vena. Después se inclinó hacia delante, para abrir la llave del suero. Sus pechos quedaron justo delante de los ojos de Hinde, que enseguida pensó en Vanja. Poco a poco, la solución salina empezó a correr por sus venas.

—Tendría que hacerle algunas preguntas. ¿Se siente capaz de responderlas?

Edward asintió y sonrió con valentía. Fatima le devolvió la sonrisa.

—¿Número de identificación personal?

Cuando aún no había tenido tiempo de responder, la ambulancia dio un brusco frenazo y se detuvo. A través del tabique de separación, oyó maldecir al conductor. La exaltación iba en aumento. Como era lógico, podía tratarse de un conductor imprudente que los había obligado a detenerse, pero también podía ser el principio del último paso hacia su libertad. Notó que el guardia que permanecía a su lado se ponía tenso, listo para actuar. Fatima se disculpó por la brusquedad del frenazo. Edward miró a su alrededor, dentro de la ambulancia, en busca de algo que pudiera utilizar como arma, preferiblemente un cuchillo o algo similar. Pero no había nada. Además, estaba atado a la camilla con las correas de seguridad. No podía ayudar. Sólo le quedaba esperar.

Kenneth volvió a maldecir mientras con creciente irritación pulsaba el claxon. Alguien tenía que ser el dueño del Saab rojo aparcado a la izquierda de la carretera y que le impedía el paso. ¡Y el muy imbécil lo había dejado justo después de una curva! ¡Se necesitaba ser descerebrado para aparcarlo ahí! Por suerte, tenía reflejos rápidos porque si no se habría estampado contra el puto coche. Volvió a tocar el claxon. ¿Dónde se había metido el gilipollas que conducía el puñetero Saab? No era posible que se hubiera marchado a dar un paseo por el bosque después de aparcar en el peor lugar de la carretera. Tenía que andar cerca. Pero entonces habría oído la sirena y habría visto las luces azules. Faltaban nada más que doscientos metros para llegar a la carretera principal. Allí Kenneth habría podido rodear el obstáculo por el arcén y seguir adelante. Pero en esa mierda de camino era imposible. Había una valla a un costado del Saab y una zanja al otro. Tocó el claxon una vez más.

El hombre que lo acompañaba en el asiento delantero parecía nervioso. Miraba constantemente a su alrededor y no separaba la mano de una especie de arma eléctrica que llevaba colgada del cinturón.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kenneth.

—No lo sé. ¿Puedes dar marcha atrás?

Kenneth se encogió de hombros y puso la marcha atrás. Vio que el guardia se desenganchaba el *walkie-talkie* de la cintura y se lo llevaba a la boca para hablar.

Pero entonces el mundo estalló.

En la parte trasera de la ambulancia, por encima del estruendo de las sirenas, se oyeron dos disparos y ruido de cristales al romperse. Pareció como si todo sucediera a la vez. Una sombra pasó por detrás del tabique separador traslúcido y algo salpicó el cristal, un líquido oscuro que

enseguida formó densos goterones. El guardia sentado junto a Edward se puso de pie. Fatima gritó, se tapó los oídos con los antebrazos, entrelazó las manos detrás del cuello y se echó hacia delante. Al ver su reacción, Hinde pensó que debía de haber vivido en zona de guerra. El propio Edward, por su parte, se limitó a quedarse donde estaba mientras contemplaba el caos que se había desencadenado en cuestión de segundos. Enseguida se oyeron tres fuertes golpes contra el vehículo.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó Fatima.

El guardia tenía la pistola eléctrica en la mano, pero nadie contra quien dirigirla. Edward yacía en la camilla sin moverse. No quería llamar innecesariamente la atención. Había llegado muy lejos y no quería arriesgarse a que las reacciones imprevistas de un guardia nervioso lo estropearan todo.

De repente, la sirena dejó de sonar. El silencio que la reemplazó era inquietante. El guardia permaneció inmóvil. No hacía más que girar la cabeza, intentando prestar atención. Pero no se oía nada. Fatima se incorporó despacio y, perpleja y asustada, miró al guardia.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—Alguien intenta liberarlo —respondió el guardia, todavía en tensión.

Casi como para confirmar la veracidad de su afirmación, se abrió de repente una de las puertas traseras y sonaron dos disparos más. La primera bala le atravesó el cuerpo al guardia justo por debajo de las costillas, le salió por la espalda y fue a destrozar el tabique separador. La segunda lo alcanzó en pleno esternón. El hombre se desplomó. Fatima dejó escapar un grito. Roland Johansson abrió la otra puerta y, al notar que ella le había visto la cara, la apuntó con la pistola.

—No —dijo Edward secamente.

Roland bajó el arma y entró en el reducido espacio de la ambulancia, que con su corpulencia pareció todavía más abarrotado. En silencio, empezó a desatar a Edward, que se sentó en la camilla en cuanto estuvo libre. Su primer impulso fue salir corriendo. Huir. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no perder el control. ¡Le faltaba tan poco! Miró la botella de solución salina. Levantó la mano y la descolgó del gancho.

—Me la llevo.

No hubo ninguna reacción. Fatima estaba en estado de *shock*. No hacía más que mecerse adelante y atrás, con la mirada fija en el vacío. Roland le tendió la mano a Edward, para ayudarlo a bajar de la camilla y a salir del vehículo. Hinde estaba más débil de lo que esperaba después de su pequeña actuación en la sala común. Poco a poco, salió a la carretera, anduvo unos pasos y se detuvo.

—¿Puedes andar tú solo? —preguntó el otro.

—Sí, gracias.

Edward se apoyó sobre un costado de la ambulancia y Roland le dio una palmadita en el hombro antes de irse a abrir la puerta delantera. Sin esfuerzo aparente, sacó del vehículo al guardia, que parecía un fantoche inanimado. Tenía una herida sangrante en el cuello, justo debajo de la barbilla, y otra junto a la clavícula. Estaba vivo, pero no por mucho tiempo. Cuando Roland arrojó al guardia moribundo dentro del compartimento trasero de la ambulancia, se oyó un grito

de Fatima. Edward cerró los ojos.

Entonces, Roland rodeó el vehículo por el otro lado. Antes, cuando había disparado contra el guardia del asiento delantero, el conductor había intentado huir, pero no había reaccionado con la rapidez necesaria. Aquél lo había alcanzado y, después de atraparlo, le había estrellado la cabeza tres veces contra el costado de la ambulancia. Ahora Roland recogió al conductor inconsciente y lo llevó con los demás. Después de reunirlos a todos en un mismo sitio, volvió a entrar en el compartimento trasero. Los guardias no le preocupaban. Uno estaba muerto y el otro, moribundo. Les quitó las esposas del cinturón y se inclinó sobre el conductor. Mientras le esposaba las dos manos a la espalda, se volvió hacia Fatima, que seguía sentada en su asiento, junto a la camilla.

—Ven.

Fatima se limitó a negar con la cabeza, incapaz de moverse. Roland avanzó hacia ella, la levantó por la fuerza y la arrojó al suelo junto a los demás. Cuando le esposó las manos a la espalda, la enfermera no opuso ninguna resistencia. Entonces, Roland cogió una manta, salió de la ambulancia y fue a colocarla en el asiento delantero, para Edward. A continuación, volvió sobre sus pasos hasta éste y lo ayudó a acomodarse con su botella de suero en el asiento del acompañante. Antes de cerrar la puerta, separó los últimos restos de cristal roto del marco, para que la ventanilla pareciera abierta y no destrozada. Tras dejar a Edward bien sentado, se dirigió con rapidez al Saab aparcado y sacó un rollo de cinta americana del asiento trasero. Volvió a la ambulancia y les ató los pies al conductor y a la enfermera. No porque creyera que intentarían llamar la atención pegando patadas a las paredes del vehículo —el hombre aún seguiría un buen rato inconsciente y la mujer parecía completamente apática—, sino como medida de seguridad. Para terminar, los amordazó con dos vueltas de cinta americana sobre la boca a cada uno. Saltó a la carretera, cerró las puertas, se acomodó en el asiento delantero e hizo girar la llave de arranque. Todo había sucedido en menos de cinco minutos. No los había visto nadie. No se notaba ningún movimiento ni sonaban sirenas a lo lejos. Sólo se oían los sonidos del bosque.

Entonces se pusieron en marcha. Edward echó una mirada por el retrovisor y vio el Saab rojo cada vez más pequeño a sus espaldas. Abandonado. Lo habían dejado atrás. Como él había dejado Lövhaga.

Ahora podía mirar adelante. Y era lo que haría.

Roland conducía un poco por encima del límite de velocidad. Edward estaba bastante seguro de que la carretera 55 no era la más vigilada por la policía en lo referente a controles de velocidad, y menos aún tratándose de un vehículo de emergencias, pero habría sido una tontería arriesgarse. Un encuentro con los agentes del orden habría sido muy poco deseable y por muchas razones. Preguntarían por el cristal roto. En los asientos delanteros había manchas de sangre y Roland no iba vestido de forma correcta. Un policía observador se fijaría en todos esos detalles. Pero ya se ocuparían del problema, en caso de que se les presentara.

Hacía un día espléndido. Los rodeaba el verdor del verano. Edward se sintió casi abrumado al contemplar el paisaje ondulado que se extendía a su alrededor. ¡Tanta amplitud, tanto espacio! Su vida de los últimos catorce años le pareció todavía más limitada y sofocante desde su nueva perspectiva, al sentir de nuevo lo que le habían arrebatado. Disfrutó del trayecto, de cada nueva

vista que se ofrecía a sus ojos detrás de cada curva del camino. El viento, a través de la ventana rota, le agitaba el pelo ralo. Volvió a cerrar los ojos y respiró profundamente. Se permitió el lujo de desconectar. El aire le parecía diferente, más ligero. Cada inhalación le infundía más fuerzas. Así respiraba un hombre libre. Roland redujo la marcha y Edward abrió los ojos. Habían llegado a la E-18. Faltaba una media hora para llegar a Estocolmo. Edward se volvió hacia Roland.

—¿Tienes un teléfono?

Roland se metió la mano en un bolsillo y le tendió un móvil. Edward marcó un número de memoria y esperó que contestaran mientras Roland mantenía constante la velocidad en torno a los ciento diez kilómetros por hora.

Haraldsson estaba junto a la ventana del dormitorio. Allí se había quedado desde que había encontrado la habitación vacía, después de abrir la puerta. Había pasado junto a la cama sin hacer y se había parado delante de la ventana. Aún seguía ahí. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Buscar a Jenny? ¿Dónde? No lo sabía. Estaba literalmente paralizado.

Angustia. Miedo. Jenny. El trabajo.

En el jardín, los chicos que habían acudido a plantar el manzano habían empezado a trabajar. Los había visto llegar. Los había observado mientras recorrían el jardín, señalando diferentes puntos y discutiendo entre ellos. Al cabo de un momento, se pusieron de acuerdo sobre el lugar más adecuado y empezaron a medir y a cavar. Después fueron a buscar unos sacos de tierra. Era un día corriente de trabajo. Unas vidas normales que se desarrollaban a pocos metros de distancia. Una realidad que aún tenía sentido.

Era difícil pensar con claridad. ¿Qué debía hacer? No podía estar involucrado; no se lo podía permitir. Jenny había desaparecido. Y él tenía relación con los hechos, pero nadie debía saberlo. No podía ser que le hubiera pasado algo malo a Jenny. Sus pensamientos saltaban constantemente de un asunto a otro, cambiando de pista, como la aguja de un viejo tocadiscos sobre un vinilo rayado.

Iban a trasladar a Hinde. Era probable que ya lo hubieran sacado de Lövhaga. El propio Hinde quería que lo trasladaran. Estaba seguro de que iba a pasar algo, pero ¿qué? ¿Debía Haraldsson dar la voz de alarma? Un salto de la aguja: ¡toc!

¿Sería la forma de salvar a Jenny? Jenny había desaparecido. ¡Toc!

¿Qué razón podía aducir si llamaba para alertar del peligro? No podía revelar que le había hecho algunos favores al recluso y que uno de ellos consistía en autorizar su salida del recinto penitenciario. Eso no sólo habría supuesto su suicidio profesional, sino que incluso podría acarrearle consecuencias penales. ¡Toc!

¿Dónde estaba Jenny? No podía estar muerta. ¿Qué haría él en ese caso? ¿Cómo podría seguir viviendo? ¡Toc!

Hinde aún no había salido de Lövhaga y a Ralph ya lo habían detenido cuando Jenny desapareció. ¿Qué significaba eso? ¿Que Hinde tenía más contactos en el exterior? ¡Toc!

Ingrid Marie no podía tener a su papá en la cárcel. ¡Toc!

¿Debía dar la voz de alarma? ¿Podía hacerlo? ¿Cómo explicaría sus sospechas? Era posible que Hinde estuviera enfermo de verdad. Quizá estuviera en el hospital en ese mismo instante. En tal caso, dar el aviso por un intento de fuga habría sido como mínimo sospechoso. Si se temía

algo así, ¿por qué había autorizado el traslado? ¡Toc!

Nunca he matado a una mujer embarazada. ¡Toc!

¿Qué pasaría si daba la voz de alarma?

¿Y si no lo hacía?

¿Qué pasaría con Jenny?

Volvió a sonar el teléfono. Sintió que la esperanza le aceleraba el corazón cuando sacó el móvil del bolsillo. Era un número desconocido. No era Jenny. Pero contestó de todos modos.

—Aquí Haraldsson.

—Soy Edward Hinde.

Se hizo un vacío en la cabeza de Haraldsson, como si el viento se hubiera llevado todos los pensamientos que hasta hacía un segundo bullían en su interior.

—¿De dónde llamas? —fue lo único que consiguió decir.

—Eso es lo de menos. Has hecho lo que te pedí y ahora puedes hacerme una pregunta.

Haraldsson oyó todas las palabras. Las oyó, pero no las entendió.

—¿Qué?

—Yo cumplo mis promesas, Thomas. Dijiste que sí, tal como yo te pedí, y ahora tendrás tu respuesta.

—¿Dónde tienes...?

—Espera un momento, Thomas —lo interrumpió Edward. Haraldsson guardó silencio enseguida—. No voy a decidir por ti —prosiguió Edward con amabilidad—, pero yo en tu lugar preguntaría: «¿Dónde está mi mujer?».

Haraldsson cerró los ojos. Veía chispazos detrás de los párpados. Temía desmayarse, pero se mantuvo firme. Si se hubiera desmayado, no habría podido escuchar la respuesta. Le corrían lágrimas por las mejillas.

—¿Dónde está mi mujer? —consiguió articular al final con un hilo de voz.

Hinde se lo empezó a decir.

Todas las ventanas del apartamento estaban abiertas.

Aun así, hacía calor.

El ambiente era bochornoso.

Sofocante.

Sentada en el sofá, Vanja pasaba de un canal a otro de la televisión. Ninguno reservaba sus mejores programas para aquella hora del día, como pudo comprobar con disgusto. Apagó el televisor, arrojó el mando a distancia sobre el sofá y acercó las ediciones extraordinarias de los dos tabloides vespertinos que tenía sobre la mesa. El periódico *Expressen* publicaba diez páginas sobre la captura de Ralph Svensson, sin contar la portada, engalanada con una gran fotografía del detenido, sin ningún tipo de ocultamiento, bajo el titular: ÉSTE ES EL CARNICERO DEL VERANO. Había que mirar con mucho cuidado para notar que la afirmación iba precedida por un «Según sospecha la policía» en caracteres mucho más pequeños. Ralph no había sido juzgado y, hasta donde sabía Vanja, ni siquiera estaba en prisión preventiva, pero ya lo habían condenado. Restringir la publicación de nombres y fotografías era ir en contra de la doctrina de los tiempos actuales. La difusión de la identidad de los sospechosos era —según cierta prensa— «un servicio a la sociedad», lo que en el fondo quería decir que nadie estaba dispuesto a pagar por un montón de imágenes pixeladas. Pero, más allá de que la práctica le pareciera poco ética a Vanja, también era verdad que a veces dificultaba el trabajo de la policía. Las ruedas de reconocimiento tenían mucho menos valor cuando la imagen del sospechoso aparecía repetida en todos los periódicos de cada quiosco del país. La fotografía que publicaba *Expressen*, extraída del pasaporte de Ralph, no era precisamente favorecedora. En ella parecía igual de enajenado que la mayoría de las personas en las fotos de sus pasaportes. En las páginas interiores, el periódico relataba toda la historia de su vida: su madre enferma, su padre casado en segundas nupcias, su madrastra, una familia que lo había tratado razonablemente bien, las mudanzas, el dinero, el trabajo y las escuelas. Los periodistas habían localizado a varios antiguos compañeros de clase, que lo recordaban como un chico silencioso y reservado. Un poco raro. Poco proclive a relacionarse con los demás y solitario la mayor parte del tiempo. Quizá fuera cierto. Vanja no podía saberlo, pero se preguntaba si los periodistas habrían recibido las mismas respuestas si hubieran llamado para anunciar que Ralph Svensson acababa de ganar el Premio Nobel y no para decir que era un presunto asesino en serie. Las descripciones encajaban con la imagen del criminal: un tipo extraño, un solitario, un bicho raro... Vanja creía que sus antiguos compañeros de clase, que casi con seguridad no le habrían dedicado a Ralph ni un solo pensamiento en los últimos veinte años,

se habían limitado a responder según las expectativas. Tras la exposición de la vida entera de Ralph, sin entrar en sus posibles sueños, esperanzas, deseos o cualquier otro detalle que hubiese podido volverlo más humano, venía una relación igualmente exhaustiva de la historia de Edward Hinde. Había sido una suerte para los periodistas que Ralph fuera un imitador, porque podían volver a publicar noticias de 1996. Vanja no tuvo fuerzas para leerlo todo. Apartó el periódico, se fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Eran poco más de las seis y media. Todavía faltaban unas dos horas para que anocheciera, pero el calor ya empezaba a ser menos sofocante. Una brisa tibia se colaba por la ventana abierta.

Estaba inquieta.

Por lo general, la invadía un agradable cansancio cuando resolvían un caso, como si el cuerpo y el cerebro por fin pudieran desconectar y reducir las revoluciones después de varias semanas de tensión. En días como ésos, solía comer una pizza, beber alguna copa de vino de más y quedarse tumbada en el sofá. Pero esta vez no fue así.

El hombre que habían detenido era el culpable. No le cabía la menor duda. Habían dejado fuera de la investigación a Sebastian Bergman y de eso también se alegraba. Era difícil de imaginar que pudiera imponer una vez más su presencia en el equipo. Torkel había expresado con claridad que no pensaba aguantar más sus tonterías, e incluso el propio Sebastian parecía haberse dado por vencido. Así pues, en conjunto, había sido un buen trabajo. Un día excelente. Entonces ¿por qué no podía desconectar?

Porque no todo se había solucionado. Aún persistía la tensión entre Billy y ella. Ahora que el caso había entrado en una fase más sosegada podría concentrarse un poco más en la maltrecha relación entre ambos. Desde que le había dicho en el coche que se consideraba mejor policía que él, su amistad se había resentido, como era perfectamente comprensible. En honor a la verdad, antes tampoco estaban en muy buenas relaciones; pero desde la discusión en el coche, su pequeño desencuentro se había convertido en una guerra abierta.

En todo caso, así lo sentía ella. Aunque Billy había iniciado el conflicto, ella lo había intensificado con sus torpes comentarios y quería ser la encargada de ponerle fin al enfrentamiento. En cualquier caso, pensaba dar el primer paso. Billy era demasiado importante para ella como para quedarse de brazos cruzados. Si seguían así, estaba segura de que uno de los dos acabaría pidiendo el traslado a otro departamento, y ella no quería eso. Era preciso normalizar la situación cuanto antes. Volvió al cuarto de estar y cogió el móvil.

My abrió la puerta del horno y extrajo el solomillo de cerdo gratinado con queso de oveja. Billy llevaba a la mesa la bandeja de cuscús y las verduras salteadas. Sería una cena temprana. Como Billy tenía la tarde libre, habían decidido ir al teatro. La idea no había sido suya, pero habían tomado la decisión juntos. Billy no sabía nada de la obra ni de la compañía, que según My daría sólo cuatro funciones. Por lo que ella le había dicho, se trataba de una compañía inglesa llamada Spymonkey que cultivaba el género de la «comedia física». Billy no tenía ni la más remota idea de lo que eso podía significar. Le faltaban referencias.

—Algo así como una mezcla de Samuel Beckett con los Monty Python.

Bueno, al menos podía entender una de las referencias. Le gustaban los Monty Python. Por lo menos, algunas de sus cosas. No todas. Habían quedado un poco anticuados. Pero se daba cuenta de que le tocaba a ella elegir el plan para la noche, ya que él había escogido la película la vez anterior. Además, había trabajado mucho los últimos días y se habían visto muy poco. Podía soportar un poco de comedia física británica solamente para estar con ella. Sirvió vino para los dos y se sentó a la mesa. Sus hábitos y modales a la hora de cenar habían mejorado un mil por ciento desde que había conocido a My. Le gustaba que fuera así. De hecho, le gustaba casi todo lo relacionado con My. Mejor dicho, le gustaba todo. Sonó el teléfono. Miró la pantalla y vio que era Vanja.

—Tengo que contestar.

—De acuerdo, pero date prisa.

Billy se levantó y se fue a la otra habitación. No le había contado a My la conversación que había mantenido con Vanja en el coche. Les tenía mucho afecto a las dos y quería que se llevaran bien. Pero las probabilidades de que ese deseo se hiciera realidad se habrían reducido de forma considerable si My se hubiera enterado de la discusión que ya había causado tanto daño. Se sentó en el sofá mientras contestaba a la llamada.

—Hola, soy yo —oyó que decía Vanja.

—Ya lo sé.

—¿Qué estás haciendo?

Billy trató de pensar con rapidez. ¿Qué debía hacer? Decidió decir la verdad, hasta donde fuera posible.

—Justamente ahora íbamos a sentarnos a cenar.

—¡Ah! ¿Estás con My?

¿Había un tonillo de animosidad en su forma de decir el nombre de su novia? ¿No prolongaba demasiado el sonido de la *y*? ¿O quizá serían imaginaciones suyas?

—Sí. Estoy con My. —Echó una mirada hacia la cocina y la vio beber de la copa de vino. Era evidente que lo estaba esperando para empezar a cenar. Debía de ser una de sus reglas de etiqueta—. De hecho, tenemos la cena servida —prosiguió Billy—. ¿Querías algo? —preguntó, haciendo lo posible para no parecer cortante.

—¿Quieres venir después a correr conmigo?

—¿Ahora?

No esperaba la invitación. No pensaba que Vanja quisiera pasar tiempo con él.

—Dentro de un rato, cuando hayas cenado. Empieza a hacer menos calor.

—No sé...

—He pensado que podríamos charlar un poco. Sobre nosotros.

Billy guardó silencio. Ahí estaba. Era el primer paso y lo había dado Vanja. Volvió a mirar en dirección a la cocina. My intercambió una mirada con él y le sonrió mientras imitaba con la mano el movimiento de una boca que no paraba de hablar. Él le devolvió la sonrisa y enarcó las cejas, para confirmarle que al otro lado de la línea había una persona realmente charlatana, mientras intentaba sopesar con rapidez sus alternativas. Le apetecía correr. Y, sobre todo, le apetecía hablar con Vanja sobre la situación de ambos. Pero no tenía tiempo de hablar con ella y

además ir al teatro. No tenía ganas de ir al teatro, pero quería estar con My. Le apetecía beber vino y pasar un buen rato con su novia. Tenía que elegir. Sabía que Vanja y él resolverían sus problemas. Estaba convencido. Pero no sería esa noche, porque ya había elegido a My. Esperaba que no fuera un problema.

—Lo siento —dijo, y era verdad—, pero no puedo.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

¿Había decepción en su voz? Esta vez, Billy estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas.

—Vamos a salir... a hacer una cosa. A ver una obra.

—¿Una obra de teatro?

Billy comprendió que debía de parecerle muy raro. Vanja conocía su opinión sobre el teatro. Era como si le estuviera diciendo que prefería hacer lo que menos le gustaba en el mundo antes que salir a correr con ella. Eso debía de estar pensando Vanja. Pero no era cierto. No había rechazado su invitación porque quisiera ir al teatro, sino porque prefería estar con My. Pero tampoco deseaba decírselo.

—Sí, lo teníamos planeado desde hace tiempo.

Había comprado las entradas hacía menos de una hora, pero había llegado el momento de renunciar a la verdad y salvar lo que aún pudiera salvarse.

—Bueno. Otra vez será.

—Sí.

—Diviértete. Y saluda a tu novia de mi parte.

—Lo haré. Realmente me gustaría mucho hablar de...

Pero Vanja ya había colgado. Billy se quedó un momento sentado, considerando si debía llamarla de nuevo lo antes posible para que lo dejara terminar la frase. Al final prefirió no hacerlo, pero se dijo que al día siguiente abordaría con seriedad el tema en el trabajo. Si no la encontraba en la oficina, la llamaría. A veces, Vanja no iba a trabajar al día siguiente de un arresto.

Billy se levantó y volvió a la cocina.

—¿Quién era? —preguntó My mientras comenzaba a servirse la comida.

Era cierto que lo estaba esperando para empezar a cenar.

—Vanja.

—¿Qué quería?

—Nada.

Se sentó y se llevó la copa de vino a los labios. No era verdad. No era cierto que Vanja no quisiera nada, pero era lo que había conseguido.

No era así como se había imaginado su aniversario de bodas. Ni remotamente.

Tras la llamada de Edward, Haraldsson corrió a su coche y marcó las coordenadas en el GPS. Enseguida apareció el mapa. Después de pasar por Surahammar y Ramnäs, había que girar a la izquierda, a través del bosque, hasta el lago Öje. Había preguntado si Jenny estaba viva, pero no había obtenido respuesta. Hinde le había dicho que tenía una sola pregunta y le había colgado.

Durante el trayecto, Haraldsson intentó convencerse de que no habría tenido sentido que Hinde le dijera dónde estaba Jenny si no hubiera sido posible salvarla. Lo lógico era dejarla ir. Ya había cumplido su función como elemento de presión y no había ningún motivo para hacerle daño. Pero, por mucho que se esforzara, no podía quitarse de la cabeza la idea de que Hinde no se comportaba de manera lógica, ni necesitaba motivos para actuar. Si había pasado catorce años en Lövhaga era por una razón.

Era un psicópata peligroso.

Un asesino.

Haraldsson seguía las instrucciones del GPS. Los caminos se fueron volviendo más estrechos y el bosque cada vez más denso. Poco después de vislumbrar el reflejo del agua entre los árboles, vio que se acababa el camino. Aparcó junto a un frondoso rododendro y se bajó del coche. Divisó una casita de verano, construida casi a orillas del lago. Debían de haberla edificado muchos años atrás, porque en la actualidad habría sido imposible conseguir el permiso para levantarla tan cerca del lago. Haraldsson se dirigió a la casa y probó a abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Miró por la ventana más próxima. Era la de la cocina. Por lo que podía ver, la casa no tenía electricidad ni agua corriente. La cocina era de leña y había varias palanganas puestas del revés sobre una pequeña pila. No vio ningún grifo, pero sí un cubo grande de metal, con un cucharón dentro, encima de un banco. El ambiente era pintoresco, pero no había nadie.

—¡Jenny! —gritó.

No obtuvo respuesta.

Siguió rodeando la casa y asomándose a todas las ventanas. No vio nada. Al final se paró y estudió el entorno. La parcela no era grande, pero estaba bien acondicionada: césped sobre tres de los lados, con una red de bádminton encima de la extensión de hierba que bajaba hacia el lago, y muebles de jardín y un mástil al otro lado de la casa. Alguien debía de pasar allí momentos muy agradables y distendidos.

—¡Jenny!

En algún lugar sobre el lago le respondió un ave acuática. Él sintió crecer el pánico en su

interior. Cerca del límite del bosque vio la caseta del retrete. Fue allí y también la encontró vacía, a excepción de un enjambre de moscas zumbonas. Cerró la puerta y, cuando ya había decidido entrar en la casa por la fuerza, reparó en un montículo de aspecto antinatural detrás del mástil y vio que un sendero conducía allí entre los arbustos de arándanos. Grandes piedras sobresalían entre las hierbas altas y los montones de tierra de los costados. Era una despensa subterránea. Haraldsson corrió hacia allí. A medida que se acercaba, empezó a oír unos golpes débiles procedentes de la bodega. Débiles pero inequívocos. Al cabo de pocos segundos, llegó al mástil. Los golpes se volvieron más claros y definidos, lo mismo que sus esperanzas.

—¡Jenny!

Echó a correr alrededor del pequeño montículo hasta encontrar una puerta de madera oscura. La abrió. Lo primero que vio fue un vestíbulo de un par de metros de largo y, a continuación, otra puerta. Los golpes no dejaban de sonar. ¡Estaba viva! Las gruesas paredes de piedra habían amortiguado el ruido en el exterior, pero desde allí se oían claramente. Encontró la llave en la cerradura. La hizo girar y abrió la puerta.

Al otro lado estaba Jenny, que entrecerró los ojos, deslumbrada por la luz repentina. Haraldsson la abrazó con todas sus fuerzas.

Y ella se apretó contra el pecho de su marido.

Permanecieron mucho tiempo abrazados.

En el coche, de regreso a casa, al principio Jenny guardó silencio. Había pasado miedo, claro. Se había llevado un susto de muerte. Solamente cuando llegaron a la casa de campo empezó a darse cuenta de que algo iba mal. Entonces, el hombretón le había arrebatado el bolso y la había obligado a salir del taxi y a bajar a la bodega. No le había dado tiempo a pensar. Pero ahora, cuando ya se sentía segura, empezaban a venirle las ideas, que a su vez le hacían plantearse preguntas. Necesitaba respuestas. Haraldsson detestaba tener que mentirle, pero en ese momento no estaba seguro de poder contarle ni siquiera una versión muy embellecida de la verdad. En lugar de sincerarse, le explicó que al recibir la llamada del auténtico taxista había hablado con sus antiguos colegas policías, y ellos le habían revelado la existencia de un clan mafioso especializado en recoger a las personas en sus lugares de trabajo para atracarlas de esa manera. Según la policía, debían de haber entrado en el sistema informático de la compañía de taxis para conocer los servicios encargados.

Jenny se conformó con esa historia.

Suponía que le haría más preguntas más adelante, cuando acabara de asimilar lo sucedido, pero para entonces Haraldsson ya conocería el desenlace de los acontecimientos del día y podría adaptar sus respuestas en consecuencia. De momento, sólo quería volver a casa.

¡Estaba tan feliz de haberla recuperado sana y salva!

Cuando no habían hecho más que abrir la puerta, volvió a llamarlo Victor. Estaba estresado y ansioso. La ambulancia que transportaba a Hinde no había llegado a Uppsala. El hospital no conseguía ponerse en contacto con el personal sanitario, ni tampoco Lövhaga lograba contactar con los guardias que lo acompañaban. Era necesario que Haraldsson acudiera cuanto antes.

Le habría gustado zafarse de sus responsabilidades, pero Victor le expresó con toda claridad que la situación exigía la presencia del director de la cárcel. Haraldsson le dijo a Jenny que

estaba obligado a volver un momento al trabajo. Absolutamente obligado. ¿Quería que la llevara a casa de alguna amiga, para que no tuviera que quedarse sola? No. Ella sólo quería estar con él. Quería acompañarlo. Se dirigieron juntos al coche.

Jenny permaneció callada la mayor parte del trayecto. Probablemente estaría repasando los sucesos del día. A Haraldsson le vino muy bien su silencio. Necesitaba reflexionar sobre todos los escenarios imaginables y decidir cómo manejaría las diferentes situaciones.

Tenía la impresión de que debía concentrarse en minimizar los daños.

Bajo ninguna circunstancia podía permitir que trascendiera su vinculación con lo sucedido.

Por su bien, por Jenny y por todos.

Empezó por analizar la desaparición de su mujer. Nadie se había enterado. Bueno, sí, las compañeras de trabajo de Jenny sí, pero nadie más. Lo que ellas sabían jamás llegaría a oídos de la dirección de Lövhaga, por lo que el incidente no suponía ningún riesgo. Aunque su mujer hablara en la oficina de su desagradable experiencia, nadie establecería la conexión con la fuga de Hinde. Podía olvidarse de eso.

Siguiente problema.

¿Debía tratar de recuperar el bote de remolacha y el frasco de la farmacia?

Era un riesgo. Si encontraban los recipientes, pensarían que Ralph Svensson los había introducido en la cárcel. Era poco probable que buscaran huellas dactilares. ¿Para qué si ya tenían un sospechoso que durante mucho tiempo había estado en contacto con Hinde? Por supuesto, todos creerían que había sido Ralph quien lo había ayudado. Lo mejor sería, por lo tanto, no acercarse a la celda de Hinde.

¿O debía buscar los frascos de todos modos?

Podía hacer gala de su gran capacidad de iniciativa y registrar a fondo la celda, hasta «encontrar» los objetos. De ese modo, podría justificar la eventual presencia de sus huellas dactilares. En cualquier caso, faltarían las huellas de Ralph. Aunque, por otro lado, el personal de limpieza solía usar guantes...

El hilo de sus pensamientos se vio interrumpido por el sonido del teléfono. Era el cocinero, que acababa de llegar a su casa. ¿Dónde se habían metido? Haraldsson lanzó un suspiro. Se le había olvidado por completo. Le explicó que les había surgido un imprevisto y que por desgracia tendrían que perderse la experiencia culinaria de esa noche. El cocinero se enfadó, con toda la razón, y anunció que le facturaría todo el servicio, incluidos los ingredientes, el vino, el desplazamiento y las horas de trabajo. Se lo dijo a Haraldsson para que estuviera avisado.

Sin protestar, éste se disculpó y puso fin a la llamada.

—¿Quién era? —preguntó Jenny.

—Un cocinero que iba a venir esta noche a prepararnos la cena.

Era un descanso poder decirle por una vez sólo la verdad, sin tener que adornarla.

—¿Lo habías contratado tú?

—Sí, pero nada ha salido como esperaba. Lo siento mucho.

—La culpa no es tuya.

—No, pero aun así...

—Eres el mejor.

Se inclinó hacia Haraldsson y le dio un beso en la mejilla. Él sonrió entre dientes, pero sus pensamientos ya habían vuelto a lo más importante.

Sí, el asunto de los frascos se podía solucionar, pero ¿qué haría si registraban la celda y daban con la foto de Jenny? ¿Cómo podría explicarlo? Casi esperaba que Hinde se la hubiera llevado. Pero ¿qué diría cuando lo atraparan —si es que lo atrapaban— y le encontraran encima una fotografía de la esposa del director de la cárcel? Sencillamente, se mostraría sorprendido. Él mismo se preguntaría en voz alta cómo demonios habría podido llegar a las manos de Hinde. Quedaría como un misterio.

En cuanto llegaron, Victor Bäckman salió a recibirlos al aparcamiento. Miró a Jenny con curiosidad, pero Haraldsson le dijo que era su aniversario de bodas y querían estar juntos. Victor pareció aceptar la explicación sin más. Tenía cosas más importantes en que pensar. Emprendieron juntos el camino hacia el edificio.

—Hemos registrado la celda. Hemos encontrado un frasco de un fármaco inductor del vómito y un bote de remolacha en conserva. Ambos vacíos.

—¿Cómo pudo conseguirlos? —preguntó Haraldsson con toda la naturalidad que fue capaz de mostrar.

—Debió de dárselos ese Ralph.

—Sí, supongo que sí —asintió Haraldsson aliviado.

—Pero eso no es lo peor. —Victor parecía muy preocupado—. Hemos hallado un módem.

—¿Y eso qué significa?

—Que tenía contacto ilimitado con el exterior. Estamos examinando el ordenador, para ver si encontramos algo acerca de la fuga. Pero está protegido con contraseña, así que todavía tardaremos un rato.

Haraldsson prácticamente no escuchó las últimas palabras. Contacto ilimitado con el exterior. Eso podría explicar muchas cosas en caso de necesidad. Además, la seguridad era competencia de Victor. La culpa era suya y no de Haraldsson. Parecía que todo se iba a solucionar. No se atrevió a preguntar por la foto. No creía que la hubieran encontrado, porque en ese caso Victor se lo habría dicho.

De repente, se dio cuenta de que el jefe de seguridad se había parado y lo estaba mirando, como si esperara algo.

—¿Qué?

—He dicho que el hospital aún no ha localizado la ambulancia. ¿Qué hacemos?

—Llamemos a la policía y denunciemos una posible fuga.

Haraldsson se alegró de que su voz volviera a ser firme y se sintió otra vez al mando. Ya no podía cometer más errores. Victor asintió. Entraron juntos en las dependencias administrativas.

No pasó mucho tiempo antes de que los periodistas más avispados, que ya estaban interesados en Lövhaga, averiguaran que se había producido una fuga. En lo referente a las

filtraciones, a veces la policía parecía un colador. Tampoco tardaron en relacionar la fuga con la ambulancia desaparecida, y entonces empezó el circo. La primera reacción de Haraldsson fue esconderse, pero enseguida comprendió que lo mejor era hablar directamente con los periodistas y así conservar el control sobre la información. Redactó entonces una nota en la que decía que todas las relaciones con la prensa debían pasar por él. Fue como abrir una esclusa.

Los teléfonos no dejaban de sonar. Annika le pasaba las llamadas, una tras otra.

Los interlocutores cambiaban, pero las respuestas siempre eran las mismas.

Sí, era verdad que una ambulancia que transportaba a un interno de Lövhaga había desaparecido.

Sí, había muchos indicios que apuntaban a un intento de fuga, pero aún era pronto para decirlo con seguridad.

No, no pensaba revelar quién viajaba en esa ambulancia.

Todos le preguntaban si era Hinde.

Entonces él colgaba. Curiosamente, no volvían a llamarlo. Se puso de pie y se acercó a Jenny, que estaba sentada en el sillón de las visitas. Le habían llevado un café y un sándwich, del que no había comido ni la mitad. ¡Vaya aniversario de bodas! Aunque ya lo celebrarían en otra ocasión.

Lo importante era estar juntos. Nunca había vivido una montaña rusa de emociones tan tremenda como la de esa jornada. Pero había salido adelante. Lo superaría. Lo peor ya había pasado.

—¿Qué tal? —dijo Haraldsson, en cuclillas delante de su mujer, mientras le apartaba de la cara un mechón rebelde.

—Estaba pensando...

—Te comprendo. —Haraldsson le cogió una mano y se la acarició—. Quizá necesites hablar con alguien de lo que ha pasado... Con un profesional.

Jenny asintió, pero no parecía escucharlo.

—Cariño...

—Dime.

—¿Cómo has sabido que yo estaba allí?

Haraldsson se quedó paralizado.

Quizá no era cierto que ya hubiera pasado lo peor.

Había vuelto a casa antes de lo previsto. Al pasar por Östermalmstorg, había recordado su promesa de hacer la compra para la cena. Con toda probabilidad le vino a la mente al ver al hombre cargado con dos bolsas que iba caminando delante de él. Al principio, decidió no hacer nada, como si se le hubiera olvidado. La idea de una cena con Ellinor y un vecino desconocido le parecía completamente absurda, como una pieza de puzle que jamás encajaría bien en ningún sitio. Pero, por mucho que intentaba pensar en otra cosa, no lo conseguía.

La sencillez del plan tenía un punto liberador: una lista de la compra y una cesta en la que poner los ingredientes. Ir a comprar para la cena, como una persona normal, capaz de funcionar en sociedad, como alguien con expectativas de futuro.

Entró en el mercado de Östermalm y se puso a comprar como si no hubiera mañana: solomillo, patatas, verduras, fruta y una decena de quesos para postre. Probó el salami y el *prosciutto* italianos, y al final se decidió por los dos. Adquirió albahaca y eneldo frescos, y un paté francés que olía a gloria. Eligió un exclusivo café, que le molieron allí mismo. Habría podido seguir así el día entero. Todos los sabores le abrían posibilidades nuevas que nunca había imaginado. Pasó por el Systembolaget, la administración estatal de bebidas alcohólicas, y compró champán, vino blanco y vino tinto, whisky y coñac. Estuvo a punto de escoger también un vino de Oporto, pero ya no podía cargar nada más en las manos ni en las bolsas de plástico. Tuvo que parar varias veces en el camino hacia su casa y apoyar las bolsas en el suelo, porque las asas se le clavaban en los dedos.

Ellinor corrió a recibirlo y lo abrazó, sin darle tiempo a desprenderse de las bolsas. Su alegría al verlo era irresistible. Sebastian se perdió en su abrazo. Olía maravillosamente bien. Su pelo rojizo era suave y sus labios, apoyados contra su boca, más suaves todavía. La abrazó con fuerza. Habría deseado fusionarse con ella y desaparecer en su risa liberadora. Se quedaron un buen rato en el vestíbulo. Ella fue la primera en separarse, pero le dejó una mano sobre el cuello mientras se volvía para contemplar las bolsas en el suelo.

—Pero... ¿cuánto has comprado?

—Muchísimo. No he hecho caso de la lista.

Ellinor estalló en una risa sincera.

—¡Qué loco estás! —Volvió a besarlo en la boca—. Te he echado de menos todo el día.

—Yo también te he echado de menos.

Cuando lo dijo, se dio cuenta de que no estaba mintiendo. Quizá no la había echado de menos a ella personalmente. A ella no. Pero sí al efecto que tenía sobre él, a su manera de

arrastrarlo en una dirección determinada. Eso sí que lo echaba de menos. Desde hacía mucho tiempo. Ellinor se fue a la cocina cargando varias de las bolsas. Él se quedó en el vestíbulo, mirándola. Era como si de pronto el tren de su vida hubiera entrado en una vía secundaria y ya no quisiera volver a la principal. Nunca más.

Ellinor regresó con una sonrisa.

—¡Qué bien has comprado!

—Gracias.

—¿Quieres que hagamos el amor o prefieres beber champán primero?

—Yo no bebo.

—¿Ni siquiera champán?

—No.

—Aguafiestas —dijo ella, sonriendo con expresión coqueta—. Entonces, sólo nos queda una alternativa...

Se echó hacia atrás la larga melena rojiza y fijó en él esa mirada que le resultaba tan irresistible. La promesa de intimidad se quedó un momento flotando en el aire. Pero entonces Sebastian se sorprendió a sí mismo.

—Mejor preparamos antes la cena, ¿no? Dentro de poco vendrá el vecino.

Ella lo miró con fingida decepción.

—¡Aguafiestas!

Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. Sebastian fue detrás y la ayudó a sacar la compra de las bolsas.

Estaba como mínimo asombrado por sus propias prioridades.

El vecino antes que el sexo.

Eso era nuevo para él.

Completamente nuevo.

Ellinor decidió el menú. Las habilidades culinarias de Sebastian eran limitadas, por lo que se ofreció a lavar y a cortar los ingredientes de la ensalada. Ella charlaba mientras preparaba el solomillo. Tenía planes para la casa y el final del verano, y le preocupaban las plantas que había dejado en su apartamento. Estaba pensando en llevárselas. Sebastian oía no tanto lo que decía como el sonido de su voz. Prefería no participar demasiado en la conversación. Ella era un poco como la copa de champán que tenía a su lado: burbujeante y de buen sabor si se bebía a pequeños sorbos y sin abusar.

—¿Te importa que ponga la radio? —preguntó Ellinor de repente.

Sebastian ni siquiera sabía que tuviera una radio. ¿Dónde podía estar?

—No, no me importa.

—Me encanta escuchar música cuando estamos haciendo algo juntos, como ahora.

Encendió la pequeña radio que había encima del armario de las especias. Sebastian intentó recordar cómo había llegado ese aparato a su casa, pero no encontró la respuesta. En la radio sonaba una dulce y anhelante balada de amor. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Ellinor no

sólo era champán. ¡Era champán rosado! La bebida que siempre había evitado y que incluso había despreciado.

—Es Favoritos chill out. Me encanta Favoritos chill out.

—A mí también —dijo él, aunque acababa de enterarse en ese mismo instante de la existencia de una emisora de radio con un nombre tan absurdo.

Ellinor fue un momento al cuarto de invitados mientras él colocaba en una ensaladera las hortalizas recién cortadas. Se preguntaba si habría algún aliño, porque no había comprado ninguno. Típico de él. Había pensado comprar ese vinagre balsámico tan caro, pero se le había olvidado después de pasar por la charcutería. Entonces volvió Ellinor.

—Ah, por cierto... He limpiado un poco y he encontrado esto. Me parece que son papeles importantes. ¿Dónde quieres que los ponga?

Llevaba en la mano la bolsa de plástico que le había dado Trolle. ¡Parecía tan ligera cuando la levantaba Ellinor! Él la sentía mucho más pesada.

En sus manos pesaba demasiado.

De repente, fue como tener a Trolle delante. Vio su sonrisa tranquilizadora y después desapareció por detrás de la esquina. Volvió a verse a sí mismo, con la bolsa en la mano, a pocos metros de Storskärsgatan, tras despedirse de Trolle. De eso hacía solamente un par de días y también una eternidad. El ramal secundario había vuelto a unirse de repente con la vía principal.

Unos pocos segundos habían sido suficientes.

Los dos mundos estaban muy próximos entre sí y discurrían paralelos. Para que se encontraran, bastaba una bolsa de plástico cargada con el peso de la culpa. Tragó saliva y bajó la vista hacia la ensaladera. Quería volver al champán rosado. Cuanto antes.

—Es basura. Puedes tirarla —dijo, con toda la despreocupación de que fue capaz.

—¿Estás seguro? No quiero tirar nada que sea importante.

—Estoy completamente seguro.

Entonces le sonrió, para confirmar la absoluta inutilidad del contenido de la bolsa. Ella asintió y volvió a salir de la cocina, canturreando entre dientes la canción que sonaba en la radio. Él se puso a cortar en rodajas un par de tomates. Si hubiese podido decidir, la canción de la radio no se habría acabado nunca y Ellinor no habría dejado de cantar por lo bajo en la habitación vecina, construyendo así la ilusión de una vida. Pero la decisión no era suya.

Las cosas no funcionaban así.

Se acabó la canción y empezó un anuncio de microcréditos para el consumo.

Después, las noticias.

Entonces se acabó la ilusión.

Con una fuerte sacudida, el tren de Sebastian entró de lleno en la vía principal.

Al principio no prestó mucha atención a lo que decía la locutora, algo sobre una ambulancia que había desaparecido. Pero entonces oyó la palabra que hizo que se le cayera el cuchillo de las manos: «Lövhaga». Se volvió hacia la radio y escuchó más concentrado que nunca. Una ambulancia procedente de Lövhaga había desaparecido, era probable que mientras transportaba a

un recluso. La policía no sabía nada más. A continuación, la locutora pasó a la siguiente noticia, pero él ya estaba en el vestíbulo y con el móvil en la mano. Temblando, buscó el número de Lövhaga. Estaba entre sus llamadas más recientes, después del teléfono de Trolle. Había llamado a la cárcel esa misma mañana cuando intentaba entrar para hablar con Vanja. Ellinor salió al vestíbulo, llena de curiosidad. Parecía preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—Cállate, ¿quieres?

Ellinor lo miró enfurruñada, pero él no le prestó atención. Había perdido todo interés en sus banalidades. Al otro lado de la línea, reconoció la voz de la secretaria de Haraldsson. Parecía cansada, pero eso también le daba exactamente igual. Sin preámbulos, pidió para hablar con el director de la cárcel. Era importante. Sobre la ambulancia que había desaparecido. Y sobre las consecuencias que tendría que soportar ella si no le pasaba la llamada de inmediato. Se la pasó. Sebastian vio que Ellinor se volvía y regresaba enfadada a la cocina. Esta vez no había tenido que fingir la decepción. Iba con la cabeza gacha en exceso, como para que él notara su abatimiento y se arrepintiera.

Haraldsson contestó después del tercer tono. Parecía cansado, sin fuerzas, como atascado en una serie de fórmulas que había repetido demasiadas veces.

—Aquí el director Thomas Haraldsson. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Sebastian Bergman, de la Unidad de Homicidios. ¿Quién viajaba en la ambulancia que ha desaparecido?

—Preferimos no revelar esa información —dijo—. Se trata de proteger a nuestros...

Sebastian lo interrumpió.

—Te lo preguntaré una vez más y, si no me respondes, me ocuparé personalmente de destrozarte la vida. Ya sabes que conozco al jefe de la Unidad de Homicidios. ¿Sabes a cuánta gente más conozco?

Haraldsson guardó silencio y Sebastian formuló la pregunta cuya respuesta ya conocía.

—Es Hinde, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo pensabas contárnoslo?

Colgó sin esperar la respuesta de Haraldsson. Aún no conocía la hora exacta de la desaparición de la ambulancia y la fuga de Hinde. Pero casi con seguridad habría pasado un buen rato, porque de lo contrario no habrían dado la noticia por la radio. Las noticias debían de tardar bastante en llegar a Favoritos chill out. Hinde disponía de cierta ventaja.

Y Sebastian estaba seguro de que la aprovecharía.

Tenía que localizar a Vanja.

Cuanto antes.

Le encantaba correr. En invierno y en verano. Como la mayoría de sus amigos, había probado una variada cantidad de programas y sistemas para ponerse en forma. Había hecho de todo, desde *spinning* hasta yoga. Pero siempre volvía a correr. Era la actividad que más la cargaba de energía y que le ofrecía más espacio para pensar. Era como si el ritmo de las zancadas y la respiración le despejaran la mente y a la vez la hicieran pensar más y mejor. Además, no era la clase de persona que disfrutara haciendo ejercicio en grupo. Le gustaba sobre todo fijarse metas y plantearse desafíos. Esta vez pensaba correr mucho. Haría el recorrido que solía elegir cuando tenía mucho tiempo. Y puede que incluso diera dos vueltas.

Al día siguiente la esperaban los primeros interrogatorios de Ralph Svensson. Torkel le había pedido que estuviera presente en todos ellos. Solamente había que esperar los resultados preliminares de las pruebas de ADN, ya que a Torkel le gustaba jugar con todas las cartas en la mano.

Bajó por Lidingövägen en dirección a Storängsbotten. La meta era la zona boscosa de Lill-Jansskogen y la pista iluminada que la atravesaba. Los sonidos y los olores de la naturaleza volvían más intensa la experiencia y el suelo era blando, lo que suponía menos carga para las rodillas y el resto de las articulaciones. Mientras aumentaba el ritmo de la carrera, sintió la vibración del móvil en el bolsillo de los pantalones. No siempre lo llevaba cuando salía a practicar deporte, porque por lo general quería correr en paz. Pero, después de lo sucedido, prefería estar localizable, aunque en un primer momento consideró la posibilidad de no contestar. Había llegado a su segunda respiración, con dos inhalaciones cortas y una exhalación larga, y no deseaba parar. Pero podía ser Billy. Quizá había cambiado de idea y quería salir a correr con ella. Habría sido el final perfecto para una buena jornada. Se detuvo y sacó el móvil del bolsillo. Entonces vio el nombre de la persona que la llamaba. Era un número de teléfono que aún no había tenido tiempo de borrar de sus contactos.

El de Sebastian Bergman.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

Podía seguir llamándola tantas veces como quisiera.

No pensaba contestar.

Sebastian llamó a Vanja tres veces seguidas. Las dos primeras no contestó y, la última, rechazó la llamada. Ellinor volvió al vestíbulo con su copa de champán y lo miró con cautela.

Quería hacer las paces.

—¿Seguimos preparando la cena?

Por toda respuesta, Sebastian abrió la puerta del apartamento y, dando un portazo que despertó ecos en todo el edificio, se marchó. De nuevo estaba solo en el mundo real, el mundo donde Edward Hinde volvía a estar en libertad.

Llamó a Torkel mientras bajaba la escalera. Por una vez, Torkel contestó enseguida, pero su tono de voz no era precisamente amigable.

—¿Qué quieres ahora?

Sebastian se detuvo en la escalera.

—Escúchame, Torkel. Hinde se ha fugado.

—¿Qué cojones me estás diciendo?

—Tienes que confiar en mí. Creo que va a atacar a Vanja.

—¿Por qué iba a atacarla? ¿Y cómo se te ha ocurrido que se ha fugado?

Sebastian sintió crecer la frustración en su interior. Detrás iba el pánico, que amenazaba con hacerlo pedazos, pero logró mantenerlo controlado. Necesitaba parecer racional. Si hablaba como si estuviera al borde del colapso nervioso, Torkel no lo escucharía. Y necesitaba que lo creyera. Podía ser cuestión de minutos.

—No se me ha ocurrido que se ha fugado. Lo sé. He llamado a Lövhaga. ¿Tienes un televisor a mano?

—Sí.

—Mira el teletexto. Allí tiene que estar la noticia. Ha desaparecido una ambulancia que efectuaba un traslado de Lövhaga al hospital. En ella iba Hinde.

La seriedad de la voz de Sebastian y su tono tajante convencieron a Torkel. Tenía una contundencia que era difícil de ignorar. Encendió el televisor con el mando a distancia y puso el teletexto de la televisión pública. La noticia era la primera en aparecer entre los titulares del día.

—No dice que sea Hinde.

—Llama al imbécil de Haraldsson si no me crees.

Sebastian echó a andar una vez más. Necesitaba sentir que se movía hacia algún sitio, que estaba haciendo algo.

—Te creo, te creo. Pero ¿por qué dices que va a atacar a Vanja? No te entiendo. Los otros asesinatos iban dirigidos contra ti. ¿Por qué razón iba a elegirla a ella?

Sebastian hizo una inspiración profunda. Se estaban acercando a la frontera que no podía atravesar, pero cada vez le resultaba más difícil guardar silencio, callar lo que sabía.

Lo que con toda probabilidad también sabría Hinde.

La verdad.

—Sencillamente, tienes que creerme. —Fue todo lo que pudo decir—. Por favor, Torkel, créeme. Llámala. A mí no me coge el teléfono.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Torkel, en un tono cargado de desconfianza.

—¿Qué dices? ¡Claro que no! Lo noté en Hinde cuando fuimos a visitarlo. Vanja despierta algo en ese hijo de puta. Yo estaba ahí, con ella. Hinde ha visto que somos colegas. Para él, es suficiente.

Torkel asintió. Quizá no era una idea tan alocada, después de todo. Ella había estado a solas con el preso. Tal vez Sebastian tenía razón.

Vanja había descrito de manera muy vaga y con evasivas la entrevista en la que había conseguido el nombre de Ralph.

Era posible que la situación tuviera mayor riesgo del que Torkel había supuesto, un riesgo que de ninguna manera quería correr.

—La llamo ahora mismo. Nos vemos en la Unidad de Homicidios.

Hubo un silencio. Torkel ya había colgado. Sebastian salió a la calle y se puso febrilmente a buscar un taxi.

Vanja iba subiendo la pendiente más larga del recorrido. Acortó las zancadas y se esforzó al máximo para mantener el ritmo y la respiración. Dos inhalaciones cortas y una exhalación larga. El aire le bajaba hasta el diafragma. Todo iba bien. Se sentía fuerte. Concentrada en la respiración, llegó a la cima. Miró el pulsómetro: ochenta y ocho por ciento de su frecuencia cardíaca máxima. Volvió a sonar el teléfono. Ese tipo no se daba por vencido. Esta vez ni siquiera se molestó en sacar el móvil del bolsillo. Siguió corriendo. El teléfono sonó varias veces más. «Parece que por fin lo ha entendido», se dijo cuando dejó de sonar.

Alargó la zancada mientras mantenía el ritmo de la respiración y dejaba que las piernas trabajaran solas. Se esforzó un poco más, hasta que el pulsómetro marcó el noventa por ciento. Era demasiado pronto para un *sprint*. Todavía le faltaban cuatro kilómetros. Bajó ligeramente el ritmo. Dos inhalaciones, una exhalación.

Siguió corriendo. El sendero cruzaba un camino forestal. Miró a un costado y vio un coche aparcado junto a una pila de leña. Un Toyota gris metalizado, con el intermitente derecho encendido. Tuvo tiempo de dar todavía varias zancadas más antes de comprender lo que acababa de ver. Redujo la velocidad y se detuvo. Descansó unos segundos doblada por la cintura, con las palmas de las manos apoyadas sobre las rodillas, pero enseguida se incorporó. Estaba demasiado ansiosa y no podía esperar. Dejó caer las manos a los lados del cuerpo y cuadró los hombros. Recuperó el control de la respiración mientras volvía al camino del bosque. Ahí estaba. Por lo que podía oír, no tenía el motor encendido. No había nadie en los alrededores.

WTF 766.

Era el coche que estaban buscando, el que habían robado en Brunna. Lo recordaba, porque había oído a Billy comentar con un colega que le resultaba muy gracioso que en Suecia expidieran placas de matrícula con las letras WTF. Eso mismo se lo habría comentado a ella si su relación siguiera como antes y no hubiera tensión entre ellos. El otro le había contestado a Billy que había coches con las letras LOL,[1] por lo que no le extrañaba que también los hubiera con WTF. La gente de la Dirección de Transportes no podía estar pendiente de todas las abreviaturas que se utilizaban en las redes sociales, que además cambiaban sin cesar.

Vanja se adentró en el camino forestal, en dirección al vehículo aparcado, mientras se secaba el sudor de la frente con la muñequera y el de la mejilla con el hombro. Varios insectos empezaron a zumbar a su alrededor, atraídos por el sudor y el calor que desprendía su cuerpo.

El coche estaba vacío. Se hizo pantalla con la mano sobre los ojos y miró a través de la ventana. Algo oscuro se había derramado sobre el asiento del acompañante y había caído al suelo. Posiblemente era sangre. Con mucho cuidado, ya que no tenía guantes, probó a abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Se desplazó a la derecha y miró a través de la luna trasera. Nada. Se incorporó. Cuando se disponía a sacar el teléfono para informar de su hallazgo, percibió el olor.

O mejor dicho el hedor. Era inconfundible.

Siguió desplazándose hacia la parte trasera del vehículo y se situó junto al maletero. En realidad, no necesitaba abrirlo, porque sabía lo que iba a encontrar. Sabía qué, aunque todavía no podía saber quién.

Hedor a cripta. Dulzón, pero penetrante. Un poco metálico.

Olor a cadáver.

Probó a abrir el maletero, con la esperanza de que también estuviera cerrado. Pero no. Se abrió con un chasquido. Vanja se apartó con rapidez, tapándose la boca con la mano. Cuando logró controlar el reflejo del vómito, volvió a mirar, respirando superficialmente y sólo por la boca.

Era un hombre mayor, hinchado, con la piel tensada y de color azul verdoso. Un líquido marrón rojizo fluía de las llagas abiertas, y una sustancia putrefacta le manaba de las fosas nasales y de la boca. La impresión general era de humedad. Parecía casi empapado. Vanja volvió a cerrar el maletero y retrocedió unos pasos. Sacó el móvil del bolsillo.

El último que la había llamado no había sido Sebastian. Sólo ahora veía el número de Torkel.

Oyó un crujido de ramas a su espalda y se volvió rápidamente, tensa y preparada para entrar en acción. A unos seis o siete metros, había un hombre de gran estatura, con la nariz quebrada, el pelo recogido en una coleta y una cicatriz rojiza que le atravesaba el ojo izquierdo y le llegaba hasta la mejilla. Roland Johansson. Era probable que hubiera estado esperando detrás del montón de leña y se le hubiera acercado sin que ella lo oyera. Para ser tan corpulento, parecía ágil. Poco a poco, Vanja empezó a retroceder. Roland siguió avanzando hacia ella. Sin prisa, manteniendo la distancia. Tras unos pocos pasos, Vanja sintió el contacto frío del coche detrás de las piernas. Bajó con rapidez la vista y se volvió otra vez hacia Roland. La adrenalina le aceleraba el pulso. Con el corazón desbocado, empezó a deslizarse hacia la derecha, hasta que ya no estuvo en contacto con el coche. Dio un paso más a la derecha. Estaba en medio del camino. No tenía nada detrás que le cerrara el paso.

Roland Johansson era alto y fuerte.

No tenía ninguna oportunidad en la lucha cuerpo a cuerpo contra él, pero podía huir. El hombre seguía avanzando hacia ella. Un paso más. Vanja retrocedió poco a poco, con calma. Tanteaba el suelo antes de apoyar el pie. Si tropezaba, estaba perdida. Tenía que mantener las distancias, preparada para darse la vuelta a toda velocidad y salir corriendo. De manera súbita. Estaba convencida de que Roland Johansson no sería capaz de recortarle una ventaja de siete metros. Podría huir.

Roland se detuvo. ¡Era el momento! Para perseguirla, tendría que partir de cero. Vanja se volvió y, en ese mismo instante, se impulsó con todas sus fuerzas con el pie izquierdo contra la

dura superficie del sendero. Ya estaba corriendo...

Pero enseguida notó un dolor quemante en el pecho, que no tardó en extenderse por el resto del cuerpo. El pie derecho, que debería haberla impulsado todavía más hacia delante, no hacía más que temblar en el aire, incapaz de apoyarse con un mínimo de firmeza en el camino. Le cedieron las rodillas. Oyó que alguien gritaba a lo lejos y, mientras veía que el suelo se acercaba a su cara, comprendió que el grito había salido de su garganta. La caída debió de hacerle daño, pero no lo notó. El dolor del golpe no fue suficiente para desplazar el que sentía desde hacía unos segundos y que aún le tensaba todo el cuerpo. Las piedrecitas del camino se le incrustaron en la mejilla mientras ella se retorcía en el suelo. A través de las lágrimas, vio una figura que se le acercaba. Parpadeó con fuerza. No sabía si lo había hecho voluntariamente o no, porque el cuerpo aún no la obedecía. Durante unos segundos, lo vio con claridad. Pero era imposible.

No podía ser. Era inconcebible.

Edward Hinde.

Con una pistola eléctrica en la mano.

Sebastian empujó la puerta de cristal y entró en el edificio de la policía. Como ya no llevaba el pase, no llegó más allá de recepción. La agente del mostrador se negó a dejarlo pasar, por mucho que Sebastian gritó y despotricó. Torkel aún no había llegado. Unos minutos después de su primera conversación, había vuelto a llamar a Sebastian para comunicarle que Vanja tampoco respondía a sus llamadas. Parecía bastante más preocupado que antes y le dijo que llamaría a Billy y le preguntaría si conocía el paradero de su colega. En cualquier caso, iba de camino.

De eso hacía ya diez minutos.

Sebastian salió otra vez a la calle, corriendo. Moverse le hacía bien. Sacó el teléfono y bajó hacia Hantverkargatan mientras esperaba a que Torkel contestara. Sonaron varios tonos de llamada y al final lo vio unos metros más arriba, dentro del coche. Colgó el teléfono y corrió hacia el vehículo oscuro, llamando a su antiguo amigo a voces. Los transeúntes se volvieron para mirarlo, pero a él no le importó. Torkel debió de verlo, porque el coche frenó, giró rápidamente para cambiar de dirección y fue a su encuentro. Se acercó al bordillo y se detuvo justo delante de Sebastian. Torkel abandonó su puesto al volante y salió del vehículo.

—Billy cree que ha salido a correr. Es lo que le ha dicho que haría.

—Suele correr por el sendero que hay detrás de la escuela técnica superior.

—¿Estás seguro?

—Sí. Creo que sí —añadió—. Lo ha mencionado alguna vez.

Por supuesto, Sebastian sabía con exactitud por dónde corría Vanja. La había seguido varias veces, no a lo largo de todo el recorrido, pero sí hasta el bosque, y sabía dónde empezaba y dónde terminaba su circuito. Y si él la había seguido, era posible que también lo hubiera hecho Ralph, la sombra del perseguidor. Si era así, Hinde lo sabría.

Sebastian llevaba demasiado tiempo sin moverse. Volvió a sentir pánico.

—¡Tenemos que encontrarla! —gritó y abrió la puerta del coche para entrar.

Torkel intentó calmarlo.

—Billy viene hacia aquí. Lo esperaremos. Ha salido a correr varias veces con ella. Quizá sepa exactamente dónde encontrarla.

Sebastian suspiró. No quería esperar, pero los conocimientos que Billy pudiera tener de la ruta de Vanja podían facilitar las cosas.

—¿Dónde está?

—Llegará en cualquier momento. —Torkel parecía atento y concentrado.

—Mientras tanto, envía a más gente.

Torkel asintió y cogió el teléfono. Sebastian sólo quería ponerse en marcha. Estaba temblando, pero intentó disimularlo. Mientras Torkel ordenaba que una patrulla se dirigiera a Lill-Jansskogen, levantó una mano para señalar a un ciclista que iba hacia ellos. Era Billy. Parecía tan preocupado como ellos por la gravedad del asunto. Se le notaba por el esfuerzo al pedalear. Se encontraron a mitad de camino. Billy respiraba pesadamente.

—Saldremos ahora mismo. Tú conduces, Billy.

Los tres corrieron al coche. En el momento en que ya se disponían a ocupar sus puestos, sonó el móvil de uno de ellos. Por la vibración, Sebastian notó que era el suyo. Lo sacó del bolsillo y se volvió hacia los otros dos.

—Un segundo.

Miró la pantalla. Era el número que estaba esperando. Suspiró aliviado.

—Es Vanja —les dijo a los demás—. ¿Dónde estás? —preguntó al teléfono.

Pero la voz que le contestó no era la de Vanja.

—Hola, Sebastian.

Edward Hinde.

Torkel y Billy vieron que Sebastian palidecía. Se había quedado paralizado, convertido en hielo.

—¿Qué quieres? —logró decir finalmente.

Los otros dos comprendieron de inmediato con quién estaba hablando. Ningún otro habría desencadenado en Sebastian una reacción semejante.

Hinde le hablaba con la calma del vencedor.

—Creo que ya lo sabes. ¿Cuándo pensabas contárselo a ella?

Sebastian se volvió, para apartarse de los dos compañeros. Quería ocultar sus sentimientos. No podía permanecer bajo los focos mientras su vida se iba cayendo a pedazos.

—A primera vista, no os parecéis mucho vosotros dos —prosiguió Hinde—. Pero ya la observaré desde más cerca ahora que tengo la oportunidad de hacerlo.

—¡Si la tocas, te mato!

—¿Seguro que no tienes nada mejor que decir? ¡Qué desentrenado estás, Sebastian! Antes era un placer escucharte. Pero ya he notado que no eres ni la sombra de lo que fuiste.

A través del teléfono, Sebastian casi podía percibir lo mucho que disfrutaba Hinde. Era justo lo que había estado esperando todos aquellos años.

—Cállate, gusano. Estoy harto de tus putos juegos. ¡Ni se te ocurra ponerle las manos encima a Vanja!

—¿No te parece casi poético que tú me hayas detenido después de cuatro mujeres y que yo también haya detenido a Ralph después de la cuarta? Cada vez nos parecemos más tú y yo.

—Yo no mato a mujeres.

—No, solamente las follas. Pero las tuyas te importan tan poco como a mí las mías. No son más que... objetos. Todavía no te has atrevido a llegar hasta el final, pero te aseguro que te gustaría.

Sebastian sintió que se le nublaba la vista. La sola idea de que Vanja estuviera en manos del hombre al otro lado del teléfono era espeluznante.

—Puto demonio enfermo...

Por ese camino no iba a conseguir nada con Hinde. Podía llamarlo lo que quisiera, podía apostrofarlo con todas las palabras del diccionario, pero para él no significaban nada. No eran más que palabras. Ahora Hinde disponía de todas las bazas.

—Y a propósito de llegar hasta el final... ¿Te ves capaz de superar la pérdida de otra hija?

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar el teléfono. Su primer impulso habría sido dejarlo caer y derrumbarse con él hasta el suelo. Dos hijas. Las dos muertas. ¿Por qué razón iba a continuar viviendo?

—Pero quizá puedas encontrarme otra vez, como en los viejos tiempos.

Entonces Hinde colgó. Sebastian bajó el teléfono y se volvió hacia Billy y Torkel, que lo miraban casi tan paralizados como él.

—La tiene Hinde. Quiere que lo busque.

¿De modo que era eso?

No quería vengarse de él a través de terceras personas.

Lo que Hinde ansiaba era una auténtica venganza. Lo quería a él. Quería su vida.

Y eso era algo que, en ese momento, Sebastian estaba dispuesto a aceptar.

¡Si solamente pudiera encontrarlo! Miró a Torkel.

—Tengo que hablar con Ralph.

Torkel sacó del bolsillo el pase de Sebastian y se lo entregó.

—Ven conmigo.

Recordaba las mariposas limoneras de su infancia, que revoloteaban por el prado detrás de su casa. De pequeño, había atrapado unas cuantas. Las colocaba debajo de un vaso de cristal puesto del revés y las observaba con curiosidad mientras intentaban escapar. A veces las dejaba morir dentro del vaso. Otras veces les arrancaba las alas y las dejaba caminar en círculos, mutiladas, hasta que se quedaban quietas, tumbadas con las patitas al aire. El procedimiento no tenía ninguna importancia. Lo que le gustaba era ver la lucha. Disfrutaba viéndolas debatirse por sobrevivir, aunque el desenlace ya estuviera decidido. Había sido un tema recurrente a lo largo de su vida: observar el momento en que la víctima cesaba de luchar y simplemente aceptaba su destino. Pocas personas podían decir lo mismo.

Siguió caminando en dirección a la casa. Hacía tiempo que estaba deshabitada y le parecía bien que fuera así. Las ventanas rotas y la fachada de madera medio podrida encajaban a la perfección en la escena que durante tanto tiempo había imaginado.

Fantaseado.

Soñado.

Ahora por fin se haría realidad. Cuando lo consiguiera, le resultaría muy difícil encontrar una fantasía mejor que perseguir. Porque la chica era de verdad hija de Sebastian. Ya no le cabía ninguna duda. Su reacción por teléfono había despejado las últimas dudas que aún pudiera albergar.

Roland la había llevado hasta la casa desde el coche. Como era fuerte y estaba en forma, se había resistido pese a ir encapuchada y con los brazos y las piernas atados. Al llegar a la casa, se había tensado con todas sus fuerzas para no pasar por el hueco de la puerta, y Edward había notado que Roland había estado a punto de golpearle la cabeza contra la madera maciza del marco, con la intención de que dejara de forcejear. Pero había podido detenerlo en el último segundo. Entonces había sacado la pistola eléctrica. Cuando se la apoyó contra el cuello a Vanja, todo el cuerpo de la chica se había tensado en un calambre y después cayó laxamente en los brazos de Roland. Edward no quería que sufriera ningún daño durante el traslado. Tenía que estar tan limpia y sana como fuera posible. Nada de heridas ni de morados.

Entre los dos, trasladaron la antigua cama de hierro al dormitorio grande. Edward se había alegrado mucho cuando Roland le había contado que aún estaba en la casa. El papel pintado se estaba desprendiendo de las paredes, aunque en algunas partes aún era posible reconocer el dibujo de lirios azules. El aire olía a cerrado y a moho, pero eso no le preocupaba. Ya lo remediaría con un par de velas aromáticas. Colocaron encima del somier el pesado colchón que

Roland había llevado previamente a la casa, acostaron a la chica y, con bridas de plástico, le ataron las extremidades al marco de la cama, asegurándose de que quedara bien sujeta. Estaba sudorosa por la lucha. Hinde le acarició la piel tibia, quería calmarla. Después salió y se dirigió hacia el coche a coger el resto del material.

Roland había aparcado el Toyota justo al lado de la valla. La noche era calurosa y los dos atravesaron juntos la extensión de hierba, que ya empezaba a amarillear a causa de la sequía de los últimos tiempos. Siempre se sentía seguro cuando lo acompañaba el corpulento Roland. Lo había echado de menos. Ahora todo volvía a estar en orden. En cuanto llegaron al coche, Roland extrajo la caja marrón para mudanzas que había viajado en el asiento trasero. Parecía muy pesada. Edward miró a su amigo.

—¿Has traído todo? —le preguntó.

—Sí, pero míralo tú mismo, para asegurarte.

Hinde negó con la cabeza.

—Confío en ti, Roland.

Cogió la caja y la dejó en el suelo, a su lado. Después se volvió hacia Roland, que estaba sacando su cazadora del coche y se disponía a regresar a la casa. Edward lo detuvo.

—Aquí nos separamos. A partir de ahora, me haré cargo de todo. Deshazte del coche, por favor. Deja el cadáver en el maletero.

Roland asintió. Le tendió la mano a Hinde y éste se la estrechó.

—Cuídate.

—Lo haré.

Edward le dio un abrazo a Roland. Un gesto entre amigos. Después, éste se acomodó en el coche gris metalizado, arrancó y se marchó. Hinde se quedó un momento contemplando el vehículo que se perdía en dirección a un bosquecillo. El anochecer había oscurecido las figuras de los árboles, por lo que el coche no tardó en confundirse con ellos. También el ruido del motor dejó de oírse al cabo de un momento. Se hizo el silencio.

Ahora sólo quedaban Vanja y él.

Con un poco de suerte, pronto acudiría también Sebastian.

Levantó la pesada caja y se dirigió hacia la casa medio en ruinas. Tenía mucho que hacer.

La sala era pequeña. Olía a cerrado, a polvo y a sudor. El sistema de ventilación era antiguo y la temperatura rondaba los treinta grados. Sebastian agradeció mentalmente al arquitecto por no haber abierto ventanas en esa parte del edificio. Si el sol hubiera llegado hasta esa sala, el calor habría sido insoportable. Torkel y Sebastian estaban sentados a un lado de la mesa y Ralph Svensson, al otro. Iba vestido con las prendas que les daban a los detenidos. Un poco encorvado. Por un momento, su mirada osciló entre los dos hombres hasta detenerse en Torkel.

—Hablaré sólo con él —le dijo, señalando a Sebastian con un movimiento de la cabeza.

—Tú no eliges con quién hablas.

—De acuerdo.

Ralph volvió a guardar silencio, entrelazó las manos sobre el vientre y bajó la barbilla sobre el pecho. Torkel suspiró. No pensaba dejar que un asunto de orgullo les impidiera conseguir lo que deseaban. Ralph era un vínculo con Hinde, y éste tenía a Vanja, su colega y amiga. No había tiempo para nada más que aquello que los llevara a la solución lo antes posible. Torkel empujó hacia atrás la silla y se levantó. Apoyó una mano en el hombro de su antiguo amigo y, a continuación, se dirigió hacia la puerta. La abrió y se marchó.

En cuanto la puerta se cerró, Ralph levantó la cabeza y miró a Sebastian a los ojos. Enderezó la espalda, cuadró los hombros y se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados sobre la mesa. El psicólogo esperó en silencio. Ralph lo miraba con desdén, como el heredero de Hinde, aunque Sebastian dudaba que hubiera algo de sustancia detrás de esa mirada. Aun así, podía seguirle la corriente durante un rato. Le resultaba muy conveniente que se prolongara ese tenso silencio, porque le daba tiempo para ordenar sus pensamientos, dejar los sentimientos al margen y apartar la preocupación. Las amenazas y las reacciones emocionales no le serían de ninguna ayuda a Vanja. Era preciso sacar a relucir al Sebastian que había sido en otro tiempo.

Frío, flexible y analítico.

La persona que podía marcar la diferencia.

—Sebastian Bergman, por fin nos conocemos.

Ralph había quebrado el silencio al pronunciar una frase que delataba cierta fascinación por su interlocutor. Se alegraba del encuentro. Eso le concedía al otro una pequeña ventaja. Definitivamente, el imitador no estaba a la altura de Hinde.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Sebastian en tono neutro, sin responder al comentario inicial de Ralph ni siquiera con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

El psicólogo se encogió de hombros.

—Es una pregunta sencilla: ¿qué tal te encuentras?

—¿Por qué quieres saberlo?

En realidad, no quería saberlo, pero los años le habían enseñado que era una excelente pregunta para formular en primer lugar. En toda su sencillez, revelaba más del adversario de lo que nadie habría podido esperar. En ese caso concreto, la renuencia a responder podía significar, por ejemplo, que Ralph no estaba acostumbrado a que le preguntaran por sus sentimientos. Se sentía incómodo. O quizá las personas que se lo preguntaban nunca se habían molestado en oír su respuesta y por lo tanto era inútil extenderse sobre el tema. También era posible que Ralph hubiera tenido malas experiencias cuando había expresado sus sentimientos y que su sinceridad hubiera sido castigada. Sebastian no profundizó más. Rápidamente, probó otra estrategia: una leve provocación.

—¿Qué se siente siendo un simple peón en el tablero de Edward?

—Está bien. Mejor que ser nada más que Ralph.

Sebastian asintió pensativo.

«Nada más que Ralph.»

Débil autoestima. Sentimiento de insuficiencia. Quedaba descartado que hubiera acudido a Hinde para confesarle lo que ya había hecho por su cuenta. El hombre sentado al otro lado de la mesa habría sido incapaz de concebir un plan semejante. Nunca habría tenido tanta iniciativa. Sebastian incluso dudaba de que hubiera sido capaz de hacer alguna cosa en la vida. En cambio, la veneración por Hinde encajaba en su carácter. Los recortes de prensa hallados en su casa hablaban con claridad al respecto.

Fama y reafirmación.

Hinde le había dado ambas cosas. A raíz de eso, iba a ser más difícil sonsacarle la información que Sebastian quería. Difícil, pero no imposible. Solamente había que introducir una cuña y resquebrajar el muro de sus defensas.

—¿Sabes cómo te descubrimos?

—Sí.

—¿Sabes quién te delató?

—Sí, ya me lo han dicho.

—Debe de ser extraño saber que te ha traicionado la persona en quien confiabas.

—Si el Maestro tiene un plan y esto forma parte del plan, entonces... —Ralph apartó los brazos del cuerpo y dejó las palmas de las manos hacia arriba. Quien no supiera que había matado a cuatro mujeres, habría podido tomarlo por una persona devota y piadosa—. No soy más que un hombre sencillo que intenta seguir las huellas de alguien más grande —prosiguió.

Sebastian se puso de pie y empezó a dar vueltas por la pequeña y calurosa sala. El tiempo corría. Tenía que hacer un auténtico esfuerzo para no dejar traslucir su nerviosismo. No había ningún atajo y lo sabía.

—Eres algo más. Por eso Edward se aseguró de que acabaras entre rejas.

—¿Lo dices para darme coba?

—¿Por qué? ¿No mereces que se diga nada bueno de ti?

—Todo lo que soy se lo debo al Maestro. También tú, por cierto.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

—Tus libros son la palabra del Maestro. Su historia ha hecho posible tu éxito. Y el mío. Es un gran hombre.

Sebastian escuchaba con atención. Su voz sonaba como si estuviera recitando, como si repitiera un discurso aprendido, un mantra, algo que en otro tiempo había sido cierto, pero que quizá empezaba a desdibujarse. ¿O quizá Sebastian oía simplemente lo que quería oír?

—Entonces ¿pretendes decirme que tú y yo no somos nada más que dos hombrecitos sin importancia? La idea me parece bastante irritante, la verdad.

—La diferencia entre nosotros es que tú te crees capaz de medirte con él, mientras que yo sé que es imposible. —Ralph hizo un gesto de afirmación, como si acabara de descubrir una verdad importante—. El Maestro nos enseña cuál es nuestro lugar en este infierno que es la vida.

Sin prestar atención a la ampulosa retórica, Sebastian se concentró en la esencia. ¿Qué desea hacer la persona que ocupa el lugar más bajo de la jerarquía? Subir.

—¡Pero tú ya has salido de ese lugar! —El psicólogo apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia Ralph—. Has evolucionado. Ahora puedes medirte con él e incluso aspirar a más.

Fama y reafirmación.

Pareció funcionar. Ralph inclinó un poco la cabeza. Le estaba prestando atención. Escuchaba y pensaba. Si todo iba bien, empezaría a dudar.

—¿No te parece interesante que Edward te haya enviado a la cárcel justo cuando empezabas a hacerle sombra? —prosiguió Sebastian.

—Yo no lo veo así...

Quizá no lo hubiera visto antes de esa manera, pero era evidente que ahora la idea se había abierto paso en su mente. Lo notaba. Continuó por el camino marcado, que parecía llevar a algún sitio.

Fama y reafirmación.

—Edward sí que lo ve de esa forma. Te delató por una sola razón: le preocupaba que llegaras a ser más grande que él.

Sebastian notó que Ralph volvía a cuadrar los hombros. Parecía crecer con cada una de sus palabras. Con cada afirmación.

—No lo creo.

«Claro que lo crees —pensó Sebastian—. Ahora lo crees. Puede que seas un psicópata de manual, pero no sabes controlar el lenguaje corporal.»

Sólo tenía que insistir. No dejarlo pensar. Ya había insertado la cuña. Ahora simplemente tenía que resquebrajar las defensas.

—Pregúntamelo a mí. ¿A quién temía yo, a Edward o a ti? ¿Quién de vosotros era mi obsesión? Piénsalo.

Le brotaban las palabras. No necesitaba reflexionar, ni tenía dudas sobre la manera de expresarse. Era la verdad y se alegraba de poder decirla por fin: el miedo que había padecido, lo mal que se había sentido... Solamente tenía que controlar la ira y seguir alimentando el ego de

Ralph. Se le acercó un poco más. Casi le estaba susurrando.

—Fuiste tú el que me hizo daño, el que me impedía conciliar el sueño, el que me hizo dudar de mí mismo. La estrella eras tú. Tú eras el que estaba vivo. ¿De quién hablaban los periódicos? ¿A quién temía toda la ciudad? ¿Quién acaparaba toda la atención?

—Aún la sigo acaparando.

—Pero por poco tiempo. Mientras tú estás aquí encerrado, Edward está ahí fuera. Con la batuta en la mano.

Ralph lo miró con expresión de absoluta sorpresa. Sebastian se había preguntado si estaría al corriente de los planes de Hinde. Ahora recibió la respuesta, sin necesidad de hacerle ninguna pregunta.

—¿Cómo que está fuera? ¿Se ha fugado?

—Sí.

Sebastian notó que Ralph estaba intentando procesar la información. Estaba tratando de que todo cuadrara. Pero no lo consiguió.

—¿No lo sabías? ¿No te lo había contado?

Ralph no contestó. No hacía ninguna falta. Su decepción era inconfundible.

—Es evidente que no quería que lo supieras —prosiguió Sebastian, articulando con cuidado las palabras. Quería que Ralph no se perdiera ni un solo matiz de la traición de que había sido objeto, ni que tuviera tiempo de encontrar una explicación—. Es obvio que quería arrebatarte tu poder. Después de todo, ¿quién te teme ahora?

Ralph levantó la vista y lo miró, casi desconcertado. Sebastian notó que estaba a punto de convencerlo.

—Pero puedes conservar el poder —dijo lentamente, con su tono más sereno y tranquilizador —. Controlar al que te controlaba. Pasar de discípulo a maestro. ¿No es lo que siempre has deseado? Ser como Edward Hinde.

—Yo ya soy mejor que Edward.

«Edward», notó Sebastian con satisfacción. Ya no era «el Maestro».

Ralph lo miró con expresión resuelta.

—Maté a cinco.

Había rebeldía en su voz.

Sebastian sintió un escalofrío. ¿Cinco? ¿Otra mujer más? ¿Una que aún no habían encontrado? ¿Cómo era posible que no lo supieran? ¿Quién podía ser?

—También maté al gordo —explicó Ralph al notar el desconcierto de Sebastian.

Trolle. Sí, Trolle estaba muerto. En realidad, hacía tiempo que lo sabía. Pero aun así, la confirmación fue un golpe duro. Cerró un momento los ojos. Tenía que mantener la concentración. Iba por el buen camino. Ya había derribado varias defensas. Había agrietado los muros. No podía ponerse sentimental. Trolle estaba muerto, sí. No era ninguna novedad. Tenía que aceptarlo y terminar de ganarse a ese hombre.

—El gordo no cuenta.

—¿Por qué no?

—Porque no estaba planeado. —Sebastian notaba que se estaba adentrando en territorio

delicado, pero esperaba haber comprendido suficientemente bien la personalidad de Ralph para que su estrategia funcionara—. No hace falta ninguna capacidad especial para matar a un tipo por la calle —prosiguió—. Cualquier idiota puede hacerlo.

—En el coche —dijo Ralph, tras pensarlo un momento.

—¿Qué?

—Lo apuñalé en el coche. Pero entiendo lo que quieres decir. No formaba parte del ritual.

—Y tú eres mucho mejor que eso.

Ralph miró a Sebastian con afecto. Edward había dicho que Sebastian y él se parecían mucho. Era cierto. Los dos lo veían tal como era. Los dos apreciaban sus cualidades y lo valoraban. Pero Edward lo había traicionado. Había actuado a sus espaldas.

Sebastian notó la mirada casi admirativa de Ralph y le sonrió. Una cálida sensación se extendió por todo su cuerpo. Había hecho diana. Había alcanzado el núcleo inseguro que pedía a gritos reconocimiento. Ahora sólo tenía que insistir.

—¿Cómo te encuentras ahora? Has tenido que asimilar muchas cosas en poco tiempo.

—Curiosamente, me siento más fuerte. —Ralph hizo una pausa, buscó la palabra adecuada y por último hizo un gesto de afirmación—. Más valioso.

—Lo eres. Eres un digno adversario. Ahora sólo tienes que decidir quién será tu oponente. Es la única manera de ganar.

—¿Quieres decir que tengo que enfrentarme con él?

—Eres mejor que Hinde. —Sebastian inspiró una bocanada de aire. Había alcanzado el punto de inflexión. Ya no podía haber más preliminares. Tenía que llegar a algo concreto. Cada minuto era importante para Vanja—. Necesito tu ayuda.

Ralph levantó la vista y lo miró. No salía de su asombro.

—¿Me estás pidiendo que te ayude?

—No hay otra forma de hacerlo. Sin mí, jamás podrás desafiar a Hinde. No serás más que una nota a pie de página en los libros de historia, mientras que Edward seguirá vivo.

—¿Qué quieres que haga?

Sebastian tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Incluso tuvo que controlarse para no sonreír. ¡Joder, qué bueno era! Se alegraba de haber recuperado su antigua habilidad.

—Respóndeme a una pregunta.

—De acuerdo.

—Si Edward no puede estar en casa de la víctima, ¿adónde la llevará?

—¿Sabéis cuál será la próxima?

—Sí.

—¿Ya la tiene?

—Sí.

—Pero ¿no sabéis dónde está?

—No.

Ralph sonrió y negó lentamente con la cabeza. Había recuperado el control, quizá incluso en exceso. Sebastian supuso que pronto los desafiaría a los dos, en lugar de elegir adversario. Era

preciso acelerar, aunque sin dejar de parecer humilde y servicial.

—Deberías leer tu libro —dijo Ralph.

—¿Cuál de ellos?

—El primero. Página 112.

Volvió a sonreír y enseguida soltó una risita entre dientes.

—¿Me estoy perdiendo alguna broma? —preguntó Sebastian, que en realidad ya se dirigía hacia la puerta.

—Estaba pensando que el 112 es el teléfono de emergencias, el número que marca la gente cuando necesita que la salven. Me ha hecho gracia la simbología.

Sebastian ni siquiera se tomó la molestia de hacer un comentario. Abandonó la sala. Albergaba la esperanza de no tener que volver nunca más.

—¿Qué ha dicho?

Torkel se reunió con Sebastian en cuanto éste salió de la sala de interrogatorios, y echó a andar tras él por el pasillo.

—¿Tenéis mis libros por aquí?

—¿Qué libros?

—Los que yo escribí. ¿Los tenéis por aquí, en algún sitio?

—Los tengo yo en mi despacho.

Sebastian apuró el paso, empujó la puerta de la escalera y empezó a subir los peldaños de dos en dos. En el ascensor habría llegado antes, pero sentía la necesidad de moverse. La energía le recorría el cuerpo como una fuerza incontrolable. Torkel tuvo que esforzarse para no quedar atrás.

—¿Alguna novedad sobre Vanja? —preguntó Sebastian, volviendo ligeramente la cabeza mientras avanzaba.

—No. Hemos buscado a lo largo de toda la pista de Lill-Jansskogen. No hemos encontrado nada. —Torkel hizo una inspiración profunda. Empezaba a quedarse sin aliento—. Ha aparecido la ambulancia. Dos muertos y dos heridos. No hay ninguna duda: alguien lo ha ayudado.

—Roland Johansson.

—Quizá sí. Es muy probable.

Sebastian seguía subiendo y sin reducir la velocidad.

—¿Para qué quieres tus libros? ¿Qué te ha dicho?

Torkel respiraba con pesadez entre una frase y otra. Sebastian no le contestó. Siguió subiendo sin detenerse, aunque él también empezaba a jadear.

—¡Sebastian, contéstame!

La voz casi se le quebró. Sebastian se detuvo. Torkel estaba muy preocupado, como era comprensible. Merecía conocer las respuestas que Sebastian pudiera darle.

—Ha dicho que ahí encontraré el paradero de Hinde.

—¿En tus libros?

—En uno de ellos, sí.

—¡Pero si los has escrito tú! ¿No te acuerdas?

Sebastian ni siquiera le respondió. Si se acordara, no se estaría dejando los pulmones en esa escalera. Se habría limitado a decírselo. A veces la preocupación impedía pensar con claridad. Siguió subiendo con Torkel detrás.

Al llegar al despacho de Torkel, Sebastian fue directamente a la estantería de los libros. Reconoció enseguida los tomos marrones con letras amarillas y extrajo el primero. El título era *Parecía una persona muy agradable*, con el subtítulo «Edward Hinde, asesino en serie». La frase se la había dicho un hombre que había trabajado con Edward durante tres años. Como todos los demás con los que Sebastian había hablado durante la investigación, el compañero de trabajo de Hinde no había sospechado de él ni por un momento. No era extraño. Edward Hinde tenía una personalidad en extremo manipuladora y proclive al camuflaje. La mayoría de la gente veía en él sólo lo que él quería que vieran.

—¿Sabes dónde buscar? —preguntó Torkel ansioso.

—Sí. Espera.

Sebastian abrió enseguida el libro por la página indicada y empezó a leer.

Para un asesino en serie como Edward, necesitado de una estructura, la elección del lugar reviste especial importancia. La situación geográfica no es el principal criterio. La distancia desde su casa, las facilidades de acceso y las posibles vías de escape son elementos subordinados al valor simbólico...

Se saltó varias líneas.

La decisión de actuar en el domicilio de la víctima no obedece primariamente a una necesidad de control. En todos los casos, los asesinatos fueron perpetrados en su primera visita a la casa de la víctima. El principal criterio para la elección del lugar del crimen es ante todo su sensación de seguridad. Podría parecer contradictorio que se sienta seguro en un lugar que visita por primera vez. Sin embargo, en un sitio donde las mujeres no esperan que las ataquen es menos probable que ofrezcan resistencia o que puedan huir...

Sebastian guardó silencio y siguió hojeando rápidamente la página.

—Aquí está.

Si por alguna razón no pudiera cometer el crimen en el domicilio de la víctima, lo más probable es que renunciara a hacerlo. Como último recurso, Hinde ha reconocido que podría tratar de recrear —o, mejor aún, revisitar— algunos de los lugares que significan más para él, por ejemplo, el sitio donde comenzaron sus fantasías o la serie de asesinatos.

Sebastian cerró el libro.

—«El sitio donde comenzó la serie de asesinatos» —repitió Torkel—. ¿Dónde fue el primer asesinato?

—No recuerdo la dirección exacta, pero sé que fue al sur de la ciudad, en Västberga o Midsommarkransen.

—Billy lo buscará.

Torkel salió de la sala para ir en busca de Billy, y Sebastian lo siguió.

—Debió de concebir las fantasías en su casa —dijo—, después de la muerte de su madre. Allí empezaron los abusos.

Intercambió una mirada con Torkel. La expectación y la tensión eran casi palpables.

—Su casa está en Märsta.

La madre de Edward, Sofie Hinde, había vivido hasta su muerte en la casa de sus padres, una granja cercana a Rickeby, al norte de Märsta. Allí había crecido Edward. Sebastian había visitado la casa dos veces a finales de los años noventa, cuando estaba escribiendo su primer libro. Ya entonces la había encontrado deshabitada y abandonada.

Torkel y él viajaban hacia el norte por la E-4, en uno de los coches del grupo de operaciones especiales, con las luces azules encendidas. Detrás iban dos grandes furgonetas con el resto de las fuerzas del operativo. Torkel y el jefe del grupo estaban deliberando, con un plano desplegado sobre las rodillas. La policía de Märsta ya había cortado las vías de acceso, pero Torkel había decidido que fuera el grupo de operaciones especiales el encargado de entrar en la casa. Sus miembros tenían la formación, el entrenamiento y el material necesarios. La policía de Märsta cumpliría funciones auxiliares. Era una operación complicada. La casa se encontraba en un lugar apartado, lo que en sí mismo era positivo, pero el terreno abierto a su alrededor volvía difícil la aproximación sin que los descubrieran. Que la rehén fuera policía aumentaba el nerviosismo y la presión para todos. En general, la tensión era el denominador común de ese tipo de operaciones, pero el temor a que algo saliera mal se agudizaba de algún modo cuando la vida de una colega estaba en juego.

Sebastian permaneció callado casi todo el trayecto. Había intentado transmitir al jefe de operaciones todo lo que recordaba de la casa. No era mucho. Se acordaba de que era muy grande, de que tenía dos plantas y estaba muy deteriorada. Conservaba sobre todo en la memoria la imagen del espacio bajo la escalera, donde Edward permanecía encerrado cuando era niño. Era imposible olvidarlo: un lugar frío y desnudo, con una única bombilla colgada del techo, suelo de toscos tablones de madera y un intenso olor a orina rancia. Cuanto más pensaba en aquel lugar oscuro, mayor era su angustia. La idea de que Vanja estuviera en la casa familiar de Edward le resultaba insoportable.

Al pasar por Upplands Väsby, recibieron un mensaje de Billy. Había encontrado en el archivo la dirección de la casa de Midsommarkransen y ya iba en camino hacia allá, con otro grupo de operaciones. Prometía informar en cuanto supiera algo más.

Por lo tanto, ya eran dos los equipos en acción. Con un mismo objetivo: salvar a Vanja. Torkel levantó la vista del plano y miró a Sebastian.

—¿Crees que estará en Märsta?

Sebastian asintió.

—La casa de sus padres tiene que ser más importante que el lugar de su primer asesinato.

Debe de alimentar más sus fantasías.

Sebastian guardó silencio y miró por la ventana. Por un segundo, Torkel pensó en hacer más preguntas, pero prefirió abstenerse. No quería adentrarse en exceso en la mente de Hinde. Prefería no conocer los detalles. Dejarle a Sebastian esa parte del trabajo. A él solamente le importaba encontrar a Vanja. El jefe del grupo operativo se inclinó hacia él.

—Estaremos allí dentro de veinte minutos, como máximo.

Torkel asintió.

Pronto empezaría la acción.

Hinde estaba en la habitación, mirándola. Le había aflojado las bridas de las piernas para quitarle los pantalones de deporte. Como Vanja tenía las piernas fuertes, había tenido la precaución de no soltarle los dos tobillos a la vez. Pero ella no se había movido en ningún momento. No sabía con certeza si estaba consciente o no debajo del saco con que la habían encapuchado. Le tocó las piernas desnudas. Estaban tibias. Le miró las bragas, negras, que sobresalían por debajo de la camiseta gris, y disfrutó unos segundos del momento.

Después, se levantó y fue a buscar la caja de cartón que había dejado en medio de la habitación.

La abrió y sacó con cuidado el camisón que encontró encima de todo. Era de algodón suave y estaba sin usar. Tenía casi los mismos dibujos que el original. El modelo de su madre ya no se fabricaba, y Ralph había tenido que recorrer muchas tiendas hasta dar con ése, al que Hinde había dado su visto bueno. Aunque las flores azules eran un poco más pequeñas, la prenda le producía la misma sensación que los camisones que él solía utilizar en los años noventa.

Lo sacudió varias veces, para airearlo, y después lo colgó del cabecero de la cama. Volvió a la caja y sacó las medias de nailon y el cuchillo de cocina recién comprado. Debajo estaba la bolsa de la comida, pero ya la sacaría más tarde. Primero quería prepararla a ella. Colocó las medias junto al camisón, sacó el cuchillo de su envoltorio y lo probó. Estaba muy afilado y lo sentía bien equilibrado en la mano. La hoja estaba hecha de cien capas de dos tipos diferentes de acero, duro y blando, y podía seccionar sin dificultad la mayoría de los materiales.

De repente, notó que ella se movía. No demasiado, pero de manera tan manifiesta que sólo pudo concluir que estaba consciente. Había llegado el momento del siguiente paso, que no estaba exento de riesgo.

Hinde quería que fuera ella misma quien se pusiera el camisón, quizá no voluntariamente, pero al menos con sus propias manos.

Empezó por atarle el pie izquierdo, que aún seguía libre, con una brida nueva. Ella se resistió un poco, pero él actuó con determinación y pronto consiguió asegurarle la pierna. Se incorporó y decidió utilizar las medias más tarde. Ése sería el segundo paso. Entonces se acercó y se sentó junto a ella en medio de la cama. Los viejos muelles del somier chirriaron y el colchón le pareció demasiado blando e incómodo. Pero nada de eso tenía ninguna importancia, porque de todos modos Vanja no iba a dormir en esa cama.

Cogió el cuchillo y cortó la soga atada a su cintura, que hasta ese momento había mantenido cerrado el saco que le cubría la cabeza y la mitad superior del cuerpo. Agarró el fondo del saco

con las dos manos y, con un movimiento enérgico, se lo quitó de encima. Entonces pudo ver su cara y su cabello rubio. Estaba consciente. La miró con curiosidad. La cinta americana le tapaba la boca y le deformaba ligeramente las facciones, pero era preciosa. Estaba despeinada y tenía la cara un poco enrojecida por el esfuerzo, y había fuego en sus ojos.

—Hola, Vanja —le dijo—. Ya te dije que volveríamos a vernos.

Ella respondió con un gemido de furia y él observó que estaba mirando a su alrededor, para tratar de orientarse. Se inclinó hacia delante y le acarició el pelo, intentando peinárselo con mucho cuidado. Ella hizo un esfuerzo para quitarse de encima la mano de él, sacudiendo con fuerza la cabeza adelante y atrás. Entonces, Hinde la agarró del pelo, para que dejara de moverse, y se acercó todavía más.

—Quiero que hagamos lo que voy a explicarte. —Sacó el cuchillo y dejó que Vanja sintiera su aguzada punta sobre la piel del cuello. Después, se lo apoyó bajo la barbilla, justo por encima de la tráquea, y notó que ella se ponía tensa—. Voy a soltarte los brazos, pero si intentas algo, usaré este cuchillo. Sabes muy bien de lo que soy capaz —prosiguió.

Ella no respondió.

—Di que sí con la cabeza si me has entendido.

Ella no se movió ni un milímetro. Se limitó a mirarlo fijamente.

Hinde le sonrió.

La lucha sería estupenda.

Cada vez le gustaba más esa chica.

Avanzaban agazapados por el bosque. Sebastian veía a los policías que se movían delante de él. El operativo se había dividido en tres equipos. Uno de ellos, al que se habían sumado Torkel y él, llegaría por el este, atravesando la zona boscosa. Otro se situaría al norte, a orillas del lago, y su principal cometido sería cortar las vías de escape y realizar funciones de apoyo. El equipo encargado de irrumpir en un primer momento en la casa sería el que se estaba acercando por el oeste. Sus miembros tendrían que arrastrarse entre las altas hierbas en el último tramo del recorrido, para que no los vieran; pero, como tenían el sol de poniente a sus espaldas, no resultaría fácil distinguirlos desde la casa. El momento crítico de su avance serían los últimos veinte metros, cuando se verían obligados a correr por terreno abierto. Sin embargo, en la situación de emergencia en que se encontraban, no había alternativa. El jefe de la operación dirigía personalmente el equipo del oeste y mantenía contacto por radio con los otros. Había decidido con Torkel que éste y Sebastian avanzarían con el equipo del este, hasta situarse detrás del granero en ruinas, en el límite del prado, y esperarían allí. Desde ese punto tendrían una buena visión de toda la casa principal. A partir de ahí, el equipo del este seguiría avanzando hasta la acequia que discurría delante del granero y se uniría con el del oeste cuando ya hubiera entrado en la casa. El grupo de asalto estaba equipado con granadas aturdidoras, que haría estallar en las diferentes habitaciones, para dejar a Hinde fuera de combate. Se trataba de granadas que no causaban lesiones graves, pero producían un destello y un estruendo de gran potencia, capaz de cegar y ensordecer por unos instantes a cualquier persona presente en el área de acción. La idea era ganar tiempo para impedir que Hinde le hiciera daño a Vanja.

Cuando faltaban una veintena de metros para llegar al granero, Sebastian vio aparecer la casa detrás de una pequeña elevación del terreno. Había empeorado mucho desde la última vez que la había visitado. La maleza había invadido el jardín y las ventanas con los cristales rotos parecían bocas abiertas. Parte de la fachada se había desmoronado y la sensación general era de absoluta desolación. Recordó que la segunda vez que había visitado la finca, los agentes judiciales estaban intentando venderla mediante subasta, pero no encontraban interesados. Las casas de los asesinos en serie no tienen mucha demanda.

Sebastian vio cómo el equipo del norte se acercaba a su posición definitiva. Miró hacia la zona donde debía encontrarse la fuerza de asalto, pero no distinguió a ninguno de sus miembros. Se alegró de que fuera así, porque si él no podía verlos, tampoco se verían desde el interior de la casa. Habría querido formar parte de ese grupo —y a la vez habría preferido no hacerlo—, pero Torkel había sido tajante: iría junto a él en calidad de mero observador. Era una operación para

profesionales y no para aficionados.

Vanja esperó a que Hinde le retirara las bridas de plástico de las muñecas. Trató de sorprenderlo y golpearlo con un movimiento de barrido, pero él la eludió saltando rápidamente y con agilidad hacia atrás. Lo había intentado. Hinde no esperaba otra cosa de ella. Siguió agitando un momento los brazos en el aire, pero muy pronto Hinde se cansó de sus intentos, dio un paso al frente y con el reverso del cuchillo la golpeó varias veces en una de las sienes. Ella se derrumbó otra vez en la cama, sintiendo palpitar de dolor toda la parte izquierda de la cabeza. Era una pulsación caliente, casi como si estuviera sangrando. Cruzó los brazos sobre la cara, para protegerse del dolor. Hinde la miraba con el cuchillo en la mano.

—Puedo ser blando o violento. Tú decides.

«No. Decides tú», pensó ella. Los ojos acuosos de Hinde parecían eufóricos.

Vanja sabía que no tendría ningún problema en matarla. Pero la mirada le decía algo más de él. Le revelaba que estaba disfrutando y que quería ejecutar con ella su ritual. El hecho de que le hubiera tocado el pelo en Lövhaga también formaba parte de ese momento. Sólo ahora lo comprendía. Sebastian había tenido razón desde el principio. Había un motivo para que Hinde hubiese querido verla a solas: ansiaba estar cerca de ella, tocarla... Y ella se lo había permitido. Lo había considerado un precio pequeño a cambio de obtener el nombre de Ralph. Pero ya no lo veía así.

La sensación de ser la víctima inminente, en un lugar que estaba a punto de convertirse en el escenario del crimen, era horripilante. Y lo peor era conocer el significado de cada detalle. Ninguno se le escapaba: las medias de nailon que esperaban a los pies de la cama, el camisón colgado en el cabecero y el cuchillo en la mano de Hinde.

Las otras mujeres habían tenido la suerte de ignorar lo que iba a sucederles.

Pero ella lo sabía.

Conocía cada paso del ritual.

Aun así, ese conocimiento le permitía albergar una brizna de esperanza. De algún modo, el tiempo corría a su favor. Cuanto más consiguiera aferrarse a la vida, más tiempo tendrían los que la estaban buscando. Porque tenía el convencimiento de que la estaban buscando. A Edward Hinde le estarían siguiendo la pista por todas partes. Ya no era un asesino desconocido. No podía fugarse de Lövhaga sin que nadie se molestara en montar un operativo para capturarlo.

La estaban buscando. Seguro que la estaban buscando.

Tenía que creerlo.

De repente, Hinde la hizo sentarse y le quitó la camiseta y el sujetador de deporte que llevaba

debajo. La acometida había sido imprevista y enérgica. Hinde quería empezar. Vanja se había quedado sólo con las bragas puestas. Se arrepintió de que su primer impulso fuera el de cubrirse instintivamente los pechos, ya que de ese modo se mostraba más débil ante los ojos de su captor. Por eso apartó los brazos y permitió que la mirara. De todos modos, no era más que su cuerpo, y ella estaba luchando por su vida. Hinde le arrojó el camisón, que cayó sobre sus rodillas.

—Póntelo.

Vanja bajó la vista para mirar la prenda. Entonces ¿era así como lo hacía? ¿Las otras mujeres se habían puesto el camisón ellas mismas?

—¿Quieres saber una cosa que ha pasado inadvertida para todos, incluido Sebastian? Siempre me he preguntado cómo ha podido ser que no lo notaran, pero supongo que será porque es el menos valorado de los cinco sentidos.

Ella lo miró inexpresiva.

—Tampoco se lo conté a Ralph. Pero pronto lo sabrás, Vanja. Pronto no habrá secretos entre tú y yo.

Dio una vuelta por la habitación y sacó un objeto de otra caja de cartón, un poco apartado. Después regresó.

Llevaba en la mano un frasco pequeño de forma cuadrada. Le sonrió y pulsó varias veces el pulverizador del aerosol sobre el cuerpo desnudo de Vanja. Entonces, ella sintió en el cuello la húmeda neblina del perfume.

—La fragancia favorita de mi madre.

El olor era penetrante.

Vanja lo reconoció enseguida.

Chanel Nº 5.

Las comunicaciones por radio se intensificaron en los últimos minutos. Primero, el equipo del norte había llamado para confirmar que se encontraba en su puesto. Al cabo de un momento, el grupo que iba delante de Torkel y Sebastian anunció lo mismo. Mientras tanto, ellos dos se habían quedado a un costado del granero, desde donde podían ver bien la casa, que parecía tan callada y desierta como al principio. El silencio era casi ensordecedor. Hasta las moscas habían dejado de zumbar. Sebastian se encontraba en estado de máxima tensión. Tenía calor y sentía todo el cuerpo sudoroso. Estaba habituado a los escenarios del crimen, a los interrogatorios y a las conferencias, pero esa situación era diferente de todo lo que conocía.

Allí solamente podía sentir su impotencia. Toda su vida estaba en juego, pero él contemplaba los sucesos desde la tribuna.

—Ya van a entrar —dijo Torkel justo cuando Sebastian vio que seis figuras vestidas de negro se levantaban de entre las hierbas, a cierta distancia de la casa.

Faltaban sólo los últimos veinte metros, el tramo más crítico. Echaron a correr a la mayor velocidad posible, pero sin perder el control. Llevaban todo el material sujeto con cintas adhesivas, de tal manera que el único ruido que producía el grupo era el de la hierba pisoteada por las botas negras.

Sebastian miraba con empecinamiento en dirección a la casa, intentando detectar un mínimo movimiento detrás de cualquiera de las ventanas rotas. Pero no veía nada y ni siquiera sabía si la absoluta quietud debería tranquilizarlo o no.

Los primeros del grupo llegaron a la casa y enseguida apoyaron la espalda contra la pared, al lado de la puerta de entrada. Los otros fueron ocupando sus puestos a medida que llegaban: uno, al lado del gran ventanal de la planta baja; otro, cerca de la puerta de la bodega, y otros dos, con las granadas preparadas en la mano, a los costados de la puerta principal. Sebastian notó que uno de los cascos del grupo que estaba junto a la acequia subía y bajaba. Ellos también estaban tensos y ansiosos por entrar en acción.

Una vez que el equipo de asalto tomó las posiciones predeterminadas, todo el proceso se desarrolló a toda velocidad, como una maquinaria bien engrasada. Sebastian observó que los dos hombres apostados junto a la entrada abrían la puerta y arrojaban las dos granadas aturdidoras al interior de la casa. Casi al mismo tiempo, los que estaban junto a las ventanas los imitaron. Después de un brevísimo instante de silencio, resonaron cuatro estruendosas explosiones de forma casi simultánea. Los destellos iluminaron las ventanas y el equipo irrumpió en la vivienda mientras los hombres que aguardaban junto a la acequia corrían hacia la casa, con más rapidez

incluso que los anteriores. Sebastian salió de detrás del granero, al tiempo que oía nuevas explosiones en la casa y veía una humareda blanca que empezaba a salir por varias de las ventanas destrozadas. De pronto comprendió que se estaban equivocando.

¡Era él quien debería estar ahí dentro!

Hinde lo estaba esperando a él.

Echó a correr hacia la casa tan velozmente como se lo permitieron las piernas y oyó que Torkel le gritaba:

—¡Sebastian! ¿Qué diablos estás haciendo?

Pero él sólo podía correr.

Sentía la hierba bajo los pies. Tropezó y cayó junto a la acequia, aunque se volvió a levantar y siguió corriendo más deprisa aún. Corrió como no lo había hecho en toda su vida. Uno de los policías del segundo equipo lo vio, se volvió e intentó detenerlo con un movimiento de la mano.

Pero Sebastian tampoco le prestó atención. Tenía que encontrar a su hija.

Llegó a la puerta y entró corriendo en la casa en penumbras. El humo era denso y el aire estaba saturado de olor a magnesio y a otros metales. Había corrido hasta quedarse sin aliento y le costaba respirar. Dirigió sus pasos hacia el espacio bajo la escalera. Era el primer lugar en el que había pensado, pero se detuvo cuando vio salir a uno de los policías.

—¿Hay algo ahí dentro?

El agente hizo un gesto de negación.

—No, está vacío. Pero tú no deberías estar aquí.

—¿Había comida ahí dentro?

—¿Qué?

Oyó nuevas explosiones en la planta superior y subió corriendo la escalera. El dormitorio de la madre de Hinde se encontraba en el piso de arriba. Probablemente estarían allí.

El primer piso permanecía más oscuro que la planta baja y el aire estaba todavía más saturado de humo. Le resultaba difícil orientarse y muy pronto ya no fue capaz de saber dónde estaba. Empezó a toser a causa de la humareda, pero aun así siguió buscando el lugar donde pensaba que podía estar el dormitorio. Había escombros esparcidos por el suelo y tropezó con unas tablas sueltas. Se hizo daño en las manos, pero volvió a levantarse. Sentía que estaba desperdiciando el tiempo.

Que la estaba perdiendo.

Dio unos últimos pasos precipitados y entró corriendo en la habitación. En la puerta se tropezó con alguien que estaba saliendo. Asustado, saltó hacia un lado. Era el jefe de operaciones.

—¿Qué demonios haces aquí?

—¿Dónde está Vanja?

El hombre negó con la cabeza.

—Aquí no hay nadie. La casa está vacía.

Sebastian lo miró fijamente.

—¿Qué me estás diciendo?

—No hay nadie en la casa. Está desierta.

Se dirigieron hacia los coches y se reunieron brevemente delante de la casa para poner fin a la operación. Torkel estaba junto al jefe del grupo, dirigiéndose al resto de los policías. Habían registrado la casa de arriba abajo hasta tres veces, y no habían obtenido ningún resultado. Sebastian había inspeccionado el espacio bajo la escalera. Lo había hecho con angustia y se había visto obligado a pedir prestada una linterna a uno de los policías para tener al menos un poco de luz. Olía igual que antes o incluso peor. Pero al menos en apariencia estaba vacío. Había un par de latas viejas de cerveza tiradas en el suelo, pero ninguna bolsa de comida en el lugar donde el joven Edward Hinde, muchos años atrás, solía esconder su reserva secreta de provisiones. Para Sebastian, era una prueba suficiente de que no había estado allí. Hinde jamás se habría saltado ese detalle. La comida oculta era lo único que le daba seguridad. Era el elemento que le infundía valor para ejecutar sus designios. Sebastian estaba convencido de que allí donde estuviera Vanja habría comida guardada con cuidado en un pequeño espacio cerrado con llave. Y allí se quedaría hasta el día en que la encontraran.

Probablemente muerta.

En todo caso, ése era el desenlace más previsible si la búsqueda se seguía desarrollando a la misma velocidad que en ese momento.

Lo único que quería era regresar cuanto antes al edificio central de la policía y empezar de nuevo. Ralph le había mentido. Esta vez Sebastian pensaba olvidar las sutilezas y asegurarse de obtener la respuesta correcta.

Volvió a mirar con enorme frustración a Torkel y al resto de los policías. No entendía por qué se demoraban tanto. ¡Tenían que ponerse en marcha lo antes posible!

Finalmente, terminaron la reunión. Torkel fue andando hacia él, con el móvil en la mano. «Billy», le comunicó a Sebastian por señas, antes de continuar con una conversación en la que sobre todo se limitaba a asentir. Después, levantó la vista hacia Sebastian y negó con la cabeza.

—No han encontrado nada.

—¿Me dejas hablar con él?

Torkel le pasó el teléfono. Al otro lado de la línea, Billy parecía abrumado y rendido.

—Como le he dicho a Torkel, la casa de Midsommarkransen está habitada. Cuando hemos llegado, había una gran reunión familiar, con abuelas, tíos y toda la parentela. Es imposible que estén allí.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

—Estoy volviendo a la oficina. Empezaré a analizar el ordenador de Ralph. Es lo que se me

da mejor.

Billy colgó sin despedirse. No había tiempo para formalidades. Sebastian le devolvió el teléfono a Torkel y se dirigió al primer vehículo, pero el jefe de operaciones lo detuvo justo cuando se disponía a subir. Después de su actuación durante el operativo, tendría que viajar en una de las furgonetas, con los demás. Sebastian no tenía fuerzas para discutir sus estúpidas medidas disciplinarias. Cansado, se encogió de hombros y se dirigió al segundo vehículo de la fila. Esa gente de uniforme siempre se equivocaba en sus prioridades. Los aborrecía a todos ellos. Se acomodó en el asiento trasero y nadie fue a sentarse a su lado. No le importó. Tampoco le apetecía hablar con nadie.

Cuando llevaban un par de minutos circulando y acababan de llegar a la carretera principal, le vibró el teléfono. Todavía lo tenía en modo silencioso después de la operación. Lo sacó del bolsillo y vio que había recibido un mensaje multimedia. Nunca le habían mandado ninguno. El remitente era un número desconocido para él. Dio una inspiración profunda mientras se le hacía un nudo en el estómago y sentía la boca seca a causa de la preocupación. Sabía que el mensaje sería doloroso. Inhaló una bocanada de aire y lo abrió.

Era una fotografía acompañada de un texto breve. La imagen le hizo perder el escaso color que aún conservaba en las mejillas. Era Vanja, desnuda, con un camisón apoyado sobre las rodillas y mirando suplicante a la cámara. Sebastian reconoció el mismo tema que en las fotografías de la pared de Ralph: la perspectiva que evocaba la mirada divina, la piel desnuda y el miedo. Desvió la vista hacia la ventana, para no perder el control, e intentó borrar mentalmente la imagen. Cuando se recuperó, leyó el pequeño texto del mensaje.

La primera de mis treinta y seis fotos. ¿Dónde estás?

Con rapidez, desvió la vista hacia la ventana. Se sentía morir, pero intentó que no se le notara.

Ahora todo dependía de él y no de los agentes uniformados sentados a su alrededor.

Era lo que quería Hinde.

Y era lo que tendría.

Ralph estaba tumbado en la litera de la celda sombría, mirando al techo, cuando oyó unos pasos que se acercaban a toda velocidad por el pasillo y se detenían delante de su puerta. Enseguida se abrió el pequeño ventanuco al mismo tiempo que se oía el ruido de una llave que se insertaba en la cerradura.

—¡¿Intentabas engañarme?! —le gritó Sebastian directamente, sin sutilezas. No tenía tiempo que perder—. Yo creía que conocías a Edward, pero todo lo que me has dicho era una puta mentira.

Ralph se incorporó con rapidez en la cama, animado al distinguir el rostro de Sebastian en la pequeña abertura de la puerta.

—¿No estaba allí?

La puerta se abrió y Sebastian pasó por delante del guardia y entró en la celda. Su mirada bastó como respuesta.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó Ralph.

—A Märsta.

Ralph esbozó una sonrisa y negó con la cabeza, como si el nombre de la localidad lo explicara todo.

—No fue allí donde empezó la historia.

—Edward es un loco rabioso. Puede pensar que la historia empezó en cualquier lugar que se le haya metido en la puta cabeza.

—Pero no ha sido así. Yo sé dónde está.

Era justo lo que Sebastian quería oír. Era el punto al que pretendía llegar. Esperaba que valiera la pena reconocer su fracaso para darle a Ralph la oportunidad de brillar y de demostrar sus conocimientos, pero lo había conseguido incluso antes de lo esperado. Ahora sólo tenía que dar los toques finales.

—¿Dónde está?

—Te lo puedo enseñar.

En la frente de Sebastian se formó un surco de preocupación. Algo en la voz de Ralph le decía que no se refería a mostrárselo sobre un mapa.

—¿Enseñármelo? ¿A qué te refieres?

—A ir contigo.

—No, ni lo sueñes.

Quizá la respuesta había sido dura. Notó que el entusiasmo de Ralph cedía levemente, pero

no pensaba meterse en un callejón sin salida. Era inconcebible ir a ningún sitio en compañía de Ralph.

—Has dicho que yo era como Edward —replicó Ralph, y se puso de pie. Su voz había adquirido una dureza de la que antes carecía—. Has dicho que incluso era mejor que él. Edward nunca te ayudaría si no le dieras nada a cambio. Yo quiero ir contigo.

—¿Quieres estar conmigo cuando lo atrapemos?

—Lo atraparás tú —dijo Ralph, señalando a Sebastian con su huesudo dedo índice. Después, se señaló a sí mismo—. Yo mataré a mi quinta mujer. Seré más grande que él. Seré el más grande.

Dijo las últimas palabras con un tono soñador en la voz y la mirada perdida en la distancia. Sebastian no daba crédito a sus oídos. La locura de Ralph rebasaba todos los límites. ¿De verdad pensaba que iba a dejar que lo acompañara y que asesinara de nuevo? Ralph se volvió otra vez hacia Sebastian.

—¿Querías ser el único que saliera ganando? —le dijo.

Era evidente que había sucedido lo que Sebastian se temía. Ahora los adversarios de Ralph eran Hinde y él. Todos eran sus oponentes.

Volvió a vibrarle el teléfono.

Un mensaje multimedia.

La segunda fotografía.

Sebastian levantó la vista. Hizo una inspiración profunda. Reflexionó. Y en un tiempo asombrosamente breve, comprendió que no había mucho que reflexionar y llamó al guardia de los calabozos, que esperaba fuera, en el pasillo.

—Viene conmigo —declaró Sebastian, señalando con la cabeza a Ralph, que sonrió victorioso y expectante.

El guardia entró en la celda y Ralph se volvió de forma obediente con las manos a la espalda. El hombre lo esposó, lo condujo al pasillo y se lo entregó a Sebastian, junto con las llaves de las esposas. Ambos echaron a andar por el pasillo.

Ralph se equivocaba.

Sebastian era el único que iba a ganar.

A cualquier precio.

Bajaron en el ascensor, sin que ninguno de los dos hablara. No había mucho que decir. Ralph aún parecía insolentemente satisfecho cuando Sebastian lo empujó fuera del ascensor y abrió una puerta metálica de color violeta. Delante de ellos se abría un largo pasaje subterráneo, con tuberías en el techo marcadas con etiquetas verdes y amarillas, y frías paredes interrumpidas cada cinco metros por lámparas blancas semiesféricas, colocadas a ambos lados. Tras empujar a Ralph para que entrara, el otro lo siguió. Sus pasos arrancaban ecos sobre el frío suelo de cemento.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ralph.

—Al garaje.

Tras una veintena de metros, Sebastian se detuvo delante de una puerta blanca, con dos

grandes palancas metálicas de bloqueo que apuntaban a la izquierda. En medio de la puerta podían leerse las palabras REFUGIO DE SEGURIDAD impresas con una plantilla. Debajo, un cartel especificaba que la capacidad de la sala era de sesenta personas.

—Espera...

Ralph se detuvo y el psicólogo giró las palancas hacia la derecha, para abrir la puerta, que se movió con un chirrido estridente. Buscó a tientas en la pared interior hasta encontrar los dos interruptores de la luz. Los encendió y agarró a Ralph por el brazo.

—¿Qué haces? ¿Qué venimos a hacer aquí?

Ralph se resistió, pero Sebastian prácticamente lo arrastró dentro de la habitación, hasta un radiador adosado a la pared, frente a la puerta. Sacó las llaves, le liberó una mano, lo hizo girar noventa grados y le enganchó las esposas al radiador.

—¿Qué haces?

—Edward es muy grande. Pero pasó catorce años encerrado en Lövhaga porque yo lo metí allí...

Sebastian se volvió, se dirigió una vez más a la puerta y salió al pasillo. Nervioso, Ralph contemplaba la puerta. Oyó los pasos del psicólogo, que resonaban por el recinto subterráneo. La sala era de una blancura deslumbrante. Había dos bancos de obra a lo largo de las paredes, pero por lo demás estaba vacía. Sebastian volvió a aparecer por la puerta. Llevaba una vieja silla de madera en la mano.

—Por lo tanto, yo soy mejor —añadió, completando la frase. Colocó la silla delante de la puerta—. Puede que tú también seas mejor que Edward, pero estás esposado a un radiador.

Sebastian se volvió hacia la puerta y la cerró. La sala vacía amplificó el estruendo de la pesada puerta metálica al cerrarse. Entonces giró las dos palancas de bloqueo. Ralph tragó saliva. Estaban encerrados. No le gustaba la idea.

—Por lo tanto, yo soy el mejor de los tres.

Sin darse prisa, con movimientos lentos, Sebastian atravesó la sala para acercarse a Ralph y se situó justo delante de él. A éste le costaba mirarlo a los ojos. No le gustaba la situación. No le gustaba en absoluto.

—Pero ¿sabes lo que no soy? —No esperó respuesta—. No soy policía. Por eso puedo hacer esto.

De repente y sin previo aviso, le propinó un cabezazo brutal en plena cara. La maniobra fue rápida y perfecta. Lo alcanzó con la frente en plena nariz. Se oyó un crujido y empezó a manar la sangre por las dos fosas nasales. Ralph dejó escapar un grito y cayó al suelo. Sebastian se dirigió tranquilamente a la silla y se sentó. Vio que el otro se llevaba la mano libre a la nariz y se quedaba contemplando la sangre, como si no pudiera entender que fuera suya. A él no le había producido el menor placer golpear al recluso, pero era la manera más rápida y efectiva de hacerle comprender que estaba dispuesto a todo. Su estrategia pareció funcionar. Ralph, aturdido y desconcertado, siguió observando la sangre mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Sebastian se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos sobre las rodillas y entrelazó las manos.

—Por lo general, puedo hacerme una idea bastante ajustada de la personalidad de una persona con tan sólo observar el lugar donde vive. He estado en tu casa.

Ralph hacía inhalaciones cortas por la nariz, para detener la hemorragia, lo que lo obligaba a tragarse gran parte de la sangre. Su respiración era pesada y trabajosa. Había tenido el poder y no quería que Sebastian se lo arrebatara. No pensaba permitírselo. Se sentía más fuerte que nunca.

—Todo consiste en prestar atención —prosiguió Sebastian—, descubrir una pauta general en las cosas pequeñas, observar el conjunto. No has puesto persianas ni cortinas en las ventanas, ni siquiera en tu dormitorio. Tienes una linterna en el cuarto de baño, otra junto a la cama... De hecho, hay una en cada habitación, y tienes un cajón lleno de pilas y bombillas de repuesto. —Hizo una pequeña pausa de efecto—. No sé por qué, pero tengo la impresión de que no te gusta la oscuridad.

La mirada del otro le confirmó que tenía razón.

—¿Qué pasa en la oscuridad, Ralph? ¿Qué aparece? ¿Qué te da tanto miedo?

—Nada...

Había sido casi un susurro.

—En ese caso, no te importará que apague la luz aquí dentro, ¿verdad?

Sebastian se incorporó y se volvió hacia los dos interruptores de la pared. Ralph no respondió. Tragó saliva, rehuyendo la mirada de su captor. Éste observó que tenía la frente perlada de sudor, aunque no hacía calor en la sala.

—Por favor... Yo sé dónde está —dijo Ralph en tono suplicante.

—Te creo. Pero como ya le dije a Edward, estoy cansado de jugar con psicópatas.

—No pretendo jugar.

—No puedo arriesgarme.

Sebastian bajó uno de los interruptores y una fila de lámparas se apagaron. Ralph lanzó un grito.

—Será tal la oscuridad, que no sabremos si tenemos los ojos abiertos o cerrados.

«Lo mismo que en el otro sitio —pensó Ralph—. En el sótano. Con ellos.»

Sacudió la cadena, intentando soltarse.

Comenzó a hiperventilar. Sebastian dudaba. La reacción de Ralph era más intensa de lo que había previsto. Era evidente que sufría un ataque de pánico. Pero estaba obligado a seguir adelante. Tenía que hacer absolutamente todo lo que estuviera a su alcance, porque de lo contrario jamás se lo perdonaría. Recuperó en su mente la imagen de Annette Willén. Si no hubiese sido suficiente, habría podido mirar las fotos de Vanja en el teléfono.

Pero no le hizo falta.

Apagó la luz.

Ralph empezó a jadear, pero enseguida contuvo el aliento. Se apoyó contra la pared y se agachó tanto como pudo, hasta quedarse hecho un ovillo. Intentó no hacer ningún ruido, pero se daba cuenta de que producía un gemido desesperado al respirar. ¿Sería una franja de luz lo que estaba viendo, o era sólo una imagen memorizada por su cerebro? ¿Se estaba abriendo la puerta? Sí, no había duda. Estaban entrando. Desnudos. Lo habían encontrado. Las personas con máscaras de animales. Los animales de cuerpo humano. Respiraban. Susurraban.

—¡Enciende la luz! ¡Te lo suplico, enciéndela!

Un débil rayo de luz le incidió en la cara. Era la linterna del teléfono de Sebastian. Ralph se

volvió directamente hacia ella, intentando recibir tanta luz como fuera posible. Veía a las bestias con cuerpo humano que acechaban entre las sombras, a su alrededor. Esperaban de pie, balanceándose. Bailaban con pasos extraños y silenciosos. Aguardaban en la oscuridad a que las sombras volvieran a envolverlo, para poder acercarse un poco más.

A su alrededor. Encima. Dentro.

—¿Dónde está Edward? —preguntó Sebastian, invisible detrás de la luz.

Entonces apagó la linterna.

—Apagada —dijo.

La oscuridad se abalanzó sobre Ralph.

—Encendida.

Volvió la luz.

—Apagada.

Se fue otra vez.

—Encendida. ¿Qué prefieres?

Ralph no podía responder. Apenas podía respirar.

—Apagada.

Ralph contuvo el aliento. En la oscuridad reinaba un silencio sepulcral. A excepción de los susurros. Los pasos amortiguados. Los cuerpos que se movían. No estaba solo. Nunca estaba solo.

—Sebastian...

No hubo respuesta. Algo le agarró una pierna. Ralph gritó. Se sintió transportado al pasado.

A aquella época.

A ellos.

Lo rodeaban por completo. No eran un mero recuerdo. Percibía sus olores y sabores. Oía los ruidos. Estaban allí. Lo habían agarrado. Eran brutales. Había pasado mucho tiempo. Aun así, no se acabaría nunca. Intentó quitárselos de encima. Giró sobre sí mismo, se retorció, agitó los brazos y dio patadas a su alrededor. Sintió un dolor quemante cuando el metal de las esposas le desgarró la piel, y entonces golpeó el radiador con la cabeza. Volvió a tirar con fuerza y algo se le rompió dentro de la muñeca. Pero no le importó. No podía gritar más de lo que ya estaba gritando.

De pronto, se encendió la luz y bañó todo su cuerpo: una luz blanca y deslumbrante que se derramaba sobre él desde lo alto. Sebastian se le acercó y Ralph le sonrió agradecido.

—¿Dónde empezó, Ralph? Dime dónde fue.

Ralph quería decírselo. Quería gritarlo. Pero solamente le salió un murmullo entrecortado. Sebastian se inclinó hacia él.

—Åk-er-sst...

Sebastian se le aproximó un poco más todavía, hasta sentir el aliento cálido de Ralph sobre la oreja. Su voz no era más que un susurro. Lo escuchó con atención y se incorporó.

—Gracias.

¿Qué podía decirle? No se sentía precisamente orgulloso. Pero había dicho muchas veces que habría hecho cualquier cosa por recuperar a su hija pequeña. Lo mismo le ocurría ahora. Estaba

dispuesto a todo para no perder otra hija más.

Se dirigió hacia la puerta, giró las palancas de bloqueo y la abrió. Después se volvió hacia Ralph, sentado en el suelo. La sangre le cubría la cara y le corría por un brazo. Tenía el pelo pegado a la frente y la mirada vacía.

Sonó otra vez una vibración en su móvil.

La tercera fotografía.

Apagó las luces y salió de la habitación.

Nada. Nada. Nada.

Tan pronto como había regresado de Märsta, Torkel había enviado varios coches policiales a los otros tres escenarios de los crímenes que tuvieron lugar en los años noventa, solamente para asegurarse. Pasara lo que pasase, nadie podría decir —y menos aún él mismo— que no había hecho todo lo posible. Por eso también había enviado patrullas a Bromma, Nynäshamn, Tumba y Liljeholmen, donde se habían producido los últimos cuatro asesinatos. No pensaba que Hinde fuera a actuar allí, puesto que eran los lugares de Ralph y no tenían ninguna conexión emocional con Edward; sin embargo Torkel habría enviado coches policiales al último rincón de la Tierra si hubiera visto en ello una mínima posibilidad de salvar a Vanja. Se trataba de una compañera secuestrada por un asesino en serie fugado de la cárcel, aquejado de un trastorno neurótico de carácter sexual. Nadie podía esperar que considerara el caso como si fuera una simple desaparición y tampoco lo estaba haciendo. Estaba movilizando todos sus recursos y, además, varios colegas se habían ofrecido de forma voluntaria para colaborar en su tiempo libre. El despliegue era gigantesco, pero todavía no había dado ningún resultado. Todas las patrullas habían llamado ya para informar.

Nada. Nada. Nada.

Nada en ninguna parte.

Torkel empezó a pensar en el siguiente paso. Su mejor y única baza era Ralph. Aunque no quisiera hablar con él, iba a tener que hacerlo. Si sabía algo, Torkel estaba convencido de poder sacárselo. Salió del despacho y se dirigió a los calabozos. La celda de Ralph estaba vacía, por lo que fue en busca del guardia.

—¿Dónde está Ralph Svensson? ¿Lo sabes?

—Uno de sus hombres ha venido a buscarlo hace una hora, aproximadamente, y se lo ha llevado.

Torkel no necesitó preguntar cuál de sus hombres se lo había llevado. No había vuelto a ver a Sebastian desde que habían regresado de Märsta. Lo había visto salir corriendo de una de las furgonetas en cuanto habían llegado y, desde entonces, había desaparecido. De eso hacía poco más de una hora. Torkel sacó el teléfono. Sebastian respondió al primer tono de llamada.

—Sí...

—¿Dónde demonios está Ralph?

—Tranquilo. Está en una especie de refugio antiaéreo que hay en el sótano. Puedes bajar y encenderle la luz si quieres.

Torkel respiró aliviado. Estaba dispuesto a llegar muy lejos para conseguir la información que Ralph podía estar ocultando, pero sabía que Sebastian era capaz de llegar todavía más lejos.

Incluso demasiado. Por un momento, había temido que Sebastian se hubiera llevado a la calle al presunto asesino en serie.

—¿Dónde estás? —preguntó, más que nada por curiosidad.

El breve silencio que se produjo le hizo comprender enseguida que la respuesta no iba a gustarle.

—Ahora no te lo puedo decir.

Había acertado. Volvió a sentir otra vez la misma preocupación. Ralph estaba encerrado en el sótano y Sebastian se había marchado sin decir nada. Eso sólo podía significar una cosa: que estaba a punto de llegar todavía más lejos de lo que Torkel había imaginado.

—Tú sabes dónde está Edward —afirmó Torkel secamente.

—Sí.

—Dame la dirección. Quédate donde estás y espéranos.

—No.

—¡Por todos los demonios, Sebastian! ¡Haz lo que te ordeno!

—Esta vez no.

«¿Esta vez?», pensó Torkel. ¡Como si alguna vez hubiera hecho lo que Torkel le ordenaba! O lo que le ordenaba cualquier otra persona. Aceptar órdenes no era el punto fuerte de Sebastian Bergman. Como tantas otras cosas.

—No puedes ir tú solo a enfrentarte con él. —Torkel hizo un último intento de razonar con Sebastian. Trató de pulsar las teclas adecuadas para convencerlo—. ¡Suicídate tú si quieres, pero piensa en Vanja!

—Es lo que hago.

Sebastian guardó silencio. Torkel no sabía qué hacer. Podía suplicarle, gritarle o insultarlo, pero sabía que todo sería inútil.

—Lo siento, Torkel, pero esto es algo entre Hinde y yo.

Entonces, Sebastian colgó.

Los faros del coche iluminaron un cartel donde se leía ÅKERS STYCKEBRUK, con una flecha que señalaba a la derecha. Sebastian puso el intermitente y giró.

Fuera cual fuese el desenlace, pronto terminaría todo.

Torkel tuvo que controlarse para no arrojar el teléfono contra el suelo. Imbécil de mierda. Se refería a Sebastian, por supuesto, pero también a sí mismo. Tendría que haberlo echado a patadas. No debería haberle permitido que volviera. Ni esa última vez ni ninguna de las anteriores. ¿Cómo era posible que no aprendiera?

Antes de salir de la zona de los calabozos, les comunicó a los guardias dónde podían encontrar a Ralph Svensson. Les ordenó que fueran a buscarlo y lo llevaran a una sala de interrogatorios. Él mismo acudiría dentro de cinco minutos, pero antes tenía que movilizar a todos sus efectivos para que encontraran a Sebastian. Seguramente habría cogido un coche

prestado. En el mejor de los casos, podrían localizarlo con el GPS; pero, de no ser así, había que averiguar quién le había prestado el coche y transmitir a todas las unidades el modelo, la marca y el número de registro del vehículo. Torkel se aseguraría de que lo buscaran por toda la puta región. El guardia lo llamó justo en el momento en que entraba en su despacho. Habían encontrado a Ralph Svensson, pero no estaba en condiciones de soportar un interrogatorio. Se encontraba consciente, pero no reaccionaba. No respondía cuando le hablaban ni cuando lo movían. Lo habían golpeado o se había lesionado a sí mismo. Tenía heridas en la cara y en la cabeza, y una muñeca fracturada. Iba camino del hospital.

Torkel soltó una maldición. ¿Qué cojones había hecho el imbécil de Sebastian? ¡Malos tratos a un detenido! De ésa no iba a librarse tan fácilmente. Torkel se ocuparía en persona de que recibiera el castigo que merecía.

—Torkel —lo llamó Billy desde la puerta, y él se volvió como movido por un resorte.

—¿Qué pasa?

—He encontrado algo en el ordenador de Ralph.

Billy había trabajado con absoluta concentración desde su llegada de la casa de Midsommarkransen, en parte porque de verdad quería colaborar y en parte porque el trabajo lo ayudaba a no pensar en lo que podría haber ocurrido si hubiera salido a correr con Vanja, si hubiera aceptado su invitación y hubiera sido para ella el amigo que debió ser. Unas horas atrás, Torkel se lo había llevado aparte y le había dicho que si hubiera salido a correr con ella por Lill-Jansskogen, con toda probabilidad serían dos los policías desaparecidos por los que tendrían que preocuparse. Billy le había respondido que sí, por supuesto. Tenía sentido lo que decía Torkel, pero también era razonable pensar que Vanja y él habrían podido estar sentados allí mismo, trabajando juntos, si él no hubiera rechazado su invitación. Habrían podido capturar a Hinde. Sabía que era inútil y contraproducente pensar de esa manera, pero se sentía culpable. Estaba obligado a hacer todo lo posible para encontrarla antes de que fuera demasiado tarde. Todos los que trabajaban en el caso sabían que Vanja iba a morir, pero nadie se atrevía a decirlo. La única duda era el tiempo de que disponían. Incluso era posible que ya fuera demasiado tarde. Pero el trabajo lo ayudaba a apartar de la mente ese tipo de pensamientos, que lo paralizaban. Por eso se había sumergido en el disco duro destrozado del ordenador de Ralph. Y había obtenido resultados.

Torkel siguió a Billy hasta su despacho. Éste se sentó en la silla y Torkel se inclinó para ver mejor la pantalla.

—Se comunicaban a través de una página web, <fygorh.se>, que tenía incorporado un programa de chat. He conseguido reconstruir algunos fragmentos de su conversación.

—Ve al grano.

Torkel estaba impaciente. Su manera de comunicarse le era indiferente; quería conocer el contenido de sus conversaciones. Billy le señaló la pantalla.

—Mira... Ralph le habla aquí de una casa de campo que solía frecuentar con su abuelo. Es todo bastante incoherente, con personas que parecen animales y...

—Muy bien, de acuerdo. ¿Es ahí donde están ahora? —insistió Torkel.

—No, pero Edward le contestó. Escribió una respuesta bastante larga sobre la importancia de

no olvidar. Le habló de un tío suyo, con el que su madre y él solían pasar el verano cuando él era pequeño. Parece ser que ese tío nunca le puso la mano encima a Edward, pero traumatizó de forma grave a su madre. Hinde relaciona los abusos que sufrió su madre con sus propias vivencias. Mira aquí.

Billy señaló la pantalla, un poco hacia abajo.

Creo que fue ahí donde empezó todo.

—¿Sabemos dónde está?

—He investigado a la madre de Hinde y he encontrado a su hermano. Vivía en Åkers Styckebruk. Ya murió.

—¿Tienes la dirección?

—Claro.

Torkel pensó que una nota con la dirección escrita habría bastado, pero entendía a Billy. Comprendía que quisiera saldar su deuda y demostrar que había trabajado duramente y había hecho todo cuanto había podido. Entendía muy bien sus sentimientos. Le dio una palmada en el hombro a su joven colega.

—Buen trabajo.

Antes de salir de la oficina, ya tenía preparada la fuerza de asalto.

Al principio no había entendido qué hacía con el móvil en la mano. Todo había sido demasiado rápido. Pero cuando bajó la mano con el teléfono, le sonrió y le pidió que se pusiera el camisón, se dio cuenta de que había usado la cámara. Sintió rabia. Tendría que haberlo visto. Pero no lo había notado, porque la había fotografiado con el móvil y no con una cámara corriente. Lo miró con furia. Iba a tener que ser él quien le pusiera el camisón. No había ninguna posibilidad de que se lo pusiera ella voluntariamente. Sabía que la serie de fotografías de la víctima formaban parte de su fantasía, y las cuatro series que había visto en casa de Ralph empezaban todas de la misma manera: con la mujer desnuda y desamparada, justo como estaba ella en ese momento. La siguiente sería con el camisón puesto y ella lo sabía.

Tenía que asegurarse de que tardara mucho tiempo en tomar esa foto. Ya se ocuparía ella de que fuera así.

Le respondió con un gesto de negación y se retorció para alejarse de él tanto como pudo, pero Hinde la sujetó con fuerza contra la cama y la amenazó a la vez con el cuchillo y la pistola eléctrica. Ella trató de oponer suficiente resistencia para que la lucha se prolongara, pero no tanta como para que él se decantara por el uso de una de las dos armas. Era un difícil juego de equilibrios, que consistía en luchar y debatirse tanto como fuera posible, ofreciendo al mismo tiempo a su oponente la sensación de que estaba próximo a la meta y de que la victoria era inminente, para que no decidiera dejarla fuera de combate de una vez por todas.

Todo por ganar tiempo.

Entonces, de repente, lo sintió. Algo duro y afilado que sobresalía a través del colchón, del lado derecho de la cama, le había hecho un rasguño en la mano derecha. Hinde le había puesto el camisón encima de la cara y ella se había desplazado a la derecha todo lo que había podido, para zafarse. Buscó otra vez el objeto afilado. Quería ver qué era, pero no lo consiguió desde la posición en la que se encontraba. El ángulo no se lo permitía y además el camisón le tapaba gran parte del campo visual. Intentó buscarlo a tientas. No lo encontró porque su mano derecha ya no llegaba al borde de la cama. Decidió redoblar la lucha, esta vez con el propósito de acercar la mano al objeto puntiagudo. Lanzó un grito sofocado y lo intentó. Levantó el cuerpo con la fuerza de las piernas, se tensó como una tabla y por un segundo pareció desequilibrar a su oponente. Se lanzó hacia la derecha y sintió que su mano volvía a llegar mucho más lejos. Buscó febrilmente con los dedos por el borde del colchón, con la esperanza de que el objeto afilado estuviera suelto. Mientras tanto, Hinde volvía a presionarla con fuerza contra la cama, para tratar de recuperar el control. Ella se lo permitió, pero mantuvo la mano derecha aferrada con fuerza al límite de la

cama, para asegurarse de no perder el contacto con el borde del colchón. Su estrategia funcionó. Dejó que Hinde le pusiera un poco más el camisón por la cabeza al tiempo que ella volvía a buscar a tientas el objeto afilado. Notó que Hinde desgarraba el camisón en el intento de ponérselo, y ella trató de apartarlo con el brazo izquierdo mientras seguía buscando con la mano derecha. De repente, volvió a sentirlo. Era duro y afilado. En la refriega, perdió el contacto con el objeto metálico, pero ya sabía más o menos dónde estaba, y pronto consiguió tocarlo de nuevo. Resultó ser un muelle del colchón, que se había soltado. Lo aferró entre el índice y el pulgar, y tiró con fuerza, pero no consiguió extraerlo. Entonces cambió de táctica y empezó a retorcerlo y a balancearlo adelante y atrás, para debilitarlo por la base. Adelante y atrás. Varias veces y tan rápido como pudo.

Por último, consiguió sacarlo y lo escondió en la palma de la mano.

Dejó que Hinde le pasara el camisón por la cabeza, para que se concentrara en ella. Lo consiguió. La miró con furia y volvió a empuñar el cuchillo.

—Pienso utilizarlo —le dijo.

Ella asintió débilmente. Lo dejó ganar. Se rindió. Se incorporó en la cama para terminar de ponerse el camisón, con el muelle roto escondido en la mano derecha. Mientras se bajaba la prenda por el cuerpo, soltó el objeto metálico entre las piernas y lo ocultó debajo de la falda del camisón. Lo sentía entre los muslos como una pequeña molestia, fría y afilada.

Pero era todo lo contrario de una molestia.

Era su esperanza.

Hinde le hizo otra foto con su teléfono móvil. Entonces volvió a acercarse y cortó la brida de plástico que la ataba a la cama por el tobillo derecho.

—Date la vuelta.

Vanja sabía lo que le esperaba después. Hinde quería tenerla boca abajo. Primero pensó ponérselo difícil, pero entonces comprendió que tendría mayores probabilidades de conservar el muelle metálico si lo hacía ella misma. Colocó la pierna izquierda sobre la derecha, apretó el muelle con los muslos y dejó que el resto del cuerpo siguiera el movimiento. Gritó de dolor cuando la brida de la pierna derecha se le clavó en la carne, pero sintió que el muelle roto acompañaba el giro cuando cayó sobre el vientre.

Hinde se le sentó a horcajadas sobre las piernas y con las medias de nailon empezó a atarle las manos a la espalda. Después puso a prueba la solidez del nudo. Era como si su ritmo hubiera decaído al verla allí tumbada, lista para pasar a la fase siguiente. Se incorporó y se situó a los pies de la cama. Le cogió el pie izquierdo y se aseguró de que las piernas quedaran bien separadas. A continuación, le ató el tobillo al marco de la cama con una media. También le ató el pie derecho a la cama, antes de cortar la brida de plástico. Satisfecho con su trabajo, fue hacia la caja de cartón. Vanja lo vio agacharse y sacar los diferentes paquetes y envases en perfecto orden. Los reconoció en cuanto los vio. Era su reserva de comida. Hinde salió de la habitación cargado con las provisiones.

Iba en busca de un espacio pequeño que pudiera cerrarse con llave.

Vanja empezó a levantarse el camisón con las manos atadas, para tratar de alcanzar el pequeño muelle metálico oculto entre los muslos.

Esperaba que Hinde tardara un rato en volver. Necesitaba tiempo.

El camino de tierra por el que circulaba, solitario e invadido por la maleza, serpenteaba por un bosque que pronto fue sustituido por prados que se extendían a ambos lados de la carretera. Un poco más allá, distinguió algo que sólo podía ser una casa. Los faros halógenos iluminaban los matorrales y le infundían la sensación de ir navegando por un mar de hierba seca y amarilla. El reflejo de la luz le impedía ver con claridad algo más que los contornos oscuros de la casa.

Pronto llegó a una valla, al lado de lo que parecía ser un área improvisada de cambio de dirección. Se detuvo, apagó el motor, se bajó del vehículo y esperó a que los ojos se le habituaran a la oscuridad. Contempló detenidamente la casa. Parecía desierta. No había luces encendidas.

Pasó con cuidado por encima de la valla y pudo ver con claridad la construcción recortada contra el cielo nocturno. Se encontraba a un centenar de metros de distancia. Era grande, pero no invitaba a acercarse. La luz de la luna proyectaba un fulgor azulado sobre el tejado y la fachada. Al cabo de un momento, consiguió distinguir los huecos oscuros de las ventanas. Echó a andar. En varias de las aberturas distinguió el brillo débil y tembloroso de una vela encendida. Era como si la oscuridad interior adquiriera de repente tenues matices anaranjados y unas pequeñas sombras se agitaran sobre los muros y las ventanas. Entonces supo que había llegado al sitio que buscaba.

Se acercó un poco más.

La hierba seca crujía con cada uno de los pasos que lo conducían a su destino.

Si tenía suerte, podría ofrecer su vida a cambio de la de Vanja.

Si no, los dos llegarían esa noche al final del trayecto.

Vanja había conseguido levantarse el camisón y arquear lo suficiente la espalda hacia atrás para llegar hasta los muslos con las manos atadas y agarrar otra vez el muelle. Ahora lo tenía oculto en la mano derecha. Solamente podía usarlo para tratar de cortar las medias cuando Hinde salía de la habitación, lo que no sucedía a menudo. Se había marchado un momento para encender las velas, pero el resto del tiempo estaba con ella. Parecía esperar a alguien. Era como si el ritual, tan importante en las ocasiones anteriores, se hubiera vuelto secundario. Más que nada, daba vueltas por la habitación, como si montara guardia.

Vanja tuvo la sensación de haber dejado de ser la protagonista. Si estaba allí, era por una razón diferente de la que había supuesto al principio. Pero eso no le importaba. Sentía el extremo puntiagudo del muelle contra la palma de la mano y sólo esperaba que Hinde se marchara otra vez y poder continuar. Hasta ese momento sus esfuerzos no habían producido ningún resultado tangible. Seguía teniendo las manos firmemente atadas. Además, empezaba a sentirlas frías, porque las medias anudadas dificultaban la circulación de la sangre. Su mayor preocupación era el creciente cansancio que notaba en los músculos. Se preguntaba cuánto más podría resistir.

Si Hinde saliera de la habitación...

Pero seguía ahí. Silencioso e inmóvil.

Sebastian miró por la ventana rota que encontró junto a la puerta y vio lo que debió de haber sido la cocina de la casa. Estaba sucia y las paredes estaban llenas de pintadas. Alguien había arrancado el fregadero y se lo había llevado. Una vieja cocina de leña de comienzos del siglo pasado resistía en un rincón, iluminada por la luz de la luna. Más lejos, Sebastian notó el fulgor de una vela, que era probable que estuviera encendida en la habitación contigua. Prestó atención, pero no consiguió oír nada. Entonces se dirigió hacia la puerta, que estaba abierta. El suelo estaba sembrado de cristales rotos. Enderezó la espalda.

Había llegado el momento de anunciar su llegada.

La puerta chirrió cuando la empujó para entrar en el pequeño vestíbulo oscuro.

—¡Edward, ya estoy aquí! —gritó, y después se quedó quieto, atento a oír cualquier reacción.

No hubo ninguna. La casa estaba tan silenciosa como antes.

Era evidente que Hinde aún no estaba listo para hacer su aparición.

Fue hacia la izquierda y entró en la cocina que había visto desde fuera. La mitad del suelo se había hundido, por lo que se vio obligado a bordear el agujero oscuro abierto en medio de la habitación. El ambiente olía a cerrado y a moho. Dirigió sus pasos hacia la luz temblorosa de la sala contigua. Era amplia y bastante impresionante, y quizá en otra época había sido el comedor de la casa. Una extensa mancha negra sobre el suelo de madera clara marcaba el lugar donde en otro tiempo debió de haber una alfombra. El papel pintado de las paredes se había levantado en diferentes sitios y había empezado a desprenderse a tiras. Era como si las paredes tuvieran brazos tendidos hacia él. Encima de una vieja estufa de hierro ornamentado ardía una vela solitaria, adherida a la base por su propia cera. Podía seguir por dos caminos. Delante de él, se extendía otra gran habitación, semejante al comedor donde se encontraba. A la derecha, había un pasillo que se internaba en la casa. Sebastian distinguió el fulgor de otra vela en esa dirección. Quizá la idea era seguir las luces.

En cualquier caso, fue lo que hizo.

Vanja oyó la voz. Al principio, no consiguió reconocerla o, mejor dicho, no logró ubicarla en el contexto en que se encontraba.

Se volvió hacia Hinde y entonces comprendió que había oído bien. Su cara resplandecía de expectación y la miraba con una de las expresiones más intensas y concentradas que Vanja hubiera visto en su vida. Era la voz que Hinde estaba esperando. La había esperado mucho, muchísimo tiempo.

Hinde empuñó el cuchillo, se deslizó hacia la puerta y salió de la habitación. Ella se quedó mirando la puerta vacía, olvidando por un segundo el objeto afilado que tenía en la mano.

¿Qué estaba haciendo Sebastian en la casa? ¿Por qué le había anunciado a Hinde su presencia?

No tenía sentido. Sebastian no hacía nada por los demás. Así era él, y ella lo sabía.

Lo sabía perfectamente.

Y, sin embargo, había acudido.

Sebastian había terminado de recorrer la planta baja. Estaba vacía, a excepción de las velas y de un montón de trastos viejos. Se dirigió entonces hacia la escalera que conducía al piso de arriba, a cuyo lado había pasado varias veces durante su búsqueda. Esa vez miró atentamente hacia arriba y aguzó el oído. Después gritó:

—¡Eh! ¡Hola!

Pero no obtuvo respuesta.

Empezó a subir. Al llegar a la mitad, divisó el resplandor de otra vela. Empezaba a cansarse del jueguecito. Volvió a gritar, con más fuerza todavía.

—¡Edward, sé que estás ahí!

Siguió subiendo. La madera de algunos peldaños estaba podrida, por lo que se vio obligado a saltárselos. Cuando llegó arriba, observó que se encontraba al comienzo de un pasillo, con varias puertas a los lados y una al final. Todas estaban cerradas.

Avanzó. Abrió la primera puerta. Las ventanas estaban tapiadas, por lo que la oscuridad era absoluta. Abrió aún más la puerta, para que la escasa luz del pasillo llegara a la habitación, y entró. Parecía vacía. En una esquina había un viejo escritorio atravesado, nada más.

Justo cuando se disponía a salir, oyó un débil ruido en la oscuridad, a su espalda. Se volvió rápidamente, pero ya era tarde. Tenía el aliento de Hinde en la cara y el cuchillo apoyado contra el cuello. Intentó relajarse y dejó que el otro lo empujara contra la húmeda y maloliente pared.

—He estado esperando este momento —le susurró Hinde.

Estaba tan cerca que Sebastian percibía con claridad que estaba alterado. Pero él trató de mantener la calma. El cuchillo estaba muy afilado. Habría bastado con que Hinde aumentara muy poco la presión para que le atravesara la piel.

—Te he estado esperando, pero ahora tenemos que empezar.

Sebastian encontró la mirada de Hinde. Sus ojos refulgían pese a la escasa luz de la habitación.

Estaba viva. Vanja aún estaba viva.

—Déjala ir. Ahora yo estoy aquí —dijo Sebastian, tratando de que sus palabras sonaran tan convincentes como le fue posible—. Esto es entre tú y yo.

Hinde le sonrió. Su mirada lo dijo todo y su gesto de negación no hizo más que confirmar los peores temores de Sebastian.

—No. Quiero que mires. ¿No te gustaba estudiarme? Ahora podrás seguir mi actuación desde la primera fila.

Él trató de mantener la serenidad. Pero no era fácil.

—Suéltala. Mátame a mí en su lugar.

—¿En su lugar? Ni lo sueñes. ¿También a ti? Quizá.

De repente, manteniendo el cuchillo en su garganta, hizo girar a Sebastian ciento ochenta grados y se situó detrás de él. Lo empujó fuera de la habitación, hacia el pasillo.

—Ahora soy yo el que decide —añadió.

Para subrayar sus palabras, le apretó el cuello con tanta fuerza que el psicólogo sintió que no podía respirar. Después lo hizo avanzar hacia el final del pasillo. La puerta estaba cada vez más cerca. Sebastian comprendió que allí sucedería todo. La habitación que estaba detrás de esa puerta cerrada era el final del recorrido.

Aunque sabía que no le serviría de nada, no pudo evitarlo.

Suplicó.

No podía perderla.

—Por favor, te lo ruego. Mátame a mí en su lugar.

—¡Qué heroico! Aunque ya sabemos que tienes tus razones... — fue la respuesta de Hinde.

Habían llegado a la puerta y éste la abrió con la mano libre.

—Ya estamos aquí —exclamó en tono victorioso al entrar.

Fue preciso que pasaran unos segundos para que Sebastian y Hinde comprendieran el significado de lo que estaban viendo.

La cama estaba vacía. Tan sólo había unas cuantas medias de nailon desgarradas en el lugar que antes había ocupado Vanja. Desconcertado, Hinde perdió por un momento el control sobre su oponente, que reaccionó al instante y logró apartar el cuchillo del cuello. Se soltó.

Entonces se volvió contra el otro, que aún seguía perplejo.

—¿Te ha salido mal el plan?

Decepcionado y furioso, Hinde se abalanzó hacia él blandiendo el cuchillo. Sebastian retrocedió de un salto, en dirección a la cama. Aunque sabía que su situación era desesperada, no podía evitar cierta sensación de júbilo. Parecía que Vanja había logrado soltarse y eso era lo importante. Había entrado en la casa dispuesto a sacrificar su vida por ella y aún mantenía esa intención.

Hinde volvió a lanzarle una estocada con el cuchillo y él retrocedió hacia un rincón de la habitación. Pronto no le quedaría espacio para recular. Buscó febrilmente algo que pudiera usar de escudo, pero no encontró nada. Cuanto más tiempo pudiera resistir, más ventaja tendría Vanja para escapar. Intentó pasar por encima de la cama, pero tropezó y cayó sobre el colchón. El otro se abalanzó sobre él, y cuando Sebastian intentó rechazarlo con las piernas, le clavó a éste el cuchillo en la pantorrilla. El dolor fue terrible. El psicólogo, mientras veía brotar su propia sangre de la herida en la pierna, se agarró con las dos manos al cabecero de la cama y tiró con todas sus fuerzas para quitarse de encima a su oponente.

Hinde se detuvo y miró silenciosamente a Sebastian, que arrastrando la pierna fue a refugiarse en un rincón. De repente, cambió de actitud y pareció como si ya no tuviera tanta prisa y volviera a tomarse su tiempo.

—Quizá no haya salido como yo quería. Pero, sea como sea, te tengo a ti.

Empezó a avanzar poco a poco hacia su enemigo. Su mirada había recuperado la habitual calma glacial. Bajó la vista para contemplar al hombre ensangrentado que había buscado refugio en una esquina de la habitación y levantó el cuchillo.

Sebastian lo miró. No tenía escapatoria. Se preparó para aceptar su destino.

Vio relampaguear la hoja del cuchillo en el aire y sintió un dolor lacerante a la altura del

diafragma. Hinde extrajo el arma y volvió a levantarla. Esta vez iba a apuntar más alto.

—¿Sabes una cosa? Vas a recibir una puñalada por cada año que pasé en Lövhaga. Solamente te faltan doce.

Sebastian sintió que estaba a punto de perder el conocimiento, pero se esforzó por resistir. Logró articular una frase:

—Vanja se ha salvado —dijo con una última sonrisa.

Hinde lo miró furioso y levantó el cuchillo.

Entonces, de repente, Sebastian la vio. Había irrumpido en la habitación blandiendo algo en la mano.

Tendría que haber huido. Ya no debería estar en la casa.

¡No!

En el último segundo, Hinde percibió el movimiento a su espalda y se volvió. Vio la pistola eléctrica justo a tiempo y se agachó para eludir el disparo. Al mismo tiempo giró el cuchillo en la mano y le dio a Vanja un fuerte golpe en la cabeza con el mango del arma. Un golpe demoledor. Ella soltó la pistola y cayó al suelo. Hinde se abalanzó sobre ella, que se debatió con ferocidad, pero no pudo esquivar un nuevo golpe más contundente aún que el anterior. Entonces, Hinde se incorporó y contempló el cuerpo inerte de la chica. Después se volvió hacia Sebastian, sonriendo.

—Se nota que te quiere. Ha vuelto.

Sebastian empezó a arrastrarse hacia él con sus últimas fuerzas. Tenía la camisa y los pantalones ensangrentados y arrastraba la pierna sobre un charco de sangre.

—No lo hagas... No lo hagas...

Hinde lo miró satisfecho.

—Tendrás que perdonarme, pero pasaré directamente al gran final.

Bajó la vista hacia Vanja, la agarró por el pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás, dejando el cuello al descubierto.

—Mira bien, Sebastian, porque será lo último que veas.

Sebastian ya no sentía el dolor. No sentía nada. Seguía arrastrándose por el suelo, pero tenía la sensación de avanzar sólo milímetros.

Pronto acabaría todo.

Hinde levantó el cuchillo y entonces se oyó una voz desde la puerta.

Sebastian creyó ver a Billy en el umbral.

¿Billy? ¿Qué estaba haciendo allí?

Oyó un disparo y notó que Hinde caía hacia atrás.

Después, todo se volvió negro.

Sebastian no recordaba nada del viaje en ambulancia, ni de la llegada al hospital, ni de la operación. Nada en absoluto. Lo primero de lo que fue consciente, después de ver desplomarse a Hinde, fue de abrir los ojos en una especie de sala de cuidados intensivos. Y también de un dolor de mil demonios en las heridas y de un médico exageradamente entusiasta, que le explicó lo afortunado que había sido y le hizo un repaso de las lesiones que había sufrido y de las otras —mucho más graves— que habría podido padecer. Al cabo de unos segundos, Sebastian había dejado de escucharlo.

Estaba vivo y se iba a recuperar. Era lo único que necesitaba saber.

Le hicieron pruebas y análisis, y después llegaron Vanja y Torkel, que le preguntaron cómo estaba y rellenaron las lagunas de lo que había sucedido entre las puñaladas y el presente.

—¿Has tenido que aguantar mucha mierda por mi culpa? —le preguntó Sebastian a Torkel, que parecía agotado. Era evidente que no había dormido.

—Todavía no, pero el día no ha hecho más que empezar.

—Perdóname.

—Sobreviviré. —Torkel se encogió de hombros—. Vanja está bien. Tenemos a Ralph Svensson y a Roland Johansson, y Hinde está muerto. Ya conoces a nuestra organización. Los fines son más importantes que los medios.

—Entonces ¿habéis atrapado a Roland?

—Sí, en otro coche robado, de camino a Gotemburgo. —Torkel guardó silencio, como si no supiera si debía continuar o no—. Recuerdas a Trolle Hermansson, ¿verdad? —dijo por fin, bajando un poco la voz.

Sebastian se incorporó ligeramente en la cama. No esperaba que el nombre de Trolle saliera a relucir. No en ese momento, cuando todo había terminado y ya se sentía seguro. El tono de Torkel era sombrío.

—Sí...

—Lo encontramos muerto. En el interior del Toyota.

—Mierda.

Torkel tenía un aire casi resignado.

—Debía de estar trabajando en algún tipo de investigación privada. No sabía dónde se estaba metiendo.

Sebastian asintió débilmente. Era cierto. El pobre no sabía dónde se estaba metiendo cuando decidió echarle una mano a Sebastian.

—Pobre desgraciado.

—Sí...

No había mucho más que decir. El caso estaba cerrado. Ya no tenían nada más en común. Con toda probabilidad pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a verse. Tanto Sebastian como Torkel lo sabían.

—Tengo cosas que hacer en la oficina —dijo éste, con un pequeño gesto hacia la puerta para indicar que se disponía a marcharse. Se volvió hacia Vanja—. ¿Quieres que te lleve de vuelta?

—No, yo me quedo un momento.

—Muy bien. Cuídate, Sebastian. Nos vemos.

Una típica frase de despedida.

Sin significado alguno.

Torkel salió de la habitación y la puerta se cerró en silencio tras él. Vanja fue a buscar una silla, junto a otra de las camas de la sala. Sebastian la siguió con la mirada, lleno de curiosidad, hasta que volvió a sentarse a su lado.

—Quería darte las gracias.

—No tienes por qué.

—Te oí cuando estabas en el pasillo. Ofreciste tu vida a cambio de la mía.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

Sebastian se encogió de hombros. El gesto le hizo daño en las heridas y contrajo la cara en una mueca de dolor.

—Porque me gusta actuar como un puto caballero andante.

Vanja le sonrió y se puso de pie. Se inclinó hacia delante y fue a darle un fuerte abrazo.

—Gracias —le susurró.

Sebastian no pudo responder. Ni tampoco quiso decir nada. Quería congelar ese momento en el tiempo. Vanja lo estaba abrazando. Le estaba demostrando afecto. Era lo que había anhelado durante meses. Durante mucho más tiempo si había de ser sincero. ¿Cuánto hacía que nadie le expresaba auténtico cariño? Aparte de Ellinor, por supuesto. Pero Ellinor era... Ellinor. Prolongó el abrazo, quizá demasiado, pero a ella no pareció importarle.

Vanja le sonrió de nuevo cuando volvió a sentarse en la silla.

Sebastian exhaló el aire con cuidado. El abrazo había sido terriblemente doloroso, pero había valido la pena.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó Vanja.

—¿Has visto a esa enfermera un poco mayor que anda por ahí...?

Vanja le dio un empujón, que también le hizo bastante daño. Se preguntaba si habría algo que no le doliera.

—Me refería al trabajo.

—No lo sé.

Vanja asintió y bajó un momento la vista hacia las manos que tenía apoyadas sobre las rodillas, antes de levantar la cabeza y mirar con seriedad a Sebastian a los ojos.

—No me importaría volver a trabajar contigo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso que has dicho significa mucho para mí.

Sebastian le sostuvo la mirada. Esperaba que ella comprendiera que lo decía con el corazón, que no era por compromiso, que no había en sus palabras ironía ni cinismo. Solamente sinceridad.

Sonó el teléfono de Vanja. El momento de intimidad, si es que había existido, se esfumó. Vanja sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla.

—Perdona, pero tengo que coger la llamada.

Se volvió de espaldas a la cama y contestó.

—Hola, papá... No; estoy en el hospital, visitando a Sebastian... Sí, ese Sebastian.

Se volvió brevemente para sonreírle y él le devolvió la sonrisa, o al menos esperaba haberlo hecho. Tenía muchos sentimientos encontrados: alegría, pena, orgullo, dolor...

—Sí, yo estaba ahí —prosiguió Vanja—. Es una larga historia. ¿Te parece bien que te llame más tarde? De acuerdo. Yo también te quiero.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Era mi padre. Ha visto lo de Hinde en internet.

—¿No sabe lo que ha pasado?

—No, y tampoco sé cuánto debo contarle. Se preocupa demasiado. Quiero protegerlo de estas cosas. Y también a Anna.

«Un rasgo de familia, por lo visto», pensó Sebastian. Proteger a los demás de las verdades dolorosas. Como la que él representaba.

—Tengo que irme —señaló Vanja, y se puso de pie—. Así podrás descansar.

Cogió la silla y fue a devolverla a su sitio original.

—Tu padre debe de estar muy feliz de tenerte —le dijo Sebastian, hablándole a su espalda.

—Y yo de tenerlo a él. Es un gran hombre.

—Sí, seguro que lo es.

Vanja dejó la silla y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo un momento, con la mano sobre el picaporte, como si le costara marcharse.

—Bueno, ya me voy. Cuídate.

—Tú también.

Sebastian la vio marcharse sin estar furiosa, sin haber intercambiado palabras duras con él, sin haber discutido, y tomó una decisión. Fuera lo que fuese la información que Trolle había conseguido acerca de Valdemar, no la utilizaría nunca. Ahora estaba completamente seguro. Si dañaba a Valdemar, también le haría daño a Vanja. Era así de sencillo, pero hasta ese momento había estado ciego. Ya no. Ni siquiera pensaba enterarse de lo que había hecho Valdemar. En cuanto volviera a su casa, pensaba quemar el contenido de aquella bolsa. El secreto de Valdemar moriría con Trolle.

Se dio la vuelta en la cama. Le hizo daño, claro. Dejó vagar la mirada hacia la ventana. Eran poco más de las cinco de la mañana. Tan sólo hacía media hora que había salido el sol y todavía no calentaba, pero el día iba a ser espléndido.

Vanja le había preguntado qué pensaba hacer.

Por lo menos sabía lo que no haría.

No se convertiría en su padre. Ni ahora ni nunca. Dejaría de intentarlo. Si jugaba bien sus cartas, podría estar cerca de ella. Sentirse aceptado. Quizá Vanja no llegara a quererlo, pero al menos le profesaría cierto aprecio.

Con eso tendría suficiente.

No había tantas cosas buenas en la vida como para deshacerse de aquélla.

Todo se solucionaría.

Lo intuía. Todo acabaría arreglándose.

Billy llegó pronto al trabajo. El primero de todos. My no se había quedado a dormir en su casa por lo que realmente no tenía ninguna razón para demorarse más tiempo en la cama. Sin embargo, no había hecho más que adormilarse un par de veces en toda la noche, incapaz de conciliar un sueño profundo y reparador.

Le había disparado a un hombre.

Lo había matado.

No había tenido otra opción; no hacía falta que nadie se lo explicara, aunque de hecho tanto Vanja como Torkel se lo habían dicho en cuanto habían podido. Billy estaba absolutamente seguro de que Hinde habría matado a Vanja si él no le hubiera disparado. ¿Era necesario matarlo? Imposible saberlo. Incluso herido, Hinde sólo habría necesitado unos segundos para causarle a Vanja lesiones muy graves y tal vez mortales. Billy no se había atrevido a correr ese riesgo.

Vanja y él habían hablado después, un momento, mientras ella esperaba su ambulancia, cuando la primera ya se había llevado a Sebastian.

Habían solucionado su problema.

Nada mejor que los secuestros y las muertes violentas para resolver un conflicto.

De repente, todo lo demás parecía trivial, insignificante y fácil de arreglar.

Billy se sentó delante del ordenador. Sopesó por un momento la posibilidad de ir a ducharse, pero no había sudado tanto. Había llegado a la oficina pedaleando con calma, disfrutando de las calles desiertas de Estocolmo en verano. Además, quería trabajar mientras pudiera. Iban a abrirle una investigación. No sólo había hecho uso del arma, sino que además había disparado a matar. Lo interrogarían y lo dejarían en libertad. Estaba seguro. Pero no quería estar en las duchas cuando fueran a buscarlo.

Abrió el disco duro dañado de Ralph. No tenía ninguna necesidad de hacerlo. Disponían de pruebas más que suficientes para condenar a Ralph Svensson: las huellas dactilares, las muestras de ADN, los restos de sangre de las víctimas, las medias de nailon, los recortes de prensa y, por si todo eso no fuera suficiente, también su confesión. Nadie iba a pedirle que rebuscara en el disco duro de Ralph para asegurarse la sentencia condenatoria.

No lo hacía por la investigación.

Lo hacía por sí mismo.

Del mismo modo que el trabajo le había servido para evitar los pensamientos negativos cuando estaba preocupado por Vanja, ahora quería trabajar para no pensar en el disparo y en que

había matado a un hombre. Además, ese tipo de trabajo era lo que sabía hacer mejor. Lo que le parecía interesante y divertido. Ahí estaba el verdadero desafío. Ahí conseguía resultados. My podía decir lo que quisiera, pero esas capacidades suyas habían hecho posible encontrar a Hinde y salvar a Vanja.

En su análisis del contenido del disco duro, Billy llegó al fragmento de conversación en que Hinde le anunciaba a Ralph que había llegado el momento de pasar de las fantasías a los hechos. Después, le señalaba las víctimas. Una tras otra: Marie Lie, Jeanette Jansson Nyberg, Katharina Granlund... Con sus nombres y direcciones.

Por su parte, Ralph le informaba de las nuevas mujeres con las que Sebastian se había acostado, como Annette Willén. En este último caso, la respuesta de Hinde había sido inmediata: tenía que matarla ese mismo día, para que la conexión con Sebastian resultara evidente. Era extraño leer esas líneas, breves y correctamente redactadas, sabiendo que habían conducido a la muerte de cuatro mujeres.

Siguió leyendo.

Reconoció un nombre.

Anna Eriksson.

¿No era el nombre de...?

En Västerås, Sebastian le había pedido que lo ayudara a encontrar una dirección, la de una tal Anna Eriksson. Era cierto que se trataba de un nombre muy corriente, pero parecía algo más que una simple coincidencia. Billy había ayudado a Sebastian a encontrar la dirección. Decidió buscarla.

Minimizó la ventana del disco duro de Ralph y abrió la carpeta «Västerås». En su interior encontró un archivo titulado «Cosas varias», que contenía precisamente eso: cabos sueltos y elementos diversos que habían ido surgiendo durante la investigación y que Billy no había podido relacionar con nada en concreto. Allí estaba la dirección:

Storskärsgatan, 12.

A continuación, consultó la página de Eniro, la empresa de directorios telefónicos, y lo confirmó. En esa dirección vivía Anna Eriksson con un tal Valdemar Lithner.

¿Lithner?

Un momento...

La madre de Vanja también se llamaba Anna.

¿Sería posible que la Anna Eriksson de Sebastian fuera la madre de Vanja?

Billy tenía delante todas las piezas del puzle, pero no conseguía que encajaran. Decidió actuar de forma metódica y volver a empezar desde el principio.

Sebastian buscaba a una tal Anna Eriksson.

La mujer que buscaba vivía en Storskärsgatan.

Y era la madre de Vanja.

Ralph le había comunicado a Hinde el nombre de Anna Eriksson, con domicilio en el número 12 de Storskärsgatan, para poder señalarla como posible víctima.

¿Significaba eso que Sebastian se había acostado con ella? Era forzoso pensar que sí. Tal vez no en los últimos tiempos, pero quizá en el pasado.

Sebastian y la madre de Vanja...

¿Sería por eso que Vanja le tenía tanta manía a Sebastian?

Billy se recostó en la silla. Tenía que haber algo más. ¿Por qué razón buscaba Sebastian a Anna cuando estaba en Västerås? Si sabía que era la madre de Vanja, habría podido preguntarle la dirección a ella. Pero no lo hizo. ¿Qué significaba eso? ¿Lo sabía o no lo sabía?

El instinto le decía a Billy que no insistiera. Y quizá incluso que borrara el trozo de conversación sobre Anna Eriksson que acababa de recuperar. Nadie lo necesitaba para nada. Lo estuvo pensando un momento. Al final, le pudo la curiosidad, pero se dijo que obraría con discreción. No era preciso que se enterara todo el mundo. Copió las páginas en cuestión, las guardó en su ordenador y las borró del disco duro de Ralph.

Sería su pequeño proyecto personal.

«En internet se encuentra todo», solía decir la gente, y Billy sabía que era verdad. Mientras tuviera abierto el expediente y lo estuvieran investigando, dispondría de todo el tiempo del mundo para buscar.

Ellinor se despertó antes de las seis. Sebastian no estaba en casa. No parecía que hubiera vuelto en toda la noche. Su manta y su almohada estaban intactas. Se quedó en la cama. No hacía falta que se levantara. Había pedido toda la semana libre en el trabajo. Nadie la esperaba.

Pero ella esperaba a alguien.

Estiró la mano para coger el teléfono, que había dejado en la mesilla. Marcó el número de Sebastian, pero no obtuvo respuesta. Tampoco la noche anterior había contestado a sus llamadas. La última vez que lo había intentado había sido a la una. ¿Dónde podía estar? ¿Qué estaría haciendo? Como no podía volverse a dormir, se levantó, se puso una de las camisas de Sebastian y se dirigió a la cocina. Llenó la tetera eléctrica y la encendió. Se hizo un sándwich de requesón y tomate mientras el agua hervía. Se preparó una taza de té y fue a recoger el periódico al vestíbulo, antes de sentarse a desayunar. Se puso a mirar por la ventana y acabó contemplando el canalón del tejado de la casa de enfrente. Hacía poco tiempo que conocía a Sebastian, pero no parecía el tipo de hombre que se pasa la noche entera trabajando. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no la había llamado ni había contestado a sus llamadas?

¿Le estaría siendo infiel?

Había hablado por teléfono de un tal Hinde, antes de marcharse la noche anterior. ¿O con un tal Hinde? ¿Era un apellido? ¿Sería una mujer?

Quizá fuera una persona necesitada de una conversación amistosa y esclarecedora sobre quién pertenecía a quién y sobre el gran error de tratar de robarle a otra lo que era suyo. Su exmarido le había sido infiel. La había abandonado.

Ahora estaba muerto.

Pero no podía entender la situación cuando repasaba lo sucedido en los últimos días. Sebastian había sido tremendamente insistente con ella. Había luchado con todas sus fuerzas por tenerla a su lado. No podía creer que fuera a traicionarla justo cuando había conseguido lo que quería y ella acababa de mudarse a su casa. Hasta ese momento, había sido afectuoso y atento.

El hombre perfecto.

¿No lo estaría condenando de manera irreflexiva? Se avergonzó un poco de su desconfianza y decidió compensarlo cuando volviera a casa. Podía haber otras razones para su salida precipitada y su ausencia nocturna. Por fuerza, tenía que haber otros motivos. Se puso a repasar en su mente la noche anterior mientras el té se enfriaba en la taza. Parecía muy nervioso cuando se había marchado, de eso no cabía ninguna duda. Quizá tuviera problemas. Podían ser de trabajo o de carácter personal. Como era lógico, ella habría deseado que le contara todas sus

preocupaciones, pero algunos hombres son reservados y prefieren solucionarlo todo por su cuenta. Les cuesta muchísimo pedir ayuda. Sin embargo, Ellinor no necesitaba que él se lo pidiera. Estaba dispuesta a ayudarlo de todos modos. Sólo debía averiguar cómo hacerlo.

Empezó a analizar de manera sistemática todo lo que habían hecho juntos el día anterior, tratando de recordar algún momento en que se hubiera comportado de manera diferente o hubiera intentado ocultar algo.

Entonces le vino a la memoria la bolsa del supermercado Ica. Le había parecido que contenía papeles importantes y, cuando se lo había preguntado, Sebastian se había quedado callado. Ahora lo recordaba. Había permanecido un momento en silencio; se había quedado pensativo y se había puesto un poco triste, como si el contenido de la bolsa fuera una carga para él y estuviera reflexionando sobre la posibilidad de compartir ese peso con ella. Como si se estuviera preguntando si tenía derecho a cargarla con sus problemas y finalmente hubiera decidido mantenerla al margen. Le había pedido que se deshiciera de la bolsa y lo había hecho en un tono alegre y desenfadado. Como si no significara nada para él. Nada en absoluto. Pero no era más que una fachada y ella lo había notado. Quería protegerla. Tendrían que hablar al respecto cuando Sebastian regresara. Ella no necesitaba protección. Era mucho más fuerte de lo que él pensaba. Pero le encantaba que quisiera cuidarla.

Con una leve sonrisa en los labios, fue al dormitorio y recogió la bolsa. Apartó el desayuno que había dejado sin tocar y depositó sobre la mesa el contenido de la bolsa.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, lo había leído todo.

Dos veces.

Todos los papeles guardaban relación con un tal Valdemar Lithner, que por lo visto había cometido unos cuantos errores. Errores ilegales, hasta donde ella podía comprender. No le extrañó, porque Sebastian trabajaba a veces para la policía. ¿Sería ese hombre un sospechoso que querían encarcelar? Quizá alguien lo había estado investigando y le había entregado el material a Sebastian, para que éste hiciera una valoración psicológica de la persona en cuestión. Un «perfil del criminal», como decían. Con toda probabilidad sería eso.

Pero, entonces, ¿por qué le había pedido Sebastian que tirara la bolsa?

Quizá las pruebas no se podían utilizar en un juicio, o tal vez no fueran suficientes para detener a Valdemar Lithner, o arrestarlo, o lo que fuera que se hiciera con un delincuente.

Pero si ésa era la explicación para deshacerse del material, ¿por qué se había puesto tan nervioso? ¿Por qué no le había dicho simplemente la verdad? ¿Por qué no le había explicado que ya no estaban interesados en seguir investigando?

No, no tenía sentido. Puede que Ellinor no tuviera formación jurídica, pero aun así se daba cuenta de que los papeles que tenía delante eran suficientes para poner a Valdemar a la sombra durante bastante tiempo.

Tenía que haber algo más.

¿Sabría Lithner que su situación era delicada? ¿Habría amenazado a Sebastian y a los otros policías para que abandonaran la investigación? Ellinor creía haber oído la palabra «Hinde» cuando Sebastian estaba hablando por teléfono, la noche anterior. Pero era posible que hubiera dicho «Lithner». Los dos nombres tenían un sonido similar y ella tampoco estaba prestando

mucha atención. ¿Le habría pasado algo a Sebastian? ¿Sería por eso que no había vuelto a casa? Sintió un escalofrío. Ellinor Bergkvist no era una persona dada a las fantasías. Cogió el teléfono. No podía hacer ningún daño averiguar un poco más. Los hechos la ayudarían a tranquilizarse. Un hombre contestó después de tres tonos.

—¿Diga?

—Hola —dijo Ellinor—. Busco a Trolle Hermansson.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—Me llamo Ellinor. Trabajo en los grandes almacenes Åhléns. Los artículos que Trolle encargó ya han llegado.

No pudo reprimir una sonrisa. ¡Era muy emocionante lo que estaba haciendo! Sebastian iba a estar muy orgulloso de ella. Estaba actuando como una auténtica detective.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Hola? ¿Con quién hablo? —preguntó Ellinor.

—Con la policía.

—¿Está Trolle por allí?

Otro silencio. Notó que el hombre dudaba un momento y finalmente se decidía a hablar.

—Ha muerto.

Ellinor no se lo esperaba.

—Ah... ¿Cuándo murió?

—Hace unos días. No creo que nadie vaya a recoger lo que encargó.

—No, claro. Gracias de todos modos. Mi más sentido pésame —dijo ella antes de poner fin a la llamada.

Volvió a sentarse a la mesa de la cocina. No se había tranquilizado, sino todo lo contrario. El hombre que había reunido la mayor parte del material que tenía delante estaba muerto. Y ahora todo eso iba a ser destruido. Parecía que Valdemar Lithner no pagaría nunca por sus pecados. A menos que ella ayudara un poco a Sebastian, claro.

Si Valdemar Lithner amenazaba a su hombre, ella estaba obligada a actuar.

Era lo menos que podía hacer.

AGRADECIMIENTOS

Queremos darle las gracias a la editorial Norstedts. A Eva, a Linda, a Sara y a todos los que de una forma u otra colaboran con nosotros y con nuestros libros. Siempre nos hacen sentir cuidados y apreciados. Un agradecimiento especial a Susanna Romanus y a Peter Karlsson, por su apoyo y su aliento constante.

Gracias también al doctor Anders Lindberg, que recibe con entusiasmo todas las preguntas extrañas que le hacemos y no sólo las responde, sino que además hace proposiciones y nos da ideas. Todos los aciertos en materia médica que hay en el libro son mérito suyo. Los errores son nuestros.

También queremos dar las gracias muy especialmente a Rolf Lassgård, por su ayuda e inspiración en la creación de Sebastian Bergman. Has estado con nosotros todo el tiempo, Rolf, en todos los sentidos.

Y también, por supuesto, un agradecimiento a nuestras familias, que soportan que durante algunos períodos pasemos más tiempo con Sebastian que con ellos.

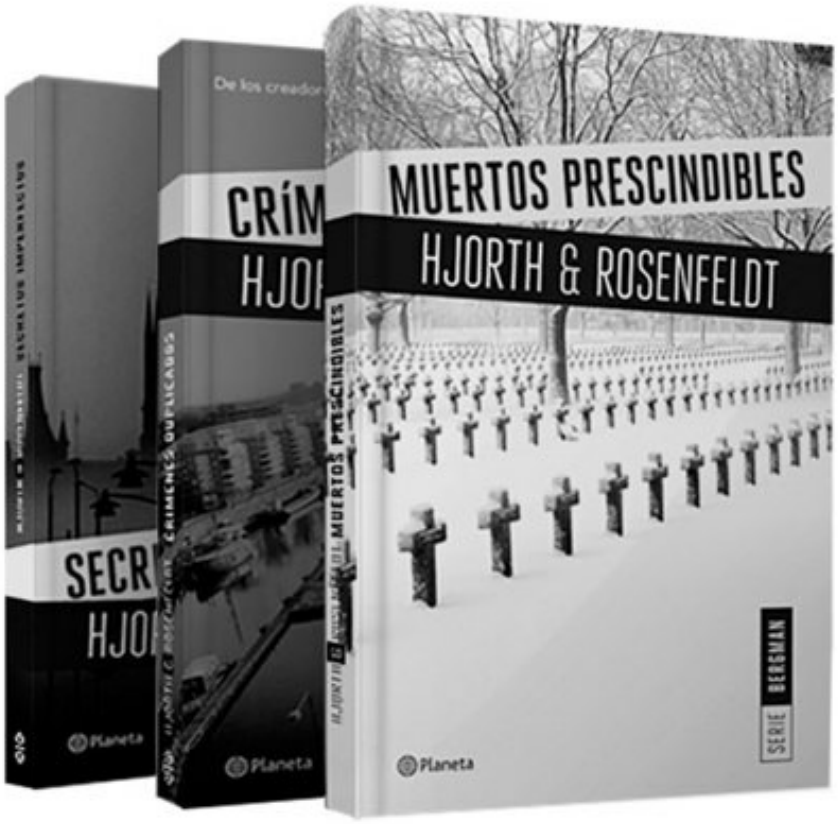
Michael quiere dar las gracias a Caesar, a William, a Vanessa y a su queridísima Astrid por todo el amor y por las palabras «aquí y ahora». Gracias. Lo sois todo para mí.

Hans quiere dar las gracias a Lotta. Tengo mucha suerte de haberte encontrado. A Sixten, a Alice y a Ebba. Sois una alegría y un gran orgullo para mí cada día de mi vida. Sois los mejores en todos los sentidos y os adoro.

Nota

[1]. Los acrónimos WTF (en inglés, «What the Fuck») y LOL (en inglés, «Laughing out loud») son muy populares en internet. Se traducen como «¿qué diablos?» y «reírse en voz alta», respectivamente. *(N. de la t.)*

¿Todavía no conoces a Sebastian Bergman?



LA SERIE DE NOVELA NEGRA QUE ACELERARÁ TU PULSO

www.seriebergman.com

Crímenes duplicados (Serie Bergman 2)
Michael Hjorth y Hans Rosenfeldt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Lärjungen*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Noll / Glasshouse Images/Corbis /Cordon Press

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2011

© por la traducción, Claudia Conde, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16110-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**

¡Síguenos en redes sociales!